

ANTONIO CABANAS

*La conjura
del faraón*



Lectulandia

Un mosaico pleno de aromas situado en las tierras del Nilo que enamorará al lector y le hará desear que el relato no termine nunca.

Nefermmat, nacido y criado en la corte del faraón, será testigo y víctima de una conjura urdida en palacio que le llevará a situaciones sorprendentes. Bajo la protección de la diosa Sejmet se convertirá en un médico afamado. Gracias a sus estudios y los conocimientos de Anon, un hombre peculiar y sabio. Conseguirá aliviar los dolores de los más altos dignatarios. Pero el amor y la rectitud de su corazón le arrastrarán al exilio y casi a la muerte.

Lectulandia

Antonio Cabanas

La conjura del faraón

ePub r1.0
fenikz 09.07.16

Antonio Cabanas, 2006

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi esposa Inma que
como Isis, está llena de magia.



Las más siniestras sombras se ciernen sobre Egipto. Los días de gloria van quedando atrás, perdiéndose poco a poco entre la milenaria historia del País de la Tierra Negra, pues la época de los grandes faraones toca a su fin. Es tiempo de conjuras y conspiraciones, de desafíos al secular orden que una vez crearon los dioses ya que, en Kemet, los hombres ya no les necesitan. Fuerzas poderosas acechan sigilosamente a fin de aprovecharse de la creciente debilidad de una monarquía que se encuentra cansada. Egipto se halla exhausto, consumido por las guerras que el faraón se ha visto obligado a emprender en un desesperado intento por salvaguardar sus fronteras, e incluso la propia integridad del país.


El Estado está al borde de la bancarrota, y las antaño sólidas estructuras sobre las que se cimentaba la Administración, ahora son incapaces de sostener por más tiempo el milenario entramado, pues se encuentran carcomidas por una corrupción generalizada que amenaza su misma esencia. Egipto se encamina sin remisión hacia su declive y, aunque aún serán necesarios más de mil años para que el último faraón se siente en el trono del País de las Dos Tierras, el camino que habrá de recorrer discurrirá por una pendiente que irremediablemente acabará por sepultar en el olvido su grandiosa civilización.

Ésta es la historia de Nefermaat, el elegido de Sejmet, médico de la corte del dios Ramsés III, cuya azarosa vida le llevó a ser testigo directo de la mayor de las intrigas que nunca un faraón sufriera en Egipto. Una conspiración cuyas ramificaciones acabaron perdiéndose entre los intrincados laberintos que sólo el poder es capaz de idear, y que trasladarán al lector a un Egipto en el que la lucha de los poderosos por aumentar sus privilegios llevará a poner en peligro hasta la misma institución monárquica. La fascinante civilización del Valle del Nilo mostrará, así, una cara poco conocida, la de la encarnizada pugna por el poder en Egipto.

El argumento que se narra en la presente novela es fruto de la imaginación del autor, estando lejos de su ánimo el pretender que ésta sea considerada como un tratado de historia del Antiguo Egipto o de medicina antigua, aunque haya procurado ceñirse lo más fielmente posible al contexto histórico de aquella época. Por ello, tanto el marco en el que se desarrolla la acción, como los hechos históricos que se relatan, son rigurosamente ciertos, habiendo sido necesaria una extensa labor de investigación

a fin de plasmarlos adecuadamente.

Gran parte de los personajes de esta obra son auténticos, por lo que muchos de sus nombres resultarán extraños al lector al ser expuestos tal y como los antiguos egipcios los escribían, respetando, así, la veracidad del ambiente de aquella época. A su vez, todos los datos históricos, así como las explicaciones sobre la medicina del Antiguo Egipto, han sido extraídas de las principales fuentes de las que se tienen constancia, habiendo acudido a los antiguos papiros para recabar la información tal y como la legaron los antiguos egipcios.

The background of the page is a repeating pattern of Egyptian hieroglyphs in a light gray color. The hieroglyphs are arranged in vertical columns and include various symbols such as birds, lotus flowers, and other traditional Egyptian motifs.

Primera parte

*El elegido de
Sejmet*

—¿Alguien conoce el significado de lo que he querido decir anteriormente, respecto a la forma Sdm.f?

Uno de los niños levantó su mano como un rayo, lo cual no dejó de sorprender a Hesy, puesto que el chiquillo en cuestión era, con diferencia, el menos adelantado de la clase; en su opinión un verdadero zoquete, aunque eso sí, era príncipe.

Hesy le miró con curiosidad, a la vez que levantaba una de sus cejas invitándole a responder.

—Está clarísimo que significa oír —contestó el muchacho con aplomo, mientras miraba a los demás, satisfecho por su respuesta.

La clase entera estalló en una carcajada general, en tanto el maestro, boquiabierto, observaba al alumno, anonadado.

Y es que la contestación no dejaba de tener su gracia, ya que el verbo Sdm significaba oír, pero no así la forma Sdm.i.

—El príncipe Amonhirkopshep —dijo Hesy levantando su voz por entre el tumulto reinante— ha decidido hoy ilustrarnos con sus infinitos conocimientos.

Las risas volvieron a resonar en el aula con mayor estrépito si cabe, lo que hizo que el príncipe se enzarzara a empujones con el compañero situado junto a él.

—¡Thot divino^[2]! Parece que la ira de Sejinet^[3] se ha apoderado de esta clase —exclamó Hesy a la vez que intentaba separarlos, azotándolos con su vara.

Cuando por fin pudo poner orden a semejante revuelo, el maestro respiraba con manifiesta dificultad, y su semblante se encontraba cubierto de sudor debido al forcejeo.

—No toleraré semejantes acciones en esta sagrada clase —gritó entre sofocos—, aunque para ello tenga que utilizar una vara nueva cada día.

Tras lo cual dio tal golpe con el junco sobre una cercana mesa que hizo estremecerse a los alumnos.

Ahora el silencio era absoluto, y el viejo Hesy desparramaba su iracunda mirada por entre aquellos desalmados. Porque, francamente, el pobre Hesy había aguantado ya más que suficiente durante aquel verano que, por otra parte, tardaría mucho en olvidar. Él, que era un escriba Per-Ankh, de la Casa de la Vida de la sagrada ciudad de Abidos, y que había instruido a príncipes y visires durante tantos años, no se merecía semejante atajo de insolentes malcriados.

Cerró los ojos y se pasó el dorso de la mano para secarse el sudor de su frente. Pensó por un momento en su casa de Tebas, en su esposa, en sus hijos, sus nietos... Su corazón sintió añoranza de ellos, así como de los olores de su jardín y de todo aquello que un pobre viejo espera disfrutar en su retiro. Sin embargo, he aquí que se encontraba en el Bajo Egipto, y a más de cincuenta *iteru* (cien kilómetros) de su querido hogar; exactamente en Pi-Ramsés, la ciudad erigida por el gran Seti y Ramsés II, y que servía de capital a los ramésidas durante parte del año.

El dios User-Maat-Ra-Meri-Amón (Ramsés III^[4]), como era habitual, había trasladado la corte a esta ciudad para pasar allí el verano, huyendo de los rigores del

fuerte calor que solía azotar a Tebas durante el estío.

Toda su Casa se trasladaba de lugar, y con ella los altos cargos del país junto con sus familias.

Como en anteriores ocasiones, el dios le había pedido que les acompañara para hacerse cargo de la educación de los príncipes e hijos de los altos dignatarios durante el verano; y la voluntad del faraón era sagrada. Él seguiría al Horus^[5] viviente allá donde le dijese, aunque tuviera que ir a rastras.

—Será la última vez que te lo pida —le había dicho el dios; vida, salud y fuerza le sean dadas—. Sin duda te has ganado un feliz retiro después de tantos años de buen servicio.

Y en verdad que así había sido, pues Hesy había tenido el honor de educar a todos los hijos de Ramsés, aunque para ello hubiera necesitado emplear casi treinta años de su vida.

Volvió a mirar duramente a sus alumnos, que le observaban en silencio. Nada en su actitud le hacía pensar que éstos estuvieran temerosos por sus amenazas; es más, parecía que, incluso, disfrutaban en silencio ante la posibilidad de la diversión que les proporcionaría ver una buena azotaina. A esas alturas, Hesy ya no tenía ninguna duda de que eran unos verdaderos monstruos.

Obviamente, no era la primera vez que tenía que enfrentarse con niños revoltosos. Aún recordaba la contienda que tuvo que mantener con el príncipe Parahirenemef en su infancia. Aquel chiquillo resultó ser un auténtico demonio, al que ni los bastonazos más desconsiderados fueron capaces de doblegar. Un caso único, sin duda. Claro que, en aquella época, Hesy era más joven, y tenía fuerza suficiente como para aguantar la guerra diaria que mantuvo con el príncipe. Al final, hasta el dios tuvo que intervenir castigando severamente a su hijo por su comportamiento. Luego resultó que, al hacerse hombre, el príncipe mantuvo una magnífica relación de amistad con su maestro, el cual lloró con pena su muerte, al partir Parahirenemef inesperadamente hacia el reino de Osiris^[6], hacía ya algunos años.

Ahora, contemplando al variopinto grupo que tenía a su cargo, sintió que las fuerzas comenzaban a fallarle, aunque mantuviera el firme propósito de hacer frente hasta el final a semejantes bribones.

A esta especie pertenecía el príncipe Amonhirkopshep, nieto del actual dios^[7]. (Ramsés III) y, en su día, posible heredero a la doble corona. El príncipe formaba parte de ella, no tanto por su soberbia como por su mala crianza, pues era un mimoso consentido de todo punto insufrible; sobre todo ahora que el dios había nombrado a su padre Generalísimo, Escriba Real y príncipe heredero. A partir de ese momento el pequeño había desarrollado la facultad de mirar amenazadoramente a todo aquel que no se plegase a sus deseos; un chico execrable, sin duda.

Junto a él se sentaba Paneb, el mayor canalla con que se había encontrado nunca en una clase, ya que, a su perversa naturaleza, aunaba una astucia impropia para un niño de once años. Él solía comandar cualquier acción beligerante contra su persona,

siendo el más diestro lanzador de bolas de papiro que Hesy hubiera conocido a través de su dilatada carrera. Gracias a Paneb, el viejo se había quedado sin un mal faldellín que ponerse, debido a los impactos de las pelotillas impregnadas de tinta que a diario le lanzaba. El muchacho acostumbraba a dirigir los levantamientos, manejándolos con innata habilidad, hasta el punto de lograr enfrentar a sus compañeros entre sí mientras él conseguía mantenerse al margen. Era hijo de Turo, Sumo Sacerdote de Montu^[8] en Tebas, y Hesy le auguraba un gran porvenir dentro de la vida pública.

Más allá se encontraba la princesa Nubjesed, hermana de Amonhirkopshep, y tan mimosa como éste, aunque mucho más inteligente. Era de naturaleza abierta y ciertamente impulsiva, y apuntaba ya una belleza que con los años llegaría a ser deslumbrante. Ella siempre se sentaba junto al que decía era su novio, Nefermaat.

Para Hesy, Nefermaat resultaba ser, con diferencia, el más despierto de todos. Era un muchacho tranquilo y sumamente aplicado que mostraba abiertamente un corazón sin doblez alguna. Cuando el maestro le reprendía, solía bajar la cabeza apesadumbrado aceptando su culpabilidad sin discutir; la antítesis de Paneb, sin duda, con el que, por otra parte, mantenía una magnífica relación; algo que a Hesy le resultaba verdaderamente asombroso.

A Nefermaat le acompañaba su hermanastro Kenamun, que poco o nada tenía que ver con él, si no fuera porque eran hijos del mismo padre, Hori, Mayordomo de la Casa de Su Majestad, y muy querido, por cierto, por éste. En la relación entre ambos hermanos, el maestro intuía calladas desavenencias difíciles de ocultar a un corazón tan viejo como el suyo.

Kenamun era aplicado, pero muy ladino, y su mirada, siempre huidiza, le hacía parecer poco de fiar; aunque sólo tuviese ocho años. Se sentía atraído por Neferure, una niña tan callada como él, pero que poseía un genio vivo del que carecía el muchacho. Neferure era nieta de Usimarenajt, Primer Profeta de Amón y, por ende, uno de los hombres más poderosos de Egipto.

El resto de la clase la componían vástagos de los Maribast y Bakenjons; familias que llevaban gobernando, en la sombra, el país de Kemet^[9] desde hacía cientos de años, durante los cuales habían acumulado gran poder y riqueza, ocupando todos los puestos jerárquicos de la Administración. Ambas familias estaban unidas por lazos de sangre y sus relaciones políticas eran de tal magnitud, que ni el mismísimo faraón podía igualarlas.

Los miembros de dichas familias habían acudido aquel verano al *kap* de Hesy y eran, además de malos estudiantes, bravucones y hasta pendencieros, y mejor hubieran servido como reclutas para combatir a las tribus del oeste que como futuros funcionarios del País de las Dos Tierras^[10].

Acostumbraban a utilizar el abucheo en cuanto había oportunidad, recibiendo por la mañana al maestro imitando un toque de trompeta, que hacía que toda la clase prorrumpiera en carcajadas. Hesy lo aceptó al principio con impasibilidad, pues no dejaba de tener cierta gracia ya que, en tiempos del Gran Ramsés (Ramsés II), existió

un trompetero con su mismo nombre que se hizo relativamente famoso en el ejército del faraón; hasta llegaron a erigirle una estela en la que se le podía observar, con su trompeta de larga y fina boquilla bajo el brazo izquierdo, adorando a Ramsés II. Como es fácil de entender, los chiquillos no iban a perder una oportunidad como aquella para hacer sus chistes. Así que, al empezar o terminar la clase, siempre había alguien que imitaba el toque del instrumento, tal y como solían hacerlo los soldados. Un martirio, sin duda, para el viejo maestro, que a partir del tercer día no tuvo más remedio que utilizar su ya desgastada vara ante el regocijo general.

Éstos eran sus alumnos y, al volverlos a mirar de nuevo, no pudo por menos que esbozar una leve sonrisa, ya que en pocos días las clases terminarían y podría regresar a su añorada Tebas, esperando no tener que volver a ver jamás a aquellos bergantes.

—Como decía, hablábamos de la forma de Sdm.f, no del verbo Sdm (oír) —dijo Hesy mirando de soslayo al príncipe Amonhirkopshep, como si el anterior tumulto no se hubiera producido—. ¿Sabría explicarme alguno de vosotros en qué consiste esta forma?

Los niños permanecieron en silencio mientras el viejo observaba impasible cómo uno de ellos levantaba su mano.

—¿Y bien? —preguntó con retintín al interfecto, que no era otro que Kenamun.

—Es una oración sin cópula, que tiene un participio pasivo como predicado —contestó el muchacho.

—Eso ya lo he dicho yo antes —dijo Hesy divertido mientras, de nuevo, el aula se llenaba de risas y pataleos.

Hesy chistó, a la vez que propinaba un vergajazo sobre la mesa pidiendo silencio; entre tanto, Kenamun apretaba los labios, entrecerrando sus ojos con contenida ira.

Cuando al fin se hizo el silencio, el maestro miró a Kenamun invitándole con un ademán a continuar.

—Quiere decir que esta forma no indica un tiempo determinado, pudiéndose expresar por tanto en presente, pasado o futuro, utilizándose con cualquier verbo.

El maestro se acarició la barbilla mientras escuchaba la explicación de su alumno.

—Eso es cierto pero incompleto, pues no aclara la procedencia de la forma. ¿Hay alguien que pueda completar lo anterior?

Los alumnos permanecieron callados.

—¿No hay nadie? —continuó el maestro mientras los miraba uno por uno—. Tú, Nefermaat —dijo clavando sus ojos en el muchacho—, ¿no podrías ser más explícito?

Nefermaat le observó sorprendido en tanto se revolvía incómodo en su cojín, pues no le gustaba nada alardear de sus conocimientos en público, y mucho menos si era para enmendar la plana a su hermanastro.

Hesy, que se dio perfecta cuenta de ello, le animó con discreción.

—Kenamun nos ha dado una explicación correcta, y quizá tú pudieras concretar algo más sus palabras a fin de ayudarnos a comprender lo que ha querido decirnos.

Nefermaat carraspeó azorado.

—Lo que mi hermano nos ha explicado de una forma práctica —dijo al fin mientras miraba brevemente a Kenamun— es que una forma que en origen tenía el sentido de «lo que él ha oído» se transformó, llegando a significar «él oye» o «él oyó»; tomando, claro está, el verbo oír como paradigma.

—Correcto —dijo Hesy con voz meliflua—, ¿y cómo crearíamos la voz pasiva?

—Insertando el elemento.tw detrás del verbo.

—Entonces ¿cómo sería, en primera persona, el paradigma completo de la forma sdm.f?

—Sdjm.i (yo oigo) como activa y sdm.tw.i (yo soy oído) como pasiva.

—Exacto —suspiró Hesy—, aunque hay cuestiones que complicarían mucho esta forma llevándonos a discutir sobre ella interminablemente.

El viejo maestro contempló a su variopinto grupo, al que sus palabras, si no su conocimiento, sí les había hecho al menos callar. Observaba a Nefermaat, y cómo éste colocaba sus cálamos adecuadamente entre los *mnhd* (los útiles del escriba). Para Hesy, él y su hermanastro eran los únicos que parecían haber aprovechado adecuadamente sus clases aunque, en su opinión, Nefermaat fuera mucho más brillante.

Bueno, quién sabe, quizás hubiera valido la pena todo aquel esfuerzo; aunque sólo fuera por ellos.

Miró de soslayo su clepsidra de alabastro, justo para comprobar cómo las últimas gotas de agua caían a través de ella, indicando que el tiempo se acababa. El silencio en el aula era ahora absoluto, en tanto los alumnos advertían el lento fluir de aquel tiempo en forma de agua. Instantes que a aquellos niños se les antojaban eternos y que a Hesy, por el contrario, resultaron efímeros, pues al pasar la última gota por el fino cuello del reloj, alguien imitó el toque de una trompeta y la clase se convirtió en un pandemonio, en el que al pobre Hesy le llovieron bolas de papiro impregnadas de tinta por todos lados. Incluso Nefermaat fue blanco de la furia de sus compañeros aquel día, organizándose una pelea monumental. El maestro se abstuvo de hacer comentario alguno, no dignándose ni a mirarles; recogió sus efectos y salió de aquella habitación que para él había supuesto el preámbulo de la entrada al Amenti^[11].

Cuando por fin los chiquillos dejaron de reñir, el aula mostraba las consecuencias del alboroto; tinteros, cálamos y papiros se encontraban hechos añicos en el suelo, mientras Paneb, que parecía haber recuperado en parte el aliento, se dirigía hacia la pequeña mesa que solía utilizar el maestro, sentándose finalmente sobre ella. Luego, miró a derecha e izquierda invitando a sus compañeros al silencio, y acto seguido cogió uno de los pocos escritorios que todavía no estaban rotos, mojando el cálamo en un tintero de agua para lanzar las gotas a su alrededor en honor a Imhotep^[12], en clara alusión a la ceremonia que, a diario, llevaba a cabo Hesy al comenzar sus clases.

La burla hizo su efecto, y de nuevo comenzaron a pelearse lanzándose los cojines

sobre los que se sentaban. Al final, los guardias tuvieron que intervenir para acabar con aquella confusión y desalojar la sala sin contemplaciones.

Al salir, la mayoría de los niños todavía reían celebrando la chanza de su compañero Paneb, en tanto recibían algún que otro azote. Sólo Kenamun parecía estar ausente de cuanto le rodeaba.

Se podría asegurar que Nefermaat no era un niño corriente. Ello no era debido a su privilegiada situación dentro de la sociedad egipcia, ni al hecho de que apenas tuviera contacto con los otros niños que vivían fuera del palacio. Él, como la mayoría de los chiquillos de su edad, disfrutaba con todos los juegos que eran comunes en aquel tiempo, aunque, eso sí, sólo los compartiera con príncipes. Quizá todo lo anterior pudiera parecer suficiente para conseguir la felicidad de cualquier niño, pero obviamente no era así, pues Nefermaat había crecido en el seno de una familia de la que jamás había recibido muestra alguna de cariño.

Su padre, Hori, era Mayordomo de la Casa de Su Majestad, cargo de gran importancia que el dios le había confiado, como ya hubiera hecho, con anterioridad, con su abuelo Ptahemuia, quien había servido a Ramsés III en este cometido durante toda su vida. Él y su esposa Hathor fueron muy queridos por el faraón; por eso a su muerte el dios decidió que su único hijo, Hori, le sucediera al frente del gobierno de palacio.

Hori demostró hacerse valedor de la confianza que en él depositaban, resultando ser tan magnífico mayordomo como lo había sido su padre.

Llegado el momento, Hori tomó esposa, haciéndolo en la figura de Tetisheri, una bella muchacha de profunda espiritualidad, perteneciente a una antigua familia tebana, y que había sido consagrada como «divina cantora de Mut^[13]». Fruto de aquella unión nació un hermoso niño al que su madre puso por nombre Nefermaat^[14]. Aquél era un nombre magnífico, evocador de antiquísimas estirpes^[15], y dada la importancia que para los antiguos egipcios tenía el nombre, a Hori le pareció sumamente acertado.

Instalados en el palacio del dios en Medinet Habu^[16], Hori se aplicaba en la supervisión del correcto funcionamiento de la casa de su majestad, mientras Tetisheri se dedicaba por entero a su pequeño, colmada de felicidad. Fue una época maravillosa en la que los dioses les llenaron de venturas, haciendo plenamente dichosa aquella unión; mas, por desgracia, ésta resultó efímera.

Un mal día, mientras se bañaba en el Nilo, Tetisheri se ahogó. Una de las traicioneras corrientes que abundan en el río se la llevó, no encontrándose su cuerpo jamás.

Aquél fue el golpe más terrible que el infortunio hubiera descargado nunca sobre Hori, que se negó a aceptar tamaña desgracia.

Toda la corte lloró la pérdida de la dama Tetisheri, pues era muy querida, e incluso el dios demostró públicamente su aflicción manifestando, convencido, que Hapy^[17] se la había llevado para convertirla en dueña de su harén de diosas ranas;

señora de las sagradas aguas de las que ahora formaba parte indisoluble.

Hermosas palabras con las que Ramsés trató de reconfortar a su mayordomo aun a sabiendas que, probablemente, no fuera Hapy, sino Sobek^[18], el que hubiera reclamado para sí a la bella Tetisheru.

Como Nefermaat no había cumplido todavía un año, una ama de cría de palacio tuvo que hacerse cargo de él, en tanto Hori empleaba todo su tiempo entregándose por completo a su trabajo, tratando de olvidar así lo que para él resultaba un castigo inmerecido.

Mas el corazón de los hombres se vuelve frágil ante el infortunio, haciéndole difícil el soportar tanta soledad y desdicha. El dolor parece despertar en él de nuevo cada día, y acaba por convertirse en un tormento que le acerca más y más al tenebroso pozo de la angustia. Es entonces cuando busca desesperadamente quien le ilumine en tan inmensa oscuridad, aunque, en ocasiones, ni él mismo lo sepa.

Ése fue el motivo por el que Hori se aferró a la bella Mutenuia, cual náufrago a una madera salvadora aparecida milagrosamente en medio de la tempestad provocada por el iracundo Set^[19]; allá, en sus infernales dominios, junto al Gran Verde^[20]. A la postre, los dioses, benévolos, asistían al pobre mortal con vientos de esperanza con los que redimir su corazón; ¿o quizá no fuera así?

El tiempo se lo diría claramente a Hori, aunque éste ya no estuviera dispuesto a escucharlo. Él se enamoró perdidamente de aquella mujer, y al poco de conocerla la hizo su esposa. Su viudedad tan sólo había durado un año.

Mutenuia resultó ser, en todo, la antítesis de su anterior esposa. No había en ella el más mínimo atisbo de la profunda espiritualidad que atesoraba Tetisheru, ni de su bondadosa naturaleza. En Mutenuia parecía que se fundieran las más intemperantes fuerzas de las cosmogonías del País de las Dos Tierras. En ocasiones parecía que en el crisol de su alma se fusionara, por un instante, la colérica Sejmet, el violento Set, y Montu, dios de la guerra, creando en ella accesos de ira difíciles de imaginar. En tales momentos, Mutenuia era proclive al griterío y al lanzamiento de cualquier objeto que tuviera buenamente a mano, y que solía dirigir con certera habilidad. A semejante naturaleza, los dioses le habían proporcionado un cuerpo de exuberantes y rotundas formas, capaz de enfrentarse en singular combate al más atrevido de los hombres. Su cara no era especialmente bella, aunque sí interesante, pues era dueña de unos hermosos ojos oscuros, algo rasgados, y unos labios carnosos y sensuales que ocultaban unos dientes blancos como el marfil. Los ángulos que la enmarcaban, así como su generosa nariz, le daban un indudable atractivo, y parecían manifestar ante los demás la fuerza que encerraba en su interior. Por si fuera poco, Hathor^[21] había sido generosa con ella al otorgarle un temperamento fogoso que controlaba con habilidad y que era capaz de convertir en lascivo, si así lo creía necesario.

Ante este conjunto de infernales fuerzas, Hori se rindió sin condiciones. Él decidió, desde el primer momento, que debía servir a su esposa tal y como ella le ordenase, determinando hacerse merecedor de sus favores al precio que fuera. Había

sucumbido ante el poder de Mutenuia, y haría cualquier cosa por gozar cada noche de ella. Sentirse rodeado por sus poderosos muslos mientras acariciaba su blanca y tersa piel en tanto sus cuerpos se fundían, desbocándose en ritmos frenéticos como los que acostumbraban a tocar los habitantes del lejano sur, suponía para Hori su anhelo máximo, llegando a convertirse, con el tiempo, en una obsesión.

Casi de inmediato, Mutenuia fue consciente del ascendente que ejercía sobre su marido, y de la inagotable sed que éste parecía tener de sus caricias; ella debía dosificarlos convenientemente, según sus intereses.

En verdad que Renenutet^[22] había señalado a Mutenuia al haber podido encontrar un hombre de semejante posición que estuviera dispuesto a casarse con ella. Ello no era debido a que su situación fuera inferior a la de su marido, pues su padre, Nebmose, era Sumo Sacerdote de Horas en Hierakómpolis, y su hermana, Atmeret, estaba casada con Setau, hijo del Sumo Sacerdote de Nejbet en El-Kab, y al que en su momento sucedería. La verdadera causa de su fortuna era su edad, ya que Mutenuia era mayor que su marido, y hacía años que había superado con creces el tiempo en el que las egipcias solían desposarse. Pero Renenutet había cruzado en su camino a aquel hombre y ella no estaba dispuesta a desairarla.

Por otra parte, el hombre con el que se había desposado resultó poseer un alma servil imposible de imaginar. El propio Hori quedó sorprendido al comprobar cómo su *ha*^[23] se encaminaba por tortuosos caminos, desconocidos para él, a los que acabó acomodándose. Cumplía con eficacia sus funciones en palacio, ocupándose con su celo habitual de todo aquello que le competía. Mas de regreso a sus habitaciones, todo el poder que había manifestado durante el día desaparecía misteriosamente y Hori se transformaba en una sombra sin voluntad; entraba en el reino de Mutenuia, ama y señora de cuanto poseía, y a la que gustaba servir en todo lo que tuviera a bien necesitar. Él mismo le había rogado durante una de aquellas noches en las que yacía frenéticamente entre sus generosas piernas, que le hiciera su esclavo para siempre; él la obedecería sin vacilar pidiera lo que pidiese.

A Mutenuia, aquello le pareció otra bendición de Renenutet, que le daba la oportunidad de hacer lo que le viniera en gana. Si su marido estaba dispuesto a entrar a su servicio como el último de los esclavos, a cambio de apagar el febril ardor que cada noche parecía dominarle, ella aceptaría encantada, e incluso participaría con entusiasmo cuando la ocasión lo requiriera; un arma formidable, sin duda.

El primer inconveniente que Mutenuia encontró en su nuevo estado fue Nefermaat. Desde el principio, el niño fue repudiado por la dama hasta el punto de soportar a duras penas su mera presencia. Sus lloros y habituales gritos infantiles eran íntimamente aborrecidos por la señora, aunque, eso sí, se guardara de hacerlo público. Ella sabía muy bien lo inoportuno que hubiera sido abrumar a su marido diariamente con sus quejas. Era consciente de que su plan requería tiempo, y en tanto que éste llegara, actuaría con disimulo, mostrándose ante Hori como una madre considerada e incluso amorosa. Mas era necesario asegurar su posición tan pronto

como fuera posible; Nefermaat crecería, y no sería fácil para ella el poder mantener sus privilegios si su marido faltaba. Era imprescindible para Mutenuia quedarse embarazada; Nefermaat necesitaba un hermanito y a ello consagraría su tiempo.

Fueron meses febriles para Hori ya que, pasado un tiempo, y al no poder dejar encinta a su esposa en sus frenéticas cópulas nocturnas, fue requerido por la dama para que acudiese también al mediodía a cohabitar con ella. Ante esta situación, el vigor del Mayordomo Real se resintió, lo que le llevó a desarrollar sus cotidianas labores con un ánimo algo decaído que no pasó desapercibido para nadie en palacio. Los cortesanos comenzaron a hacer burlas a sus espaldas, y al poco tiempo incluso le paraban para preguntarle, socarronamente, por el desarrollo del asunto.

Hori, haciendo caso omiso de sus ironías, les miraba muy serio y les aseguraba que llevaba en sus *ineseway* (testículos) el poder del buey Apis^[24], de quien era devoto.

—Esperemos que no poseas también las veintinueve marcas, o si no te nombrarán reencarnación del dios y tendremos que adorarte —solían contestarle entre risas.

Mas a Hori, éstas le sonaban huecas y muy envarado seguía su camino hacia sus aposentos haciendo oídos sordos a cuanto le decían. Su único propósito era conseguir una nueva paternidad, y satisfacer de este modo a su mujer en sus anhelos.

Ésta, por su parte, había decidido invocar al panteón egipcio, en vista del poco acierto que parecía poseer su marido para dejarla encinta. Porque, para ella, no había ninguna duda sobre quién era el culpable de que su vientre no germinara. Por ello rezaba a diario a Nebethetepet^[25], la «Señora de la Ofrenda» (que es lo que significa ese nombre), con la esperanza de que las oraciones fueran atendidas, pues de sobra era conocida la bondad de la diosa para con los que la imploraban. Mutenuia no tenía duda de que sus ruegos serían escuchados, y más en un caso como el suyo en el que se solicitaba de Nebethetepet su poder creador, pues no en vano recibía el enigmático epíteto de «Misteriosa de la Vulva».

Durante meses elevó sus plegarias con renovado ánimo, intentando que la desesperación no se adueñara de ella. Con una fe inquebrantable rogaba a todas las fuerzas creadoras de Egipto que intercedieran ante la diosa para que ésta atendiera sus súplicas, mientras intensificaba desmedidamente los encuentros amorosos con su marido, al que impuso una severa dieta a base de puerros y lechugas^[26] que estuvieron a punto de llevarle al borde de la extenuación; incluso llegó a darse masajes con sangre menstrual y a utilizar los dátiles *bener*^[27] como supositorios vaginales para asegurar su fertilidad.

Por fin, cuando la sombra de la desesperanza empezaba a asomarse a su corazón, «Aquella que Escucha los Rezos», otro de los nombres con los que era conocida Nebethetepet, se hizo eco de sus preces y Mutenuia tuvo una falta.

El embarazo de su esposa supuso, en gran medida, un evidente alivio para Hori, mas por otra parte, el humor de la dama se volvió paulatinamente más irritable, haciéndose sumamente difícil de soportar; y así, por fin, cuando a los nueve meses de

gestación Mutenuia se dirigió a la «glorieta para partos^[28]», el palacio en pleno respiró aliviado ante la perspectiva de un pronto final que cambiara el agrio carácter de la señora.

Allí, bajo la protección de Mesjenet^[29], la que preside los alumbramientos, y en cuclillas sobre unos ladrillos, Mutenuia dio a luz a un varón. Fue un parto *wedef* (prolongado), como lo había sido su espera para quedar encinta, en el que la señora fue asistida por tres experimentadas matronas que resolvieron satisfactoriamente un nacimiento que se le presentó complicado. Mesjenet, la que elabora el *ka*^[30] del recién nacido, le había bendecido dándole aquello que más deseaba, un niño.

El alumbramiento de Mutenuia fue muy celebrado en la corte, pues se producía en la estación de Shemu (la recolección) de un año en el que la cosecha iba a ser abundante; aunque hubiera quien advirtiera que el nacimiento se había producido el día cinco de Epep (mayo-junio), tercer mes de Shemu, una jornada particularmente adversa en la que era mejor no salir de casa y mucho menos embarcarse.

Mutenuia eligió para su hijo el nombre de Kenamun, un nombre algo corriente, pero que le hacía evocar al que fuera administrador del dios Akheprure (Amenhotep II) y hermano de leche de éste, al ser su madre, Amenemopet, nodriza del citado faraón. Un poco rebuscado, sin duda, pero el reciente nacimiento del primer vástago del príncipe heredero le había hecho conferir singulares expectativas a la dama; así era Mutenuia.

A partir de aquel día, Kenamun se convirtió en el eje sobre el que giraba el universo de Mutenuia, quedando todo supeditado a los intereses de éste.

El mayor perjudicado de la nueva situación familiar fue, sin lugar a dudas, Nefermaat. Sus tres años de edad no le permitieron recordar posteriormente aquellos acontecimientos, aunque sí fuera capaz de grabar en su pequeño corazón los malos tratos que empezó a recibir de su madrastra. Ésta comenzó a socavar hábilmente la voluntad de su marido, en pos de relegar al niño a un segundo plano en beneficio de su hijo. Para ello contó con el arma de sus caricias, que tan buenos resultados le habían dado, y que se demostraron suficientes para conseguir sus fines. Hori quedó definitivamente atrapado entre ellas, y nunca osó replicar a su esposa en sus peticiones.

El pequeño Nefermaat cedió su sitio a su nuevo hermano y, a los pocos años, Hori no fue capaz de reconocer en él ni el más vago recuerdo de su anterior esposa.

Para cuando tuvo edad suficiente de percatarse de cuanto ocurría a su alrededor, su carácter había ya recibido las funestas influencias de tan lamentable hogar, comenzando a desarrollar aquella personalidad reservada que siempre le acompañaría, y el convencimiento de que no amaba a sus padres. No recordaba haber recibido nunca palabra o gesto amable alguno por parte de su madrastra; y de su padre, quizá su verbo seco, acompañado de huidizas miradas que delataban su culpabilidad.

Por todo ello, las suntuosas estancias donde habitaba representaban para él la peor

de las moradas, llegando a pensar que cualquiera de las guaridas utilizadas por las alimañas del desierto hubieran sido preferibles mil veces. Sin embargo, cuando Nefermaat abandonaba su particular Amenti, se transformaba.

Como despojado de una pesada carga, Nefermaat recorría alborozado los interminables corredores de palacio, buscando inconscientemente el calor que no tenía en su casa. Sus pies le llevaban por las más diversas estancias; desde los aposentos del príncipe Ramsés, con cuyos hijos compartía juegos, hasta las despensas reales, donde merendaba obleas de pan recién hecho rellenas de deliciosa miel que los reposteros solían prepararle a escondidas, pues el despensero real, Djehuty, hombre antipático donde los hubiera, montaba en cólera cada vez que algún cocinero preparaba un plato sin su consentimiento. Cuando veía a Nefermaat comiendo aquellas obleas, le reprendía acaloradamente, llegando incluso a tirarle de las orejas.

En sus andanzas diarias, el niño llegó a ser muy querido por la gente de palacio. Todos sabían de quién era hijo, y las pocas simpatías que despertaban sus padres hacían que, en cierto modo, se compadecieran del pequeño. Incluso cuando venía acompañado de su amigo Paneb era bien recibido, lo cual tenía un indudable mérito, pues este último solía perpetrar las más abyectas travesuras.

Cocinas, despensas, bodega, establos, biblioteca... no había en el palacio camino por el que Nefermaat no se aventurara, ni rincón que dejara sin explorar, inconscientemente cautivado por el pequeño universo creado entre aquellos muros. Mas si había un lugar que atrajera por encima de todo la atención de Nefermaat, ése era el despacho de Iroy, el médico del dios.

Siempre que podía, el chiquillo traspasaba lo que, para él, suponía la más enigmática de las puertas, a fin de adentrarse en un lugar que le resultaba mágico. Allí se abstraía contemplando el instrumental médico que tan extraño le parecía, y que se hallaba cuidadosamente colocado en immaculadas estanterías; ni tan siquiera los miles de papiros que los acompañaban, atestando las repisas de las estancias, le causaban la misma impresión.

En ocasiones, el mismo Iroy sorprendía al niño observando respetuosamente cuanto le rodeaba; entonces, cogiéndole de la mano, le llevaba a través de aquel enigmático universo mientras le contaba cientos de historias que al niño le resultaban extrañamente lejanas y misteriosas.

Lo que para el médico fuera una simple simpatía se transformó, al poco tiempo, en sincero afecto, convirtiéndose más tarde en verdadero cariño. Iroy conocía al padre del muchacho desde hacía mucho tiempo, no sintiendo por él una particular predilección.

Obviamente, el médico real sabía del preponderante cargo que aquél ocupaba, así como del favor que el dios le otorgaba al poner el buen gobierno de su casa en sus manos. El ser Mayordomo de la Casa de Su Majestad representaba un cargo de primera magnitud, y Hori, como ya lo hiciera anteriormente su padre, lo cumplía a la perfección.

Su importante cometido le hacía estar en contacto diario con los más diversos estamentos del Estado, así como el recibir todo tipo de peticiones de recomendación a fin de que fueran trasladadas a oídos del soberano. Hori las escuchaba con suma cortesía, prometiendo indefectiblemente que ese mismo día el faraón sabría de ellas; mas las peticiones jamás pasaban de la sala donde eran elevadas, no llegando a tocar tan siquiera en la puerta de Ramsés.

Con el tiempo, las prácticas del mayordomo llegaron a ser de sobra conocidas por todos, haciéndose incluso ingeniosos chistes al respecto. Aquel que decía «si quieres que no se cumpla nunca tu proyecto, cuéntaselo a Hori», alcanzó merecida fama, y fue celebrado por el mismísimo faraón que se regocijó sobremanera al oírlo por primera vez. Al fin y al cabo suyo había sido el nombramiento, congratulándose de no haberse equivocado ni un ápice en la elección de su mayordomo. Sin embargo, el resto de la corte no era de la misma opinión y bien pudiera decirse que Hori no poseía ningún amigo en ella.

Su mujer Mutenuia despertaba otro tipo de sentimientos pues, francamente, a la mayoría le resultaba insoportable. Incluso los más maliciosos se regodeaban que Hori estuviera casado con ella, para así recibir el diario castigo a su descarado egoísmo. La dama resultó ser fuente inagotable de rumores y chismes, algunos de una procacidad extrema, llegándose a asegurar que algún maligno demonio se había instalado en uno de sus *metu*^[31] produciéndole tales ardores que Hori a duras penas podía sofocar. Incluso había quien afirmaba que la señora se procuraba alivio diario con un camarero libio famoso por su generosa dotación; encuentros a los que Hori no sólo no se oponía, sino que además consentía de buena gana, llegando a participar en algún momento de ellos. Tales eran las murmuraciones que corrían por palacio, exageradas, sin duda, cada vez que se contaban, pero que, a su vez, demostraban el poco afecto que se sentía por Hori y su esposa.

Iroy, que sabía sobradamente de todos estos detalles, sentía una indisimulada ternura cada vez que Nefermaat iba a visitarle, haciéndole imaginar cuan triste debía ser la vida del niño dentro de semejante ambiente.

Sin lugar a dudas, Tetisheri lloraría diariamente, desde algún remoto lugar, allá en el reino de Osiris, al ver el hogar en el que vivía su pequeño.

Con el tiempo, los lazos entre Nefermaat e Iroy se fueron estrechando. La mujer de éste, la muy noble dama Ipuia, se encariñó también del niño estando encantada de recibirle ahora que se encontraban tan solos en palacio. Los cuatro hijos tenidos en su matrimonio ya se habían casado, estableciendo su nuevo hogar demasiado lejos de ellos. Nefermaat llenaba, en parte, los momentos de nostalgia que a menudo sentían y que, como bien sabían, eran inevitables en el transcurso de la vida.

Con el paso de los años las visitas del muchacho llegaron a ser tan asiduas como lo fueran sus juegos diarios. Pasó su existencia entre ellos y sus cotidianas clases, en las que Nefermaat demostró ser un magnífico estudiante, alejado en lo posible de la compañía de su familia. Ésta acabó por hacérsele insoportable, no llegando a

discernir qué era lo que le molestaba más, si la usual indiferencia de su padre o la incontenida ira de su madrastra.

Cuando su hermanastro Kenamun creció lo suficiente, el vacío que de ordinario sentía se hizo más evidente. Todo el cariño, los anhelos e incluso las ambiciones de Mutenuia se volcaron en la figura de su hijo, haciendo comprender a Nefermaat que a duras penas era soportado y que poco o nada tenía que hacer allí. Él, por su parte, trató de mantener una relación natural con su hermano esforzándose en ser amable y amistoso, y preocupándose por él en la escuela o defendiéndole en las riñas que, en ocasiones, tenía con los otros niños; mas el vínculo entre ellos nunca se estrechó. Cada una de las atenciones que dispensaba a Kenamun parecían crear el efecto contrario, transformándose, a la postre, en alimento de un feroz resentimiento que Kenamun era incapaz de reprimir. Aquel invisible muro que les separaba y que otros se habían encargado de erigir resultaría con los años inquebrantable, como las ciclópeas piedras con las que se construían los templos en el país de Kemet.

Nefermaat recorría los postreros pasos de su triste infancia encaminándose hacia el umbral de una adolescencia que se adivinaba próxima. Acababa de cumplir once años, una edad a la que un egipcio debía de comenzar a decidir su futuro e incluso a perfilar sus proyectos. Nefermaat los tenía esbozados hacía ya mucho tiempo, y sólo anhelaba el momento en el que, por fin, se materializasen. Aquella hermosa mañana del mes de Hathor los sentía tan próximos, que el muchacho se encontraba alegre como no recordaba haberlo estado nunca. El ambiente de ensoñadora fragancia que le rodeaba le invitaba a estarlo. Oía a acianos, malvarrosas, narcisos, espuelas de caballero, alhelíes y adelfillas aunque, obviamente, él no fuera capaz de captar tal cantidad de esencias. El suave aroma producido por los arbustos de alheña envolvía a todos los demás, y ése sí era capaz de identificarlo. Todos los olores característicos de su país parecían hallarse presentes en aquel jardín de incomparable belleza. El dios no había escatimado en medios adornándolo con plantas que no eran autóctonas, como la bilorta y el lirio, y que se confundían con el resto de las flores en perfumada armonía; un lujo para los sentidos, sin duda.

Aquel vergel repleto de frondosos palmerales rodeaba, a su vez, a un enorme lago comunicado mediante canales con uno de los ramales del Nilo, que el faraón había mandado construir para sus horas de esparcimiento. Por él era frecuente verle navegar en compañía de su familia durante los hermosos atardeceres de verano mecidos por la suave brisa del norte que, de ordinario, acostumbraba a soplar.

El lugar no era sino una de entre las múltiples maravillas que, aquí y allá, se alzaban orgullosas y que un día fueran creadas por las manos de los más primorosos artistas de Egipto. Todas ellas juntas formaban Pi-Ramsés, la ciudad construida por los ramésidas durante la XIX Dinastía y que en la actualidad mostraba toda su magnificencia. El gran Seti I fue el encargado de planificar la nueva capital, y el que puso la primera piedra de lo que llegaría a ser una ciudad de esplendorosa belleza. Para su emplazamiento eligió el Bajo Egipto; un paraje del delta del Nilo,

estratégicamente situado, que resultó ser todo un acierto. El asentamiento no podía estar mejor pensado, ya que se hallaba junto al ramal oriental del Delta, al que los egipcios denominaban «Las Aguas de Ra», y muy próximo al «Camino de Horus», la antiquísima carretera que unía Egipto con los países vecinos del oriente próximo, y que llegaba hasta más allá del río Orontes. Desde aquel enclave se podía controlar todo el tráfico fluvial que, desde las bocas del Nilo, entrara por el este del Delta, así como las rutas terrestres que se dirigían a Palestina. Por ello se construyó un gran puerto fluvial para la Armada, donde se estableció el cuartel general del Ejército de Carros del rey y numerosos cuarteles para los ejércitos del dios; desde allí podrían acudir con rapidez a cualquier punto del Imperio que los necesitase.

Aquella nueva urbe, que impulsara Seti, tuvo su apogeo con la llegada al trono de su hijo Ramsés II. Él fue quien bautizó a la ciudad con uno de los rimbombantes nombres a los que era tan aficionado, llamándola: «La Casa de Ramsés-Amado-de Amón-Grande por sus Victorias», aunque todo el mundo la conociera, simplemente, como Pi-Ramsés (la casa de Ramsés).

Durante cien años, los reyes que gobernaron el país de Kemet embellecieron la ciudad fundada por sus ancestros, utilizando sus palacios como residencia durante largas temporadas. Solían instalarse en ella todos los veranos huyendo del caluroso clima que azotaba a Tebas durante dicha estación. En la capital del Delta podían disfrutar del suave clima del cercano Mediterráneo, olvidándose del insoportable calor que sufrirían en la ciudad del dios Amón.

En Pi-Ramsés se sentían como en casa, lo cual no era extraño ya que, al fin y al cabo, la familia de los ramésidas procedía de aquella región.

Cuando la XIX Dinastía acabó sus días de reinado y una nueva la sustituyó, la importancia de la capital no sólo no decayó, sino que cobró nuevo impulso. Los gobernantes de la XX Dinastía se revelaron como unos fervientes amantes de la ciudad en la que permanecieron cada vez durante más tiempo. Ellos también se sentían como en casa, puesto que eran originarios de aquella zona; concretamente de Avaris, una población situada a pocos kilómetros y que, quinientos años atrás, había sido la capital del Egipto gobernado por los invasores *hicksos*, de tan infausta memoria.

Primero Setnajt y luego su hijo Ramsés III habían aportado su esfuerzo por engrandecer todavía más aquella ciudad que tanto amaban. Grandes avenidas rodeadas de espaciosos jardines; hermosos edificios de deslumbrante blancura; templos en los que honrar a los dioses, en los que no se había escatimado nada que pudiera desenaltecerles a los ojos de los hombres. Los mejores artistas del país habían diseñado una arquitectura monumental digna del gran Imhotep^[32]; grandiosas construcciones levantadas para mayor gloria del faraón. Edificios cuyos magníficos vestíbulos se hallaban revestidos de lapislázuli y turquesas, y en los que los exquisitos orfebres habían cuidado hasta el último detalle; incluso las jambas de sus enormes puertas se habían fabricado de oro y cobre. Todo parecía obra del prodigio

de unas manos que se encontraban por encima de los hombres. Las manos de los dioses que un día bendijeran a aquella tierra enseñando a sus moradores los secretos de su sabiduría. Así era Pi-Ramsés aquel mes de Hathor de la estación de Akhet, la inundación, del año veintidós del reinado de User-Maat-Ra-Meri-Amón (Ramsés III); vida, protección y fuerza le sean dadas.

Nefermaat volvió a llenar sus pulmones con aquel aire con el que se sentía embriagado y que le invitaba a soñar. Se tumbó sobre la fresca hierba apoyándose sobre sus codos mientras mordisqueaba distraídamente una brizna. Era agradable estar allí, rodeado de todas aquellas maravillas a las que tan sólo unos pocos privilegiados tenían acceso y que, a la postre, eran patrimonio exclusivo del faraón. Ser consciente de aquello era suficiente para sentirse bendecido por los dioses, y abandonarse en un profundo estado de sutil embeleso.

Mas para Nefermaat sus sueños ya estaban más que trazados. En realidad llevaba fabricándolos desde que tuviera uso de razón, y después de todos aquellos años estaban a punto de abrir las puertas a una realidad que los conduciría al mundo tangible.

Observó las aguas del cercano lago mientras pensaba en ello. Estaban turbias debido a la multitud de sedimentos que el río arrastraba en su crecida y que repartiría generosamente en sus orillas. El nivel de las aguas ya había empezado a bajar y, en un mes, el río volvería a su cauce normal dejando los campos listos para la siembra. El muchacho reparó en el hecho de que en el próximo año ya no estaría allí, y en la posibilidad de que quizá contemplara la crecida de una manera bien distinta; lejos de los palacios en los que estaba acostumbrado a vivir. Le atraía la idea de mezclarse con el resto de un pueblo con el que apenas había tenido trato. Intuía que junto a él gozaría de una perspectiva bien distinta de la que ahora tenía, y ello le ilusionaba.

Los últimos meses se le habían hecho poco menos que insufribles, contando los días que le faltaban para emprender una nueva andadura. Ahora que las clases en el *kap* habían finalizado, se sentía aún más nervioso que de costumbre, haciéndosele harto difícil la convivencia diaria con su familia.

Pensó en ello escupiendo malhumorado la brizna que todavía mordisqueaba. Al menos esperaba que Renenutet, la diosa que, entre otros muchos aspectos, controlaba el destino de cada uno, le fuera más propicia a partir de ese momento.

Sin embargo, la diosa nunca tendría en especial estima el destino de Nefermaat, o al menos jamás mostró aparente interés por él, quedando éste en manos de Shai, el enigmático dios que regía la suerte y el destino de los hombres en función de sus acciones. Un destino misterioso, pues eso era lo que los dioses habían deparado al muchacho.

Gritos y risas le sacaron de su ensoñación haciéndole volver la cabeza, justo para ver cómo Paneb empujaba al príncipe Amonhirkopshep.

—¡Cómo te atreves! —gritó con su vocecilla chillona el príncipe—. ¿Acaso no sabes que mi padre será el próximo dios de esta tierra?

Paneb se desternilló de risa mientras volvía a zarandearle.

—¡Mira como tiemblo! —exclamó éste a la vez que movía convulsivamente sus manos.

El resto de los chiquillos rieron la ocurrencia mientras el príncipe trataba de recomponerse el faldellín.

—Mirad, Amonhirkopshep tiene la ropa arrugada y su madre le castigará —volvió a burlarse Paneb.

De nuevo los niños volvieron a reír.

—Cuando sea rey os mandaré azotar a todos —siguió el príncipe con incontenida rabia.

—Uh, uh, uh —exclamaron a coro los demás.

—¿En serio que me azotarás? —murmuró Paneb en tanto que le propinaba un pescozón—. Para cuando seas faraón, si es que alguna vez llegas a gobernar, yo ya habré sucedido a mi padre, convirtiéndome en Sumo Sacerdote de Montu. ¿Llamarás a la puerta de mi templo para fustigarme? Espero que para entonces seas devoto de nuestros dioses.

Acto seguido dio otro pequeño empujón al príncipe mientras se aproximaba a Nefermaat.

—Desde luego que los que aseguran que las gentes del norte son algo bravuconas, no andan muy descaminados —exclamó con malicia en clara referencia a la procedencia de la familia real—. Nosotros, los del sur, no tenemos ese problema; somos generosos, ¿verdad Nefermaat?

Éste observó cómo Paneb se sentaba a su lado mientras el príncipe, junto con el resto de los chiquillos, se acercaban también a ellos; pero no dijo nada. Allí se encontraban sus habituales compañeros de la escuela, quienes, ahora que habían finalizado las clases, aprovechaban para pasar el mayor tiempo posible jugando en los jardines de palacio, mientras perpetraban mil travesuras.

Como el *kap* había terminado, Paneb se quedó sin poder continuar zahiriendo con sus burlas al maestro. El viejo Hesy había sido el blanco de ellas durante todo el curso, aguantando hasta límites inauditos. En opinión de Nefermaat, el profesor había dado muestras de una paciencia que iba mucho más allá de lo razonable; incluso para una academia como aquélla. El pobre Hesy, sin duda, descansó cuando se despidió de semejante pícaro.

Paneb tuvo que elegir otra víctima para sus bromas, escogiendo sin dudar al pequeño príncipe, quien, dicho sea de paso, se prestaba de maravilla al caso.

El príncipe era un niño mimado donde los hubiere que, aunque sólo contaba con nueve años, tenía muy presente quién era y lo que esperaba de los demás. Su nombre, Amonhirkopshep, significaba «Amón es su fuerza», y le había sido impuesto en memoria del primogénito de Ramsés III, persona muy querida no sólo por su augusto padre, sino también por toda la corte. Su prematura muerte supuso una gran aflicción para el faraón, que volvió a utilizar ese nombre para llamar también así a su noveno

hijo. Era por eso que existían dos personas que llevaban el mismo nombre dentro de la familia real; el pequeño príncipe y su tío, al que, dicho sea de paso, aborrecía. Y es que el tío Amonhirkopshep parecía conocer a la perfección la auténtica naturaleza de su sobrino, lo que le obligaba a reprenderle en no pocas ocasiones, llegando incluso a hacer burla de su mal comportamiento.

El resto de los niños, que de ordinario compartían sus juegos con él, le conocían bien, y aunque solían hacerle blanco de sus bromas, no osaban sobrepasarse por temor a futuras represalias, no fuera que los ayos que solían cuidar a los príncipes les dieran algún pescozón. Sólo a Paneb parecían importarles poco las veladas amenazas o la habitual presencia de los preceptores, pues aquel pequeño tirano, que lloriqueaba en cuanto no se salía con la suya, le parecía insufrible y, en cualquier caso, una invitación para dar rienda suelta a su bulliciosa conducta.

—Las aguas empiezan a bajar. Dentro de un mes todos estaremos lejos de aquí —dijo Paneb mientras tiraba piedrecillas al lago.

Nefermaat asintió en silencio mientras observaba las ondas en el estanque.

—Y bien que me alegro —intervino Amonhirkopshep con su chillona voz—. Así no me molestaréis más.

Paneb hizo ademán de lanzarle un golpe, que obligó al príncipe a protegerse con sus manos. Mas en el último instante aquél volvió su vista al lago y continuó arrojando sus piedras.

—Mi padre dice que ha llegado el momento de que ingrese a las órdenes del divino Montu —continuó Paneb—. El dios guerrero espera impaciente a que me inicie en sus misterios, a fin de que algún día pueda llegar a ser el primero de sus servidores. La Casa de la Vida de su Templo será mi nuevo hogar.

—Eso nos pasará a todos —intervino uno de sus primos, que pertenecía a la familia de los Maribast.

—A casi todos —exclamó Paneb, a la vez que miraba de reojo al pequeño Amonhirkopshep—. De una manera u otra los dioses nos reclaman. Creo que hasta Kenamun se va a alistar.

Todos dirigieron sus miradas hacia el niño, que no contestó.

—Dinos Kenamun, ¿qué divinidad va a tener la honra de tenerte a su servicio? ¿Será Ptah, Jonsu, Ra, o quizás Amón? —inquirió Paneb con malicia, sabedor de que esta última era la opción elegida por Mutenuia para su hijo.

Kenamun le lanzó una de sus habituales miradas, torva donde las hubiera, al comprender que, de alguna manera, formaba parte de las habladurías cotidianas del palacio.

—De sobra sabes que mi destino es el Templo de Karnak —contestó casi escupiéndole las palabras.

—Ah, ya veo, tu noble madre, la dama Mutenuia, te pone bajo la protección del clero de Amón. Seguro que tiene grandes proyectos para ti; quién sabe hasta dónde podrás llegar. Yo que vosotros —exclamó Paneb volviéndose hacia sus primos— me

andaría con cuidado; a los Maribast y a los Bakenjons os ha salido un rival de cuidado.

Aquello hizo que todos los chiquillos estallaran en carcajadas, ya que estas dos familias venían relevándose en el poder del Templo de Karnak desde hacía siglos.

Mas a Kenamun no le hizo ninguna gracia y la cólera enrojeció su cara.

—Vamos, dejadle en paz —intervino Nefermaat—. Él tratará de abrirse camino como cualquiera de vosotros. Su madre vela por él igual que lo hacen las vuestras.

Aquellas palabras enfurecieron más aún a Kenamun, que no soportaba que su hermanastro le defendiera, y mucho menos que hablara de su madre.

—¿Y quién velará por ti? —preguntó Paneb burlón.

Nefermaat miró fijamente a su amigo durante un instante y luego volvió su cabeza hacia el cercano lago.

—Espero que Sejmet se ocupe de mí —contestó en un tono algo resignado.

—La diosa leona te protegerá, y te dará su saber para que algún día puedas curar nuestros males —exclamó Paneb divertido mientras le daba unas cariñosas palmadas en la espalda.

—Pues yo seré reina.

Aquella vocecilla deliciosamente cantarina hizo que los niños volvieran la cabeza.

—¡Pero si es nuestra princesita! —exclamó Paneb encantado.

—Ahora soy princesita, pero algún día seré reina.

—Claro Nubjesed, y nosotros tendremos que postrarnos ante ti, ¿verdad?

—Si, si y si.

—Ya empezamos. Siempre está con la misma monserga —intervino el príncipe con desprecio—. Aquí al único al que adorarán será a mí.

—Pues nuestra madre dice que seré reina, y que aquel que quiera ser faraón de esta tierra tendrá que casarse conmigo.

Amonhirkopshep se removi6 inc6modo mientras arrancaba briznas de hierba.

—Tu madre, la se1ora Temtopet, es sabia, no cabe duda —continu6 Paneb para as6 zaherir al pr6ncipe.

—S6. Adem6s t6 nunca ser6s el Horus viviente^[33], Amonhirkopshep, porque yo me casar6 con mi novio Nefermaat.

Los chiquillos prorrumpieron en gritos de j6bilo al escuchar estas palabras, y se lanzaron alborozados sobre el muchacho entonando alabanzas.

—¡Gloria a ti, Se1or de las Dos Tierras! ¡Horus redivivo que nos alumbras en nuestro camino!

Despu6s prorrumpieron en aplausos en tanto Nubjesed se sentaba junto al que aseguraba era su novio.

Aunque contaba con tan s6lo ocho a1os de edad, Nubjesed era la gracia personificada. Su car6cter alegre y vivaz contrastaba con el de su hermano, como si no les uniera ning6n tipo de parentesco; sin embargo, ambos eran hijos del mismo padre y de la misma madre.

La chiquilla tenía mucha razón cuando aseguraba que podía otorgar la realeza a quien se desposara con ella y, claro está, no tenía ningún interés en casarse con su hermano, al que, por lo demás, consideraba insoportable.

A ella sólo le gustaba Nefermaat aunque, obviamente, aquello no pareciera más que cosas de niños.

El príncipe, al que, naturalmente, no agradaba en absoluto aquella idea, apretó sus puños a la vez que lanzaba una especie de bufido que denotaba su contenida furia.

—¡Eso jamás! —explotó al fin, furibundo—. No me quitaréis algo que me pertenece.

—¿Qué te pertenece? —intervino de nuevo Paneb a la vez que se le aproximaba—. La historia de Egipto está llena de príncipes como tú, que nunca lograron sentarse en el trono. Si Nubjesed se casa con Nefermaat no tendrás más remedio que adorarlos —concluyó con tono provocador.

Aquello fue demasiado para el vástago real que, de inmediato, se puso a patalear, a la vez que profería frases inconexas que sonaban cual lamentos de algún genio del Amenti.

En realidad, la escena resultaba cómica. Ver al pequeño pateando el suelo en lo que parecía una extraña danza resultaba grotesco; como grotesca era su persona, ya que el pequeño Amonhirkopshep era de naturaleza enfermiza, y poseía un cuerpo frágil y delgado que contrastaba con una cabeza algo desproporcionada. Como además iba acicalado con el peinado propio de todos los niños pertenecientes a la realeza, esto es, con la cabeza afeitada y una larga trenza que le caía desde la parte superior del rasurado cráneo hasta un hombro, su aspecto era verdaderamente cómico, y más parecía una mala caricatura del dios Bes^[34] que un heredero real.

Como casi siempre que ocurría una escena semejante, Paneb no pudo reprimir sus impulsos, así que, agarrando al príncipe por la coleta, le dio un par de sacudidas que lograron que éste rompiera a llorar.

Los preceptores intervinieron prestos para que la cosa no fuera a mayores, y Paneb, que sabía que allí no tenía nada que ganar, salió corriendo, a la vez que invitaba al resto de los chiquillos a que le siguieran para bañarse en el lago.

Al momento, el estanque se llenó de gritos de júbilo mientras los niños chapoteaban y continuaban con sus juegos. La alegría de los chiquillos apagó al poco los lloros del príncipe, que se marchó acompañado por uno de sus ayos. Mientras, sentado sobre la hierba, Kenamun los observaba con su semblante más hosco.



Los días próximos a su partida le resultaron poco menos que insufribles, aunque Nefermaat, algún día, los recordara con nostalgia. Su niñez se acababa, encontrándose a punto de cruzar el puente que le llevaría al mundo de los hombres. Aquello le causaba cierta intranquilidad, y no por el hecho de convertirse en hombre, sino más bien porque en el lugar al que se dirigía se encontraban los más sabios de todo Egipto. Le preocupaba, sin duda, el no ser merecedor de sus enseñanzas; y ése era todo su temor.

Aquella luminosa mañana, Iroy trataba de darle ánimos mientras apoyaba una mano sobre su hombro.

—El lugar al que vas es santo y no debes tenerle ningún miedo —dijo Iroy con dulzura.

—No es el Templo lo que me atemoriza, sino el que no sea capaz de comprender los misterios que guarda.

Iroy sonrió mientras le apretaba el hombro cariñosamente.

—Escúchame con atención. Toda la vida es un misterio; todo cuanto te rodea lo es. Mas, si quieres adquirir la sabiduría necesaria para darte cuenta de eso, deberás ir allí. Sólo dentro de los templos se encuentran los hombres capaces de poder transmitirte el conocimiento; la verdadera sabiduría. La que nos legaron los dioses en tiempos remotos y que siempre ha permanecido celosamente guardada en el interior de nuestros santuarios.

Nefermaat movió afirmativamente su cabeza mientras dirigía su mirada hacia el suelo.

—Los dioses te han señalado para que visites sus dominios. Eres poseedor de un don, aunque tú todavía no lo sepas, y debes desarrollarlo convenientemente.

—¿Un don? —preguntó incrédulo el muchacho—. No comprendo...

Iroy se puso en cuclillas mirándole fijamente.

—No existe ninguna duda sobre ello. Sejmet te puso en su camino hace ya mucho tiempo. El día en que entraste en mis aposentos por primera vez y contemplaste absorto el instrumental y mis papiros, fuiste presentado a la diosa. Créeme, ella te eligió.

—Pero... —balbuceó Nefermaat mientras movía los ojos sin comprender.

—Estás destinado a formar parte de los Sacerdotes de Sejmet —continuó Iroy incorporándose—, y de seguro que serás un alumno aventajado. Ve tranquilo, pues no debes olvidar que soy un *imyr sunu*, el «Superintendente de los Sacerdotes de Sejmet». Yo velaré tus pasos.

Todavía resonaban aquellas palabras en su corazón, cuando la luz de la mañana bañó su rostro con la fuerza que Ra-Horakhty^[35] solía imprimir a sus rayos.

Había recorrido los largos pasillos del palacio como si formara parte de un suspiro, pues no recordaba ninguna de las caras con las que se había cruzado, ni mucho menos sus saluciones. Por eso, cuando al fin llegó a uno de los patios que daban acceso a las caballerizas, a duras penas pudo reparar en la figura con la que se tropezó.

—¡Anat^[36] bendita!, pero si es el pequeño Nefermaat —exclamó alguien.

Aquel juramento hizo que, de inmediato, Nefermaat reconociera la incomparable voz.

Nefermaat, libre ya de su aturdimiento inicial, sonrió a la vez que acertó a cruzar su mirada con la del príncipe. Éste, con los brazos en jarras, le observaba burlón.

A Nefermaat, el tío Amonhirkopshep le parecía un tipo formidable. Era el tercer hijo de la Gran Esposa Real, Isis, noveno de Ramsés III, y el segundo en la línea sucesoria al trono de Egipto. Era un joven de estatura por encima de la media, fuerte y musculoso, cuya piel, tostada por el sol, poseía el tono habitual de las personas que pasan gran parte de su tiempo al aire libre. Su cara, de rasgos armoniosos, recogía parte de la exótica belleza que atesoraba su madre, y de la cual habíase prendado el faraón hacía ya mucho tiempo. Sus labios plenos, su nariz, e incluso su sonrisa recordaban a Isis; mas eran sus ojos, sin duda, los que parecían copia exacta de ella. Como los de su madre, eran grandes, y poseían un color oscuro que les conferían una indudable profundidad, a veces insondable, en la que era posible perderse. Además, los del príncipe parecían tener vida propia, pues eran dueños de una inquietante luz nacida quizá de la misma esencia de su persona. El fulgor de su mirada señoreaba sobre sus demás facciones, y todo aquel que se cruzase con ella podía comprender, al momento, la gran inteligencia que escondía; aunque esto ya lo supiera todo el mundo.

El príncipe le examinó divertido. No cabía duda de que sentía una indisimulada simpatía por el muchacho, aunque no así por su padre, ni mucho menos por su madre. Conocía perfectamente cuáles eran las perspectivas del chiquillo, y cuáles sus posibilidades, estando convencido de que su camino le llevaría lejos, pues no en vano, consideraba al niño el más despierto de cuantos habitaban en palacio. Observarle allí, ante él, con cara de evidente azoramiento le produjo un íntimo regocijo y, por qué no, una cierta ternura. Comprendía el atolondramiento del rapaz y sus lógicos temores ante la nueva andadura que, en breve, éste iniciaría.

—Supongo que Sejmet no habrá empezado ya a abrumarte con sus malas influencias —dijo mientras le frotaba cariñosamente el cabello—. Creo que lo que realmente necesitas es un poco de ejercicio.

—Bueno... ¿Y de verdad piensas que Sejmet sabe de mí?

—Con ella es fácil equivocarse —dijo el príncipe mientras ponía una mano sobre su hombro invitándole a que le siguiera—. Como seguramente habrás oído muchas veces, es impredecible. Tan pronto te protege como te llena de calamidades. En confianza te diré —continuó bajando el tono de su voz— que siento poca devoción por ella. Desconfío de todo aquel que no es capaz de dominar su cólera, y mucho más si es una diosa.

Nefermaat le miró sin saber qué responderle mientras caminaba a su lado a través del enorme patio situado junto a las caballerizas. En él reinaba una gran actividad. Mozos y palafreneros atendían a sus obligaciones en medio del ir y venir de soldados y aurigas, en tanto que el sonido, propio de los trabajos desarrollados en los talleres de carros, se mezclaba con el natural relincho de los caballos.

Durante los doscientos metros que les separaban de las caballerizas reales, el príncipe no paró de saludar a los soldados y oficiales reunidos en el gran patio peristilo; junto a sus grandes columnas octogonales, los jefes del Ejército de Carros les dieron los buenos días.

—¡Que Anat os proteja! —respondió Amonhirkopshef, como de costumbre.

Era su saludo habitual, que a menudo utilizaba como juramento, pues el príncipe era un rendido devoto de la diosa guerrera.

Siempre con la sonrisa en los labios, el joven Amonhirkopshef era, en general, querido y respetado, sobre todo en el ejército, donde era considerado un auriga excepcional. Además, su natural simpatía y su trato afable hacía llegar con facilidad al fondo de los corazones, donde su gran perspicacia le permitía leerlos con facilidad.

Era bien conocido por todos el amor que el príncipe sentía por los caballos. Una pasión que, como alguno de sus hermanos, había heredado de su divino padre. Era frecuente verle en su carro galopando hasta los límites del desierto, e incluso mucho más allá, persiguiendo alguna preciada presa a la que acosaba hasta cobrarla.

La caza era, pues, otra de sus aficiones, también heredada, y en ella encontraba la oportunidad de aplacar el ardor guerrero que, en ocasiones, sentía y que tanto le excitaba.

Había pasado su niñez entre guerras e invasiones, a las que su padre hubo de hacer frente en condiciones difíciles. Con sólo trece años acompañó al faraón en su expedición del año once contra los pueblos del desierto occidental; una campaña que ya había tenido su inicio seis años antes, y en la que los ejércitos del dios, a pesar de su gran victoria, distaron mucho de haber conjurado el peligro. Las tribus libias volvieron a organizarse amenazando de nuevo las fronteras de Egipto. En esta ocasión los *mesheush*, junto con los *tchehenu*, se alzaron contra el país de Kemet desafiando una vez más al faraón. Éste, como ya hiciera años atrás, salió a su encuentro derrotándoles en un sangriento combate. Como el faraón grabara posteriormente en los muros de sus templos, la batalla fue una gran matanza, y en ella Ramsés cubrió de cadáveres ocho *iteru* (dieciséis kilómetros).

Ésta fue la escuela en la que Ramsés educó a su hijo; la misma a la que, habitualmente, habían llevado todos los faraones a sus vástagos durante la larga historia de Egipto.

Cuando, finalmente, Nefermaat y el príncipe llegaron al «Gran Establo de User-Maat-Ra-Meri-Amón», nombre con el que eran conocidas las caballerizas reales, el tiro del príncipe ya se hallaba dispuesto.

—Aquéllos son los caballos que mi divino padre condujo en la guerra contra los Pueblos del Mar —dijo el príncipe a Nefermaat señalándolos con el dedo—. Juntos forman el tiro «Amado de Amón». Son magníficos, ¿verdad?

Nefermaat asintió con la cabeza sin abrir la boca, pues poco o nada entendía de caballos.

—Bueno, los míos son adorables —continuó el príncipe mientras se acercaba a ellos susurrándoles al oído.

El niño se quedó quieto, observando con cierto recelo la aparente agitación de los caballos.

—Les he dicho que hoy nos acompañarás y que no deben extrañar tu presencia —señaló el príncipe divertido.

—¿Quieres que vaya contigo en el carro? —preguntó el chiquillo sin disimular su temor.

—Conmigo y con mis dos hermanos —aseguró señalando a los corceles—. Ya te dije que necesitas un poco de ejercicio.

—Sí, pero es que...

—No hay nada que decir, hoy vendrás con el príncipe Amonhirkopshep —concluyó empujándole suavemente hasta obligarle a subir al carro.

Acto seguido, el príncipe montó de un salto, ofreciéndole un pequeño casco de cuero.

—Póntelo y sujétate bien —exclamó mientras cogía las riendas y se ponían en movimiento.

Salieron al patio, y al momento el príncipe puso los caballos a un trote ligero. Nefermaat se asió con tal fuerza a los bordes del carro, que los nudillos le cambiaron de color.

Mas al salir del recinto y coger una amplia avenida empedrada, el carro dio un bote y el muchacho cayó al suelo del cajón.

El príncipe lanzó una carcajada.

—Debes aprender a mantener el equilibrio —dijo ayudándole a levantarse—. Observa el terreno para prever los movimientos del carro.

Nefermaat se agarró de nuevo, justo antes de dar otro bote que a punto estuvo de volver a tirarle.

El príncipe Amonhirkopshep reía mientras giraba por una de las bocacalles que daban acceso a la zona industrial, donde se encontraban las fundiciones de metal en las que se fabricaban armas.

El príncipe avivó el paso y pronto el humo de las chimeneas quedó atrás saliendo, al poco, a terreno abierto.

—¿No habías subido antes a una biga? —preguntó por entre el ruido producido por el traqueteo de las ruedas.

Nefermaat, que iba observando el terreno con atención intentando adivinar cuándo llegaría el siguiente bote, ni tan siquiera le miró, limitándose a mover la cabeza afirmativamente.

El príncipe rió quedamente en tanto le atisbaba por el rabillo del ojo.

—Bueno, no te preocupes, verás que en cuanto te acostumbres querrás montar a diario. Ahora relájate un poco y siente el saludo del viento.

Y dicho esto, azuzó con furia a los caballos poniéndolos al instante al galope.

El muchacho pensó que no regresaría a casa, pues fueron tales los vaivenes y sacudidas a los que se vio sometido, que creyó que en uno de aquellos saltos saldría despedido, siendo arrojado a los bordes del camino. Mas pasado el tiempo, y viendo que todavía se tenía en pie en medio de aquel movimiento infernal, comenzó a aliviar la tensión de sus manos y a acoplarse al desplazamiento del carro, manteniendo el equilibrio.

—¿Mejor ahora? —le preguntó el príncipe en medio del ruido que provocaban los guijarros al salir despedidos por las ruedas, a su paso.

—Sí —contestó Nefermaat mirándole con una media sonrisa.

—¿Notas el viento? ¿Sientes el poder de mis caballos?

—Sí, es estupendo —contestó el muchacho entrecerrando los ojos con evidente placer.

Entonces el príncipe comenzó a gritar extrañas palabras a los nobles animales, y al poco su galope se aceleró hasta límites impensables. Fue en ese momento cuando Nefermaat creyó volar. Una sensación indescriptible, como nunca había experimentado, se apoderó de él embriagándole por completo. El viento, que se adhería con miles de hilos a su cuerpo, silbaba a su paso como un coro de ánimas desesperadas.

—Escucha su bienvenida —gritó el príncipe eufórico.

Nefermaat le miró y vio la larga cabellera de Amonhirkopshep flotando hacia atrás; como si poderosas manos tiraran de ella. Entonces pudo observar al príncipe arreando a los caballos con las riendas entre sus manos y todos los músculos de su cuerpo brillando bajo el sol de Egipto. Al muchacho le pareció que aquel hombre era poseedor de luz propia. Sin duda exhalaba su poder; el poder de un dios de veinticuatro años.

Detuvieron su vertiginosa carrera junto a un frondoso palmeral bajo cuya sombra se cobijaron.

—El agua aquí está sorprendentemente fresca —dijo el príncipe mientras se aproximaba a un pequeño pozo—. Ah... está deliciosa —exclamó en tanto se limpiaba las gotas que le caían de los labios—. Pruébala.

Nefermaat tomó el recipiente que le ofrecían y bebió con satisfacción. Luego se sentó al lado de Amonhirkopshep, junto a una palmera, en tanto los caballos abrevaban con indisimulado deleite.

—Parece imposible que exista algo así, en un lugar tan próximo a los dominios de Set —dijo señalando al desierto.

El chiquillo no supo qué contestar.

—En verdad que me sorprendes, Nefermaat. Cuando juegas con mis reales sobrinos no tienes la lengua tan sujeta. Empiezo a pensar que, verdaderamente, Sejmet te manda sus malas influencias.

—No es eso, príncipe Amonhirkopshep. Es que estoy sorprendido por haberte acompañado en tu carro.

—Nada de Amonhirkopshep; para ti soy el príncipe Amón. Mi nombre completo es complicadísimo de pronunciar; eso hay que reconocerlo. Pero ya sabes que tuve un hermano que se llamó así y que, tras su prematura muerte, el dios decidió mantener vivo su recuerdo bautizándome con su nombre, pues le amaba mucho.

—Es un nombre poderoso —indicó el muchacho espontáneamente—. «Amón es su fuerza».

—¿Tú crees? —intervino el príncipe enarcando una de sus cejas—. Yo creo que hubiera sido mejor algo así como Anathirkopshep o Anatmosis.

Nefermaat lanzó una carcajada.

—Pero ése sería un nombre de niña —dijo divertido.

—Bueno, pero ya conoces la devoción que siento por esta diosa. Ella protege a mis hermanos —apuntó señalando a los caballos— y, por tanto, también a mí.

—Entonces deberías escoger el nombre de su marido Set. Sería más apropiado, ¿no?

—Hum... Sethirkopshep. Desde luego sería más corto, pero al contrario que otros miembros de mi familia, soy poco adepto a este dios. Creo que seguiré siendo el príncipe Amón.

El muchacho volvió a reír la ocurrencia.

—Sin embargo, tu nombre sí es interesante —prosiguió el joven príncipe—. Puede que te lleve lejos.

—Me lo puso mi madre —contestó el niño bajando los ojos.

—Es lo usual. Yo la conocí, y la recuerdo como una joven muy hermosa que emanaba una profunda espiritualidad; parte de ella permanece en ti.

Nefermaat le miró sin comprender.

—Tú aún no lo sabes, pero es así. Poco tienes que ver con el resto de tu familia —sentenció, mirando distraídamente a los caballos.

—Algo parecido me dijo Iroy.

—¿De veras? —intervino el príncipe volviéndole a mirar—. ¿Y qué te dijo el buen médico?

—Que aunque yo no lo supiera estaba destinado al servicio de Sejmet.

—Eso dijo, ¿eh? Parece que al final voy a tener razón, respecto a sus influencias.

—Bueno, príncipe Amón, no exageres. La diosa y yo aún no hemos sido presentados.

El príncipe lanzó una carcajada.

—Desde luego tengo que reconocer que siento debilidad por ti —aseguró dándole unas cariñosas palmaditas—. Mas, según tengo entendido, pronto os conoceréis, ¿no es así? Seguro que el bueno de Iroy hará las presentaciones adecuadamente.

Al escuchar estas palabras Nefermaat le miró perplejo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

El príncipe le sonrió.

—Aunque eres todavía muy pequeño, debes aprender algo importante. La corte tiene boca, y ésta no para de hablar. Hay que estar siempre preparado para escuchar sus palabras, y mis oídos están bien dispuestos.

»Pero no te preocupes, hombre —prosiguió acariciándole la cabeza—, ya verás que no necesitarás a nadie para alcanzar tu meta. Te convertirás en el mejor médico de Egipto y regresarás a la corte para aliviar nuestros males. Quién sabe, puede que hasta el dios reclame tus servicios.

El muchacho le volvió a mirar, sorprendido por la perspicacia del príncipe.

—Espero que la próxima vez que subas a mi carro, seas ya un *sunu* (médico) —dijo el joven incorporándose—. Ahora creo que es el momento de regresar.

La última tarde en Pi-Ramsés, Nefermaat la pasó junto al lago. Se sentía extrañamente excitado ante la proximidad de su marcha y a la vez anhelante por iniciarla. Había pasado toda la mañana en el palacio, de acá para allá, despidiéndose de unos y de otros, incluso de los menos conocidos.

Ahora que sus mejores deseos y bendiciones formaban parte del pasado, pensaba que ya no era sino un recuerdo más de los muchos que se llevaba consigo, y quizás en un lejano día, evocaciones de su niñez.

Algo que acaparó su atención vino a sacarle de sus reflexiones. Se desplazaba por el lago con la suavidad propia de los patos que acostumbraban a nadar en él, aunque poco tuviera que ver con ellos, puesto que era el barco del faraón.

Nefermaat lo observó con deleite. Era un barco de ciento treinta codos^[37] de eslora fabricado con el mejor cedro del Líbano, en el que acostumbraba a navegar el dios junto con su familia. Nefermaat conocía bien el barco, pues había tenido oportunidad de visitarlo en varias ocasiones, llegando incluso a navegar en él en compañía del faraón mientras jugaba con sus nietos.

Era espléndido, sin duda, y cada vez que le veía surcar majestuoso las aguas, se quedaba embobado.

El navío real pasó lo suficientemente cerca como para poder observarlo con detalle.

La magnífica madera con la que estaba construido no era lo único que le destacaba sobre todos los demás, puesto que todo el barco se hallaba cubierto de oro

de proa a popa, hasta la línea de flotación. En el centro de la embarcación, los camarotes reales se alzaban envueltos en un velo de lujo y ensueño difícil de imaginar, haciéndose acompañar con una gran cabeza de carnero, símbolo del poderoso dios Amón, de oro macizo; justo, junto a ellos.

Otras cabezas similares a ésta, aunque de menor tamaño, situadas junto a las bordas, recorrían el navío dándole un aire de magnificencia, como nunca antes se había visto.

Ramsés III le había puesto por nombre *Waset*^[38], grabándolo en su casco con elegantes signos jeroglíficos. Como mascarón de proa, ordenó que instalaran un *ureus*^[39] de oro con la corona Atef^[40], para que todos los mortales supieran a quién pertenecía la nave.

Era fácil imaginar a aquel barco surcando las sagradas aguas de Hapy^[41], refulgiendo bajo los rayos del sol como si en verdad fuera el mismísimo Ra quien navegara por el río. A su paso, las orillas se vestirían con las sudorosas espaldas de los aldeanos que, postrados ante él, buscarían impregnarse de su luz mientras le rendían pleitesía.

Precisamente, en ese momento, un destello luminoso arrancado por el sol de la tarde al dorado casco, le hizo parpadear al tiempo que escuchaba quedos pasos que se acercaban.

Entonces miró hacia atrás, justo para comprobar cómo se sentaban a su lado.

—Pensé que te hallarías en el barco, navegando junto a tu abuelo —exclamó Nefermaat sorprendido.

—Mi hermano sí ha ido, pero yo preferí quedarme para despedirme de ti —dijo Nubjesed.

Ambos chiquillos se miraron mientras sonreían.

—Te echaremos de menos, Nefermaat. Creo que nuestros juegos no serán lo mismo sin ti.

—Yo también te echaré de menos, pero ha llegado el momento en el que todos debemos separarnos.

La princesa hizo uno de sus mohines característicos, en el que levantaba su cabecita mostrando la perfilada barbilla a la vez que aleteaba su graciosa naricilla.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia —continuó la niña—. Tendré que pasar todo el tiempo jugando con mi insufrible hermano. ¡Qué aburrimiento!

Nefermaat le volvió a sonreír mientras se encogía de hombros.

—La edad de los juegos terminará pronto, Nubjesed, pero seguiremos siendo amigos aunque permanezcamos lejos el uno del otro.

—Seremos mucho más —aseguró con rotundidad la princesita—. Ahora somos novios, y cuando seamos mayores nos casaremos.

Nefermaat le acarició la manita.

—¿Crees que tus padres se enfadarían?

—No. Mi padre siempre me dice que soy una princesita, y que hará cuanto le

pidas.

Nefermaat rió la ocurrencia volviendo a mirar hacia el lago.

—No sé cuánto tiempo tardaré en volver; quizá muchos años.

—No importa, así seremos ya mayores y podremos hacer lo que queramos.

—A lo peor, cuando vuelva, tú ya te has casado y...

—No, no y no —interrumpió la niña sin dejarle acabar la frase—. Me casaré contigo, o no me casaré.

—Entonces se podría decir que somos novios formales, ¿no? —preguntó Nefermaat cándidamente.

La chiquilla movió su cabecita afirmativamente a la vez que le miraba fascinada.

—En ese caso debemos intercambiarnos algo personal para que siempre lo recordemos —aseguró el muchacho—. Toma —dijo quitándose un colgante que siempre llevaba en su cuello—. Es la diosa Mut; mi madre me lo puso cuando nací.

Nubjesed alargó su pequeña mano asiéndolo con fuerza, convencida que desde ese momento Nefermaat le pertenecía. Luego se quitó una pulsera de oro y lapislázuli, que siempre llevaba, y se la ofreció.

—Este será nuestro secreto —dijo ella en voz muy baja—. Prométemelo.

—Te lo prometo.

De nuevo unos ruidos de pasos hicieron que ambos volvieran la cabeza.

—Bueno, espero que no estemos interrumpiendo nada importante —exclamó Paneb sentándose junto a ellos.

—Hola Paneb; hola Neferure —dijo Nefermaat reparando en la muchacha que también le acompañaba.

—Hola —dijo la niña con su timidez acostumbrada.

—¿Estás sorprendido de vernos? —interrogó Paneb divertido—. ¿No pensarías irte sin despedirte de nosotros?

Nefermaat sonrió al tiempo que agarraba efusivamente una mano de su amigo.

—Al final lograréis que no me vaya —contestó con los ojos algo nublados.

—Bah. Ésta es una despedida para todos; yo mismo me marcharé dentro de poco.

—Cuando volvamos a vernos ya serás sacerdote de Montu —señaló Nefermaat.

—Espero que algo más —aseguró Paneb convencido—. Al menos el tercero de sus profetas^[42].

—Tu padre deberá andarse con cuidado o pronto le relevarás —indicó Nefermaat.

Paneb lanzó una carcajada al tiempo que le golpeaba cariñosamente.

—El viejo es un hueso de cuidado; sólo cuando Osiris^[43] le llame ante su tribunal, lo que espero que tarde en ocurrir, podré optar a ocupar su puesto.

—¿Y tú, Neferure, qué piensas hacer? —preguntó Nefermaat.

—Mi abuelo dice que cuando crezca un poco más entraré al servicio de los templos como Divina Adoratriz.

—Si lo dice tu abuelo, poco hay que discutir —aseguró Paneb—. Es el Primer Profeta de Amón, y pocas personas hay con más poder que él en Egipto.

—Mirad —exclamó Nefermaat—, creo que nos saludan desde el barco.

Todos dirigieron sus ojos hacia el navío a la vez que se pusieron a mover sus brazos frenéticamente.

—Son mi madre y mi hermano —gritó Nubjesed con entusiasmo.

Junto a ellos, en la cubierta del barco, apareció una figura inconfundible.

—¡Es el dios! —exclamó Paneb excitado—, y nos está saludando.

—¡Eh! ¡Adiós! —gritaron los chiquillos enfervorizados—. El faraón en persona nos ha saludado —señaló Paneb mientras el navío se perdía en el atardecer—. Creo que él sabía que estabas aquí y también ha querido despedirse; te manda sus bendiciones.

—Todos te recordaremos —dijo Neferure al tiempo que, de puntillas, besaba la mejilla de Nefermaat.

Nefermaat la miró sorprendido, contemplando durante un instante la viva luz de sus ojos.

—Yo también os recordaré a todos, Neferure.

Cuando Atum, sol del atardecer, estaba próximo al horizonte preparándose para sumergirse en el Mundo Inferior, y atravesar con su barca solar las doce horas de la noche, el hermoso jardín junto al lago quedose solitario. Los ecos de las palabras de despedida hacía mucho que se habían perdido, dejando aquel lugar en penumbra y silencioso. Sólo los palmerales quedaban como mudos testigos de las promesas de amistad eterna que se hicieran los chiquillos.



Era todavía muy temprano cuando Nefermaat se encontraba en el muelle, a punto de embarcar. Sentía tanto frío, que había tenido que envolverse en una gruesa manta que le había proporcionado uno de los criados antes de marcharse. El barco, una gabarra de las que comúnmente hacían el trayecto a Menfis, se encontraba amarrado al malecón mientras los marineros acababan de estibar su carga.

Cuando por fin todo estuvo listo, subió a bordo y se acurrucó en la cubierta, junto a la cabina. Todavía le castañeaban los dientes cuando la luz comenzó a abrirse paso entre los negros nubarrones que cubrían el cielo.

—Seguro que hoy lloverá —dijo el criado que le acompañaba, señalándolos.

Nefermaat se arrebujó un poco más bajo su manta sin contestar. Imaginó lo confortable que estaría en su cama al abrigo de las inclemencias, pues en aquella época las noches solían ser frías en Egipto. Pero enseguida pensó lo poco que le importaba aquello, y se sintió feliz de encontrarse en aquel barco a punto de zarpar.

La despedida de su madrastra había sido tan fría como la relación que siempre habían mantenido. Ambos se separaron aliviados ante la perspectiva de no tener que soportarse más, o al menos durante un largo tiempo, aunque Mutenuia tuviera la íntima esperanza de que el niño se quedara en Menfis el resto de su vida. Ella le había ofrecido su mano para que se la besara y después se marchó sin decir palabra.

Kenamun, por su parte, no fue mucho más expresivo. Las pocas palabras que, de ordinario, se dirigían, fueron más que suficientes para decirse adiós, quedando Kenamun más que encantado al despedirse de un hermanastro al que aborrecía.

Sólo su padre pareció demostrar ocultos sentimientos, que incluso llegaron a velar sus ojos. Sentimientos de tristeza e incluso de mala conciencia, aunque eso Nefermaat nunca lo sabría. Pero, al menos, Hori le abrazó con emoción deseándole suerte.

El movimiento de la embarcación vino a sacarle de sus pensamientos. Al separarse del muelle, Nefermaat apretó instintivamente la bolsa contra su regazo. En ella llevaba una carta de recomendación escrita por Iroy, la pulsera que le regalara Nubjesed, y algunos objetos personales. Volvió a mirar los oscuros nubarrones que encapotaban el cielo. Su criado tenía razón, ese día llovería.

—¡Despertad, despertad! —cantaban los Sacerdotes Horarios—. Expulsad todo lo

malo fuera de vuestros corazones, y dejad que éstos os lleven por el recto camino de Maat.

»¡Despertad, despertad! —volvían a repetir mientras golpeaban unos péndulos de bronce que emitían un agudo sonido—. El viaje de Ra a través del Mundo Inferior toca a su fin y pronto renacerá como Khepri bendiciéndonos con su luz.

De esta manera, los Sacerdotes Horarios anunciaban cada día la hora a la que los sacerdotes debían despertarse a fin de iniciar sus matinales ritos. Ellos eran los *imy-unut*, un grupo formado por doce miembros que observaban las estrellas desde la terraza del templo, determinando el paso de las horas para así poder concretar el momento en el que se debían reiniciar las actividades. Ellos no sólo despertaban a los sacerdotes, sino que también recorrían los almacenes y cocinas del templo a fin de que todo estuviera dispuesto para la hora del inicio del Culto Diario a la diosa.

Nefermaat conocía bien estas alabanzas, pues no en vano llevaba escuchándolas desde hacía siete años. Sin embargo, aquella mañana le sonaron diferentes, como si realmente le apremiaran a levantarse con mayor presteza.

Esto al menos fue lo que pensó, pues saltó sin dilación de su camastro dispuesto a hacer lo antes posible sus abluciones matinales. Al instante, el frío contacto de sus pies con las desgastadas losetas de piedra le hizo tomar plena consciencia de su situación, y recordar que aquél era el último día que pasaría en el templo.

Desnudo, como cada mañana, corría por los lóbregos corredores, apenas iluminados, hacia los altares de purificación; aljibes llenos de agua del Nilo, donde se sumergiría. Sus pies le llevaban veloces a través de oscuros pasillos, en los que era sumamente fácil perderse y que tan bien conocía.

Como él, el resto de la clase sacerdotal se apresuraba a fin de finalizar su aseo personal antes de la llegada del nuevo día. Todos hacían lo posible por ser los primeros en aquella matinal carrera que venía disputándose desde hacía ya casi dos mil años; irracional si se quiere, mas en aquella ocasión, si había alguien dispuesto a llegar el primero, ése era Nefermaat. Su evidente prisa se hallaba plenamente justificada, pues esa misma mañana el Primer Profeta de Sejmet le hacía el honor de permitirle la entrada a los sagrados recintos donde se encontraba la diosa, a fin de asistir a su Culto Diario.

La invitación le había cogido por sorpresa, ya que los profetas de Sejmet y los sacerdotes médicos formaban dos órdenes totalmente diferentes, dedicándose los primeros, por entero, al culto y servicio de la diosa, y los segundos a la práctica de la medicina.

Él era un *ueb*, un sacerdote médico y nada tenía que ver con los ritos religiosos del culto ordinario que desarrollaba el clero. Por ello, constituía un gran honor el haber sido invitado a presenciar un acto en el que las más altas jerarquías del Templo se hallarían presentes.

En aquellos instantes, mientras sus pies golpeaban el milenario suelo creando apagados ecos en los que resonaba el murmullo de su desnudez, Nefermaat

comprendió lo mucho que significaba aquel templo para él. Durante siete años había recorrido en infinidad de ocasiones aquellos angostos corredores para, finalmente, introducirse en los aljibes donde el agua del Nilo le purificaría. Aquella mañana, al pasar a través de ellos por última vez, sintió que siempre formaría parte de él y que aquella carrera no terminaría nunca.

¡Siete años!, y sin embargo... Su corazón se vio, repentinamente, invadido por todos los recuerdos almacenados en ese tiempo, que parecían acudir a él abrumándole con toda suerte de emociones a las que era incapaz de sustraerse. Mas allí estaban, imborrables, haciéndose presentes a cada zancada que daba, empujándole así a rememorar con claridad cada momento que había vivido entre aquellos muros.

Los años pasados por Nefermaat en el templo no habían resultado fáciles en absoluto, pues la estricta disciplina a la que se vio sometido desde el primer día le obligó a abandonar repentinamente los cómodos hábitos a los que se hallaba acostumbrado. Brusco cambio, sin duda, y difícil de digerir para un niño que, como él, estaba habituado a una existencia entre príncipes y reyes; sin embargo, el muchacho lo soportó.

Desde el primer momento, Nefermaat fue consciente de aquella disciplina aceptándola de buen grado como un paso necesario en su formación. Naturalmente, para llegar a ser *sunu* no hubiera necesitado haber acudido allí, pues en Egipto existían otros reputados lugares donde poder aprender aquella antigua ciencia. La sagrada ciudad de Abidos, Coptos, Heliópolis o el magnífico templo de Deir-el-Bahari, poseían Casas de la Vida en las que se enseñaba medicina desde hacía muchos años. Centros respetables, sin duda, pero que en ningún caso podían compararse con el lugar en donde se encontraba ya que la instrucción que allí se impartía iba mucho más allá de la recibida habitualmente por los *sunu*.

Los *sunu*^[44], «los hombres de la flecha», estaban preparados, fundamentalmente, para practicar la medicina tradicional egipcia. Eran magníficos doctores, con una sólida formación, que se ocupaban de atender a los ciudadanos como médicos familiares o «de cabecera».

En el templo de Sejmet, por el contrario, se formaban los especialistas y cirujanos, los llamados *sacerdotes-ueb*, los purificados; médicos de origen sacerdotal capaces de estudiar extrañas enfermedades que se creía eran de origen divino.

Sobre ellos circulaban extraordinarias historias y las más misteriosas leyendas, pues se decía que podían aplacar la cólera de la diosa leona evitando, de esta forma, que cubriera de enfermedades y epidemias toda la faz de la tierra; incluso había quien aseguraba que los textos sagrados no tenían secretos para ellos, y que conocían a la perfección los antiguos papiros escritos por los mismos dioses.

A Nefermaat no le extrañó nada que semejantes fábulas fueran de uso corriente entre la población, pues él mismo se sintió insignificante la primera vez que entró en el templo. Aquella fría mañana del mes de Koiahk, cuarto de la estación de la inundación^[45], Nefermaat tuvo la sensación de que los dioses que allí habitaban le

engullirían.

El templo de la diosa Sejmet se encontraba situado dentro del recinto amurallado del Templo de Ptah, el poderoso dios de Menfis, patrono de los artesanos y de la propia ciudad, y esposo de la diosa con cabeza de leona a la que procuraba eterno cobijo. Él la acogía solícito junto al hijo de ambos, Nefertem^[46], al que también había permitido erigir un pequeño templo en el interior del recinto a fin de permanecer juntos, como la más unida de las familias.

Las ciclópeas murallas almenadas de un blanco immaculado que protegían su perímetro refulgían bajo los rayos del sol como si en realidad fuera el mismísimo Ra quien las hubiera levantado. Las altas torres, simétricamente espaciadas, que adornaban aquellos muros, tenían grabadas en su piedra grandes orejas a través de las cuales el dios podía recibir las plegarias de sus devotos.

Nefermaat se quedó perplejo al verlas por primera vez, sobre todo cuando, junto a ellas, pudo leer diversas frases que invitaban a la oración. «Rezadle desde el gran corredor exterior; desde aquí se oirá la oración», decía una de ellas.

Ése era el lugar desde donde el pueblo elevaba sus plegarias, pues el acceso al templo estaba prohibido para ellos, siendo sólo el faraón y el clero los que podían entrar en él. Por eso, cuando el muchacho pasó junto a las enormes estatuas sedentes de granito rojo del Gran Ramsés II que flanqueaban la monumental entrada al templo, tuvo el convencimiento de que, como Iroy le había pronosticado, en verdad era un elegido de los dioses.

Como había constatado a su llegada, el Templo de Sejmet era un pequeño recinto que, junto al de su hijo Nefertem, formaba parte del gran templo amurallado de Ptah. Este enorme complejo era, en realidad, un estado dentro del propio Estado, disfrutando de tal cantidad de derechos que bien podría asegurarse que gozaban de una plena autonomía. Poseían una innumerable cantidad de tierras y bienes, y más de tres mil personas trabajaban en su Templo. La riqueza de éste representaba, aproximadamente, un tres por ciento de la economía del país, aunque fuera el tercer clero en importancia tras el omnipotente Amón y el de Ra en Heliópolis.

Sin embargo, no ocurría lo mismo en cuanto a importancia, pues el dios Ptah era considerado como demiurgo y muy venerado por la realeza, que se había hecho coronar en sus dominios desde tiempos inmemoriales.

Su clero se hallaba perfectamente jerarquizado, al frente del cual su sumo sacerdote, conocido como «el Jefe de los Artesanos», velaba por los intereses del dios.

Los tres templos que convivían dentro de aquel perímetro sagrado, tan estrechamente vinculados entre sí, eran, sin embargo, independientes en su vida diaria, atendiendo a sus ritos por separado y manteniendo sus cultos con arreglo a sus propias reglas; lo que les convertía en soberanos.

La voz grave y profunda del Sacerdote Lector resonaba poderosa en la lóbrega sala. Apenas iluminada, las palabras se perdían en la penumbra para regresar, al poco,

devueltas por los invisibles muros que se adivinaban algo más allá.

—Thot permite que los papiros hablen —declamaba el *hery-heb*^[47] con la cadenciosa monotonía propia del que lleva haciéndolo durante muchos años.

—Él nos da sabiduría y conocimiento —contestaban al unísono los acólitos que le rodeaban—. Suyo es el poder de la iluminación que permite que comprendamos sus palabras.

El sacerdote apenas hizo gesto alguno al escuchar semejantes términos, y su cara, antes al abrigo de las sombras, apareció unos instantes pobremente iluminada por la luz de las débiles bujías que intentaban, infructuosamente, abrirse paso en aquella oscuridad. El rostro que surgió de entre ella estaba carente de gesto, y en verdad parecía haber sido tallado en la más dura piedra por «aquellos que dan la vida^[48]».

Mas lo que no lograron las lamparillas, lo consiguió su voz, pues de nuevo surgió vigorosa arrancando sus ecos a las paredes.

—Él expone su conocimiento para que los médicos puedan seguir su camino —exclamó el sacerdote elevando sus brazos.

—*Djet nehah* (por los siglos de los siglos) —contestaron los asistentes.

Luego, el silencio entró en comunión con las penumbras y la sala quedó sumergida en una quietud que invitaba al abandono. Sólo el incienso quemado en los pebeteros hacía tomar conciencia del lugar donde se encontraban.

Durante años, escenas como aquélla formaron parte de la vida diaria de Nefermaat, llegándose a convertir en algo tan natural como lo fuera el comer o el dormir. Formaba parte consustancial de los hábitos del Templo, acabando por acostumbrarse a ello, como a todo lo demás.

En realidad, su estancia en aquel santuario significó un paréntesis en lo que sería su vida. El Egipto que vivía fuera de aquellos sagrados muros poco tenía que ver con el que éstos cobijaban. Para cualquiera que se educase entre ellos era fácil comprender el abismo que los separaba, y el convencimiento de que la esencia de su civilización se hallaba allí. Bajo su punto de vista, ésta se encontraba a salvo gracias al celo con que los templos la guardaban de toda contaminación exterior. El clero se cuidaba especialmente de que sólo ellos fueran los encargados de impartir cualquier clase de conocimiento a fin de salvaguardar las raíces de su cultura. Para ellos los dioses primigenios les habían nombrado garantes de sus enigmáticos misterios; saberes ancestrales que iban mucho más allá de cualquier comprensión humana, y para los que sólo la clase sacerdotal estaba preparada. Quien quisiera estudiarlos debía acudir a los *Per-Ankh*^[49] pues estaban convencidos de que sólo así podían custodiarse tan antiguas tradiciones.

Nefermaat tomó plena conciencia de ello al descubrir el fascinante mundo al que acudía, y el incalculable valor de las enseñanzas que atesoraba, de las cuales se sentía ansioso. Bien podía asegurarse que allí dejó de ser niño, forjando su carácter en el orden cósmico del *maat*, cuyas reglas de justicia y verdad nunca le abandonarían.

Para ello fue aleccionado desde el principio, viéndose obligado a observar, cada

día, todos y cada uno de los sagrados preceptos.

Fue por eso por lo que, al poco de llegar, fue circuncidado. La circuncisión, que representaba el paso definitivo hacia la pubertad, era práctica obligada para todo aquel que ingresara en los templos.

Era una ceremonia de la máxima importancia pues, aparte de resultar una medida higiénica bien conocida, simbolizaba el ritual de la pureza que se esperaba que el sacerdote siempre cumpliera; pureza tanto moral como corporal. El prepucio estaba considerado como algo impuro; desagradable a los ojos de los dioses, que era necesario eliminar.

Junto con él, otros veinte muchachos pasaron aquel día por las manos del *hem-ka* (sacerdote del *ka*), quien, con un viejo cuchillo de sílex, realizó la operación quedando a partir de aquel instante «puros de cuerpo».

Mas aquella «pureza» era llevada en los templos hasta límites insospechados, traduciéndose, a la postre, en una interminable serie de prácticas higiénicas.

Al menos eso era lo que Nefermaat opinaba porque, francamente, el hecho de tener que depilarse el cuerpo cada dos días no le gustaba en absoluto. Es más, le desagradaba profundamente el tener que hacerlo, pero así lo estipulaban las sagradas reglas. Debía afeitarse cualquier vestigio de vello que tuviera; incluso las cejas y pestañas debían ser eliminadas; muy desagradable, sin duda.

El resto de su profilaxis cotidiana consistía en bañarse dos veces diarias; una antes del amanecer y otra al anochecer, aunque en ocasiones el proceso se repetía dos veces más durante la noche.

Los baños solían realizarse en grandes piletas que se llenaban cada día con la fría agua del Nilo, y en los que, además, completaban sus abluciones lavándose la boca con natrita; el *shem-ibem-shem*^[50]. Finalmente, acostumbraban a ungir su cuerpo con fragantes ungüentos, aceites y óleos, con lo que concluían su aseo.

En cuanto a sus vestidos, éstos debían ser de lino de la mejor calidad, pues otros tejidos como la lana o el cuero estaban prohibidos, debiendo lavar sus pertenencias a diario. Como privilegio sobre los demás, estaban autorizados a calzar sandalias de papiro trenzado de color blanco.

Con semejantes hábitos es fácil comprender que se mantuvieran libres de liendres y piojos, evitando de esta forma que se propagaran por el interior de los recintos sagrados.

Mención aparte suponía la alimentación que, al igual que ocurriera con la limpieza, tenía normas de obligado cumplimiento. La dieta diaria del clero estaba repleta de alimentos prohibidos. Así, no estaba permitido el comer carne de cerdo, vaca, carnero o paloma, y tampoco podían tomar marisco ni determinados pescados, aunque se insistía en la recomendación de evitarlos en su totalidad. Las cebollas, puerros y habas, también estaban vetadas, pues se las consideraba afrodisíacas. En cuanto a la sal, solían suprimirla durante determinados periodos, pues pensaban que les estimulaba el deseo de comer y beber.

A los preceptos anteriores se unían los periodos de ayuno completo que, durante días, solían guardar religiosamente, así como las lavativas a las que eran tan aficionados y con las que aseguraban purificarse, al eliminar las impurezas de su cuerpo.

Eso de las lavativas tampoco era del gusto de Nefermaat, pero al igual que ocurriera con la prohibición de comer pescado, tuvo que aceptarla como las demás, por lo menos durante el tiempo que durara su estancia en aquel lugar.

Todo esto no significaba que el clero pasara privaciones en su alimentación. El Templo era propietario de grandes propiedades donde se cultivaban todo tipo de legumbres, cereales y hortalizas y en los que pastaba su ganado. Eran por tanto capaces de autoabastecerse, y eso era lo que hacían, pues sólo consumían los productos que generaban, considerando al resto como impuros. A tal fin, el complejo sagrado disponía de grandes almacenes donde guardar todos estos productos, y cocinas donde prepararlos diariamente.

Por otro lado, todo el clero se beneficiaba de las viandas ofrecidas a la diosa. A ésta se le hacían ofrendas de comida tres veces al día; por la mañana, por la tarde y al anochecer. En ellas se le presentaban los más exquisitos manjares que se pudiera imaginar y que, obviamente, la estatua de Sejmet no consumía; al menos físicamente. Sin embargo, sus sacerdotes mantenían la creencia que la diosa los degustaba espiritualmente nutriéndose con su esencia. Por ello, tras una prudencial espera, dichos alimentos eran repartidos entre el resto del clero, para que pudieran disfrutar de la parte física de la comida que Sejmet había despreciado.

Al muchacho aquellas prácticas le parecieron, cuando menos, curiosas, y nunca pensó en abstenerse de ellas, pues como bien recordaría muchos años después, siempre tenía hambre.

Todos aquellos preceptos, prohibiciones, obligaciones, recomendaciones, ritos y privaciones, representaban la rutina diaria por la que tenía que pasar. Formaban parte de la liturgia en la que se había convertido la vida de aquellos templos. Una liturgia por la que Nefermaat no se sentía atraído en absoluto y que, sin embargo, tuvo que soportar sabiendo que, a la postre, le conduciría a las puertas de la sabiduría.

Aquellas puertas se le abrieron lentamente, pues el divino Thot era reacio a enseñar sus conocimientos con facilidad. Él representaba el conocimiento en sí mismo, pues fue el inventor de la escritura, enseñando el camino que llevaba hacia las artes y las ciencias. Inventó el calendario, poniendo orden donde no lo había, así como las lenguas, que repartió por todo el mundo. Sin él, el hombre hubiera continuado ignorante e incivilizado; él era el saber.

Todo ese saber acumulado durante milenios en las viejas salas de archivos del templo era mostrado sólo a aquellos que demostraran ser merecedores de ello ante los ojos del dios. Ancestrales misterios sólo compartidos por unos pocos.

La práctica de la medicina en el país de Kemet requería un conocimiento adecuado de los papiros médicos que recogían todas las enfermedades conocidas, así

como su tratamiento. En el Templo de Sejmet ese conocimiento debía ser exhaustivo, y para ello todos los estudiantes permanecían, durante años, tan sólo dedicados a su estudio. Nefermaat, como el resto de sus compañeros, fue iniciado de este modo, repitiendo una y otra vez las viejas palabras, tiempo atrás escritas, que le hablaban de dolencias y remedios, de medicamentos y curaciones o del irremediable tránsito al más allá.

Durante todo ese tiempo tuvo que aprender a preparar cientos de compuestos en las proporciones adecuadas con los que poder tratar cada enfermedad, tal y como ordenaban los antiguos papiros que, sin temor a exagerar, llegó a conocer casi en su totalidad.

Miles de horas empleadas en su estudio repasando día tras día las leyes escritas por los grandes médicos de Egipto, en las que aportaban sus conocimientos para que sirvieran a los demás como el más valioso de los legados. Leyes conocidas desde los tiempos antiguos, en las cuales se enumeraban las enfermedades y sus tratamientos.

Nefermaat aprendió muy pronto que debía actuar con arreglo a ellas, pues sólo así estaría libre de cualquier responsabilidad. Si las leyes no eran seguidas correctamente, y a consecuencia de ello el paciente moría, el médico se vería sometido a un juicio en el que podía ser condenado a muerte. Por todo ello, era necesario que el doctor emitiera un dictamen al observar a su paciente por primera vez en los siguientes términos:

«Ésta es una enfermedad que trataré». Si el caso era favorable.

«Ésta es una enfermedad contra la cual lucharé». Si se trataba de un caso difícil, aunque con posibilidades.

«Ésta es una enfermedad contra la que no se puede hacer nada». Si no había ninguna solución.

Con ello, el paciente sabía si su dolencia tenía cura y el médico quedaría amparado por la ley, que le obligaba a hacerlo. Estas prácticas ayudaron a Nefermaat a comprender la estrecha relación que siempre existió entre el médico y su paciente en Egipto. Una curiosa concomitancia que, en cierto modo, les hacía depender al uno del otro, y que finalmente se traducía en un mutuo respeto. Hasta tal punto dicha relación era así, que los enfermos que sanaban acudían a las consultas de sus médicos, o a los santuarios de los templos donde habían sido tratados, a dar fe de su curación demostrando la efectividad del tratamiento para que éste pudiera ser empleado de nuevo en quien así lo necesitara. Digno de alabanza, sin duda, incluso para los dioses.

Una mañana, mientras Nefermaat estudiaba un viejo texto en el que se explicaba un remedio para «refrescar los ojos», fue requerido a la presencia de un *ursunu*, uno de los maestros médicos que, de ordinario, enseñaban su ciencia en el templo.

—Tu esfuerzo ha sido grato a los ojos de la diosa—le dijo en un tono que pareció carecer de emociones—. Has pasado mucho tiempo dedicado al estudio de «las palabras secretas», que parece has entendido.

—Casi cuatro años —apenas musitó el joven.

—Exactamente tres años, diez meses y veintidós días —replicó el sacerdote mirándole con firmeza—. Aunque créeme si te digo que nunca es suficiente el tiempo que les dedicamos —concluyó señalando el papiro que sostenía—. Deberás continuar estudiándolos durante todo el tiempo que permanezcas aquí, e incluso puede que a lo largo de tu vida necesites de ellos. Los papiros siempre permanecerán aquí, y tú, como cualquier *sunu* que haya pertenecido al Templo, podrás volver a examinarlos cuando así lo precises. Mas el divino Thot —prosiguió el *ursunu* tras una breve pausa — ha considerado que ya es tiempo de que aumentes tus conocimientos, y que recibas una enseñanza más especializada.

Nefermaat miró al *ursunu* intentando contener la emoción que sentía, tal y como allí le habían enseñado. Aquel instante representaba para él la más ansiada recompensa después de tantos años de estudio. Durante ese tiempo, había sentido momentos de desfallecimiento en los que llegó a aborrecer aquellas viejas salas atestadas de papiros. Momentos en los que, incluso, consideró la posibilidad de abandonar el santuario y aprender en otro lugar. Pero su natural perseverancia le hizo sobreponerse, en el convencimiento de que vencería cualquier obstáculo que surgiera en su camino. No sólo estaba decidido a ser un *sunu*; él quería llegar a ser el mejor. Por eso, ante el anuncio del maestro sintió su corazón alborozado; eufórico como no recordaba jamás. A partir de entonces, los textos pasarían a un segundo lugar, dedicándose a practicar su ciencia; por fin, Sejmet daba su beneplácito para que un maestro-médico le enseñara todos sus secretos.

Al poco descubrió la diferencia entre la lectura de los textos médicos y la práctica real de la medicina. De ordinario acompañaba a los maestros en sus consultas al interior del templo, donde acudían los enfermos en busca de remedio para sus males. Allí pudo comprobar cómo lo que en unos pacientes obraba maravillas, en otros apenas surtía efecto; lo cual no era extraño dada la singularidad del concepto médico que poseían, pues tenían la costumbre de nombrar a las enfermedades por sus síntomas y no por la afectación de los órganos.

Nefermaat supo también que existían ochenta y dos especialidades médicas, algunas con nombres cuando menos particulares, como por ejemplo la de «aquel que comprende los fluidos internos», o el otro que se definía como «pastor del ano». Con ellos creían poder tratar cuantas enfermedades les mandara Sejmet. Al menos en teoría.

Algunas de estas enfermedades escapaban totalmente a su comprensión, pues ignoraban su procedencia. Dichas dolencias eran tenidas como «de origen divino» y sólo los sacerdotes *ueb* estaban especializados en ellas. Entonces, la religión y la magia se daban la mano en un terreno movedizo en el que la ciencia no podía asentar correctamente sus bases. Aquellos extraños males, de incierta naturaleza, aquejaban a gran parte de la población, y sólo podían ser causados por malignas divinidades. Espíritus infernales que, creían, eyaculaban sus maléficos efluvios en el interior de

las personas a través de cualquiera de sus orificios, mientras dormían.

Los sacerdotes *ueb* intentaban enfrentarse a ellos mediante antiguas recetas secretamente guardadas entre los viejos papiros. Preparaban extrañas fórmulas, a la vez que intentaban calmar con sus letanías la ira de Sejmet para que el enfermo sanase.

Aunque pudiera parecer lo contrario, estos sacerdotes-médicos no eran tenidos como magos pues, a la postre, hacían uso de fármacos para luchar contra el mal. Sin embargo, en un país como el Antiguo Egipto, tan profundamente religioso, y en el que existían dioses prácticamente para todo, había órdenes sacerdotales dedicadas a la «medicina mágica». Los más conocidos eran los *sau*, los sacerdotes de Selkis^[51], magos que utilizaban todo tipo de conjuros para curar las más extrañas enfermedades. Estos «médicos» estaban también especializados en el tratamiento de las mordeduras y picaduras de los animales venenosos, pues no en vano su patrona, la diosa Selkis, era conocida como «La Señora de las Picaduras». Ella era la que les había transmitido toda su sabiduría para así poder curarlas; o al menos eso era lo que aseguraban sus sacerdotes.

Algunos desarrollaron actividades que iban mucho más allá de cualquier forma de medicina conocida. Se sintieron atraídos por oscuros poderes en los que creían, entrando en contacto con ancestrales ritos tan antiguos como misteriosos. Se convirtieron en magos, los *heka*^[52], pues rendían culto al dios de la magia que llevaba este nombre. Para ellos, la magia y la hechicería no tenían secretos.

A Nefermaat todo aquello le parecía un poco confuso pues, aunque observaba un gran respeto por los dioses, le costaba comprender que todos los males que aquejaban a los pacientes fueran producto de su ira y, por tanto, dudaba que las plegarias por sí solas fueran suficiente remedio para solucionarlos. Mas entonces, ¿de dónde venían aquellas enfermedades?, ¿qué las producía?, ¿quién sino la cólera divina podía dirigirlas?

Las disecciones que practicaba frecuentemente no hicieron sino crearle más dudas. Operaba en animales pues la ley prohibía intervenir los cadáveres humanos para aquellos fines, por lo que, aunque sacaba ciertas conclusiones, éstas no resolvían nada.

Muy prudentemente, exponía sus dudas esperando extraer alguna conclusión que le satisficiera. Mas las respuestas que recibía eran siempre las esperadas, por lo que acababa desistiendo; sobre todo cuando escuchaba al maestro decir que el cuerpo humano se dividía en treinta y seis partes, y que cada una de ellas estaba tutelada por una divinidad distinta.

—Isis tutela el hígado, Neftis los pulmones, Neit los riñones, Selkis los intestinos... —repetía enumerando las treinta y seis divinidades con un tono monocorde que solía causar bostezos.

Mas el maestro hacía hincapié cuantas veces fueran necesarias hasta estar seguro de que sus alumnos lo sabían de memoria. Después proseguía con su clase.

Para los médicos egipcios el cuerpo estaba recorrido por una intrincada red de canales llamados *metu*, que comunicaban las diferentes partes del cuerpo entre sí y por las que se desplazaban todo tipo de fluidos. La sangre, la saliva, el esperma, el aire, las heces... Todo circulaba por los *metu*, que unían partes del cuerpo tan dispares como la boca con el ano, o la vagina. Cuando el *st.t*, la enfermedad, entraba en el organismo, se desplazaba por los *metu* logrando que los *webedu*, los agentes del dolor, hicieran acto de presencia anunciando los sufrimientos al enfermo.

Según su opinión, la clave para tener una buena salud era una correcta circulación de fluidos por la red de canales. Los *metu* debían estar siempre libres de atascos o torsiones para mantener el bienestar corporal. Por ello temían en gran medida al estreñimiento, pues pensaban que los *metu* se encontraban taponados y que ello les haría enfermar. Ése era el motivo por el que solían purgarse tan a menudo.

Hacían gran hincapié en ello, y recordaban encarecidamente la necesidad que el médico examinara las heces del paciente en busca de gusanos, algo muy corriente entre la población, pues entonces era seguro que los parásitos estarían circulando a través de los *metu*, siendo necesario recetar algún vermífugo para expulsarlos.

Nefermaat conocía este problema, pues prácticamente nadie se libraba de él en Egipto. Lombrices, tenias y gusanos, de los que existían una amplia variedad, lampaban a sus anchas por los intestinos ajenos, sin ningún tipo de rubor, constituyendo un verdadero reino parasitario.

Con el tiempo, Nefermaat llegó a dominar el tratamiento de todas estas enfermedades, acudiendo, además, diariamente a los dispensarios del templo donde ayudaba a los maestros en sus intervenciones. Allí pudo observar los padecimientos de muchos de sus paisanos, y cómo sus miradas se llenaban de esperanza cuando les atendía.

Una tarde, cuando regresaba después de su consulta diaria, se encontró con Medunefer. Fue como por casualidad aunque, como más tarde comprendió, no lo fuera en absoluto.

Medunefer era toda una institución en el Templo, pues era el maestro de los maestros, el *semsu sunu*^[53], o lo que es lo mismo, el decano. La sola mención de su nombre infundía respeto, pues no sólo era el más antiguo de entre los sacerdotes médicos, sino que también lo era entre el resto del clero del recinto sagrado. Había incluso quien aseguraba que no existía ningún trabajador que le superase en edad, y todos afirmaban haberle visto ya, allí, el primer día que habían ingresado en el santuario.

En realidad, había quien le recordaba ya en aquellos tiempos como un anciano, no habiendo quien fuera capaz de aventurar su edad, pues ésta era un misterio. Un misterio que, como suele ser habitual, alimentaba rumores de toda índole, aunque pudieran parecer disparatados, como aquél en el que se aseguraba que el viejo maestro existía ya antes de que construyeran aquel templo; o el otro no menos sorprendente, en el que se le relacionaba con el legendario oftalmólogo que llevaba

su mismo nombre y que había servido a los faraones Snefru y Keops hacía casi mil quinientos años.

Al margen de la edad que tuviese, nadie le discutía su sabiduría, pues Medunefer era tenido como sabio entre los sabios, siendo además considerado una autoridad en el conocimiento de los textos sagrados. Sobre ello también circulaban un sinfín de fábulas, mitos, e incluso leyendas, que se adentraban en las densas brumas de los misterios más insondables. Nadie dudaba que Medunefer estuviera en posesión de secretos que sólo él sabía, y que conocía el lugar donde se encontraban los primeros papiros escritos por la misma mano de los dioses, que él mismo había leído.

Mas viéndole así, a simple vista, nadie podía sospechar que tal compendio de sapiencia pudiera concentrarse en una persona, ya que Medunefer parecía más bien poquita cosa.

Ésa fue la primera impresión que se llevó Nefermaat cuando le vio aquella tarde. La de un anciano encorvado, de débil complexión, cuyo menudo cuerpo apenas parecía poder mantenerse en pie. Sus manos, nervudas cual viejas raíces de sicómoro, se aferraban a su desgastado bastón con las pocas fuerzas que aún parecían quedarle, haciendo resaltar la profusión de azuladas venas que recorrían sus dorsos.

—¿Harías una caridad por este pobre viejo?

Al oír su voz Nefermaat se sorprendió, pues era deliciosamente suave e invitaba a abandonarse a ella para disfrutar escuchándola.

Al instante, el joven se acercó solícito ofreciéndole sus manos.

—No son tus fuertes brazos lo que necesito, sino tu compañía —dijo el anciano.

El muchacho pareció confuso un instante, pero enseguida se repuso.

—En lo que la necesitéis es vuestra, noble anciano.

—Gracias, gracias —respondió empleando de nuevo aquel tono adormecedor—. Mis piernas ya no son lo que eran, pero todavía son capaces de llevarme de un sitio a otro. Además, también tengo mi bastón.

Nefermaat le miró unos segundos, al tiempo que Medunefer iniciaba el paso.

—Es de ébano —señaló mientras caminaba—. Una noble madera procedente de tierras muy lejanas, y que no es posible encontrar en nuestro país.

—Conozco esa madera —contestó Nefermaat mientras adaptaba su paso al del maestro.

—Claro, me olvidé de que tú debías conocerla de sobra, ya que la habrás visto multitud de veces en la corte.

El muchacho se limitó a asentir con la cabeza mientras seguían caminando a través del lóbrego corredor.

—El mango es de marfil —continuó el viejo señalándolo—. Es una talla que representa a un pilar *djed*, que como tú ya sabes simboliza la estabilidad.

—Estabilidad —respondió el joven casi sin querer.

—Así es. No hay nada como la estabilidad; te lo digo yo. Fuera de ella somos como las aguas del río, que tan pronto son rápidas como crean remansos, para al final

morir alocadamente en el lejano Gran Verde.

—Gracias a ellas nuestro pueblo puede vivir —apuntó el muchacho.

—Je, je —rió el anciano parándose un momento para mirarlo—. En eso tienes razón, aunque convendrías conmigo en que tan pronto nos dan abundancia, como nos la quitan. No se rigen por criterios estables.

Nefermaat permaneció en silencio en tanto iniciaban de nuevo la marcha.

—Es una de las bases sobre las que se fundamenta nuestra vida aquí —continuó el viejo mientras caminaban por otro oscuro pasillo—. Aunque, como tú muy bien sabes, no es la única.

Se hizo un breve silencio sólo roto por el apagado sonido de sus pasos y el repiqueteo del bastón sobre el empedrado suelo.

—Otro de nuestros pilares maestros es la inquebrantable fe que sentimos por los dioses; ellos nos ayudan a mantener firmes las más antiguas tradiciones; piedra angular de todo esto —dijo haciendo una señal con su mano—. Seguro que eres consciente de ello.

—Lo soy, *semsu sunu*.

—Es lo que yo suponía; has sido educado en ellas y eres conocedor de misterios que pocos pueden comprender. Pero como suele ser habitual, su estudio genera dudas.

Nefermaat miró al anciano sintiéndose incómodo.

—No me malinterpretes —intervino el maestro cogiéndole del brazo—. Conozco el esfuerzo que, durante todos estos años, has venido realizando a diario entre estos muros, y sé la dificultad que entraña. Muchos de los que ingresaron contigo nos abandonaron prematuramente no pudiendo asimilar, a la postre, nuestra concepción de las cosas. Tú, sin embargo, has dado muestras de tu tesón, participando con entusiasmo de cada una de nuestras disciplinas en pos del conocimiento; aunque no sea la santidad lo que busques.

Ahora el joven le miró indisimuladamente confuso.

—No, no debes sentirte ruborizado por ello —intervino al momento el maestro—. Hay quienes la persiguen toda su vida y son incapaces de alcanzarla; su búsqueda no garantiza nada. En tu caso, los dioses te han ofrecido otras alternativas.

—En eso tienes razón, noble decano. Nunca he pretendido alcanzar el ascetismo, y mucho menos la perfección.

—Lo que sí parece haber alcanzado es un notable conocimiento de la ciencia que aquí enseñamos. Según tengo entendido eres un alumno más que aventajado. Demuestras un gran juicio en tus diagnósticos, y un pulso inalterable a la hora de diseccionar cualquier tipo de cuerpo. Parece que naciste para ser médico; quizá por eso Sejmet te eligió.

—Es extraño; una vez, siendo aún un niño, hubo alguien que me dijo lo mismo.

—¿Iroy?

Ahora Nefermaat no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Je, je. No olvides que es superintendente de nuestra orden. Él fue capaz de intuir tus aptitudes.

El joven disimuló su asombro, sobre todo porque, durante todos aquellos años, nunca había hablado a nadie sobre él, ni había recibido ninguna noticia suya.

En aquel momento, el laberinto de estrechos pasillos por los que habían caminado finalizó súbitamente, dando paso a uno de los hermosos patios que poseía el sagrado recinto. La acogedora luz de la tarde les dio la bienvenida, después de tan tenebroso recorrido a través de los interminables corredores.

—No debes turbarte. Él, como tú, también fue una vez alumno mío; y bastante bueno; le conozco bien. ¡Sentémonos junto a la fuente!

El anciano hizo una invitación con su mano, y ambos se acomodaron al borde del pequeño estanque situado justo en el centro de aquel apartado patio porticado.

El lugar parecía solitario, y sólo el suave murmullo del agua y los alegres trinos de los cientos de pajarillos, que como cada tarde resonaban por todo el recinto, parecían acompañarles.

—Me gusta venir a esta hora —suspiró el maestro mientras la luz de la tarde resbalaba por sus mejillas—. Nadie suele aventurarse por aquí.

Nefermaat contempló entonces con claridad el rostro del decano sentado junto a él. Se le quedó mirando algo más de lo que hubiera deseado, inconscientemente atraído por su extraño magnetismo. Era una cara de marcadas facciones que, en su día, debieron haberla hecho interesante, pero que ahora se encontraba cubierta por una piel tan arrugada que bien podría asegurarse que llevara allí más de cien años. Sin embargo, sus ojos no parecían haber envejecido, pues transmitían una mirada vivaz e inusitadamente penetrante, capaz de desnudar cualquier alma sin necesidad de juicio alguno por parte de los dioses; y al fondo, el perceptible fulgor que la alimentaba y que, sin duda, era inherente a él; como un centelleo surgido desde su propio corazón.

—En él reside el alma y la razón, pero también nuestros sentimientos y emociones —señaló Medunefér.

Nefermaat no disimuló la perplejidad que le causaron aquellas palabras, pues el *semsu sunu* parecía capaz de leer cada uno de sus pensamientos.

—Je, je —rió suavemente a la vez que le apretaba cariñosamente la mano—. No es tan difícil si dispones del maestro adecuado, y yo tuve al mejor que se pudiera desear —concluyó con gesto enigmático.

—A mí me parece cosa de *hekas*, maestro.

—Hum —respondió éste torciendo el gesto—. Soy poco amigo de magos y hechicerías; pero existen capacidades que poseemos y podemos desarrollar aunque no seamos conscientes de ello. Algún día, cuando seas viejo, sabrás de lo que te hablo.

—No creo que yo sea capaz de semejantes prodigios —respondió el joven sonriendo.

—¿Seguro? Sin embargo, piensas que tus manos sí lo son. Con ellas esperas obrar

milagros, pues estás convencido de que serás el mejor *sunu* que haya conocido esta tierra, ¿verdad?

Nefermaat se removió incómodo sobre la piedra que bordeaba el estanque.

—Dime, Nefermaat, ¿crees que cubriéndola con un lienzo aplacaríamos realmente su ira evitando que propagara las enfermedades? —preguntó el maestro señalando hacia la estatua de Sejmet que había al fondo del patio.

—Los textos sagrados así lo dicen y...

—Sé muy bien lo que cuentan —cortó Medunefer—. No estoy pidiendo la opinión de los papiros, sino la tuya.

Nefermaat bajó su vista hacia el enlosado suelo buscando una respuesta que, en ningún caso, las desgastadas piedras podrían darle; luego, observó la granítica figura de la diosa, allá al fondo, no pareciendo que le transmitiera más que su quieta inexpresividad.

—Me temo que mis dudas no sean gratas a tu corazón, noble decano —dijo al fin con indisimulado pesar.

El anciano enarcó una de sus cejas en un gesto claro de divertido interés.

—Me tengo por fiel seguidor de los divinos preceptos —se apresuró a decir el joven—. Soy respetuoso con los dioses y cumplo las máximas aprendidas entre estos muros...

Medunefer levantó una de sus manos sonriéndole con cierta indulgencia.

—Ya sé que observas escrupulosamente las reglas escritas en nuestros sagrados textos —intervino el anciano con su tono más suave—. Su estudio te ha proporcionado conocimientos, mas eso no te convierte, precisamente, en devoto; es incluso ese afán de conocimientos, el que te hace generar dudas, ¿verdad?

Nefermaat le miró con perplejidad.

—No creas que me sorprende —continuó el decano entrelazando las manos en su regazo—, pues nada de esto es nuevo; incluso podría asegurarte que es habitual. La mayoría de los hombres suelen encubrir su falta de fe; tú, al menos, no ocultas tu ofuscación.

—Me siento abatido cada vez que diagnosticamos una de tantas enfermedades que no conocemos y cuya procedencia atribuimos a los dioses. Todos los días el consultorio está lleno de personas con dolencias de este tipo, cuya única esperanza radica en nuestro ánimo y la efectividad de nuestros rezos. Creo que aunque cubriéramos a Sejmet con mil lienzos, los males no se remediarían.

—Hum, ya veo. Sin embargo, es en ese preciso momento en el que la medicina parece dejar de surtir efecto, cuando debemos confiar en los dioses. Como bien has dicho, hay extrañas enfermedades que sobrepasan nuestra capacidad y que sólo los poderes que están sobre nosotros pueden curar. Ignoramos el motivo por el que semejantes males nos son enviados, y no nos queda sino aceptar que forman parte del equilibrio natural creado por los dioses primigenios; un equilibrio cuya perfección se extiende por todo el cosmos —dijo Medunefer señalando al cielo.

Nefermaat miró hacia aquel cielo que le señalaban, y pareció ausentarse por un momento.

—No debes apesadumbrarte por ello —continuó el anciano apoyando una mano sobre su brazo—. La vida y la muerte van siempre juntas; ni el gran Imhotep pudo deshacer tal unión.

—Jamás osaría compararme con el más grande de los médicos que ha dado esta tierra —se apresuró a decir el joven—. Su memoria es motivo de culto y ocupa un merecido lugar en nuestro panteón; no quisiera que pensaras que me encuentro consumido por la impiedad.

Medunefer rió con suavidad.

—Conozco perfectamente cómo eres. Sé de tu prudencia y leo la bondad en tu corazón, aunque tú y yo sepamos que no poseas alma de sacerdote; claro que, de eso no tienes ninguna culpa. En todo caso habría que responsabilizar al divino Thot de ello. Él te ha dado la racionalidad que posees, empujándote a una búsqueda constante de conocimientos; alienta tu ansia de saber, de descubrir, de ir más allá de lo que nuestros viejos papiros nos enseñan. Créeme que ese afán representa un don recibido del cielo, aunque también deba advertirte de lo poco firme que se vuelve el terreno más allá de lo que nos dicen nuestros textos; te aventurarías por caminos cuya luz te resultaría, cuando menos, difusa, y no pocas veces, engañosa. Ese camino se encuentra fuera de nuestros muros y, en mi opinión, a él debes dirigirte; aquí ya no puedes aprender más.

Nefermaat le miró azorado, intentando asimilar las palabras del viejo maestro.

—Pero... todavía me queda mucho por hacer. He de profundizar más en...

—Tu tiempo aquí está cumplido —cortó Medunefer.

—Pero... yo cumplo una labor diaria. Mis pacientes me visitan cada día en busca de mi ayuda. Ellos confían en mí y...

El decano hizo un significativo gesto con el que le invitaba a guardar silencio.

—Sé generoso; permíteme continuar —interrumpió con tono algo cansino—. Has pasado en este santuario siete años, durante los cuales te has esforzado en aprender cuanto se te ha enseñado dedicándote única y exclusivamente al estudio. A mi entender, el resultado no puede ser más satisfactorio, y estoy convencido de que Sejmet se siente orgullosa de ti. No olvides que ella te eligió y que, aunque su terrible cólera sea capaz de devastar pueblos enteros, también puede protegerte de tus enemigos, pues, no en vano, formas parte de su clero, el de los sacerdotes médicos; los mejores de Egipto.

Nefermaat miró al viejo decano sin ocultar la confusión que aquellas palabras le produjeron. Después de tantos años pasados en aquel santo lugar la idea de tener que abandonarlo le provocó una repentina sensación de indefinible inquietud que, al punto, llegó a traducirse en desasosiego. Porque, francamente, él no se había planteado la posibilidad de abandonar el Templo, y menos con aquella premura, pues estaba realmente convencido de que cumplía una misión encomiable a los ojos de la

diosa. Ciertamente era que sus constantes preguntas sobre esta o aquella dolencia a veces carecían de respuesta, provocando embarazosos silencios entre sus maestros; sin embargo, él se ceñía a la más estricta ortodoxia en el tratamiento de sus pacientes, tal y como dictaba la ley, y nadie podría decir nunca que no hubiera sido fiel a su cumplimiento.

Pasaron unos instantes en los que recapacitó tratando de imaginarse cómo sería su vida fuera de allí. Lejos de las costumbres y preceptos que en aquel lugar se seguían y que ya casi formaban parte de él; pero le resultó imposible y, al poco, sintió un cierto regusto amargo que le sacó de su abstracción.

—No debes angustiarte, Nefermaat —dijo el anciano utilizando de nuevo su tono característico—. La vida dentro de los templos poco tiene que ver con la realidad de lo cotidiano, y tú no puedes renunciar a ello. No te imagino convertido en un viejo como yo, dando consejos entre estas columnas a la espera de que caiga la tarde.

El joven bajó la cabeza asintiendo con gesto apenado.

—Y ello, claro está, no significa que hayamos de dejar al corazón en manos de la melancolía. Tus pies te llevarán lejos, Nefermaat, incluso más allá de lo que supones, pero siempre lo harán a través de los caminos del *maat* que tan bien conoces. Cumple con ellos, aun cuando seas víctima de la mayor de las injusticias, pues sólo así te sobrepondrás a la desesperanza.

Al escuchar estas palabras, Nefermaat hizo una extraña mueca de asombro que animó al decano a lanzar una risita.

—No te dejes llevar por la perplejidad a causa de las palabras de un viejo como yo —dijo todavía riendo—. No me hagas caso. El único destino que debes perseguir es aquel que anhelas. Tu mayor deseo es convertirte en el mejor cirujano del país de Kemet, y a él te debes consagrar.

—¡Pero fuera del Templo me será imposible!

—En eso te equivocas. Existe un lugar en el que podrás desarrollar las aptitudes que posees.

—¿Te refieres a la Casa de la Vida de algún otro templo?

—No exactamente, pues todos los que acuden allí ya son *sunu*; médicos que esperan aumentar sus conocimientos.

—¿Y dónde se halla ese lugar?

—En Per-Bastet (Bubastis).

—¡Bubastis. La ciudad sagrada de la diosa gata!

—Así es. Dicen que allí se encuentra el mejor cirujano que han visto los tiempos; al parecer, sus manos obran prodigios.

—¿Cómo se llama? ¿A qué templo pertenece?

—Je, je. Veo que has vuelto a recuperar tu interés.

Nefermaat sonrió ahora abiertamente.

—Me temo que no pertenece a ninguno, pues ni tan siquiera es egipcio.

—¡Imposible! —exclamó el joven sin poder ocultar su asombro.

—Es babilonio y responde al nombre de Anón, y según tengo entendido, es el individuo más impío, soez y disoluto que hay en Bubastis.

—¿Y es allí adonde debo dirigirme? —preguntó el muchacho incrédulo.

Medunefer asintió divertido; luego miró en rededor y se incorporó con parsimonia.

—Las sombras cubrirán el patio en poco tiempo; es hora de irnos, Nefermaat.

Éste se levantó y dio su brazo al anciano para ayudarlo a caminar.

—Eres un buen muchacho —dijo con tono algo quejumbroso—. Verás que saldrás adelante con bien.

Encendieron de nuevo sus bujías, y se adentraron otra vez en el laberinto de estrechos corredores por los que habían venido.

—Jamás olvides tu paso por aquí —observó el anciano con cierta solemnidad—, pues aunque no lo creas, siempre serás un *ueb*, un sacerdote médico. Su sello no te abandonará nunca.

Luego, sacando una pequeña figura de un bolsillo, se la entregó.

—¡Es Sejmet!

—Sí; llévala como amuleto mientras vivas. Está bendecida con las aguas sagradas del Templo. Te ayudará cuando lleguen los días difíciles.

—Gracias, maestro —exclamó el joven emocionado.

—No me las merezco por esto, aunque sí por el gran honor que te tengo reservado antes de tu marcha.



Todavía resonaban, desde algún lugar en su memoria, las palabras pronunciadas por el anciano decano, cuando el lóbrego pasillo por el que corría completamente desnudo daba paso a una amplia sala columnada con un gran patio interior. La estancia se hallaba repleta de aljibes de granito en los que los sacerdotes solían hacer sus abluciones diarias. La tenue luz de las decrepitas antorchas que irregularmente festoneaban los pórticos, les daban un aspecto extraño, como de abandono, que a Nefermaat siempre le había producido cierta desazón. Viéndolos allí, pardos entre las sombras, bien podía asegurarse que su desgastada piedra era tan antigua como el templo en el que se hallaban; milenios cargados de extraños ritos en pos de la purificación.

Nefermaat paró su alocada carrera y miró a su alrededor mientras trataba de recuperar el aliento. El lugar estaba solitario y singularmente silencioso, pues ni tan siquiera había brisa de la que escuchar sus murmullos. Aquella soledad le pareció inusual, ya que siempre había alguien más madrugador que se adelantaba a los demás. Sin embargo, en aquella ocasión él era el primero en llegar, y ello le producía una íntima satisfacción.

Iluminado por la luna, observó aquel patio, apenas visible tras las ciclópeas columnas, y se encaminó hacia él. Siempre se había sentido inexplicablemente atraído por el lugar, y en aquella hora parecía que la diosa le brindaba la oportunidad de disfrutarlo en solitario. Atravesó con presteza aquel bosque de piedra sabedor de que no era poseedor del control sobre el tiempo. En breve, los corredores se llenarían de pisadas cercanas y la sala rebosaría de gente que, como él, trataría de acaparar para sí todo el magnetismo del lugar. Por eso, cuando por fin dejó atrás la última columna, Nefermaat respiró aliviado; el viejo patio se abrió ante él dándole la bienvenida junto a la noche que se iba.

El joven contempló con deleite aquella escena que le trajo lejanos recuerdos de su pasada niñez. Las aguas del estanque que cubría la mayor parte de aquel patio reflejaban la luz de una luna que, en su fase de máximo esplendor, irradiaba su poder en aquella postrera hora; justo encima. Su memoria evocó nítidas imágenes de los perfumados jardines y hermosos palmerales que rodeaban el lago del palacio del faraón, recordando las hermosas noches de verano en las que los sentidos podían

verse abandonados a su suerte ante tanto esplendor. Al instante, Nefermaat las comparó, aunque no hubiera comparación posible. Allí no había jardines ni palmerales, y el único perfume era el producido por el incienso de los pebeteros. Sin embargo, la belleza de aquel momento le pareció insuperable, pues la luna rielaba sobre las aguas del estanque con tal fulgor, que parecía que su superficie se encontraba tejida por miríadas de invisibles hilos de plata que seguramente Sejmet, la diosa de aquel sagrado lugar, había trenzado con sus divinas manos como manifestación de su grandeza.

Ensimismado, Nefermaat se sumergió en las heladas aguas y, al momento, se vio rodeado de fulgurantes destellos que le invitaban a abandonarse en una extraña comunión en la que líquido y luz parecían formar un solo elemento, en el que se bañaba.

Estiró sus miembros bajo la plateada superficie y creyó sentir su poder, pues tuvo el convencimiento de que su cuerpo había sido invadido por infinitos centelleos. Se abandonó así, un instante, lo necesario para tomar plena conciencia de que aquella noche su cuerpo había quedado purificado para siempre.

Mas las lejanas pisadas se volvieron próximas y, al poco, el sagrado lugar se llenó de acólitos en busca de su anhelado baño. Hacia el este, Sirio se elevaba anunciando la llegada del nuevo día, el último que pasaría allí. Debía darse prisa, pues la diosa le esperaba.

En verdad que Medunefer tenía razón cuando dijo haberle reservado un gran honor pues, sin lugar a dudas, eso era lo que representaba el poder participar en la ceremonia del Culto Diario. Esta ceremonia era un rito antiquísimo que se celebraba a diario en todos los templos de Egipto, en los que se rendía adoración a sus dioses tutelares. Amón, Ra, Ptah... Todos eran venerados en su templo con una serie de actos en los que se despertaba, aseaba, vestía y alimentaba a la divinidad para así recibir sus mágicos poderes, que habrían de proporcionarles salud y toda suerte de bendiciones.

El ceremonial comenzaba cada madrugada cuando los Sacerdotes Horarios anunciaban la proximidad del nuevo día. Todo el templo se ponía entonces en movimiento para hacer frente a sus quehaceres diarios, así como para dar la bienvenida a la deidad. Los panaderos, carniceros y cocineros preparaban entonces el menú que debían presentar al dios cuando despertara. Carnes, frutas, pan, hortalizas, vino, cerveza... Todo era dispuesto con el mayor cuidado en bandejas, para su traslado a los sagrados aposentos como ofrenda diaria. Ofrendas que sólo podían ser entregadas por un grupo escogido de sacerdotes sobre los que recaía la responsabilidad principal de la ceremonia. Antes que se anunciara el alba, éstos ya se habían purificado en las frías aguas del templo para, posteriormente, vestirse con sus túnicas de inmaculado lino y sus blancas sandalias. Sólo así, libres de cualquier impureza, se atrevían a mostrarse ante su sagrada señora.

De esta suerte se presentó Nefermaat en tan temprana hora ante el solemne

cortejo; purificado, ungido y perfumado, con el esmero propio del que es consciente del honor del que es objeto, y con el convencimiento de que su presencia allí era inusualmente inmerecida. Así debió pensarlo también el Primer Servidor de la diosa cuando le vio llegar, pues le miró de arriba abajo con un gesto ciertamente adusto; aunque eso sí, no dijera ni una sola palabra.

La comitiva parecía llevar esperándole un cierto tiempo, lo que le hizo sentirse todavía más azorado. El ser el último en llegar le hizo fruncir el ceño con disgusto, mas enseguida ocupó su puesto en el grupo, y al poco pareció participar de su recogimiento. Luego fue invitado, junto a otros tres hermanos, a coger las bandejas de alimentos a fin de transportarlas hasta los aposentos divinos; pues ésa sería su misión.

El Primer Profeta volvió a mirarle con desaprobación mientras hacía un significativo gesto para encender los incensarios, y daba la orden de iniciar la marcha. Él representaba la jerarquía máxima de aquel templo, y sólo el faraón, como reencarnación de Horus, ostentaba un grado superior, pues era la primera autoridad religiosa del país al ser considerado en sí mismo como un dios. En teoría, él era el único que podía acercarse al resto de los dioses en sus estancias sagradas, mas, en la práctica, delegaba este cometido en la figura de los Sumos Sacerdotes al no poder, obviamente, asistir a las ceremonias que, diariamente, se celebraban en todos los templos de Egipto.

Así, cuando la pequeña comitiva se puso en movimiento, el Primer Servidor, como representante del faraón, inició el paso portando una pequeña lámpara de la que emanaba un suave perfume. Junto a él marchaba un Sacerdote Lector, el único conocedor de todas las fórmulas sagradas que era necesario recitar, a fin de llevar a cabo aquella complejísima liturgia. Suyas serían las letanías y salmos entonados en loor de la diosa, y suya la responsabilidad de transportar el fuego purificador que debería depositar en la habitación donde ésta moraba.

Ambos sacerdotes pertenecían al alto clero y eran los únicos que podían acercarse hasta Sejmet, mientras que el resto de los oficiantes deberían permanecer junto a la puerta de los dormitorios sagrados, pues su rango no les permitía ir más allá. Ellos depositarían las bandejas con las ofrendas en unas mesas situadas a la entrada, y agitarían sus sistros entonando cánticos de alabanza.

Tan singular procesión se adentró en las entrañas del templo; allí donde ningún mortal, salvo los elegidos, podía aventurarse. Estancias a las que la luz del día nunca llegaba y que parecían estar en poder del reino del silencio. Oscuridad absoluta sólo horadada por seculares séquitos que, como aquél, la atravesaban devotamente. Corredores en los que la débil luz que les guiaba mostraba unos ciclópeos techos que parecían descender paulatinamente sobre sus cabezas, creando ilusiones angustiosas.

Abandonado a los sutiles letargos producidos por el aroma del incienso recién quemado, y rodeado de tan tenebrosas sensaciones, que en nada se parecían a las del mundo de los hombres, Nefermaat tuvo el convencimiento de que aquel

fantasmagórico cortejo se dirigía a los infiernos.

El tiempo había dejado de contar para el joven cuando la comitiva se detuvo ante una puerta. La lámpara portada por el Primer Profeta volvió a crear extraños efectos en las oscuras paredes ayudados, sin duda, por las difusas volutas de humo del perfumado incienso que consiguieron tornar aquel momento en irreal. A la postre, quizá Nefermaat tuviera razón y aquélla fuera la puerta de acceso al Amenti.

Mas no eran genios ni demonios los que esperaban tras aquella puerta, sino una pequeña estancia en la que otra lámpara animaba a regresar al mundo tangible, del que parecían haberse olvidado.

El Primer Servidor les ayudó a devolverles de nuevo a él, invitándoles a seguirle al interior. Una vez dentro de la habitación, hizo un ademán para que depositaran las bandejas con las ofrendas sobre unas mesas situadas junto a la entrada; luego se volvió y avanzó hacia el fondo de la sala donde se detuvo ante otra puerta. Elevó su lámpara ante ella moviendo su cabeza con satisfacción, tras comprobar que el barro que sellaba la entrada se encontraba intacto.

—Ésta es la puerta que da acceso al *sehem* (sanctasanctorum), el lugar más sagrado del templo, en cuyo interior descansa la diosa recluida dentro del *set-ueret* (naos) —dijo el Sumo Sacerdote con voz grave—. Sólo el Sacerdote Lector y yo podemos adentrarnos en el santuario para despertarla de su letargo.

Los oficiantes inclinaron levemente sus cabezas a la vez que adoptaban una postura de profundo recogimiento.

—¡El sello está incólume! —dijo ahora el Primer Servidor levantando la voz—. ¡Rompámoslo!

Entonces empujó con fuerza la puerta haciendo que la arcilla que la sellaba saltara en pedazos.

—¡El sello de barro está roto; el cielo se abre ante ti! —comenzó a cantar el Sacerdote Lector mientras seguía al Primer Profeta hacia el interior—. Vengo ante ti; mi purificación está en mis brazos —continuó recitando mientras fumigaba el habitáculo con su incensario.

Desde la privilegiada situación que le daba su apartado rincón, Nefermaat observaba con disimulo la escena. Pocas personas en Egipto tenían oportunidad de presenciar algo semejante y, aunque desde la distancia, no estaba dispuesto a perder ningún detalle.

Aquél era un privilegio que Medunefer le había procurado, y que siempre recordaría. Él conocía muy bien el significado del acto que allí se estaba desarrollando, y el porqué de la importancia de que los cánticos y fórmulas mágicas elevadas por el Sacerdote Lector fueran las adecuadas, pues tenían la creencia de que la cercana presencia de la diosa podría ser peligrosa para los oficiantes, ya que su reacción al despertar era imprevisible.

—Verdaderamente soy profeta; es el rey quien me ha mandado ver a la diosa... —seguían recitando mientras ambos se aproximaban a la naos.

Luego, el Sumo Sacerdote se posó de hinojos al tiempo que confesaba la pureza de su alma y la ausencia de todo pecado.

Cuando acabó con su lectura, el Primer Servidor se levantó acercándose a las puertas de la naos. Ambas estaban cerradas con cerrojo y unidas por sus pomos con una cuerda; como anteriormente ocurriera, también se hallaban selladas con barro.

El Sumo Sacerdote miró a ambos lados con cierta parsimonia, observando la pequeña barca que servía para transportar a la diosa durante las procesiones, y los muebles donde se colocaban las ofrendas. Sobre ellos, todavía podían verse los restos de alimentos del día anterior que ahora debían ser sustituidos.

El Sacerdote Lector recorrió el pequeño habitáculo purificándolo con fumigaciones, a la vez que entonaba sus acostumbradas letanías. Había llegado el momento crucial de la ceremonia, aquél en el que la diosa debería regresar de su celestial sueño al mundo de los mortales, para dar luz y protección a todos los que la veneraban en aquel templo.

El Primer Profeta rompió el segundo sello de barro y desató las cuerdas enlazadas en los pomos, quitando el cerrojo. Luego, se dispuso a abrir las portezuelas mientras gritaba con voz profunda.

—¡Las puertas del cielo se abren. Despiértate en paz!

Dicho esto, los goznes chirriaron suavemente abriendo de par en par el sagrario. Ambos sacerdotes se postraron entonces de hinojos, a la vez que canturreaban salmos que a Nefermaat le eran imposibles de escuchar, pues llegaban a él cual retahíla de murmullos. Sin embargo, al poco, el Primer Servidor se levantó súbitamente, acercándose con cautela a la imagen de la diosa situada dentro de la naos, abrazándola.

Éste era el momento más delicado pues Sejmet, al volver de su sueño, podría reaccionar con su característica violencia y fulminar al sacerdote. Éste, por su parte, como primer representante de su clero, tenía la obligación de contactar físicamente con la diosa para así devolverla de nuevo al plano material.

Nefermaat pudo sentir su emoción, así como la de sus compañeros, en el momento en el que se celebrara el abrazo, pues sabía muy bien lo que podía ocurrir; mas nada pasó, pues cuando la imagen y el hombre se separaron, éste prorrumpió en alabanzas de gloria ante el esplendoroso renacimiento que se había producido. Sejmet había despertado.

El resto de la ceremonia transcurrió según los cánones habituales. Se cambiaron las viandas, de las que milagrosamente Sejmet se había nutrido con su esencia, por los alimentos frescos que traían, procediéndose al aseo de la diosa.

Primero se la lavaba con agua del Nilo para purificarla, después se la fumigaba con incienso, y luego se ungían a la divina estatua los más fragantes óleos y aceites perfumados, para vestirla acto seguido con prendas del más puro lino. Posteriormente, se la adornaba con collares, diademas y cetros^[54], procediendo después a una minuciosa sesión de maquillaje que acababa por convertir aquel

ceremonial en un rito complejísimo que, en ocasiones, podía alargarse durante horas.

Cuando el acicalamiento de la diosa terminó, Nefermaat vio cómo el Sumo Sacerdote purificaba de nuevo el lugar con natrón, *sújed* e incienso de terebinto, dando cuatro vueltas alrededor de la nao, iniciando de este modo el acto de despedida.

Éste culminó cuando el Primer Profeta cubrió la sagrada imagen con un velo rojo, de poderoso significado mágico, en tanto proclamaba:

—¡Isis lo ha tejido. Neftis lo ha hilado!

Poco después, el Primer Servidor procedió de nuevo al cierre de la nao, a la vez que sellaba sus puertas asegurando de este modo el que la diosa quedara en paz.

Cuando el sagrario quedó sellado, ambos sacerdotes comenzaron a retroceder sin dar la espalda a la capilla, recitando nuevos salmos y alabanzas. El Primer Profeta llevaba una escoba fabricada con la planta *heden*, con la que barría el suelo mientras caminaba hacia atrás. Así, eliminaba cualquier contaminación humana dejando la sala purificada, pues la planta *heden* era tenida como mágica, y su poder era tal, que el mismo Thot, el dios mago por excelencia, la había llegado a utilizar. Gracias a ella, quedaría garantizada la más absoluta pureza dentro de aquella habitación.

Por fin, los sacerdotes llegaron a la salida e hicieron una señal al resto del cortejo que esperaba, a fin de que abandonara la sala. Acto seguido cerraron las puertas volviendo a sellarlas tal y como estaban al principio.

El primero de los ritos del Culto Diario había concluido; ahora Sejmet permanecería despierta, protegiendo aquel lugar con su poder divino. Durante ese día, la ceremonia se repetiría en dos ocasiones más; una al mediodía y otra poco antes del anochecer, y en ellas se atendería de nuevo a la diosa repitiendo el complejo ritual que requería su servicio. Así era el Culto Diario que se oficiaba a los dioses de Egipto en sus templos. Un oficio que llevaba celebrándose, diariamente, desde hacía más de dos mil años.

De regreso por los oscuros corredores, Nefermaat no pudo dejar de pensar en todo cuanto había visto, y en lo complicada que le había llegado a resultar la relación establecida entre los sacerdotes y la diosa; vínculos abstractos que los hombres parecían haber llevado más allá de cualquier entendimiento. Aquella liturgia le pareció demasiado farragosa para haber sido instituida por los dioses, pues sólo en los hombres existe la capacidad de concebir lo confuso.

Mientras seguía a la débil luz del Primer Servidor a través de los lóbregos pasillos que les conducirían al exterior, tuvo inciertos pensamientos que sólo un corazón dudoso era capaz de transmitir. Al percatarse de ello sintió un escalofrío y enseguida pensó en Medunefer. El anciano decano había leído ya en su interior y conocía sus vacilaciones; sólo un hombre tan sabio como Medunefer podía adivinar algo de lo que ni él mismo estaba seguro. Pero así era, y ahora comprendía por qué le había concedido el honor de acompañar al primero de los servidores de la diosa en su Culto Diario, pues sabía que, de una u otra forma, aquella ceremonia arrojaría luz sobre su

confusión.

Cuando tan tenebroso itinerario acabó por fin, y la luz que la mañana desparramaba jubilosa por entre las columnas del gran patio les dio su cálido abrazo, Nefermaat ya era plenamente consciente que su futuro no se encontraba allí, y que aunque pasara el resto de sus días en aquel lugar, sus sombras nunca se despejarían.

Muy respetuosamente se despidió del Sumo Sacerdote y del grupo de acólitos que le acompañaron. Era su último día en el templo, y cuando el sol se hallara en su cénit debería abandonarlo. Fue por ello que decidió aprovechar el tiempo que le quedaba en hacer una postrera visita a la diosa. Con este fin se encaminó hacia el lugar en el que un día departiera con Medunefer. Cuando llegó, aquél se hallaba casi vacío, pues sólo un hombre que parecía absorto en cada baldosa que barría en el claustro le dio la bienvenida.

El patio, sin embargo, estaba desierto, y en el pequeño estanque situado en el centro el agua comenzaba a brillar por la incidencia de un sol que ya se elevaba. Nefermaat se sentó junto a su borde y miró en rededor con cierta nostalgia. Al punto, sus ojos se toparon con la pétreo figura de la diosa que, desde un extremo, parecía observar ausente cuanto ocurría. Vista así, a Nefermaat no le pareció que hiciera honor a su fama de violenta, aunque sí pudiera adivinarse cierta sensación de poder contenido en su granítico rostro; no en vano se trataba de Sejmet, «la poderosa», pues ése era el significado de su nombre.

Después de haberla visitado en su santuario, aquella figura le pareció más asequible; un bloque de piedra tallada, libre del boato de los hombres. Representaba a la misma diosa y, sin embargo, poco tenía en común la estatua primorosamente guardada en el sanctasanctórum con ésta.

Nefermaat dejó correr sus pensamientos mientras la observaba, en el convencimiento de que la diosa los comprendería. Si ella mandaba penas y enfermedades a la humanidad era porque así lo creían sus propios sacerdotes, algo contra lo que, inconscientemente, se había rebelado y que ahora veía con claridad. No ponía en duda a Sejmet, sino al hombre, pues estaba convencido de que ninguna deidad era tan perversa como para asolar con sus plagas al género humano. Sabía que la diosa leona comprendería sus razonamientos y también que, en cierto modo, sus pasos le habían llevado hasta ella. Por eso, cuando se levantó para abandonar el lugar, Nefermaat lo hizo con la certidumbre de que la diosa siempre le protegería.

Ra-Horakhty se elevaba plétórico cuando Nefermaat traspasó las puertas del templo. El sol, justo en su cénit, le obligó inconscientemente a protegerse de sus poderosos rayos con el dorso de su mano, pues tal era su majestad. Hasta él llegaban nítidas las voces de los aguadores que ofrecían su valiosa mercancía, tan apreciada en aquella hora como el oro del Sinaí. Justo enfrente, la multitud se hacinaba entre los numerosos puestos en los que se vendían reliquias y todo tipo de figuras votivas de los dioses protectores. Ptah, Sejmet y Nefertem sobresalían sobre las demás, pues no en vano eran los santos custodios de aquel lugar.

—¡Agua bendita de la diosa! —gritaban los vendedores—. ¡Remedios de la divina Sejmet para cualquier enfermedad!

Palabras mágicas para los oídos de enfermos de quién sabe qué extraños padecimientos, para los que aquella agua resultaba una suerte de bendición.

Nefermaat avanzó entre aquella muchedumbre que ya formaba parte del paisaje diario del lugar, como muy bien sabía. Su figura, inconfundible, con los atuendos propios de su rango, hacía que el gentío se abriera a su paso con el respeto propio del que conoce su santo significado. Era curioso que, hasta aquel instante, Nefermaat no hubiera sido plenamente consciente de este hecho, mas sólo fueron necesarios unos pasos para darse cuenta de ello. Era un sacerdote *ueb*, y como ya le hubiera advertido Medunefer, su sello siempre le acompañaría.

Atravesó la gran plaza hasta los hermosos palmerales situados en el extremo opuesto. Eran grandes y frondosos, y proporcionaban una acogedora sombra que a aquella hora resultaba deliciosamente fresca.

—Pan de anís, obleas de miel —volvió a gritar un vendedor ambulante mientras Nefermaat se sentaba sobre la hierba.

Desde aquella posición podía observar el bullicio de la plaza en toda su magnitud; gritos, invitaciones e incluso los inevitables regateos propios de los mercaderes de su tierra, formaban una especie de clamor sin el cual la plaza no pareciera poder vivir. Servidumbre de desesperados en busca de soluciones imposibles, o protecciones ante futuros males que sólo los dioses podían proporcionarles.

Nefermaat pensó en ello un momento, sin poder remediar cierta sensación de disgusto. Él conocía mejor que nadie los padecimientos de aquellas gentes que visitaban a diario las consultas del templo, con la esperanza de hallar algún remedio, y también sabía que muchas de las respuestas que esperaban encontrar, simplemente no existían, pues sólo los dioses parecían conocerlas. Sólo quedaba entonces encomendarse a su providencia e, indefectiblemente, aquello siempre le había producido pesar; sin embargo, semejante representación no era sino un acto más de los muchos que se escenificaban dentro de las milenarias tradiciones del país de Kemet.

Suspiró con cierto conformismo a la vez que fijaba su vista en los altos muros del templo. Éste resplandecía bañado por la luz del mediodía que parecía extraer de él todos los reflejos de su blanca pureza. Aquellas paredes cegadoramente blancas que circunvalaban el perímetro del santuario, se encontraban atestadas de enfervorizados feligreses que elevaban sus plegarias al buen dios, que las escuchaba solícito a través de las orejas que, regularmente repartidas, estaban pintadas en los ciclópeos muros.

«Elevad vuestras plegarias —decían los textos escritos junto a ellas—. El buen dios las recibirá».

Lo cual no dejaba de tener su particular lectura, pues siempre cabía la posibilidad que los ruegos no fueran atendidos al no ser convenientemente escuchados.

Allí, rodeado de peregrinos que, como él, se protegían del sol a aquella hora,

Nefermaat recordó por última vez su conversación en el patio del templo con el decano, comprendiendo la gravedad de sus palabras. Él no podía continuar entre aquellos muros porque, simplemente, una parte de sí mismo no creía en ellos. Medunefer tenía razón al haberle asegurado que no poseía alma de sacerdote, y que en su paso por aquel santuario sólo había perseguido el conocimiento.

Pensó unos instantes en ello, calibrando inconscientemente el alcance de aquellas palabras. Según parecía, el conocimiento era todo lo que le interesaba y posiblemente así fuera; una persecución desmedida de él, que quizás hubiera comenzado el día en que entrara por primera vez en las estancias de Iroy, y que en ocasiones parecía consumirle.

Ya había considerado esto con anterioridad y, a menudo, había llegado a la conclusión que el hecho de que el resto de sus parcelas emocionales se hallaran precariamente cubiertas, le había empujado por aquel camino. Él era plenamente consciente de ello pues, sin ir más lejos, en los siete años que había pasado en el Templo no había hecho ni una sola amistad.

Se acarició la barbilla mientras reflexionaba. Siete años sin hacer un solo amigo era algo, cuando menos, curioso. Sin embargo, su relación con el resto de hermanos había sido siempre cordial, y nunca había tenido problemas de comunicación, ni sufrido nada parecido al aislamiento; era simplemente que, durante todos aquellos años, había permanecido ausente de todo lo que no fuera el estudio de los viejos papiros con los que, dicho sea de paso, llegó a entablar una profunda amistad.

Triste bagaje, si se quiere, para quien había pasado de la niñez a la pubertad, y de ésta a la mayoría de edad entre aquellos muros. Muros que sólo en contadas ocasiones había traspasado pues, durante años, ni tan siquiera llegó a salir del sagrado recinto. Esto era algo cuando menos peculiar, ya que no existía ninguna razón que le obligara a ello. El personal del templo podía ausentarse de él siempre y cuando sus servicios no se lo impidieran. De hecho, la mayor parte de los maestros médicos estaban casados y vivían en sus casas junto a sus familias, pues los sacerdotes *ueb* eran laicos.

Reflexionó sobre este particular sin apenas emoción aunque, como bien sabía, hubiera una época en la que sí le importara. Sus sentimientos familiares quedaban atrás en el tiempo, vagos y difusos cuando menos, aunque él supiera muy bien que eran inexistentes; y es que, en todos aquellos años, no había recibido ni una sola carta de sus padres y hermano; ni tan siquiera una escueta noticia por la que supiera si se encontraban vivos; nada. Claro que, por su parte, él tampoco se había dignado hacerlo, pues era absolutamente incapaz de fingir lo que no sentía.

De nuevo los gritos de los mercaderes vinieron a sacarle de sus pensamientos.

—Cruces de la vida, pilares *djed*; protecciones infalibles contra demonios y genios —voceó con estridencia uno que pasó junto a él.

Nefermaat le observó alejarse con su santa retahíla, mientras él se incorporaba. El tiempo había pasado más rápido de lo que había imaginado, pues las sombras de la

tarde comenzaban a apuntar entre los puestos. Era hora de ponerse en camino, ya que debía llegar hasta los muelles a fin de embarcarse rumbo a Per-Bastet (Bubastis). El barco zarparía antes del crepúsculo y no esperaría por él.

Echó una última mirada a los blancos muros del templo y se encaminó a través de los hermosos jardines que embellecían aquella plaza. Reconoció el olor de los narcisos y las adelfillas, y un poco más adelante la fragancia de unos cercanos arbustos de alheña. Esto le hizo sentirse satisfecho y apretar el paso, más decidido, hacia la cercana vía de los mercaderes por la que bajaría hasta el río. Al llegar a ella, el sol de la tarde incidió de lleno sobre su cara. Atum, el sol del atardecer, le saludaba generoso inundando con su divino haz la calle más bulliciosa de Menfis. Un regalo para la vista de cualquier mortal menos para la suya, pues al tener depiladas las pestañas, el poderoso don del dios le hacía tener que protegerse de sus rayos constantemente; una molestia a la que, después de tantos años, todavía no se había acostumbrado.

El recorrer aquella tarde la calle de los mercaderes, supuso para Nefermaat algo más que un simple paseo. Fue un reencuentro con su pueblo, con el día a día de unas gentes que abarrotaban la vía más carismática de la ciudad y que definía, a la perfección, el espíritu abierto de ésta. Una calle tan antigua como la propia Menfis, y en la que se respiraba el comercio en su estado más puro.

Toda aquella muchedumbre, que se afanaba en las últimas transacciones del día, se abría a su paso creando insólitos caminos por donde pudiera pasar. Sendas inexistentes que el gentío le ofrecía como muestra de respeto hacia lo que representaba.

Miradas recatadas, gestos de deferencia y consideración e incluso, en ocasiones, de indisimulada veneración. La ciudadanía le cedió el paso sin tan siquiera rozarle; y él, con aquel andar tranquilo, tan característico, que siempre le acompañaría, les hizo saber de su agradecimiento regalándoles la mejor de sus sonrisas.

Con su cayado en una mano y su pequeño jubón colgado de un hombro avanzó, calle abajo, por entre puestos y corrillos, sin más patrimonio que un sayo de mangas plisadas de immaculado lino, y sus sandalias de palmera trenzada de color blanco, símbolo de su sagrada posición. Escaso equipaje como para levantar codicias, a las que el hombre es tan proclive. Si acaso, la figura que colgaba de su cuello representando a la diosa Sejmet, y que le había regalado el anciano decano, podía despertar algún oculto deseo; era de fino lapislázuli, pero tan pequeña que su valor no proporcionaría a su poseedor riqueza alguna. Ese era su único adorno, y en verdad que le resultaba muy preciado.

Su espigada figura se fue perdiendo a lo lejos envuelta en miles de sensaciones, algunas ya casi olvidadas. Vaharadas creadas por inconfundibles especias junto a los perfumes más sutiles, que se mezclaban llegando a formar parte de un ambiente rebosante de vida. Una atmósfera que acabó atrapándole sin remisión y a la que se rindió gustoso, pues era inherente a su pueblo.

Cuando Nefermaat llegó al río, ya era plenamente consciente que el camino que dejaba atrás no volvería a pisarlo jamás. Formaba parte de un pasado que no tendría continuidad, pues nuevos horizontes se abrían a cada paso que daba; sus pies le llevaban hacia el puerto fluvial de Menfis^[55]. Allí se embarcaría rumbo a Bubastis, la ciudad santa de la diosa gata donde, según decían, vivía el príncipe de los médicos.



Nefermaat se sintió fascinado desde el mismo instante en que le vio. Seducción difícil de comprender en alguien que, como él, había pasado los últimos siete años de su vida sometido a la más férrea disciplina que cupiera imaginar. Su conducta, valores y prejuicios, habían sido lentamente moldeados por las invisibles manos del Templo, siendo finalmente fijadas de forma indeleble por el poder de su sagrado fuego. Por ello, la idea de cómo debía ser un *sunu* estaba tan diafanamente clara en su corazón, que nunca hubiera sido capaz de imaginar el que semejante individuo pudiera existir; y sin embargo así era.

El hombre que se hallaba ante Nefermaat, poco o nada tenía que ver con cualquier sacerdote médico de Egipto, pues bien podía asegurarse que representaba su antítesis. Su aspecto distaba mucho de ser distinguido, y como Nefermaat pudo comprobar más adelante, el sujeto tampoco tenía el más mínimo interés en parecerlo.

Era de pequeña estatura y más bien entrado en carnes, lo cual hizo pensar al joven lo poco proclive que debía ser al uso frecuente de lavativas. Ante estas dos singularidades hubiera sido imposible esperar que el resto de sus atributos obraran alguna mejora sustancial, pues no sólo no ayudaban, sino que parecían conjurados con los anteriores para hacer que, aquel cuerpo, tuviera una apariencia cuando menos grotesca.

Sin embargo, a aquel hombre su aspecto parecía importarle poco, pues lo paseaba de un lado a otro de una tarima, donde había improvisado un escenario desde el cual ofrecer su particular representación. El hecho que fuera cabezón, desdentado y paticorto no hacía sino dar, aún, más color al espectáculo que diariamente brindaba, no habiendo ningún estudiante de medicina que se tuviera en estima, que faltara a aquella cita. Los sacerdotes médicos también gustaban de acudir a escuchar sus disertaciones, e incluso la misma gente del pueblo que, poco o nada entendía de sus palabras, intentaba acceder a sus clases, puesto que allí se obraban portentos.

No cabía ninguna duda de que Anón era una celebridad, y no había nadie en Bubastis, ni rico ni pobre, que no sintiera por él respeto o admiración; algo que, por otra parte, no dejaba de causar perplejidad, pues Anón no era egipcio.

En un país como Kemet, poseedor de una tradición médica milenaria y mundialmente reconocida, era cuando menos inusual que un médico foráneo se

instalase a explicar sus doctrinas, y mucho más extraño todavía que éstas fueran tenidas en consideración. Mas así ocurría, y hasta tal punto eran aceptadas que aquel hombre practicaba la medicina en un recinto de la máxima importancia; nada menos que en la Casa de los Libros. Ésta era una institución de clara vocación científica, pues en ella se guardaban papiros antiquísimos en los que se hacía referencia a las más diversas ramas del saber. Maestros y sabios la visitaban de ordinario para estudiarlos, así como practicar la enseñanza entre los ya iniciados, siendo por ello habitual que alumnos de la cercana Casa de la Vida frecuentaran aquel centro en busca de un mayor conocimiento.

Todas las mañanas, el gran patio porticado de la Casa de los Libros se abarrotaba de estudiantes, médicos y paisanos, de toda clase y condición, ansiosos de presenciar cómo Anón pasaba sus peculiares consultas. Con el tiempo, éstas llegaron a ser tan populares como el propio Anón, así como fuente de las más singulares historias, que el pueblo se encargaba de transmitir con su peculiar facilidad.

Ante lo inhabitual de este cuadro convendría señalar que, aun siendo extranjero, Anón se hallaba totalmente integrado en aquella sociedad que, por otro lado, le había acogido como a un egipcio más, y que estaba dispuesta a hacerse eco de los alardes a los que aquél era tan propenso, y de los que estaban encantados.

Recostado en una de las enormes columnas de aquel patio, Nefermaat comprendió al instante el porqué de aquella fama. Ante una concurrencia que llenaba hasta reventar el lugar, el joven fue capaz de captar el magnetismo que tan pequeña figura sin duda poseía.

Ésta iba y venía por el estrado, dominando a los asistentes con cada gesto que adoptaba y del que no parecían perder detalle. Desafiante, les hacía comprender que su pequeña estatura era dueña de una fuente de energía difícil de imaginar, y de una innata habilidad que nunca podrían igualar.

Desde su aventajada posición, Nefermaat le observó a sus anchas. Se fijó en sus cortas piernecillas, claramente desproporcionadas con respecto al resto del cuerpo; en su vientre prominente debido, según decían, a su gran afición por la buena comida y mejor bebida; en sus hombros, algo estrechos, que soportaban una cabeza también desproporcionada y que el propio Anón se encargaba de exagerar, al llevar una cabellera larga y ensortijada, en la que cada rizo parecía empeñado en formar intrincados nudos semejantes a las raíces de los viejos árboles. Por si esto fuera poco, bien podía decirse que la barba que enmarcaba su cara no fuera sino una continuación de su enmarañada pelambreira, pues lucía recia e indomable llegándole hasta el mismo nacimiento de su pequeño cuello. Al hablar, aquella espesa mata de duras hebras se abría para dar paso a la oscura abertura que significaba su boca, y a la que sólo unos pocos dientes parecían dar algo de color. Sin embargo, de su interior surgía una voz potente, difícil de imaginar en alguien semejante, que modulaba con gran maestría en función de sus necesidades. Su nariz, en cambio, no era ni grande ni pequeña, cosa extraña en alguien que, como él, era tan dado a la desproporción. Mas

era un simple espejismo, pues los ojos situados junto a ella eran especialmente pequeños, y estaban coronados por unas cejas tan pobladas que parecían formar parte inherente de su cabello o su barba.

Por si todo esto fuera poco, Anón no tenía el más mínimo gusto en el vestir, ya que sus prendas lucían remendadas y llenas de lamparones, que él ni se molestaba en ocultar.

Nefermaat se imaginó por un momento el efecto que hubiera causado aquel sujeto en el Templo de Sejmet, no pudiendo reprimir una risita; a buen seguro que el *ur sunu*, el jefe médico, hubiera mandado que le echasen a patadas.

Que alguien así pudiera congregarse a tal cantidad de personas ilustradas fue algo que le maravilló.

Mas ante tanta heterogeneidad, aquel individuo poseía los recursos necesarios para vencer al desastroso resultado que los dioses parecían haber obrado en su cuerpo. De él se podía entrever una fuerza interior prodigiosa, que demostraba en cada gesto o movimiento. Aquellos ojos, tan diminutos, eran como dos ascuas capaces de batirse con la mirada más fiera, hasta el punto de que pocos eran los que osaban mantenerse.

Asimismo, la facilidad de su verbo embaucaba desde la primera frase, y su agilidad mental hacíanle un orador formidable que gustaba de apabullar en cuanto la ocasión se prestaba a ello; y por fin estaban sus manos, suaves y delicadas, casi translúcidas, y poseedoras de una firmeza como Nefermaat nunca conocería.

Elas eran capaces de luchar contra el poder maléfico de los oscuros súcubos y vencerlos. Ellas podían curar.

El patio se convirtió en un mar de voces y ruidoso alboroto cuando Anón se plantó en el centro de su estrado con los puños en sus caderas. Desafiante, miró a derecha e izquierda desparramando el fuego de su contenida ira a la que era tan propenso, en tanto la muchedumbre se acomodaba. Al poco, alguien comenzó a chistar invitando al silencio, siendo la llamada repetida por cada rincón del claustro, hasta que, finalmente, los murmullos dejaron paso al silencio.

Durante unos instantes, aquel hombre permaneció observando al gentío allí reunido, con indisimulado desdén, en espera de escuchar alguna voz para así descargar su furia; mas el mutismo fue tal que pareció sentirse satisfecho; entonces comenzó a hablar.

—Soy Anón, hijo de Anón y nieto de Anón —proclamó con un sorprendente vozarrón.

El comentario provocó algunas risas.

—Ya veo; sois de naturaleza graciosa —dijo mientras se balanceaba sobre las puntas de sus pies—. Puede que de entre todos vosotros haya alguien que aproveche mis enseñanzas.

Se produjeron algunos siseos que cesaron en cuanto Anón torció el gesto.

—Pues como os decía, mi nombre es Anón, como el de mis ancestros, por los

que, además, siento una gran reverencia, algo que también deberíais hacer vosotros.

Ahora el vocerío fue unánime, lo que pareció provocar en Anón cierta satisfacción, al punto de hacerle mover sus brazos invitando a la calma.

—Sosegaos, sosegaos. Noto en vosotros una clara tensión contenida quizá por falta de alivio, el cual, por otra parte, se me antoja necesario en unas criaturas tan procaces.

Gritos y carcajadas resonaron en el patio mientras Anón volvía a balancearse sobre la punta de sus pies.

—Creo que sois perfectos conocedores de vuestra velada concupiscencia; algo que parece consustancial en vosotros.

A las nuevas carcajadas se unieron algunos aplausos.

—Como os decía —interrumpió Anón levantando una mano— tres generaciones anteriores han llevado mi mismo nombre, algo que agradezco, pues en todas hubo grandísimos hombres. ¿De verdad no habíais oído hablar antes de ellos?

Otra vez el silencio pareció hacerse eco de aquellas palabras.

—Está visto que poco me equivoco en estos asuntos —suspiró, como decepcionado—. Sois tan ignorantes como la mayoría. A veces me pregunto qué os enseñan en el interior de vuestros templos.

Este comentario provocó un auténtico griterío al que se unieron risas, insultos, abucheos, silbidos, e incluso gestos desvergonzados.

Anón, entre tanto, seguía balanceándose, observándolos como si no fuera con él.

—Bien —exclamó mientras hacía ostensibles movimientos con sus manos para que se callaran—. No os acaloréis, o acabaréis taponando algún *metu*; esos canales a los que sois tan aficionados.

Cuando por fin el patio pareció volver a calmarse, Anón continuó.

—No debéis agobiaros más, pues yo estoy aquí para libraros de vuestro desconocimiento —exclamó con teatralidad—. Como os dije con anterioridad, mis ancestros fueron hombres principales, y mejores médicos de lo que ninguno de vosotros podréis ser nunca.

Levantó otra vez una mano acallando, de inmediato, las primeras protestas que comenzaban a oírse.

—Mi abuelo, sin ir más lejos, fue médico personal del más grande de los dioses vivientes que ha dado esta tierra. ¿Es posible que ignoréis esto? Ramsés II le honró con su amistad y le cubrió de honores. En cuanto a mi difunto padre, tuvo también la fortuna de tratar a un faraón, pues fue *sunu* de Merenptah, hijo y sucesor de Ramsés II, al que consiguió mantener con vida durante más tiempo del que vosotros seríais capaces nunca, después de la terrible caída que el dios sufrió y en la que se fracturó la cabeza del fémur de ambas piernas.

Ahora sí que el silencio señoreaba en aquel patio, y Nefermaat, desde su posición, no pudo por menos que sentirse deslumbrado ante el control absoluto que Anón demostraba sobre la muchedumbre. Les provocaba y les hacía callar con la misma

facilidad con que lo haría sobre un niño.

—Ya sabéis cómo me llamo, y la dignidad de mi estirpe. Generaciones de conocimientos corren por mis venas, algo a los que vosotros no podéis aspirar.

Luego, abriendo ambos brazos aparatosamente, exclamó con fuerza.

—Yo soy Anón, príncipe de los médicos de Egipto; y además soy babilonio.

El escándalo que se originó entonces fue monumental. Insultos, pataleos, gritos desaforados... un verdadero tumulto. Mas Anón, ausente a todo ello, se limitaba a pasear su vista de un lado a otro absolutamente imperturbable. Nefermaat tuvo entonces la certeza de que aquel hombre era todo un espectáculo.

Anón volvió a agitar sus brazos a fin de acallar el ensordecedor griterío que se había formado. Sus últimas palabras habían resultado de todo punto provocadoras, pues no había ni un solo *sunu* en Egipto que no pensase en la imposibilidad de que existieran en el mundo conocido médicos capaces de igualárseles. Algo intolerable, aunque fuese el gran Anón el que lo suscribiese.

Mas éste parecía imparable, y mientras los últimos ecos del vocerío se resistían a desaparecer, él seguía desafiándolos asintiendo con su cabeza mientras continuaba con su particular balanceo; entonces, su voz volvió a atronar en el patio.

—Éstas son las diosas en las que creo —dijo mostrando sus manos—. Sus nombres son izquierda y derecha, y son las únicas que conozco capaces de obrar milagros. No necesitan de ninguna plegaria para ello, pues es mi corazón quien las gobierna con su entendimiento y determinación. Si son rezos lo que esperáis, ya podéis regresar a los templos de los que provenís, pues no sé de oraciones y mucho menos enseñarlas. Volved a la oscuridad de vuestras celdas, y malgastad vuestra vista relejendo decrépitos papiros bajo las tenues luces de miserables lámparas, ya que nada de eso podré ofreceros aquí.

Un apagado murmullo se extendió entre la concurrencia, mientras Anón paseaba su mirada por ella.

—¿Chismorreáis mis advertencias? —preguntó con aire desafiante—. Yo haré que vuestras murmuraciones no tengan fin, pues habéis de saber que tenéis ante vosotros al más impío de los hombres, aquél al que ningún dios importa, y poseedor de la más detestable de las naturalezas.

Aquellas palabras hicieron que muchos de los presentes abrieran los ojos desmesuradamente, a la vez que se llevaban las manos a la cabeza horrorizados.

—El escándalo es asiduo compañero de mi persona —continuó altanero, a la vez que paseaba de un lado a otro del pequeño estrado—. Soy un hombre violento, malhumorado, pendenciero, mujeriego, y sumamente borracho; como no podría ser de otra manera.

Esto hizo levantar algunas carcajadas.

—Sí, no os riáis, rebanadores de prepucios —exclamó levantando una de sus manos mientras seguía caminando—. Vuestra cirugía apenas va un poco más allá. No creo que valgáis para nada más que no sea despellejar imberbes falos.

Ahora las risas fueron estruendosas, originándose un gran alboroto.

Anón se detuvo en su paseo y les observó enarcando una de sus cejas.

—Buen atajo de bribones estáis hechos —continuó, apoyando ambos puños sobre sus caderas—. Dudo mucho que entre vosotros haya alguien capaz de entender cuanto pretendo enseñaros. Aunque, quién sabe, quizá pueda lograr que podáis atender dignamente a algún respetable pollino.

El patio se hizo un clamor de chanzas y risotadas. Se perdieron las composturas y se dieron rienda suelta a las celebraciones, en tanto Anón asentía con semblante serio.

—Poco me equivoco en estos menesteres —sentenció, otra vez, elevando su voz a fin de hacerse oír entre el griterío—. Set me envía lo peor de sus devotos —dijo con sorna— y habrá que aceptar su voluntad; en el fondo es la divinidad que me es más simpática, excluyendo a Bes, claro está.

Aquellas palabras resultaron definitivas, puesto que todos los allí reunidos, sin excepción, prorrumpieron en escandalosas carcajadas que originaron una auténtica algarabía.

Nefermaat, que no pudo aguantarse por más tiempo, reía como el que más, pues las palabras del maestro tenían una gracia innegable, ya que Bes era, entre otros muchos aspectos, motivo de culto para todos los buenos aficionados a la bebida, así como dios protector de las prácticas libertinas.

Anón alzó una de sus manos pidiendo silencio a la concurrencia, y viéndole de aquella guisa, con su natural aspecto descuidado y un palillo que mordisqueaba distraídamente pasándoselo de un lado a otro de la boca, incrementó su algazara hasta los cercanos límites del tumulto.

Cuando por fin el gran maestro logró hacerse oír entre el griterío acallando las voces, algunos de los allí presentes tenían los ojos cubiertos por las lágrimas causadas por la risa que, a duras penas, podían retener.

—Como os decía, Bes suele velar mis pasos, mas os aseguro —exclamó endureciendo su tono, que ahora sonaba amenazante— que mi pulso es inalterable a su juicio; sigue su propio camino, y no hay fuerza humana ni divina que pueda perturbarle. Es tan firme como cualquiera de vuestros sagrados monumentos —dijo extendiendo su brazo derecho, a la vez que hacía girar la mano.

Ahora, las últimas risas se habían apagado, y el silencio era absoluto.

—Ninguno de vosotros podréis conseguir jamás una firmeza semejante, aunque deberéis reverenciarla, pues ella será vuestra guía y además me pertenece. Así pues, rendidos adoradores de los inmortales dioses, durante el tiempo que permanezcáis aquí, yo seré el único motivo de culto al que os entregareis; seré vuestro dios.

Aquellas palabras acabaron con cualquiera de las chanzas que, apenas unos instantes antes, resonaban en el patio. Hasta el eco de las risas, que aún parecía pasear por entre las grandes columnas, se desvaneció como por ensalmo. Todos miraron a Anón estremecidos por sus palabras sin saber si continuar allí, o huir de aquel lugar donde parecía haberse instalado un genio venido del Amenti.

Anón los observó complacido durante un tiempo imposible de determinar, regocijado al ver aquella legión de rostros demudados incapaces de ocultar su turbación. Turbación que sus irreverentes palabras habían creado al poner en entredicho aquello que más veneraban; sus dioses. Clavó su mirada en cada uno de ellos, leyendo en los ojos su confusión; ahora se sentía satisfecho.

Para Nefermaat ya no existía ninguna duda. Aquel hombre se había apoderado de la voluntad del patio. Le había sometido a una suerte de hipnosis que no habrían igualado ni los *ela*; los magos entre los magos. Algo inaudito, sobre todo al considerar que el público que allí se encontraba distaba mucho de ser ignorante, pues la mayoría eran médicos y algunos de reputado nombre.

Nefermaat sonrió satisfecho, convencido de haber acudido al lugar adecuado. Aquel hombre le enseñaría su arte.

Desde aquel día, Nefermaat acudió, cada mañana, al gran patio de la Casa de los Libros. Llegaba muy temprano a fin de colocarse en el mejor sitio posible, y así ser privilegiado testigo de las magistrales clases que Anón impartía. En ellas, aparte de los consabidos desplantes y provocaciones, el babilonio solía atender casos prácticos que él mismo escogía y que resultaban particularmente complicados. Durante semanas, Nefermaat pudo observar a aquel hombre practicar la medicina con métodos, generalmente diferentes a los acostumbrados, y con resultados sorprendentes. Mas era la asombrosa habilidad que mostraba en sus intervenciones lo que realmente le admiraba.

—No he venido aquí a enseñaros cómo vaciar un vientre, expulsar el catarro de la nariz o calmar el dolor de ano —solía pronunciar, provocando algunas risas—. Eso lo sabéis hacer de sobra y, además, ésta es una consulta muy seria.

Con frases parecidas iniciaba sus multitudinarias prácticas, en las que trataba los más diversos casos quirúrgicos. Los pacientes que se prestaban a ello, lo hacían esperanzados, pues no siempre tendrían la oportunidad de ser intervenidos por un médico como aquél.

Nefermaat le vio operar traumatismos de todo tipo. Fracturas simples (*sedj*) y múltiples (*peshen*); de radio, de cubito, de húmero, de clavícula, de fémur, de tibia... e incluso de cráneo; para Anón la traumatología parecía no tener secretos.

Los médicos egipcios solían reducir las fracturas entablillando el miembro afectado e inmovilizándolo, posteriormente, con cortezas de árbol o vendajes de lino.

Anón utilizaba otro sistema mucho más eficaz que, aunque conocido, no tenía un uso generalizado. Una vez reducida la fractura, el babilonio la estabilizaba con *imru*^[56] una especie de yeso pegajoso que se adhería al miembro fracturado y que resultaba excelente.

Pero Anón no sólo era famoso por sus buenos resultados en traumatología, ya que lesiones de la más diversa naturaleza como abscesos, quemaduras o heridas gravemente infectadas eran tratadas con éxito en la mayoría de los casos; incluso en la amputación de miembros el babilonio demostró su pericia, pues sus suturas

resultaron de una maestría inigualable. Viéndole, bien podría asegurarse que aquello era lo más sencillo del mundo.

Un día, mientras Nefermaat atendía a las clases del babilonio, ocurrió un hecho imprevisto de singular trascendencia.

Aquella mañana, Anón había elegido a un paciente aquejado de un *aat*, inflamación en una de sus piernas que parecía desplazarse arriba y abajo. Como de costumbre, hizo algunos comentarios provocativos, pero enseguida guardó silencio mirando pensativo hacia los asistentes. Mientras los observaba, se acarició la barbilla al tiempo que paseaba por la tribuna.

—Hoy me siento particularmente generoso —exclamó de repente—. No sé si es debido al ánfora de *shedeh*^[57] que me bebí ayer o a la noche de fornicación que luego tuve.

Como casi siempre, parte del público estalló en carcajadas.

—Veo que sabéis de lo que hablo —continuó como si nada—, mas os diré, en confianza, que no se me ocurre ningún otro motivo.

De nuevo los presentes volvieron a reír.

—En realidad, más que generoso lo que me siento es magnánimo, pues he decidido proponeros el que uno de vosotros ocupe mi lugar y trate hoy a este enfermo; para mayor gloria de los médicos del país de Kemet.

Los allí presentes se movieron incómodos ante tales palabras, que no eran sino una provocación más.

Anón les miró con altanería disfrutando de su azoramiento.

—¿No hay nadie que se atreva a enfrentarse a los poderes maléficos que algún íncubo ha desplegado sobre este pobre hombre?

Rumores de callados murmullos volvieron a invadir el patio.

—Bah; en verdad que no os comprendo —continuó con teatralidad—. ¿Es posible que entre tantos *ueb* no haya ni uno solo que se sienta protegido por Sejmet? Prometo no hacer chanzas y hasta ser considerado.

Nadie hizo caso a aquellas palabras, pues no era la primera vez que las pronunciaba para luego no cumplirlas.

—Conspicuos sacerdotes de los inmortales dioses, no puedo creer que no exista entre vosotros quien se enfrente al mal que padece este hombre.

Su media sonrisa, casi displicente, volvió a desafiar a su atribulada concurrencia.

—¿Entonces?

—¡Yo me enfrentaré! —dijo una voz.

Anón clavó de inmediato su mirada en el lugar desde donde algún osado había contestado, mientras el resto del patio prorrumpía en comentarios, en tanto trataban de localizar al atrevido.

De inmediato, alguien surgió de entre las primeras filas y subió a la tarima de Anón. Éste le miró de arriba abajo, intentando calibrar al individuo que había tenido la audacia de aceptar su invitación. Mas de su apariencia pocas conclusiones podían

sacarse, pues apenas se diferenciaba de la mayoría de los allí presentes. Sus atuendos eran los de un sacerdote médico y, como tal, iba afeitado de pies a cabeza. A Anón su cara le resultó vagamente familiar, aunque al llevar depiladas cejas y pestañas, le resultara difícil distinguirlo del resto de los *ueb*. A él, francamente, todas aquellas caras le parecían iguales; carentes de la más mínima expresión.

Al ver que el hombre que había subido al estrado era un *ueb*, el resto de sacerdotes médicos prorrumpieron en murmullos con los que veladamente desaprobaban aquella acción, pues no había nada que aquellos sacerdotes aborrecieran más que la indiscreción y el escándalo.

El atrevido voluntario pareció darse cuenta de ello e hizo ademán de cambiar de decisión, pero Anón fue más rápido y sujetándole por un brazo le situó en el centro; bien a la vista de todos.

—No murmuréis —exclamó, conocedor de lo que pensaban—. Quizá no sea simple temeridad y pueda ilustrarnos a todos. Al menos preguntémosle su nombre.

El *ueb* se volvió de inmediato hacia él, mirándole fijamente a través de sus oscuros ojos sin pestañas, haciéndole estremecer. Al babilonio siempre le pasaba lo mismo; los ojos sin pestañas le desagradaban irremediablemente, hasta el punto de no ser capaz de disimularlo. Además, en los de aquel hombre podía captar su fuerza; una sensación extrañamente indefinible que venía de su interior, y que era incapaz de concretar.

—Mi nombre es Nefermaat y soy sacerdote médico de la divina Sejmet.

Otra vez los vagos rumores de los asistentes vinieron a desaprobador su presencia.

—Nobles colegas del divino Imhotep —interrumpió de nuevo Anón—. No seamos injustos con este joven sacerdote. Seguramente se siente protegido por la colérica diosa, que le empuja hoy a mostrarnos su poder.

Nefermaat le miró al instante con la frialdad que a veces le caracterizaba. Conocía muy bien el temor de sus hermanos y lo contrarias que eran las enseñanzas en los templos a aquellas exhibiciones. Pero para él, su presencia allí se encontraba lejos de tales propósitos.

Durante semanas había estado observando con suma atención las técnicas de aquel médico de la lejana Mesopotamia, convencido de que sólo les mostraba una pequeña parte de sus inmensos conocimientos; conocimientos que anhelaba para sí. En ese tiempo había estado esperando una oportunidad que le permitiera acercarse a él, y ésta había surgido, milagrosamente, aquella mañana. Tocó inconscientemente con sus dedos el amuleto de Sejmet que llevaba en su cuello, convencido de que ella guiaba sus pasos.

A Anón el gesto no le pasó desapercibido, haciendo una mueca propia de lo agnóstico que era. Luego, con una mano invitó al joven a reconocer al paciente.

Nefermaat se aproximó al enfermo, que le miraba con ojos de angustia mal disimulada ante la idea de que fuera objeto de públicos experimentos por parte de un aprendiz, mas, al instante, sintió el cálido tacto de la mano de aquel joven sacerdote,

que le transmitió una reconfortante sensación de tranquilidad. Casi de inmediato, el sacerdote se agachó para examinar con sus dedos la lesión que presentaba en una de sus piernas, y que reconoció al instante.

Nefermaat conocía perfectamente el mal que aquejaba a aquel hombre, al haberlo tratado con anterioridad durante los años pasados en el Templo. Allí había visto a los maestros médicos operar aquellos tumores con una destreza que había asimilado bien, y que él mismo había mostrado con posterioridad en diversas ocasiones.

La enfermedad que padecía aquel desdichado representaba un grave problema en el país de Kemet, y venía producida por un verme que infectaba el intestino con sus larvas al haber bebido agua contaminada. Las larvas se desplazaban posteriormente por el organismo, hasta el momento del apareamiento.

Luego, el macho moría y la hembra se dirigía a los tejidos subcutáneos donde agujereaba el tobillo creando una úlcera para, posteriormente, cuando el individuo introdujera sus pies en el agua, poner sus huevecillos^[58].

El joven *ueb* observó la ausencia de ulceración en el tobillo, así como el abultamiento bajo la piel producido por el gusano en su desplazamiento. En aquellas circunstancias era posible la intervención, aunque también sabía que ésta podía ser prolongada y peligrosa.

—Se trata de una inflamación debida al *aat* —dijo con firmeza—. He aquí una enfermedad que trataré.

Aquellas eran las palabras que todo médico debía pronunciar antes de iniciar cualquier tratamiento, y por las que se comprometían a curar al enfermo, pues la ley así lo exigía.

Anón le observó con una media sonrisa, y le hizo un ademán para que utilizara el instrumental que tenía sobre una mesa.

Nefermaat cogió un *des*, un tipo de cuchillo utilizado comúnmente en las intervenciones quirúrgicas, y se dispuso a operar. Él conocía perfectamente la naturaleza de lo que se iba a encontrar. Sabía que bajo el abultamiento de la piel se hallaba un gusano de casi dos codos de longitud (un metro), que debería extirpar con mucho cuidado. Para ello hizo un corte hacia arriba, en la zona abultada de la piel, y luego realizó unas pequeñas incisiones hacia ambos lados, sosteniendo la piel con un cuchillo *shas*. Al instante pudo ver cómo el enorme gusano se movía lentamente, y recordó las palabras de sus maestros cuando lo comparaban con un *mendjer* (ratón). Entonces asió un *henuyt*, un instrumento de madera de algarrobo, y con gran habilidad comenzó a enrollar el gusano para extraerlo del cuerpo. Ésta era una operación muy delicada, puesto que el verme podía romperse fácilmente durante el proceso, originando una grave reacción.

Mas Nefermaat evidenció un gran dominio en el uso del *henuyt* y, con suma paciencia y pulso firme, extirpó el gusano sin ningún contratiempo, en medio del alivio general de sus colegas que no veían tan claro el resultado final de la intervención.

Anón asintió complacido mientras observaba cómo el joven aplicaba polvo de *wadju* (malaquita)^[59] en su herida, tal y como él mismo acostumbraba a hacer, lo que le causó una indisimulada satisfacción.

—Al fin conozco a alguien que ha aprovechado su tiempo aprendiendo algo de lo que enseño.

Nefermaat se volvió al punto, atravesándole con su mirada penetrante.

—No es a esto a lo que he venido —contestó con gravedad—. Quiero aprender toda tu ciencia.



Per-Bastet era la capital de Nen-Khent, el nomo^[60]. XVIII del Bajo Egipto, también conocido como Príncipe del Sur, y estaba situada entre dos de los brazos más importantes del delta del Nilo, el tanítico o bubástico, y el pelúsico, al que llamaban «las Aguas de Ra». La ciudad era casi tan antigua como el propio País de las Dos Tierras, y en ella habían dejado su sello los faraones desde tiempos inmemoriales. Dioses que gobernaron Egipto, como Teti y Pepi II, durante la VI Dinastía, habían construido templos para su *ka* en aquel lugar hacía ya más de mil años, siendo posteriormente engalanada con otros muchos monumentos erigidos por posteriores faraones, que demostraron así la alta consideración que sentían por la capital.

Mas a partir del Imperio Nuevo la ciudad experimentó un notable auge, sobre todo después de la XIX Dinastía, al producirse asentamientos de otros pueblos que llegaron a Egipto desde diversos puntos del mundo conocido. El comercio se encontraba en un periodo de expansión como nunca antes se había conocido, y el Gran Verde comenzaba a despertar de su largo sueño dispuesto a convertirse en crisol sin igual de culturas, así como en fundador de imperios. La estratégica situación de la ciudad había sido fundamental en aquel proceso, pues al estar emplazada junto a uno de los ramales navegables más importantes del Nilo, todos los barcos procedentes del Mediterráneo solían anclar en su puerto antes de proseguir su viaje hacia la cercana Menfis, aprovechando de esta manera para hacer sus primeras transacciones. Por ello, el comercio floreció con los años, creándose un importante emporio en el que se establecieron toda suerte de venturosos negocios, que dieron a la capital un carácter abierto y cosmopolita.

Per-Bastet era, además, como su propio nombre indicaba, la casa de Bastet, el dominio de la diosa gata a la que allí se veneraba y que le daba su nombre. Una diosa enigmática y muy misteriosa capaz de tomar diferentes aspectos, pues podía ser dulce y maternal bajo su forma de gata o transformarse en una leona colérica y asesina, momento éste en el que se la identificaba con Sejmet. Poseía un hermoso templo construido sobre una isla en forma de media luna en uno de los márgenes del río, que se hallaba lleno de gatos a los que se cuidaba y adoraba como si fueran una viva reencarnación de la diosa. Su culto fue de tal importancia que millares de gatos

llegaron a ser embalsamados entre la más mística de las devociones. Ritos en verdad extraños, y a la vez herméticos; impenetrables.

También podría decirse aquella tarde que el rostro de Nefermaat resultaba impenetrable, o al menos indescifrable, mientras caminaba por una de las concurridas calles de la ciudad. Como casi siempre, iba absorto en sus particulares cuitas e inquietudes, que ya parecían formar parte de él. Aquel atardecer no tenía motivos para sentirse contrariado, pues esa misma mañana había demostrado, ante la concurrida representación médica del lugar, su buen juicio y habilidad, y lo que era más importante, ante el mismísimo Anón. Sin embargo, lo que en un principio no fue sino una gran satisfacción con el general reconocimiento de sus colegas, tornose, pasadas las horas, en una fuente de preocupación pues, por más vueltas que le daba al asunto, más inquietud sentía. Llevaba el tiempo suficiente asistiendo a las enseñanzas del babilonio, para saber lo poco proclive que éste se mostraba a reconocer la valía de los médicos egipcios. Nefermaat estaba convencido de que esto no era debido a ningún tipo de odio o resquemor hacia ellos, sino más bien a una característica más de su particular personalidad, estando convencido de que Anón se mostraría igual ante sus colegas babilonios. Que un joven como él hubiera aceptado su invitación sin temor a sus habituales burlas, interviniendo, además, correctamente a aquel paciente, no habría resultado especialmente agradable al descomunal ego del mesopotámico. Aunque bien era cierto que le había despedido con un leve gesto y sin decir una sola palabra, algo por otra parte inusual, que no dejaba de llevar implícito un velado reconocimiento; sabía que su actuación no debía haber sido de su agrado, y esto le preocupaba sobremanera.

Nefermaat no tenía el menor interés de participar en tales representaciones multitudinarias; sólo quería aprender, y a eso había venido. Su objetivo era Anón, poder estar cerca de él para asimilar su talento; lo demás no le interesaba.

Era por ello que, con semejantes razonamientos, el joven pensaba que se encontraba más lejos que nunca de Anón, y que éste no le aceptaría. Pero si había un don que Nefermaat había recibido de los dioses, era la perseverancia; gracias a ella se encontraba allí, aunque Sejmet, su protectora, le hubiera ayudado en alguna otra ocasión.

Por este motivo, aquel mismo día había decidido cambiar de estrategia. Ya de nada le valía el acudir cada mañana a la Casa de los Libros en busca de quiméricas ilusiones; si quería ver cumplidos sus deseos debía tomar otro camino.

Mientras todas estas reflexiones ocupaban por completo su corazón, el hermoso atardecer envolvía a la capital ribereña en una sutil madeja de rayos de luz que agonizaban. Espléndidos los atardeceres de Egipto; magníficos, y a la vez tan diferentes en cada ciudad, que era como si los dioses tutelares de éstas quisieran dejar en ellas la impronta de su divina esencia, para así diferenciar sus cielos en tan sublime fastuosidad.

Ajeno a cualquier sentimiento de seducción ante tanta magnificencia, Nefermaat

caminaba por las calles con un único propósito que poco o nada tenía que ver con semejantes portentos. Ni la tarde, ni su luz, ni el embriagador perfume procedente de los próximos jardines parecían hacer mella alguna en su ánimo, por lo demás, ausente. Su propósito tan sólo era uno, y a él se entregaba con pie presto y paso vivo, en pos de verlo satisfecho.

Tras atravesar los parques de hermosos palmerales, que se alzaban junto a los antiguos palacios erigidos por los dioses de la XII Dinastía, Amenemhet I y III, Nefermaat torció a la derecha y se encaminó por una amplia avenida que discurría paralela al río, y en la cual se levantaban las más bellas villas de Bubastis. Rodeadas de una vegetación exuberante, parecían mágicos islotes de costosa piedra surgidos de la fertilidad de una tierra que, generosa, las adornaba con su color favorito; el verde. Aquélla sin igual cosecha, más propia de dioses que de hombres, era un regalo para los sentidos y, sin lugar a dudas, una bendición para sus dueños; privilegio de unos pocos que, como Anón, allí vivían.

Al llegar junto al muro que circunvalaba la hacienda vio que las grandes puertas que permitían acceder a ella se encontraban abiertas. Según supo más adelante, éstas siempre se hallaban así, pues Anón tenía a gala el que el paso a su casa estuviera expedito para todo aquel que necesitara de sus servicios previo pago, claro está, de los diez *deben*^[61] de plata que solía cobrar. Una cantidad enorme, con la que se podía alimentar a casi cien personas durante un año, o comprar cuarenta *seshaf*^[62] de tierra, y que los ricos comerciantes de la ciudad pagaban gustosos, con tal de verse libres de cualquier mal que les impidiera seguir disfrutando de su fortuna.

Nefermaat traspasó aquellas puertas y accedió al gran jardín que rodeaba la casa. Ésta, justo al fondo, se levantaba graciosa junto a la orilla del Nilo que, bordeando su parte trasera, delimitaba a su vez la finca. El joven conocía bien ese tipo de propiedades, pues en Tebas eran muy corrientes entre la aristocracia local, siendo por cierto su padre poseedor de dos.

Mientras se aproximaba a la casa pensó por un momento en este hecho, y en lo poco que significaba para él. El camino por el que discurría su existencia se encontraba muy lejos de bienes y posesiones, resultando lejanos los recuerdos de su infancia en palacio, por la que, en definitiva, no sentía ninguna añoranza. Todos aquellos años pasados en el interior del templo parecían haberle transmitido un gusto por la vida austera, y un cierto misticismo del que no renegaba; para bien o para mal, se había convertido en un sacerdote, aunque fuera médico.

No le extrañó en absoluto el tener que esperar a que Anón le recibiera, aunque sí la poca hospitalidad que el mayordomo le mostró; el babilonio se encontraba ocupado con uno de sus pacientes, y él no tenía cita, ni tampoco amistad para ser recibido, por lo que le rogaba volver en otro momento. En esto Nefermaat resultó inflexible, pues aseguró que no se movería de allí hasta ver cumplido su propósito de verlo. Bien fuera debido a la firmeza de sus palabras, o a su rango, el hecho fue que el jefe del servicio no se atrevió a obligarle a marcharse, y le pidió que esperara en la entrada en

tanto veía qué podía hacer.

Las sombras se anunciaban ya sobre Egipto cuando Anón consintió en ver al desconocido. El conocer su naturaleza le animó a hacerlo, pues aunque no sentía ninguna simpatía por aquellos médicos santurriones, sí experimentaba una malsana curiosidad nacida de su propia vanidad.

El extraño se encontraba junto al quicio de la puerta cuando llegó Anón. Los últimos rayos de un sol que se ponía recortaban su figura, creando un efecto ilusorio, como el de una aparición. El babilonio no pudo por menos que estremecerse íntimamente ante aquella silueta que parecía montar guardia a la puerta de su casa.

—¿Quién pregunta por mí y qué motivos le trae? —preguntó con su vozarrón habitual, mientras se aproximaba.

—Alguien que ansia tu ciencia y pretende aprenderla.

—Para eso basta con que acudas a la Casa de los Libros. Allí podrás encontrarme cada mañana.

—Tu verdadero saber no se encuentra en ese lugar; deseo el que guardas para ti.

—Ah, ya veo —dijo Anón, ya próximo a la puerta—. Eres uno de esos sacerdotes que anhelan las respuestas que los templos no son capaces de dar.

—Sólo quiero las que tú puedas darme —añadió el joven adelantándose hasta quedar junto al babilonio.

—¡Pero... yo a ti te conozco! —exclamó éste haciendo uno de sus típicos aspavientos con las manos—. Tú eres el *ueb* que esta mañana se lució en público; casi no te había reconocido, aunque supongo que lo entenderás, pues, francamente, me parecéis todos iguales. Si acaso tus ojos me resultan algo más saltones pues, al carecer de pestañas, me recuerdan a los de las ranas.

Nefermaat permaneció impasible ante estas palabras como si ni siquiera hubieran sido pronunciadas.

—No creerás que el haber intervenido a un pobre hombre de un simple *aat* te da derecho a pensar que eres mejor que el resto de tus colegas, ¿verdad?

—Tú eres el mejor, Anón —cortó el joven—, por eso estoy aquí.

El babilonio lanzó una estrepitosa carcajada que al joven le sonó hueca.

—Sabes como halagarme; no hay duda —dijo todavía riendo—, algo, por otra parte, inusual entre los de vuestra clase; aunque conociendo vuestras desmedidas ambiciones, supongo que algo pretenderás con ello.

—Ya te he dicho lo que pretendo; quiero tu ciencia.

—¿Con qué propósito? ¿Para debatir de ella en el lóbrego interior de vuestros templos? ¿O acaso quieres abrir un consultorio para vaciar la bolsa a nuestros confiados feligreses? ¿No será que quieres hacerte rico a mi costa?

—Lo que deseo de ti es mucho más valioso que todos los *deben* de Egipto, Anón. Si fueran riquezas lo que buscara me habría quedado junto a mi padre.

—Ya veo. Perteneces a ese extraño grupo de acólitos que buscan respuestas más allá de los sagrados muros de las Casas de la Vida. He conocido a alguno de ellos a

los que sus dudas empujaron por caminos impensables, debido a una falta de fe en sus creencias. ¿Me equivoco?

—No he venido a hablar de mis creencias sino de aquello que no conozco.

—Pues me temo que has equivocado tus pasos. Nada puedo hacer por ti —dijo Anón haciendo ademán de finalizar la conversación.

—Sí puedes —cortó el joven con presteza—. De hecho, eres el único.

Anón no pudo dejar de sorprenderse ante lo que él consideraba un atrevimiento; sobre todo viniendo de un imberbe clérigo como aquél.

—No hay nada que hacer, sacerdote —dijo endureciendo su tono—. Regresa a tu templo.

—Ningún templo me espera. Ya sabes lo que quiero.

Al babilonio le cambió el color de su cara enrojeciéndose a causa de su incipiente ira.

—¡Cómo te atreves! —estalló, en uno de sus clásicos arrebatos—. Vete o te echaré a patadas si es preciso.

—No creo que sea necesario —continuó el joven imperturbable—. Es más, te desaconsejo que lo hagas. Incluso un hombre como tú, que públicamente preconiza su impiedad, está sujeto a las más elementales normas de comportamiento. ¿Qué dirían nuestros hermanos sacerdotes de Bastet al enterarse de algo semejante?; tus relaciones con ellos son excelentes.

—Pero no contigo; nada me obliga a acceder a lo que pretendes.

—En eso llevas razón; por ello sólo te pido que me permitas asistir a tus intervenciones; te aseguro que no interferiré lo más mínimo en tu trabajo y que...

—¿Interferir? No es de mi agrado ser observado.

—Pues no es eso lo que se desprende de tus públicas enseñanzas diarias.

De nuevo Anón se congestionó por la furia.

—Eres un insolente y no recibirás de mí la más pequeña lección. Sal de aquí y vuelve con ese padre que aseguras tener, y que al parecer es rico. Disfruta de sus bienes en el villorrio del que procedes, o dedícate a despiojar haraganes; dudo que tengas más opciones.

Nefermaat se aproximó al babilonio hasta quedar situado a tan sólo dos palmos.

—Doy fe que tengo padre —dijo en un susurro mientras clavaba la más dura de sus miradas en el babilonio—, y también la da el dios User-Maat-Ra-Meri-Amón (Ramsés III), fuerza, vida y protección le sean dadas, pues no en vano mi padre gobierna su casa, ya que es Mayordomo Real, como también lo fueron mis abuelos, a los que el Señor de las Dos Tierras tuvo en gran estima. Mi familia vive en palacio con su majestad; ése es el villorrio del que procedo.

Anón se miró boquiabierto en tanto volvía a experimentar aquella desagradable sensación que le producían los ojos sin pestañas.

—Considera mis palabras, Anón, pues te aseguro que no busco ningún beneficio; sólo el que tu conocimiento me ofrezca.

—Ahora comprendo —intervino Anón acariciándose la barba con expresión malévola—. Quieres convertirte en *sunu n nesu*, en doctor del faraón; por eso tu insistencia.

El joven le sonrió abiertamente.

—Te vuelves a equivocar. El dios ya tiene un buen *sunu*; el mejor que podía procurarse, por el que, además, siento el mayor de los respetos. Su nombre es Iroy.

—¿Conoces a Iroy? —preguntó Anón sorprendido.

—Desde mi niñez. Podría decirse que ha sido como un segundo padre para mí —dijo el joven desviando lentamente su mirada—. Él fue quien me envió a Menfis y el que ha seguido mis pasos discretamente.

—Quién mejor que un *imyr sunu* (supervisor de los médicos) de Sejmet para hacerlo. Vaya, vaya, quién lo hubiera sospechado.

—¿Acaso tú le conoces?

—¿A Iroy, el bubastita?; de toda la vida. Coincidí con él siendo yo un muchacho. Él solía visitar con frecuencia a mi padre para consultarle sus dudas y pedirle opinión. Mi padre fue un gran médico —dijo con orgullo—, el mejor que he conocido; él tenía a Iroy en gran estima.

—Es curioso, pero no recordaba que fuera de Bubastis.

—Y de muy buena familia. Tras su paso por el Templo de Sejmet permaneció aquí algún tiempo, entre sus colegas consagrados a Bastet. Luego, ya sabes dónde acabó.

Se hizo un breve silencio en el que ambos hombres se miraron sin recelo.

—Según dices, fue el viejo Iroy el que trazó tu camino —continuó el babilonio con suavidad.

—Así es. Si le conoces ya sabes que cuando toma una decisión, ésta suele ser definitiva. Él estaba convencido de que Sejmet me había elegido y que no había nada más que decir.

Anón volvió a acariciarse la poblada barba, mientras movía sus incandescentes ojillos de un lado a otro.

—Sólo pido acompañarte en tus consultas diarias; nada más.

—Iroy sigue velando tus pasos en la distancia, ¿eh? Aboga por ti desde el palacio del faraón con la sutileza que siempre demostró. Ahora que lo pienso —pareció reflexionar pensativo— estoy convencido de que tu presencia aquí no es casual.

—No entiendo —respondió el joven al instante—. Nada sabe Iroy sobre mi presencia en tu casa; de hecho no le he vuelto a ver desde que abandoné el palacio hace ya casi ocho años.

Ante aquellas palabras, Anón rió con suavidad.

—Amigo mío —dijo a continuación—. Creo que has pasado demasiado tiempo encerrado en oscuras estancias relejendo mohosos papiros. Poco parece conocer de la vida y de los hombres, pues son disciplinas que sólo se pueden aprender lejos de los muros de los templos.

Nefermaat le miró perplejo y con cierto embobamiento.

—Sí, hombre, no me mires así —respondió Anón divertido—. Iroy me manda un presente en forma de sacerdote *uek*, lo cual, dada mi natural impiedad, no deja de tener su gracia; típico de él. Una buena broma —continuó ahora con tono serio—, aunque sea pesada, pues todo el mundo conoce mi reticencia a ser acompañado por médicos curiosos y...

El joven hizo un gesto para intervenir, balbuceando apenas unas palabras.

—Sí, ya sé, ya sé —le interrumpió el babilonio—. Tú sólo tienes ansias de conocimiento; pero qué quieres, para mí resulta una pesadez.

Nefermaat endureció el gesto y ambos se observaron durante unos instantes en silencio.

—En fin, no parece que tenga demasiadas opciones. Tratándose de Iroy, incluso mi difunto padre me recriminaría desde su sepultura una negativa por mi parte pues, como te dije antes, sentía un sincero afecto por él.

Ahora el joven le miró indisimuladamente sorprendido, ante el sesgo que parecía haber tomado el asunto.

—Al menos tendré que saber cómo te llamas —escuchó todavía dentro de su asombro.

»Tendrás un nombre, ¿no? —oyó que le volvía a preguntar al no haber recibido contestación.

—Nefermaat —contestó éste como regresando de su momentánea abstracción—. Mi nombre es Nefermaat.

—Bien, Nefermaat, parece que posees algunas habilidades; quién sabe, puede que hasta seas capaz de aprender algo —exclamó lanzando una risotada—. En cualquier caso, debo advertirte que tu estancia junto a mí estará sujeta a una serie de condiciones por mi parte, que son de todo punto innegociables.

—Si está en mi mano, te complaceré gustoso.

—No creas que voy a pedirte que renuncies a tus austeras costumbres, ni nada por el estilo —intervino Anón—. Aunque sería un acto de gran consideración por tu parte el que me concedieras un deseo.

Nefermaat hizo un gesto con sus manos animándole a hacerlo.

—Verás. No puedo soportar esos ojos de rana sin pestañas. Sería un gran gesto el que te las dejaras crecer como el resto de los humanos —dijo con cierto retintín—. ¿Crees que podrás?

El joven le sonrió abiertamente mostrando su hermosa dentadura.

—Será la prueba de mi agradecimiento.

fama de su belleza traspasó las fronteras de la propia ciudad, siendo visitada por forasteros de los más diversos lugares. Ello le hizo decidirse por abandonar el templo e instalarse en una discreta villa junto al río, donde poder atender su negocio con mayor dedicación. Iay se encontraba en la plenitud de su vida, y los ricos comerciantes y miembros de la aristocracia local la cortejaban a diario dispuestos a pagar lo que fuera por obtener sus favores.

Fue una época dorada, sin duda, en la que la dama llegó a amasar una verdadera fortuna, con la que hubiera podido retirarse para pasar el resto de sus días rodeada del lujo y las comodidades a las que era tan aficionada.

Pero, como con frecuencia suele ocurrir en estos casos, Renenutet, la diosa con cabeza de cobra que determina la prosperidad de los hombres, decidió tornarse adversa a fin de arrebatarse aquello que con tanta dedicación la antigua bailarina había conseguido.

El instrumento del que se sirvió la diosa del destino para tal fin no fue otro que el que normalmente había utilizado Iay durante todos aquellos años para enriquecerse: el hombre. Para ello cruzó en su camino a Pianj, una criatura cuyo cuerpo más parecía propio de los dioses que de los hombres, y que a Iay se le asemejaba, cuando menos, al de un inmortal.

Pianj era un oficial de arqueros procedente de la lejana Nubia, bien conocido en el ejército del dios por su arrojo, y cuyos poderosos brazos parecían resortes movidos por el mismísimo Montu, el dios guerrero tebano. En él parecían confluir en enigmática mezcla dotes tan dispares como la belleza y la fuerza, y lo hacían en grado superlativo, como si uno y otro hubieran pugnado por implantar en él su supremacía. El resultado de todo ello fue Pianj, la perfección en estado puro; armonía de formas y rasgos de inusual belleza.

Ni que decir tiene que Iay se enamoró perdidamente de él el primer día en que le vio. Su corazón, de ordinario duro como el basalto con el que se esculpían las figuras de los antiguos faraones, se hizo añicos como si fuera de barro cocido, demostrando así una fragilidad que la dama ignoraba que tuviera. Mas a ésta poco le importó, pues era tal el amor que sentía por el nubio, que decidió entregarse a él sin reservas, convencida de la necesidad de compartir el mismo aliento. Sin embargo, aquel hálito que ella buscaba desesperadamente resultó estar tan viciado como el de las alimañas que buscaban cada noche cadáveres en el desierto occidental.

Bajo la suave y oscura piel de aquel hombre que tanto ansiaba acariciar, se escondían la perfidia y la crueldad en su forma más abyecta, pues era imposible de imaginar que aquel cuerpo, obra maestra de los dioses creadores, pudiera albergar un corazón tan malvado como el que resultó poseer.

Incapaz de negarle nada, Iay se vio arrastrada por el torbellino de su pasión hacia el oscuro pozo en el que vivía Pianj. Una oscuridad que acabó por devorarla irremisiblemente, hasta convertirla en un ser carente de voluntad. A partir de ese momento, recorrió de la mano del nubio los tortuosos caminos que conducen hacia

los vicios más inconfesables, llegando a perder toda noción de la realidad, pues su propia vida se había convertido en irreal.

Fue entonces, tras una de las orgiásticas fiestas a las que Pianj era tan aficionado, cuando los pies de Iay llegaron al final de su incontrolada caída.

Para cuando esto ocurrió, Iay se encontraba ya totalmente arruinada. Todos sus bienes habían sido quemados en la enorme pira en la que se había convertido su febril locura por aquel hombre. Ella, que durante años había manejado a los hombres a su antojo, habría sido capaz de entregar vida y fortuna a Pianj por amarle sólo una noche. ¿Qué especie de enajenación había obrado en ella? ¿Qué suerte de maquinación había sido urdida en su persona? ¿Era el destino quien se reía de ella al ser empujada por las invisibles manos de Renenutet, su diosa?

Difícil encontrar una respuesta para tales cuestiones para alguien que, como ella, había llegado a estar dispuesta a ofrecer su propio *ba*^[63], e incluso la propia inmortalidad.

Sin embargo, la explicación era sencilla y tan antigua como las propias relaciones humanas. Simplemente, Iay había abierto su corazón a un desalmado, y el único punto vulnerable de toda mujer había sido hecho pedazos por aquel soldado que la había conquistado como si de una plaza sitiada se tratara, cometiendo en ella gran pillaje.

Mas Bastet, que es símbolo de dulzura maternal y fecundidad amorosa, se apiadó de ella pues, no en vano, aquella mujer había demostrado su devoción durante años como sacerdotisa. Hizo, por tanto, la divina gata acopio de su poder, arrojando un poco de luz en tan perdida conciencia. Luz que fue suficiente para que Iay se diera cuenta de su estado real y sus consecuencias. Éstas fueron ciertamente desastrosas, pues sin apenas riquezas pronto perdió sus últimos bienes y, al poco, el amor. Una mañana, el apolíneo oficial se despidió de ella para no regresar jamás; sin fortuna de por medio poco le quedaba por hacer.

Fueron tiempos difíciles para Iay, en los que se vio abocada a sobrevivir a cualquier precio. Un precio que, por lo general, le imponían los demás, con el que trataban de obtener el máximo provecho; como suele ocurrir con los que sufren infortunio.

No obstante, la dama lo superó, y aquella pequeña luz, que en su desesperanza sembrara Bastet, acabó germinando hasta convertirse en claridad meridiana, haciéndole tomar de nuevo el camino del que nunca debió salir. Así, volvió a utilizar sus dotes como bailarina para amenizar los banquetes de los prebostes, que empezaron a contratarla con cierta asiduidad. El sistro, los crótalos, e incluso el *menet*, no tenían secretos para ella, interpretando sus ritmos como nadie en la ciudad. Por ello, al poco tiempo, no había fiesta que se preciara entre la alta sociedad bubastita a la que Iay no fuera invitada, para deleite de todos cuantos asistían a ella. Allí volvió la bailarina a tender con discreción sus antiguos lazos de amor, dispuesta a recuperar todo cuanto le había sido arrebatado, desde el convencimiento que su

corazón era ahora más duro que cualquiera de las milenarias piedras que embellecían su país.

Pero el tiempo, el más inexorable de los jueces, también había pasado para ella arrebatándole, inmisericorde, la lozanía de una juventud perdida ya para siempre. Aunque todavía hermosa, Iay pudo darse cuenta que las pasiones que despertara antaño por doquier formaban parte del pasado. Continuaba siendo una mujer deseable, sin duda, pero no ya para todos los ojos. Ella trató de sacar partido de su amplia experiencia, trabando relación con los ricos comerciantes que solían acudir a aquellas veladas, y que le podían proporcionar buenos beneficios. Durante años, sirvió como amante a hombres, antaño poderosos, a los que la edad había retirado ya su confianza y que ansiaban volver a sentirse jóvenes, al menos durante una noche.

Fruto de tan agónicos amoríos, Iay se quedó embarazada. Algo impensable para una mujer de su experiencia; pero así fue.

A consecuencia de una agitada noche de amor, la señora quedó encinta, algo que en sus particulares circunstancias le pareció una hecatombe. El causante de tamaña desgracia fue un afamado comerciante de vinos de Menfis, que se hallaba de paso por la ciudad cerrando algunos negocios. Aquel hombre resultó ser un amante más que vehemente, pues demandó sus favores durante toda la noche con un ardor rayano en el ansia. Su pago fue más que generoso, aunque no lo suficiente para cubrir lo que allí dejaba, pues por la mañana el comerciante regresó a Menfis e Iay no volvió a verle jamás; patético colofón para alguien que, como ella, había llegado a ser un día reina absoluta de Bubastis.

La niña que dio a luz representó un problema añadido en el incierto futuro que parecía cernirse sobre ella; sin embargo, Iay lo afrontó con valentía, pues era piadosa de los dioses y sus preceptos, y nunca se le pasó por la imaginación el someterse a «la desviación de la preñez^[64]».

La maternidad la hizo florecer recuperando parte de su pasada belleza. Heket, Mesjenet y Tueris, las diosas que ayudaban al alumbramiento, parecieron recompensarle otorgándole lo que parecía una segunda juventud; formas rotundas que se alzaron de nuevo desafiantes dispuestas a resarcirse sin piedad de todos y cada uno de los hombres. Ésa fue la vida que Iay llevó; un sórdido combate que, a la postre, no era más que una revancha consigo misma de la que nunca saldría victoriosa.

Los años siguieron pasando y la presencia de la inevitable madurez tomó posesión de su persona. La evidencia que aquélla ya nunca la abandonaría era difícil de aceptar para alguien como ella, mas, sin embargo, allí estaba, amenazante, con toda una legión de siniestras sombras que, con seguridad, oscurecerían el final de sus días. Fue entonces, justo cuando el desánimo ante su incierto futuro empezaba a germinar en su interior, cuando el destino volvió a cambiar su fortuna, caprichoso; como siempre que es manejado por las divinas manos de los dioses ancestrales. ¿Fue obra de Renenutet, cuya voluntad resulta voluble donde las haya? ¿O quizá cabría responsabilizar de nuevo a Bastet que, como siempre, seguía velando por su Cantora

de Coro? A la postre poco importaba la respuesta correcta, pues tanto si fue una como la otra, o la confluencia del poder de ambas diosas el que cambió el sino de la dama, éste quedó despejado de los negros nubarrones que lo oscurecían en la distancia.

Anón entró en su vida de la forma más inesperada, como suele ocurrir en estos casos. Fue durante el transcurso de una de aquellas veladas a las que, de ordinario, solía acudir la señora, cuando ésta le conoció. Obviamente, su primera impresión no pudo ser más desalentadora, pues el individuo en cuestión distaba mucho de encontrarse dentro de los más elementales cánones de belleza que la dama preconcebía; es más, le resultó descuidado, desastrado, algo sucio y sumamente feo, aunque, como más tarde muy bien pudo comprobar, esto no fuera lo peor de su persona. No obstante, hubo algo en él que sí le causó curiosidad, invitándola a continuar una conversación que, de otra forma, hubiera terminado con la primera salutación. Aquel hombre era diferente, en todo, a cuantos había conocido, incluso en el aspecto físico, pues Iay no recordaba haber visto nunca alguien tan poco agraciado; mas debajo de aquel horroroso tamiz que habíanle adjudicado los dioses se escondía la personalidad más vital y arrolladora que pudiera imaginar.

Sólo necesitó unos minutos para darse cuenta de que Anón era persona de verbo fácil, palabra certera, mordaz, provocadora, e incluso mal intencionada, y que tras sus diminutos ojillos se encontraba una mirada poseedora de una fuerza imposible de medir, y que él se encargaba de repartir en derredor señoreando entre las voluntades ajenas.

Iay observaba admirada cómo el silencio le abría sus puertas al hablar, y cómo sus contertulios le escuchaban con el mayor de los respetos, solicitándole su consejo sobre las más peregrinas dolencias que cupiese imaginar; no en vano se trataba de Anón, el príncipe de los médicos, un verdadero genio y, además, inmensamente rico.

Para la hermosa bailarina fue imposible separarse de él durante la velada. Aquel solterón, algo estrambótico y ya entrado en la cuarentena, le fascinó hasta tal punto que, embobada, le escuchó disertar con ingenio y agudeza sobre todo aquello que él tuvo a bien proponerse.

A la mañana siguiente, el babilonio ya estaba loco por ella. Iay sí encajaba perfectamente en el canon de belleza del médico. Sus rotundas formas y madura belleza le enardecieron de tal manera, que esa misma noche dispuso que el nuevo hogar de la dama estaría en su propia casa; ella señorearía como creyese oportuno, compartiendo vida, hacienda y todo aquello que desease de su infinita prodigalidad.

Iay quedó sorprendida ante la impetuosa generosidad del babilonio, pero su más que amplia experiencia de la vida y de los hombres le hizo comprender al momento que el ofrecimiento era sincero.

Indudablemente, Anón iba a resultarle una caja de sorpresas, como bien pudo advertir desde la primera vez que se amaron. Era difícil de suponer que un hombre tan pequeño pudiera tener tal cantidad de energía contenida y semejante vitalidad, pero así fue; una vez entre los brazos de su amada, el babilonio se aferró a cada una

de sus protuberantes formas como si le fuese la vida en ello, a la vez que profería pequeños gruñidos de desesperación al no poder abarcar tantos manjares a la vez. Manjares que debieron parecerle inusualmente sabrosos, pues estuvo deleitándose con ellos toda la noche sin parecer saciarse nunca. Iay echó mano de sus dilatados recursos amorosos sin que, aparentemente, ello tuviera consecuencias inmediatas, pues aquel hombre mantuvo su virilidad enhiesta como pocas veces recordaba la señora haberlo visto. Alojado entre sus hermosos muslos, el médico no paraba de embestir una y otra vez como si llevara algún genio oculto dentro del cuerpo, que le impulsaba a moverse de aquella forma continua y desaforada; no cabía duda de que aquel hombre era bravo y sumamente combativo.

Cuando el alba comenzó a anunciarse tímidamente en la oscuridad del cuarto, Anón pareció calmarse un poco; emitió un inconexo gemido, arqueó su pequeño cuerpo parando en sus acometidas y, finalmente, transformó el gemido en bufido mientras, bizqueando, se desplomaba exhausto pero satisfecho, sobre los generosos pechos de la señora. Ésta lo recogió solícita en tan acogedor refugio acariciándolo como sólo ella sabía hacerlo, constatando sin ningún género de dudas que aquel hombre se le entregaba por completo. Antes de dormirse, Iay tuvo la certeza de que Bastet seguía velando sus pasos una vez más.



Las condiciones a las que se refería Anón resultaron ser para Nefermaat mucho más fáciles de cumplir que de soportar, y no precisamente porque le parecieran especialmente fatigosas o complicadas. El joven aplicaba su natural buen juicio y disposición en todas ellas siendo, en poco tiempo, veladamente reconocidas por su maestro. El problema, por tanto, no residía en la naturaleza de la labor que desarrollaba, sino en la del propio Anón. Éste tenía razón cuando había advertido en público sobre su disoluto carácter aunque, como Nefermaat bien pudo comprobar en poco tiempo, ello no fuera más que un vago remedo de la realidad; una caricatura de la irrefrenable personalidad que atesoraba.

Cuando Nefermaat se instaló en la casa, Iay y su hija llevaban ya diez años compartiendo su vida con el babilonio. Durante todo ese tiempo, la antigua *shemayt* pudo comprobar las virtudes y vicios de su enamorado a los que, por cierto, éste no estaba dispuesto a renunciar, así como el gran corazón que atesoraba. Obviamente, a las virtudes le fue sumamente fácil acostumbrarse, y en cuanto a los vicios tampoco podría decirse que fuera llevada a engaño, puesto que Anón cumplió todos los que decía tener, que ya eran bastantes.

En los primeros años, Iay prefirió mantener su independencia civil. Aunque Anón le ofrecía diariamente el matrimonio, ella conocía bien a los hombres, y sabía que la legalización de su relación con el babilonio podía dar al traste con ésta. Ella era feliz así y decidió que lo mejor sería mantener las cosas como estaban, al menos durante un tiempo. Mas, cuando los años pasaron y los primeros signos del inevitable declive hicieron acto de presencia, Iay reconsideró su postura prefiriendo asegurar su posición y, con ella, la de su hija. Su instinto de supervivencia le decía que había llegado el momento de aceptar la tumultuosa personalidad del médico, y olvidarse de la quimérica aparición de un hombre que fuera compendio de virtudes. Sabía por experiencia que tales seres no existían más que en los cuentos morales escritos en los tiempos antiguos, pues incluso los dioses resultaban, en ocasiones, pecadores impenitentes.

En cualquier caso, a ella el asunto de la virtud tampoco era algo que le obsesionara demasiado, ya que había vivido al margen de ella desde su ya lejana adolescencia. Conocía al dedillo los vicios y tendencias de los hombres pues, no en

vano, había sido fiel partícipe de ellos; a veces, con singular entusiasmo. Fue por ello por lo que Iay aceptó gustosa los de Anón, acaparando de esta manera el lado bondadoso del babilonio y, por qué no decirlo, su posición e inmensa fortuna.

Para Nefermaat, sin embargo, la situación fue más difícil de sobrellevar. El monje que, sin querer llevaba dentro, provenía de un mundo diametralmente opuesto, en el que sólo en la virtud y su observancia estaba el camino correcto; tal y como le habían enseñado. Para él no resultaban agradables las usuales persecuciones a las que sometía Anón a su voluptuosa esposa, en tanto que ésta lanzaba pequeñas risitas, bien de ánimo o hasta de satisfacción, con las que alentaba a su furibundo marido que estaba a punto de alcanzarla con el miembro incontroladamente enhiesto. Y mucho menos el encontrarse con ellos al final de su libidinosa carrera copulando en algún lugar de la casa, como si fuera lo más natural del mundo.

Tales correrías eran harto frecuentes, porque resultó que el babilonio era aficionadísimo a ellas y gustaba de practicarlas siempre que podía, demostrando con ello su irrefrenable inclinación al exhibicionismo.

Claro que esto no era todo pues, a sus anteriores propensiones, Anón añadía una desmedida devoción por la bebida, y en particular por el vino, que acostumbraba a trasegar sin pudor en cantidades ingentes. De esta afición también acabó participando su esposa que, ya definitivamente libre de sus últimas inhibiciones, decidió seguir hasta el final de la mano de aquel pequeño monstruo al que incluso quería. Era costumbre habitual el que ambos cónyuges acabaran la jornada más que alegres, cuando no borrachos, entre risas, juramentos e impudorosos gritos que llegaban a toda la casa desde el dormitorio del matrimonio.

Por todos estos motivos, Nefermaat decidió instalarse lejos, justo en el ala opuesta del hermoso palacete. Para ello, eligió una dependencia algo distante, que daba a las escalinatas que se sumergían en el río. La habitación no podía ser más austera, pues ni tan siquiera tenía cama, aunque sí una pequeña mesa de ébano que al joven pareció más que suficiente; él dormía siempre sobre su estera, y eso era todo cuanto necesitaba. El rumor de las cercanas aguas suponía, por otra parte, un lujo mayor del que podría desear, pues le aislaba del resto de ruidos de la casa que, dadas las circunstancias, solían durar hasta bien entrada la madrugada. Allí, en su pequeño habitáculo, Nefermaat instaló su mundo y su atillo de papiros, donde estaba dispuesto a anotar hasta la última enseñanza que fuera capaz de sacarle a Anón. Él había llegado hasta aquel lugar empujado por la magia de Sejmet, de eso estaba seguro, y su voluntad satisfecería a la diosa, por cuya mano se sentía señalado. Estaba allí para aprender, y a fe que lo conseguiría.

Más allá de lo que representaban los vínculos familiares, su relación con Anón podría calificarse de buena. Como era costumbre en él, Nefermaat recibía los primeros rayos de Ra, de regreso de su viaje por el inframundo, aseado e inmaculadamente vestido con su túnica de blanco lino. Así, cuando el babilonio se levantaba, él ya se encontraba esperándole dispuesto a comenzar su jornada diaria;

una jornada en la que el príncipe de los médicos daba muestras inequívocas de su inagotable vitalidad.

Aparte de su habitual visita matutina al complejo del Templo de Bastet, Anón desarrollaba una gran actividad, pues solía recibir enfermos en su casa; una consulta a la que acudían los que se podían permitir el pago de los diez *deben* de plata que cobraba. No obstante el precio, los pacientes que le visitaban parecían no acabar nunca, pues llegaban desde todos los puntos del país dispuestos a recibir una solución a su enfermedad; muchos de ellos se presentaban desde su desesperación en busca de la esperanza que sólo el mejor de los médicos podía darles, arribando anhelantes, incluso desde lejanos países, al ser conocedores de su fama.

Pero no todos sus pacientes eran ricos pues, en ocasiones, Anón se interesaba por individuos con extrañas enfermedades que deseaba conocer. A éstos no les cobraba nada, ya que le proporcionaban una valiosa fuente de estudios.

Durante un año, Nefermaat desempeñó las funciones que solían ser habituales en un ayudante. Preparaba compuestos, ungüentos y fármacos para el babilonio, y observaba a éste trabajar sin perder detalle. Cada día aprendía algún pormenor revelado por su maestro, a veces como verdaderos descubrimientos, pues Anón era poco propenso a compartir su ciencia. Para alguien tan observador como el joven, aquello no dejaba de ser un acicate más en la emocionante tarea que desarrollaba a diario; siempre había algún hallazgo nuevo que le fascinaba; un detalle, una revelación... Él creía que en el interior de los templos le habían enseñado todo cuanto un *sunu* debía saber. «Toda la ciencia posible se encontraba allí», había escuchado durante años, y en ningún otro lugar era posible encontrarla. Nefermaat estaba convencido de que aquello era cierto, que no existían en el mundo conocidos centros donde aprender el misterioso arte de poder sanar. Sólo en el país de Kemet se encontraban guardados semejantes secretos. Entonces, ¿cuál era la diferencia entre aquel médico extranjero y los reputados *sunu*? ¿Por qué trataba algunas enfermedades de forma diametralmente opuesta, y a veces con mejores resultados?

La respuesta era sencilla, y Nefermaat no tardó mucho en descubrirla. En Egipto, los médicos estaban acostumbrados a tratar las enfermedades por los síntomas, y Anón, sin embargo, las trataba en función de la afectación del aparato u órgano afectado. Ahí estaba la diferencia, pues el babilonio poseía una comprensión incomparablemente superior de la fisiología humana. Mas la siguiente pregunta que el joven se planteaba era, lógicamente, cómo la había adquirido; una pregunta de la que prefería no saber la contestación.

Muchos de los pacientes que les visitaban diariamente acudían con las mismas dolencias que en su día había visto tratar en el Templo. En realidad, en Egipto existían enfermedades casi endémicas de las que nadie se encontraba a salvo, que ni tan siquiera Anón podía remediar. Males que sólo podían ser producidos por genios maléficos o súcubos, como la tuberculosis, que afectaba a un veinte por ciento de la población, o las «lesiones devoradoras^[65]».

—¿Crees realmente que algún demonio o divinidad malévolos nos manda tan extrañas enfermedades? —preguntó Anón una tarde en que se encontraban sentados en las escalinatas que daban al río.

Nefermaat miró distraído la exuberante vegetación que se extendía junto a las orillas, sin contestar. Conocía perfectamente los puntos de vista del babilonio, así como su afición por la polémica, y lo encendido que solía mostrarse durante ésta.

—Todo está en la naturaleza —prosiguió el babilonio—. Nosotros, los árboles, los animales, y también las enfermedades.

—Sabes muy bien que mi estancia aquí se debe principalmente a ese motivo —indicó el joven mientras continuaba observando los márgenes del río—. Fueron mis dudas las que me sacaron del Templo.

Anónladeó ligeramente la cabeza, mientras interiormente se sonreía al comprobar que el muchacho no estaba dispuesto a discutir.

—El agua, por ejemplo —continuó el médico a la vez que la señalaba—, es causa de muchas de las enfermedades que padecemos, y no creo que Hapy, el dios del Nilo, sea la fuente de ellas.

—Sé perfectamente que el agua es origen de graves padecimientos —contestó Nefermaat, volviendo su mirada hacia Anón—. Es algo que ya me enseñaron mis maestros durante mi larga estancia en Menfis.

—¿De verdad? —saltó presto el babilonio, al que la más mínima mención a los sacerdotes de Sejmet le enervaba irremediabilmente—. Me dejas verdaderamente asombrado. ¡Cuánta sapiencia! Sin embargo, sois particularmente aficionados a ella, pues os pasáis casi media vida sumergiéndoos, incluso a las horas más intempestivas. ¿Cómo conseguís libraros de las infecciones? ¿Acaso todo es obra de vuestra milagrosa diosa?

Nefermaat frunció el ceño un instante. El babilonio era un maestro en crear discordias, disfrutando verdaderamente cuando conseguía irritar a sus contertulios.

El joven, que había sido testigo en innumerables ocasiones de ello, no estaba dispuesto a entrar en semejante juego, así que dulcificó su rictus manteniendo la calma.

—En los templos conocemos, como tú —dijo el joven con cierto retintín—, que las aguas contienen parásitos que no somos capaces de ver, y que se desarrollan posteriormente en nuestro interior ocasionando las más diversas patologías. También sabemos que los remansos y las aguas estancadas suelen ser foco de estas enfermedades, por eso utilizamos el agua que fluye en la corriente más viva. Ésta se halla libre de impurezas y es en ella en la que hacemos nuestras abluciones.

Anón le miró divertido.

—Desde luego tú parece conocer perfectamente tales prácticas, pues según tengo entendido acostumbras a bañarte en el río varias veces al día, e incluso por la noche. Con tanto baño, ¿no temes contraer algún pernicioso mal, como por ejemplo el *aaa*^[66]?

El joven esbozó ahora la mejor de sus sonrisas.

—En esto no albergo ni el más mínimo recelo. Recuerda que Sejmet me protege.

—Buah... —exclamó Anón malhumorado—. No toquemos ese tema o seré yo el que me encohere en lugar de la diosa. Deberías tener cuidado con tus baños, no es ninguna broma, y si no piensa en el caso que hoy mismo hemos atendido.

Nefermaat se acordaba perfectamente de él, pues era nada menos que el *heka-het* (gobernador del nomo) en persona, quien había acudido a visitarles. Padecía una enfermedad que representaba una verdadera plaga en Egipto, y que era conocida con el nombre de *aaa*.

Los síntomas que presentaba eran los típicos de la enfermedad, como hematuria (sangre en la orina), con lesiones en el aparato urinario, y elefantiasis del pene. Además, el gobernador cursaba disfunciones intestinales, como diarrea y, lo que era peor, complicaciones hepáticas, pues como bien pudieron comprobar al auscultarle, tenía el hígado sumamente inflamado. Era el peor cuadro posible que podía mostrar una enfermedad que llegaba a ser mortal.

Como de costumbre en estos casos, Anón le recetó un tratamiento a base de galena^[67] y una dieta adecuada, pues poco más se podía hacer.

—No pienso acabar mis días entregando mi miembro a tan devoradoras fauces — oyó Nefermaat que le decía mientras pensaba en el caso.

El joven lanzó una carcajada.

—¿Es por eso por lo que eres tan reacio al agua, Anón?

Éste apenas se inmutó.

—Pues sí; sin duda. Cuando llega el momento en el que no tengo más remedio que hacerlo, me sumerjo lo imprescindible, y siempre en la bañera de mi casa.

—Ya veo. Podrías utilizar al menos un *karnatiw*; una de esas fundas peniles que parecen haberse puesto de moda, y que mucha gente usa para evitar el acceso del parásito al tracto.

—¿Un *karnatiw*? No sirve de nada; te lo digo yo. Una vez conocí a un individuo que contrajo la enfermedad, y me aseguró que nunca introducía en el agua más que sus pies. Estoy convencido de que el mal penetra por cualquier parte.

—Entonces tu caso tiene mala solución a no ser, claro está, que utilices vino — dijo el joven provocador.

—¿Vino? Hum. No creas que no lo he pensado. Desde luego unas abluciones con vino sería lo ideal, pero también una forma sacrílega de desperdiciar el más excelso elixir regalado por los dioses; además, Bes nunca me perdonaría por ello, y ya sabes que ambos mantenemos una buena relación —dijo entreabriendo su desdentada boca, en un gesto que podía significar una sonrisa o cualquier otra cosa—. ¡Qué ignominia no hacer un correcto uso de las cosas!

Nefermaat le sonrió burlón.

—No me mires así, ojos de rana. Para ti es sencillo, ya que no bebes ni una gota, mas no pienses que te envidio.

—Aunque te lo explicara no creo que me entendieras —contestó el joven encogiéndose de hombros.

—¡Claro que no te entiendo! Como tampoco entiendo que no comas pescado, carnero, paloma, cerdo...

—Son costumbres que me llevaría tiempo explicarte, y que dudo que entendieras —cortó Nefermaat, levantando una de sus manos.

—Sí, ya conozco esas historias. Que si todo lo que procede del mar es impuro al ser un dominio de Set, que si el cerdo fue una de las transformaciones que tuvo este dios tras asesinar a su hermano Osiris... Tenéis prohibiciones casi para todos los alimentos, incluso para algunos vegetales, como la cebolla, el puerro o las habas, saludables donde las haya.

—Son preceptos que sólo los sacerdotes cumplen, y que en nada afectan al resto de la población; además, en cualquier caso, son ajenos a tu persona.

—¿Ajenos? Del todo. Me siento lejos de vuestras extrañas supercherías. Sé perfectamente por qué no coméis cebollas; ni más ni menos que porque crece y florece en el menguante de la luna —respondió el babilonio dándose una palmada en un muslo—, pero lo de los puerros y las habas...

—Son potentes afrodisíacos, capaces de enturbiar el entendimiento —subrayó Nefermaat, arrepintiéndose inmediatamente de sus palabras.

—Ah... —exclamó Anón al instante, encantado por el sesgo que tomaba la conversación—. Se me había olvidado que practicáis la castidad y observáis el celibato. Funesta doctrina para el cuerpo y sus fluidos. Es lógico que no seáis capaces más que de diseccionar animales; por eso nunca dejaréis de ser *nekh kaw*^[68] (veterinarios).

Nefermaat hizo una mueca de forzada sonrisa. No era la primera vez que el babilonio utilizaba aquel término, ni aquel tono, pues en realidad, diariamente le solía hacer ver, de alguna u otra forma, lo que pensaba sobre los sacerdotes *ueb*. Era algo que no podía remediar.

Anón, que pareció adivinar cuanto el joven pensaba, continuó con sus admoniciones.

—Sí, no pongas esa cara. Es que lo complicáis todo. Hacéis los más extraños compuestos para aliviar males que se pueden solucionar más fácilmente. Sin ir más lejos, esos estrambóticos laxantes que te preparas cada dos días. Francamente, a mí no se me ocurriría mezclar nueces de tigre, ajeno y cerveza dulce, cocerlo y luego bebérmelo. ¿No sería más fácil masticar algunas semillas de ricino? Su efecto suele ser infalible.

—El ricino puede ser peligroso —contestó el joven sin inmutarse—, si se toma en dosis excesivas. Es preferible no recetarlo.

—Je, je, je... —Anón rió quedamente—. Ya sé que tienes un profundo conocimiento sobre las plantas y la elaboración de fármacos. Te he estado observando, e incluso aseguraría que posees un pulso firme y buenas cualidades para

desarrollar tu profesión. Sólo necesitas desprenderte de esas estúpidas ataduras que te atenazan, y atravesar la línea que no te permite avanzar; entonces podrías ser magnífico y yo te mostraría todo cuanto anhelas.

Nefermaat trataba de no mostrar sus emociones. Sabía perfectamente a lo que Anón se refería, aunque prefiriese no darse por enterado. Fingía ante sí mismo, retrasando una decisión que, tarde o temprano, debería tomar. Él estaba allí para eso pues, de otra forma, su presencia carecería de sentido.

—El tiempo pasa —suspiró el babilonio—. Ya es hora que te decidas; sólo tú puedes elegir lo que te conviene.

El joven le miró a los ojos sin apenas poder ocultar su turbación.

—Aprovecho para decírtelo hoy, que estoy sobrio —dijo Anón dándole unas palmadas en un hombro mientras se incorporaba—. Ah, por cierto —continuó, empleando su acostumbrado tono de suficiencia—, a propósito de laxantes te diré que yo soy partidario del vino de palmera en ayunas. El *laghi* que se obtiene de su savia es deliciosamente fresco y suavemente purgante; ideal para alguien que, como yo, no tiene excesivos problemas para hacer de vientre.

Nefermaat no dijo nada, en tanto observaba al babilonio encaminarse hacia la casa.

—Vino de palma —oyó que le repetía Anón de nuevo—. Datilera, claro.

La señora Iay tenía una hija que era una desvergonzada. Era avispada, astuta, intrigante, maliciosa y sumamente frívola; un bagaje nada despreciable para alguien que sólo contaba con diecisiete años. Su aspecto recordaba al de su madre, pues poseía un cuerpo de formas voluptuosas y bien proporcionado, al que sacaba todo el partido posible, siendo de justicia reconocer que, como también ocurriera con Iay, la muchacha tenía una gran facilidad para la danza y las artes amatorias. Gustaba de provocar y escandalizar a los hombres a la menor oportunidad, y lo hacía con una maestría y soltura impropia para la edad que tenía. Colmada de bienes y riquezas, y con la regalada vida que llevaba, bien podía dedicarse a esos menesteres, pues en nada más tenía que pensar. No obstante, alguna virtud había que reconocerle, ya que era decidida, inteligente y muy simpática; una mezcla heterogénea cuyo resultado final era, cuando menos, digno de tener en cuenta.

A una edad en la que la mayoría de las egipcias habían tomado ya esposo, ella sólo pensaba en divertirse y disfrutar de la vida cuanto pudiera, lejos de ataduras y, por supuesto, sin pertenecer a ningún hombre. Éstos le gustaban sobremanera, disfrutando al hostigarles a la menor ocasión hasta verles enardecidos y hambrientos. Su virtud era cosa de otro tiempo, habiendo quedado olvidada en algún rincón de su pasado, allá por su llegada a la pubertad. Desde entonces había tenido muchos amantes, siempre caprichosamente elegidos, que habían sucumbido a los encantos y habilidades de la joven. Ella jamás había amado a ninguno, llegando a estar convencida de que ese sentimiento le era ajeno por naturaleza. Los hombres eran un maravilloso presente, un entretenimiento que Hathor, la diosa del amor y de la belleza

a la que veneraba, le enviaba pródiga para satisfacer sus inconfesables instintos.

El fruto indeseado de una noche más de caricias compradas, iba a resultar alumna aventajada de su propia madre, sobre todo porque nunca tendría necesidad de venderse.

Ni que decir tiene que Anón estaba loco por ella. Llevaba tiempo insinuándosele, y ante los manifiestos coqueteos de la joven, acabó por perder su compostura, revelándole los insanos deseos que, según él, le consumían.

Ella, picara donde las hubiere, soltó una cantarina risita y con calculados movimientos pasó junto a él contoneándose voluptuosamente, en tanto arrancaba sonidos inconexos de la boca del babilonio, que acabaron por convertirse en vulgares gruñidos al ver que se alejaba.

A partir de aquel día, Anón se relamía descaradamente cada vez que se cruzaba con la muchacha. Ésta encendía aún más si podía al babilonio, lanzándole provocadoras miradas o haciéndole los más descarados mohines. La situación llegó a un punto en que Anón, dando rienda suelta a su impenitente concupiscencia, propuso muy seriamente a su mujer la posibilidad de compartir el lecho conyugal con su hija. Fue una proposición que no extrañó en absoluto a Iay, pues era perfecta conocedora de la naturaleza de su marido y de la de su hija.

—¡Significaría la culminación absoluta de los goces terrenales! ¡El éxtasis de los sentidos! —exclamaba sin ocultar su lascivia mientras su esposa le miraba con los ojos muy abiertos—. Imagínate; qué más se puede pedir.

La señora se lo imaginaba perfectamente, y era por eso que hacía caso omiso a las palabras del médico, expresándole su disgusto por tamaño disparate.

—¡Bastet nos proteja! —juraba la dama poniendo sus manos a ambos lados de la cara—. Te vuelves más depravado a cada año que pasa.

—Bueno, tampoco conviene exagerar —protestaba Anón—. ¿En qué mejores manos que las nuestras podría encontrarse tu hija?

—¡Hathor divina! —volvía a exclamar Iay.

—Vamos, no seas tonta —le decía Anón zalamero mientras le acariciaba un pecho—. Sabes que me gustan entraditas en carnes como tú. No te cambiaría por ninguna chiquilla mal criada.

Iay sonreía halagada.

—Conmigo no hace falta que disimules —continuaba el babilonio—. Conoces a la muchacha mejor que nadie y sabes que tiene el corazón reconcomido por el vicio.

Ahora la señora puso cara de espanto.

—No pongas esa cara, pues sabes que tengo razón. Te aseguro que un día la descubrí espiándonos mientras copulábamos en el jardín; y no creas que trataba de ocultarse, ella quería que yo la viera. Te digo que es un monstruo.

Obviamente, aquellas palabras no llegaron a convencer a Iay, aunque sí la pusieron sobre aviso de lo que podía ocurrir si no andaba con cuidado. La impudicia de su marido no tenía solución, pero la de su hija nadie sabía dónde la llevaría

aunque, por otra parte, fuera fácil de adivinar.

Nefermaat no era ajeno a todo aquello. A diario presenciaba las actitudes procaces de Anón cada vez que se cruzaban con la muchacha, y las miradas desafiantes de ésta. Para un joven como Nefermaat, sin ninguna experiencia en el amor, aquéllas le desconcertaban visiblemente, aunque tratase vanamente de disimularlo. Si tan frívolas miradas le confundían, aún más le turbaba el nombre de la joven, pues se llamaba Atet, nombre de princesa antigua, y que él tan bien conocía.

Dicho nombre, junto con el suyo, habían vivido una de las historias de amor más hermosas que se habían escrito en Egipto, allá por los lejanos tiempos del dios Snefru, mil quinientos años atrás. En aquella época, el príncipe Nefermaat ostentaba el cargo de visir en la corte de Snefru, primer faraón de la IV Dinastía, y el único en Egipto que llegó a construir tres pirámides. Allí fue donde Nefermaat conoció a la también princesa Atet, de la que se enamoró perdidamente, casándose al poco con ella para vivir felices el resto de sus vidas. Ambos fueron protectores de las artes y amantes de los animales, y fue tan grande el amor que se tuvieron, que al final de sus días se enterraron en la misma tumba^[69] para continuar juntos durante toda la eternidad.

Evocadora historia de todo lo sublime que encierra el verdadero cariño, cuya esencia inmortal perdura a través de los siglos, para asombro de la posteridad.

Obviamente, poco tenía en común la corte de Snefru con Anón y su familia, y mucho menos ambos jóvenes. Sin embargo, para alguien como Nefermaat, que había sido educado con arreglo a las más viejas tradiciones, el paralelismo entre ambos casos le desasosegaba. Él creía en el poder de los nombres, y lo que era peor, tenía el presentimiento que la muchacha también conocía la historia.

No andaba muy descaminado el joven. Atet se había fijado en él desde el primer día que le vio, aunque se cuidó muy mucho de hacerle ver su interés. Para ella representaba una curiosidad que se alojaba en su casa, y que en nada se parecía a los hombres con los que estaba acostumbrada a alternar. Su aspecto extraño le llamaba poderosamente la atención, y no porque no hubiera visto un sacerdote con anterioridad, simplemente era que éste poseía apariencia de príncipe más que de seglar.

No se dejó engañar por sus afeitadas facciones, pues tras ellas podía adivinar el indudable atractivo de los varoniles rasgos que tenía el joven y, sobre todo, ese halo de misterio que le acompañaba y que parecía provenir de lo más profundo de su mirada.

Como es natural, Nefermaat ignoraba por completo el que su persona pudiera despertar tal curiosidad pues, durante todo el tiempo que llevaba en la casa, había visto en contadas ocasiones a la joven, y jamás había cruzado ni una sola palabra con ella.

En cambio, Atet sí le había observado a él. Durante las noches de plenilunio, la joven había ido hasta el cercano río y, escondida entre los bosques de papiros, había

contemplado al místico joven bañarse bajo la luz de la luna. Desde su ventajosa posición, Atet examinó a sus anchas el esbelto y proporcionado cuerpo, pareciéndole tentadoramente hermoso. Cuando éste salía de las aguas descubriendo su chorreante desnudez, la muchacha le miraba maliciosa, presa de un indisimulado deseo por aquel hombre, que intuía aún célibe.

Nefermaat, que nada de esto sospechaba, había tenido extraños presagios que no sabía a qué atribuirlos. En las cálidas noches de verano, desazonadores sueños se habían apoderado de él con una insistencia que le desagradaba. Imágenes impersonales que iban y venían, trasladándole a escenarios del todo impropios a su naturaleza. Mas ésta parecía seguir su propio camino, pues con frecuencia se despertaba durante la noche en medio de incontrolables erecciones. Su lóbrego habitáculo dejaba entonces de ser un lugar solitario e inhóspito, para transformarse en otro mucho más amable, aunque sólo fuera por la profusión de escenas con las que soñaba. Sin embargo, cuando regresaba de ellos y descubría su habitual soledad, tenía la sensación que alguien más había estado allí mientras dormía sobre su áspera estera.

Para Atet, la visión del joven sacerdote saliendo del sagrado Nilo, supuso un acicate para seguir alimentando su morbosa curiosidad. Ello la estimuló más si cabe hasta hacerle verdaderamente atrevida, pues concibió la osadía de espiarle en su propia habitación. A la joven le pareció una idea verdaderamente audaz, a la que de ninguna manera podía renunciar, por lo que una noche se dirigió hacia la alejada estancia donde habitaba el joven. Atravesando los frondosos jardines con particular sigilo, Atet llegó junto a la habitación en la cual Nefermaat se recluía como el monje que parecía llevar dentro. Como un felino antes de atacar a su presa, la muchacha agudizó sus sentidos en busca de cualquier sonido que le hiciera abortar su empresa. Mas todo estaba en calma, y era tal la tranquilidad que se respiraba que hasta sus oídos llegó la acompasada respiración del sacerdote desde la contigua estancia.

Moviéndose tan sigilosamente como los gatos a los que reverenciaba, Atet se acurrucó junto a un pequeño macizo de alheña situado bajo la ventana. Luego, sin hacer un solo ruido que pudiera delatarle, se incorporó lentamente con sus sentidos alerta ante cualquier movimiento extraño. Mientras lo hacía, la joven sentía nítidamente cómo su corazón se aceleraba ante la creciente excitación que experimentaba. Próxima ya al borde del ventanal, se detuvo de nuevo para asegurarse de que nadie la vigilaba, a la vez que escuchaba, ahora con claridad, la característica respiración del que duerme profundamente.

Cuando Atet se asomó por fin, el suave haz de luz de una luna, que ya menguaba, entraba por aquella ventana creando difusas sombras a su alrededor; sombras a las que, al poco, la joven pareció acomodarse, permitiéndole observar la estancia tenuemente iluminada. Se sorprendió al instante de la austeridad del habitáculo, al no reconocer más que una pequeña mesa de ébano. Era un lugar poco apropiado para ser usado como dormitorio, y a ella nunca se le hubiera ocurrido calificarlo como tal.

No obstante, el joven sacerdote no había sido de la misma opinión pues, en una

villa tan grande como en la que vivían, había ido a elegir, precisamente, la pieza más humilde; algo de todo punto incomprensible para una joven rendida al lujo y a la opulencia.

Escuchó un movimiento en el interior, y enseguida Atet reparó en la figura tumbada en el duro suelo. Se hallaba acurrucada sobre una tosca esterilla sin más abrigo que su propia desnudez, que la diosa Nut*^[70] descubría iluminando con el sutil destello de la decadente luna, que pendía de sus celestiales dedos. Ese débil fulgor que parecía envolver su cuerpo, le acariciaba el rostro resaltando a su vez sus inconfundibles rasgos; era Nefermaat.

Atet se asomó sin precaución alguna para observar mejor el cuerpo del joven. Se hallaba echado sobre su lado izquierdo, en una postura en la que resaltaban los estilizados músculos de su espalda y unos glúteos que parecían prietos. La joven los miró con indisimulado deseo sintiéndose tentada de acariciarlos en ese mismo momento; incluso extendió su mano en un acto reflejo que enseguida desechó para concentrarse de nuevo en la postrada figura. Ésta resultaba, sin duda, sugestiva, pues la suave piel que aparentaba tener cubría un cuerpo fibroso y saludable que al punto la fascinó.

La muchacha le contemplaba ensimismada, cuando el joven se movió intranquilo; como si se encontrase en medio de un desasosegado sueño. Un sueño que parecía agitarle cada vez más produciéndole pequeñas convulsiones, fruto, quizá, de alguna extraña pesadilla. Ésta debió hacerse más vivida en el corazón del joven, pues le obligó a volverse boca arriba en una especie de contorsión. Por unos instantes su cuerpo quedó expuesto por completo ante los ojos de ella, claramente iluminado por la luz de una luna que mostró ante sus asombrados ojos el miembro erecto del joven. Ella, que estaba acostumbrada a verlos con frecuencia, no pudo dejar de sentirse perturbada por aquel órgano viril al que el argénteo haz que entraba por la ventana le daba un aspecto que le pareció especialmente sugerente. Fue un momento nada más, pues aquel cuerpo volvió a estremecerse de nuevo, incorporándose súbitamente entre ahogados gemidos que le devolvían al mundo real.

Atet tuvo el tiempo justo para esconderse de nuevo con el corazón latiéndole con fuerza ante la posibilidad de que el joven la hubiera visto. Escuchó los acelerados jadeos del sacerdote, y cómo regulaba su respiración paulatinamente. La joven sonrió maliciosamente al imaginar la escena que se desarrollaba en el interior. Nefermaat volvía de un pesado letargo en el que Hathor, como diosa del amor, le había mostrado imágenes de un mundo de sensual ensueño del que nadie estaba a salvo. El resultado parecía haber sido claramente insatisfactorio para el joven que, obviamente, sufría una gran zozobra debido, sin duda, a la particular pugna entre su espíritu y la naturaleza.

Poco después, Atet percibió ruido de pisadas en el dormitorio, y acto seguido vio salir al joven de la casa y dirigirse al cercano sendero que llevaba al río. Ella se encogió tras los arbustos de alheña en tanto contemplaba, de nuevo, aquel cuerpo

desnudo bañado por la luna alejándose hacia el generoso Nilo. Cuando Atet le vio zambullirse en sus aguas, salió de su escondite convencida de que tomaría aquel cuerpo mostrándole los caminos de los placeres ocultos que tan bien conocía.

Aquella idea le proporcionó un evidente placer, inflamándola con concupiscentes pensamientos a los que era tan aficionada. Cuando rodeó la casa camino de sus aposentos, se notó mojada, y ello le produjo aún más deleite; mientras, en el río, Nefermaat sumergía su cuerpo pidiendo alivio a las aguas para su maltrecho espíritu.

La vida en aquella casa tornose para Nefermaat poco menos que insufrible, hasta el punto de llegar a añorar los oscuros años pasados en el Templo de Sejmet. Su trabajo junto a Anón se le hizo particularmente difícil, ya que el babilonio se pasaba la mayor parte del día totalmente borracho. Era tal la afición del maestro por el vino, que lo tomaba a todas horas y de cualquier variedad.

Sus preferidos eran los vinos del Norte^[71], como el de Buto, y el de Hamet, que era sin duda el centro vinícola por excelencia en aquel momento. Mas esto no significaba que hiciera ascos a los demás, pues en la Casa de los Líquidos de su casa tenía almacenados caldos de la más diversa procedencia, como el vino de Hurseja, en el oasis de Farafra, el de Imet, localidad cercana a Tanis, el de Iunu, el de Mareotis, el de Medesian, el de Pelusium, el de Sabennytos, el de Taeniotic, el de Fisheries, el de Marshes y los del Alto Egipto, entre los que destacaban el vino de Coptos y el de los viñedos de Amón. A tan extensa lista se unían también los vinos de los oasis del oeste, como los de Siwa, Dajla y el Fayum, a los que el babilonio no hacía ascos en absoluto.

Entre tanta variedad de caldos, obviamente los había blancos, tintos y claretos, teniendo todos, por lo general, una graduación más que generosa y que solía rondar los catorce grados. Pero es que, además, Anón era aficionadísimo al *nedjem*, un vino endulzado con miel capaz de hacer perder la cabeza al más sentado, así como al *shedeh*, un licor de alta graduación. Además, si las circunstancias así lo requerían, Anón no hacía ascos al vino de dátiles, al de granada, o al de palma, con el que, como muy bien había dicho en cierta ocasión, se desayunaba. Todos estos vinos estaban convenientemente etiquetados con denominación de origen y referencia a su añada y calidad; siendo la mayoría de ellos calificados como *nefer-nefer-nefer*; es decir, excelentes.

Ante este panorama no era de extrañar la continua ebriedad de Anón, de la que era plenamente consciente e incluso justificaba, debido a la proximidad de la Fiesta de la Embriaguez que en breve se conmemoraría en la ciudad y que, según aseguraba el babilonio, él ya se encontraba celebrando.

Para Nefermaat la cosa era mucho más sencilla, pues el vino formaba ya parte indisoluble de aquel médico que, día a día, parecía necesitar más de él. No obstante, aquel estado de permanente embriaguez no iba en detrimento de su actividad diaria, puesto que pasaba sus acostumbradas consultas de la forma más natural que pudiérase imaginar; algo que Nefermaat no pudo catalogar sino como prodigioso. En

tales condiciones, el joven presenció los mayores milagros de manos del babilonio que, en semejante estado, demostró ser dueño de un pulso inalterable del que se vanagloriaba, y que le animaba a prorrumpir en constantes desafíos a los dioses, conminándoles a que bajaran de sus celestiales moradas a comprobar su firmeza.

Nefermaat fue testigo del tratamiento de infinidad de lesiones, algunas de verdadera gravedad, en las que Anón dio muestras de una maestría sin igual. Traumatismos craneales, de los pabellones auriculares, del maxilar superior, nasales, lesiones en la zona temporal, amputaciones, y las más diversas fracturas, eran operadas por el babilonio sin temor alguno, pues casi siempre emitía el esperanzador juicio terapéutico de «he aquí una dolencia que trataré».

Indudablemente existían casos en los que nada se podía hacer, como el de un paciente que había acudido con una herida abierta en el cráneo que presentaba un desesperanzador aspecto. El médico intentó levantar la cara al paciente, comprobando que era muy doloroso para el enfermo el poder abrir su boca. Anón le observó encontrando su frente ardiendo y humedecida por el sudor. Notó que los músculos de su cuello se hallaban rígidos y su rostro contraído como si hubiera llorado. El babilonio miró de soslayo al joven sacerdote, mientras acercaba su nariz a la herida, para retirarla enseguida con gestos de desagrado.

—Huele a excremento de ganado —dijo mirando a Nefermaat—. He aquí una enfermedad contra la que no se puede luchar^[72].

Aparte de este tipo de casos, u otros de parecida gravedad como el temido «tumor terrible de Jonsu^[73]», que era mortal, Anón obtenía magníficos resultados, algo por otra parte asombroso teniendo en cuenta el estado de ebriedad en el que acostumbraba encontrarse. Nefermaat no hallaba explicación alguna a este hecho, al que no tuvo más remedio que calificar como milagroso. Con los vapores del vino saliendo de su interior cada vez que abría la boca, aquel hombre aplicaba «el tratamiento del cuchillo» con una destreza insuperable. El *des*, el *khepet*, el *shas*, o el *hemen*^[74]. Eran manejados, tras calentarlos previamente al fuego, como nunca volvería a ver el joven sacerdote en su vida, pudiendo comprobar, personalmente, el porqué de la merecida fama de aquel médico.

Él, por su parte, le ayudaba en todo lo necesario participando en gran número de intervenciones, bajo la atenta mirada del babilonio. Así era su relación profesional; parca en palabras y, en ocasiones, incómoda.

Era curioso, pero después de llevar más de un año en aquella casa, Nefermaat seguía sintiéndose tan extraño como el primer día. Nunca había existido un vínculo que fuera más allá del meramente laboral, permaneciendo, en cierto modo, tan aislado como lo estaba en su vida anterior. No recordaba, durante todo aquel tiempo, haber mantenido ninguna conversación con la dueña de la casa que no fueran las habituales frases de cortesía para desearse los buenos días.

Recién llegado a la villa fue invitado a cenar por sus dueños, pero enseguida quedó clara la poca afinidad que podía tener con la señora. Para Iay aquel joven

representaba una incomodidad, pues sabía muy bien a la clase que pertenecía y las convicciones morales que observaba; convicciones diametralmente opuestas a las suyas y a las que ella misma había renunciado hacía mucho tiempo. Como conocedora de la vida dentro de los templos, era consciente que todos los allí iniciados adquirirían un sello de por vida, por eso estaba convencida de que siempre que su mirada se cruzara con la de Nefermaat, éste le recriminaría su comportamiento.

A su marido, obviamente, aquello le daba igual, pues no era egipcio. Él era un inmoral redomado y por lo demás un impío al que poco o nada afectaban las costumbres del joven; pero para ella la cuestión era diferente, no estando dispuesta a soportar la callada censura del joven a cada una de sus acciones. Cada noche, mientras tenía a su esposo entre sus brazos, preguntaba a éste por el día en que el muchacho, por fin, abandonaría la casa, haciéndole ver lo poco que le gustaba tener a semejante virtuoso en su hogar.

Anón solía entrecerrar sus ojillos hasta que sólo la luz de su mirada parecía existir en sus cuencas mientras le acariciaba lascivamente, para acabar contestando invariablemente.

—Dentro de poco.

En los últimos meses, la vida de Iay había corrido paralela a la de su marido, dándose de igual forma a la bebida sin ningún retrainimiento. Ello le hizo ser más escandalosa en su comportamiento diario, lanzando estremecedoras carcajadas cada vez que Anón la acosaba o perseguía por algún pasillo. Por si fuera poco, la señora había aumentado de peso, con lo que sus naturales curvas se habían desarrollado más que generosamente hasta convertirse, cuando menos, en abundantes, siendo en ocasiones imposibles de contener dentro de los ajustados vestidos que la señora solía usar. Por supuesto que todo aquello enloquecía más a un Anón que estaba encantado del nuevo sesgo que había tomado su vida conyugal.

A pesar de su afición a los excesos, y a las desordenadas costumbres que llevaba, Anón era plenamente consciente de todo lo que ocurría en la villa. Un hombre tan inteligente y perspicaz como él se daba perfecta cuenta de cada detalle, incluso ebrio. Desde el primer momento supo que aquel muchacho no significaría más que un estorbo para los atropellados hábitos de su casa, pero al acceder a su acogida había contraído algunas responsabilidades, si no morales, sí consigo mismo. A nadie se le escapaba la animadversión que le producía el clero, cualquiera que fuese el dios al que adorase, y lo enojoso que podía llegar a resultar para él el compartir su vida cotidiana con uno de ellos; algo insufrible, sin duda.

Mas aquel caso era diferente, pues entraban en juego circunstancias de las que le era imposible sustraerse, aun dentro de su natural inmoralidad. Una inmoralidad que, aunque pudiera parecer inconcebible, poseía su propia ética, puesto que existían principios a los que el babilonio guardaba fidelidad, siendo uno de ellos la amistad.

La presencia del joven en su casa respondía única y exclusivamente a una

petición de índole personal; un favor solicitado por un viejo amigo, al que respetaba y al que nada podía negar.

Ambos amigos mantenían una habitual correspondencia; por ello, tras recibir una carta del babilonio en la que le hablaba del joven, Iroy no tardó en responderle rogándole encarecidamente su ayuda.

Anón conocía a Iroy desde su juventud, ya que éste, unos años mayor, fue alumno de su padre y además de los buenos. Su padre le cogió un especial cariño, y ello hizo que ambos jóvenes coincidieran a menudo en su casa, comenzando lo que después sería una buena amistad. Juntos compartieron muchas de las enseñanzas de su progenitor aunque, posteriormente, la vida les deparara caminos diferentes. Él había alcanzado sobrada fama en el Kemet, el país de los médicos, e Iroy era, nada menos, que el médico del faraón. Por eso, cuando recibió su petición, no pudo evitar el comparar en el tiempo la similitud que había entre Iroy y Nefermaat. Los dos eran sacerdotes *ueb*, y también los dos habían abandonado la quietud del templo para aumentar sus conocimientos de manos del único que podía hacerlo; Iroy acudió a su difunto padre y ahora el joven llegaba hasta él.

Lógicamente, Nefermaat ignoraba todo esto, pues ni tan siquiera imaginaba que Iroy pudiera seguir sus pasos, rogando éste a Anón en su papiro que así continuara; el muchacho no debía saber nada de aquello.

Dado el aprecio que Anón sentía por aquel hombre, accedió a cuanto le pedía sin condiciones pues, además de amigo, Iroy era el único sacerdote *ueb* al que respetaba, lo cual hablaba por sí solo de la gran consideración en que le tenía.

La primera impresión que tuvo de Nefermaat fue la esperada; un resultado de la tradicional educación impartida por los templos. Su relación no tenía por qué basarse en la amistad, así que no ocultó su antipatía hacia su procedencia, ni lo lejos que se encontraba de él, haciendo cuantos comentarios peyorativos se le ocurrieron sobre el particular. No obstante, y a pesar del trato, por lo general indiferente, que le daba, Anón era consciente de la situación del joven dentro de la casa, así como de la dificultad para solucionarla. Entendía perfectamente a su mujer, pero también al joven, que poca o ninguna responsabilidad tenía en el asunto. Nefermaat no podía ser culpable por ser virtuoso u honesto, por muy amoral que fuera Anón y su familia; así que nada se podía hacer más que esperar a dar por concluida la relación a su debido tiempo. Tiempo que el maestro veía próximo a cumplirse.

A pesar de sus chanzas, puyas, bufas y constantes zaherimientos, Anón no había perdido detalle de todo cuanto había hecho el joven durante aquel largo año. Enseguida se percató de las buenas maneras y conocimientos del sacerdote, así como de su dominio a la hora de preparar medicamentos, ya fueran de origen animal, vegetal, o mineral. La extensa farmacopea egipcia no parecía tener secretos para él, demostrando además poseer un excelente juicio en el diagnóstico de las enfermedades, y muy buenas manos. En su opinión, sólo quedaba una cosa por hacer para que Nefermaat diera el salto definitivo que le llevara a alcanzar la comprensión

que anhelaba. Pero era un paso que sólo el joven podía decidir, pues estaban en juego preceptos milenarios de obligado cumplimiento; reglas sagradas que nadie podía transgredir.

—Tu enseñanza aquí no puede avanzar más; ha llegado el momento que elijas el camino que quieres seguir —dijo con gravedad Anón, una tarde que se hallaban en el jardín.

Nefermaat le miró con indisimulada angustia, pues llevaba ya tiempo esperando estas palabras. Era algo inevitable a lo que sabía que algún día debía enfrentarse, y que le había llevado a mantener una sórdida lucha entre su corazón y su conciencia; una lucha que, en aquel momento, ignoraba quién iba a ganar.

—Esta noche debo atender asuntos a los que no puedo obligarte a acompañarme —prosiguió Anón—, aunque confío en que lo hagas.

El joven, que no apartaba sus ojos de él, sintió como el babilonio le atravesaba con su mirada añadiendo con ello más ansiedad a su terrible dilema.

—Te esperaré hasta que el sol se funda en el horizonte —añadió Anón incorporándose—. Es hora que escojas los fantasmas con los que quieres vivir.

Nefermaat se acarició la barbilla mientras observaba al babilonio dirigirse hacia la casa. Sus últimas palabras resonaban todavía en su interior con la misma claridad con que habían sido pronunciadas. Anón no podía haber sido más explícito, y además aquella tarde estaba sobrio.



Hacia varias horas que las sombras habían dado la bienvenida a Ra para acompañarle en su viaje a través del Mundo Inferior, cuando dos figuras envueltas en oscuras frazadas caminaban por entre los callejones de Bubastis. Una de ellas, la más pequeña, marchaba delante moviéndose con la rapidez propia de quien conoce el camino. Tras ella, y a poca distancia, otra mucho más alta le seguía sus pasos con un andar más dubitativo, que le daba una apariencia como de dejarse llevar.

De vez en cuando, el que iba en cabeza se detenía unos instantes para asegurarse de que nadie les seguía; miraba a su alrededor, y continuaba la marcha seguido por su sigiloso acompañante.

El ambiente aquella noche en Bubastis resultaba particularmente pesado, como era habitual siempre que amenazaba tormenta. El día había sido especialmente caluroso, y al anochecer el cielo se había cubierto por espesos nubarrones que presagiaban lluvia. Toda la ciudad parecía barruntar el aguacero, pues las calles estaban tan desiertas que ni tan siquiera se escuchaban los habituales ladridos de los perros; una sensación de extraño abandono que hacía a aquellos dos hombres tener la impresión que la ciudad les pertenecía.

Por fin, la primera figura se detuvo junto a un viejo portón de madera, volviendo a atisbar entre la impenetrable oscuridad. Una pequeña ráfaga de viento azotó entonces su tosca túnica, e hizo que el extraño agudizara aún más su vista, buscando inconscientemente una claridad que no existía. Junto a él, la otra figura se resguardó ante el quicial de la puerta, escudriñando a su vez lo que era imposible de explorar. Así, quietos, ambos permanecieron durante unos instantes con los sentidos alerta, como las alimañas que habitan en las necrópolis. Una nueva ráfaga, ésta más violenta, vino a sacarles de su estado vigilante haciéndoles comprender que debían darse prisa. Entonces, el más pequeño de aquellos hombres empujó una de las hojas del portón en el que se encontraban, abriéndose al instante con estremecedor chirrido. Las dos espectrales figuras se apresuraron a entrar, y justo en ese momento un infernal estruendo llegó desde los cielos anunciando que Set, al frente de sus poderosas huestes, cabalgaba ya sobre la tormenta.

Al más alto de los dos aquello le pareció un mal presagio, aunque se abstuviera de hacer ningún comentario, pues su decisión ya estaba tomada. Había luchado contra

ella a cada paso que había dado hasta llegar allí, pero sus pies habían demostrado poseer voluntad propia; mucho mayor que la de su conciencia, a la que al final nadie parecía haber escuchado.

Los dos hombres se despojaron de sus frazadas y avanzaron por un largo corredor en el que ardían varias teas. El lugar parecía solitario, y el único sonido que podía escucharse eran las suaves pisadas de ambos. Por fin llegaron a una amplia sala vagamente iluminada por algunas lámparas de aceite, que creaban caprichosas sombras.

—Coge una de ellas y sígueme.

El más alto obedeció y ambos caminaron por un corredor que terminó convirtiéndose en una intrincada red de pasillos, en la que parecía fácil perderse. Los recorrieron durante un tiempo imposible de precisar, teniendo la sensación de que habían pasado por el mismo sitio varias veces; aunque fuera imposible de asegurar. Finalmente, una de aquellas angostas galerías desembocó en una gran habitación, espléndidamente iluminada por la luz de múltiples antorchas, en cuyo centro había una mesa de piedra, similar a las utilizadas por los embalsamadores, sobre la que descansaba un gran fardo de gruesa tela. Justo al lado, otra mesa, ésta de madera y mucho más pequeña, se encontraba repleta de instrumental quirúrgico de todo tipo.

—Ha llegado la hora —dijo el más bajo, en tanto se aproximaba a la mesa—. Acércate, Nefermaat.

«Tríadas benditas, enéadas divinas que ordenáis el cosmos, pues de allí procede vuestra esencia que da vida a la naturaleza dando lugar al *maat*, la justicia de las justicias. Ogdoada Hermopolitana^[75], en cuyo seno se agrupan los dioses creadores “los Padres y Madres que Crearon la Luz”, el agua primordial, el espacio infinito, la vida, las tinieblas, pues no sois sino manifestaciones de Thot, dios de la sabiduría, aquel que escribió las más sagradas leyes en los primeros papiros; dioses de Egipto todos, apiadaros de Nefermaat, hijo de Hori, sacerdote *ueb* de la iracunda Sejmet y usurpador de sus misterios que durante años su sagrado templo le mostró, trasgrediendo, a la postre, sus ancestrales preceptos como el más vil de los apóstatas, al cometer el más execrable pecado que un *sunu* podía perpetrar en el país de Kemet. Sólo a vuestra compasión me acojo, pues ni perdón puedo implorar, ya que el estigma que siempre acompañará a mi alma ha sido libremente aceptado como parte de una búsqueda que a ningún hombre compete. La Sala de las Dos Verdades^[76] está lista para mí, pues el día en que me presente ante el tribunal de Osiris, la sentencia ya estará tomada. La pluma de la diosa Maat estará ligera en el contrapeso, en una balanza en la que mi alma pesará como el granito. Thot, el incorruptible, tomará buena nota de ello y los cuarenta y dos jueces dictarán sentencia arrojando mi alma a Ammit^[77], La Devoradora. Todo esto es lo que he elegido; el precio por traspasar las puertas de lo prohibido. Nadie me obligó a ello; yo, Nefermaat, decidí libremente».

El alegato de su conciencia aún se repetía una y otra vez, cuando Nefermaat recorría de nuevo el laberinto de pasillos que le llevaría a la salida. Delante, Anón le

mostraba el camino con una débil lamparilla que hacía que su grotesca figura le recordara a «los patecos», los pequeños genios hijos del dios Ptah que tutelaban a los seres de pequeña estatura. Atrás dejaba el lugar que había significado el principio y el fin de conceptos y entendimientos; allí quedaba la sala con su fría mesa de piedra, y el cadáver del hombre que acababa de diseccionar.

A Nefermaat no le hizo falta que Anón le animara demasiado para iniciar la tarea, pues tras su inicial indecisión, se entregó por completo a una labor que le hizo perder la noción de todo lo demás. Junto al babilonio diseccionaron por completo el apergaminado cadáver que había sobre la mesa. Pertenecía a un hombre de mediana edad, sumamente delgado, sobre el que Nefermaat prefirió no hacer ninguna pregunta.

—Prefiero los delgados —dijo Anón, que parecía leer los pensamientos al joven—. Son mejores para trabajar.

Nefermaat levantó entonces la cabeza, y sus ojos se encontraron con la maliciosa mirada del maestro que le sonreía extrañamente. Un repentino escalofrío le recorrió por completo, haciéndole estremecer hasta el punto que sus manos temblaron ostensiblemente. Al verlo, Anón lanzó una carcajada que retumbó en la habitación como si procediera del mismísimo infierno; luego, el babilonio empezó a cortar.

Fascinado, Nefermaat asistió por primera vez a la identificación anatómica de un cuerpo humano. Los cientos de disecciones de animales que había realizado, en nada se parecían a aquella. El abrir cadáveres humanos, aparte de representar un pecado terrible, suponía un grave delito en Egipto. Sólo los embalsamadores podían hacerlo, por lo que el macabro trabajo que estaban realizando, además de una ofensa a los dioses, era peligroso. Sin embargo, nada podía detener ya a un joven que se encontraba en el umbral del conocimiento que tanto anhelaba. Vio por primera vez cómo eran los órganos del ser humano, y durante horas escuchó con atención las explicaciones de Anón, para quien el cuerpo humano parecía no poseer secretos.

—Los órganos se deterioran por motivos que muchas veces desconocemos, pero nunca por la ira de Sejmet —aseguró Anón con voz profunda—. Hoy no podemos, pero llegará el día en que el hombre los descubrirá todos.

Ambos se miraron un instante mientras Anón continuaba.

—Mira este hombre; yo le conocí en vida. Tenía el hígado destrozado a causa de su afición al vino —indicó, mientras él mismo se tocaba ese órgano—. Esa fue la causa de su muerte, como probablemente será la mía. Traté su enfermedad durante un tiempo; es un mal que me interesa.

—No recuerdo haberle visto nunca en tu casa.

—Je, je... Claro, nunca me visitó. Él no podía pagar los diez *deben* de plata que acostumbro a cobrar.

Nefermaat le miró sin comprender.

—Era yo quien le visitaba a él —continuó el babilonio—. Éste, por ejemplo, vivía solo en una cabaña medio derruida a las afueras de la ciudad. Había sido albañil, pero

una piedra le aplastó un antebrazo que, como podrás observar, le dejó tullido. Su existencia no ha sido fácil, pues ha tenido que vivir de la caridad de los demás; el vino fue su único placer.

Ante estas palabras, el joven observó el cadáver con pesar.

—Te sorprenderías si supieras cuánta gente malvive como él, en el país de los faraones.

—¿Has tratado a muchos como él?

—A bastantes; no con la misma dolencia, aunque la mayoría fueran interesantes. Todas ellas eran personas que no hubieran podido costearse ni a un curandero.

—Esas palabras te honran, Anón. Créeme que me dejas perplejo.

—¿Perplejo? Seguramente. Muchacho, no he destacado nunca por mi proselitismo. Yo cobro lo que cobro de una manera u otra.

Nefermaat pareció sorprendido.

—Él, y los que están en sus mismas circunstancias —continuó Anón señalando el cadáver— reciben mi ayuda médica en vida e incluso alguna limosna. Ellos me devuelven el favor una vez que han muerto.

El joven abrió los ojos desorbitadamente ante lo que acababa de escuchar.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que ellos me pagan con lo que ya no van a necesitar más. Una vez muertos, su cuerpo me pertenece.

El joven sacerdote dejó caer el escalpelo de su mano mientras sentía que sus piernas flojeaban.

—Es de justicia; y no deberías mostrar tan clerical mojigatería por ello —exclamó Anón—. Además, piensa que gracias a su cooperación podemos ampliar nuestros conocimientos, para así ayudar a otros enfermos.

Nefermaat respiraba con cierta dificultad mientras asimilaba todo aquello, imaginando el triste final de aquel desgraciado. Nunca había conocido a nadie capaz de entregarse a tales prácticas y, sin embargo, para el babilonio representaba una costumbre hasta cierto punto corriente.

—Es complejo, ¿verdad? —oyó el joven que le decía—. Y como podrás observar no se limita a los cincuenta y dos *metu* que, según os enseñan, conforman el cuerpo humano.

Nefermaat volvió a prestar toda su atención al babilonio, que no cesaba en sus explicaciones.

—Observa su hígado y sus cuatro *metu*^[78], no participo en la creencia que conduzcan aire y agua. Como podrás observar son todos diferentes y sin duda cada uno cumple su función. ¿Crees que éste contiene también aire? —preguntó Anón señalando la arteria femoral.

—Sin duda —contestó Nefermaat—. Yo mismo he cortado este *metu* a otros animales y he comprobado esta cuestión.

El babilonio hizo entonces un ademán invitándole a hacerlo.

—Vamos, córtala.

El joven le miró un instante, y luego cortó la arteria. Al hacerlo ésta se abrió debido a su elasticidad natural, dando la sensación que contenía aire.

Nefermaat sonrió levemente.

—No hay duda, contiene aire.

—Eso parece —respondió Anón—, aunque yo no estoy tan seguro.

El joven hizo un gesto de sorpresa.

—Créeme lo que te digo. Yo he visto ese *metu* seccionado, y por él la sangre brotaba como un surtidor.

—¿Aseguras que por los *metu* circula sangre? —preguntó el joven con incredulidad.

—Ya te he dicho que cada uno cumple sus funciones; unos contienen sangre y otros no. Éste, por ejemplo, estoy seguro que la contenía; como sabrás, a partir de la rodilla se divide en dos *metu* más. Yo los he cortado y he podido comprobar lo que te digo.

—Entonces, ¿por qué no circula ahora?

—Eso es algo que ignoro por completo. Es extraño, pero sólo en los seres vivos ocurre; en los cadáveres no se observa este fenómeno. Sin embargo, observa estos otros que conducen a la vejiga (uréteres); ellos dan la orina.

—Y estos que conducen a los *ineseway* (testículos) son los que llevan el semen —intervino Nefermaat entusiasmado—. Ahora comprendo perfectamente lo que dices. ¿Piensas que el corazón está conectado a veintidós *metu*, tal y como se cuenta?

—Hum, sería difícil asegurar eso, aunque como verás parece contener conducciones diferentes. Quizá contengan también diferentes tipos de fluidos. Cuesta resistirse, ¿eh? —exclamó al comprobar cómo el muchacho investigaba febrilmente los órganos de aquel cadáver.

Pero el joven parecía ya no escucharle y así, durante un periodo imposible de determinar, aquellos hombres fueron absorbidos por una frenética actividad que les hizo perder la noción del tiempo. Nada aparentaba importarles más que los despojos del cadáver de aquel desgraciado y cuando, por fin, empapados de sudor, ambos se miraron un instante en lo que pareció ser un fugaz respiro, una sombra de complicidad cubrió sus rostros dando testimonio de los macabros nexos de unión que a veces conforma el alma humana.

Caminando por aquellos lóbregos pasillos que habían de llevarles a la salida, Nefermaat pensaba en todo eso y en su quejumbroso alegato. Una aflicción que de nada valía, pues había llegado el momento de dejar de engañarse. Poco tenía de lo que arrepentirse, ya que lo sucedido aquella noche llevaba esperándolo toda la vida. Lo demás no era más que un espíritu henchido de prejuicios, que en los templos aseguraban ser leyes que los dioses escribieran algún día.

No obstante, esto le produjo pesar. Él había sido instruido en otras muchas disciplinas y animado a seguir la senda de la virtud allá donde se encontrara. Había

aprendido todo lo que era bueno a los ojos de los dioses, y lo que no, llegando a forjar su carácter y consecuentemente su conducta. En eso tenía razón el viejo decano; el sello de Sejmet siempre le acompañaría. Al pensar en ello, tuvo de nuevo aquella sensación de pesadumbre al invadirle el presentimiento de que el anciano *semsu sunu* supiera, de alguna forma, que todo aquello iba a ocurrir. Él fue capaz de leer su sufrimiento y de saber cuál era el camino que debía seguir.

Sintió cierta nostalgia, mas enseguida comprobó que se encontraba en el corredor iluminado que daba acceso al portón de la casa. Inconscientemente, volvió su cabeza, como en un acto reflejo en el que buscara aquella fría sala, pero sólo la sombra de su cuerpo que la luz de las teas provocaba le seguía. La habitación había quedado atrás, y con ella el macilento cadáver que, inerte, yacía sobre una mesa de piedra tan fría como él.

Sin pretenderlo, volvió a sentir otro escalofrío y desagradables presagios. Quizá su alma no tuviera que esperar al juicio de Osiris para rendir cuentas por sus actos, y Am-Heh, «el Devorador de Millones^[79]», el que vive en el Más Allá, le requiriera con antelación a su morada en el Lago de las Llamas, para satisfacer su inagotable sed de sacrificios.

Un estridente sonido vino a sacarle de tan sombríos pensamientos. Eran los goznes de la puerta que chirriaban lastimeramente al ser empujada por Anón. Éste le hizo una seña para que se aproximara.

Nefermaat se le acercó presto y ambos cruzaron sus miradas un instante.

El babilonio le sonrió mostrándole su desdentada boca al tiempo que le daba unas palmaditas amistosas. Luego le sujetó por ambos brazos, y mirándole fijamente a los ojos pronunció unas palabras que el joven nunca olvidaría.

—Nefermaat —dijo con su tono más solemne—. Hoy ya eres un auténtico *sunu*.

Seguidamente, abrieron por fin el quejumbroso portón, y se confundieron de nuevo con la devoradora noche; afuera, llovía a cántaros.



El batir de los tambores retumbaba en la inmensa sala en la que Atet bailaba. El característico sonido de los gargaveros acompañaba el trepidante ritmo africano que unos hombres venidos del lejano sur imponían con sus manos.

Lo más granado de la sociedad bubastita se encontraba allí, desde el *heka-het* (gobernador del nomo) al *seshena-ta* (comandante de la región), pasando por toda una corte de altos cargos de la Administración como los *sehedy-sesh*, escribas superiores que representaban el día a día en la buena marcha de todos los asuntos del gobierno, y los *imira-sesh*, directores generales y príncipes de los burócratas. Todos, acompañados por sus emperifolladas esposas, observaban arrobados cómo danzaba la joven.

Las damas, ataviadas a la última moda con largos y vaporosos vestidos plisados de generosas mangas, y ceñidos en la cintura, se encontraban lejos del embeleso que mostraban sus maridos, no perdiendo detalle de cada movimiento de la bailarina en busca de la más mínima imperfección que pudiera dar lugar a algún comentario. Una tarea en verdad complicada, pues Atet, aunque de mediana estatura, era dueña de armónicas proporciones, y con una piel tan tersa como la de los tambores que los hombres de tez oscura tocaban aquella noche. Su rostro era hermoso, y en él podían observarse los rasgos de exótica belleza que había heredado de su madre y que la hacían tan sensual. Todo en ella invitaba al amor; su suave piel, sus carnosos labios, su atractiva nariz, sus ojos inusualmente verdes y grandes, cual si pertenecieran a la mismísima Bastet, pero a la vez insondables. Ellos eran los auténticos señores de aquel rostro, otorgándole verdadera vida, pues lucían dominantes sobre todo lo demás.

Tan sugerentes facciones eran rematadas por una negra cabellera que la joven llevaba cortada a la altura de la nuca en forma de graciosa melena, que la favorecía extraordinariamente, destacando aún más su juventud, porque, además, Atet acababa de cumplir dieciocho años.

Aquella fiesta, que venía celebrándose regularmente desde hacía años, había terminado por convertirse en un acontecimiento social entre la alta sociedad bubastita. Siempre por las mismas fechas, la primera noche de Paope, segundo mes de Akhet, la estación de la inundación (quince de agosto), Anón agasajaba a sus

invitados con la más sonada velada del año, capaz de rivalizar en esplendor y magnificencia con cualquiera de las celebradas en la lejana corte. La recepción coincidía, invariablemente, con el comienzo de la festividad más importante de la ciudad, la Fiesta de la Embriaguez, un festejo que duraba veinticuatro días y en el que, haciendo honor a su nombre, se consumía más vino que en el resto del año.

Obviamente, para el babilonio aquel acontecimiento era tenido en su máxima consideración, hasta el extremo que, en aquellos días, se le podía escuchar dando loas a los dioses por su sabiduría al institucionalizar semejante solemnidad; conmemoraciones divinas hechas a su medida. Sin duda, todo un acierto.

En tales ocasiones, Anón se mostraba particularmente devoto, pues vivía aquella festividad, del primer día al último, con el recogimiento que se esperaba de él. Por eso, nada mejor que ofrecer a la diosa gata Bastet, en cuyo honor se celebraba aquel acontecimiento, la mejor y más grandiosa fiesta que se pudiera disfrutar. Nada escatimaría en su preparación, prometiendo además a la diosa, que desde esa noche y durante los veinticuatro días que duraría la fiesta, estaría totalmente borracho, siendo así su más humilde siervo.

No había duda que, en algunas ocasiones, al babilonio le gustaba cumplir sus promesas con creces, pues para aquella velada no había reparado en gastos.

Agasajaba generosamente a sus invitados con los más ricos manjares y exquisitos vinos que cupiera imaginar, siendo todo ello amenizado por los mejores músicos y bailarinas que se podían encontrar.

El convite ya duraba horas cuando Atet salió a bailar. Sus invitados que, en un principio y con arreglo a la etiqueta, habían formado pequeños grupos en los que departían de sus habituales temas con comedido tono, fueron perdiendo paulatinamente los buenos modales tras la espléndida cena. El banquete, digno de la mesa del dios, acabó desatando lenguas y ofuscando voluntades, y el vino, que corrió por las mesas como si fuera un afluente del cercano Nilo, acabó provocando una general euforia en la que los comensales perdieron totalmente su inhibición.

—¡Servidme otra copa de vino! —gritaba Iay, señora de la casa, mientras se ajustaba el cono de cera perfumado sobre su peluca—. ¡Hoy quiero estar cerca de los dioses!

Estas desinhibiciones eran práctica habitual en aquellos banquetes, no siendo escandaloso el ver a alguna dama perder su compostura, y acabar en el suelo a consecuencia de los vapores etílicos.

Por ello, cuando los primeros compases de la música comenzaron a sonar, la sala era un pandemonio de voces y risas desaforadas, más propias de la clientela de las Casas de la Cerveza^[80] que de tan principal concurrencia. Sin embargo, el cadencioso ritmo de los tambores comenzó a anunciarse entre la algarabía, subiendo de tono progresivamente hasta que su trepidante música se apoderó de la sala. Justo entonces fue cuando aparecieron los sonidos de las dulces flautas y los excitantes crótalos, que advertían de la llegada de Atet.

Cuando la joven irrumpió en el centro de la gran estancia, las últimas voces callaron de inmediato dando paso a murmullos de indisimulada admiración. La muchacha había aparecido de improviso, como traída por los sonidos de aquellos tambores que parecían formar parte de ella. Se movía de tal forma a su compás, que parecía estar poseída por toda suerte de malévolos genios que la hacían retorcerse con posturas inverosímiles. Atet llevaba la danza en la sangre, exudándola por cada poro de su piel de tal forma que casi de inmediato la concurrencia se encontraba totalmente entregada a ella.

Esa noche la joven parecía enardecida, bailando como nunca recordaban haberla visto. Vestida tan sólo con un ligero velo alrededor de la cintura, que apenas ocultaba sus partes pudendas, Atet parecía dominar cada parte de su cuerpo como si éstas poseyeran vida propia. Su piel, suavemente tostada, brillaba a causa de los delicados ungüentos que llevaba y que creaban suaves efectos tornasolados a la luz de lámparas y hachones.

Nefermaat no le había quitado el ojo de encima. Inconscientemente, su mirada se posaba una y otra vez en la muchacha como un gesto que parecía escapar a su control. Él también había sido invitado a aquella celebración aunque, a diferencia del resto de los asistentes, lo único que bebiera fuera mosto. Se encontraba sentado en una pequeña mesa junto a varias personas que desconocía pero que, como él, estaban relacionados con la medicina. Uno de ellos resultó ser *ur sunu* (jefe médico) de Bastet, estando además al cargo de la Casa de la Vida de la ciudad. Su conversación fue muy agradable aunque, desde el momento que descubriera a Atet, pasara a un segundo plano.

Ella se encontraba al otro lado de la sala sentada junto a varios hombres. Todos eran jóvenes y hermosos, y se hallaban situados a su lado, luciendo insignias militares que les identificaban como oficiales del ejército del dios. Uno de ellos, el más musculoso, no cesaba de halagarla y susurrarle palabras al oído que despertaban su risa cantarina. Cuando notó que Nefermaat la miraba exageró aún más sus gestos frívolos y descocados, echando su cabeza hacia atrás cada vez que reía, con ademanes voluptuosos y provocadores. Sus ojos se encontraban con los de él siempre que quería, dedicándole las más incitantes miradas que, como bien sabía, causaba en los hombres efectos demoledores.

Cuando las secuelas del vino empezaron a hacer trabar las lenguas de los ilustres contertulios, su falta de disimulo para con la joven era ya más que patente. Fue entonces cuando comenzaron a sonar con fuerza los tambores, trayendo consigo la danza de Atet. Ni que decir tiene que Nefermaat no era el único que admiraba a la joven; todos los hombres a los que aún el vino no había doblegado la observaban hechizados, mientras sus lenguas humedecían imperceptiblemente los labios, con quién sabe qué inconfesables pensamientos.

Nefermaat, como los demás, siguió el baile de trepidantes movimientos sin perder detalle. La joven se desplazaba con el ritmo por toda la sala deteniéndose en alguna

de las mesas donde sus movimientos se hacían más voluptuosos, enardeciendo así, aún más, a los invitados. En una de ellas se encontraba Anón, al que Atet gustaba particularmente de encandilar. Perfecta conocedora de la inagotable concupiscencia de su padastro, la joven le dedicó unos movimientos capaces de levantar el miembro más alicaído. El babilonio, por su parte, aguantó el tipo lo mejor que pudo, aunque su expresión era todo un reflejo del torbellino de pasiones que debían tener lugar en su interior. Miraba a la muchacha con los ojos desmesuradamente abiertos, dando la impresión de que sus pestañas se encontraran pegadas a los párpados, pues era incapaz de moverlos. Parecía estar poseído por alguna suerte de hipnosis que le obligaba a seguir con su cabeza cada movimiento de aquella danza digna de Hathor; mientras sus manos aliviaban su tensión presionando con fuerza sus muslos. El gesto de la cara de Anón no podía resultar más expresivo, pues en él se leían claramente todas las obscenidades que estaría dispuesto a hacer a la joven.

Una vez conseguido su propósito, Atet continuó con su danza, satisfecha. Giraba y giraba por la estancia con calculados movimientos que le llevaban donde quería. Sus adorables pies, que no parecían tocar el suelo, fueron acercándola más y más hasta que al fin la dejaron donde, desde el principio, deseaba detenerse, justo frente a Nefermaat. Él, que la vio venir, intuyó de inmediato que se pararía, y una descontrolada sensación de ansiedad le recorrió por entero.

Como había ocurrido con anterioridad, la muchacha desplegó todos sus recursos meneando sus caderas con un ritmo capaz de exhortar al arrebato. Su cuerpo se acercó al del joven hasta estar al alcance de su mano, y entonces empezó a mover sus pechos al compás de aquellos sonidos capaces de despertar los instintos más primitivos. Atet le mostraba sus senos de exquisitas proporciones, con sus oscuros pezones agitándose apenas a un palmo de sus ojos; una prueba sin duda excesiva incluso para la naturaleza más templada, que el joven así le hizo ver con una implorante mirada con la que patentizaba su rendición ante la tentación de las tentaciones.

Como perfecta conocedora de sus padecimientos, ella le miró con malévola inmisericordia, aproximándose aún más a él, hasta conseguir rozarle con sus apetitosas areolas; luego hizo otra de sus características piruetas, y se alejó de nuevo como si nada hubiera ocurrido hasta el lado opuesto de la sala.

Visiblemente agitado, Nefermaat trataba de normalizar su respiración cuando vio como Iay, la señora de la casa, se incorporaba a la danza recordando los viejos tiempos que a veces añoraba. Ella, que había sido una bailarina fantástica, no pudo resistir la tentación de volver a danzar como antaño. Su hija, al verla aproximarse, se hizo discretamente a un lado a fin de dar todo el protagonismo a quien, durante años, había sido su maestra. Obviamente, el tiempo había pasado para ésta, encontrándose ahora lejos de las excepcionales condiciones que en su día tuviera para la danza. Pero Iay no estaba dispuesta a dejarse amedrentar por ella. Bien fuera por el embriagador ambiente o por la considerable cantidad de vino que había ingerido, la dama salió a la

pista demostrando, al momento, que no había olvidado los pasos de baile que tanto había practicado.

Contagiada por la música, Iay se vio atrapada por la euforia desinhibiéndose paulatinamente con cada movimiento. Su cuerpo, que con el paso de los años había ganado peso, parecía algo desbocado al efectuar determinados contoneos, que acabaron resultando más que provocativos. Mas su vergüenza parecía haber quedado en algún lugar lejano de aquella habitación, pues empezó a sacudir sus prolijas carnes a ritmo de crótalos y tamboriles, en tanto que la audiencia la acompañaba entusiasmada con sus palmas. La buena señora, que se encontraba lanzada, dio entonces rienda suelta a sus impulsos, y empezó a desabrocharse su plisado vestido mientras sus pies la llevaban de un sitio a otro sin perder nunca el compás. Cuando, con gesto estudiado, Iay dejó caer la prenda al suelo, la estancia se llenó de vítores y aplausos que la animaron a continuar; y vaya si continuó. Vestida tan sólo con una más que pequeña braguita, Iay dio salida a sus abundancias, que con aquella música empezaron a moverse de un lado a otro con verdadero poder. Sus senos, verdaderamente exuberantes, se bamboleaban pesadamente ante la atónita mirada de unos invitados encantados de cuanto veían.

Para Anón, aquello resultó definitivo. Ver las más que voluptuosas carnes de su mujer agitarse de aquella manera, era más de lo que podía soportar.

—¡La carne llama a la carne! —se dijo para sí, en tanto los más licenciosos impulsos se le disparaban sin remisión.

Fue en ese momento, en el que los generosos pechos de Iay empezaron a menearse desaforadamente, cuando Anón, sin poder remediarlo, se lanzó también a la pista dispuesto a disfrutar de cerca aquellas formas que le enloquecían.

El público entonces aplaudió a rabiar, pidiéndole a voces que se uniera al baile.

—¡Que baile Anón, que baile Anón! —gritaban exaltados.

Éste, bien fuera por los ánimos o por los claros gestos de su mujer que le invitaban a ello, comenzó a perseguir a ésta por toda la habitación dando pequeños saltitos con los que se suponía que danzaba. La escena resultaba verdaderamente cómica, pues las pequeñas piernecillas del babilonio hacían que sus movimientos fueran grotescos; algo que provocó el delirio general. A Nefermaat le recordó a las danzas de los pigmeos que de pequeño tuvo ocasión de ver en el palacio del dios, y que a éste tanto gustaban; aunque, justo era reconocerlo, aquellos hombrecillos se movían con agilidad, mientras que el pobre Anón parecía más bien una rana dando saltos de acá para allá.

El lance llegó a su punto culminante cuando Anón dio alcance a su mujer. Como era mucho más bajo que ésta, su más que generosa cabeza no le llegaba sino hasta la altura del busto de la señora, al que empezó a mirar como quien descubre un nido de pajarillos que está dispuesto a llevarse. Y eso fue lo que ocurrió, pues a consecuencia de uno de los vaivenes producidos por tan sensuales contoneos, uno de los opulentos senos le dio de lleno en la cara dejando a Anón, por un instante, confuso por tan

lúbrico bofetón.

Pero fue sólo eso, un instante, lo que tardó el babilonio en reaccionar, pues dando un pequeño brinco se abalanzó sobre los pechos de su mujer como si en verdad le fuera la vida en ello, cayendo seguidamente ambos al suelo, entre un ensordecedor estrépito de gritos y carcajadas.

Pasada la primera impresión, los asistentes más cercanos se aproximaron para ayudarles a levantarse; pero la cosa no resultó tan sencilla, puesto que Anón se hallaba aferrado al cuerpo de su mujer con verdadera ansia, no habiendo fuerza humana capaz de poderles separar. Fue necesario incluso el llegar a la persuasión para que el babilonio se atuviera a razones y accediera a soltar a su esposa, que mientras tanto reía escandalosamente.

Después del espectáculo brindado por los anfitriones, se hizo necesario un pequeño respiro. El ambiente se hallaba tan caldeado, que lo mejor fue hacer callar a los tambores para evitar así más bailarines espontáneos.

Los invitados se distribuyeron entonces por la villa distendiéndose un poco, después de tan vibrante espectáculo.

Nefermaat aprovechó el momento para aproximarse a la espaciosa terraza que, desde la gran sala, se asomaba al jardín.

Se apoyó en la balaustrada y contempló la bella vista que desde allí se disfrutaba. Observó el hermoso jardín que, rendido a sus pies, le enviaba las deliciosas fragancias que a él tanto le gustaban. Las aspiró con fruición contento de poder perderse en ellas después de tan agitada cena. Luego dirigió su vista hacia el río que, algo más allá, discurría sereno y generoso con un nivel que aumentaba gradualmente, como signo inequívoco de su crecida. El limo benefactor pronto anegaría los campos dando así origen a un nuevo ciclo que aseguraría la vida en aquella milenaria tierra, y que llevaba produciéndose, inalterablemente, desde el principio de los tiempos.

El joven volvía a aspirar con deleite los aromas propios de aquel vergel, cuando un movimiento en el jardín le llamó la atención. La luna nueva hacía que las sombras, aquella noche, parecieran aún más devoradoras; sin embargo, Nefermaat pudo reconocer la figura que había provocado su curiosidad. Ésta se aproximó a una de las lámparas que iluminaban el pequeño paseo que conducía hasta el río, y levantó su cabeza mirando justo hacia donde él se encontraba. La suave luz se reflejó entonces en su cara, en la que se pudo adivinar un atisbo de sonrisa; era Atet.

Nefermaat sintió, por un momento, que aquel desagradable desasosiego experimentado con anterioridad regresaba de nuevo con toda la indómita fuerza de que era capaz. Notó cómo su corazón se aceleraba y cómo sus manos se aferraban a la barandilla con más vigor del necesario. Entonces, casi de inmediato, la muchacha se dio la vuelta desapareciendo de su vista por el camino; junto a unos arbustos.

Intrigado, el joven permaneció durante un rato aguzando sus sentidos en busca de alguna señal que delatara a Atet, pero ésta parecía haber sido tragada por la insondable noche, pues no había rastro alguno de ella. No obstante, casi

inmediatamente, otra figura apareció en el jardín dirigiéndose también por el camino que iba hacia el río. Al pasar junto a la lámpara, Nefermaat le reconoció al momento, pues era uno de los oficiales que había estado sentado junto a la joven durante la cena.

Sintió un repentino malestar, que se acrecentó cuando oyó claramente la voz de Atet que le llamaba desde la oscuridad. El oficial la escuchó al instante, pues se dirigió sin dilación hacia ella, desapareciendo también entre las sombras.

—Ya te advertí que era diabólica —oyó que le decían a sus espaldas.

Nefermaat se volvió presto, justo para ver cómo Anón se le aproximaba.

—Es perversa de verdad —continuó el babilonio mientras se apoyaba en la barandilla—. Y no sé a quién habrá salido pues su madre, aunque licenciosa, tiene un buen corazón.

Nefermaat no contestó, limitándose a mirar hacia la impenetrable noche.

—Lo que te ha hecho no tiene perdón; créeme si te digo que te comprendo.

El joven le miró sorprendido.

—Sí, hombre, todo el mundo se ha dado cuenta. Ella ha bailado para ti desde el principio, enardeciéndote hasta el límite que el descaro le permitía, para después desaparecer con el estúpido soldado con quien fornicará hasta que se harte.

Nefermaat volvió a mirar hacia el oscuro jardín, en silencio.

—Ya sé que piensas que estoy borracho y que soy un exagerado; y tienes razón. Estoy moderadamente borracho, pero con la mente mucho más lúcida que la tuya. Por eso te aconsejo que te cuides de ella.

—No creo que Atet tenga demasiado interés en mí —contestó por fin el joven.

—¿Interés? Eso sólo lo sabe ella; pero es muy maliciosa, y en todo caso no te lo demostrará hasta que te encuentres rendido definitivamente a sus pies.

Nefermaat lanzó una pequeña carcajada.

—No te rías; sé de lo que te hablo. A mí lleva provocándome desde hace tiempo, sin importarle lo que diga su madre. Disfruta viendo a los hombres reconcomidos por la lascivia por su causa; y sólo tiene dieciocho años.

El joven bajó la vista mientras entrelazaba sus manos.

—Amigo mío —prosiguió el babilonio poniéndole una mano sobre el hombro—, créeme; sé cómo te sientes. Pero así son las reglas de Atet. Ella te requerirá cuando le convenga, y tú acudirás presto a su llamada. Luego, cuando te encuentres enloquecido por la pasión, se encaprichará de otro, y te despedirá con la mejor de sus sonrisas.

—Hablas de Atet como si fuera una persona sin corazón —dijo el joven con disgusto.

Anón lanzó una carcajada.

—Es que no lo tiene; te lo aseguro. En fin, quedas advertido. En cualquier caso ya has visto cómo se conduce —dijo señalando al jardín—. A ti te ha dado un buen plantón.

—Es extraño, apenas he cruzado una palabra con ella, y sin embargo; en ocasiones siento su presencia próxima a mí.

—Eso forma parte de su hechizo, sin duda —replicó Anón—. Mas no le busques explicación, pues no la encontrarás.

—En cualquier caso me encuentro lejano a mantener ningún tipo de ilusión al respecto —observó el joven muy digno—. Ella no me interesa especialmente, aunque reconozco que me resulta hermosa.

—Eso mismo nos ocurre a la mayoría —exclamó el babilonio, riendo de nuevo—. Atet sabe perfectamente en lo que estamos interesados; por eso hoy volverás a ese escondrijo que tienes como habitación, tan solo como has venido.

—Es un buen lugar —intervino el joven algo envarado.

—Pues disfruta de él con tu habitual compañía de papiros y lavativas —concluyó el maestro, dándole unas palmaditas en la espalda—. Yo prefiero la compañía de mi esposa con la que pienso reunirme ahora mismo.

»Esta noche deberás aumentar tus plegarias a los dioses —oyó que le decía Anón desde la puerta que accedía a la sala—. De nada te valdrán las infusiones de loto que sueles tomar para hacer disminuir la lívido.

Nefermaat pensó en ello mientras se tumbaba sobre su áspera estera. Para él, la libido no había supuesto un problema hasta hacía poco tiempo, aunque justo era reconocer que, en parte, el babilonio tenía razón; particularmente en lo referente a las infusiones. En realidad, lo que le ocurría era lo normal en cualquier joven de su edad. Él era consciente que su reclusión durante tantos años en el templo había ralentizado tan natural proceso que, una vez libre de la estricta disciplina, se había manifestado; como no podía ser de otra forma.

El joven se estiró cuan largo era y puso sus manos bajo la nuca, entrecerrando los ojos. La imagen de Atet surgió como algo inevitable recordando los instantes en los que la joven, apenas a un palmo, bailó ante él como si fuera la mismísima Hathor reencarnada. Luego, rememoró sus senos y los tentadores pezones que ella había paseado ante sus ojos. Suspiró mientras notaba cómo su miembro se inflamaba inevitablemente, aumentando progresivamente de tamaño, y produciéndole una gran desazón. Tenía razón Anón; aquella noche las plegarias a los dioses no solucionarían sus problemas.

La Fiesta de la Embriaguez era la festividad más importante de Bubastis y una de las más populares de todo Egipto. Como la mayoría de las fiestas del país, se celebraba durante Akhet, la estación de la inundación, que era cuando muchos de los trabajadores quedaban liberados de sus quehaceres diarios, al estar cubiertos los campos por la crecida del río. La Fiesta de la Embriaguez se celebraba también en otras ciudades, aunque fuera la de Bubastis la más afamada, hasta el punto que, gentes venidas de todos los lugares del país de Kemet, arribaban a la ciudad para participar durante veinticuatro días de los mayores excesos y libertinajes que se pudieran imaginar. En un país tan tradicional como Egipto, cuyo pueblo era en

extremo piadoso y casi siempre fiel cumplidor de leyes y preceptos, un festejo de tales características representaba un hecho insólito que pocos estaban dispuestos a perderse. Hasta tal punto era así, que unas setecientas mil personas acudían a la ciudad de la diosa gata para unirse a las celebraciones. Una cantidad enorme, que transformaba la fisonomía de la ciudad llenándola de alegría, e invitando a disfrutar de aquella bendición que Bastet les otorgaba, desde el primer al último día.

Como todo lo que ocurría en Egipto, la Fiesta de la Embriaguez tenía su razón de ser, naciendo su esencia de la complejidad de sus mismos dioses. Bastet, que era una diosa que simbolizaba la dulzura maternal y la protección familiar, podía transformarse en leona para así defender a sus hijos. Asimilada a la diosa Sejmet, se transformaba en colérica asesina y, según la leyenda, se dirigía a la lejana Nubia donde destruía a todo aquel que se encontraba en su camino. Ra, el padre de los dioses, enviaba entonces a éstos para aplacar su enajenada furia, consiguiéndolo al fin mediante la música, la danza, y la embriaguez^[81]. Éste era el fundamento de esta festividad; cantar, bailar y emborracharse a fin de que Bastet permaneciese alegre y no se transformase en leona, e hiciera una terrible carnicería entre los hombres. Por ello, en la ciudad se oficiaban actos de gran solemnidad en los que se rendía homenaje a su patrona desde todos los estamentos.

Los ceremoniales comenzaban el primer día con una imponente procesión en la que el clero de Bastet, con su Primer Profeta como representante del faraón a la cabeza, transportaba sobre la barca sagrada a un gato que había sido elegido como reencarnación de la diosa. El animal, ataviado con todos los atributos de la diosa gata, era así adorado por todo el pueblo, que se postraba ante él a su paso. La comitiva se dirigía hacia el río, donde navegaba en sus magníficas barcas entre cánticos y alabanzas. La diosa reencarnada repartía entre tanto sus bendiciones desde su hermosa nave de madera dorada, que refulgía sobre las aguas bajo los rayos del poderoso Ra.

El sagrado séquito era seguido por cientos de embarcaciones atestadas de hombres y mujeres, que entonaban himnos de enaltecimiento y viejas canciones que ensalzaban los proverbiales poderes de la diosa. Desde las orillas del Nilo, todo un gentío se sumaba a las loas, uniéndose así al homenaje que gentes de todo Egipto dispensaban a Bastet.

La procesión finalizaba en el Templo de Bastet, a cuyo sagrado lago, en forma de media luna, arribaba la barca de la diosa a través de un canal que comunicaba con el río. Una vez allí, la divina reencarnación era transportada de nuevo a hombros de sus sacerdotes hasta el sanctasanctórum del santuario, donde permanecería como diosa viviente durante la duración de las fiestas. Allí sería cuidada y alimentada como la diosa en que se había convertido, siendo venerada como tal por todos los peregrinos que visitaran el templo a diario. Éste, que de ordinario cobijaba un gran número de gatos, vería incrementada su población de una forma prodigiosa llegando, en ocasiones, a pensar que había sido literalmente tomado por los mininos. Era como si

todos los gatos de Bubastis, ciudad donde además eran queridos y protegidos, tuvieran conocimiento del significado de tan señalado culto, y acudieran en tropel al gran templo para rendir felina pleitesía a su divina patrona.

Durante el tiempo que duraban las fiestas, la ciudad debía hacer frente a un aumento desmesurado de su población, lo que acarreaba, lógicamente, no pocos problemas. Las calles se veían atestadas de gente que no tenía otro remedio que dormir en ellas, por lo que los festejos, prácticamente, no ofrecían descanso alguno. Además, el vino empezaba a correr desde el primer momento con una generosidad sin parangón. Se decía, y no sin razón, que en aquellas fiestas se consumía más vino que en el resto del año, mientras miles de peregrinos cantaban y bailaban agitando sus sistros, hasta caer extenuados.

Todos los días podía observarse, desde los márgenes del Nilo, el incesante ir y venir de las embarcaciones abarrotadas de gente, que hacían sonar sus instrumentos y proferían todo tipo de procacidades a aquellos que les observaban desde las orillas. Las mujeres, incluso, se levantaban los vestidos enseñando el trasero, en tanto el vino corría de proa a popa.

Como era natural, tras la primera semana del festival, las consecuencias de tan escandaloso proceder saltaban ya a la vista.

Por ello, cuando aquella mañana Nefermaat se dirigía al templo para elevar sus preces a la diosa, no se extrañó en absoluto de ver a muchos de los ciudadanos tirados en las calles, durmiendo los diez días de borrachera acumulados que ya llevaban. Era asombrosa la cantidad de alcohol que aquella gente era capaz de ingerir durante los festejos, por lo que tales escenas llegaban a ser harto corrientes, generalizándose según avanzaban los días.

Mientras caminaba esquivando cuerpos pensó en ello, y en la posibilidad de que alguno de los ciudadanos no se volviera a levantar más. Él, que conocía perfectamente el mito de la Diosa Lejana y el porqué de la celebración, no podía dejar de sentir un inconsciente rechazo por ésta, producto sin duda de su propia naturaleza. El descubrir cómo hombres y mujeres se perseguían entre risas y provocaciones por los hermosos jardines de la ciudad para terminar yaciendo detrás de algún arbusto, le parecía impropio de cualquier festividad que se celebrara en Egipto. Nada más lejano al espíritu de su pueblo que aquello, y sin embargo...

Suspiró al no encontrar explicación a ello mientras entraba en el templo. Su interior le resultó gratificante, pues se hallaba limpio de cuerpos y borrachos. Como de costumbre, algunos feligreses rezaban entre las grandes columnas del patio columnado que Nefermaat atravesaba. Había en ellos cierto recogimiento que le hizo considerar, en parte, la mala impresión que tenía, pues al menos existía quien manifestaba alguna devoción por la diosa.

Mientras cruzaba el patio, el joven se quedó perplejo al ver la multitud de gatos que corrían de un lado a otro como si fueran los verdaderos dueños y señores del lugar. Él sabía que en aquel templo se los cuidaba y protegía, aunque nunca pudiera

sospechar que hubiera tal cantidad de ellos. Cuando alcanzó el vestíbulo situado al final del patio, el número de gatos aumentó todavía más, hasta el punto que parecía difícil el no tropezarse con ellos. Un sacerdote se aproximó a saludarle mientras sorteaba cuidadosamente a los mininos. Era un *hemneter*, conocidos vulgarmente como Simples Profetas, que se dedicaba a las labores auxiliares dentro del templo; dichos profetas pertenecían al bajo clero y formaban el grupo más numeroso.

Al ver llegar a Nefermaat advirtió, al instante, que era un sacerdote *ueb*, por lo que se le acercó solícito por si necesitaba cualquier cosa. Ambos hablaron durante unos momentos, tras lo cual el *hem neter* se despidió permitiéndole la entrada a la gran sala hipóstila.

Nefermaat entró en aquella enorme sala sutilmente iluminada, cuyos altos techos descansaban sobre ciclópeas columnas papiriformes. Los pebeteros, regularmente dispuestos, despedían el característico olor de la combustión de la resina de terebinto, que tanto le gustaba. La estancia parecía hallarse solitaria a excepción, claro está, de algunos gatos que, cómodamente echados, disfrutaban del frescor que les reportaba el lugar.

El joven respiró profundamente, aspirando el olor de la resina quemada que producía en él efectos balsámicos. Agradeció al instante aquella fragancia, así como el hecho de encontrarse solo; al fin y al cabo, ésa era una de sus prerrogativas, pues sólo los sacerdotes o el faraón podían traspasar el vestíbulo que daba acceso a la sala. El pueblo llano debía conformarse con permanecer en el gran patio situado a la entrada, y ni él mismo podía continuar más allá de donde se encontraba. Así estaba establecido desde los tiempos remotos en todos los santuarios de Egipto, a cuyas estancias más sagradas sólo podía acceder el faraón y determinados sacerdotes del alto clero.

Nefermaat se concentró en sus plegarias entrecerrando los ojos. Había acudido a aquel lugar para presentar sus respetos a Bastet, y se alegró de poder abstraerse entre las silenciosas columnas. Al poco se sintió reconfortado, y entró en una especie de estado de meditación al que, con frecuencia antaño, solía abandonarse. Todo le era ajeno en aquella situación; sólo las letanías, pronunciadas en silencio, le resultaban cercanas a la vez que le evadían de todo lo terrenal que pudiera albergarse en él. Estados de consciencia que, a la postre, eran refugio para un alma que parecía no encontrar la quietud.

Sin embargo, un fino aunque invisible hilo seguía uniéndole irremediabilmente con la realidad, cual incorruptible centinela; siempre alerta. Él es capaz de transmitirnos todo cuanto nuestros sentidos captan, haciéndolos parecer, en ocasiones, meras ilusiones. Eso fue precisamente lo que experimentó desde su nivel de abstracción; una ilusión lejana que parecía traer su nombre.

—Nefermaat, Nefermaat, Nefermaat...

La ilusión, sumamente difusa en un principio, resultaba borrosa a su entendimiento; incomprensible.

—Nefermaat, Nefermaat, Nefermaat...

Esta vez, las palabras llegaban tocando a la puerta de su meditabundo éxtasis con nudillos fuertes y decididos, haciéndose oír, al fin, por entre el ensimismamiento. Desde lo más profundo del trance, la luz surgió entonces gradualmente más nítida, abriendo aquella puerta que permitía al joven abandonar definitivamente su ilusorio estado; ahora estaba seguro de que alguien le llamaba.

—Nefermaat, Nefermaat, Nefermaat...

Éste abrió sus ojos tratando de localizar la procedencia de la voz que le invocaba. ¿Sería la diosa, que satisfecha le reconocía su devoción?

Nefermaat trató de situarse mirando en rededor, al tiempo que le pareció percibir el inconfundible ruido apagado de pisadas sobre las desgastadas baldosas.

—Nefermaat, Nefermaat, Nefermaat...

Su nombre llegó diáfano por entre las columnas situadas a su espalda, haciéndole volver la cabeza hacia ellas.

—¿Quién me llama? —preguntó al instante.

Sólo el silencio pareció hacerse eco de una llamada que acabó perdiéndose en los confines de la sala.

El joven caminaba por entre el palmeral de columnas, sumamente intrigado, cuando su nombre volvió a sonar con claridad.

—Nefermaat, Nefermaat, Nefermaat...

Éste se dirigió presto hacia uno de los laterales de donde parecía proceder aquella voz, cuyo timbre llegaba algo distorsionado. Nefermaat tuvo la impresión de que aquella voz era de mujer, y de nuevo se detuvo escudriñando a su alrededor.

—¿Quién es? ¿Quién me llama? —gritó ahora con fuerza.

Casi al momento escuchó otra vez ruido de pisadas próximas, que parecían perderse por una de las salas auxiliares situadas en un lateral.

Nefermaat se dirigió hacia allí, escuchando claramente cómo aquellas pisadas se hacían más rápidas. Por fin llegó junto al muro, y observó el pasillo desierto que recorría la gran sala hipóstila de lado a lado.

—¿Quién me busca? —volvió a gritar.

El joven escuchó claramente cómo una risa le contestaba por entre aquel bosque de pétreos papiros y cómo, súbitamente, una figura atravesaba corriendo el corredor donde se encontraba, desapareciendo por una de las habitaciones contiguas.

Nefermaat se llegó hacia allí, justo para ver cómo aquella extraña silueta se desvanecía por uno de los pasillos situados al final de la estancia.

De nuevo la risa llegó hasta él, invitándole a avivar el paso. Esta vez la percibió claramente, y Nefermaat ya no tuvo duda alguna que era de mujer. Cuando llegó al pasillo, se adentró en él con decisión. Era estrecho y lóbrego, como casi todos los que había conocido en los templos, y daba a otra sala de la cual parecían salir tres nuevos corredores. Nefermaat se situó en el centro, observando la cámara con atención. En ella pudo distinguir tres galerías, y una escalera que daba acceso a las terrazas y que,

enseguida adivinó, debía ser utilizada por los Sacerdotes Horarios para observar el cielo y así contar el paso de las horas. Al momento, se dio cuenta de que él no debía estar allí, y se sintió incómodo; mas entonces, su nombre volvió a llegar nítido a sus oídos.

—Nefermaat.

Esta vez no había eco que lo repitiera, como ocurriera con anterioridad, pero sonaba tentadoramente próximo. Se aproximó a la entrada de aquellos pasillos atisbando a través de ellos. Entonces, al llegar al situado más a su izquierda, pudo ver claramente cómo una silueta, al fondo, parecía esperarle.

Ahora Nefermaat fue capaz de examinarla con más claridad, quedando desconcertado, ya que aquella figura que parecía aguardarle, era la viva imagen de Bastet, pues iba ataviada tal y como la diosa acostumbraba a hacerlo; con un gran collar sobre el pecho y un ceñido vestido que le llegaba hasta las pantorrillas. Además, al igual que ocurriera con Bastet, portaba un sistro en su mano derecha y una égida en la izquierda, de cuyo brazo pendía un cesto lleno de cachorros de gato.

¿A qué obedecía semejante ceremonia? ¿Qué significaba aquella representación?

A Nefermaat apenas le dio tiempo de planteárselo, pues la enigmática forma agitó su sistro y, tras reír de nuevo, salió corriendo por otro de los pasillos laterales.

Ahora el joven apretó el paso dispuesto a no perder a aquella silueta que parecía tener especial interés en invocarle. La persiguió por varios corredores, hasta que uno de ellos le llevó justo hasta los jardines que rodeaban el lago sagrado. Vio como la diosa reencarnada corría, atravesándolos, hasta desaparecer entre los frondosos macizos de plantas que embellecían el lugar. A Nefermaat el jardín le pareció maravilloso, y tan cuidado como los que recordaba haber visto durante su infancia en el palacio del dios; incluso el lago, con el embarcadero situado al fondo, le hizo recordar con mayor claridad. Hermoso lugar, en verdad; digno para el solaz de Bastet.

Enseguida salió de su ensoñación y buscó con su mirada a la otra diosa, tratando de descubrir su paradero. Se encaminó hacia los arbustos por donde había desaparecido, y trató de orientarse a través de aquel frondoso laberinto de plantas de las más diversas especies, que dibujaban estéticas formas a consecuencia de las podas.

Avanzó por un pequeño sendero entre la floresta, deleitándose con el perfume que las flores le regalaban. Su curiosidad había dado paso a un estado de placidez, pues le gustaban mucho las plantas, y más aún el poder disfrutarlas en tan magnífico jardín.

Un ruido cercano volvió a sacarle de su complacencia, haciéndole prestar atención.

—Nefermaat.

Ahora su nombre llegó como en un susurro, pues sonó cercano como nunca; desde unos arbustos próximos.

El joven se aproximó a ellos, apartándolos no sin dificultad, para abrirse paso al

fin y acceder a un pequeño claro. Éste se hallaba rodeado de una espesa vegetación que hacía de él una isla entre la frondosidad, como si uno de aquellos oasis del desierto occidental hubiera invertido su natural belleza, abandonando la yerma aridez para instalarse en la más feraz de las tierras.

Los Campos del Ialú^[82] se encontraban representados en aquel sagrado jardín, pues una vez dentro, Nefermaat pudo ver cómo, recostada bajo la sombra de una palmera, le esperaba una diosa.

—Ya ves que tus invocaciones a la diosa surtieron efecto, Nefermaat —escuchó éste que le decía—. Ella es generosa con quien cumple con los preceptos y, por lo que parece, tú eres de los pocos que los observas; si quieres que te sea sincera, puede que hasta el único —apuntó mientras lanzaba una carcajada.

Aquella risa, particularmente cantarina, hizo que el joven ensombreciera el semblante.

—¡Tú! —exclamó sorprendido—. Pero... no comprendo...

—Ya te lo he dicho. La diosa me envió en su nombre al único justo de Egipto —dijo, volviendo a reír.

Nefermaat continuó mirándola sin poder disimular su asombro. Allí, reclinada bajo la palmera, se encontraba una suerte de transmutación divina; un prodigio, sin duda, pues la diosa gata no hubiera podido elegir mejor para la ocasión. La tentación había vuelto de nuevo a visitarle, pero esta vez lo hacía con el beneplácito divino.

—¡Atet! —exclamó de nuevo el joven.

Ella hizo un extraño mohín a la vez que daba unas palmaditas en el suelo.

—Vamos, siéntate Nefermaat; aquí, junto a mis gatitos.

El joven, confundido, dudó un instante; mas enseguida se aproximó y se sentó a su lado.

—¿Qué haces aquí vestida de esta forma? —acertó por fin a preguntar el joven, que trataba de sobreponerse a la situación.

—Lo mismo que tú, visitar a la diosa. Yo venero a Bastet desde mi infancia; a ella no le importa que imite su atuendo; al fin y al cabo se trata de su festividad.

—Pero ¿cómo has podido acceder al interior del templo? Tú no deberías haber estado allí.

—Ése es un asunto entre la diosa y yo —contestó ella volviendo a reír.

Nefermaat no supo qué decir, prefiriendo guardar silencio mientras la observaba con disimulo.

Vestida como Bastet, le pareció aún más hermosa que con anterioridad, no pudiendo evitar imaginar sus formas de nuevo, tal y como las había visto aquella noche mientras bailaba.

—Llevábamos muchos días sin vernos —continuó la joven—. Dime, ¿acaso has estado celebrando la festividad con arreglo a la tradición?

—Sabes que he permanecido en tu casa, junto a tu padrastro, atendiendo a mis obligaciones durante todo este tiempo.

—Ya sé que eres un fiel cumplidor —dijo Atet maliciosa—. Según he oído eres un buen médico, que además posee unas hábiles manos. ¿Me las enseñas?

Nefermaat dudó un momento y finalmente extendió una de ellas.

—Son suaves —observó la joven mientras la cogía entre las suyas—. Suaves y a la vez firmes.

Nefermaat se revolvió incómodo en tanto comenzaba a experimentar aquella desazón que tan bien conocía.

Atet notó su azoramiento, disfrutando con ello. Le miró sin disimulo, examinando las facciones de su cara y su cabeza afeitada. Aquello le produjo un íntimo goce, pues últimamente le excitaban los hombres con la cabeza rapada.

Nefermaat percibió la sensual mirada de la joven, que parecía envolverle con una invisible aura que le invitaba a abjurar de su propia voluntad, sintiendo cómo era incapaz de retirar aquella mano que tan cálidamente le sujetaba. Era una sensación de bienestar que a la vez despertaba en él emociones nunca experimentadas, que se hallaban escondidas en los más recónditos lugares de su interior.

Atet pareció comprender todo esto mientras escrutaba en lo más profundo de su mirada. Leyó en ella la bondad y honradez de aquel hombre, cuya alma le transmitió una inocencia que nunca antes había percibido. Esto la encendió aún más, y casi de inmediato pensó en el hecho de apoderarse de ella, y hacerla esclava de sus inconfesables pasiones. La posibilidad de pervertir aquel espíritu puro la enardeció totalmente, pues era algo a lo que no estaba acostumbrada.

A pesar de su juventud, se había abierto a la sexualidad prematuramente, sintiéndose atraída, casi desde el primer momento, por el lado más oscuro de ésta. Se acostumbró a sus tortuosos caminos, que recorrió en compañía de hombres depravados, sobre los que enseguida se percató de su ascendente. Supo lo fácil que resultaba encadenarlos a sus vicios, y la desesperación con que suplicaban por ellos. Con sólo dieciocho años era una experta en el gobierno de las almas perdidas, ardiendo en deseos de corromper las inmaculadas.

A pesar de la advertencia que en su día recibiera de Anón, Nefermaat era incapaz de poder imaginar el tipo de mujer que tenía enfrente. Si había alguien en Egipto que poco o nada sabía sobre ellas, ése era él. Su vida siempre había transcurrido al margen de lo que significaban las relaciones entre los dos sexos; algo tan natural y que, sin embargo, desconocía. El que a los veinte años aún permaneciera virgen no era algo que le preocupara, pues nunca se había planteado la obligación de tener que perderla simplemente por la edad. Era una cuestión secundaria en su vida, que había orientado en función de otras prioridades. Pero, obviamente, la naturaleza no es algo que se pueda encerrar de por vida entre barrotes de recomendaciones morales, por ello, cuando ésta ve llegado el momento de abrirse paso, ningún cerrojo es capaz de retenerla.

Nefermaat ya había oído su voz con anterioridad, comprendiendo la urgencia de sus requerimientos. Demandas contra las que solía enfrentarse en una sórdida lucha,

cuyo resultado nunca le satisfacía. Mas cuando conoció a Atet, el problema tomó una nueva dimensión, pues aquellos ambiguos requerimientos tenían ahora formas y rasgos definidos; y así la pequeña llama, antes apenas perceptible, se había transformado en un fuego imposible de ignorar.

Tras la noche en que la joven bailó para él, ese fuego se había convertido, definitivamente, en un deseo de tales proporciones que le era imposible sustraerse a él.

—Dime, Nefermaat. ¿Te parezco deseable?

La voz de la muchacha le hizo parpadear ligeramente. Ella continuaba acariciando su mano mientras le miraba provocadoramente.

—¿Por qué me preguntas eso? Sabes que los hombres te desean.

—Pero ¿y tú? ¿Me deseas también?

Nefermaat contuvo el aliento, guardando silencio.

Ella rió echando ligeramente su cabeza hacia atrás, mostrando así su grácil cuello.

—¿No estás seguro? ¿O acaso temes disgustarme? —preguntó la joven acercándose más a él, a la vez que apoyaba una mano sobre una de sus rodillas.

Nefermaat sintió el cálido contacto en su rodilla, y cómo dibujaba suaves arabescos con sus dedos, que hicieron que se excitara sin remisión.

—Dime... ¿no te gustaría unir tus labios a los míos? —volvió a preguntarle, ahora casi en un susurro, a la vez que observaba satisfecha cómo el *kilt*^[83] se abultaba debido a la presión de su miembro.

El joven miró aquellos labios que le ofrecían, convencido de que no había nada que más deseara que besarlos; luego, sus ojos se fijaron en los de ella, profundamente verdes y embaucadores, como el pozo que parecían guardar en su interior y que era incapaz de calibrar. Comprendió, en ese momento, que no había resistencia posible ante su hechizo y que su oposición, además de fatua, era inútil.

Ceder a sus impulsos fue cosa de un instante; eso fue exactamente lo que Nefermaat tardó en notar aquellos carnosos labios contra los suyos. Fue un contacto impetuoso, que incluso sorprendió a la joven, y del cual Nefermaat no estaba dispuesto a separarse. Ella le rodeó el cuello con sus brazos y recondujo unos labios que parecían besar por primera vez. Ello la hizo humedecerse por completo, al comprobar cuánto tenía que enseñarle. Él demostró enseguida unas buenas dotes, pues se dejó guiar por aquella boca que le mostró una selección de besos que ignoraba que existiesen. Pronto su lengua se volvió tan ávida como la de ella, explorando cada rincón que la diosa parecía ofrecerle. Incluso Atet se separó sorprendida, al comprobar la desesperación que se había apoderado de un joven que parecía abandonado a sus instintos.

Atet le tumbó sobre la hierba mientras le acariciaba el rostro; después volvió a besarle, a la vez que con los dedos recorría su afeitada cabeza. Ello le hizo emitir un sutil gemido besándole con más vehemencia. Después, sus dedos bajaron lentamente hasta sus hombros y luego hasta su pecho, que subía y bajaba presa de la excitación.

Por fin, su mano alcanzó el *kilt*, desabrochándolo con la habilidad propia que da la experiencia. Cuando apartó el pequeño faldellín, Atet separó los labios de su boca al observar aquel miembro que surgía aliviado al verse libre del tejido que lo aprisionaba. Ella se regocijó al verlo de nuevo, y al comprobar la potente erección que presentaba. La diosa se relamió sin pudor a la vez que intentaba abarcarlo con su mano, sintiendo de inmediato los guturales gemidos de enardecido deseo del joven. Atet le observó con complacencia, y acto seguido paró en sus manoseos, incorporándose hasta quedar en pie sobre él. Nefermaat intentó levantarse, pero ella se lo impidió con uno de sus pies, que puso con suavidad sobre su cara. Él lo besó con pasión, y la muchacha aprovechó para introducirle uno de sus dedos en la boca, sintiendo como Nefermaat se lo mordisqueaba con frenesí. Aquello era algo que le gustaba especialmente y le dejó hacer, al tiempo que deslizaba los tirantes del vestido por sus brazos, dejando que cayera luego hasta sus pies.

Nefermaat vio el traje de la diosa caer sobre él, y cómo ésta le mostraba su total desnudez. Al contemplarla dejó de mordisquear, arrobado ante un cuerpo como aquél. Tumbado como estaba, recorrió aquella figura divina que, erguida sobre él, le dominaba por completo. Lo primero en lo que reparó fue en sus senos, que parecían balancearse firmes y erguidos con sus oscuros pezones enhiestos como boquillas de trompeta. Al joven le costó tragar saliva ante semejante visión; sin embargo, sus ojos siguieron recorriendo aquel cuerpo como impulsado por un ansia voraz de la que siempre había creído ser ajeno. Se sorprendió cuando descubrió que Atet estaba totalmente depilada, y al concentrarse en aquella pequeña hendidura, sintió su enorme poder; capaz de los mayores milagros y de la ruina de cualquier hombre. Fue en ese momento cuando ella se inclinó sobre él dispuesta a trasladarle sin más dilación a la locura. Sentándose a horcajadas sobre su vientre, Atet acopló sus cuerpos con singular habilidad, para iniciar una carrera en la que sólo ella decidiría cuando llegaría el final.

Nefermaat recordaría toda su vida cómo una diosa se apropió de su voluntad, haciendo que sus sentidos fueran manejados por los invisibles hilos que sólo los dioses saben mover a su antojo.

En su caso, fue Bastet reencarnada la que los movió, llevándole irremediabilmente al éxtasis más absoluto, entre espasmos y sacudidas.

Cuando, completamente exhausto, vio cómo la diosa se desunía de él, dejando su virilidad agotada y tumefacta, intentó incorporarse extendiendo una de sus manos hacia aquel cuerpo que se separaba, y al que no quería renunciar. Mas Atet le hizo un gesto elocuente, invitándole a continuar como estaba, mientras recogía su vestido. Él se apoyó sobre sus codos observando cómo la joven se vestía de nuevo.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó con la respiración entrecortada.

Atet le miró con malicia mientras colocaba los tirantes sobre sus hombros. Luego recogió la cesta en la que sólo quedaba uno de los gatitos, y se volvió hacia él en tanto se estiraba el vestido.

—Hoy me has dado placer —dijo sonriendo.

Después, con agilidad pasmosa, desapareció entre los arbustos.

Nefermaat se estiró con ambas manos bajo su nuca. Su agitación anterior fue dando paso a una sensación de bienestar, desconocida para él. Era como si todas las piedras con que parecía haber cargado los últimos años hubieran sido dejadas a un lado, haciéndole flotar ligero. Aspiró con fruición los aromas del jardín entrecerrando los ojos, libre de aprensiones y convencionalismos; era magnífico, dejarse ir sin tan siquiera ser consciente de su propia identidad.

Mas a la postre, ésta siempre regresa, y el joven, recostado de nuevo sobre sus codos, volvió poco a poco a la realidad, reflexionando sobre lo ocurrido; como en él era costumbre. No intentó buscar una explicación a cuanto le había sucedido, pues quizá no quisiera conocerla.

Aunque era la primera vez que había amado a una mujer, no tenía ninguna duda de que no habían sido los vínculos del amor los que les habían unido. Ahora se daba perfecta cuenta de lo que la palabra pasión significaba, y cuáles eran las consecuencias al jugar con ella. Sabía el peligro que representaba aquella mujer y, sin embargo, anhelaba de nuevo estar entre sus brazos para saciarse de ella.

Se levantó al fin algo perezoso, y volvió a vestirse con su faldellín. Luego miró a su alrededor admirando otra vez la belleza del paraje.

—Ningún sitio mejor que el jardín de un templo para perder el celibato —se dijo complacido antes de irse—. Sobre todo, cuando ha sido una diosa quien se lo ha llevado.



Durante los siguientes días, Nefermaat no volvió a tener noticias de Atet. La joven parecía haber desaparecido de la casa y él se cuidó mucho de hacer preguntas al respecto, dedicándose exclusivamente a sus consultas rutinarias en compañía de su maestro. Éste, que llevaba en estado de ebriedad permanente más de quince días, seguía con sus quehaceres cotidianos, como si se tratase más de una cuestión de honor que de otra cosa, siendo un enigma para Nefermaat el que aquel hombre no hubiera sufrido ya un colapso; sin embargo, allí estaba, erguido permanentemente en todo lo que su pequeña estatura le permitía, y trabajando como si nada ocurriese.

—¡Todo sea por la dignidad de la profesión! —solía exclamar con solemnidad.

Durante aquel tiempo, Nefermaat volvió a acompañar al babilonio en dos ocasiones a examinar cadáveres. En ambas, se sorprendió al comprobar lo lejanos que habían quedado sus anteriores prejuicios, así como la excitación que íntimamente sentía con la sola idea de regresar a aquella tétrica sala. En tan macabro escenario, Anón continuó dándole muestras de su maestría, abriéndole su corazón definitivamente al hacerle partícipe de mil y un conocimientos que, como de costumbre, el joven asimiló con voracidad.

Fue entonces cuando, una mañana, Nefermaat tuvo oportunidad de ser testigo de un prodigio; un milagro más, materializado por las manos del maestro en la persona de un alto oficial de infantería al que trajeron muy malherido a su casa.

Avisado con premura, Anón fue a verlo de inmediato, percatándose enseguida de su gravedad al observarle un fuerte traumatismo craneal.

El babilonio reparó en los presentes, que le miraban con caras angustiadas, y acto seguido dio su dictamen sin pestañear.

—Es necesario hacerle una trepanación —dijo tranquilamente—. He aquí un mal contra el que puedo luchar.

Nefermaat abrió los ojos atónito ante el juicio emitido por el babilonio. Una operación como aquella conllevaba un riesgo enorme, que conocía muy bien. Sólo los grandes *sunu* se atrevían a realizarla, y siempre con las máximas precauciones a la hora de emitir un dictamen como aquél. Al decir Anón que podía luchar contra aquel mal, se comprometía, en cierta forma, a curarlo.

Nefermaat, que le miraba boquiabierto, no dudaba de su competencia para

hacerlo. Puesto que si había un médico capaz en Egipto, ése era el babilonio; lo que ocurría es que Anón se encontraba completamente borracho.

El oficial había sufrido un traumatismo grave, ya que se había fracturado el frontal derecho al haber sido golpeado con la punta de una lanza. Tenía una herida punzante, a cuyo alrededor el hueso se hallaba fracturado. En tales condiciones, era delicado intervenir la fractura y, como Nefermaat sabía muy bien, a veces era preferible no tocar al enfermo, e intentar dejar que él solo se recuperara con el tiempo. Mas Anón estaba convencido de que, si no le trataba, el oficial moriría sin remisión, asegurando que su curación no entrañaría mayores complicaciones.

Estudió durante un rato al paciente, y acto seguido se dirigió a su joven pupilo.

—Necesitaré de tu ayuda para poder intervenirle —le dijo en voz baja.

—Haré cuanto esté en mi mano —respondió el joven, solícito.

—Debes ir al lugar donde diseccionamos los cadáveres —continuó el maestro, con una serenidad impropia para una persona en estado de ebriedad—. Encontrarás un cuerpo que lleva cuatro días muerto; tienes que cortar un trozo de su cráneo.

Nefermaat abrió sus ojos, horrorizado.

—No pongas esa cara, hombre; él ya no lo necesita y, sin embargo, este oficial puede salvar su vida si haces lo que te digo. ¿Lo harás?

Nefermaat asintió, tragando saliva con dificultad.

—Bien; te diré lo que tienes que hacer.

El joven *sunu* actuó tal y como su viejo maestro le había recomendado. Extrajo una parte del hueso frontal derecho del cadáver, de las dimensiones que Anón le había pedido, y después regresó de nuevo junto al babilonio. Éste observó el fragmento con atención.

—Vaya —murmuró—. Casi lo has hecho tan bien como yo.

Acto seguido sacó un recipiente que contenía un potente anestésico.

—Es más efectivo que las cocciones de pétalos de amapola —aseguró al joven mientras lo vertía en una pequeña copa.

—Los pétalos proporcionan el narcótico más fuerte que conozco —comentó Nefermaat, sorprendido.

—Je, je, je. Está bien el poder aprender algo nuevo cada día, ¿eh?; aunque esto que voy a contarte poca gente lo sabe. Hoy me encuentro dadivoso.

Nefermaat le miró con atención.

—Es una cocción de vino con una sustancia que yo mismo extraigo de la amapola tebana; pero no de sus pétalos, sino de su cáliz^[84]. Si le haces una incisión, sacarás de él un fluido que es mil veces más poderoso que el conseguido con las infusiones de los pétalos. Deberás cocerlo con vino, y luego administrárselo al enfermo; entonces éste perderá la consciencia por completo durante muchas horas. Mas has de tener cuidado con la cantidad que le des a beber. ¿Comprendes?

Nefermaat asintió, en tanto comprobaba, espantado, cómo Anón bizqueaba ligeramente.

—Bien, ahora comencemos a operar.

Nefermaat fue testigo aquel día del mayor portento que sus ojos hubieran visto jamás. El viejo maestro actuaba con tal facilidad, que viéndole bien podría asegurarse que trepanar cráneos era la cosa más natural del mundo. El joven había presenciado con anterioridad este tipo de operación, que los médicos egipcios conocían, pero que procuraban evitar en lo posible. La técnica empleada en Egipto por los *sunu* era la del legrado, que solían realizar con esmeril. Sin embargo, Anón utilizaba otro bien diferente, y que dejó boquiabierto al joven por su precisión, así como por los conocimientos necesarios para poder llevarlo a cabo.

Tras hacer beber al paciente el narcótico, Anón le sentó en el suelo de tal manera que la cabeza quedara entre sus propias rodillas, para poder intervenirle con mayor comodidad. Luego cortó, en forma de lengüeta, la piel que rodeaba la parte contusa, levantándola hasta dejar el hueso al descubierto.

—Usa escalpelos de cobre siempre que puedas —subrayó, mostrándole el que tenía en la mano al joven—. Bien afilados son preferibles a los cuchillos de sílex, que siempre acaban por mellarse, y mucho mejores que los de bronce. Además, las heridas no suelen infectarse.

Nefermaat apenas pestañeaba.

—Ahora hay que cortar el hueso alrededor de la fractura, con cuidado de no tocar la membrana que se encuentra entre él y el cerebro —indicó Anón, mientras comenzaba a intervenir—. Haré cuatro cortes para extraerlo, y así liberaremos la presión interior. No temas por la sangre que brote. En esta zona no se producen grandes hemorragias.

El joven asentía, no perdiendo detalle de la técnica del babilonio.

—En Mesopotamia lo hacemos de esta manera. Allí, el legrado rara vez se utiliza —aseguraba tranquilamente Anón, mientras cortaba la segunda capa craneal.

—Ves —avisó al joven—. Ésta es la membrana de la que te hablaba^[85]. Nunca deberás tocarla, o el enfermo morirá. Más allá se encuentra todo un universo que aún desconocemos.

Impresionado, Nefermaat asintió en silencio.

—Bien —dijo al finalizar la extracción—. Ahora lo limpiaremos con agua salina, y luego pondremos el trozo de cráneo que cortaste al cadáver. Recuerda que éste debe llevar entre tres y seis días muerto, pues si no es así, el hueso será rechazado por el paciente^[86], aunque ignoro el porqué.

El joven *sunu* le miró en tanto le entregaba el fragmento óseo.

—Encaja en el hueco, tal y como pretendíamos —afirmó Anón, sonriente—. Hay que dejar una pequeña separación entre la prótesis injertada y el cráneo del paciente. En poco tiempo ambos se unirán creándose una callosidad.

Incrédulo, Nefermaat le interrogó con la mirada.

—Antes de lo que te imaginas —le aseguró el babilonio—. Ahora volveremos a poner la piel que retiramos en su lugar, y lo desinfectaremos con un poco de miel.

Finalmente la uniremos a la epidermis de alrededor, cosiéndola con estas espinas de acacia, hasta que quede regenerada; como verás es bastante sencillo, je, je, je^[87].

Nefermaat, que no daba crédito a cuanto había presenciado, vio cómo los acompañantes del oficial se encontraban de rodillas recitando plegarias, mientras tocaban con su frente el suelo.

Anón rió quedamente.

—Lo mejor será que duerma durante varios días —indicó, señalando al enfermo con su acostumbrada suficiencia—. Os diré como deberéis administrarle este brebaje. Mañana volveré a visitarle.

Los sirvientes acompañaron a los médicos hasta la puerta, asegurando que no eran humanos, sino vivas reencarnaciones del divino Imhotep; el más grande entre los médicos. Una vez en la calle, Anón volvió a reír.

—Imhotep —murmuró, divertido—. Creo que me merezco una copa de buen vino, ¿no te parece?

Desde su encuentro en el templo, Nefermaat no había vuelto a ver a la muchacha. Aquello, en un principio le desanimó, aunque no le resultara extraño en absoluto, al conocer su carácter caprichoso; algo que, por otra parte, era común entre las diosas. Durante todas aquellas noches, Nefermaat había pensado a menudo en ella, y en la apasionada relación que mantuvieron, y que no había podido apartar de sus pensamientos. En la soledad de su habitáculo, al joven se le hacía particularmente difícil conciliar el sueño, rememorando una y otra vez cada caricia de un encuentro que, aunque intenso, él consideraba fugaz. Ni los baños en el río fueron capaces de aplacar un ardor que parecía consumirle, y sobre el que no era capaz de ejercer ningún control. Sólo con el paso de los días su fiebre pareció ir disminuyendo, permitiéndole, finalmente, reflexionar sobre el delirio al que parecía haberse visto abocado. Ella había inoculado en su *ka* un germen contra el que no había receta posible y que llevaba, en sí mismo, la infelicidad. Llegó a pensar en el arrepentimiento, y en la facilidad con que el hombre puede alejarse de los buenos preceptos, lo cual le creó un gran pesar, sobre todo al comprobar que los había trasgredido apenas sin dificultad.

No existía pecado alguno por amar a una mujer, pero él sabía muy bien que el sentimiento que le embargaba distaba mucho de parecerse a ello.

Pero una noche, mientras dormía sobre su áspera estera, Nefermaat recibió la visita de la diosa. Primero fue como en sueños pues, como bien es sabido, los dioses son capaces de manifestarse en ellos, y luego en un fugaz estado de duermevela, transitorio y ligero, en el que los ojos del joven se abrieron a las dispersas sombras de su habitación, para verla de nuevo.

Con la figura de Atet frente a él, las buenas intenciones saltaron hechas añicos, como él sabía que ocurriría.

—Bastet abandona su santuario dirigiéndose a visitarme —dijo el joven incorporándose ligeramente.

La luz de una luna que crecía entraba por la ventana de la habitación, iluminando de lleno el cuerpo de Atet. Ésta, completamente desnuda, sonrió como acostumbraba a hacerlo; subyugadora.

—Me gusta atender las plegarias de mis fieles —contestó provocadora—. ¿Acaso no es así? ¿Acaso no me has invocado?

Nefermaat volvió a bajar los brazos desarmado; como siempre le ocurría con ella.

—Cada noche —apenas acertó a musitar.

Ella rió satisfecha mientras se le acercaba.

—¿Y qué haces en mi ausencia?

—Sufrir.

—Sufrir —susurró Atet a la vez que se tumbaba de lado junto a él—. El sufrimiento del *ba*, por lo inconfesable, es el único que me interesa. Sufrir al haber desechado el camino que nos dictan los dioses, para escoger otros oscuros y escabrosos que llevan a destinos inciertos e incluso a la perdición a sabiendas de lo que hacemos. Ése sí es un buen sufrimiento; el que resulta de la lucha del alma con nuestra propia naturaleza. Eso es lo que te ocurre a ti. ¿No es cierto?

Nefermaat se dio la vuelta hacia ella hasta estar apenas separado. La miró largamente, y de nuevo tuvo la sensación de abandono que tan bien conocía. Sus labios se aproximaron lentamente a los de ella hasta que se juntaron muy suavemente; como con temor.

Permanecieron así un tiempo indefinido en el que parecieron transmitirse ocultos sentimientos, mas de improviso éstos parecieron cobrar renovados bríos, desbocándose, a la postre, por aquellos caminos oscuros que Atet le había aventurado.

Se amaron casi atropelladamente, con la misma pasión desenfrenada que tan bien conocían y a la que no estaban dispuestos a renunciar; noche de goces excelsos que acabaron por dejar exhaustos los cuerpos de ambos amantes.

—Antes me preguntaste por la lucha entre lo espiritual y lo material —dijo Nefermaat mientras acariciaba el cabello de la joven, acurrucada a su lado—. Es un combate ancestral que ya libraron algunos dioses en el principio del tiempo conocido.

—¿Por eso lo libramos todos?

—Seguramente. Aunque en ocasiones la lucha es desigual.

—¿A qué te refieres?

—A que hay hombres que parecen no tener alma. En ellos, la naturaleza no tiene rival.

Atet rió suavemente.

—Desde luego ése no es tu caso, Nefermaat.

—¿Cómo lo sabes?

La joven volvió a reír.

—El mundo del que procedes poco tiene que ver con el que nos rodea. Los hombres que conozco no se paran en ese tipo de disquisiciones. Todos quieren lo

mismo; a mí.

—¿También me incluyes en ese grupo?

—Claro. Tú deseas lo mismo que ellos; aunque sea a tu manera. Anhelas gozar de mis caricias, pero sabes que una distancia como la del Gran Verde nos separa. Nuestras propias esencias poco tienen que ver.

—La pasión las hace una.

De nuevo Atet rió divertida.

—¿Estás seguro? Yo capto la tuya en cada instante, y aún en tu mayor enardecimiento está llena de luz. La mía siempre es tenebrosa.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

La joven le miró incorporándose ligeramente.

—La pasión es efímera, Nefermaat. Sólo el deseo la mantiene viva. El encender esa ansia me produce placer. Yo busco lo prohibido, lo inconfesable; la corrupción de las almas nobles. Experimentar con ello me proporciona un íntimo goce; me complace comprobar cuan delgada es la línea que separa la luz de la oscuridad.

—Amas la oscuridad. ¿Es ahí donde pretendes llevarme?

—Eres libre de ir donde quieras. Tú eliges en cada momento.

—No fui yo el que decidió que me siguieras al templo —contestó el joven lacónico—. Y mucho menos, el que llegásemos a esto.

—Sin embargo, lo deseabas. La diosa, simplemente, dio cumplimiento a tus apetitos. Podrías haber dado la vuelta, y en cambio me seguiste. Como ya te dije, disfruto con ello. Si no hubiera pureza en ti no me interesarías en absoluto.

Nefermaat la miró sorprendido.

—No pongas ese gesto de extrañeza. Eres atractivo, inteligente, e incluso tienes un hermoso cuerpo; pero ya conozco otros muchos hombres que poseen todo eso, e incluso más. Por particulares circunstancias, Renenutet decidió que no había de pasar penurias. No necesito ningún hombre para vivir el resto de mis días como deseo. Ellos no pueden comprar mi belleza con sus riquezas. No me interesa lo que ya poseo.

—¿Has decidido, entonces, que mi alma sea pasto de La Devoradora?

La joven sonrió con malicia.

—Tu *ha* nunca será dada a Ammit. Tu esencia es bondadosa y eso no puedo cambiarlo. Pero, como ya te dije, sí puedes sufrir por tus debilidades, y éstas nadie sabe dónde te pueden llevar.

—Eres retorcida...

—Sin duda. Pero continúas acariciando mis muslos mientras me lo recuerdas. Nos encontramos lejos de aquellos que se llamaron como nosotros y habitaron esta tierra hace ya mil años; conozco la historia, ¿recuerdas? Aquella Atet tan virtuosa poco tiene que ver conmigo, en cuanto a él... quizás os asemejéis más. ¿Te imaginas que, como ellos, también tuviéramos hijos? A uno le podríamos poner por nombre Hemón^[88].

El joven se sobresaltó.

—¿Ves? Sufres con cada una de mis palabras —dijo Atet mientras acariciaba con suavidad su miembro.

—Eres pérfida —apuntó el joven al observar cómo su virilidad cobraba renovados ánimos.

—Lo sé —le susurró ella mientras se sentaba sobre él y empezaba a moverse—. Hemón; como su antepasado.

Al escuchar esto, Nefermaat no pudo evitar una repentina crispación que le hizo tensar todo su cuerpo, arrancando un gemido de placer a la joven. Ésta se entregó de nuevo a sus instintos, con unas prácticas a las que él no fue capaz de resistirse. Como si la corriente lo arrastrara, impotente, se dejó llevar lejos, muy lejos, hasta el mismo corazón de lo insondable.

Cuando todo terminó, ambos quedaron tendidos el uno junto al otro, en medio de un extraño silencio. Respiraban con cierta dificultad y, no obstante, Nefermaat era capaz de pensar con lucidez. Su regreso desde el paroxismo, esta vez distaba mucho de haber sido satisfactorio. Sentía el cuerpo extrañamente dolorido, y aún resonaban en su corazón los estremecedores quejidos de Atet mientras vibraba sobre él; quejidos que le hicieron imaginar los perturbadores lamentos de las ánimas en el tenebroso Amenti.

Se irguió un momento mientras se tocaba las partes doloridas, y luego se aproximó a la ventana para observar que tenía profusión de pellizcos y pequeñas mordeduras por todo el cuerpo. Nefermaat miró horrorizado a la muchacha, que lanzó una carcajada.

—¿Te extrañas? Tú deberías saber mejor que nadie lo fácil que es para Bastet convertirse en la iracunda Sejmet.

—No cuentes conmigo para volverte a acompañar por los sinuosos caminos que transitas.

—Ah, ¿no? —contestó ella divertida mientras cogía sus ropas—. En verdad que resultas conmovedor. Tú siempre recordarás esta noche y los caminos que, como tú dices, transitaste junto a mí. Sin embargo, no ocurrirá lo mismo conmigo; quién sabe, puede que hasta me olvide de tu nombre.

Nefermaat la vio ceñirse el fino vestido de lino mientras se dirigía hacia la puerta. Entonces ella se volvió.

—Adiós, Nefermaat. La diosa te abandona; quizá... para siempre.

—No es a ti a quien recé —contestó él, en tanto se frotaba uno de los hombros magullados—. Aunque te disfraces mil veces, poco te parecerás a ella.

Atet le miró con desdén desde la puerta.

—Recuerda lo que me dijiste sobre lo efímero —indicó el joven—. Todo en nuestra vida lo es; incluida tu belleza.

Un hermético rictus atravesó el rostro de la muchacha que, apoyada sobre el quicio de la puerta, le observó con indiferencia. Luego, con la mayor naturalidad,

desapareció en la noche.

La Fiesta de la Embriaguez tocaba a su fin cuando Nefermaat caminaba por las calles de Bubastis.

Ésta se encontraba repleta de agotados cuerpos que yacían tendidos en plazas y jardines, incapaces de mantenerse en pie. El joven se sorprendió al ver algunas parejas que todavía reían y alborotaban en una calle próxima. Para él era poco menos que milagroso el que en la última jornada de aquellas fiestas hubiera alguien que aún se encontrara con ánimos de celebración. Durante veinticuatro días, la ciudad había bullido en el más absoluto libertinaje, honrando a la diosa gata con la mejor ofrenda que podría recibir, y que a la vista de los resultados, Nefermaat no dudaba que habrían sido de su agrado; Bastet podría sentirse satisfecha.

Aquella mañana, regresaba de casa del gobernador de atender una de sus frecuentes indisposiciones. La descontrolada dieta que acostumbraba a llevar le hacía propenso a ellas, y aquel día no fue una excepción. Esa mañana Anón había sido incapaz de levantarse de la cama, por lo que no había tenido más remedio que visitar él solo al enfermo. El *hegata* no se lo tomó a mal, llegando incluso a comprenderlo, pues a aquellas alturas, el que más o el que menos tenía alguna dolencia. En su caso no eran sino aquellos dolores en su descomunal vientre, debidos a las enormes cámaras de gases que albergaban. Aquel hombre sufría de pertinaces problemas flatulentos, por lo que Nefermaat le recetó un compuesto a base de comino, ruda, mostaza, natrón arábigo y miel, con el que esperaba dar una apropiada salida a su dolencia.

Mientras caminaba de vuelta a la casa de Anón, pensó en el abotargado aspecto que presentaba el gobernador, y en el tiempo que le llevaría el poder expulsar tal cantidad de gases; algo poco agradable, sin duda, a lo que su familia no habría tenido más remedio que acostumbrarse...

Nefermaat suspiró al pasar junto a la capilla que Amenhotep III había construido hacía doscientos años para conmemorar su jubileo. Era espléndida pues, aunque pequeña, mantenía el sello que aquel faraón dio a todos sus monumentos durante la que, posiblemente, fuera la edad dorada del país de Kemet. Los jardines que la rodeaban, en cambio, se encontraban algo descuidados y, por supuesto, abarrotados de cuerpos tendidos dormitando bajo la sombra.

Cuando por fin enfiló la avenida que conducía hacia la villa del babilonio, sintió de nuevo el desagradable escozor de sus magulladuras. Tenía los brazos y el cuello llenos de moratones, así como de algún que otro pequeño mordisco; recuerdo memorable de los pellizcos y demás caricias con que Atet le había obsequiado durante aquella frenética noche.

Anón ya le había hecho comentarios al respecto. En cuanto vio tan delatoras señales, lanzó una estruendosa carcajada mientras se daba manotazos en los muslos.

—¡Al fin has elegido el verdadero camino! —exclamó entusiasmado—. Aquel que todo hombre que se precie debe recorrer y no abandonar nunca.

Él se sintió un poco avergonzado al oír semejantes juramentos, aunque conociendo al babilonio, los esperaba.

—¡Por fin te verás libre de tus infusiones antiafrodisíacas y ocultos tocamientos! —volvió a exclamar el maestro con voz de trueno—. No hay duda de que Bastet ha obrado prodigios en estas fiestas. Ya sólo falta que te aficiones al vino para que seas un hombre de verdad.

Nefermaat, como de costumbre, no hizo demasiado caso de las bravatas, pero Anón había visto un filón para sus chanzas que no estaba dispuesto a dejar pasar.

—Ahora sólo me queda conocer el nombre de la afortunada —le dijo con tono ladino—. Aunque a la vista de los regalos que te dejó, más parece que yacieras con una pantera que con una mujer.

Aquellas palabras le produjeron un gran regocijo, y estuvo celebrándolas con nuevas risotadas durante un buen rato.

—Dime, ¿qué tipo de fiera te ha podido hacer semejantes mimos? Sólo una naturaleza salvaje hubiera podido ser capaz de ello. Y yo no conozco a ninguna.

Nefermaat no pudo evitar cruzar su mirada con la de él, en un gesto instintivo que duró apenas un instante.

El babilonio, que era un zorro redomado, la captó al vuelo, llevándose ambas manos a la cabeza.

—A no ser que... Pero no es posible.

Anón le miró escrutadoramente mientras pronunciaba aquellas palabras.

—A no ser que... —repitió con astucia—. ¡Claro, sólo puede tratarse de ella! ¡Te has acostado con mi hijastra!

El regocijo que le causaron sus propias palabras fue indescriptible, pues el babilonio dio unos saltitos acercándosele después para darle unas palmaditas de ánimo.

—¡Inaudito, increíble! ¿Qué mejor manjar para iniciarse que ése? Pero, cuéntame, cuéntame.

Al joven aquello no le hizo ninguna gracia, optando por alejarse de la compañía del maestro con gesto malhumorado.

—No te enfades, hombre —le dijo Anón en tanto le seguía por los pasillos—. Tienes que comprender que llevo años detrás de ella, convencido de su perversa naturaleza. Al menos háblame de sus habilidades; al fin y al cabo, se trata de mi hijastra.

Nefermaat tuvo que quitárselo de encima con cierta irritación, marchándose por el jardín en tanto que seguía escuchando al babilonio implorándole en la distancia.

—Pero hombre, no te enfades. Cuéntamelo...

Desde aquel momento había tenido que soportar a su maestro casi a diario, hasta que al fin el babilonio pareció darse por vencido, cejando de una vez en sus molestas averiguaciones.

Mientras caminaba por la avenida que discurría entre frondosos palmerales,

Nefermaat pensó en todo aquello y también en Atet, a la que no había vuelto a ver más. Parecía que la tierra se la hubiera tragado para siempre, pues en su casa aseguraban no haberla visto en todo aquel tiempo.

—En ocasiones, no sabemos nada de ella durante días —le había dicho Anón una tarde, leyéndole los pensamientos—. Desaparece y aparece de la forma más misteriosa; te aseguro que esta muchacha es un pozo de depravación.

Nefermaat no pudo sino reflexionar sobre ello, recordando las últimas palabras de Atet; fuera cual fuese su esencia, en una cosa llevaba razón. Siempre quedaría en su recuerdo.

Llegó por fin a la casa, y al entrar oyó claramente a dos hombres que, desde el consultorio, parecían mantener una agradable conversación. Reconoció enseguida el inconfundible tono de Anón, mas la otra voz no acababa de situarla, aunque le resultara extrañamente familiar. Hablaban de medicina, y cuando el joven entró en la habitación, ambos se levantaron.

—He aquí al más aventajado de los alumnos —exclamó Anón con su acostumbrado sarcasmo.

Su acompañante, que se encontraba de espaldas, se giró de inmediato tras el comentario del babilonio iluminándosele, al punto, su ajada cara.

El joven no pudo evitar un gesto de sorpresa al reconocerle, avanzando con premura hacia él hasta fundirse en un abrazo.

—¡Iroy! —exclamó alborozado—. Cuánta alegría; no puedo creerlo.

Ambos se separaron un momento mientras se miraban con emoción.

—Déjame que te vea; estás hecho un hombre.

—No creas que no me ha costado —intervino Anón, sin poderlo remediar—. Te advierto que no hace mucho que ha alcanzado ese mérito.

Nefermaat no pudo evitar mirarle con gesto fruncido.

—¿Qué esperabas? Es un sacerdote *ueb*, y su hombría se mide por haremos diferentes a los tuyos, querido amigo —dijo Iroy con tono suave.

Nefermaat volvió a emocionarse al escuchar aquella voz pausada, siempre inalterable, que le hizo evocar recuerdos casi olvidados.

—No sé qué os hacen allí dentro, pero sois todos iguales —volvió a exclamar Anón con aspavientos—. Éste ni tan siquiera prueba el vino.

Iroy rió con la ocurrencia mientras volvía a mirar al joven.

—Has hecho un largo camino. Créeme que me enorgullece decírtelo, pues sé muy bien lo solo que te has sentido durante todos estos años.

Nefermaat sintió que se le velaban un poco los ojos al mirarle. El tiempo había pasado también para el viejo médico y, aunque éste siguiera manteniéndose con buen aspecto, las arrugas señoreaban ya en su rostro; como era natural.

—Siempre estuve informado de tus esfuerzos y dificultades —oyó el joven que le decía—. Aunque tú no lo supieras.

—Tuve ese presentimiento desde el primer momento, aunque la soledad del

templo durante los primeros años me resultara difícil de sobrellevar. Han sido nueve años en los que no he tenido noticias de nadie.

—Te comprendo, puesto que yo también lo sufrí.

El joven parpadeó unos instantes iluminándosele la cara.

—Pero dime, Iroy, ¿cómo está mi familia, mis viejos amigos...?

—Todos se encuentran bien, independientemente de que para ellos los años también hayan pasado.

—Me parecéis insufriblemente enternecedores —intervino Anón, improvisadamente—. Si queréis me voy para que habléis de vuestras ñoñerías.

Iroy sonrió.

—Querido amigo, a nadie más que a ti debo agradecimiento —dijo Iroy—. Tuviste la deferencia de atender mi solicitud, y acogiste al muchacho en tu casa, donde le enseñaste tu arte.

Nefermaat les miró sorprendido.

—No creerás que te recibí porque los dos conociéramos a Iroy, ¿verdad? —apuntó Anón.

—¿Entonces?

—Él me escribió pidiéndome el favor. Ése fue el motivo por el que accedí a soportar tus mojigaterías.

Ante estas palabras, el joven se emocionó verdaderamente.

—Nada de lloros y toma una copa de vino antes que abandones mi casa —indicó el babilonio mientras escanciaba una generosa cantidad.

El joven clavó sus ojos en Iroy, que asentía con aire beatífico.

—Anón tiene razón. Tus días de vagabundeo llegan a su fin; ya es hora que regreses al lugar del que procedes.

Nefermaat observó al babilonio y éste asintió mientras se acercaba la copa a los labios.

—Me temo que Iroy tiene razón. Aquí ya nada te resta por hacer. Te has convertido en un buen *sunu*, y quién sabe si algún día podrás aproximarte a mis excelencias —apostilló con su habitual sorna.

—El dios te reclama —señaló Iroy—. Debemos partir hacia Tebas para que te hagas cargo de tus nuevas funciones.

El muchacho estaba tan sorprendido que no acertó más que a balbucear frases deshilvanadas, pareciendo aquella escena más propia de un sueño que de otra cosa.

Iroy, los requerimientos del faraón; nada de lo que allí ocurría podía ser real, y sin embargo...

—¿Vas a beberte el vino o no?

Las palabras del babilonio vinieron a sacarle de sus entelequias, para descubrir de nuevo cómo ambos le observaban divertidos debido a su azoramiento. Entonces, Iroy le hizo una seña invitándole a beber.

Nefermaat se acercó la copa a sus labios y dio un pequeño sorbo.

—¡Bes bendito! —exclamó Anón—. Al fin lo hemos conseguido. Aunque para ello haya sido necesario que el médico del faraón viniera en persona a darte la noticia de tu nuevo nombramiento.

—¿Nombramiento? ¿Qué nombramiento? —preguntó el joven, más entonado.

—El dios te ha nombrado *sunu per aa* —corroboró Iroy con cierta solemnidad.

—¿*Sunu per aa*? ¿Quieres decir, médico de la corte? No entiendo nada.

—Muchacho, no tienes nada que entender. El faraón te llama y tú, como fiel cumplidor que parece ser de las leyes de este país, acudirás presto —indicó Anón.

—¿Recuerdas la tarde anterior a tu marcha de Pi-Ramsés? Estuvimos en mi despacho y tú mismo prometiste regresar algún día como médico de palacio. Sejmet escuchó tu promesa —señaló Iroy mientras le entregaba un rollo de papiro—. Léelo tú mismo.

Nefermaat leyó el papiro, todavía incrédulo; pero no había duda. Allí estaba el sello del faraón y su nombramiento oficial como médico de la corte. Tras emocionarse, volvió a enrollar el documento y se lo entregó a Iroy.

—Sigues velando por mí; no se me escapa que tu mano está detrás de esto. Gracias, Iroy; gracias a los dos —dijo mirando a ambos.

—Dejemos los sentimentalismos de una vez —apuntó Anón con gravedad—. Tu nombramiento está bien ganado. Iroy ha estado al tanto de tus progresos desde que llegaste, y créeme si te digo que te tengo en la mayor consideración. Estoy convencido de que no hay en palacio un médico mejor que tú. Quién sabe —prosiguió volviendo a su acostumbrada socarronería—, puede que en poco tiempo llegues a convertirte en «guardián del ano del rey^[89]», o en «aquel que conoce sus fluidos internos».

—Eres un caso perdido, Anón. La edad te ha vuelto más quisquilloso; pero, aun así, siempre te estaré agradecido —intervino Iroy.

—Yo soy el que está agradecido —dijo el joven—. A ti, Iroy, porque sigues siendo para mí como un padre. En cuanto a Anón, una parte de mí quedará aquí junto a él para siempre. Toda mi vida podré presumir de haber tenido como maestro al príncipe de los médicos. Brindemos por eso.

Ahora fue el babilonio el que se emocionó al escuchar aquellas frases; así que, de un solo trago, apuró su copa chasqueando su lengua con fruición. Luego se fundió con Nefermaat en un fuerte abrazo.

Cuando por fin se separó, le miró a los ojos con aquella picardía tan propia de él.

—Te escribiré —dijo guiñándole uno de sus ojillos—. Prométeme que tú también lo harás.

El joven asintió abrazándole de nuevo.

—Recuerda que tenemos algunos secretillos, que algún día espero que me cuentes.

—No tienes solución —exclamó Nefermaat, escandalizado.

—Je, je, je. Eres un buen chico, Nefermaat. A propósito, ¿te gustó el vino?

El vigésimo cuarto día de la Fiesta de la Embriaguez fue también el último de Nefermaat en Bubastis. Con él finalizaban tan populares festividades y la ciudad volvía a recobrar su habitual tranquilidad; propia de cualquier capital de provincia. Atrás quedaba el rastro peculiar de una celebración de aquellas características, en la que cientos de miles de extenuados cuerpos se habían aventurado en la más desenfrenada invocación que ningún dios pudiera recibir en Egipto. La diosa gata podía darse por satisfecha, pues nunca ninguna otra divinidad del país había sido capaz de congrega a tantos y tan devotos fieles.

Ese último día se celebraba la clausura de tan sagrado evento con una solemne procesión, en la que la reencarnación de la diosa volvía a mostrarse al pueblo desde su barca sagrada. Entre cansinos maullidos, el Primer Profeta de Bastet cantaba sus letanías glorificando a la diosa, confiando en que tan singular bacanal hubiera sido de su agrado, colmándola de satisfacción.

Ajeno a tan célico suceso, Nefermaat embarcó junto a Iroy en el pequeño navío atracado en el muelle que poseía la villa de Anón. Era uno de aquellos bajeles pertenecientes a la Casa de Su Majestad, habitualmente utilizados por los más altos funcionarios para el cumplimiento de sus tareas. En él recorrían el río orgullosos, y siempre entre el general respeto.

Desde la embarcación, Nefermaat vio la orilla alejarse y con ella aquella casa de la que, en cierto modo, salía convertido en un hombre diferente. El joven cenobita que un día entró por su puerta, le pareció ahora un tipo extrañamente lejano; como de otra dimensión. El encorsetado conjunto de ideas preconcebidas con que, tan férreamente, le habían educado, se habían abierto a nuevas corrientes que, en realidad, no eran sino una parte de todo lo mundano que va implícito en nuestra propia naturaleza. A pesar de que su carácter había sido forjado entre preceptos y antiguos misterios, se sentía, en parte, liberado de ellos ante el hecho de poseer otra idea de las cosas. Probablemente, su alma siempre sería de asceta, mas también era consciente de que los dioses, magnánimos, habían creado un mundo lleno de hermosas razones que invitaban a disfrutarlo.

La magnífica villa y su exuberante jardín fueron quedando atrás, como parte de un pasado que nunca olvidaría. Cerró sus ojos y aspiró con fuerza, intentando captar por última vez la genuina fragancia de sus esencias, y el misterio que algunas noches pareció rodear a su austera habitación. Irremediablemente, ella apareció sin querer, formando parte de un aroma mucho más intenso, que siempre llevaría impregnado en su corazón.

Atet, misterioso renacimiento de una divinidad tan compleja como era Bastet; tentadoramente hermosa y a la vez provocadoramente inaccesible; un alma errante que gustaba de los caminos intransitables.

Al abrir de nuevo los ojos, el lugar ya casi se perdía en la distancia. Nefermaat aguzó su vista y pudo observar cómo la pequeña figura de Anón, que aún permanecía de pie en el pequeño muelle, agitaba uno de sus brazos. El joven le devolvió el

saludo, y acto seguido el babilonio desapareció.

Nadie más en la casa salió aquella tarde a despedirle, aunque él hubiera podido jurar que, entre los perfumados arbustos de alheña, unos ojos verdes e inescrutables le observaron partir.



Las aguas del Nilo bajaban plúmbeas y espesas como metal fundido en las fraguas de los dioses. Ra, desde su aventajada altura, creaba con sus rayos una pátina por la que parecía deslizarse el barco, como si lo hiciera a través de uno de aquellos bruñidos espejos de plata usados por las nobles damas; una inusual ilusión, sin duda.

La fuerza de la corriente hacía que la embarcación se desplazara con dificultad, tan sólo ayudada por el suave viento del norte, «el aliento de Anión», que apenas henchía su vela. La proa se abría paso, perezosa, por la opaca superficie entre los esfuerzos del timonel por ganarle terreno al río. Éste bajaba pletórico de vida, arrastrando el munífico limo procedente de las mismas entrañas del continente.

La crecida de aquel año, aun siendo generosa, no llegaba a los niveles ideales. El nilómetro^[90] de Elefantina, en el Alto Egipto, indicaba una profundidad de diez metros y medio, exactamente un metro por debajo del nivel más óptimo, y en el situado en Pi-Hapy, el río marcaba seis metros, es decir, sesenta centímetros menos del idóneo. A pesar de ello, la crecida podía ser considerada como benéfica, pues los campos quedarían cubiertos por el oscuro sustrato que los dejaría preparados para la siembra.

Resultaba un espectáculo contemplar a Hapy, el dios que representaba al Nilo y a la inundación periódica de éste, hacerse presente, como cada año desde el principio de los tiempos, atiborrando Egipto con los limos procedentes de las lejanas montañas de Abisinia y de las profundidades del África Ecuatorial. El Nilo Azul y el Blanco se habían unido solidarios para aportar aquella riqueza sin parangón que daba vida a un valle rodeado por el más feroz de los desiertos. Un verdadero don, sin duda, pues cuando las aguas comenzaban a bajar allá por el mes de Koiakh (octubre), podían llegar a dejar un depósito de hasta siete metros del más fértil lodo.

Nefermaat observaba admirado aquel milagro de la naturaleza que inundaba los campos hasta los mismos límites del desierto, dejando sus orillas teñidas de un pardo color oscuro. Vio los hermosos palmerales anegados por la crecida y cómo cada palmera surgía de las aguas como salida del *nun*, el océano primigenio de donde nació toda vida, creando así un paisaje fascinantemente irreal. Recordó entonces la última vez que había presenciado el fenómeno siendo todavía un niño, y tuvo la sensación de evocar un hecho lejano; como acaecido en otra vida. Sin embargo, el río

era el mismo, y los aldeanos, que desde sus botes le saludaban con alegría al pasar, también. La mayoría de sus casas quedaban aisladas por las aguas durante aquella estación, sin que ello supusiera tristeza para sus corazones; por el contrario, éstos se llenaban de optimismo y esperanza pues de la generosidad del río dependían las próximas cosechas, y con ellas, su vida y las de sus familias.

Todo este proceso no era más que parte de un milenario ciclo, que había hecho posible que aquel pueblo conviviera en armonía con la naturaleza que les rodeaba, comprendiendo las fuerzas que en ellas obraban, hasta el punto de llegar a honrarlas e incluso divinizarlas.

Pero a pesar del regocijo de sus gentes, Egipto se encontraba muy lejos de tener motivos para compartir aquel entusiasmo.

En realidad, las sombras más siniestras se cernían sobre un país cuyas viejas estructuras apenas soportaban el peso de un Estado que se hallaba al borde de la ruina.

User-Maat-Ra-Meri-Amón (Ramsés III) había gobernado Egipto durante treinta y un años, intentando emular a los grandes faraones de antaño. Su principal referencia había sido siempre Ramsés II, y como él comprendió la importancia de tener un ejército poderoso y la necesidad de mantener una política amistosa con los grandes Templos. Sin embargo, poco tenía que ver el país que recibió el hijo del gran Seti, con el que había heredado él. Siptah, su padre, había subido al trono de un Egipto moribundo, inmerso en graves desórdenes civiles, en el que el caos reinaba por doquier. El viejo general poco pudo solucionar, pues sólo reinó dos años, pero su hijo, Ramsés, le sucedió con el firme propósito de devolver a Kemet el dorado lustre de antaño.

De nuevo un faraón fuerte tomaba las riendas del poder, mostrando enseguida la determinación que le animaba. Formó un ejército con el que hizo frente a los grandes peligros que amenazaron a su tierra. Tres invasiones, una de ellas formidable, tuvieron que ser eliminadas durante sus primeros once años de reinado. Un hecho este que, a la postre, dejó exhaustas las arcas del Estado, enriqueciendo en cambio a los Templos. El clero de Amón acaparó más poder que nunca, y fue el gran beneficiado en el reparto de los botines que Ramsés consiguió con sus grandes victorias. Mantener un ejército como aquél, capaz de defender las antiguas fronteras, supuso un gasto formidable para el cada vez más exiguo erario, asfixiando aún más la maltrecha economía del país.

El dios se dio perfecta cuenta de lo que ocurría e intentó remediar, en lo posible, los innumerables agujeros por los que el Estado hacía aguas. Una tarea verdaderamente titánica, para la que hubiera necesitado la ayuda de todos los estamentos del país. Pero los males eran tan profundos y estaban tan arraigados que, desafortunadamente, el último de los grandes faraones se vio totalmente solo entre la voraz jauría que lo rodeaba, quedando todo finalmente en un discreto maquillaje, incapaz de ocultar por mucho tiempo los grandes problemas que aquejaban a la

desvencijada nave egipcia. Poco quedaba del poder ostentado por los primeros faraones dos mil años atrás; éste había sido paulatinamente acaparado por la voracidad del clero y la nobleza, hasta que llegó un momento en el que el país les pertenecía. Los sacerdotes de Amón eran dueños de la mayor parte de la riqueza del país; el poder económico era suyo y, en cuanto al político, lo manejaban en la sombra con sus discretos hilos que venían moviendo con habilidad desde hacía cientos de años.

Ramsés III intentó mantener un equilibrio político con el poderoso clero y las distintas noblezas locales; mas para ello fueron necesarias constantes cesiones que, finalmente, debilitarían aún más la posición de la realeza.

Poco a poco la situación se degradó, y el Estado fue haciéndose más remiso en sus pagos a obreros y trabajadores, dilatándose más y más en el tiempo. Al efectuarse dichos pagos ¡en especie!, el descontento empezó a surgir por todo el país ante el temor de la hambruna. Entonces, cuando el dios llevaba gobernando veintinueve años, ocurrió lo que nunca antes en la historia del hombre había pasado; se inició la primera huelga.

—Has estado muchos años alejado de la realidad diaria de nuestro pueblo; pero créeme si te digo que aquellos hombres tenían motivos más que justificados para hacerla —explicó Iroy mientras observaba la distante orilla.

—Pero es algo inconcebible. ¿Cómo se pudo llegar a esto?

—Por desesperación.

Nefermaat enarcó una de sus cejas sin comprender.

—El hambre mueve, indefectiblemente, a la desesperación; y ése fue uno de los motivos de las huelgas; aunque no el único.

—¿Huelgas? Había oído algo sobre algún disturbio; pero no pensé que...

—Exactamente tres. Aunque no descarto que se produzcan más.

—¿Y quiénes fueron los que se vieron abocados a tal decisión?

—Los trabajadores de la Tumba.

—¿Te refieres a los obreros de *ta set maat*, el Lugar de la Verdad^[91]?

—En efecto; aunque ahora se hagan llamar obreros del Horizonte de Eternidad —dijo Iroy con gravedad.

—Qué nombre tan pomposo.

—Eso me parece a mí, pero al dios le gusta.

—Es difícil de comprender —dijo Nefermaat moviendo la cabeza—. Los habitantes de ese lugar han sido siempre leales al faraón, ya que de él dependen. Ellos eran los encargados de elegir el sitio donde cavar y preparar las tumbas reales; son los únicos que conocen todos sus secretos.

—Eso te da una idea de cómo está la situación. Durante quinientos años han estado trabajando al margen de los demás; aislados en su aldea donde recibían, junto con sus familias, todo cuanto necesitaban para poder vivir. Siempre habían sido tratados con la más alta consideración; no obstante, de unos años a esta parte, todo

cambió. Ya en el año veintiocho del reinado de nuestro dios, el escriba Neferhotep había mandado una carta al visir Ta, en la que hacía mención a la escasez de medios, y al hecho que los salarios llegaran con ocho días de retraso. Aquello no fue más que el preámbulo, pues conforme pasaron los meses, los pagos comenzaron a retrasarse aún más. Los cereales empezaron a escasear, y el hambre hizo acto de presencia.

Nefermaat observaba desconcertado a su amigo, sin acabar de creerse cuanto estaba escuchando.

—Así fue como ocurrió. Todos los habitantes de la aldea se sintieron abandonados. Tanto los equipos de obreros que trabajaban en el interior de las tumbas como los *semedet*, «las gentes del exterior», que abastecían de todo aquello que fuera necesario para la comunidad, no aguantaron más la situación y acabaron por abandonar su trabajo, dirigiéndose hacia el templo funerario de Tutmosis III, en cuyos almacenes suelen guardarse víveres. Este hecho se produjo el día diez de Meshir (segundo mes de la estación de Peret)^[92] del año veintinueve, y la gente que lo presencié asegura que aquellos hombres gritaban enfurecidos: «Llevamos dieciocho días sin recibir alimentos. Estamos hambrientos».

—¿Y qué sucedió? ¿Llegaron a saquear el templo? —preguntó Nefermaat incrédulo.

—Parece ser que los jefes y delegados de la Tumba recondujeron la situación y todos regresaron a sus casas, aunque al día siguiente volvieron a bajar, esta vez hasta el Rameseum^[93], donde al menos recibieron cincuenta y cinco panes. Un nuevo remiendo, como comprenderás, pero que causó su efecto puesto que, al día siguiente, el alcalde de Tebas les recibió suministrándoles sus raciones.

—Al menos cubrieron tan angustiosa necesidad.

—Un apaño más, como te dije. El foco del descontento se encontraba muy lejos de ser apagado; es más, éste parecía extenderse más cada día, hasta el punto de llegar incluso a involucrar a la propia policía de la Tumba.

El joven no pudo reprimir un gesto de extrañeza, en tanto Iroy asentía con la cabeza.

—El propio jefe de los *medjay*, Menetumes, les incitó a proseguir la huelga. Ello te da una idea del deterioro social en que nos encontramos. El caso es que, al siguiente mes, Parmhoteb, y durante los primeros días, se produjo otra huelga. En ella, los huelguistas pidieron responsabilidades, y así lo hicieron saber a los oficiales del faraón.

»«¡No regresaremos. Decídselo a nuestros superiores!», exclamaron exasperados. Y a fe mía que lo cumplieron —prosiguió Iroy—. Pues estuvieron sin trabajar hasta el día veintiocho del siguiente mes, en el que el visir Ta acertó a pasar por allí. Regresaba del sur y estaba encargándose de los preparativos del primer *heb sed*^[94] del faraón. Como supongo que sabrás, los trabajadores del Lugar de la Verdad se encuentran bajo la jurisdicción directa del visir, siendo ésta la persona idónea para resolver sus problemas.

—Entonces fue una suerte el que el visir llegara a Tebas —intervino Nefermaat.

—Yo diría más bien que resultó desesperanzador, pues tan siquiera se dignó a atender sus reivindicaciones. Es más, les envió una carta en términos durísimos en la que les expresaba su indignación por su comportamiento.

—¡No es posible!

—Sí que lo es. Además, en dicho mensaje les anunció que, al estar los graneros vacíos, difícilmente les podía enviar alimentos, y que por ello su actuación estaba perfectamente justificada.

El joven no pudo ocultar su perplejidad.

—Ya te expliqué que el deterioro de la Administración es manifiesto. Es imposible poder imaginar mayor cinismo en un visir, sobre todo en uno como éste, que acapara todo el poder para él solo.

—¿Todo el poder? —preguntó el joven—. Ta es el visir del Alto Egipto y sólo...

—Nefermaat, veo que realmente vives ajeno a cuanto nos rodea. Cuatro meses antes de la primera revuelta, las figuras de visir del Alto y Bajo Egipto fueron unificadas, de manera que ahora sólo existe un visir. Él es quien ostenta todo el poder político después del faraón, y te aseguro que Ta saca buen partido de ello.

—¿Y el faraón? ¿No sabía lo que ocurría?

—Ramsés se encontraba lejos, en una de sus residencias, y no tuvo noticia del conflicto. Ta se cuidó mucho de que los hechos llegaran a sus oídos, para no molestarle. Tenía el importante encargo de preparar el festival *hed sed* para el dios, y eso era lo único que le importaba. La celebración del primer jubileo del rey, tras treinta años de reinado, requería de toda su atención y no podía, bajo ningún concepto, verse empañada por disputas con los obreros de la necrópolis. Piensa en el gran honor que el dios le hacía al pedirle la organización de tan solemne ceremonia; tan sólo unos pocos faraones en nuestra milenaria historia han gobernado el tiempo suficiente como para poderla conmemorar. A pesar de ello —continuó Iroy—, el visir debió pensar que sería conveniente limar asperezas con los trabajadores, y al día siguiente les envió media ración de víveres.

—¿Y qué hicieron los obreros?

—Pues qué van a hacer; aceptarlo. Al principio sintieron indignación; pero la necesidad es mala enemiga para el despecho, así que tomaron los salarios. Obviamente, y en vista de las carencias sufridas con anterioridad, los conduraron cuanto pudieron pero, finalmente, volvieron las penurias y el día trece del mes de Pashons (primer mes de Shemu), los pobres trabajadores bajaron de la aldea hasta el templo funerario de Merneptah gritando: «Estamos hambrientos». Tres días más tarde, los obreros se encontraban de nuevo en huelga.

Iroy hizo una pausa mientras leía el desconcierto en su joven amigo.

—A partir de aquel momento —prosiguió el médico— el clima se enrareció más, si cabe, puesto que surgieron denuncias de robos de piedras en alguna tumba, e incluso de ganado.

Nefermaat pareció escandalizarse ante aquello.

—Y no sólo eso. Hubo además acusaciones de adulterio hacia alguno de los escribas de la Tumba que, parece ser, mantuvo relaciones con tres de las mujeres de los obreros.

—¿Y no hubo castigo ante semejantes delitos? —preguntó Nefermaat, incrédulo.

—Se cursaron quejas al visir, aunque dudo mucho que éstas llegaran a su destino; si hay alguien en este país con capacidad para distraer documentos, éstos son los escribas. En cualquier caso, aquél parecía un asunto feo que era preferible no mover demasiado.

—¡Sejmet nos proteja! —exclamó el joven sin poder contenerse—. ¿En qué país nos encontramos?

—Ya te lo dije al principio; la Administración está corrompida hasta sus cimientos.

Nefermaat movió su cabeza apesadumbrado.

—Es inaudito. Unos obreros tan respetados como éstos, y que hayan sido tratados así —musitó el joven—. Se hace difícil de creer.

—Así es. Imagínate cómo se encontraba la situación, que llegaron a pedir audiencia al Primer Profeta de Amón para que solucionase el conflicto.

—¿A Usimarenajt?

—Al mismo. Éste, claro está, conocía perfectamente cuáles eran los problemas que aquejaban a los obreros, e intentó calmar los ánimos prometiéndoles su intercesión. De hecho, al poco, recibieron cereales, vestidos y aceite para que pudieran cubrir sus necesidades. Nada extraordinario, pero al menos la huelga finalizó y los trabajadores regresaron a su aldea, prosiguiendo con sus actividades.

—¿Y no hubo ninguna investigación? ¿No se pidieron responsabilidades?

—¿Investigación? —Iroy rió suavemente—. Del alcalde al último escriba sabían que se escatimaban los víveres a los obreros. Es imposible pedir responsabilidades a quien se beneficia de ello.

—Al menos Usimarenajt les ayudó.

—Hizo lo que pudo, aunque entre sus prerrogativas no estuviera la de solucionar los problemas de los obreros de la Tumba, pues recuerda que ellos dependen directamente del visir.

—Entonces, éstos se hallan en una completa indefensión.

—Me temo que sí. En cierto modo, el Primer Profeta de Amón se apiadó de ellos, pero en ningún caso iba a entrar en un conflicto de intereses con la Administración, y mucho menos con el visir. Es un terreno sumamente inseguro por el que no le conviene aventurarse, de momento. Él hace la política que cree más idónea para los intereses de su Templo. No obstante —prosiguió Iroy con voz pausada—, si hay alguien en el país de Kemet que conoce exactamente cuanto ocurre, ése es Usimarenajt. Tiene información puntual de todo y de todos, siendo perfectamente consciente de la corrupción generalizada que nos rodea y de cuáles son sus

servidumbres.

—Pero ¿y el dios? Me resisto a creer que el faraón no supiera nada de todo esto.

Iroy suspiró mientras dirigía de nuevo su mirada hacia los lejanos palmerales.

—Creo que te llevarás una sorpresa cuando le veas —apuntó el médico—. Poco queda en él del hombre que dejaste en Pi-Ramsés, hace ya casi diez años. Ramsés se ha convertido en un anciano egoísta que no siente el más mínimo interés por los asuntos de estado. A veces tengo la sensación que él mismo es consciente de la imposibilidad de solucionar la situación en la que se encuentra Egipto. Es como si se hubiera dado por vencido ya hace tiempo, dejando el país a su suerte.

—¿Cómo puede haber ocurrido algo así? Ramsés es uno de los más grandes dioses que ha gobernado esta tierra.

—Seguramente, el último de los grandes faraones —contestó Iroy volviendo a mirar al joven—. Su lucha por mantener un Egipto cohesionado y poderoso ha sido titánica; mas, desgraciadamente, todo ese descomunal esfuerzo parece que ha resultado poco menos que baldío. La edad y la evidencia parecen haber rendido definitivamente a Ramsés; ahora no es más que un viejo libidinoso, cuyo único afán es pasar la mayor parte de su tiempo en el harén fornicando con sus esposas. Además se ha aficionado a las grandes fiestas, que gusta de celebrar siempre que puede. Deberías haber visto la que festejó el año pasado con motivo de su jubileo. No creo que Egipto haya presenciado otra igual en toda su historia. ¡Nada menos que veinte días de fiestas!

—La ocasión lo merecía. Como muy bien dijiste con anterioridad, son pocos los dioses que tienen el privilegio de gobernar durante tanto tiempo.

—Sí, aunque convendrás conmigo que el *heb sed* no deja de ser, en esencia, un acto en el que el faraón da muestras ante su pueblo de que mantiene el vigor suficiente para poder conducirlo como corresponde; y te diré, en confianza, que Ramsés casi no se puede ni mover. Ha engordado mucho, hinchándosele las piernas con frecuencia; además, no tiene ningún interés en seguir las dietas que le prescribo.

—El cuadro que me presentas es, cuando menos, sombrío.

—Estoy convencido de que el dios ha emprendido una huida hacia delante; sólo así se puede entender su actual afición a los excesos.

—¿Y su heredero, el príncipe Ramsés? Él ayuda a su padre en las cuestiones de gobierno.

—He aquí un asunto delicado —dijo Iroy poniendo sus manos sobre los hombros del joven, a la vez que bajaba la voz—. Deberás sacar tus propias conclusiones cuando llegues a palacio. Desde este momento te prevengo para que extremes tu prudencia; nada tiene que ver la corte con el lugar en donde has pasado todos estos años. Recuerda que en Medinet Habu abundan las intrigas, y que nada es lo que parece. Sé cauto y mide siempre tus palabras.

—Cualquiera que te oiga diría que nos encontramos a merced de nuestros dioses.

—Tú lo has dicho —aseguró Iroy, volviendo a mirar el paisaje lejano—. Estamos

a su merced.

Aquella noche, a Nefermaat le costó poder conciliar el sueño. Tumbado sobre la cubierta de la suntuosa embarcación contemplaba la miríada de luceros que alegraban el oscuro vientre de Nut. Allí arriba, una pléyade de infinitas luces se esparcían por el sagrado cuerpo de la diosa salpicando con su brillo la oscura noche de Egipto. El Nilo, generoso, murmuraba su perezosa cantinela con un fluir incesante que cubría de suaves caricias la noble quilla del barco; susurros de aguas milenarias que hablaban de vida y abundancia en la lengua propia del río; aquélla creada por Hapy, su dios benefactor, y que tan bien entendían las gentes que habitaban sus riberas.

Surcar la divina corriente en la quietud de la noche estrellada suponía para cualquier egipcio el poder participar de aquella suerte de magia que parecía impregnarlo todo. Formar parte de aquel orden inmutable creado en los albores de los tiempos por la sabiduría de los dioses representaba el anhelo máximo para los habitantes de aquel valle; algo difícil de entender para quien hubiera nacido lejos del País de las Dos Tierras.

Para Nefermaat, sin embargo, el mensaje del río le resultaba tan claro como el que la noche le ofrecía. Él podía leer el rumor del agua deslizándose junto al casco de la nave, y también la fastuosidad que exhibía el inmenso cielo, allá donde mirase. Satisfecho por lo que le decían, creyó sentirse invadido por una especie de paz interior particularmente gratificante, que le hizo abandonarse por completo a un estado de singular comunión con cuanto le rodeaba. Todas las místicas enseñanzas, que durante años el joven sacerdote había recibido, afloraron espontáneamente haciéndole entender lo íntimamente ligadas que se encontraban a su sagrada tierra; una asombrosa simbiosis que sólo podía ser debida al natural orden impuesto por la mano creadora. Durante un tiempo impreciso, Nefermaat sintió toda su tierra dentro de sí. El río, los frondosos palmerales, la fertilidad de los campos, el lejano desierto, las miles de especies animales que convivían en armonía y a las que su pueblo era capaz de divinizar, el abrumador peso de su milenaria historia que había hecho del país de Kemet una civilización sin parangón; el *maat*, la justicia en todas sus formas, el recto equilibrio que empezaba con uno mismo. Aquella vorágine de sensaciones parecían llegar a él por cada poro de su piel, por sus ojos, por su boca, por su nariz. Todas juntas formaban un inconfundible perfume que él era capaz de aspirar. Olía a Egipto, y todo su ser se sentía invadido por su fragancia.

Cuando salió de semejante trance, Nefermaat recordó la conversación mantenida con Iroy. Pensó durante unos instantes en ella, llegando a la conclusión de que el hermoso regalo recibido de los dioses no podía ser destruido por la mano del hombre, o por la de sus gobiernos. Ello le hizo reparar en lo poco que conocía el alma humana y en lo extraño que, a menudo, le habían resultado sus comportamientos. Dentro de los muros de los templos hubiera sido difícil de imaginar situaciones como las que le había relatado el viejo médico. Honrados trabajadores de la augusta necrópolis tebana a los que se roba su salario desde la misma Administración; inconcebible.

Esto le llevó a considerar su nueva situación, así como las advertencias que Iroy le había hecho. Las intrigas a las que hizo referencia no eran nada nuevo en palacio, pues siempre habían existido, como muchas veces había oído decir a su padre. Su semblante llegó entonces nítido a su corazón. ¿Cómo se encontraría? ¿Estaría muy envejecido? Estas cuestiones le produjeron un sentimiento cuando menos ambiguo, pues no había vuelto a saber nada de él desde hacía nueve años, y aunque al parecer todos se encontraban bien, ignoraba cuál iba a ser la reacción de Hori al verle después de tanto tiempo. En cuanto a la que pudiera tener Mutenuia o su hermanastro, hacía ya mucho que a Nefermaat había dejado de importarle. Suspiró entonces resignado, estirándose sobre su estera hasta que sus manos tropezaron con el viejo zurrón. En él conservaba sus escasas pertenencias que, súbitamente, se vio impulsado a examinar. Sus manos recorrieron la pequeña bolsa y enseguida repararon en el envoltorio de tela situado en el fondo. Nefermaat lo sacó con cuidado, desenvolviéndolo después con cierta parsimonia. Cuando el objeto quedó desempaquetado, el joven lo asió con sentimiento de melancolía. Era el pequeño brazalete de oro y lapislázuli que Nubjesed le había regalado la tarde anterior a su partida a Menfis, hacía nueve años. Al tocarlo, Nefermaat sintió nostálgicas emociones que le llevaron a evocar los lejanos días de su niñez. Recordó sus juegos en los jardines reales de Pi-Ramsés, y los momentos pasados en compañía de sus amigos junto al lago. Paneb, el príncipe Amonhirkopshep, Nubjesed... ¿Qué sería de ella?

Pensó en lo ausente que se había encontrado de todos y en el hecho de que, durante muchos años, no hubiera abierto el paquete que contenía el regalo que la princesa le había entregado. Se sintió un poco culpable ante tal desapego en tanto trataba de recordar a Nubjesed, pero apenas fue capaz de rememorar los fugaces rasgos de la niña que entonces era, resultándole imposible el formarse una clara imagen del rostro de la princesa.

Volvió a envolver con cuidado el hermoso brazalete, depositándolo de nuevo en el interior de la bolsa. Según el timonel, al día siguiente arribarían a los muelles de Tebas, abriéndosele con ello nuevos caminos hacia los que parecía ser empujado por un enigmático destino.

Waset, el Cetro, la capital del nomo IV del Alto Egipto desde donde los grandes faraones de la XVIII Dinastía habían gobernado durante siglos al País de la Tierra Negra, le esperaba como a un siervo que, diligente, acudía a la llamada del dios, que le requería. Un gran honor que, sin embargo, no empañaba la emoción que le producía regresar a su tierra natal. Él, como su madre, la difunta Tetisheru, había nacido en Tebas, lugar al que sus habitantes consideraban quintaesencia de su milenaria cultura, así como guardián de sus valores más profundos. Era señorío del poderoso clero de Amón, y de él surgieron los valerosos príncipes que expulsaron a los invasores *hicksos* de su sagrado país. A esta tierra pertenecía Nefermaat, y ella le recibiría con los brazos abiertos; o al menos eso pensaba el joven.



—¡Montu bendito, dime que lo que ven mis ojos no es una aparición! —exclamó Paneb alborozado mientras entraba en la amplia sala.

Nefermaat le miró sorprendido, sin saber qué contestar.

—¿Acaso ya no recuerdas a los viejos amigos? —preguntó Paneb aproximándose.

—¿Paneb? ¿Eres tú?

Éste abrió sus brazos a la vez que lanzaba una carcajada.

—No pensarías encontrarme con la misma estatura que hace nueve años, ¿verdad? —volvió a exclamar alborozado.

—¡Paneb! ¡Cuánta alegría! —prorrumpió Nefermaat eufórico, a la vez que se acercaba a su amigo para fundirse con él en un abrazo.

—¡No es posible! ¡Cómo has cambiado!

—Tú sí que has cambiado —replicó Paneb divertido—. Vaya aspecto que tienes. ¿Qué fue de tu hermosa cabellera?

Nefermaat se pasó inconscientemente una mano por su afeitada cabeza, lo que hizo que su amigo soltara una carcajada.

—Nunca imaginé verte convertido en un auténtico sacerdote *ueb*. ¡Quién lo iba a suponer!

—Sejmet así parece haberlo decidido —dijo Nefermaat sonriendo—. Pero dime, ¿cómo supiste de mi llegada? Apenas llevo aquí un día.

—Las buenas noticias llegan raudas como las flechas lanzadas por Montu —apuntó Paneb—. Todo el mundo en Tebas sabe de tu presencia.

Nefermaat alzó una de sus cejas, claramente sorprendido.

—Así son las cosas aquí. Como pronto comprobarás, hasta el más nimio suceso acaba por ser conocido; huelga decirte lo que ocurre cuando un nuevo *sunu per aa* llega a palacio.

—Seguro que exageras —intervino Nefermaat dándole una palmada en el hombro.

—Ni un ápice. Ésta es una ciudad a la que le encanta el cotilleo. A estas alturas todos estarán enterados de mi presencia aquí.

—Supone una gran alegría el que hayas venido a verme —dijo Nefermaat sonriendo—. Después de tanto tiempo... Pero siéntate y háblame de ti. ¿Eres ya

Primer Profeta de Montu? ¿O acaso tomaste esposa y ahora mandas sobre una legión de chiquillos?

Ambos amigos rieron a la vez.

—Mi padre, el noble Turo, es fuerte como las piedras de los templos del dios al que honra y, entre nosotros, te diré que espero que Osiris se guarde de llamarle a su presencia durante mucho tiempo. Mientras ese desgraciado día llegue, he de conformarme con ser el segundo de sus servidores. En cuanto al matrimonio, te diré que me he mantenido firme, por el momento. Aunque espero tomar esposa dentro de poco.

—Te felicito entonces, amigo mío. Algún día estarás al frente de su clero; un gran honor, sin duda, que podrás compartir con tu nueva familia.

—Bueno, tampoco conviene exagerar —dijo Paneb rascándose la cabeza—. No nos engañemos, el culto a Montu no es lo que fue. Benditos los lejanos tiempos en los que Montu era el patrono del nomo tebano. Los faraones de la XI Dinastía lo honraron sobremanera, sobre todo los Mentuhotep, pero como bien sabes Amón acabó por suplantarle; hace siglos que él es el nuevo patrono de la provincia.

—Montu es un dios muy venerado; él es quien proporciona la fuerza y el vigor necesario para someter al enemigo en la batalla. Como tú bien has dicho, los faraones le honran desde tiempo inmemorial. Estar al frente de su culto es un privilegio.

—Sin duda, aunque no me refería a ese tipo de privilegio precisamente, sino a otro muy diferente; el que se obtiene del poder.

—¿El poder?

—Exacto. El verdadero poder —dijo Paneb sin poder ocultar el brillo de sus ojos—. No me estoy refiriendo a la facultad del servicio diario a un dios, ni a las prerrogativas que se obtienen de ello. Hablo del hecho de ser capaz de influir en la política del país, de intervenir en sus asuntos para así acaparar todavía más poder.

—Me sorprendes —intervino Nefermaat endureciendo su gesto.

—No pensarás que en los templos se limitan a plegarias y letanías, ¿verdad?

—Del que yo procedo sí.

Paneb lanzó una carcajada.

—Siempre has tenido madera de asceta, y no hay duda que en Menfis te han ayudado a desarrollarla; pero pronto te darás cuenta de lo diferentes que son las cosas por aquí.

—Mi único propósito en Tebas es el de ejercer mis funciones como médico lo mejor que sepa. La política no me interesa en absoluto.

—Da igual que te interese o que no —replicó Paneb sonriendo de nuevo—. De una manera u otra te verás envuelto en ella. Como médico de la corte tratarás a tanta gente que, irremediabilmente, te harán partícipe de sus intrigas.

—Tengo confianza en que no sea así.

Paneb le miró un momento a los ojos mientras guardaba silencio.

—Yo también lo deseo, créeme —dijo al punto, volviendo a sonreír—. Además,

no he venido a verte para hablar de esos asuntos, sino para darte la bienvenida. Es lo menos que debe esperarse de un viejo amigo.

—Para mí ha sido una gran alegría el verte, después de todos estos años. Pero dime, ¿cómo se encuentran los demás; Nubjesed, su hermano...?

—El príncipe es poco menos que insufrible —cortó Paneb moviendo su cabeza—. No es que nos extrañe pues, como recordarás, ya de pequeño apuntaba maneras; sin embargo, el hecho de que su padre se encuentre próximo a heredar el trono le ha hecho aún más insoportable. Sabes que siempre me pareció inaguantable.

—Sí; me acuerdo de los pescozones que le propinabas. Supongo que ahora te andarás con más cuidado, pues algún día será faraón —observó Nefermaat bromeando.

—Eso nunca se sabe —apuntó Paneb enigmático, mientras parecía perder su mirada en algún lugar indefinido.

Se creó entonces un incómodo silencio, que enseguida fue roto por Nefermaat.

—¿Y Nubjesed? ¿Cómo se encuentra nuestra princesita?

Paneb parpadeó ligeramente, como regresando del lugar en el que se hallaba, antes de volver a mirar a su amigo.

—Cuando la veas, no la vas a reconocer. Se ha convertido en una mujer de deslumbrante belleza; toda una tentación, sin duda. Además mantiene aquella gracia que le conocimos de niña y el genio, más bien vivo, que ya demostraba entonces. En fin, qué puedo decirte, tú eras su novio.

Ambos amigos rieron la ocurrencia.

—Recuerdo aquella época —dijo Nefermaat, todavía riendo—. Parece que tan sólo ha pasado un suspiro, y no obstante...

—Bueno, tampoco debemos ponernos sentimentales por ello; aunque en confianza te diré que lo pasaba muy bien martirizando a Hesy, el viejo maestro.

De nuevo los jóvenes rieron divertidos.

—¿No me digas que ya no lanzas bolitas de papiro impregnadas de tinta? ¿Acaso te has vuelto persona seria?

—Eso tiene difícil solución. Siento auténtica debilidad por las buenas bromas. Además, el formal del grupo eras tú, Nefermaat; con uno había más que suficiente.

—Tú siempre exagerando, Paneb.

—Es la verdad. En Pi-Ramsés toda la corte te tenía por formal; decían que en eso habías salido a tu madre. Por cierto, ¿cómo has encontrado a tu padre? Supongo que le habrás visto.

—Pues, si he de serte sincero, te diré que todavía no he tenido ocasión de saludarle ya que, como te dije, llegué ayer por la noche; pero hoy tenía pensado visitar a mi familia.

Paneb le observó con cierta extrañeza.

—¿El viejo Hori no ha dado la bienvenida a su hijo pródigo?

Nefermaat se revolvió en su silla algo incómodo por el comentario.

—A buen seguro que habrá tenido sus motivos —continuó Paneb, que se había dado cuenta del gesto contrariado de su amigo—. Él sigue siendo el «Limpio de Manos», el Mayordomo de Su Majestad, y te aseguro que es muy querido por el dios. Nefermaat asintió en silencio.

—Bueno, ya sé que vuestras relaciones siempre fueron un poco particulares —apuntó Paneb, tratando de quitar importancia al asunto.

—Yo más bien diría que inexistentes. Aunque me apene reconocerlo; ésa es la realidad. En estos últimos años no he tenido ninguna noticia suya.

—¿No has sabido nada de tu familia en nueve años?

—Así es; y no creas que les culpo. Yo tampoco fui capaz de escribirles ni una sola línea en todo ese tiempo; nunca tuve el deseo de hacerlo.

Paneb se acarició la barbilla mientras observaba a su amigo.

—Hay ocasiones en las que los dioses parecen complicar nuestra existencia —señaló de nuevo Paneb—. No tener unas buenas relaciones familiares no es nada agradable, pero al menos tú ya sabes lo que puedes esperar de ello. Te aseguro que otros muchos se llevan verdaderas sorpresas cuando descubren lo frágiles que resultan unos vínculos que ellos creían fuertes.

—En cualquier caso, hubiera deseado que todo fuera diferente. A veces trato de imaginar la cara que pondrá mi madrastra cuando me vea aparecer.

—Si he de serte sincero te diré que la dama Mutenuia no cuenta, precisamente, con la simpatía de la corte; incluso te aseguraría que es el centro de no pocas críticas y rumores.

—¿A qué te refieres?

—Convendrás conmigo en que, desde que llegó a palacio, siempre se hizo acreedora a no pocos dimes y diretes. En aquella época nosotros éramos demasiado niños como para darnos cuenta, pero por entonces ya se hablaba de la naturaleza algo escabrosa de la dama.

Nefermaat adoptó una expresión que a su amigo le pareció cómica.

—No me mires así. Ahora que vas a vivir en palacio, tienes que saber lo que se cuenta de ella. Te aseguro que he oído de todo, aunque ya sabes lo propensos que son los cortesanos a la exageración. Pero como te decía —continuó Paneb— la señora siempre ha sido proclive a los gozos carnales, a los que aficionó en buena medida a tu querido padre. Mas ocurrió que, con el tiempo, el bueno de Hori pasó a un segundo plano, y empezaron a correr rumores sobre posibles aventuras con otros hombres. Nada en concreto, ya sabes, pero cuando se empieza a hablar de estos asuntos, nunca sabes adonde puede llegar a parar la cosa. El caso es que a Mutenuia se le atribuyeron amoríos con Yemini, un libio asistente del despensero real, que alardeaba de una potencia sexual fuera de lo común que, al parecer, no era exagerada. Aquello parece ser que duró un tiempo, pues según cuentan las malas lenguas, la señora estaba encantada con su amante.

—Pero ¿y mi padre? ¿No sabía lo que ocurría? —preguntó Nefermaat

escandalizado.

—No te lo podría asegurar. Qué quieres; hay quien afirma que Hori consentía tales prácticas. Lo que era indudable es que la corte parecía estar al tanto de lo que ocurría. Pero la cuestión no terminó allí, pues parece ser que el libio se cansó de ella, yéndose de la lengua con determinados detalles más bien íntimos. Puedes imaginarte las habladurías que provocaron; incluso hicieron algún que otro chiste sobre ello. Mutenuia se llevó tal disgusto que estuvo algún tiempo recluida en sus aposentos sin querer saber nada de nadie, apagando su ira en la persona de Hori, como suele ser común en estos casos.

Nefermaat parecía petrificado ante lo que escuchaba.

—Mas llegó un momento en el que la señora debió de decidir que su penitencia tocaba a su fin. Los años pasaban, y sus formas antes turgentes y altivas empezaban a deteriorarse; así pues, decidió que no había tiempo que perder, dedicándose a darse satisfacción tanto como podía. Aprovechándose de la posición que le daba el ser esposa del Mayordomo Real, se dedicó a acosar a todos los pajes y buenos mozos que tuvo a bien.

—Pero esto que me cuentas es escandaloso... El adulterio sigue siendo un delito en Egipto.

—No seas iluso, Nefermaat; se ve que has pasado demasiado tiempo encerrado entre hombres probos. Si hubiera que juzgar todos los casos de adulterio, no habría jueces suficientes en todo Egipto; la gente hace la vista gorda, y de paso aprovecha para contar chismes.

—Así pues, mi querida madrastra se dedica a perseguir muchachos.

—Eso ocurrió durante unos años pues, andando el tiempo, la dama se desmejoró mucho, con lo que todos los jóvenes en edad de merecer acabaron huyéndola como si de la mismísima Ammit se tratara. La verdad es que, cuando la veas, te llevarás una sorpresa; tiene la cara surcada de arrugas y profundas ojeras. Da pena verla.

—Al menos habrá servido para atemperar tanta desazón.

—En eso te equivocas. Siempre hay alguien dispuesto a enjugar las penas de un amante y, en esta ocasión, el pretendiente no pudo haber sido elegido más aviesamente.

—No te comprendo.

—A Mutenuia no se le ocurrió otra cosa que liarse con un mayordomo menor, al que llaman Seni, pues al parecer es muy aficionado a la pintura^[95]. Figúrate el escándalo; sobre todo porque ese hombre está a las órdenes de tu padre.

—¡No es posible! Me temo que no soy capaz de imaginar una situación semejante.

—Es difícil, sin duda; en eso debo darte la razón. Pero te aseguro que Hori no parece haberse dado por enterado.

—Nunca pensé que mi padre tuviera tan poca dignidad —musitó Nefermaat abatido.

—No creo que sea justo el juzgarle así. Existe la posibilidad de que, en verdad, no esté al tanto de lo que sucede.

—Eso es imposible. Si lo sabe hasta el último funcionario, ¿cómo no lo va a saber él?

—Hum, en eso te equivocas. La mayoría de las veces el engañado es el último en enterarse; incluso los hay que no llegan a advertirlo nunca.

—En ese caso habrá que asegurarse de que lo sepa.

—¿Estás loco? ¿No te das cuenta de las consecuencias que podría acarrear algo así? Si Hori se entera que ha sido permanentemente engañado durante años y que es el único en desconocerlo, su reacción podría ser imprevisible.

—¿Imprevisible? A mí me parece vergonzoso.

—Bueno, tú no debes sentir ninguna vergüenza —dijo Paneb con suavidad—. En todo caso sería Mutenuia la que debería avergonzarse. Amigo mío, me temo que en este asunto te encuentras tan al margen como en todos los demás. Habéis vivido de espaldas los unos a los otros durante todos estos años, y me parece que así continuaréis.

—Y mi hermanastro, ¿qué opina de todo esto?

—Tu hermano Kenamun merece un capítulo aparte. Como tú, él también abandonó la residencia real en Pi-Ramsés siendo aún un niño; aunque su destino fuera bien diferente al tuyo. Ingresó en la Casa de la Vida del clero de Amón en Tebas, a cuyo servicio se encuentra en la actualidad.

—¿Mi hermano forma parte del clero de Amón?

—Así es; aunque no sea como oficiante. No me imagino a nadie tan lejano a la virtud, que se le presupone al sacerdocio, como él. Sus funciones son bien diferentes, pues es «escriba de los dominios de Amón».

—Vaya; esto sí que es una sorpresa.

—Conociendo su trayectoria, no debería extrañarte. Te aseguro que tu hermano ha establecido unas buenas relaciones en el Templo.

Nefermaat le observó con curiosidad.

—Ha hecho una más que cordial amistad con Amenemope. ¿Te acuerdas de él?

—Su nombre me es familiar, aunque ahora no recuerdo de qué.

—Es un sobrino de Paser, el alcalde de Tebas, que sirve en el Templo de Amón nada menos que como Tercer Profeta. Su familia está vinculada a la de los Bakenjons por enlaces matrimoniales, lo cual te puede dar una idea aproximada del poder que posee.

—Recuerdo a alguno de ellos, de cuando estudiábamos en el *kap*.

—Junto a los Meribast, es la familia más poderosa de Tebas. Su influencia en la Administración es de sobra conocida desde hace ya más de cien años, exactamente desde que el viejo Bakenjons fue elegido Primer Profeta de Amón por el Gran Ramsés.

—Fue un hombre sabio y, según tengo entendido, de trato amable.

—Y muy longevo. Murió con más de noventa años, cuando se cumplía el último año de reinado de Ramsés II, tras llevar veintisiete al frente del clero de «el Oculto». Después de su muerte, sus descendientes supieron sacar buen partido de su preponderante posición, pues le sucedió su hijo Roma-Roy, que prácticamente hizo el cargo hereditario. Más tarde, como te dije, emparentaron con los Meribast, y desde ese momento han estado repartiéndose el título de Primer Servidor de Amón entre ambas familias. ¿Puedes imaginar el inmenso poder que ostenta el Primer Profeta?

—Sé el poder que acapara.

—Enorme. Puedo asegurarte que, a no mucho tardar, el clero de Amón podrá arrendar tierras al mismísimo faraón. Son dueños de más de la mitad de la tierra de Egipto. Mi padre, el noble Turo, procura mantener las mejores relaciones con ellos pues, como muy bien dice, ninguna de las decisiones importantes en este país les son ajenas.

—¿Y dices que Kenamun anda en buenas relaciones con ellos?

—Óptimas. Como te comenté es «escriba de los dominios de Amón», aunque, según tengo entendido, pronto le ascenderán a *sehedy sesh*, supervisor de escribas, y de ahí a *imira sesb*, director de escribas, sólo hay un pequeño paso. No está mal para un joven de dieciocho años.

—Me alegro que le vayan tan bien las cosas. Espero que consiga pronto su objetivo.

—¿Su objetivo? Bueno, eso será un poco más difícil.

—¿Qué quieres decir?

Paneb rió quedamente.

—Los objetivos de tu hermanastro van renovándose con el tiempo; son peldaños en una escalera cada vez más inclinada. No tengo la menor duda de que aspira a ingresar en el alto clero.

—No seré yo quien lo critique.

—Desde luego es muy loable servir a Amón como se merece —apuntó Paneb, no sin cierto retintín—, aunque no a cualquier precio. Has estado demasiado tiempo alejado de él como para saber a qué me refiero, pero los que le conocen comprenderán perfectamente de lo que estoy hablando.

Nefermaat hizo un claro gesto con sus manos, reconociendo su desconocimiento.

—Se podría asegurar que Kenamun es poseedor de habilidades innatas para hacer carrera dentro de la Administración. Es frío, calculador, astuto, rencoroso, interesado y sumamente codicioso; hubiera podido llegar lejos con semejantes aptitudes. Sin embargo, el aspirar a progresar dentro del alto sacerdocio supone un bocado demasiado grande, y él lo sabe; de ahí su afán por entablar las mejores amistades en el Templo de Karnak. ¿Te acuerdas de Neferure?

—¿La nieta de Usimarenajt? Claro, fue compañera nuestra en la escuela.

—Pues últimamente tu hermanastro anda cortejándola. Como bien has dicho, su abuelo es el actual Primer Profeta de Amón, y no hay nada que desee más Kenamun,

en este momento, que poder emparentar con él. Piensa en las puertas que se le abrirían.

—¿Y crees que tiene posibilidades?

—Hum, lo dudo. Neferure le rehuye como si se tratara de una aparición del mismísimo Amenti; tu hermano siempre le resultó antipático, y ahora que se ha convertido en una hermosa mujer, su desprecio es mayor todavía; además, tiene muchos pretendientes.

—¿Dices que Neferure es hermosa? Yo la recuerdo como una niña más bien feita.

—Su rostro no es que resulte especialmente bello; sin embargo, posee un cuerpo capaz de levantar las más encendidas pasiones. Kenamun está loco por ella, y cada vez que la mira no puede ocultar el deseo que siente hacia la muchacha.

—¿Quieres decir que la acosa?

—Aunque le hace continuas lisonjas, apenas puede reprimir las lascivas miradas que le echa en cuanto la ve.

—Vaya con Kenamun —dijo Nefermaat riendo.

—En confianza, te diré que tu hermanastro ha heredado parte de la licenciosa naturaleza de su madre; y lo que es peor, no se reprime en ocultarlo. En ocasiones parece consumido por oscuras inclinaciones bien conocidas por cuantos le rodean.

El gesto de Nefermaat denotaba estupor ante lo que estaba escuchando.

—¿Es eso cierto? No puedo imaginarme a alguien así, rindiendo culto diario en el Templo de Karnak.

—Ya te dije que su propósito es de difícil consecución pues, como puedes comprender, los siervos de Amón están al corriente de sus aficiones. ¿Has oído hablar de un lugar que se llama «el refugio de Astarté»?

—¿Te refieres a algún templo de la diosa guerrera?

Paneb lanzó una risotada.

—Bien pensado, podría considerársele como un templo, aunque no precisamente dedicado a diosas guerreras.

Nefermaat le observó con seriedad.

—Te ruego que me disculpes, pero tu comentario no ha podido resultar más divertido. Obviamente, Astarté es una deidad guerrera, protectora de caballos y carros en la batalla, aunque, como sin duda bien sabes, en su origen era una diosa del amor venida desde las tierras de Retenu (Canaán). El hecho es que uno de los mercenarios sirios que combatió en el ejército del dios se instaló en Coptos, tras licenciarse, y abrió un local al que bautizó con el sugestivo nombre de El refugio de Astarté. Como es fácil de adivinar, el recinto no se dedicaba a la enseñanza de artes u oficios, sino que era simple y llanamente una Casa de la Cerveza.

—Bueno, Egipto está repleto de ellas.

—Claro, aunque te aseguro que no como ésta. Es por todos conocido el auge económico que vive Coptos en la actualidad. Su situación no puede ser más estratégica, pues es punto de paso obligado de todas las caravanas que circulan por el

Rohenu (Wadi Hamamat) hasta la costa del mar Rojo. Todas las mercaderías que proceden o se dirigen a oriente pasan por allí, lo que te puede dar una idea del volumen de negocio que se mueve en la ciudad. No hay otra en la que las caravanas puedan descansar y aprovisionarse hasta llegar al lejano puerto de Quseir, por lo que los mercaderes aprovechan para solazarse cuanto pueden, antes de adentrarse en el inhóspito Wadi. ¿Qué mejor lugar para ello que una buena Casa de la Cerveza? Eso debió pensar el avisado soldado, pues invirtió en el negocio todos los ahorros conseguidos en los botines de las guerras en las que participó; y a fe mía que acertó de lleno.

—¿Tan famoso es ese lugar?

—Deberías verlo. Al caer la noche se llena a rebosar, y no sólo de caravaneros, pues mucha gente de las localidades próximas visitan el lugar. A veces, el puerto fluvial de Coptos se llena de pequeñas embarcaciones procedentes de los más diversos puntos; muchos hombres de Tebas acuden allí alguna noche.

—Supongo que la comida en ese lugar debe ser excelente —apuntó Nefermaat muy serio.

Paneb volvió a lanzar otra carcajada ante el comentario, que hizo que se le saltasen las lágrimas.

—Perdona, amigo, pero es que no lo puedo remediar. ¿Has estado alguna vez en una «Casa de la Cerveza»?

—No, nunca.

—Debí suponerlo —dijo Paneb mientras se secaba los ojos con las manos—. En general, en esos lugares suele darse de comer y sobre todo de beber, aunque hay otras actividades que los hacen particularmente sugestivos. En El refugio de Astarté es posible encontrar las mujeres más exóticas que puedas imaginar.

—¿Te refieres a prostitutas?

—Y muy hermosas. Las hay que proceden de los lugares más variopintos. Se podría asegurar que una gran diversidad étnica habita en ese local. Nadie sabe cómo lo consigue, pero el antiguo soldado renueva con regularidad el personal, manteniendo así su clientela. Por otra parte, la cerveza y el vino son excelentes, por lo que la taberna está de moda. Los más ricos comerciantes del Alto Egipto la frecuentan, y los hay que se dejan verdaderas fortunas.

—Con todo esto, ¿me estás insinuando que Kenamun acude a ese lugar?

—Le han visto en numerosas ocasiones, y siempre tratando de pasar desapercibido; algo poco menos que imposible en esta región pues, a la postre, todo acaba sabiéndose. No creas que soy ningún puritano al contarte esto —continuó Paneb, poniendo cierto énfasis en sus palabras—. Quien más, quien menos ha visitado alguna vez este tipo de negocios, y no por ello hay que dramatizar, lo que ocurre es que tu hermano está poco interesado en la bebida, y mucho en otras prácticas. Ha creado más de un problema con sus inclinaciones, y si no fuera por su posición social y los *deben* que allí gasta, no le permitirían aparecer por el local.

—¿Te refieres a que forma escándalos?

—Digamos que es un poco raro. Parece ser que no se conforma con las prácticas sexuales que se tienen como normales; a él le gustan otras cosas.

Nefermaat parecía asombrado.

—Ha habido muchas quejas de las jóvenes de la casa en cuanto al trato que Kenamun les ha dispensado. Según dicen, tu hermano disfruta ocasionándoles dolor, e incluso les pide que se lo inflijan.

Nefermaat se echó las manos a la cabeza.

—¡Pero eso es una monstruosidad! —exclamó sobresaltado—. ¿Estás seguro de lo que me cuentas?

—Completamente. Como te dije, el único motivo por el que le permiten la entrada a la taberna es por ser quien es. Con el cargo que ostenta en la actualidad, Kenamun podría crear muchos problemas legales a un negocio como éste; así que el dueño prefiere hacer la vista gorda y seguir aceptando la plata que, tan generosamente, le proporciona tu hermanastro. Un viejo soldado como él tampoco se asusta demasiado ante tales prácticas; a algunas personas les gusta.

Nefermaat levantó sus ojos un instante, cruzando su mirada con la de su amigo. Al momento, vino a su memoria la última noche que pasó junto a Atet, y sintió un íntimo estremecimiento al recordar los pellizcos y arañazos que ésta le infligió.

—Este tipo de tendencias no son nuevas —oyó decir Nefermaat a su amigo— pues, desde que abandonó su pubertad, Kenamun ha dado múltiples muestras de su, digamos, retorcido carácter. Hay algo sórdido en él que asusta.

—No puedo comprender cómo ha podido progresar en el Templo de Karnak.

—No sólo eso, sino que además haya establecido tan buenas relaciones con parte del alto clero; es extraño, ¿verdad? En fin, está claro que nunca conoceremos realmente lo que se esconde tras el *ka* de cada hombre. El lado oscuro hacia el que puede decantarse nuestra fuerza vital parece encontrarse siempre presente.

Nefermaat asintió con un gesto mecánico.

—No me extraña que Neferure rehuya a mi hermano —apuntó el joven consternado.

—Ella parece leer lo que se esconde tras sus miradas —dijo Paneb mientras se levantaba—. Aunque te aseguro que sabe defenderse muy bien de ellas. Bueno, Nefermaat, creo que mi visita se ha dilatado más de lo esperado, y no quisiera entretenerte más; apenas acabas de llegar.

—He sentido una gran alegría al volver a verte —exclamó éste, a la vez que se abrazaba de nuevo a su viejo amigo—. Te agradezco que hayas venido a visitarme.

—La próxima vez me rendirás visita tú a mí; así podrás saludar a mi padre. Se alegrará de verte.

—Prometo hacerlo lo antes posible.

—Eso espero, así podré seguir llenándote la cabeza de chismes; aunque para ser el primer día, no ha estado nada mal.

Ambos jóvenes rieron la ocurrencia.

—En cualquier caso, sé prudente —observó Paneb mientras se dirigía hacia la puerta—. Has estado inmerso demasiado tiempo entre sagrados papiros, y dudo que estés preparado para manejarte con soltura en la corte. Desconfía de todos, y no olvides que el faraón ha tenido que abandonar su residencia habitual en Pi-Ramsés e instalarse aquí para tratar de controlar una situación que se antoja complicada. Sé cauto.

Tenía mucha razón Paneb al advertirle sobre lo que, en ocasiones, uno puede esperar de su familia. A veces, los hombres se empeñan en quiméricos deseos, imposibles de cumplir, capaces de torturar sus almas, quebrantándolas con sentimientos de culpabilidad que forma parte de la propia entelequia. Nefermaat era consciente de ello aunque se resistiera a admitirlo, pues el aferrarse a la esperanza forma parte indisoluble de la naturaleza humana.

El reencuentro con su familia, después de tantos años, no pudo ser más descorazonador. El recibimiento de Mutenuia fue tan gélido que incluso rayó en la descortesía. La señora no ocultó la antipatía que sentía hacia su persona, e incluso insinuó la conveniencia de que, en lo posible, se abstuviera de visitarla. La señora le quería lejos de su casa, y bajo ningún concepto permitiría que se inmiscuyera en sus asuntos o los de su familia a la que, por lo visto, él ya no pertenecía.

A Nefermaat las palabras de Mutenuia no le causaron un especial efecto. Sus sentimientos para con ella hacía mucho que eran inexistentes y el que, a aquellas alturas, su madrastra le manifestara sin ambages su antipatía, no le supuso ninguna sorpresa.

Algo muy diferente fue lo que sintió con su padre. Le buscó durante horas por todo el palacio, y cuando por fin le encontró en uno de los pasillos que daban a las cocinas, su emoción se convirtió en el mayor de los desalientos, ante la cara que puso Hori cuando le vio.

Fue una mezcla de impotencia, confusión, inseguridad, e incluso cobardía, lo que aquel rostro le transmitió. Después de nueve años sin verse, Nefermaat tuvo la sensación que, si hubiera podido, Hori habría desaparecido inmediatamente. En aquellos ojos desmesuradamente abiertos, Nefermaat pudo leer la debilidad y la vergüenza que aquel hombre sentía y a la que era incapaz de hacer frente. Su padre había perdido su dignidad hacía ya tantos años que no la necesitaba para vivir. A Nefermaat le dio la impresión de encontrarse ante un ánima errante; alguien que había perdido su nombre hacía ya muchos *hentis* (años), obligándole a vagar sin identidad alguna por toda la eternidad. Hori había vendido su *ba* a Mutenuia, a cambio de efímeras pasiones que habían terminado por consumirle irremisiblemente.

A Nefermaat le pareció que los ojos de su padre se velaban durante unos momentos. Quizá fuera el fugaz recuerdo de Tetisheru, que le había dado aquel hijo al que había repudiado sin razón desde la niñez. Existía una escondida súplica en aquellos ojos. En ella, Hori imploraba perdón a su hijo, no por lo que había hecho,

sino por su incapacidad para cambiar su actitud.

Nefermaat comprendió aquel sentimiento al instante, y por unos momentos creyó que el suelo se abriría bajo sus pies, haciéndole desaparecer en las entrañas del mundo subterráneo. Pero aquel suelo resultó ser tan duro como el corazón del hombre que decía ser su padre. Con un nudo en la garganta, el joven no fue capaz de dar un solo paso más hacia él; sus pies, antes clavados sobre las pétreas losas, parecieron tomar vida propia, obligándole a volverse para desandar aquel pasillo que con tanta esperanza había buscado durante horas y que, finalmente, no había resultado más que un vano remedo de lo inexistente.

Medinet Habu bien podría considerarse como una obra colosal. El templo funerario erigido por Ramsés III se levantaba sobre tierra santa; un lugar situado en la orilla occidental del Nilo al que llamaban Djamet, en donde se creía se hallaba enterrada la Ogdoad, el conjunto de dioses creadores conocidos como «los Padres y las Madres que Crearon la Luz».

El complejo constaba de un templo principal al que se accedía por dos pilonos que daban paso a dos grandes patios columnados, y una sala hipóstila que, a través de dos vestíbulos, se comunicaba con el santuario en el que Ramsés se unía al dios Amón por toda la eternidad. Este conjunto ocupaba siete mil metros cuadrados a los que había que añadir un templo construido por Hatsepsut, dos capillas funerarias dedicadas a las esposas del dios Amón, grandes áreas de residencia, los enormes almacenes y el palacio residencial del faraón.

Todo el recinto se encontraba rodeado por dos grandes murallas que estaban separadas entre sí por un canal de diez metros, que hacían de aquel complejo funerario una auténtica fortaleza^[96]. El acceso a tan imponente templo se hacía a través de dos entradas, una al oeste, y otra principal situada al este, junto al embarcadero, llamada «la puerta del pabellón», cuya imponente estructura imitaba una fortaleza siria conocida como *migdol*. En los muros de esta gran entrada, enormes bajorrelieves representaban al faraón sujetando con sus manos las cabezas de los enemigos vencidos por Egipto, y en las paredes exteriores del templo, Ramsés mandó grabar su victoria sobre los Pueblos del Mar, para que la posteridad supiera de su gloria. A todo el complejo, el dios lo bautizó como «el Templo de Millones de Años del Rey del Alto y Bajo Egipto, Señor de las Dos Tierras, User-Maat-Ra-Meri-Amón Unido con la Eternidad en la Casa de Amón al oeste de Tebas». Nombre tan ampuloso como cabía esperar de tan espléndida obra, que fue finalizada en el año doce del reinado de su majestad, tras sólo siete años de trabajos, y que requería de la atención de sesenta mil personas para su buen funcionamiento.

El palacio donde habitaba el faraón había sido edificado con posterioridad como un acceso a la residencia de descanso inicialmente construida, en la que acostumbraba a hospedarse el Señor de las Dos Tierras cuando visitaba el templo por motivos ceremoniales. Hacía ya muchos años que los faraones residían en sus palacios del Bajo Egipto, y sus visitas a los dominios del Alto Egipto sólo se debían a

motivos de estado o para cumplimentar a sus dioses. Sin embargo, y con gran sentido previsor, Ramsés III decidió construir un palacio en Tebas ante la posibilidad de tener que pasar en esta ciudad largas temporadas. A la postre, sus premoniciones se cumplieron pues, tras celebrar el jubileo que conmemoraba sus treinta años de gobierno en Pi-Ramsés, el dios determinó que había llegado el momento de trasladarse a su «Templo de Millones de Años» a fin de tratar de controlar una situación política y económica que se complicaba por momentos. Los poderes que se habían asentado en aquella región, tan lejana de la capital del norte desde donde gobernaba, eran tan firmes que requerían de toda su atención.

Allí llevaba instalada la corte cerca de un año, y éste fue el nuevo hogar de Nefermaat, muy diferente, sin duda, al que le había acogido durante tantos años.

El joven se acomodó en un ala del palacio, lejos de las habitaciones que ocupaba su familia pero muy próximas a las de Iroy y a las dependencias reales. Allí disponía de más de lo que necesitaba; su apartamento constaba de varias estancias con un dormitorio en el que había una cama. Cuando Nefermaat la vio, la observó con cierta melancolía, pues era como la que usaba en su casa cuando era niño. Ahora que ya no las utilizaba, las camas le parecían un mero mobiliario ornamental sin gran utilidad. El resto de habitaciones, sin embargo, le produjo una grata impresión, pues en ellas había cuanto podía necesitar para desarrollar su trabajo; un magnífico instrumental, gran cantidad de papiros médicos, e incluso una despensa donde se almacenaban una amplia variedad de hierbas con las que preparar los compuestos a los que era tan aficionado. Todo se encontraba en perfectas condiciones, tal y como lo había dejado su predecesor en el cargo, el viejo Iunay, antes de partir a rendir cuentas a Osiris.

Nefermaat no era el único *sunu* que había en palacio. Existía un servicio médico perfectamente organizado, que incluía a un inspector de los doctores de palacio, *shehed sunu per aa*, un jefe de los doctores de palacio, un administrador médico, un *sunu per hemet nesu* o médico personal de la reina, otro para el harén, y varios doctores que atendían las necesidades reales, y que formaban parte de un equipo a cuyo frente se encontraba Iroy, el jefe de los médicos del rey. Además, había un oftalmólogo, un proctólogo y hasta un dentista; toda una garantía, sin duda, para su majestad y sus cortesanos.

Iroy se encargó de presentar a Nefermaat a sus colegas, con la íntima satisfacción de ver cómo el niño en el que, durante años, había volcado su cariño, era recibido en la corte que le había visto crecer convertido en médico. Un gran honor al alcance de muy pocos, y para cuya consecución el viejo médico había usado toda su influencia, siendo el mismo faraón el que dictara personalmente la orden de incorporación.

Sejmet había escuchado sus más íntimas plegarias, accediendo a que éstas se hubieran hecho realidad. Ahora, todo su anhelo era que el joven demostrara el don que poseía; aquel que el gran Anón percibió en cuanto le vio, aunque nunca se lo dijera, y que había enriquecido con vastos conocimientos. Nefermaat era un elegido de Sejmet, aunque sólo la diosa y él lo supieran; por el momento.

The background of the page is a repeating pattern of Egyptian hieroglyphs in a light gray color. The hieroglyphs are arranged in vertical columns and include various symbols such as birds, lotus flowers, and human figures. The text is centered over this pattern.

Segunda parte

*La conjura del
faraón*



Nefermaat se quedó prendado de ella en cuanto la vio. No fueron los hermosos ojos oscuros, suavemente rasgados, ni su delicada nariz, ligeramente respingona, ni los carnosos labios que tentaban al pecado, y que cubrían delicadamente los dientes más hermosos que nunca hubiera visto y que parecían haber sido tallados en el más puro marfil procedente del lejano sur; ni tan siquiera el conjunto de todo ello, que obraba el milagro de un rostro de arrebatadora belleza con el que ni los deslumbrantes bucles de la oscura cabellera con que se adornaba podían rivalizar; pues su belleza iba mucho más allá de lo tangible.

Su cuerpo menudo, pero proporcionado, y su suave piel ambarina no eran sino una parte más de un conjunto exquisitamente armonioso, que desparramaba el inequívoco perfume que sólo las diosas poseían; imaginaria esencia de fórmulas desconocidas ante las que sólo cabía rendirse, y aspirarla hasta entregarse.

Eso fue exactamente lo que le ocurrió a Nefermaat; el joven quedó embriagado con los sutiles vapores que, inexorablemente, conducen a una forma de ebriedad cuya resaca siempre deja huella, y a la que ningún hombre está dispuesto a renunciar.

El respirar aquella fragancia supuso para el joven una sensación que nunca había experimentado con anterioridad, y que le trajo a la memoria fugaces escenas de su relación con Atet, la única que había tenido, y que en nada se parecía. Cuando ella le saludó, y la viveza de su mirada acarició sus ojos, Nefermaat creyó desfallecer, y aunque guardó la compostura con la serenidad que le era natural, no pudo disimular la impresión que le había causado su antigua compañera de juegos, la princesa Nubjesed.

Ella, a su vez, experimentó una gran emoción al verle. Durante todos aquellos años había pensado en él en numerosas ocasiones, llegando incluso a preguntar a menudo a Iroy por su persona, a fin de saber cómo se encontraba; un pequeño secreto que el viejo médico y la princesa habían compartido durante todo ese tiempo, y que ahora quedaba definitivamente enterrado como una entrañable confianza que guardarían para ellos.

Nada en él hacía recordar a la princesa al niño con el que compartió su infancia. La persona que tenía frente a ella era un joven que no parecía guardar relación alguna con el Nefermaat que tantas veces había evocado. Aquel hombre espigado, de

tonsurada cabeza, apenas se diferenciaba del resto de los sacerdotes que estaba tan acostumbrada a ver. Como era habitual en ellos, el joven exhibía discretas maneras, reservada prudencia, y ese gesto siempre serio que parecía ser común a todos. El hijo del Mayordomo de la Casa de su abuelo había vuelto convertido en un sacerdote *ueb*, un hombre santo que poseía el don de curar y por cuya figura Egipto sentía singular respeto. Eso era lo que desprendía aquel hombre vestido de immaculado lino blanco, respeto, lo cual no era poco en un país en el que esa palabra parecía poseer, cada día, menor significado.

Cuando se aproximó a él por primera vez aquella mañana de mediados del mes de Hathor, percibió todo aquello, así como la intangible fuerza que parecía proyectar y que invitaba a la serenidad. Mas al sonreírle, leyó al instante la zozobra que le producía su presencia, sintiéndose satisfecha al comprobar que, en el fondo, él era un hombre como los demás. Fue sólo un momento, pues enseguida el joven trató de ocultarlo con su habitual autocontrol, el mismo con el que había aprendido a encubrir sus debilidades desde hacía ya mucho tiempo.

A Nubjesed todo aquello le pareció sugestivo. Acostumbrada a los constantes halagos y al fingido cariño de muchos de los que la rodeaban, la reserva del joven supuso una sorpresa que la llenó de íntima satisfacción. Su amigo de la niñez se recataba ante ella, mostrándole su timidez para no evidenciar la impresión que ella sabía le había causado.

—¡Cómo has cambiado! —exclamó la princesa mientras extendía sus manos hacia el joven.

—También tú has cambiado, mi princesa —contestó Nefermaat a la vez que tomaba aquellas manos que le ofrecían, y se inclinaba ante ella.

La princesa rió con la vivacidad que le era propia.

—Nefermaat, soy yo, Nubjesed, tu vieja amiga. No estamos en ningún acto oficial en el que me debas rendir pleitesía.

El joven pareció algo confundido, pero enseguida se recobró, sonriendo abiertamente.

A Nubjesed, aquella sonrisa le recordó a las que tantas veces le viera siendo niño. En eso no había cambiado, y ella se alegró.

—Perdona, Nubjesed, pero el permanecer alejado durante tanto tiempo de la corte trae estas consecuencias —confesó el joven, un poco aturullado—. Además, poco tienes que ver con la niña de la que me despedí hace nueve años.

—En aquella época éramos novios, ¿recuerdas?

Al escuchar estas palabras, Nefermaat se puso tan colorado que la princesa no pudo evitar lanzar otra carcajada.

—Nunca me he olvidado de eso —replicó el joven, recuperando la calma—. Todavía guardo tu brazalete.

—Y yo tu colgante —dijo la princesa al instante—. Además, te confesaré que me hice devota de Mut, la diosa que lleva engarzada.

—Como lo fue mi madre —musitó el joven—. Como bien sabes, a ella perteneció ese collar. Me alegro que tú también seas adepta a la diosa; no en vano, algún día te convertirás en *duat neter*^[97] de su divino esposo Amón.

Nubjesed volvió a reír abiertamente.

—¿Acaso me ves convertida en esposa del dios?

—No tengo ninguna duda al respecto. Algún día te sentarás en el trono del País de las Dos Tierras como Gran Esposa Real, y entonces te convertirás en Divina Adoratriz del dios Amón.

—Veo tan incierto ese momento que tan siquiera me lo he planteado —dijo la princesa entrecerrando los ojos—. En cualquier caso, el honor de ser Divina Adoratriz del Oculto le corresponde a mi abuela, la reina Isis, y a mi madre, la dama Tentopet, el día en que mi padre sea faraón.

Al joven le pareció percibir cierta arrogancia en el tono de la princesa, mas se limitó a asentir con una media sonrisa.

—En cualquier caso, mi devoción es para con Mut; opino que su esposo ya cuenta con suficientes servidores.

—No seré yo quien trate de que cambies de parecer; siento debilidad por las diosas de nuestra tierra.

La princesa sonrió por el comentario.

—Sobre todo por Sejmet. Según dicen, posees ocultos poderes que ella misma te enseñó.

Nefermaat puso tal gesto de sorpresa que Nubjesed rió de nuevo alegremente.

—No pongas esa cara de bobo, Nefermaat —dijo ella todavía riendo—. Tu fama llegó a Tebas antes que tu persona.

—¿Fama? Perdóname, pero no sé de qué me hablas —contestó el joven sin comprender.

—Sigues conservando la modestia que ya poseías de niño. Algo que aquí, en la corte, es bastante inusual, como pronto podrás observar. En cualquier caso, todos los cortesanos están convencidos de que Sejmet te concedió su magia para poder curar.

—No creo tener ninguna magia, y mucho menos ser merecedor de fama. No sé de dónde ha podido salir semejante rumor.

—El palacio se hace eco de las noticias, y en su interior los nobles murmuran y murmuran; aunque, en honor a la verdad, en tu caso no inventaron gran cosa. Tienes un buen valedor entre nosotros; él es quien habla maravillas de ti.

—¿Te refieres a Iroy?

—Quién si no. Asegura que trabajaste con el mejor maestro que se pudiera imaginar; afirma que es capaz de obrar prodigios.

—Es un médico excepcional —observó el joven, respetuoso.

—¿Lo ves? Si el *sunu* de mi augusto abuelo asevera que eres poseedor de extraordinarios conocimientos, nadie en la corte se atreverá a rebatírsele. En Medinet Habu se esperan con curiosidad tus milagros.

Nefermaat movió la cabeza con disgusto. Si había algo para lo que nunca estaría preparado era para la exaltación.

—Me temo que el bueno de Iroy me haya hecho un flaco favor con sus elogios.

—En todo caso proceden del cariño que te profesa. Ha velado por ti toda su vida.

El joven asintió.

—Siempre debería haber alguien como él en nuestras vidas, aunque lo ignorásemos —apuntó, enigmática.

Nubjesed hizo uno de sus gestos característicos, mostrando una media sonrisa.

—Tu camino no ha sido el previsto para el hijo de un Mayordomo Real; ¿no es así?

—Eso habría que preguntárselo a Mesjenet, la diosa que presidió mi alumbramiento y elaboró mi *ka*. Junto con Renenutet decidió que mi destino fuera distinto al esperado —dijo perdiendo por unos instantes su mirada.

Nubjesed le observó, captando al momento el misterioso aire que el joven desprendía.

—Pues el mío no se ha desviado ni un ápice del que se suponía que debía llevar —interrumpió la princesa, con cierto fastidio.

—Démosle tiempo a las diosas.

Aquellas palabras hicieron que la princesa clavara sus oscuros ojos en el joven. De niña siempre le había gustado Nefermaat por su serenidad y buen juicio, tan diferente al de los otros niños con los que compartía sus juegos. Ahora, después de todos aquellos años, tuvo la percepción de que, como antaño, aquel joven seguía manteniendo su natural circunspección.

—¿De verdad crees que hay otras alternativas para una princesa? —preguntó, volviendo a adoptar su habitual aire seductor.

—Como te dije antes, estoy seguro de que algún día te convertirás en *bemet-nesuweret*, Gran Esposa Real. No veo una alternativa mejor.

—¿Has hablado con alguien de mi familia? —preguntó la princesa endureciendo repentinamente su gesto.

—No. Tú eres la primera.

—Cuando lo hagas, comprenderás por qué te lo pregunto.

Nefermaat guardó un prudente silencio.

—Aunque ya ha tomado esposa, sólo de pensar en la posibilidad de tener que casarme algún día con mi hermano Amonhirkopshep, me estremezco. Se ha vuelto mucho más insufrible de lo que ya era; además está enfermo.

Nefermaat enarcó una de sus cejas mirándola con curiosidad.

—Los médicos dicen que padece el *aaa*^[98] y que tiene difícil solución.

—Conozco esa enfermedad —observó Nefermaat, lacónico.

—Ha sido visto por todos los *sunu* de palacio, así que, ahora que sabe que tú estás aquí, seguro que te visitará.

—Será un placer volver a saludar al príncipe.

Nubsejed rió quedadamente.

—Perdona que me ría, Nefermaat. Reconozco que no soy una devota de mi hermano; sólo su aspecto ya me produce desagrado. En este último año hasta se le han desarrollado los senos; como a una mujer.

El joven apartó su mirada un momento. El aumento de los pechos en un hombre, ginecomastia, era un síntoma del desarrollo de la enfermedad del *aaa*; una endemia de la que, al parecer, ni los príncipes se encontraban a salvo.

—Algún genio infernal debió penetrar en él mientras dormía. Dicen que sólo los sacerdotes *ueb* son capaces de expulsarlos con su magia —oyó el joven que le decía.

Éste sonrió mientras volvía a mirar a la princesa.

—Yo soy cirujano, no mago. Para ese menester están los *ela*; seguro que en la corte se encuentran los mejores de todo Egipto —aseguró el joven, divertido—. En cualquier caso, me gustaría volver a ver a tu hermano; huelga decirte que mi misión en la corte no es otra que la de servirlos.

—Eres muy considerado, Nefermaat —intervino la princesa riendo de nuevo—. Si algún día necesito un *sunu*, te requeriré; aunque por el momento creo encontrarme muy bien. ¿Tú que opinas? —preguntó levantando su barbilla con coquetería.

Nefermaat volvió a ponerse colorado, en tanto hacía ímprobos esfuerzos por no dejar traslucir su rubor.

No obstante, Nubjesed leyó en su interior como en uno de los papiros con los que aprendió cuando era niña. El captar su azoramiento le hizo volver a sentirse complacida, a la vez que pareció animarle a seguir escrutando en el alma de su viejo amigo. Fue por eso que se aproximó hacia él sin dejar de mirarle a los ojos. Éstos le parecieron hermosos, aunque extrañamente enigmáticos; mas en ellos podía observarse todo lo que su *ka*, su fuerza vital, transmitía desde los más recónditos recovecos de su ser. La esencia más pura impregnaba la luz de aquella mirada, mezcla de candidez y misticismo, pero a la vez cargada de inusual resolución y misterio.

Cuando le ofreció sus manos, el joven las tomó con manifiesta timidez, como hubiera hecho el niño que antaño jugaba con ella junto a las orillas del lago. La princesa se alegró de que, en cierto modo, aquel niño continuara vivo en él. Los recuerdos de su infancia parecieron pasar raudos por su corazón, justo para constatar su difusa lejanía.

Nefermaat se había convertido en un hombre de indudable atractivo, aunque muy diferente a la mayoría de los aristócratas que vivían en palacio. Toda la fatuidad de la que, de ordinario, éstos hacían gala, contrastaba con la sencillez y austeridad del joven. Su carácter, atento y accesible, invitaba a refugiarse en él para impregnarse de su serenidad, abandonándose así en el más grato sosiego.

Mientras se despedía de él, Nubjesed pensó que aquel hombre se encontraba muy lejos de la habitual presuntuosidad que muchos de los médicos que conocía solían demostrar. A través del contacto con aquellas manos que cogían las suyas, la princesa

sintió toda esta quietud, a la vez que intuyó la existencia de una fuerza oculta, capaz de encerrar las más encendidas pasiones que, escondidas, esperaban pacientemente a ser invocadas. Ello la colmó de complacencia, y cuando separaron sus manos, Nubjesed estuvo segura de su atracción por aquel hombre. Quizá fuera cierto que Sejmet le había bendecido con su magia. Quizá fuera cierto que la diosa le protegía. En cualquier caso, era un seductor pretexto para volver a verle.

Para Nefermaat, su nueva ocupación significó el acceso al variopinto mundo de la corte. El hecho de que hubiera nacido en ella y el que, a la postre, fuera el hijo del Mayordomo Real, poco tuvo que ver a la hora de vivir allí. La corte en sí era un universo en permanente cambio en el que sólo el faraón permanecía inalterable. Él era la reencarnación de Horus y, como tal, velaba por su pueblo como mejor le parecía. Una palabra suya era suficiente para caer en desgracia o ser distinguido con sus favores. Conseguir éstos, era el principal propósito de todos cuantos habitaban el palacio, y para ello, cualquier método utilizado era válido. Todos cuantos anhelaban escalar peldaños dentro de aquel estrato social participaban de un juego cuyas reglas no escritas estaban vigentes desde hacía milenios. Las intrigas, chismes y enredos, eran moneda común en un lugar donde, cada cual, intentaba situarse lo mejor posible a fin de conseguir sus objetivos.

Todo cuanto allí se decía era susceptible de crítica, por lo que proliferaban los maestros en el arte de la conversación fácil y poco comprometedor, como Nefermaat pronto pudo comprobar. Su dispensario llegó a convertirse en lugar de paso obligado para dimes y diretes, hasta el punto que, bien hubiera podido afirmarse, aquellas cuatro paredes atesoraban un conocimiento de la corte y de sus gentes, cuando menos, enciclopédico. Incluso para alguien tan poco dado a la malicia como Nefermaat, aquel hecho no dejó de pasar inadvertido, invitándole a reflexionar sobre las advertencias y consejos que había recibido a fin de mantenerse cauto. Así, al poco tiempo, él también aprendió a participar de aquel juego, adoptando una actitud sumamente amable, pero a la vez reservada, que animaba a sus enfermos a explayarse a su gusto con estos o aquellos rumores. Él se limitaba a poner gesto de sorpresa ante lo que escuchaba, mientras atendía a su paciente sin aventurar ni una palabra. Como la mayoría de éstos solían acudir con dolencias de poca gravedad, salían encantados por haber podido conversar un rato con aquel médico tan agradable que, además, les había dado solución a su pequeño problema. Fue por ello que, a no mucho tardar, Nefermaat vio cómo su clientela aumentaba considerablemente, habiendo, incluso, quien le visitaba con diaria asiduidad.

Aunque, junto a Iroy, él era el único cirujano de palacio, muchos de sus pacientes le requerían para ser tratados de los más peregrinos males, lo cual llegó a granjearle no pocos celos entre el resto de sus colegas, que veían cómo aquel advenedizo osaba tratar enfermedades que ni tan siquiera eran de su especialidad. Mas la naturaleza humana suele sentir una atávica curiosidad por lo novedoso, y aquel *sunu* recién llegado se ajustaba a la perfección a tal circunstancia, que además se veía

favorecida por el hecho de ser hijo del Mayordomo Real, y por la inexistente relación que éstos siempre habían mantenido. El que ambos habitaran en el mismo palacio completamente ajenos al natural vínculo que les unía, no hacía sino añadir más morbo a los inevitables comentarios de una corte propensa a alimentarse de aquellas miserias humanas capaces de mitigar su insaciable voracidad.

No obstante, lo acertado de sus diagnósticos y los buenos resultados que solía obtener con sus tratamientos hicieron que, a no mucho tardar, Nefermaat alcanzara merecida fama en la corte, hasta el punto que muchos de aquellos pacientes se convirtieron en habituales, manteniéndose fieles a él. Uno de éstos era Kadendenna, uno de los mayordomos menores que estaban a las órdenes del Mayordomo Real, y al que todos conocían con el sobrenombre de *el kadendennita*, debido a que era natural de una localidad situada en Asia Menor con el mismo nombre. Dicho mayordomo sentía, desde siempre, un sincero afecto por Nefermaat, a la vez que velada antipatía por el que era su jefe, y padre del muchacho, Hori, «el Limpio de Manos». La llegada del joven *sunu* a la corte había llenado de alegría al responsable de las despensas reales pues, además de congratularse por el hecho de que el joven hubiera sido instruido en los sagrados misterios de la curación, Kadendenna tenía la oportunidad de acudir a alguien de su confianza, a fin de dar solución a los usuales males que le aquejaban y que, con el tiempo, habían llegado a convertirse casi en endémicos.

Tales padecimientos no eran sino consecuencia de su propia naturaleza, pues el mayordomo era un redomado glotón, que aprovechaba con resolución la oportunidad que su rango de despensero le brindaba. El verse rodeado de tan exquisitas viandas era algo que iba mucho más allá de su limitada capacidad de comedimiento, por lo que, desde hacía muchos años, había decidido entregarse por completo a satisfacer aquella debilidad por los excelsos manjares. Era un insaciable comilón y, a aquellas alturas de su vida, no estaba dispuesto a renunciar a tan sublime inclinación. Esto, claro está, le producía no pocos trastornos que, indefectiblemente, le obligaban a visitar al médico prácticamente a diario.

Nefermaat, perfecto conocedor de las causas de los males que aquejaban a aquel hombre, trató que éste siguiera una dieta que le ayudara a mitigar sus problemas, a la vez que redujera su patente obesidad; mas Kadendenna se mostró poco participativo en el proyecto, pues aseguraba que no había nada tan respetable como la gordura, y que ésta era un claro exponente de su elevada condición social.

Estos razonamientos no representaban nada nuevo para el médico, pues se encontraban ampliamente extendidos entre la sociedad egipcia, así que, ante lo infructuoso de sus recomendaciones, tuvo que contentarse con recetarle algo que aliviara la habitual acidez de estómago que el despensero solía padecer, y sus proverbiales flatulencias, que eran objeto de no pocas chanzas en palacio. Kadendenna, por su parte, parecía asumir todo aquello con la mayor naturalidad, consciente de que era algo consustancial a sus irrenunciables hábitos. Él se limitaba a escuchar las advertencias del joven médico con los ojos muy abiertos, mientras se

acariciaba lo que, en su día, fuese una barbilla, y que ahora no era sino una majestuosa papada envuelta en mórbidos mofletes.

—Algún día tus trastornos no tendrán remedio. Si persistes en tus excesos, poco podré hacer por ti.

—Lo sé, lo sé —contestaba el despensero gesticulando con sus gordezuelas manos—. Pero qué quieres, soy incapaz de resistirme a ellos.

—Pues te advierto que tus abusos pueden llevarte ante el tribunal de Osiris antes de lo que imaginas —replicaba Nefermaat con seriedad.

—Bueno, quizá los dioses lo tengan decidido así y, en cualquier caso, no seré yo quien interfiera en sus designios.

—Eso es muy loable aunque, francamente, tampoco creo que debas ayudarles a adelantarlos.

—Ellos conocen mi debilidad, y yo no la oculto. Puede que la gula sea un pecado, pero es el único al que tengo afición y, en confianza, poco daño hago con él a los demás.

—Al menos estarás tomando los remedios que te receté.

—Puntualmente; tal y como me dijiste. Cilantro para contrarrestar las digestiones pesadas y el ardor de estómago, y el compuesto a base de comino para las flatulencias.

—¿Sientes alguna mejoría desde que las tomas?

—Indudablemente; sobre todo en las flatulencias. De un tiempo a esta parte noto una mayor facilidad para expulsar los gases, lo cual me produce un gran alivio.

Nefermaat asentía, mientras observaba a su paciente con una media sonrisa.

—Mi verdadero problema es el pertinaz estreñimiento que parece acompañarme durante los últimos tiempos. En ocasiones, pienso que mis *metu* se hallan poseídos por maléficos genios obstinados en entorpecer mis evacuaciones. Estoy convencido de que todos mis canales se encuentran obstruidos por esa causa. Influencias demoníacas, sin duda, contra las que sólo un *ueb* como tú puede luchar.

Ésta era, en términos generales, la conversación que ambos solían mantener en cada visita. Kadendenna se quejaba de sus molestias, y al mismo tiempo hacía caso omiso de los consejos del médico, trasladando la causa del problema a sobrenaturales influjos maléficos. Dada la imposibilidad de hacer carrera de aquel hombre, Nefermaat procuró que, al menos, el despensero viviera lo más aliviado posible, lo cual resultaba, cuando menos, un logro considerable. Y es que, ante las ingentes cantidades de alimento que el mayordomo devoraba, poco se podía hacer. El joven médico le había prescrito cilantro, intentando que las propiedades antiácidas de esta hierba aromática le ayudaran a mejorar las digestiones pesadas y la acidez de estómago. En cuanto a las flatulencias, Nefermaat le había elaborado un compuesto a base de comino, ruda, mostaza, natrón arábigo y miel, que resultó de lo más efectivo. El comino, una planta de gran poder carminativo, ayudó al mayordomo a expulsar aquellos gases que tanto le oprimían aunque, eso sí, ello le llevara a adquirir una

merecida fama de contumaz ventoseador en toda la corte.

Por otra parte, el estreñimiento que sufría Kadendenna no era sino otro resultado directo de la nefasta dieta que llevaba. En su tratamiento, Nefermaat había usado diversos procedimientos, como los compuestos a base de semillas de algarrobo, o los que contenían higos de sicómoro y que, de ordinario, resultaban tan efectivos. Pero, con aquel hombre, sus efectos no fueron los deseados, pues tras una momentánea mejoría, continuó con sus desarreglos; ni tan siquiera las infusiones de corteza de granado, generalmente tan eficaces, le ayudaron a regular tan maltrecho vientre. Todo ello trajo consigo el que Kadendenna no albergara duda alguna respecto al origen demoníaco del asunto. De ahí su insistencia, casi diaria, en visitar a aquel médico poseedor de ocultos poderes, en el que depositaba todas sus esperanzas.

Nefermaat, al que no gustaba en absoluto el cariz que tomaba la situación, estuvo tentado de atajar el problema de raíz, administrando ricino a su paciente; mas en elevadas dosis el ricino podía resultar sumamente peligroso, por lo que lo desestimó. Fue entonces cuando pensó en la brionia, una planta poco utilizada que, no obstante, había visto emplear a Anón en sus pacientes con magníficos resultados. La brionia dioica era un laxante poderoso y además antihelmíntico, lo cual eliminaba a los gusanos intestinales si los hubiera, expeliéndolos con las heces. Con su uso, el joven médico conseguía no sólo acabar con el estreñimiento, sino también con los parásitos que de seguro tendría el despensero, y de los que nadie se encontraba a salvo en Egipto.

Aquello fue definitivo y, a los pocos días, los persistentes demonios abandonaron los *metu* de Kadendenna, con gran regocijo por su parte. Sus alabanzas corrieron por todo Medinet Habu, pues en verdad que el hijo del Mayordomo Real era un protegido de Sejmet. La diosa le había elegido y ningún genio venido del Amenti podía resistirse a su poder.

No fue de extrañar que, con semejantes loas, la actividad de Nefermaat se volviera poco menos que frenética. Debido a la capacidad que los humanos poseen para la exageración, el médico se vio envuelto por una aureola que le pareció inmerecida, y que no acertaba a comprender. Nada más incómodo para un hombre de sus características que vivir entre tales ligerezas, pues pocas cosas le incomodaban más que la lisonja, de la que siempre se había mostrado receloso, así como de quienes las proferían.

Indudablemente, poco pudo hacer al respecto salvo tratar de atender a la legión de estreñidos, diarreicos, indigestos y quejumbrosos que se le vino encima. Nefermaat nunca pensó que tal cantidad de lombrices, tenias o vermes fueran capaces de habitar en tan distinguidos intestinos, y bien hubiera podido asegurarse durante aquellos días que pocos fueron los anos que no necesitaron de su diagnóstico.

Todo fueron alabanzas para el joven que, dicho sea de paso, demostró un sorprendente conocimiento en la preparación de pociones y medicamentos.

—La farmacopea egipcia no tiene secretos para él —aseguraban los cortesanos,

con rotundidad—. No hay duda que Sejmet lo eligió.

Comentarios aparte, Kadendenna continuó visitándole con frecuencia, demostrándole con ello no sólo su fidelidad, sino también su simpatía y aprecio. Siempre solía llevarle algún que otro presente en forma de frutas y verduras, a los que sabía que el joven era tan aficionado. El despensero no acertó nunca a comprender cómo el médico se podía alimentar casi exclusivamente de tales productos, despreciando los más sabrosos manjares que, en ocasiones, le había ofrecido, como los deliciosos pichones asados con miel; un plato digno de los dioses, y que el *sunu* tan siquiera probó. ¿Sería cierto todo lo que contaban de aquellos sacerdotes *ueh* y sus extrañas costumbres?

A Kadendenna le traían sin cuidado semejantes diatribas aunque, bien pensado, aquel hombre no se pareciera en nada al resto de los que habitaban en palacio.



Tenía razón Nubjesed cuando le aseguró que su hermano le visitaría aunque, para Nefermaat, ello no dejara de significar una sorpresa.

El príncipe Amonhirkopshep, hijo del heredero al trono del País de las Dos Tierras, se presentó una soleada mañana de noviembre (Tobe), con afectada sonrisa y ese aire petulante que ya poseía de niño, y que parecía no haber dejado de cultivar durante todos aquellos años. Su porte distaba mucho de parecer principesco, pues aunque llevara gran profusión de ~~ adornos y los distintivos propios de su rango, su enfermizo aspecto y maltrecha lozanía le alejaba de determinados valores que siempre se habían presupuesto a un futuro rey de Egipto, como pudieran ser el vigor y la determinación. Aun así, al escucharle daba la impresión de que llevara gobernando Kemet durante años, pues hablaba con tales ínfulas que bien hubiera podido asegurarse que todo le perteneciera.

—Verdaderamente los *ursunu*, jefes médicos, de Menfis han hecho una buena labor contigo; pareces un auténtico sacerdote *ueb* —exclamó el príncipe acercándose a saludarle.

—Príncipe, me haces un gran honor —respondió Nefermaat, inclinándose levemente.

—No hace falta que te postres ante mí —indicó el príncipe, presuntuoso—. Al fin y al cabo fuimos compañeros de juegos, y hasta te tengo en cierta consideración.

Nefermaat le miró a los ojos con indisimulada perplejidad, pero no dijo nada.

—No ocurre lo mismo con otros que tú bien conoces —continuó Amonhirkopshep, mientras echaba un vistazo a la habitación—. Hay algunos que me siguen resultando insoportables, como por ejemplo Paneb.

—Las disputas de niños quedaron atrás hace ya mucho tiempo, príncipe —contestó Nefermaat—. Nada tienen que ver con nuestra vida actual. Ahora Paneb se dedica por completo al servicio del dios Montu.

—Nada tan loable como eso —cortó el príncipe— aunque, en confianza, todos sepamos lo que encierra ese servicio. En cualquier caso, te diré que Paneb no me resulta simpático y, algún día, así se lo haré saber.

Nefermaat se quedó sorprendido ante la velada amenaza del príncipe, y de inmediato recordó las críticas de Nubjesed.

—En fin —suspiró Amonhirkopshep—, no he venido aquí a hablar de tales asuntos; mi visita es de otra índole. Corren todo tipo de rumores por palacio, referentes a los extraordinarios dones que aseguran que posees; dones que parecen provenir de la misma divinidad que te protege y que, sinceramente, me parecen algo exagerados.

—En eso tienes toda la razón. Haces bien en no creerlos.

El príncipe le miró con cierto desdén, y prosiguió hablando con aquella entonación tan cursi que solía utilizar.

—De todas formas algo habrás aprendido, y hasta es posible que puedas serme de alguna utilidad.

—Para eso me encuentro aquí —respondió fríamente Nefermaat, al que no le gustó el tono de su ilustre visitante.

—En eso tienes razón, Nefermaat. Estás aquí para servirme en cuanto disponga; y ése es el motivo real de mi visita.

El joven médico hizo un leve gesto con sus manos, invitándole a continuar.

—El caso es que, de un tiempo a esta parte, sufro de una extraña dolencia a la que no se le encuentra curación. Yo estoy convencido de que es de origen demoníaco, y que me ha sido transmitido por algún ente maligno, eyaculando su mal en mí mientras dormía.

—¿No has visitado a ningún médico?

—A todos los de palacio. Ellos aseguran que padezco el *cuta* aunque, como te dije con anterioridad, estoy seguro de que se equivocan. Son genios maléficos los causantes de mi enfermedad; sólo ellos pueden vulnerar mi naturaleza divina.

Nefermaat asintió sin hacer mucho caso a las palabras del príncipe, a la vez que le ofrecía una silla donde sentarse.

—¿Podrías darme tu parecer? —preguntó el príncipe mientras se sentaba.

—Desde luego. Para mí será un privilegio hacerlo.

Nefermaat auscultó al príncipe, en tanto escuchaba los síntomas de su enfermedad. Ésta había sido ya correctamente diagnosticada por sus colegas, y además se encontraba en una fase bastante avanzada. El *aaa* había hecho presa en su distinguido paciente, con toda la crudeza de que era capaz. El príncipe padecía claros signos de ginecomastia, desarrollo de los senos en el hombre, así como hematuria (sangre en la orina), lo cual era un síntoma característico de haber contraído la enfermedad. Además, al despojarse el príncipe de su faldellín y mostrar sus partes pudendas, Nefermaat pudo observar una elefantiasis en el escroto, y lo que parecía una hernia umbilical, lo cual era una clara manifestación de que Amonhirkopshep padecía el *aaa*.

—Algunos *sunu* me recomendaron utilizar un *karnatiw* para evitar que el mal se introdujera por mi miembro pero, como ya te expliqué, no creo que esto tenga sentido, pues sólo durante el sueño es posible que un futuro Horus viviente pueda enfermar. Hapy, el dios del Nilo, jamás mandaría daño alguno contra mí. Por otra

parte, te diré que estoy encantado de poseer un pene de semejante tamaño y mi esposa, la dama Henuuati, también; el grosor de mi *ben* (glande), le maravilla —añadió el príncipe con una jactanciosa risita.

Nefermaat le escuchó mientras observaba y, aunque le pareció una estupidez, no hizo comentario alguno.

Debido a la enfermedad, el tamaño del escroto y el de aquel miembro era desmesurado, y junto con la hernia, debían producirle grandes molestias. Todo ello evidenciaba una larga evolución de la enfermedad, ante la que poco se podía hacer ya. No obstante, ello no quería decir que el príncipe estuviera próximo a la muerte pues, como bien sabía, mucha gente en Egipto, que padecía aquella dolencia, había vivido con ella hasta una avanzada edad, aunque esto dependiera de cada individuo.

—Me temo que el diagnóstico que te han dado sea el correcto —dijo Nefermaat, suspirando mientras se incorporaba.

—Es imposible —objetó el príncipe, endureciendo su gesto.

—No lo es —observó el médico mirándole fijamente a los ojos—. Creo que Hapy no ha tenido en consideración tu rango.

El rostro de Amonhirkopshep se congestionó ante estas palabras.

—No sé qué clase de ciencia os enseñan en los templos —imprecó al fin iracundo—. Hasta un vulgar curandero se daría cuenta de lo que digo. Pero vosotros creéis encontraros por encima de cualquier condición, olvidando lo que significa la esencia misma de la realeza.

—Príncipe, la naturaleza divina del faraón se quebranta como la de cualquier hombre —contestó Nefermaat con calma—. Es por eso que los *sunu* nos encontramos a su servicio.

—Me resultáis insufribles —intervino el príncipe con desdén.

—En eso poco puedo ayudarte, aunque sí en intentar aliviar tu dolor.

El príncipe le observó en silencio, mientras terminaba de ajustarse de nuevo su faldellín.

—¿Dices que eres capaz de curarme? —preguntó al fin con arrogancia.

—La enfermedad está en tu cuerpo desde hace mucho tiempo, y quizá no te abandone nunca. Sin embargo, puedes mejorar en tus síntomas, e incluso aletargar el mal.

—Supongo que para conseguirlo pretendes obrar oscuros conjuros en mi persona.

—No será necesario ningún conjuro; tú sólo deberás tomar diariamente un preparado que yo te recetaré.

—¿Qué tipo de preparado? —preguntó el príncipe desconfiado.

—No temas; se trata de uno que es inocuo para tus divinas propiedades —aseguró el médico sin poder reprimir un cierto tono burlón.

—Hum, no sé... —musitó Amonhirkopshep acariciándose la barbilla—. ¿Y qué contiene?

—Galena.

—¿Galena? —preguntó el príncipe, sorprendido.

—Así es. Es el único remedio que conozco capaz de luchar contra tu mal.

El príncipe pareció considerar aquellas palabras.

—Está bien —dijo al fin—. Quizá lo pruebe durante algún tiempo. Hay otro asunto que quería comentarte y que requiere de tu discreción.

—Mis pacientes sellan mis labios, príncipe; como no podía ser de otra forma.

—Ya veo. Bien, se trata de mi esposa, la muy noble Henutuati; desde hace algún tiempo se encuentra algo preocupada.

—Será un honor poder tratarla de cualquier...

—No, no. Ella se encuentra perfectamente de salud, pero tiene temor a que mi mal pase a su cuerpo a través de mi miembro. Por ese motivo, hace ya algún tiempo que no quiere mantener relaciones sexuales conmigo.

—Tu enfermedad no es de transmisión sexual. Si tu noble esposa quiere verse libre de ella, lo que debe hacer es huir de los remansos del río. Es ahí donde habita el mal.

Al príncipe pareció iluminársele la cara ante aquellas palabras.

—Entonces, ¿podemos tener relaciones?

—Sin ningún problema, príncipe.

—Vaya —exclamó éste, mientras se levantaba de su asiento—. Parece que no todas son malas noticias; quién sabe, puede que hasta no hable mal de ti. En fin —dijo aproximándose a la puerta, a la vez que adoptaba de nuevo su habitual tono petulante—, mandaré a un criado a por tu medicamento; quizá surta algún efecto.

El hombre que tenía frente a él distaba mucho de parecerse al que conociera años atrás. Excesivamente gordo y muy envejecido, User-Maat-Ra-Meri-Amón, el dios que gobernaba Egipto desde hacía más de treinta años, poco tenía que ver con el que recordaba de su niñez. El que fuera valeroso guerrero, había dejado paso a otro individuo bien distinto, cuyo cuerpo no era sino el resultado de años de molicie; estado al que, por otra parte, Ramsés III parecía haber decidido abandonarse por completo. Era por ello por lo que, en los últimos tiempos, se hacía verdaderamente difícil el poder verle en la corte, ya que pasaba la mayor parte del día en el interior de su harén, disfrutando de sus esposas y jugando al *senet*. Fue un hecho puramente casual el que Nefermaat estuviera en presencia del faraón aquella tarde, y que, dadas las circunstancias, no dejaba de representar un privilegio, cuando menos, inusitado.

La idea había sido de Iroy, quien había insistido obstinadamente en que le acompañara. Según él, era una buena ocasión para ver al dios, cada vez más reacio a mostrarse en público, al que debía someter a uno de sus reconocimientos rutinarios. Éstos se estaban dilatando cada vez más en el tiempo, puesto que el rey se había hecho sumamente remiso a ellos, a la vez que indisciplinado a la hora de llevar un tratamiento adecuado. Eso no dejaba de representar un problema para sus médicos, ya que el dios disfrutaba de una salud, cuando menos, maltrecha. Todo era debido a los excesos a los que el faraón se había aficionado durante los últimos años. Su cuerpo

había ganado mucho peso, y él no parecía muy dispuesto a perderlo haciendo la dieta que le prescribían. Su rostro, otrora delgado, parecía abotargado y profundamente cubierto de pequeños capilares rojizos, fruto seguramente de la gran afición que últimamente manifestaba por el vino, con lo que hacía honor al proverbial gusto que los ramésidas habían demostrado hacia esta bebida. Sin duda, los graves acontecimientos a los que había debido hacer frente durante su largo reinado, y la delicada situación política y económica en la que se encontraba el país, habían acabado haciendo mella en el viejo león, al que ya le parecían flaquear las fuerzas.

Aun así, Nefermaat tuvo la impresión de que aquel rostro seguía manteniendo la fuerte determinación de antaño, y ese cierto halo inescrutable que siempre le había caracterizado.

—Te sorprenderás cuando le veas —le había advertido Iroy—. Tiene el rostro enrojecido, está gordo, y sus piernas se encuentran excesivamente hinchadas.

Y en verdad que el viejo médico no había exagerado ni un ápice, pues el cuadro que describía se ajustaba fidedignamente a la realidad.

Lo malo del caso es que éste tenía mala solución, pues el dios no estaba dispuesto a renunciar a la buena mesa, el buen vino, y mucho menos a sus concubinas por las que, dicho sea de paso, sentía un apego verdaderamente desafortunado, y en cualquier caso inusual para un hombre de su edad.

Ante tan sombrío panorama, Iroy hacía lo que buenamente podía. El corazón del faraón parecía resentido por tanta intemperancia, y su lenguaje no tenía el ritmo apropiado.

—Su corazón no habla adecuadamente —se lamentaba Iroy.

Este hecho preocupaba al médico real, que sabía por experiencia las funestas consecuencias que esto podía acarrear. Para intentar evitarlas hacía beber al faraón una poción a base de digital^[99], que ayudaba a regular el ritmo cardíaco, a la vez que aplicaba vendas compresivas impregnadas de una cocción de corteza de sauce^[100], que también hacía beber al dios, y que le mejoraba notablemente. Mas el problema radicaba en la falta de continuidad en el tratamiento, pues a veces el faraón desaparecía durante días sin que Iroy pudiera hacer nada por remediarlo.

No obstante, aquella tarde el viejo médico había conseguido que el rey se atuviera a razones, y éste había permitido que, por fin, le visitara.

Cómodamente sentado, el dios observaba cómo Iroy le vendaba las piernas. Vestía un sencillo faldellín, y tocaba su regia cabeza con un *nemes*^[101] sobre el que ceñía el *ureus*, símbolo inequívoco que manifestaba que era el Señor de las Dos Tierras. Pobre aderezo para quien es reencarnación del mismo Horus, mas así era, pues el faraón llevaba por todo adorno un anillo con su sello y un discreto brazalete de lapislázuli.

De vez en cuando sorbía vino pausadamente de una copa de pasta vidriada que mantenía en su mano, mientras se quejaba a su heredero, el príncipe Ramsés, que le acompañaba.

—¡Jamás pensé que fueran a embalsamarme en vida! —exclamó malhumorado.

—No os quejéis más —intervino Iroy—. Es necesario que estén un poco apretadas; os quitará la inflamación.

—Inflamación, inflamación. Cada vez soporto peor tus procesos de momificación. Hijo mío —dijo mirando al príncipe—, prométeme que cuando me embalsamen no me apretarán las vendas de esta manera. No quiero imaginar lo que puede significar el tener que soportar este padecimiento durante toda la eternidad.

El príncipe asintió sin decir nada.

—Majestad, si os las dejais puestas más tiempo, vuestra mejoría sería notable —protestó Iroy.

—No pensarás que voy a pasearme con la mitad de mi cuerpo envuelto en vendas de lino, como si fuera un difunto escapado de entre las manos de los sacerdotes de Anubis^[102], ¿verdad?

El príncipe lanzó una risotada.

—Si no fuera porque llevas más de veinte años a mi servicio, pensaría que quieres enviarme ante el tribunal de Osiris lo antes posible.

—Majestad, para retardar esa mala hora es por lo que os sirvo —replicó Iroy con el semblante visiblemente enrojecido.

—Pues yo no lo veo así. Me he pasado la mitad de mi reinado guerreando y la otra mitad velando por mi pueblo a fin de que Kemet, la tierra que los dioses un día nos entregaron, continúe su milenaria andadura y perdure en la memoria de los hombres como referencia de toda civilización. Qué menos que ya próximo a la vejez disfrute de un merecido descanso, y de todo aquello que esta tierra que gobierno pueda darme. No obstante, tú insistes en ponerme diabólicas dietas, e incluso pretendes que me olvide de las mujeres del harén.

El príncipe volvió a reír ante las palabras de su padre.

—¡Quiere que desatienda a mis esposas! —exclamó, mirando de nuevo a su hijo—. ¿Acaso no sabes que soy el Toro Poderoso^[103]?

Iroy inclinó su cabeza ante el dios con el rostro apesadumbrado por sus palabras. Como bien había indicado a Nefermaat en el barco que les transportaba a Tebas, poco tenía que ver el faraón que una vez derrotara a los Pueblos del Mar con éste. Con los años, la gloria había dado paso al egoísmo; un egoísmo exacerbado que el faraón trataba inconscientemente de encubrir con sus grandilocuencias, y que al viejo médico le resultaban cada vez más inaguantables. Por este motivo, había llegado a pedir al dios que le librara de su servicio, y le permitiera trasladarse a pasar su vejez a Bubastis, su ciudad natal. Pero el faraón rió al escuchar tales súplicas.

—Tú eres mi médico. No puedo librarte de mis enfermedades —llegó a decirle un día.

Para un hombre tan piadoso como Iroy, los corazones miserables que veía a su alrededor no eran más que un claro indicio del profundo pozo por el que parecía precipitarse Egipto. Poco a poco, la luz había cedido ante una oscuridad que

amenazaba con engullirla para siempre. Iroy se sentía ajeno, y a la vez distante, del rumbo que parecía llevar la nave que un día gobernarán los dioses creadores. Ahora, Kemet se encontraba envuelto por el manto del disimulo a cuyo frente se alzaba el gran egoísta

A Nefermaat, toda aquella escena le produjo una impresión poco menos que desagradable; aunque mucho más deplorable, sin duda, fue la que tuvo del príncipe.

Nefermaat le recordaba como un individuo serio y sumamente seco, con el que pocas o ninguna palabra había acertado a intercambiar, pues es bien conocido que las remembranzas de la niñez, a menudo, quedan distorsionadas, llegando con el tiempo a parecer incluso irreales. Sin embargo, la imagen que tenía frente a él aquella tarde era completamente vivida. El hijo del dios, y heredero al trono del país de Kemet, se encontraba sentado junto a su augusto padre, observándole con indisimulada indiferencia. El joven médico captó de inmediato este sentimiento, pero mantuvo el habitual gesto hermético que tan bien había aprendido a adoptar desde su llegada a Medinet Habu; a fin de cuentas, aquel displicente gesto de indiferencia no dejaba de ser algo común entre una buena parte de los dignatarios de la corte.

Podría asegurarse que el príncipe Ramsés no era una persona de trato agradable, y mucho menos simpático. Él era un claro exponente del paulatino aislamiento en el que se habían acabado por instalar los ramésidas. Desde que, diez años atrás, el dios le nombrara su sucesor, el príncipe se había encargado de hacer valer sus derechos, haciendo especial hincapié en demostrar la distancia insalvable que le separaba del resto de los mortales. Algo que, por otra parte, había terminado por dejar diafanamente aclarado, no sólo entre los cortesanos, sino también entre su propia familia. Durante todos aquellos años, el príncipe Ramsés no había hecho sino acaparar poder, alimentando con ello su más íntimo deseo, que no era otro más que el trono de Egipto. Ése era su anhelo máximo, y no estaba dispuesto, en absoluto, a que nadie se lo arrebatara.

Quizá todo lo anterior hubiera influido en acentuar su, ya de por sí, difícil carácter, que acabó por hacerle ver siniestras sombras amenazantes donde no las había. Ello trajo consigo el que mantuviera, por lo general, una mala relación con el resto de sus hermanos, ya que en ellos veía una velada amenaza para ceñirse la doble corona. Fue por esto que la desconfianza acabó anidando en su corazón como una parte más de una naturaleza despótica que, en ocasiones, podría definirse como cruel. Era como si todos los honores con los que había sido revestido por su padre fueran celosamente guardados en un cofre de paredes aún mucho más ambiciosas. Paredes que el príncipe estaba firmemente decidido a preservar de cualquier mano que no fuese la suya. Todo esto le llevó a extremar la vigilancia ante cualquier indicio que le pudiera hacer sospechar que su posición corría peligro, lo cual acabó por convertirse en un estado de callada angustia que, a veces, le resultaba insoportable.

Tal situación no dejaba de resultar paradójica puesto que, de hecho, el príncipe ostentaba ya el poder en Egipto. Desde hacía diez años, él era Generalísimo de los

ejércitos de su padre y, además, la primera autoridad en la Administración del Estado. Con semejantes apoyos, cualquier hombre podría optar a tomar el trono de un reino sin dificultad y, por ende, a mantenerlo. Mas, como muy bien sabía el príncipe Ramsés, la milenaria historia de su tierra se encontraba plagada de intrigas, traiciones y usurpadores; hombres a los que jamás les hubiera correspondido ceñirse la doble corona y que, sin embargo, lo hicieron. Nada había que preocupara más al príncipe Ramsés que esto, y el hecho de vislumbrar la proximidad de su sucesión no hacía sino acentuarlo.

Su padre, el dios, se hallaba muy envejecido. Hacía años que el faraón se encontraba abrumado por los problemas de Estado y las complejas servidumbres que se había visto obligado a aceptar. El príncipe las conocía bien, ya que durante los últimos tiempos había ayudado a su padre a sobrellevarlas, en lo que resultó en sí una velada coregencia en el gobierno de Egipto.

Pero Ramsés veía cómo su edad avanzaba. La cuarentena se hallaba próxima, y creía que había llegado el momento de soportar todo aquel peso él solo; además, viendo a su augusto padre, intuía que el tribunal de Osiris no tardaría mucho en recibirle. El viejo soldado había disfrutado de un largo reinado, durante el cual había cubierto de gloria a su tierra, pero ahora el león se hallaba débil, y su luz se apagaba. La hora en la que un nuevo dios gobernaría Egipto se acercaba, y Ramsés la esperaba anhelante.

Nefermaat miró al príncipe disimuladamente, observándole con atención. Éste parecía escuchar la perorata que su padre seguía lanzando a Iroy con cierta satisfacción, no reparando en la irreverente actitud del joven médico. Así, Nefermaat pudo observar atentamente cada rasgo de aquel hombre, llegando a la conclusión de que Hathor, la diosa de la belleza, no le tenía precisamente entre sus elegidos.

Y es que el gesto severo y el áspero trato se daban la mano en la persona del heredero, cuyo rostro poco agraciado tenía, además, la facultad de mostrar sin ambages la difícil personalidad que atesoraba.

Si había un rasgo que destacara en la faz del príncipe, ése era la nariz, a la que se podría calificar con un sobresaliente sin temor a cometer ninguna injusticia. Era amplia, hermosa, rotunda, generosa; aunque este último aspecto no se correspondiera con el carácter de Ramsés. En cualquier caso, ella señoreaba en aquella cara que poco más podía ofrecer, pues por lo demás, resultaba anodina. Sólo su dentadura, que podía catalogarse como magnífica, era digna de elogio; poco bagaje en verdad, para una futura reencarnación de Horas.

Ramsés lanzó una carcajada ante una de las ocurrencias de su padre, mientras se acariciaba su calva cabeza. Nefermaat reparó por un momento en ello, fijándose en la calvicie del príncipe. Su alopecia era motivo de no pocos chistes en palacio, pues nadie recordaba que hubiera necesitado afeitársela nunca. Era una particularidad más, entre las muchas que poseía, y que, en cualquier caso, no le ayudaba a mejorar su humor.

A tal dechado de perfecciones, el príncipe aportaba además la del resto de su fisonomía; enriquecedora sin duda para aquellos propósitos, pues a diferencia de sus hermanos, Ramsés era de baja estatura, lo cual hizo levantar en su día algún que otro malévolo comentario, puesto que su padre, el faraón, era muy alto.

No obstante, aquel cuerpo era vigoroso y había sido fortalecido a consecuencia de la vida militar a la que era tan aficionado. Además de general, era comandante de los *menfat*, un grupo de soldados de élite de infantería, del que se sentía particularmente orgulloso, y con cuyas insignias solía adornarse. Era tal su debilidad por este cuerpo, que a veces compartía con ellos sus esforzadas marchas y sus prácticas de combate como si fuera uno más. Estas inclinaciones castrenses hicieronle ser respetado en el ejército del dios, y en particular por la infantería ya que, a diferencia de la mayoría de sus hermanos, él no sentía afición por los caballos, prefiriendo las divisiones de infantes a los escuadrones de carros.

Esta convivencia militar había acentuado aún más su costumbre de mandar y ser obedecido, llegando a desarrollar, con el tiempo, una expresión casi siempre altiva que su penetrante mirada podía llegar a endurecer sobremanera.

Nefermaat parpadeó un momento, como saliendo de su ensimismamiento, encontrándose de improviso con aquella mirada. La mantuvo por un momento, fugaz si se quiere, pero suficiente como para captar su intensidad y, quizás, una velada antipatía. Entonces pensó en Nubjesed y sintió un desagradable estremecimiento.

Había visto de nuevo a la princesa en un par de ocasiones, siempre en compañía de alguna de sus doncellas, y en ellas le fue imposible disimular el azoramiento que le causaba su presencia. Fue por eso que, al mirar a los ojos de Ramsés, tuvo el presentimiento que el príncipe conociera sus sentimientos y que le reprobara por ello, pues aunque hijo del Mayordomo Real, Nefermaat no dejaba de ser un advenedizo para él, mientras que Nubjesed era una princesa y, además, su hija.

Nefermaat imaginó por un instante lo que sería emparentar con aquel hombre, e inconscientemente volvió a estremecerse.

Mas aquellos pensamientos resultaron tan fugaces como lo había sido el cruce de sus miradas, y al momento el joven médico recompuso su habitual expresión reservada y hermética, pues el dios en persona le hablaba.

—No hay duda que te has convertido en un verdadero sacerdote *ueb* —dijo el faraón con voz cavernosa—. Me recuerdas a los *sunu* de los tiempos antiguos; según cuentan, poseían tu prestancia.

Nefermaat bajó su vista respetuosamente hacia el suelo y no dijo nada.

—Parece ser que además has aprendido bien su arte, y que incluso Sejmet te quiere como a un hijo; algo inusual, sin duda —recalcó el rey a la vez que lanzaba una carcajada a la que se unió presto su hijo.

Nefermaat apenas se inmutó.

—Has de reconocer que ser querido por la diosa entraña sus riesgos —continuó Ramsés—. Es como ser amado por la más celosa de las mujeres, sólo que en el caso

de Sejmet su cólera no es de este mundo. ¿Sabías que una vez tuve una leona que llevaba ese nombre?

—Lo ignoraba, mi señor —dijo el joven, casi en un susurro.

—Pues sí, y te aseguro que era bastante feroz, aunque a mí me tenía cariño. Le gustaba acompañarme a mis campañas, y participó con entusiasmo en alguna batalla —apuntó el faraón riendo de nuevo su ocurrencia—. Su naturaleza salvaje me fascinaba.

Nefermaat alzó su vista tímidamente, y vio como el dios le miraba fijamente.

—Pero dime, ¿es cierto lo que aseguran de ti?, ¿que conoces todos los secretos de la curación?

—Sólo la diosa los conoce. Mi ciencia es limitada, majestad.

—Sin embargo, en la corte afirman que eres capaz de obrar milagros; curaciones asombrosas.

—Su majestad conoce mejor que nadie la corte —respondió el joven médico—. No hay nada de asombroso en lo que hago, simplemente administro lo mejor que sé todo lo que los dioses nos otorgaron.

El faraón alzo una de sus cejas, interrogativamente.

—Kemet entero está lleno de remedios, mi señor —continuó Nefermaat—. Es un inmenso laboratorio repleto de toda suerte de plantas y minerales, con propiedades inimaginables. Su conocimiento es el secreto para poder curar gran número de enfermedades.

—Y según dicen, tú posees ese don.

—Como os comenté antes, majestad, sólo Sejmet es capaz de tal prodigio.

—Haces bien en ser prudente con la diosa, Nefermaat. Pero dime, ¿qué opinas de mis dolencias? ¿Crees que Iroy acierta en su tratamiento?

—Tus males han sido sabiamente diagnosticados, mi señor. El tratamiento que el ilustre Iroy te ha recetado es el adecuado —aseguró el joven, mirando de soslayo a su viejo colega.

—Buah... —gruñó el faraón, revolviéndose incómodo en su sillón—. No sé qué clase de ideas os enseñan en esos templos en los que os instruíis, que siempre termináis por importunarme. ¿Acaso pensáis que puedo presentarme ante mis esposas con las piernas envueltas en lino? ¿Qué creéis que pensarían mis súbditos si me ven pasear por el palacio de tal guisa?

Ambos médicos se miraron un instante, y luego inclinaron la cabeza en silencio.

—Cuando gobiernes, procura cuidarte de ellos, hijo mío —advirtió el dios al príncipe Ramsés—. Los *sunu* del país de Kemet no son capaces de comprender nuestra auténtica naturaleza. Nos tratan como si fuéramos vulgares mortales, olvidando que Horus se encarna en nosotros. ¡Un dios no puede mostrarse envuelto en vuestros sudarios! —exclamó malhumorado mientras señalaba sus vendajes.

El silencio envolvió entonces la sala por unos momentos, mientras Iroy y Nefermaat continuaban con su vista fija en el enlosado suelo.

—Es inútil, hijo mío —suspiró el faraón, haciéndole un gesto de fastidio—. Son todos como los bueyes que aran mis campos.

El príncipe no pudo reprimir el lanzar una carcajada ante el comentario, que hizo abochornarse calladamente a los galenos.

—Por hoy no deseo que me importunéis más —indicó el faraón, haciendo un gesto displicente con la mano, con el que daba por terminada la audiencia—. Pero sabed que, en cuanto desaparezcáis, comeré y beberé cuanto me plazca, y holgaré con mis concubinas hasta desfallecer; ahora, podéis marcharos.

Los médicos se inclinaron ante el dios, y retrocedieron en silencio sin osar darle la espalda.

—Ah, una última cosa —apuntó el dios—. Fuiste reiteradamente recomendado a esta corte, Nefermaat, y yo me alegré de ello; no por tu persona, sino más bien por la figura de tu padre, mi Mayordomo Real, al que tengo en gran estima. Me sirve apropiadamente y cuenta con mi confianza; sus acciones son siempre las adecuadas y ello me satisface. Recuérdalo.

Nefermaat sintió una oleada de emociones que a duras penas logró disimular. Notó cómo las venas de sus sienes se hinchaban, y cómo el corazón hablaba a través de ellas, aceleradamente. Que el dios se pronunciara de aquella manera suponía para él la mayor de las vejaciones, y una patente desconsideración. Toda la corte conocía su desgraciada relación familiar, y las consecuencias de ésta. Mas el dios le había manifestado su parecer, expresándole su satisfacción por todo cuanto su padre hacía. El especial énfasis con que había hecho hincapié en las adecuadas acciones de Hori no era sino una fórmula empleada por el dios para humillarle y que, habitualmente, utilizaba también con otros cortesanos cuando lo creía oportuno. El faraón conocía sobradamente su situación, y le declaraba abiertamente para quién eran sus simpatías.

Mientras retrocedía sus últimos pasos, el joven miró disimuladamente al faraón. Éste se hallaba enfrascado en una especie de batalla con los vendajes de sus piernas, que trataba de quitarse. A su lado, el príncipe les observaba con atención, y durante unos segundos sus miradas parecieron convergir. Nefermaat volvió a percibir su dureza de corazón, y una palpable animadversión hacia su persona; luego sintió la cálida mano de Iroy en su espalda, y ello le confortó.

Cuando por fin abandonaron la sala, todavía pudieron escuchar los denodados esfuerzos del rey por librarse de sus ligaduras.



Nubjesed se miraba en el hermoso espejo de bronce bruñido. Giraba su cabeza suavemente de un lado al otro, sin perder detalle de su rostro, intentando descubrir cualquier imperfección que fuera necesario disimular. Hizo un pequeño mohín, y pareció satisfecha.

Aquella noche debía estar arrebatadora, y para ello había decidido maquillarse con especial esmero. Esto le había llevado más tiempo del que normalmente empleaba, pero el resultado había merecido la pena. Su exótica belleza, heredada de su abuela, la Gran Esposa Real Isis, no necesitaba de afeites, retoques, ni artificios; sin embargo, era preciso reconocer que aquel maquillaje realizaba todavía más sus hermosos rasgos, dándole verdaderamente el aspecto de una diosa.

Sus largas pestañas destacaban más de lo habitual, al haber sido impregnadas con una mezcla del más puro *khol* y grasa de ganso, que además había extendido en una suave línea alrededor de sus ojos, enmarcándolos con primor. Aquella fórmula le mantendría la pintura durante toda la noche, y era conocida desde tiempo inmemorial. En cambio, para sus párpados la princesa había elegido una combinación que era de su total invención; *khol*, lapislázuli, miel y ocre, en partes iguales. El resultado era espectacular, pues se creaba al pestañear un singular efecto en el que la luz parecía jugar con todos aquellos colores, produciendo caprichosos reflejos difíciles de imaginar. Cualquier hombre que viera aquellos ojos, difícilmente podría escapar a su hechizo, y quién sabe si incluso la divina Hathor se sentiría celosa al contemplarlos.

Al terminar de aplicarse el ocre rojo con grasa sobre los labios, la joven dejó la pequeña espátula con la que había extendido el delicado ungüento sobre la mesa, y volvió a mirarse en el espejo. Al punto sonrió suavemente, dejando entrever sus hermosos dientes por entre el rojizo carmín. Medio Egipto suspiraba por aquella boca, y aquel pensamiento le complació hasta el punto de hacerle mover ligeramente su cabeza hacia atrás, levantando su mentón voluptuosamente. Ninguna mujer podría rivalizar en belleza con ella aquella noche; estaba irresistible, y Nubjesed lo sabía.

Mientras cepillaba su ondulado cabello, la princesa pensó en Nefermaat. Le había visto en varias ocasiones, como por casualidad, y siempre acompañada por alguna de sus doncellas. Aquellos encuentros poco habían tenido de casuales, pues su interés por el joven médico había ido en aumento, hasta el punto de llegar a sentir cierta

ansiedad en su corazón. Como es natural, Nefermaat ignoraba todo lo anterior, así como la zozobra que la princesa sentía cada vez que le veía y que, obviamente, trataba de disimular. Ella, sin embargo, era plenamente consciente de los sentimientos que parecía producir en el joven, así como de la lucha que mantenía consigo mismo por ocultarlos. Ver a su viejo amigo de la infancia combatir en tan enmascarada pugna, le fascinaba. Ella resultaba un enemigo formidable para una contienda de sentimientos y emociones en la que no existían las reglas escritas, y mucho menos los razonamientos.

Nubjesed había advertido cómo Nefermaat se debatía inútilmente, tratando de cubrir con las luces de la razón su oculta pasión hacia ella; algo del todo imposible, pues al mirarla, cada poro de la piel del joven médico se abría, rendido, para decirle lo que sentía por ella.

La princesa, que ya leyó aquel mensaje la primera vez que le vio, se sentía profundamente embriagada por aquella esencia inmaculadamente pura, que sabía provenía del corazón; un corazón que, además, intuía justo, y colmado por el *maat*; la verdad de las verdades.

Por su parte, Nubjesed había pasado por diferentes estadios. El primer día que vio a Nefermaat tuvo una sensación indefinible que fue más allá de la agradable impresión que el joven le causó. Era una extraña suerte de magnetismo, difícil de explicar, que su amigo expandía a su alrededor mezclado con enigmáticos aromas producto de su natural candor, timidez y sus profundos conocimientos. Desde el primer día, la princesa supo que aquel hombre poco tenía que ver con los aristócratas que conocía; había en él reservada quietud y una prestancia que parecía impregnada de la milenaria historia de su pueblo, y que a ella le subyugaba. Viéndole, nadie hubiera podido negar que Nefermaat era un genuino representante de la más rancia esencia del país de Kemet; aromas hacía tiempo olvidados y que, sin embargo, él parecía poseer. Fue por todo ello por lo que la princesa sintió crecer su interés por él. Sus encuentros, aunque breves, bastaron para que ella sintiera la llama de la ilusión arder en su corazón. Una llama que, en realidad, había sido ya prendida durante su infancia, y que parecía haber estado aletargada durante todos aquellos años.

El que una vez fuera su novio, allá en la lejana niñez, se había convertido en un sueño que abría las puertas de sus anhelos más íntimos. Tenía el presentimiento que aquella noche esas puertas podrían ser definitivamente abiertas y que, tras su umbral, la sobria figura de un sacerdote *ueb* le estaría esperando; más allá, aguardaba un camino que se perdía incierto en las sombras de un destino al que no temía.

Suspiró profundamente mientras dejaba el cepillo del pelo sobre la mesa. Poco le preocupaban los caminos que Renenutet le tuviera designado si eran recorridos junto a la persona amada. Esa noche sólo pensaba en encontrarse con Nefermaat; el médico que parecía un príncipe.

Los gargaveros, crótalos y tambores llenaban el estrellado cielo de Tebas con sus notas y compases. Era una noche de fiesta, y los luceros, allá arriba, parecían

dispuestos a unirse a ella con sus infinitos destellos como cánticos, y su celestial brillo como privilegiado cortejo para tanta alegría.

Paneb, el hijo del Primer Profeta de Montu, despedía su soltería, pues en breve se desposaría con Naret, una hermosa muchacha pura y virginal, que además pertenecía a la familia de los Bakenjons. Emparentar con este linaje era el sueño de cualquier funcionario que se preciara, y por ello Turo, el padre del afortunado novio, había decidido tirar la casa por la ventana y dar una fiesta en su residencia, que esperaba fuera memorable. Ni que decir tiene que, a ella, fue invitada toda la casta sacerdotal del nomo tebano, así como su alta sociedad. El lugar elegido para tan fastuosa celebración no podía ser más idóneo, pues la villa donde habitaba Turo era realmente espectacular. Ésta se hallaba situada en la orilla occidental del Nilo, en el barrio residencial de *Heft-hir-nebes*, donde vivían los aristócratas desde hacía cientos de años. El nombre que recibía aquel distrito resultaba muy apropiado, puesto que *Heft-hir-nebes* significa «enfrente de su señor», lo cual no era sino una referencia al dios Amón, cuyo Templo de Karnak se encontraba justo enfrente, al otro lado del río.

Como era natural, Paneb también había invitado a sus amistades a tan señalada celebración, pues era una buena ocasión para saludarse e incluso para el reencuentro con los viejos compañeros.

Cuando Nefermaat llegó a la residencia de su amigo, se quedó sorprendido por la magnificencia del acto. La entrada a la villa se encontraba atestada de sillas de mano, y de portadores que deambulaban sudorosos a la luz de las antorchas, pugnando por situar sus palanquines lo más próximo posible al acceso principal, mientras sus señores bajaban de ellos con aire digno, y se dirigían hacia el interior repartiendo sonrisas y saluciones entre sus conocidos. Dentro, la afluencia de público era inusual, pues Nefermaat no recordaba haber visto nunca tanta gente en una fiesta privada. Los enormes jardines se hallaban atestados de invitados que charlaban animadamente, al cobijo de los ritmos que los músicos imprimían sin apenas desfallecer; sonidos que parecían llegar desde las profundidades del continente, allá en el sur, y que tan de moda estaban.

Escribas, altos cargos de la Administración, destacados miembros de la nobleza local, y lo más granado del clero, se hallaban reunidos aquella noche, en compañía de sus esposas, en la casa del noble Turo, que se encontraba eufórico ante el futuro que se le abría a su querido hijo; Paneb mezclaría su sangre con la de los Bakenjons, algo que ni en sus mejores sueños hubiera podido imaginar.

Sus hijos y los hijos de éstos heredarían las influencias que el clero de Montu y el de Amón les proporcionarían; un poder considerable, en suma, que bien merecía una celebración como aquélla.

A Nefermaat toda aquella gente le resultaba extraña. Inspectores, altos funcionarios y primeros profetas se saludaban con la familiaridad propia que dan los años de relaciones, en tanto sus esposas formaban corrillos donde comparaban sus modelos y comentaban los últimos cotilleos que circulaban por la ciudad. Era, en

definitiva, una sociedad particularmente cerrada la que se había dado cita allí aquella noche, sumamente reacia a abrirse a quien no perteneciera a ella, y extrañamente ajena a cuanto proviniera del lejano norte. Él había nacido en aquella tierra y, sin embargo, nada de lo que le rodeaba hacía sentir como si estuviera en casa; y es que, observando a los invitados, pronto llegó a la conclusión que el extraño era él.

Mas ello no era óbice para poder disfrutar de tan espléndida fiesta, donde los mejores vinos y los más exquisitos manjares corrían generosos como si de una crecida del Nilo se tratara, desbordándose munífica hasta dar cumplida satisfacción a todos cuantos allí se encontraban. En este aspecto tampoco el joven se sintió especialmente animado, pues sobrio como era, apenas tomó bocado aunque, eso sí, celebraba la alegría que le rodeaba, disfrutando del jolgorio y las risas ajenas.

Paneb se alegró mucho al verle, asegurándole que era la noche más feliz de su vida.

—Para mí hay un antes y un después de esta noche —le dijo, poniendo ambas manos sobre sus hombros—. Los dioses me empujan hacia caminos insospechados.

El joven médico le felicitó vivamente por su próximo futuro, aunque luego cayera en la cuenta de que, en él, su angelical esposa parecía pintar poco.

No obstante, para Nefermaat, aquélla fue la noche de los encuentros. Se emocionó visiblemente al volver a ver a sus antiguos compañeros del *kap*, con los que recordó las travesuras que allí perpetraron, y las crueles humillaciones a las que sometieron al pobre Hesy, su viejo maestro. Todos juntos rememoraron antiguas chanzas y también los bastonazos que tuvieron que soportar, a menudo, merecidamente.

Sus viejos amigos, hombres ya, ocupaban importantes cargos para los que habían sido preparados desde la niñez, y que sus poderosas familias se habían encargado de proporcionarles; nada extraño, por otra parte, pues así había venido ocurriendo desde hacía cientos de años. Ellos a su vez le felicitaron por su nombramiento, asegurándole que habían escuchado maravillas sobre sus poderes de curación.

Tras finalizar con las consabidas lisonjas y cumplidos, Nefermaat preguntó por los que allí faltaban. Según le dijeron, algunos habían emprendido el viaje ante el tribunal de Osiris antes de tiempo y otros, simplemente, no vendrían. Tal era el caso del príncipe Amonhirkopshep, el cual solía abstenerse de acudir a tales eventos, ya que su naturaleza divina así se lo dictaba; el príncipe se sentía faraón, aunque todavía no lo fuera.

No obstante, le aseguraron que Nubjesed sí vendría, lo cual hizo que su corazón se acelerase al instante, y de paso trajo consigo alguna broma en la que salió a relucir su noviazgo con la princesa durante su niñez. La ocurrencia hizo que se lanzaran algunas carcajadas pero, al punto, alguien siseó y enseguida se hizo el silencio.

—¡Mirad, por allí viene; es Neferure! —exclamó uno de los amigos.

Todos miraron en aquella dirección, conteniendo apenas la respiración.

—¡Hathor bendita, protégeme! —dijo una voz a la que, acto seguido, se unieron algunas risitas.

Nefermaat observó como una joven se abría paso entre la concurrencia, dirigiéndose justo hacia ellos; al verla acercarse, enmudeció.

—Por fin Sejmet ha tenido a bien devolvernos a su hijo predilecto. ¿Ya no te acuerdas de mí? Soy Neferure —exclamó ésta mientras extendía ambas manos hacia el joven médico.

Éste las cogió titubeante, a la vez que parpadeaba algo aturdido.

—Neferure —apenas logró balbucear, en tanto volvieron a producirse las risitas.

La joven hizo un gesto de fastidio, mirando con altivez al grupo de amigos.

—Sois insufribles —sentenció, mientras desparramaba desdeñosamente su mirada.

A Nefermaat aquella voz le pareció singularmente melodiosa; efecto que, sin duda, se veía incrementado debido al fuerte acento del sur que la joven poseía. Pero el resultado era agradable y sonaba sumamente sugestivo; aunque no fuera comparable con todo lo demás.

Podría asegurarse que la joven que ofrecía sus manos a Nefermaat era una mujer de envergadura. A diferencia del habitual canon de belleza de la mujer egipcia, Neferure era una joven alta y de contundentes formas, que poco o nada tenían que ver con las delicadas siluetas que, habitualmente, lucían sus paisanas. Su cuerpo, aunque proporcionado, parecía haber sido modelado con el único fin de levantar las más inconfesables pasiones; algo que sin lugar a dudas conseguía, y a lo que estaba sumamente acostumbrada. Había incluso quien decía que aquella figura había sido cincelada por el enano, barbudo y grotesco dios Bes, tras una noche de embriaguez, para así incitar permanentemente al libertinaje. Algo exagerado, si se quiere, aunque en el fondo no anduviera descaminado, puesto que Neferure levantaba el deseo allá por donde pasara.

Nefermaat trataba de recuperarse de la primera impresión que le había causado la joven mientras tomaba sus manos. El tacto suave y cálido de éstas era el colofón a la poderosa sensualidad que aquel cuerpo despedía por cada uno de sus poros. El joven médico hacía denodados esfuerzos por no desviar su mirada hacia los exuberantes pechos, que subían y bajaban al ritmo de la cadenciosa respiración, y que apenas se encontraban cubiertos por el vaporoso vestido de asillas que ella llevaba. Éste se adhería celosamente a sus curvas, dejando adivinar sus generosas caderas, y unos glúteos ante los que no había hombre en Tebas capaz de resistirse.

Sin embargo, Nefermaat se sobrepuso a la tentación y acabó por adoptar su consabido gesto impenetrable, aquel que tan buenos resultados le daba en las situaciones comprometidas. El cuerpo seductor que la joven exhibía no representaba para él más que un compromiso, que bajo ninguna circunstancia debía aceptar; sabedor, como era, de la fragilidad de su propia naturaleza.

Ajeno al fin a su poder provocador, Nefermaat la miró con el enigmático aire que tan a menudo le caracterizaba. Así pudo detenerse, desapasionadamente, en los rasgos del rostro de la joven que, apenas a dos palmos, le examinaba

indisimuladamente.

Para Nefermaat, aquel rostro poco o nada tenía en común con el resto de su cuerpo, pues en líneas generales era poco agraciado, e incluso podía aventurarse a decir que feo. Neferure no era guapa, aunque ello tampoco le extrañara, ya que la recordaba como una niña bastante feita. No obstante, los poco agraciados rasgos de su cara no eran obstáculo para que el conjunto pudiera resultar interesante. Quizá fuera su nariz algo grande, y que le daba cierta personalidad, o sus ojos que parecían capaces de transmitir toda la sensualidad que Neferure atesoraba, o incluso su generosa boca de labios plenos, que siempre lucían rojos cual granados maduros, o quién sabe si un conjunto de todo ello, que daba como resultado el que Neferure fuera una de las mujeres más deseadas de Tebas.

—¿Buscas en tu corazón mi recuerdo? ¿O acaso lo perdiste ya? —oyó Nefermaat que le decían.

—Mi corazón te recuerda perfectamente —dijo el joven volviendo de sus pensamientos—. Aunque no así.

El grupo de amigos volvió a lanzar una carcajada, que de nuevo desagradó a Neferure.

—Ellos sí parecen los mismos —dijo Neferure con desprecio, mientras señalaba a sus amigos—. Son exactamente iguales que cuando íbamos a la escuela.

Otra vez volvieron las risas, e incluso algún abucheo.

—¿Ves lo que te digo? En fin... —suspiró, acercándose para cogerle del brazo—. Sólo podré enterarme de lo que ha sido de ti si damos un pequeño paseo.

Nefermaat se vio empujado suavemente hacia uno de los innumerables senderos del jardín, en tanto las risas y los aplausos les despedían. Él, sorprendido por la repentina actitud de la joven, se sintió algo incómodo, aunque acabara por no darle mayor importancia. Pasearon entonces por entre los numerosos grupos de alegres invitados, hablando de los tiempos pasados y de algunas banalidades. Ella pareció muy interesada en conocer determinados pormenores de su vida dentro del templo, haciendo hincapié en la fascinante capacidad que parecían tener los sacerdotes para mantener la templanza.

—Mi abuelo dice que los hombres educados dentro de los templos no son como los demás, y que el *maat* les acompaña de por vida.

Nefermaat miró a la joven recordando que su abuelo era el Primer Profeta de Amón; el hombre con mayor poder dentro del clero de Egipto.

—Tu abuelo, el muy noble Usimarenajt, es un hombre muy sabio. Él sirve a los dioses desde sus templos; yo no —respondió Nefermaat, sintiéndose repentinamente a disgusto.

—Es un hombre santo, y muy estricto. A él no puedo preguntarle nada que tenga que ver con los templos, ¿sabes?; tantos hombres juntos... —observó ella con cierto tono malicioso, mientras presionaba algo más de lo normal el brazo del que iba cogida.

Él la miró pero no dijo nada, continuando ambos con su paseo. Nefermaat comenzó entonces a sentirse de nuevo como un extraño. La misma desagradable sensación, que tantas veces había experimentado cuando quería escapar de un lugar, volvía a visitarle con su característico sello. El caminar junto a Neferure le incomodaba más a cada paso que daba. Percibía algo en ella difícil de definir, que le desazonaba irremediamente. Mientras le hablaba de su aburrida vida en la ciudad, él captaba todo lo anterior, y reparaba en cómo la joven daba vueltas y más vueltas sobre determinados asuntos, hasta obtener la respuesta que andaba buscando.

Para Nefermaat fue un alivio tropezarse con un grupo en el que se encontraban los hermanos de la joven, pues aprovechó la ocasión para despedirse, aduciendo que tenía un compromiso en el otro extremo del jardín. A ella esto no le gustó nada, aunque se limitó a fulminarle con la mirada, dándole seguidamente la espalda. Se sentía interiormente furiosa, pero Nefermaat se equivocaba si creía que iba a librarse tan fácilmente de ella. Ya de niña había llegado a tener fijación por aquel hombre y ahora que había regresado, tenía sus propios planes.

Todavía iba pensando en el desagradable efecto que le había causado el *ka* de Neferure, cuando Nefermaat tuvo el tercer encuentro. Un encuentro que, extrañamente, se había dilatado desde el día de su regreso a Tebas y que, tarde o temprano, sabía que se produciría; justo en su camino, y con las manos a la espalda, se hallaba Kenamun.

Nefermaat no reconoció a su hermanastro cuando le vio. Su túnica de un blanco inmaculado, y su peluca de pelo natural, apenas le diferenciaban del resto de los escribas que asistían a la fiesta. Diez años de ausencia eran demasiados para recordar el rostro de quien entonces era un niño, y no obstante

Kenamun había sido capaz de hacerlo; sabía que quien se aproximaba por aquel camino era su hermanastro pues, no en vano, le había estado siguiendo.

Kenamun representaba al funcionario perfecto. Había ingresado en la Casa de la Vida donde durante muchos años había sido instruido en el sagrado arte de la escritura, hasta convertirse en escriba. Su minuciosidad y perfeccionismo le habían hecho finalizar sus estudios con aprovechamiento, siendo felicitado por ello. Esto, y las influencias de su padre, habían conseguido que el clero de Amón le nombrara «escriba de sus dominios», un cargo de gran importancia desde el cual un joven tan despierto como él podía optar a conseguir las cotas más altas. Pronto sería nombrado supervisor de escribas, *sehedy sesh*, y a no mucho tardar dirigiría a todos los escribas del templo de Amón; sería *imira sesh*, un puesto de gran influencia. Mas sus miras eran más altas. Egipto se hallaba en un proceso de cambio imparable, en el que se adivinaban insospechados caminos para el clero tebano. Caminos que su ambición había decidido recorrer y para lo cual debía situarse convenientemente. Ello, obviamente, le llevaría tiempo, paciencia y una considerable dosis de astucia; algo de lo que, en todo caso, estaba sobradamente dotado. Sin embargo, Kenamun era consciente de la dificultad que entrañaban sus propósitos. Era por ello que había

pensado en la necesidad de que los herméticos círculos de poder tebanos condescendieran a acogerlo en su seno, pues de este modo tendría posibilidad de alcanzar sus elevadas metas. Para este fin había concebido un plan que le facilitaría sus pretensiones, a la vez que le ayudaría en el futuro a fortalecer su posición dentro de la piramidal estructura jerárquica del clero de Amón. El plan era sencillo, y tan antiguo como el mismo hombre; debía casarse.

Nada como el matrimonio para entrar a formar parte de tan rancios clanes. Era la vía más rápida y segura para conseguirlo y, además, ello le habilitaría en el futuro para desarrollar sus estrategias adecuadamente.

Decidido pues, como estaba, a dar semejante paso, sólo le faltaba encontrar a la mujer adecuada para ello; aunque esto no resultara un problema, pues Kenamun la conocía desde la niñez. La elegida reunía, de sobra, las cualidades que él andaba buscando, pues pertenecía a una ilustre familia que había controlado los dominios de Amón durante los últimos cien años y que, aún en la actualidad, gobernaba el Templo de Karnak. Dicha joven era miembro del linaje de los Bakenjons, y se llamaba Neferure.

Pero el pertenecer a una familia tan importante como aquélla no era la única razón para que Kenamun se decidiera por la joven. Había otra causa, mucho más profunda, que le impulsaba a tomar aquel camino y que en los últimos tiempos le atormentaba. Algo irracional, capaz de que su corazón dejara de discernir y que se aferraba a él con sus invisibles manos, atenazándole inmisericorde: el deseo. Kenamun sentía tal deseo por Neferure, que en ocasiones se veía consumido por él irremediablemente, como si fuera pasto de las llamas. Al principio había tratado de controlarlo, mas al poco se dio cuenta de que su propia naturaleza no era la más apropiada para ello, y acabó por acostumbrarse a convivir con él. Mas el deseo no conoce la piedad, y suele ser fuente de tortura que reconcome la propia razón; eso fue lo que acabó por ocurrirle a Kenamun y, entonces, Neferure se convirtió en una obsesión.

Durante un tiempo el joven trató de cortejarla, pero enseguida Neferure le hizo ver la poca simpatía que sentía hacia él, llegando incluso a mofarse en público por sus pretensiones. Esto trajo consigo el que Kenamun anhelara con más vehemencia, aún, el obtener sus favores, lo que le llevó a perpetrar un verdadero acoso hacia la muchacha. Esta pudo leer entonces en el corazón de su pretendiente, quedando horrorizada ante la visión que le ofreció. Aquel hombre no sólo quería poseerla; deseaba devorar su alma, trasladándola a un submundo de tortuosos senderos donde quedaría encadenada a sus más oscuros apetitos. La joven, que tenía un genio vivo, le frenó en sus aspiraciones, invitándole a visitar el Amenti con todos sus demonios; pero él se enardeció aún más.

No obstante, Kenamun cambió de táctica; si no podía acceder a ella directamente, lo haría por otros conductos. Fue por esto por lo que fomentó su amistad con Amenemope, Tercer Profeta de Amón y hombre de grandes influencias, que sentía

una viva simpatía por el muchacho. El sacerdote supo valorar las buenas aptitudes que poseía el joven para desarrollar su trabajo, y las posibilidades de futuro que en él se adivinaban; nunca se sabía, pero pudiera ser que, llegado el momento, incluso fuera útil para llevar a efecto algún designio del Oculto.

Amenemope tomó entonces al joven bajo su protección, y decidió ayudarle con la discreción propia de su rango. En Karnak todo llevaba su tiempo, y cada paso debía ser dado con la mayor de las precauciones. Aunque él estaba casado con un familiar próximo a Neferure, no convenía precipitarse, siendo más conveniente el atar todos los cabos antes de cobrar la pieza. En Egipto, las clases dirigentes habían pactado sus uniones matrimoniales desde hacía milenios, y ésta no tenía por qué ser una excepción. Así que, apadrinaría con gusto al muchacho.

Éste puso mayor empeño, si cabe, en su labor diaria, sabedor de los ojos que se fijaban en él, y muy ladinamente fortaleció los lazos con el Tercer Profeta mostrándose ante él como éste deseaba. Amenemope era la llave de todo aquel asunto, y él lo aprovecharía.

Pero el problema de la pasión contenida continuó mortificándole. Los oscuros caminos, que tan claramente Neferure había adivinado, eran el lugar favorito de Kenamun para solazarse. Su naturaleza le había hecho esclavo de sus sentidos, y en ellos se abandonaba siempre que podía. Por este motivo era asiduo de las «casas de la cerveza», donde buscaba satisfacer sus inclinaciones, y en las que era de sobra bien conocido por su afición a determinadas prácticas. En Coptos era tenido como persona principal, pues era cliente habitual de «el Refugio de Astarté», quizás el local más famoso de todo Egipto. En él, Kenamun intentó encontrar todo aquello que Neferure le negaba, y para ello buscó la compañía de jóvenes que se le parecieran. Su obsesión llegó a ser tal, que encargó al dueño del establecimiento mujeres de similares características a su amada, costaran lo que costasen. Una vez con ellas, solía entregarse desmedidamente a la realización de sus sórdidas fantasías, hasta quedar exhausto. Luego, de vuelta a su casa, un atroz sentimiento de frustración se apoderaba de él, haciéndole sentirse invadido por la ira. Neferure había llegado a convertirse en una necesidad, y no ahorraría esfuerzos hasta satisfacerla. Tarde o temprano, le pertenecería.

Cuando aquella noche Kenamun llegó a la residencia de Paneb, estuvo buscando a Neferure entre los invitados. Era un acto inconsciente que parecía formar parte de su comportamiento, y que no se molestaba en disimular. Estuvo deambulando por el espléndido jardín, de acá para allá, saludando a colegas y conocidos, con forzada sonrisa y sus sentidos siempre alerta, a fin de descubrir a la joven que le atormentaba. Fue entonces cuando localizó a sus antiguos compañeros de colegio que, vocingleros y bulliciosos, alborotaban con las habituales bromas que tanto detestaba. Los años pasados junto a ellos, en el *kap* del palacio de Pi-Ramsés, pesaban en su memoria como el granito rojo de Asuán; infaustos recuerdos de una época que detestaba y que procuraba no rememorar.

El verlos de nuevo allí juntos, no hizo sino reafirmarle en su proverbial aborrecimiento, y en el convencimiento de su irremediable desprecio. Sin embargo, Kenamun reparó en algo que le llamó la atención. Había alguien en aquel grupo que no conocía, cuyo aire le resultaba inquietantemente familiar. Se acercó con precaución para no ser visto y, desde un pequeño macizo de arbustos, le observó con disimulo. No necesitó mucho tiempo para descubrir su identidad y, al hacerlo, los más oscuros sentimientos se presentaron ante él súbitamente, galopando a lomos de frenéticos corceles que le impregnaron de rencor y resentimiento. Su hermanastro había regresado, y con él los viejos fantasmas de un pasado que creía enterrado y que, sin embargo, parecían cernirse de nuevo, más amenazadores que nunca.

Apenas tuvo tiempo de abundar en tales disquisiciones, pues en aquel momento Neferure irrumpió de improviso en la escena, haciendo que toda su atención se centrara en ella. Al verla, Kenamun pensó por un instante que su voluntad le abandonaría, y que sus pies recorrerían inconscientes el corto espacio que les separaba, para terminar cayendo rendido ante ella, como el más humilde de los siervos. Aquella mujer representaba para él la tentación misma, y de inmediato se encontró devorando con sus ojos cada curva de un cuerpo que parecía capaz de llevarle a la perdición. Notó como el estómago se le contraía invadido por la angustia, y cómo sus sudorosas manos trataban de aliviar la insoportable presión que ejercía el *kilt* sobre su masculinidad, aflojándolo un poco. Gimió incómodo, consciente de que Neferure se había convertido en una droga que, curiosamente, todavía no había probado. Fue entonces cuando vio cómo la joven coqueteaba con su hermanastro, y cómo juntos decidían dar un paseo cogidos del brazo por el exuberante jardín. Ello hizo desatar en su interior tempestuosas emociones, que zarandearon por un momento su corazón, sin compasión ni medida. Algo había en ellas que resultaba nuevo a Kenamun, encendiéndole como si fuera el mismísimo Set dominado por su cólera.

Su hermanastro se alejaba junto a su diosa, altivo e irreverente, mientras ella le miraba como nunca le había mirado a él; un acto inesperado para Kenamun, que hizo aflorar de inmediato en su interior los más terribles celos. La nueva posibilidad de que aquella mujer se entregara a Nefermaat cruzó por su pensamiento como el más devastador de los fuegos, causándole un dolor insoportable. Era imposible; aquel desheredado no tenía ningún derecho a regresar para quedarse con su mayor anhelo. Todos sus planes dependían de aquella mujer, y no consentiría que su hermanastro se la arrebatara.

Decidió entonces seguir a la pareja con precaución, no perdiendo detalle de sus gestos y ademanes. Durante su paseo, experimentó de nuevo la desagradable sensación que le produjeron los celos, cada vez que Neferure miraba a su hermano. Hubo instantes que, incluso, llegaron a resultarle insoportables, como cuando ella acarició con cierta efusión el brazo de su acompañante, durante los cuales tuvo que esforzarse en reprimir su ira. Mas de repente, inexplicablemente, todo terminó, pues la pareja se aproximó a un corrillo donde se encontraban los hermanos de Neferure, y

allí se despidieron. Para Kenamun, aquello significó un indudable alivio, aunque se abstuviera de acercarse a su amada para saludarla; no era el momento propicio, y él lo sabía. No obstante, decidió que sí lo era para encontrarse con su hermanastro, así que dio un pequeño rodeo hasta interceptarle, justo en uno de los muchos cruces de senderos que poseía el jardín. Plantado en él, observó a Nefermaat aproximarse, y cómo éste quedó confundido al no reconocerle.

—El tiempo hace que olvidemos con facilidad, hermano. ¿Acaso no me recuerdas?

—¡Kenamun! —exclamó Nefermaat, sorprendido—. ¿De verdad eres tú?

Kenamun hizo un gesto inequívoco con sus brazos, en tanto asentía con la cabeza.

—Imploro tu perdón, hermano —se excusó Nefermaat, ofreciendo sus manos a modo de saludo—, pero has de reconocer que he estado demasiados años ausente. Todavía éramos unos niños la última vez que nos vimos, y ahora...

—Hombres con grandes responsabilidades. ¿No es así? —intervino Kenamun bruscamente, manteniendo sus brazos laxos.

Nefermaat ignoró el gesto y miró fijamente a su hermanastro. Aquél era un encuentro inevitable que quizás había pospuesto demasiado tiempo, sin otra razón que el desapego. Poco o ningún cariño sentía por Kenamun, cuya figura siempre estaba presente en los lóbregos recuerdos de su infortunada infancia; sin embargo, al verle de nuevo aquella noche, experimentó una sincera alegría.

—Thot te ha bendecido con su sabiduría, y me regocijo por ello —dijo Nefermaat, sonriendo.

—Así es. Los «dominios de Amón» me han acogido, otorgándome la merced de ser su escriba. Como ves soy un leal servidor de su Templo.

—Mi corazón se llenó de júbilo cuando conoció la noticia. Créeme si te digo que te deseo una fructífera carrera al servicio del Oculto.

Kenamun le observó unos instantes con su habitual mirada calculadora. Él también había dilatado aquel encuentro con su hermano, aunque por diferentes motivos a los de éste, pues era el resentimiento y no el desapego el que ocupaba su memoria. Al escuchar las palabras de Nefermaat volvió a recordar sus antiguas fobias. Siempre había aborrecido el tono pausado y la prudencia en las palabras de su hermano, por las que, de ordinario, tantas alabanzas había recibido. En su interior, le parecía un hipócrita que enmascaraba su impostura con una falsa humildad que le resultaba insufrible. Las frases que le había dedicado a modo de salutación eran típicas de él, y le mortificaban irremediablemente.

Verdaderamente, su madre, la noble Mutenuia, tenía razón. Ella le conocía desde niño, y siempre le previno sobre la necesidad de mantenerse a salvo de las simulaciones de su hermanastro. Sabía por su madre que Nefermaat había regresado, pero él no había sentido ningún deseo de verle. No obstante, el hecho de su regreso implicaba peligros potenciales que no convenía perder de vista; Nefermaat había vuelto cargado de estúpido misticismo, y ello podría representar para Kenamun una

sería amenaza.

Tras retornar de sus pensamientos, Kenamun torció su gesto con una extraña mueca.

—Tus palabras siguen siendo gratas para quienes quieran escucharlas —dijo Kenamun con ironía—. Pero créeme si te digo que mejor hubiera sido que permanecieras recluido en el templo.

Nefermaat volvió a sentir el regusto amargo de antaño, pero permaneció impasible.

—¿Para quién hubiera sido mejor que continuara en Menfis? ¿Para ti o para el faraón? —preguntó Nefermaat con suavidad, mientras miraba fijamente a los ojos de su hermano.

—No seré yo quien entre en los asuntos del dios —contestó Kenamun, desviando su mirada.

—Pues él ha sido quien ha requerido mi presencia aquí —continuó Nefermaat—. ¿Crees que debiera haberme negado?

Kenamun se movió incómodo, a la vez que giraba inconscientemente la cabeza a ambos lados.

—No eres bienvenido a nuestra casa —señaló, con la vista fija en el camino—. Nada tienes que hacer en ella.

—Hace muchos años que sé eso, aunque nunca sospechara que me tuvieras tanta animadversión.

—¿Animadversión? No creo que ésa sea la palabra exacta. Ésa queda para mí —observó Kenamun, fríamente.

Nefermaat miró unos instantes a su hermanastro, y luego suspiró.

—Siento no poder ayudarte en eso, Kenamun —dijo el joven, haciendo ademán de retirarse.

—Antes que vuelvas a marcharte —indicó Kenamun con la voz claramente alterada—, te prevengo para que te alejes de mis asuntos. Jamás te inmiscuyas en ellos; quedas advertido.

Nefermaat se sintió embargado por una indefinible sensación, mezcla de tristeza e impotencia. Estaba claro que las barreras que antaño le separaban de los suyos, como él, también habían crecido durante todos aquellos años. Nadie podría nunca superarlas, pues se le antojaban ciclópeas.

Cuando Nefermaat volvió sobre sus pasos, dándole la espalda a su hermano, paladeó el amargo sabor de la frustración. No podía discernir si era su propia incapacidad, o simplemente los jocosos dioses, quienes obraban semejante dislate; pero nada podía hacer. Justo entonces, su hermanastro volvió a repetir sus últimas palabras.

—¡Quedas advertido!

Le sonaron amenazantes debido, sin duda, a escondidos temores que abrumaban a Kenamun, y que él desconocía.

«Nada peor que los callados miedos para vivir una vida», pensó Nefermaat, reflexivo. Su hermano estaba repleto de ellos y llevaba acarreándolos desde su infancia; soportar semejante pena se le antojó como el peor de los purgatorios. Por ello se volvió de nuevo hacia Kenamun que, sin moverse, le observaba alejarse.

—No me interesan tus asuntos, Kenamun —exclamó Nefermaat, elevando el tono de su voz—. Tenías razón en lo que me dijiste. Es preferible recitar plegarias a Sejmet que estar entre vosotros.

Luego, Nefermaat le dio definitivamente la espalda y, avivando el paso, desapareció por el sendero.

Cuando Nubjesed llegó, la fiesta hacía horas que había comenzado. Los más excelsos manjares, y los magníficos vinos que allí se servían, habían acabado por diluir la natural inhibición inicial de los invitados, distendiendo el ambiente hasta el punto de saturar la atmósfera de aquel jardín con el bálsamo de la alegría. Hombres y mujeres reían y conversaban, totalmente despreocupados de cuanto dictaba la etiqueta, en un tono de voz que había ido elevándose hasta convertirse en una suerte de coro, que amenazaba incluso a la propia música.

A Nubjesed le encantaban aquellas fiestas. En ellas, la gente terminaba por mostrarse tal y como era, haciendo que, por lo general, fueran muy divertidas. Nada tenían que ver con las aburridísimas celebraciones de palacio, en las que el estricto protocolo se mantenía hasta el final, llegando a resultar verdaderamente tediosas hasta para un alma tan festiva como la suya.

Afortunadamente, los aristócratas continuaban celebrando sus festejos con arreglo a las más viejas costumbres, sin más tino ni medida que el que uno mismo se impusiera, por lo que siempre que podía, Nubjesed procuraba acudir a ellas.

Al saber de su presencia, Paneb acudió presto a recibirla. Aunque fueran amigos desde la niñez, la princesa le honraba con su asistencia, pues la casa real era poco proclive a acudir a semejante tipo de actos. En esto Nubjesed representaba una excepción, y a su llegada felicitó a los anfitriones por el futuro enlace, deseando a Paneb la mayor de las felicidades en su nueva andadura; después, como solía ser costumbre en ella, se dio un baño de multitudes, recibiendo encantada los halagos y pleitesías de todos los invitados; al fin y al cabo era su privilegio.

Nefermaat se encontraba sumido en los más confusos razonamientos cuando se percató de la llegada de la princesa. El revuelo que ésta organizó le hizo reparar de nuevo en el lugar en el que se encontraba, y en todo cuanto sucedía. Había estado pensando en Nubjesed durante todo el día, pues sabía que acudiría a la fiesta. Ello le había producido un cierto estado de desasosiego, contra el que había estado luchando con escaso éxito.

Había quedado subyugado por la princesa el primer día que la vio y, desde entonces, su pugna por apartarla de sus pensamientos no había hecho sino conseguir que su corazón sucumbiera definitivamente ante ella. La razón, que tan férreamente gobernaba su vida, volvía a fracasar estrepitosamente por segunda vez ante las

emociones humanas. De nuevo, una mujer le hacía ver que el raciocinio no es más que humo en medio de la vorágine de los sentimientos, pues éstos provienen de la misma esencia del propio ser. Luchar contra ellos es perder una batalla que, en su caso, nunca podría ganar. Tumbado en su estera sobre el duro suelo, había pensado en ella durante noches enteras, convenciéndose de la imposibilidad de poder aspirar al amor de Nubjesed. Ella era de sangre real, y su unión con alguien que no perteneciera a su familia podría legitimarle en sus aspiraciones al trono. No obstante, el contundente peso de tales argumentos desaparecían, como por ensalmo, en cuanto el rostro de la princesa se aparecía en sus pensamientos, nítido e imperecedero; nada podía hacer, más que aceptarlo y aprender a sufrir por ello.

Desde luego, aquella noche no fue el sufrimiento lo que abrumó su corazón, sino la visión de la criatura más hermosa que cupiera imaginar. Los Campos del Ialú habían abierto sus etéreas puertas para permitir a la perfección en su forma más pura acceder al mundo de los hombres. ¿O acaso era Hathor, la que por algún extraño sortilegio había decidido venir a visitarlos? Imposible saberlo; mas, en cualquier caso, había que reverenciar a tan espléndida aparición, como si fuera un regalo enviado por los dioses estelares.

Nefermaat no encontró una manera mejor de definir a Nubjesed. Bajo el oscuro cielo estrellado, la princesa parecía una estrella más, que quizás una invisible mano hubiera desprendido de la bóveda celeste para depositarla después con mimo en aquel jardín de ensueño. El joven quedó deslumbrado por la luz que irradiaba aquel cuerpo, cuyo fulgor atravesaba su vestido, de finísimo lino, hasta hacerlo parecer casi translúcido. Inmisericorde, la belleza de Nubjesed le había encadenado para siempre.

Cuando la princesa se abrió paso por entre su séquito de aduladores, el sueño cobró vida. Recostado contra un sicómoro, Nefermaat vio cómo la joven diosa se le aproximaba regalándole su luminosa sonrisa; un presente digno de la Ogdoada Heliopolitana, del que no se sentía merecedor. Ya cercana, ella levantó ligeramente los brazos ofreciéndole sus manos; unas manos que sólo al tomarlas entre las suyas dejaron de parecer irreales. Fue en ese momento cuando Nefermaat tuvo plena conciencia de que una diosa se había reencarnado en la princesa.

—Por fin el favorito de Sejmet se aviene a recibirme.

Aquella voz, suave y cantarina, sonó al joven melodiosa como música tañida por el propio Ihy^[104]. Era parte del hechizo que parecía haberse apoderado de su persona, y contra el que se resistía a luchar.

Ensimismado, se acercó a la princesa engarzado a sus manos, sin poder articular palabra.

—¡Soy yo, Nefermaat! —exclamó la joven, divertida, al observar el atolondramiento de su amigo.

Éste pareció considerar aquellas palabras, pero apenas pudo balbucear algo. La proximidad de Nubjesed le trajo la suave fragancia que desprendía su cuerpo; vaharadas del más delicioso perfume, que volvieron a embriagarle irremisiblemente.

Aspirar aquel aroma representaba todo un goce para los sentidos, incluso para alguien como él, que invitaba a abandonarse por completo. Olía a esencia de lilas en su justa medida.

—Más de mil pétalos fueron necesarios para hacer este perfume —dijo la princesa, divertida, al ver cómo el joven inhalaba el aire con los ojos semicerrados.

—También captó la fragancia de la mirra y... ¿quizá de la canela? —aventuró Nefermaat, volviendo a abrir sus ojos.

—Olvidé que las plantas de nuestra tierra no tienen secretos para ti —indicó la joven—, aunque sí las proporciones que hicieron posible el perfume. Éstas ni tan siquiera yo las conozco.

—Dejemos entonces que los artífices de tales elixires continúen sorprendiéndonos.

—No sabía que fueras tan susceptible a ellos.

Nefermaat salió de su pasmo para considerar aquellas palabras. Como le ocurriera en tantas ocasiones, abandonó su embeleso, súbitamente, para arrojarse de nuevo en brazos de la razón, detrás de cuyos muros él se sentía tan protegido. No le gustaba nada el cariz que había tomado la conversación, por lo que, aún ensimismado, fue capaz de regresar a su habitual reserva, cambiando por completo el gesto.

A Nubjesed todo esto le fascinaba. Ella conocía perfectamente el efecto que causaba en su joven amigo, así como la lucha que éste sostenía por mantener su autocontrol. En alguna ocasión había llegado a pensar que quizá fuera una forma de ocultar cierta inseguridad, aunque finalmente llegara a la conclusión que, simplemente, Nefermaat trataba de protegerse de algo que le sobrepasaba y ello aceleraba el pulso de la princesa. Cualquier hombre en Egipto caería rendido a sus pies si ella se lo propusiera; a pesar de ello, Nefermaat se resistía, envuelto en consideraciones que guardaba para sí y que ella adivinaba.

Bajo el sicómoro, Nubjesed le miró un instante a los ojos. Éstos volvían a aparecer envueltos en el natural halo de misterio que tanto le atraía. Mas la mirada de Nefermaat, aunque enigmática, transmitía una luz que parecía provenir de su esencia más profunda y, por lo tanto, imposible de ocultar a todo el que estuviera dispuesto a leerla.

—Demos un paseo —dijo la princesa con su voz más suave, cogiéndose del brazo del joven médico—. La noche invita a disfrutar de ella.

Nefermaat se dejó llevar sin apenas oposición, envuelto aún en el arrobamiento. Como Nubjesed bien había apuntado, la temperatura aquella noche era deliciosa, algo inusual para la época del año en la que se encontraban, ya que, en el invierno tebano, las noches suelen resultar frías. Sin embargo, el mes de Parmhotep (enero-febrero), tercero de la estación de la siembra, se había presentado extrañamente cálido, cual si fuera un heraldo que anunciase el adelanto de la primavera, en cuyos efluvios parecía flotar la noche.

Ambos jóvenes recorrieron los senderos, dejándose llevar por tan sutiles

sensaciones. La noche les regalaba su misterioso hechizo, ahíto por el singular embrujo que le ofrendaba aquel jardín. Acianos, malvarrosas, narcisos, alhelíes y adelfillas rindieron pleitesía a la pareja, regalándoles sus más profundas esencias mientras les acompañaban incansables por las idílicas veredas. Subordinados a tan prodigioso séquito, los dos amigos se abandonaron a su suerte, dejando a sus corazones explayarse sin ambages. Era tanto lo que tenían que contarse, que dieron cumplida satisfacción a éstos, permitiendo que se desbocaran hasta ver saciada su necesidad. Así, ajenos a cuanto les rodeaba, siguieron caminando con las manos entrelazadas sin ser conscientes ni de la tierra que pisaban.

El sonido de la música y las lejanas voces se fueron difuminando, dando paso al rumor propio de la corriente del agua. Sin pretenderlo, la pareja había llegado junto a la orilla de uno de los canales que, desde el río, surgían caprichosos para correr paralelos a éste hasta volver a unirse de nuevo varias millas después.

Como por ensalmo, el sendero había dado paso a una pequeña explanada junto a la cual el agua corría perezosa entre apagados murmullos. Ambos jóvenes se sentaron a escuchar aquellos quietos susurros, y al poco quedaron extasiados ante tan enigmática conversación. Luego miraron fascinados los frondosos palmerales que se alzaban a ambos lados de la plazuela, y que terminaban por perderse después entre las insondables sombras.

—Nunca sospeché que existiera un lugar así —murmuró Nubjesed, mientras volvía su vista hacia el río para observar cómo las tenues luces de Karnak titilaban desde la otra orilla.

Nefermaat asintió en silencio en tanto escrutaba el cielo. Al poco, la luna se elevó perezosa por encima de los árboles propagando su argentina luz por todo el Valle. La explanada quedó iluminada por el bruñido manto que Isis parecía extender con sus propias manos; entonces, ambos jóvenes se miraron.

Sin decir una palabra, sus manos se unieron mientras la luna les alumbraba. Luego, sus ojos expresaron cuánto sentían, sin necesidad de mover los labios. Ella captó de inmediato la ansiedad del corazón de aquel hombre, así como la sórdida lucha que mantenía ante el temor de un insondable vacío. Él percibió cómo Nubjesed le desafiaba con la mirada, retándole a combatir contra su propia incertidumbre. Había verdadera magia en aquellos instantes, pues la madre Isis parecía haber concebido el mayor de los conjuros en torno suyo.

Una nueva vaharada del delicado perfume llegó a Nefermaat. Como impelido por el misterioso soplo de la diosa, la fragancia de las lilas le impregnó por completo. Su voluntad se esfumaba; huía despavorida ante el paso que estaba a punto de dar.

Nubjesed lo advirtió poco antes de que ocurriera. Aquel hombre no sólo le ofrecía el corazón, sino también su *ba*, su alma inmortal. Ello le provocó un estado de excitación imposible de controlar. Había estado esperando ese momento toda su vida, y en ese instante comprendió que había querido a aquel hombre desde su infancia, y que Renenutet, la diosa del destino, le empujaba inevitablemente hacia él. Ella estaba

preparada.

Nefermaat la miró una vez más, apenas para darse cuenta de que ya no era consciente de sus actos. Intentó decir algo, pero fue inútil; ella le puso uno de sus dedos sobre los labios, haciéndole comprender que nada tenía que decir. De nuevo se sintió embriagado, a la vez que una fuerza desconocida le impulsaba, definitivamente, sin remisión. Acto seguido su boca se encontraba junto a la de ella, apenas separadas por un simple hálito. La miró una vez más, y luego recorrió la insignificante distancia, entregándose a aquellos labios para siempre. Las inescrutables puertas se abrieron por fin, y él sintió iniciar aquella caída cuyo final presentía ignoto. Ya no había vuelta atrás, sus brazos rodeaban el cuerpo de Nubjesed y eso era todo cuanto le importaba. Sus besos, suaves y cálidos, le transportaron a un estado de abandono difícil de imaginar, en el que se rindió por completo a ella. Después, poco a poco, la ternura fue dando paso a la pasión, haciendo que Nefermaat se sintiera enardecido. Ambos amantes se aferraron con desesperación, uniendo sus labios frenéticamente para respirar sus propias esencias.

Tuvo entonces Nubjesed la certeza de que el *ka*, la energía vital de Nefermaat, le era traspasada a través de aquella boca. Luego, todo fluyó como empujado por las sabias manos de la diosa madre. Isis parecía ordenar el tiempo y sus circunstancias, envolviendo a los dos amantes en el etéreo velo que la propia luna había tramado para ella aquella noche. Bajo semejante manto, los enamorados se entregaron sin condiciones, haciendo de los dos cuerpos uno solo.

Nefermaat la oyó gemir cuando ella le recibió con ternura, percibiendo cómo los más profundos sentimientos, libres de sus invisibles ataduras, se manifestaban espontánea e inconteniblemente. Cuan distintas le resultaban aquellas emociones de las que un día experimentara con Atet. El rostro de la joven le llegó nítido a su corazón, para recordarle que ella había sido la única mujer que había compartido su cuerpo con anterioridad. Fue una visión fugaz que, sin embargo, le hizo entender la abismal diferencia entre ambas experiencias. A la salvaje naturaleza de Atet, Nubjesed oponía una cálida dulzura que invitaba a entregarse por completo. Toda ella era un refugio digno de los propios dioses, y él estaba decidido a no abandonarlo jamás.

Cuando tras culminar el más gozoso de los viajes ambos cayeron extenuados, la simbiosis de sus cuerpos era un hecho que iba más allá de toda discusión; una transmutación que hacía de ellos una misma esencia fraguada en el fusor del amor.

Abrazados, y aún jadeantes, se prometieron adoración eterna, mientras sus cuerpos desnudos, parecían hallarse cubiertos por una fantasmagórica pátina creada por la luz de la luna. Los dos amantes la miraron complacidos, convencidos que desde allá arriba Isis les daba su bendición. Ella sería su custodia; o al menos, eso pensaban.



Una callada euforia se había apoderado del corazón de Nerfermaat. Su vida diaria, su trabajo, el propio palacio, e incluso los cortesanos, habían cobrado una nueva dimensión, impensable tan sólo unas semanas atrás; pero así era. Nefermaat era capaz de captar matices que hasta entonces se le escapaban; como si una nueva luz, desconocida para él, le diera una perspectiva diferente de las cosas. Sus ojos, antes fríos y reservados, se habían transformado, proyectando su alegría a todo el que quisiera mirarlos. No había duda; Nefermaat estaba enamorado.

Una soleada mañana de invierno, el joven caminaba con paso despreocupado. Regresaba de atender a Parenuta, el heraldo del faraón, de unas quemaduras en un brazo, e iba silbando una alegre cancioncilla. El heraldo se había escaldado la piel con agua hirviendo, y él le había efectuado las oportunas curas. En lugar de las tradicionales cataplasmas de pulpa de algarrobo mezcladas con miel, Nefermaat le había tratado con una sustancia extraída de las nueces de acacia^[105] que, como bien sabía, daban unos resultados infinitamente mejores. Dentro de unas semanas, Parenuta estaría curado.

Suspiró complacido ante este hecho, mientras recibía en su rostro los tibios rayos del sol. La temperatura era tan agradable que invitaba a disfrutar de ella, antes que Khepri se transformara en Ra-Horakhty, y endureciera su poder.

Inexplicablemente, aquel día no tenía ningún paciente más que atender, por lo que decidió volver a su despacho dando un paseo a través de los patios situados detrás del palacio. En éstos reinaba una gran actividad, pues muchos funcionarios iban y venían por ellos a fin de cumplir con sus obligaciones diarias. El joven les observó complacido al ver la diligencia con la que parecían realizar sus funciones, pues por todos era conocido lo grato que resultaba a los ojos de los dioses de Egipto la honestidad en el trabajo.

Nefermaat se abandonó en aquella atmósfera, y sus pasos le encaminaron, como por azar, hacia otro patio exterior. Enseguida, el relincho de los caballos y el característico olor de éstos le dieron la bienvenida, confirmándole el lugar donde se encontraba.

—Parece que Sejmet ha sido piadosa contigo devolviéndote sano y salvo —oyó el joven que le decían.

La voz, aunque familiar, le resultó lejana; mas enseguida supo de quién se trataba. A pocos pasos, el príncipe Amonhirkopshep comprobaba el tiro de sus carros.

—¡Príncipe Amonhirkopshep! —exclamó el joven verdaderamente complacido, mientras se acercaba a saludarle.

—Veo que no has olvidado mi nombre. Lo cual no deja de sorprenderme, después de tantos años.

—¡Cómo podría, mi príncipe! Yo...

—Ah. Te fuiste siendo un niño y regresas como hombre. Los recuerdos de la infancia no siempre perduran.

—Recuerdo muy bien al príncipe Amón, pues era así como te gustaba que te llamara, y también el día en que me llevaste en tu carro hasta los límites del desierto.

—Bueno, has crecido mucho para seguir llamándome príncipe Amón, aunque pensándolo bien —observó mientras se rascaba la cabeza—, no encuentro un modo mejor de acortar mi interminable nombre. Tienes mi licencia para llamarme como quieras.

Nefermaat le sonrió a la vez que inclinó su cabeza respetuosamente.

—Pero basta de lisonjas y déjame que te vea —dijo el príncipe mirándole de arriba abajo—. No hay duda de que en Menfis han hecho una buena tarea contigo. Pareces un verdadero *sunu*. Incluso puede que hasta seas capaz de curar a los enfermos.

Nefermaat rió la broma, y al momento notó cómo el príncipe le agarraba del brazo.

—Como bien has dicho, la última vez que nos vimos dimos un paseo en mi carro. Vayamos de nuevo juntos. Supongo que Sejmet no te lo tendrá prohibido, ¿verdad?

—Será para mí un honor, mi príncipe —se apresuró a contestar, sorprendido.

—Bien, acompáñame, mis nuevos caballos nos esperan —dijo aproximándose a ellos para acariciarlos—. No son demasiado dóciles, ¿sabes?, aunque con el tiempo se someterán y llegaremos a ser buenos amigos.

El príncipe tenía mucha razón al decir que sus caballos no eran dóciles. En su vida, Nefermaat había experimentado una sensación tan desagradable como la de aquella mañana. Botes, brincos, sacudidas, extrañas piruetas... El joven médico apenas podía mantener sus pies quietos sobre el suelo del carro, y mucho menos el equilibrio. Sujeto con ambas manos a la barra delantera de la biga, notaba cómo su cuerpo era zarandeado en todas direcciones por fuerzas invisibles imposibles de contrarrestar. Al verle allí, efectuando semejantes cabriolas, bien hubiera podido asegurarse que, en realidad, lo que realizaba era una especie de espasmódica danza de todo punto grotesca.

El carro de guerra del príncipe Amonhirkopshep parecía volar sobre las polvorientas pistas que bordeaban la necrópolis, envuelto en una sutil nube de relinchos y juramentos. A pesar de concentrar todos sus esfuerzos en no salir despedido del carro, Nefermaat era consciente de las dificultades que parecía tener el

príncipe para gobernar la biga. No hacía falta ser un experto en caballos para darse cuenta de que éstos sostenían una porfiada lucha contra el auriga, e incluso consigo mismos. Los constantes tirones que los animales daban en su alocada carrera no hacían sino corroborar todo lo anterior, acentuando la sensación de que, en cualquier momento, el carro volcaría y sus ocupantes saltarían por los aires. Sin embargo, aferrado firmemente a las riendas, el príncipe, impertérrito, no dejaba de gritar a los caballos a fin de hacerse oír por entre el estrépito de la galopada.

A Nefermaat, aquellas palabras le parecieron extrañas e incompresibles, algo por otra parte natural, ya que estaban pronunciadas en la oculta lengua de Anat, la diosa guerrera protectora de los carros, de la que el príncipe era furibundo devoto. En su apego por aquella divinidad, el príncipe llegó a estar convencido de que, con sus constantes invocaciones, la diosa le había transmitido el poder de sus palabras a fin de dominar a los animales salvajes sin sufrir ningún riesgo.

Mas para Nefermaat poco significaba aquella facultad ante el indómito comportamiento que demostraban los corceles. Por ello, se sintió verdaderamente aliviado cuando Amonhirkopshep los detuvo, al fin, junto a un palmeral situado en las proximidades del templo funerario que, en su día, erigiera Seti I.

—Sus oídos aún no están acostumbrados a las palabras de la diosa —aseguró el príncipe mientras bajaba del carro—. Pero algún día las comprenderán perfectamente.

—Espero que ello no sea óbice para que regresemos sanos a palacio —dijo Nefermaat espontáneamente, mientras ponía ambas manos sobre sus riñones.

El príncipe lanzó una carcajada.

—Nadie mejor que tú para remediarlo —contestó todavía riendo.

—En ese caso, mejor haríamos en encomendarnos a Anat. Aunque sólo sea hasta estar de vuelta en palacio.

Amonhirkopshep volvió a reír, mientras se sentaba a la sombra; sobre la fresca hierba.

—Anat a veces es impredecible —observó el príncipe, haciendo un ademán al joven para que se sentara—. Su espíritu belicoso me recuerda, en ocasiones, a Sejmet. Como tu diosa, Anat también puede dar lugar a epidemias y calamidades.

Nefermaat asintió levemente mientras se acomodaba, recostándose en el tronco de una palmera. Luego miró un instante a su acompañante estudiándole con disimulo.

A pesar de los años pasados, el príncipe seguía manteniendo un aspecto magnífico. Sus rasgos, antaño juveniles, habían dejado su lugar a otros más acordes con la hermosa plenitud en la que se encontraba. Acostumbrado a la vida al aire libre y a la constante práctica de ejercicio, Amonhirkopshep se hallaba en el esplendor de su vida; tenía treinta y cuatro años y además era príncipe de Egipto.

—Conozco ese aspecto de Anat —dijo Nefermaat, regresando de sus anteriores pensamientos—. Aunque después de lo sufrido en tu carro, te aseguro que no sabría cómo aplacar su furia.

El príncipe lanzó una carcajada, a la vez que levantaba una de sus manos.

—Para eso estoy yo; no en vano soy su más incondicional acólito. Ella me ha demostrado su poder en muchas ocasiones, y cuando lo he necesitado me ha dado fuerzas —observó enigmático.

El joven médico le miró en silencio.

—Seguro que sabes a lo que me refiero —continuó el príncipe, cambiando el tono de su voz—. Durante muchos años, la soledad de los templos ha sido tu única compañera. Habrá habido momentos en los que hayas tenido que recurrir a tu diosa; la colérica Sejmet.

Nefermaat contempló al príncipe, adoptando un gesto impenetrable. La ligereza con que, a menudo, se hablaba de la vida en los templos le molestaba, y más aún si se frivolisaba sobre sus dioses.

—Naturalmente, todo ello dicho con el mayor de los respetos —indicó el príncipe, adivinando inmediatamente lo que pensaba el joven—. En todo caso elevémosles nuestras loas, pues han consentido en que regreses de nuevo a la corte.

—La corte no deja de ser un lugar solitario, repleto de gente.

—Ja, ja. No has necesitado mucho tiempo para darte cuenta de ello. El palacio puede resultar el lugar más solitario que existe; sin embargo, has de procurarte alguna compañía; nadie puede sobrevivir solo en él.

—Compañía no me falta, mi príncipe. Te aseguro que nunca vi tal cantidad de indigestiones y vientres descompuestos.

—¡Claro! —exclamó Amonhirkopshep, sonriendo—. Por un momento olvidé que eres el médico de moda en la corte. No se hablan más que maravillas de ti. Aseguran que eres un *ueb* de los tiempos antiguos.

—¿De los tiempos antiguos? —preguntó Nefermaat, sin poder ocultar su extrañeza.

—Ya sabes; hay quien opina que muchas de las originales invocaciones a los dioses se han ido perdiendo con el paso del tiempo. Creen que has sido iniciado en arcanos misterios ya casi olvidados.

—Piensan que soy el adalid de una milenaria sabiduría —musitó el joven, mientras negaba con la cabeza.

—Algo así. En todo caso, es mejor que hablen de ti en esos términos a que te mezclen en alguno de sus enredos. Pero dime, ¿has recibido ya las bendiciones de mi padre, el dios?

Nefermaat le miró algo confuso.

—Bueno, bendiciones no me atrevería yo a llamarlas. En realidad no hizo sino recriminar nuestro exceso de celo. Tanto el ilustre Iroy como yo mismo parecíamos haber olvidado la esencia divina del faraón.

El príncipe lanzó una risotada.

—Últimamente, el dios no piensa más que en atender a sus esposas del harén. Pasa allí días enteros sin salir.

—Sí, algo de eso he oído a tu hermano, el príncipe Ramsés. Él se encontraba

junto al dios aquel día...

—Mi querido hermano trata de pasar el mayor tiempo posible a su lado — interrumpió el príncipe endureciendo el gesto—. Debe pensar que así absorberá más rápidamente la naturaleza divina de mi augusto padre. El halcón puede volar^[106] en cualquier momento, y ha de estar presto para reemplazarlo.

Nefermaat guardó un prudente silencio.

—No temas —dijo el príncipe sonriendo de nuevo—. Mis palabras poco te comprometerán. Todo Egipto sabe que la relación del príncipe Ramsés conmigo es tan mala como la que tiene con la mayoría de mis hermanos.

El *sunu* se movió algo incómodo, ante el cariz que tomaba la conversación.

—En fin, espero que hayas visto a algún otro miembro de la familia.

—Tan sólo a tu sobrino, y a la princesa Nubjesed —respondió el joven, con cierta timidez.

—¡Loada sea Anat! —exclamó el príncipe—. Por fin hablamos de alguien que merece la pena. ¿Y qué te pareció?

Nefermaat sintió que el suelo sobre el que se hallaba sentado se abría de improviso, haciéndole precipitarse al abismo. Si había un tema sobre el que no deseaba conversar, era ése. No obstante, fue plenamente consciente de lo imprudente que resultaría el mostrarse confundido al hablar de la princesa.

—Como bien sabes, príncipe, conozco a Nubjesed desde la infancia. Siempre fuimos buenos amigos —dijo lacónico.

El príncipe asintió.

—Convendrás conmigo que, desde entonces, la princesa ha cambiado un poco — apuntó Amonhirkopshep, mirándole divertido—. Estoy convencido de que hasta un sacerdote *ueb* como tú es capaz de darse cuenta de la belleza en la que se ha convertido.

Al escuchar aquellas palabras, Nefermaat tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por no dejar traslucir sus emociones.

—No hay duda de que Nubjesed es una mujer hermosa.

—¿Hermosa? No sólo es hermosa; también es inteligente.

En realidad parece poseer todas las cualidades de las grandes princesas de nuestra tierra. Aunque todo eso tú ya lo sabes.

El joven miró al príncipe a los ojos, y creyó desfallecer. Aquel hombre le observaba con una intensidad tal, que Nefermaat percibió cómo su hermetismo saltaba por los aires, como si estuviera hecho con la más frágil arcilla. Se dio cuenta, entonces, de que el príncipe sabía algo y que era inútil disimular ante él.

—Tú lo has dicho, príncipe. Posee la proverbial belleza de nuestras antiguas princesas —confirmó el joven, intentando aparentar indiferencia.

—Lo digo yo, y lo sabe todo Egipto. Puedes disimular si así lo deseas, aunque te advierto que ello no cambiará en nada la situación.

Nefermaat se encogió de hombros.

—No sé adonde quieres llegar a parar.

—Mira, Nefermaat. Puedes mirar hacia otra parte si quieres, e incluso negar la evidencia mil veces si así lo consideras. Alabo tu discreción, aunque en este caso no sirva para mucho.

El joven médico enmascaró su rostro, mirando al príncipe de forma inexpresiva.

—Siempre te he tenido aprecio —continuó Amonhirkopshep—, por eso te hablo así. Quiero que comprendas que el entablar una relación con una princesa de Egipto hace que pierdas la soberanía sobre tus actos; éstos ya no son sólo de tu incumbencia. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

Nefermaat le miró demudado.

—¿De verdad creíais que nadie se daría cuenta de vuestros amoríos? —preguntó el príncipe, forzando una media sonrisa.

El joven sintió un sudor frío recorriéndole la espalda, y un indescriptible sentimiento de vulnerabilidad.

—Te reitero mi simpatía, Nefermaat. Sé que eres una persona de naturaleza prudente, pero me temo que deberás extremar ésta aún más.

—Sigo sin comprender qué es lo que quieres decirme —intervino el joven, recuperando de nuevo su aplomo.

—Es muy sencillo. Si mis oídos han sabido que la princesa y tú os amáis, habrá otros que también lo sepan.

Nefermaat trató de asimilar aquellas palabras de la mejor manera posible.

—Vuestras citas clandestinas no han pasado inadvertidas. Desgraciadamente, en Medinet Habu pocos son los pasos que se pueden dar sin ser vistos.

El joven tuvo una inmediata sensación de inquietud, ante la posibilidad que alguien hubiera estado espiándolos. Por un momento, imaginó su intimidad mancillada por ojos extraños, y ello le hizo torcer el gesto con una mueca.

—Particularmente, te diré que contáis con mis bendiciones. Nada es comparable al amor en nuestra juventud. Su fuerza puede llegar a ser arrolladora; porque, supongo, que no estaremos hablando de un amor pasajero, ¿verdad?

—Nunca he amado a nadie más en mi vida —respondió Nefermaat, con resolución—. Nuestros *kas* forman una misma energía vital.

—¡Anat me proteja! —exclamó el príncipe, lanzando un silbido—. Entonces, te aseguro que eres afortunado. Si hay algo por lo que luchar, es por esto; me encantan estas historias.

—Quisiera que fuera algo más que una historia. No concibo mi vida sin Nubjesed.

—Precisamente a eso me refería, porque seguramente te darás cuenta de lo que significaría casarse con Nubjesed, ¿no?

—Si te refieres a que con ello mi sangre quedaría legitimada para sentarme en el trono del País de las Dos Tierras, te diré que no existe nada que me seduzca menos que eso. Mis anhelos fueron trazados en la quietud del Templo de Sejmet. Sólo deseo

una vida tranquila junto a Nubjesed, y en armonía con todo cuanto me rodea.

^—No hay duda de que eres hombre de elevadas miras, Nefermaat; pero dime, ¿estás seguro de que la princesa piensa lo mismo?

—Ella me ama por encima de títulos y honores; además, la corte le hastía.

—No sabía que mi sobrina estuviera cansada de su privilegiada existencia aunque, sin lugar a dudas, si hay algo capaz de hacer cambiar nuestra vida, es el amor. En cualquier caso —dijo suspirando—, debes ser consciente de las dificultades que entrañaría vuestra unión. Sólo tu corazón conoce tu desinterés por gobernar Egipto; y no olvides nunca que Nubjesed nació para ser reina.

—Ahora tu corazón también lo sabe, príncipe —contestó Nefermaat, mirándole fijamente a los ojos.

—Por eso te vuelvo a reiterar mis más sinceras bendiciones. Aunque dudo mucho que mi querido hermano, el príncipe Ramsés, te las otorgue.

—En eso tienes mucha razón —observó Nefermaat moviendo la cabeza, disgustado—. Algunas noches no puedo conciliar el sueño, pensando en la dificultad que entraña el que tu hermano autorice nuestra relación; en confianza te diré que no parece que le resulte de su agrado.

—Eso es algo natural, querido amigo —intervino el príncipe, volviendo a reír—, francamente, desconozco si existe alguien que pueda agradarle. No obstante, si quieres un consejo, te lo daré; debéis ser sumamente cautos.

—Hasta esta mañana, pensé que lo habíamos sido —apuntó el joven, abriendo los brazos.

—Bien claro está que no. Haríais bien en extremar vuestra prudencia, mientras buscáis algún apoyo dentro de la familia. No podéis estar escondiéndoos el resto de vuestras vidas.

Nefermaat asintió con gesto apesadumbrado. El príncipe tenía mucha razón en lo que decía. Su amor por Nubjesed iba mucho más allá de lo imaginable, y tarde o temprano tendría que afrontar las consecuencias.

—En cualquier caso, no pierdas la esperanza. Eres un hombre afortunado al ser amado por una mujer como Nubjesed. Por alguien como ella se puede estar dispuesto a sufrir las iras de mi noble hermano —observó el príncipe, levantándose con cierta pereza.

Nefermaat se incorporó a su vez, y juntos se dirigieron hacia el carro.

—No lo olvides, Nefermaat; sé cauto —dijo el príncipe, apoyando amistosamente una mano sobre su hombro—. Y si necesitas mi ayuda, házmelo saber.

—Gracias, mi príncipe —respondió el joven, emocionado.

—¡Ahora encomendémonos a Anat! —exclamó Amonhirkopshep, mientras ambos subían a la biga—. Sólo en su mano está nuestro destino.

Nefermaat tragó saliva mientras se agarraba firmemente a la barra del cajón.

—El príncipe Amón invoca de nuevo su poder sobre las bestias —gritó, haciendo restallar su látigo—. El lenguaje secreto de la diosa nos llevará de vuelta a palacio.

Luego, el carro salió disparado con un estrépito de cascos y esquirlas, envuelto en una nube de polvo que acabó perdiéndose por el vecino camino que conducía a Medinet Habu.

Como había sugerido el príncipe Amonhirkopshep, los amantes extremaron sus precauciones. Cuando la noche se hacía más oscura, los jóvenes acudían a su lugar secreto, en el frondoso palmeral situado junto al palacio. Allí, entre un pequeño bosque de arbustos de alheña, Nefermaat y la princesa se entregaban, el uno al otro, apasionadamente hasta quedar extenuados. Envueltos en la deliciosa fragancia que las pequeñas flores blancas de los arbustos despedían, los enamorados trataban de convencerse de que su amor era intemporal, y que no había poder terrenal alguno capaz de oponerse a él.

—Nadie decidirá con quién he de casarme —musitó Nubjesed, acurrucada, al oído de su amante.

—Pero el príncipe tiene razón. Tu padre no permitirá nuestra unión.

—¿Y a quién piensas recurrir? Nadie nos ayudará en esto.

—A menudo pienso en ello, pero...

—Escucha —susurró Nubjesed, incorporándose sobre uno de sus codos—. Si tú quieres, yo puedo darte la realeza.

—¿Estás loca? —protestó Nefermaat, a la vez que abría sus ojos desmesuradamente—. No has pensado tus palabras; además yo no deseo convertirme en dios de esta tierra, ni de ninguna otra.

—Sé muy bien lo que digo —volvió a musitar la princesa, mientras con sus dedos dibujaba arabescos en su pecho—. Si quisieras, algún día podrías tomar el trono de Egipto; otros antes que tú lo hicieron. Sería como el aire fresco del norte, «el aliento de Amón», que vendría justo para regenerar esta tierra, sembrándola otra vez con nuestros viejos valores.

Nefermaat a duras penas pudo ocultar su asombro.

—Si piensas eso, no soy el hombre que crees —dijo muy serio.

—Conozco al hombre que hay en ti —intervino ella con voz suave y melosa—. Todo lo que tú eres, es cuanto deseo. No necesitamos que nadie nos dé su consentimiento para amarnos.

—Pero...

Nubjesed le puso los dedos sobre los labios.

—Yo he nacido para ser reina, pero sólo si tú eres mi señor. Si no es así, prefiero renunciar a la realeza, y estar junto a ti el resto de mis días.

—¡Nubjesed! —susurró el joven, mientras se abrazaba a ella.

—Eres el amor de mi vida, siempre lo fuiste; ya desde la escuela. Mis pasos irán junto a los tuyos, allá donde nos lleven.

Él la estrechó con fuerza, mientras Nubjesed le rodeaba con sus brazos. Después volvieron a tumbarse, y ella le invitó una vez más a que la tomara.



Sentada a la sombra del kiosco, Tiy observaba a los jóvenes bañarse. El coqueto templete que le protegía del sol de mediodía, le hacía disfrutar de un agradable frescor. Afuera, Ra-Horakhty parecía particularmente enrabiado, pues sus rayos calentaban con una fuerza inusual para aquella época del año. Junto al pequeño templo, las aguas del río fluían despreocupadas, acariciando los peldaños de la graciosa escalinata que, desde el kiosco, se sumergía en ella.

El vivido color de la exuberante vegetación que por doquier la rodeaba, el olor de los narcisos, jazmines, y lotos, así como el incesante murmullo del agua, la invitaban a abandonarse en la más absoluta de las indolencias. Sin embargo, para Tiy, aquel banquete de deliciosas sensaciones apenas le reportaba complacencia alguna; sus intereses eran otros muy distintos, y estaban aún por satisfacer.

Absorta en ellos, Tiy dejó vagar su mirada por entre tan bucólico entorno, para volver a detenerse en el ruidoso chapoteo de los bañistas. Sus risas, juegos y algazaras no le hicieron inmutarse lo más mínimo; siempre altiva, la reina Tiy mantuvo su habitual expresión; como si fuera una máscara.

Tiy estaba acostumbrada a ello pues, no en vano, llevaba practicándolo toda su vida. Una vida durante la cual había tenido que aprender a controlar sus emociones, así como el arte del fingimiento. A su edad, éste no tenía secretos para ella, pues lo llevaba grabado en su corazón por simple supervivencia.

Hacía casi cuarenta años que Tiy venía manteniendo la más sórdida de las luchas que cupiera imaginar. Un combate feroz, dirimido en el peor de los escenarios posibles; el harén.

Como tantas otras esposas, Tiy era casi una adolescente cuando entró a formar parte del harén del dios; un gran honor, sin duda, que le abrió las puertas a un universo en el que la única estrella sobre la que se orbitaba era la del faraón. Él era la luz suprema de aquel cosmos, y acaparar su brillo suponía la ambición máxima para toda una pléyade de esposas rebosantes de esperanza.

Con esta ilusión ingresó Tiy en el *hen-er-ret*^[107] «el lugar de reclusión», convirtiéndose desde ese momento en una *henerut*, o lo que es lo mismo, «la que está recluida».

El harén era un núcleo en sí mismo; un verdadero estado totalmente autónomo

dentro de la Administración, que dependía, lógicamente, del faraón. Éste designaba a los superintendentes que debían administrarlo que formaban parte de él, puesto que, junto a sus familias, vivían en sus proximidades. Como entidad autónoma, el *hen-er-ret* era poseedor de todo aquello que fuera necesario para sustentar su vida diaria. Ganado, tierras de labranza, y todo lo que éstas producían, eran explotados adecuadamente a fin de proporcionar el máximo bienestar posible a tan principales residentes.

A pesar de la vida sofisticada y llena de lujos que llevaban, las mujeres del harén no permanecían ociosas, participando en la confección de espléndidos tapices, alfombras o primorosas prendas del más puro lino. La habilidad en tales cometidos, como pronto pudo comprobar Tiy, era una forma de avanzar socialmente dentro del gineceo, donde la competencia entre todas las esposas era poco menos que encarnizada. En un lugar donde era imposible estrechar lazos de amistad, resultaba esencial el escalar posiciones a fin de ocupar un puesto de privilegio sobre las demás. Esto fue lo que consiguió Tiy, pues enseguida demostró una gran habilidad como tejedora, que hizo que la nombraran instructora^[108] en Mi-Wer, el harén-palacio que Ramsés III poseía en El-Fayúm, y en donde el faraón solía pasar largas temporadas cazando.

No obstante, la habilidad para tejer no era la única que detentaba la joven. Tiy era poseedora de una belleza arrebatadora, a la que supo sacar partido cuando le llegó la ocasión. Ésta se le presentó una tarde en la que el dios llegó a palacio después de una fructífera cacería. Ramsés, que se encontraba eufórico, quiso que le presentasen a sus esposas, y al ver a Tiy quedó deslumbrado por su hermosura, hasta el punto de llegar a sentirse inflamado por el mayor de los deseos.

Yacieron juntos toda la noche, y a la mañana siguiente el faraón estaba tan cautivado, que volvió a visitarla durante el resto de las veladas que pasó en el palacio. Había probado un elixir del que ya nunca se privaría, convirtiéndose, con el tiempo, en una suerte de droga.

Tiy supo leer con claridad, aquella noche, en el corazón de Ramsés. Sabía la dificultad que entrañaba el que el Señor de las Dos Tierras la eligiera entre las cientos de esposas que poseía, y lo fácil que sería que no la viera más. Mas ella tenía magia; Hathor parecía estar reencarnada en su persona, pues sólo así podría entenderse la facilidad con que conquistó al faraón. Con astucia y sutileza, supo descargarle de todo aquello que le abrumaba, haciéndole sentir que los Campos del Ialú, se hallaban en ella. Le ofreció lo que necesitaba, logrando crear un vínculo entre ellos que duraría toda la vida.

Durante años, el dios sació su pasión en ella con la desesperación del sediento que por fin encuentra un oasis en el desierto. Su *ka* llegó a pertenecerle trasmutándole su propia divinidad, y ella fue capaz de percibir cómo el mismo Horus, reencarnado en él, inundaba su vientre con su esencia; sin embargo...

Tiy parpadeó ligeramente sin variar el gesto. Los recuerdos de toda una vida

conseguían abstraerla, apartándola de sus verdaderos propósitos. Al cabo de tantos años, se sentía injustamente tratada, y un sentimiento de profundo rencor anidaba en su alma, reconcomiéndola. Ella, que durante tanto tiempo había sido un refugio para el corazón del faraón, llegando a convertirse en *hesi-et-nesu*, «favorita del rey», consideraba que no ocupaba el lugar que le correspondía.

A pesar de que el dios la había ennoblecido, nombrándola *hemet-nesu*, «esposa real», ella opinaba que sus merecimientos eran otros, y que su verdadero lugar debería estar más arriba, en el mismo vértice de la piramidal estructura de la sociedad egipcia. Mas por desgracia para ella, ese espacio estaba ocupado por otra mujer; la reina de las reinas, *hemet-nesu-weret*, «la Gran Esposa Real», la verdadera dueña del corazón de Ramsés; su nombre era Isis-Ta-Habazillatu, y Tiy la odiaba exacerbadamente.

Tiy hizo una velada mueca de desprecio al pensar en ella —«Isis-Ta-Habazillatu»— hasta su nombre le parecía ridículo, pues significaba Isis, «hija de un prado de flores». Un nombre absurdo para cualquier egipcia, y que testimoniaba que ella era, en parte, extranjera, pues el padre de Isis no era sino un cananeo que, como tantos otros, se había asentado en la región del Delta como comerciante.

Para una tebana de pura cepa como Tiy, aquello era difícil de digerir; una mujer del norte, y además con sangre de Retenu (Canaán), convertida en Gran Esposa Real, era más de lo que podía soportar. En secreto, abominaba de ella, detestando todo con cuanto se relacionara, incluyendo los dioses que adoraba, como Banebdyedet, el dios carnero «Señor de Mendes», su ciudad natal, del que era gran devota. Le parecía inconcebible que alguien tan remilgada como Isis pudiera ostentar tanto poder; pero así era. Mediante artes que desconocía, aquella mujer había logrado tener lo que en justicia no le correspondía. Eso era al menos lo que pensaba Tiy.

Un regusto amargo le obligó a hacer otra mueca. El estómago se le revolvía cada vez que pensaba en ello, pero no podía evitarlo. Había un asunto todavía más espinoso que le tocaba en lo más profundo de su ser, exasperándola sin remisión; éste no era otro que su papel como madre.

Para Tiy, éste era un baldón difícil de soportar. Ella, amante solícita, y cobijo durante innumerables noches para el corazón del dios, había dado ya a Ramsés seis hijos, antes que Isis le diera el tercero. ¡Seis hijos!, hermosos y saludables, de los cuales cinco todavía vivían, ocupando cargos de importancia dentro del ejército. Éstos habían demostrado, con creces, su amor y respeto por su augusto padre en innumerables ocasiones. Pero el faraón apenas se limitó a agradecerse, manteniéndoles dentro de su familia en un discreto segundo plano. Ellos no tenían ningún derecho dentro de la línea sucesoria, algo que para Tiy resultaba inaceptable. Éste era otro de los aspectos que la enervaba más todavía, pues creía que sus hijos tenían tanto derecho al trono como el que más.

Desde hacía diez años, todo Egipto conocía el nombre del sucesor a la corona. El dios había elegido al príncipe Ramsés como heredero; una decisión que había

provocado no pocas tirantezas y un sinfín de velados comentarios. Algo, por otra parte, perfectamente comprensible, puesto que el príncipe Ramsés no era hijo de la Gran Esposa Real Isis, sino de Tety, una antigua esposa de Ramsés III, sin ningún derecho sucesorio.

Cuando se conoció la noticia, Tiy decidió actuar con prudencia. Conocía muy bien los entresijos de la corte, y también que aquel nombramiento no significaba nada; cualquier cosa podía ocurrir, siendo lo mejor mantenerse expectante. No obstante, el paso de los años no hizo sino consolidar aún más a Ramsés, al ser nombrado Escriba Real y Generalísimo de los ejércitos. Con ello, el príncipe no sólo controlaba las capas altas de la Administración, sino también al ejército. Semejante acumulación de poder representaba un claro exponente de que la decisión tomada por el faraón resultaba irrevocable. El aviso fue perfectamente entendido, sobre todo por el resto de los príncipes, alguno de los cuales consideraba poseer mayores derechos al trono. Tal fue el caso de los hijos de Isis que, como vástagos de la Gran Esposa Real, entendían que la línea sucesoria pasaba obligatoriamente por ellos.

Ante un panorama tan poco alentador, Tiy decidió cambiar de táctica, concibiendo un plan que hubiera hecho palidecer a los propios dioses. Su puesta en práctica necesitaba de tiempo y extrema prudencia, y así, durante años, Tiy fue maniobrando en la sombra hasta dar forma a aquella maquinación, dejándola lista para ejecutarla.

Por fin, su paciencia parecía estar a punto de dar sus frutos, pues la situación no podía serle más propicia. Desde hacía un tiempo, Tiy había vuelto a ser requerida a diario por el dios para que se ocupara de su solaz en el harén. Prácticamente, Ramsés III pasaba la mayor parte de su tiempo en el gineceo. Allí, sin médicos ni criados que le vigilaran, daba rienda suelta a sus apetitos, sin el más mínimo freno. La dieta que, debido a su obesidad, debía observar, no era más que un incordio que en ningún caso estaba dispuesto a cumplir; por ello, el harén era el único lugar de su reino en el que no recibía ingerencia alguna; el faraón comía y bebía hasta reventar, rodeado de sus esposas que, solícitas, le animaban a cumplir hasta la última de sus apetencias. Éstas no se limitaban a la buena mesa pues, como si el reloj de su final se hubiera puesto en marcha, el dios no pensaba más que en aprovechar su tiempo, fornicando hasta la extenuación. Tiy, que le conocía bien, se había percatado del camino sin retorno que su esposo había iniciado, y del que nadie le haría regresar. Sólo pensaba en comer, beber y satisfacer su lascivia tanto como pudiera.

A Tiy todo esto le llegaba en el momento oportuno. Después de pasar tantos años en el harén, no había rumor, hecho, o disputa que le pasara desapercibido; ella era la reina allí, y no existía sirviente, esposa, o superintendente que discutiera sus decisiones. El rey le había pedido que le satisficiera, y ella lo haría. Obviamente, lejos estaba su cuerpo de aquél por el que el faraón se sintiera cautivado. Los años habían pasado, y aunque todavía conservara parte de su antigua belleza, era imposible que pudiera llegar a despertar las viejas pasiones. Mas aquello no importaba. Tiy

sabía lo que Ramsés necesitaba, y se lo proporcionaría.

Los más excelsos manjares, los mejores vinos y las jóvenes más seductoras fueron seleccionados por ella misma para el disfrute del dios. Cada día nuevas viandas, vinos y mujeres le fueron ofrecidas por su sabia mano, hasta que llegó el momento en que el faraón sólo deseaba permanecer allí: desinteresándose por todo lo demás. Cuando sus necesidades quedaban cumplidas, el dios disfrutaba de la compañía de Tiy jugando al *senet*, juego en el que la reina era una verdadera experta.

Ahora, Tiy controlaba la vida del dios. En el pequeño reino en el que un día le habían recluido, ella hacía y deshacía a su antojo. Era el momento de dar el golpe definitivo: matar al faraón.

Para Tiy, el tiempo de Ramsés III estaba cumplido. Era necesario acabar con su vida y poner en el trono a Pentaure, su hijo mayor, y primogénito de todos los que aún le quedaban con vida al faraón. Para dar semejante paso, Tiy contaba con el apoyo de poderosas fuerzas que, desde la sombra, le habían ayudado a fraguar la conjura. Muchos eran los poderosos que deseaban un cambio en la estructura política del país, y el final del linaje de los ramésidas. Su ayuda al príncipe Pentaure les brindaría esa oportunidad con la que conseguirían un nuevo reparto de poderes. Lógicamente, dar un golpe de Estado como aquél implicaba unos riesgos que era preciso considerar, pues el atentar contra la vida del dios suponía una infamia castigada con la muerte. Sin embargo, todo estaba decidido.

Tiy respiró profundamente mientras regresaba de nuevo de sus pensamientos. La magnitud de la conjura le hacía sentir, en ocasiones, cierta zozobra a la cual acababa siempre por imponerse. Era una mujer valiente, y tanto ella como su hijo estaban decididos a asumir los riesgos que el plan implicaba.

Miró de nuevo a los jóvenes que, justo enfrente, continuaban bañándose. Sus risas y bromas inundaban de alegría el lugar, y ella los observó con atención. Nadaban y se zambullían, con el entusiasmo propio de la juventud, bulliciosos y joviales; como no podía ser de otra forma. Entre ellos distinguió a la princesa Nubjesed, sumergiéndose en el agua como si fuera una flor de loto cuando llega la noche. Como la flor, la princesa también era hermosa, y cuando salía de nuevo a la superficie para respirar, parecía dar vida al eterno ritual diario de la creación en la que el loto, símbolo del renacimiento, emergía de las profundidades con las primeras luces, después de haber permanecido bajo el agua durante la noche. El loto era parte sustancial del *sema-tawy*, la insignia de unificación del Alto y Bajo Egipto, junto a la otra parte heráldica por excelencia, el papiro.

Tiy no sabía por qué le había venido semejante símil al pensamiento, aunque enseguida comprendiera que no podía resultar más apropiado. La princesa poseía un encanto especial que la diferenciaba de las demás y, como el loto, parecía muy capaz de ser ensalzada por los hombres con sagrados himnos, pues parecía tener alma de reina.

Tiy la vio nadar hacia uno de los jóvenes que se encontraba algo apartado; era

Nefermaat, el hijo de Hori, «el Limpio de Manos», que desde hacía poco cumplía funciones como médico en la corte. A la reina le pareció apuesto y, como ocurriera con la princesa, dueño de un aire de dignidad que no podía ocultar ni tan siquiera sumergido en el agua, como estaba.

Ambos jóvenes chapoteaban lanzándose agua el uno al otro, y después forcejearon un poco, intentando hundir sus cabezas, entre contenidos abrazos y velados achuchones.

A Tiy no se le escapó ni un detalle de los, aparentemente, inocuos juegos de los jóvenes; pero a ella no podían engañarla. Llevaba tantos años siendo testigo de los más taimados ardides y disimulos, que podía leer en aquellos retozos, aun con los ojos cerrados. Sonrió para sus adentros ante esta idea, pensando inconscientemente en lo tiernos que parecían, y en las pocas posibilidades que tendría ella de sobrevivir en un lugar como el harén. Fue un pensamiento de menosprecio que casi de inmediato desechó, censurándose sin paliativos. La experiencia le había enseñado a no infravalorar a nadie, y mucho menos a Nubjesed, cuyo lugar jamás estaría junto a las concubinas del gineceo.

Mas la escena, que de nuevo reclamaba su atención, le resultaba tan clara como la misma mañana; no existía ninguna duda, aquellos jóvenes estaban enamorados.

Tiy pensó que hasta los ciegos que acostumbraban a tocar el arpa en la corte se darían cuenta de ello. No había disimulo posible ante tal evidencia, y ello le hizo reflexionar. Aquel hecho, que en circunstancias normales hubiera sido tomado con comprensión y aun con complacencia, tomaba un sesgo muy diferente en la situación actual. Tenían razón sus agentes al haberla advertido que la pareja parecía amarse profundamente; viéndoles juntos, nadando en el río, se apreciaba cómo la princesa no tenía ojos más que para él, y cómo el joven, embobado, la correspondía. Según sus informes, los enamorados se veían a escondidas, concertando citas nocturnas en un lugar secreto. Allí se amaban apasionadamente hasta casi la llegada del alba, en que regresaban de nuevo al palacio, jurándose amor eterno. Algo tan natural como esto, que sólo podía ser tenido como motivo de felicidad para los amantes, podía significar un problema a considerar para los planes de la reina. Como ella muy bien sabía, las princesas descendientes del faraón por línea directa eran portadoras de la realeza, y de hecho la conferían; por ello, si Nubjesed se casaba con Nefermaat, éste podría ser faraón si las circunstancias así lo demandaran. Éste era un detalle en el que no había pensado con anterioridad y que, sin embargo, no podía dejar pasar.

Todo estaba perfectamente planeado para que, una vez tomado el poder por su hijo Pentaure, se eliminaran a todos aquellos príncipes que pudieran suponer una amenaza para el futuro, y la unión de aquellos dos jóvenes, la representaba. Un matrimonio como ése podría atraer el interés de determinadas fuerzas que verían con buenos ojos el que alguien totalmente ajeno a la realeza, como Nefermaat, ocupara el trono del país de Kemet. Apoyar las aspiraciones del joven médico podría depararles mayores ventajas, y un soterrado control político de Egipto; esa posibilidad existía, y

ella no podía permitir que se concretara. Si no actuaba con premura, el plan podría acabar por irsele de las manos. Todos aquellos encuentros nocturnos entre los enamorados suponían un peligro en sí mismos, pues eran capaces de producir algo tan natural como un embarazo; era necesario acabar con aquellas citas, antes que un desastre semejante se materializara.

Algo hizo que de nuevo su mirada escrutase con atención al grupo de jóvenes bañistas. Un nuevo personaje entraba en la escena, acaparando todo su interés. Al hacer acto de aparición produjo un gran revuelo entre los mozos, con guiños y disimuladas miradas procaces incluidas. Neferure, pues ella era la causa de tal alboroto, hizo caso omiso de los comentarios, desperezándose provocativa. Sus formas, desafiantes, se encararon con los bañistas que, al instante, enmudecieron. Luego, con calculada parsimonia, Neferure se despojó del vestido quedando completamente desnuda ante su agitado público. La contundencia de aquel cuerpo logró que los jóvenes cesaran en sus juegos para observar, hipnotizados, cómo se metía en el agua.

Tiy sintió un íntimo regocijo al ver como la muchacha, indiferente, pasó nadando junto al grupo, hasta llegar a las proximidades del lugar en el que se bañaban Nefermaat y Nubjesed. Una vez allí, vio como la nieta del Primer Profeta de Amón se tumbaba sobre las aguas como un cuerpo inerte, dejando que el río la acariciara. La reina comprobó cómo el grupo de bañistas la miraban, y les imaginó luchando inútilmente por evitar que sus miembros se desperezaran bajo el agua. Aquella visión le satisfizo sobremanera, pues no hacía sino constatar lo que ella ya sabía; la eterna esclavitud que el hombre sufre por sus apetitos carnales, que hace que sean capaces de enloquecer por satisfacerlos.

Tiy estudió con interés a Neferure. Flotando desnuda sobre las aguas, indudablemente suponía toda una tentación; no obstante, nunca podría compararsele al símil de la planta de loto. A pesar de ello, le dio la impresión de que la joven poseía algunas cualidades dignas de tener en cuenta. Tiy reflexionó, mientras continuaba mirándola. La joven había irrumpido en el apacible baño, llamando la atención de cuantos se encontraban en el agua y, luego, totalmente desnuda, se había puesto a nadar hasta abandonar su cuerpo, dejándolo flotar cerca de la pareja de enamorados. Tiy pensó en ese detalle, observando cómo Neferure movía imperceptiblemente sus manos, a la vez que hacía que su cuerpo se desplazara suavemente allá donde deseaba, dándose cuenta entonces que la joven daba discretas vueltas alrededor de la princesa y su amado. La reina volvió a felicitarle por su perspicacia, pues Neferure no hacía sino espiarlos, y ello sólo podía significar una cosa; aquella joven se sentía prendada de Nefermaat.

Con la rapidez propia de quien es capaz de urdir diabólicas estratagemas, Tiy examinó la situación. A partir de ese momento, nuevas variables entraban en juego que, sin pretenderlo, podían ayudarle a resolver el inesperado problema; Neferure era la llave para hacerlo, aunque ella lo ignorara.

Tiy respiró aliviada tras finalizar su ejercicio mental; acto seguido, hizo una sutil seña con una mano, y una de sus acompañantes se presentó de inmediato.

—Mi palanquín —dijo escuetamente.

Al poco, cuatro fornidos portadores se presentaron con una elaborada silla de mano, postrándose a sus pies. Tiy los ignoró completamente, y poniéndose en pie bajó los pocos escalones que le separaban de la litera, sentándose en su interior. Luego, sonriendo, volvió su mirada por última vez hacia el río; nunca en su vida hubiera podido sospechar que un baño le fuera de tanta utilidad.

Siempre que salía en su carro, el príncipe Amonhirkopshep se hacía acompañar por él. Nadie conocía su nombre, aunque todos le llamaban Sesostris, debido a que, como el tercero de los faraones que un lejano día gobernara con ese mismo nombre, también era muy alto; exactamente cuatro codos^[109]. Un hombre con semejante altura era algo inusual en Egipto y, sin embargo, según las viejas crónicas, estaba por debajo de la del antiguo faraón, que llegó a medir nada menos que cuatro codos, tres palmos y dos dedos^[110]; una estatura que a todos parecía exagerada.

Mas su elevada talla no era su único nexo en común. A semejanza de la mayoría de las estatuas del dios que una vez reinara en Egipto durante la XII Dinastía, el cuerpo de Sesostris parecía tallado en la misma piedra; el más negro granito del país de Kemet.

Viendo aquellas estatuas, era fácil de apreciar el sorprendente parecido que éstas tenían con el acompañante del príncipe. Las angulosas facciones, los ojos pensativos y cansados, e incluso la oscura pátina de la piedra, parecían haber cobrado vida en la figura de aquel hombre.

Su origen, también incierto, provenía del lejano Kush, o al menos eso se pensaba, pues Sesostris nunca conoció a sus padres. Sus recuerdos no iban más allá de lo que el desierto le permitía, pues fue allí donde se crió, y donde vivió hasta bien entrada la adolescencia, momento en el que se marchó para alistarse en los ejércitos *del dios*. La tribu con la que había compartido su vida le vio partir con la misma naturalidad con la que un día le había recogido. El desierto tenía sus propias leyes, y aquel joven nubio ya formaba parte de él.

Su vida en el ejército de Ramsés resultó ser como la de la mayoría de los soldados que lo integraban; extremadamente dura. Mas, como también ocurriera con el antiguo faraón, Sesostris demostró ser un gran guerrero, con una capacidad de resistencia fuera de lo común, y un espíritu de sacrificio difícil de igualar, pues no en vano era un auténtico superviviente. Todo ello, unido a su profundo conocimiento del desierto, hicieron que el príncipe Amonhirkopshep se fijara en él, tomándole a su servicio, pues era bien conocida la afición del príncipe a internarse por los inhóspitos territorios del dios Set para cazar. Pronto el nubio dio muestras de su utilidad, así como de una fidelidad encomiable, lo cual llevó al príncipe a considerarle como un hombre de su máxima confianza, e incluso a tomarle afecto. Juntos compartieron azarosas cacerías y largas galopadas en la biga del príncipe, guiados siempre por la

invisible mano de Anat, la diosa de los carros de guerra.

No obstante, aquella estrecha relación nunca dejó traslucir emoción alguna en el nubio. Conocedor de cuál era su lugar, éste siempre se mantenía presto pero distante, guardando celosamente sus afectos para sí, como su máspreciado tesoro. Su granítica cara le ayudaba indudablemente a ello, haciendo que todos le tuvieran como a un hombre sin sentimientos. Pero Sesostris tenía sentimientos, aunque éstos no fueran dirigidos, precisamente, a sus congéneres, puesto que a él lo que en realidad le gustaban eran los animales. Perros, gatos, caballos...; era tal la relación que llegaba a crear con ellos, que el mismo príncipe comprobaba, asombrado, cómo sus propios corceles dispensaban a Sesostris su cariño con más efusión que a él mismo; algo que le resultaba poco menos que misterioso. Además, el nubio iba siempre escoltado por un lebel que no se apartaba de él bajo ninguna circunstancia. Era una perra color canela, de mirada inteligente, con la que había establecido un vínculo difícil de imaginar, pues era tal el cariño que le tenía que bien hubiera podido asegurarse que daría su vida por ella.

Al príncipe aquella relación le pareció inaudita, pero como el animal resultó ser un magnífico cazador, no se opuso a que les acompañara en sus cabalgadas, llegando incluso a bautizarla con el nombre de *Behek*, en honor a una perra que tuvo el faraón Inyoteb II, Wahankn^[111], más de mil años atrás.

Un día, mientras Nefermaat se encontraba en su dispensario, un criado entró muy excitado invitándole a que le acompañara, pues un hecho grave requería de su presencia. Al parecer, el príncipe Amonhirkopshep había sufrido un accidente con su carro, y se encontraba herido de consideración.

Mientras se dirigía a los aposentos del príncipe, Nefermaat pensó que aquel hecho no le extrañaba en absoluto. Después de su experiencia pasada, el joven médico había llegado a la conclusión de que sólo un milagro había evitado el que el príncipe Amonhirkopshep no se hubiera caído antes del carro. Anat, la diosa a la que reverenciaba, al cabo le había abandonado.

—Sé lo que estás pensando —le dijo el príncipe cuando le vio entrar en su habitación—, pero te aseguro que la diosa no tuvo nada que ver; fui yo el culpable al no controlar a los caballos. Una de las ruedas pasó sobre una piedra, y el carro volcó.

Nefermaat se acercó al príncipe con diligencia. Éste se encontraba inclinado en un diván, sobre unos almohadones, cubierto de heridas y magulladuras de pies a cabeza. Al mover uno de sus brazos, Amonhirkopshep no pudo evitar quejarse por el dolor.

—Me parece que está roto. Apenas puedo mover los dedos —dijo señalándose el brazo izquierdo.

Nefermaat exploró el brazo dolorido, percibiendo de inmediato el *nekhebkheb*^[112] la típica crepitación que se origina al mover los extremos fracturados de un hueso, el uno contra el otro. Esto resultó sumamente molesto para el príncipe, que de inmediato volvió a quejarse.

—Me temo, príncipe, que tienes una fractura en el radio —observó el médico,

mientras continuaba su examen—, aunque al ser *sedj*^[113] simple, espero que no haya problemas para que el hueso quede adecuadamente soldado. Ésta es una enfermedad que trataré.

—Sé que por esta vez me libraré de acudir a rendir cuentas al tribunal de Osiris —dijo el príncipe con voz quejumbrosa—. Aunque me parece que él debe encontrarse ya a las puertas —continuó, señalando hacia la cama.

Nefermaat miró al instante en aquella dirección, y vio el cuerpo de Sesostris tendido sobre el lecho.

Sorprendido al no haberse percatado con anterioridad, el joven se incorporó.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó mientras se aproximaba a la cama.

—Él tuvo peor fortuna que yo, pues al caer se golpeó en la cabeza, quedando inconsciente. No tiene muy buen aspecto, aunque eso deberás decidirlo tú.

Nefermaat se aproximó a la cama donde Sesostris yacía postrado entre extraños temblores. Su brazo izquierdo no paraba de agitarse, mientras que su rostro exhibía un rictus extraño.

El médico le observó con atención, reparando en el grave traumatismo que el nubio padecía. Se había golpeado fuertemente en la zona frontotemporal, mostrando un hundimiento en su cráneo. Nefermaat fue consciente, al momento, de la gravedad del caso, así como de la complicación que entrañaba la intervención.

Se volvió hacia el príncipe, comunicándole sus temores.

—Haz lo que puedas por él —dijo Amonhirkopshep escuetamente—. Dado su estado, tampoco te podrá recriminar el que algo salga mal.

El joven *sunu* parpadeó, y casi de inmediato regresó junto al cuerpo que no paraba de convulsionarse. Al instante recordó los consejos que le diera Anón, así como la operación que tuvo el privilegio de verle realizar. El caso que le ocupaba era más sencillo, pues no necesitaría ninguna prótesis para reemplazar el hueso roto. Simplemente debería intentar poner en su lugar aquel fragmento de cráneo hundido, para aliviar la presión que ejercía sobre el cerebro. Como Anón le había explicado en varias ocasiones, el cerebro no era un simple productor de mucosidad, y cumplía cometidos que él sospechaba eran complejos, y que afectaban a multitud de funciones del organismo. Por algún motivo que desconocía, las lesiones en la parte derecha de la cabeza repercutían sobre el lado izquierdo del cuerpo; ocurriendo que el lado izquierdo de la cabeza también parecía cruzar las consecuencias de sus daños a la parte derecha.

Aquél era un inmenso universo para el que no estaba preparado y que, sin embargo, le hablaba claramente de lo limitados que eran sus conocimientos.

La intervención que realizó al nubio significó un rotundo éxito, pues Nefermaat no hizo sino repetir cuanto había visto hacer tiempo atrás a su maestro. Retiró la piel del cráneo, cortó con el escalpelo alrededor del hueso hundido, lo levantó con cuidado, lo mejor que pudo, y tras desinfectarlo, volvió a poner la piel en su lugar, prendiéndola tal y como había aprendido. Luego le administró el brebaje con el

opiáceo para que el paciente durmiera, comprobando satisfecho que los temblores habían desaparecido.

Cuando finalizó, todos los presentes le miraban atónitos, y hasta el lebrel, que no se separaba de los pies de la cama, movió su cola satisfecho.

Nefermaat inmovilizó el brazo del príncipe, y se lo enyesó con *imru*, después se aplicó en curar sus heridas. Éstas no necesitaron sutura pues, aunque numerosas, eran superficiales, debidas a las contusiones que se había producido en su caída. El joven *sunu* se limitó a cubrirlas con aceite y miel^[114], y a prescribir el uso de carne fresca sobre los moratones más grandes durante el primer día.

—¿Crees que vivirá? —apenas acertó a murmurar el príncipe, mientras hacía un significativo gesto hacia Sesostris.

Nefermaat, que había finalizado con sus curas, le ayudó a acomodarse mejor, pero no dijo nada.

—Anat se sirva protegerme —juró el príncipe con gesto de sufrimiento—. Estoy molido; no puedo ni moverme.

—Ahora que los golpes se enfriaron, te dolerá más.

—¿Me dolerá más?

—Me temo que durante unos días tendrás que intentar moverte lo menos posible.

El príncipe puso cara de disgusto.

—El brazo nos llevará algo más de tiempo, aunque en un mes espero que esté curado. Ahora debes descansar cuanto puedas; te prepararé una poción.

—¿Una poción? ¿Qué clase de brebaje quieres que me tome?

Nefermaat le observó con cierto aire divertido.

—Uno que te administraré para que puedas dormir. Contiene raíz de mandrágora en la dosis apropiada —apuntó, mostrando un pequeño frasco vidriado.

El príncipe gesticuló claramente incómodo, pues conocía lo peligrosa que podía resultar esta planta si no se empleaba convenientemente.

—Debes confiar en tu *sunu* —comentó el médico, burlón—. No olvides que soy un *ueb* y que es Sejmet quien guía mi mano. Ella será la que aliviará tu dolor.

Amonhirkopshep gruñó resignado, mientras se llevaba el frasco a los labios para apurarlo.

—La diosa siempre tiene la última palabra y espero que en esta ocasión sea también benevolente con Sesostris. Ahora debes descansar; mañana vendré a visitaros.

En verdad que Sejmet se encontraba feliz y satisfecha, sorprendiendo con su complacencia a los asombrados mortales. Aquel joven *ueb* parecía poseer el poder de aplacar la iracunda naturaleza de la diosa para, incluso, transformarla en la más dadivosa de las divinidades. La colérica leona se había convertido en una dulce gatita, asimilando el aspecto más delicado y maternal de aquélla. En manos de Nefermaat, Sejmet se había transfigurado en la Bastet más sumisa y protectora que, generosa, guardaba a sus hijos de todo mal, encubriéndoles con sus facultades beneficiosas; una

auténtica metamorfosis que todo Medinet Habu aseguraba era debida a Nefermaat, hijo predilecto de la diosa.

Tal era el sentir de la corte, que no escatimaba en alabanzas hacia la persona del joven *sunu* del que, incluso, aseguraban era la viva reencarnación del legendario Imhotep, el más grande de los médicos. ¿Cómo explicar, si no, tan asombroso milagro?

Para Nefermaat, sin embargo, todo tenía una explicación. La trepanación en Egipto era casi tan antigua como el propio país aunque, como muy bien sabía, en ocasiones los resultados no fueran los esperados y el paciente muriera. No obstante, en el país de Kemet muchos eran los *sunu* que la realizaban con éxito, sin que ello supusiera el recibir loas o cánticos en su honor.

Todavía tenía viva en la memoria la intervención que tuvo oportunidad de ver ejecutar a Anón en estado de ebriedad, en la que le demostró que el milagro residía en sus manos. Fue una complicada operación felizmente resuelta por el gran maestro, del que se enorgullecía haber sido su pupilo.

A pesar de tan exageradas alabanzas, Nefermaat tuvo que reconocer que, en cierto modo, había habido algo de milagroso en la pronta recuperación de Sesostris, aunque él lo atribuyera a la portentosa naturaleza que parecía tener el nubio. Sin embargo, este detalle apenas fue tomado en consideración por los cortesanos, siempre tan proclives a lo sobrenatural, que acabaron por transformar la realidad, añadiendo nuevos datos a cada día que pasaba. Así, a las pocas semanas, hubo quien llegó a asegurar que aquel joven médico poseía poderes ocultos capaces de devolver el soplo de la vida.

Ajeno a tales habladurías, Nefermaat se encontraba exultante. Parecía que el frío universo por el que antaño deambulaba, de improviso, se hubiera tornado cálido y luminoso, haciéndole sentir alegre y optimista. El amor de Nubjesed llenaba su corazón de anhelos y esperanzas, así como de todo lo bueno que éste es capaz de albergar en su interior; no podía ser más feliz. Incluso su labor era reconocida públicamente por sus colegas, de entre los cuales, Iroy llegó a emocionarle verdaderamente con lisonjas más propias de un padre orgulloso que de otra cosa. Entre abrazos y parabienes, el viejo médico le entregó una carta que le había escrito Anón desde Bubastis.

—Lástima que el bueno de Anón no estuviera aquí en este momento —se lamentó Iroy, emocionado, al entregarle la carta.

El joven la recibió alborozado, reprochándose el no haber enviado, siquiera, unas pocas líneas a su viejo maestro, prometiéndose, acto seguido, que le escribiría tan pronto terminara de leer su misiva.

Ya en la intimidad de su cuarto, desenrolló el papiro con emoción apenas contenida, velándosele los ojos al leer las primeras líneas; éstas le trajeron, nítida, la imagen de Anón desde Bubastis.

Quieran los dioses, de los que eres leal servidor, tenerte tal y como yo desearía, sano de cuerpo y pecaminoso de corazón, aunque esté convencido de que te hallarás bien en ambos aspectos. Yo, como podrás suponer, sigo fiel a mis principios, olvidándome de mi salud y siguiendo las perniciosas pautas que mi impuro corazón me dicta. Continúo siendo tan obsceno e indecente como antes, conservando mi antigua afición de perseguir a mi esposa por los pasillos de la casa aunque, en confianza, he de decirte que ella se ha vuelto más remilgada y ya no parece disfrutar tanto de ello como antes; debe ser cosa de la edad, pues se está haciendo vieja de espíritu, y lo único que desea es que la dejen en paz. Yo procuro olvidarme de sus desaires, refugiándome en los amistosos brazos de Bes, el único dios que me merece respeto, como bien sabes, y del que me he vuelto íntimo amigo, pues ahogo mis pesares en sus néctares más exquisitos; algo que, por otra parte, le agrada sobremanera, llevándole a nombrarme hijo predilecto. Claro está que, tal confianza, espero que quede entre nosotros, pues no quisiera que el resto de dioses de vuestro infinito panteón, celosos por este hecho y concedores de mi manifiesta impiedad, se encolerizaran conmigo pues, al fin y al cabo, nada les debo.

He de reconocer, sin embargo, que la nostalgia me embarga más de lo que yo desearía, pues echo de menos tu compañía, y también las peroratas que te endosaba y que tú soportabas con inquebrantable paciencia. El no tener a quien dar la monserga ha hecho de mí un individuo irritable y yo diría que hasta peligroso, pues últimamente lo pago con mis indefensos pacientes a los que amonesto con facilidad, reprobándoles cualquier hábito nocivo que practiquen, aunque sean como los que yo cultivo.

Por lo demás, todo sigue tal y como tú lo dejaste, pues de sobra conoces la poca propensión de tu pueblo a variar el orden establecido; algo que, en determinadas disciplinas, repruebo, como tú bien sabes. Hay otra cosa que he de comentarte, que sí supone una verdadera novedad, y que estoy seguro te va a interesar; se trata de Atet. Mi indómita hijastra ha decidido convertirse en un problema, y persevera cada día a fin de conseguirlo. Francamente, y aunque me pese, he decidido darme por vencido, pues sus desaires hacia mi persona llegan casi a la misma burla. Ella sigue encandilándome cuanto puede para, finalmente, venir a reírse casi en mis mismas barbas. En cualquier caso, esto no supone ninguna novedad, pues ya estoy más que resignado a que se me escape viva.

La novedad estriba en que Atet está embarazada, algo que, entre nosotros, me extraña no haya ocurrido antes, pues con tanta salida nocturna y la licenciosa vida que llevaba, era lo más natural. Como te advertí en su día es como una gata, y estoy convencido de que, en ocasiones, se cree la misma Bastet; algo inaudito. De cualquier modo, al final ha quedado preñada como una vulgar gata callejera, pues ni su madre ni yo conocemos el nombre del padre. La muy putilla sigue siendo misteriosa hasta para eso.

Bueno, te tendré informado del asunto, aunque antes espero recibir alguna que

otra palabra de aliento por tu parte, para mi maltrecho espíritu. Recuerda que este viejo quisquilloso te tiene cariño, y desea que todo te vaya tan bien como te mereces.

Escríbeme algún día.

Anón

Nefermaat enrolló con parsimonia el papiro. Como le ocurriera a su maestro, él también se sentía embargado de nostalgia por los tiempos pasados, así como por el sincero afecto que experimentaba por Anón. Suspiró mientras depositaba el papiro en una estantería, pensando en el embarazo de Atet. A él tampoco le extrañaba la noticia y, conociendo los tortuosos caminos por donde solía deambular el *ba* de la muchacha, era de todo punto imposible poder determinar a quién correspondería la autoría de la paternidad. Nefermaat reflexionó unos instantes sobre ello, experimentando sentimientos encontrados; acto seguido se sentó sobre su estera, cogió un papiro, un cálamo, y se dispuso a contestar la carta de su amigo; era lo mínimo que Anón se merecía.

Shemu, la estación de la cosecha, entró aquel año con más calor del acostumbrado. Las noches, habitualmente frescas en esa época, resultaron inusualmente templadas, lo cual invitó aún más si cabe a Nubjesed y Nefermaat a verse en su lugar secreto. Allí, acurrucados bajo una frazada, se amaban y hacían planes sobre su futuro, convencidos de que éste les pertenecía. En ellos, la princesa parecía mostrarse más audaz cada noche, concibiendo oscuras intenciones que susurraba al oído de su amado. En un principio, éste apenas hizo caso de ellas, mas con el tiempo se percató que tales pretensiones eran verdaderas, y no tuvo más remedio que tomarlas en consideración. Ello llegó a producirle cierto sentimiento de temor e incluso de preocupación, pues iban contra su propia esencia. Nubjesed le evidenciaba que no renunciaba a sus aspiraciones al trono, y que él debía acompañarla.

Para alcanzar tales deseos animaba a su enamorado a hacer lo que fuera preciso para conseguirlo pues, ahora que era un personaje respetado en Medinet Habu, tenía la ocasión de eliminar todos los obstáculos a fin de casarse con ella. Después, todo resultaría sencillo.

Nefermaat se sentía horrorizado ante la interpretación que pudiera dar a las vagas palabras de su amada, resistiéndose a creer que ella le indujese a utilizar su ciencia para suprimir a sus rivales. Mas cuando, asombrado, abría su boca para replicarla, los dedos de la princesa acudían prestos para sellar sus labios a la vez que le miraba como sólo ella sabía hacerlo, embrujándole por completo. Entonces, Nefermaat sentía cómo su voluntad se debilitaba, olvidándose de sus desaprobaciones a la vez que se entregaba a ella, sin salvedades, una vez más.

Una tarde, después de varios días sin poder ver a Nubjesed, Nefermaat recibió la visita de su doncella.

Habitualmente, ambos jóvenes solían enviarse mensajes a través de ellas, y casi siempre por medio de una que era de su entera confianza. Como en anteriores ocasiones, ésta se limitó a entregarle el mensaje, que él se apresuró a leer para darle su conformidad; acto seguido, ella se marchó.

Nefermaat sonrió feliz ante la perspectiva de volver a verla aquella noche. Se había acostumbrado de tal manera a la princesa, que el día que no se veían se le hacía insoportable. Mas al fin, esa misma noche podría volver a abrazarla, algo que le hizo sentirse particularmente dichoso.

Así pues, a la hora convenida, Nefermaat salió sigilosamente de palacio en busca de su amada. Era ya noche cerrada, y tan oscura que apenas podía reconocer el terreno por el que transitaba. Por el camino, su corazón saltaba de contento ante la inminente cita, imaginando las caricias con que su amada le colmaría. La sola mención de su nombre le producía una deliciosa sensación que le hacía evocar el contacto de sus labios, trasportándole a un mundo remoto del que no quisiera regresar nunca.

Mientras adivinaba el sendero a seguir tuvo un momento de lucidez que le hizo pensar en las expectativas de su amada. Era consciente de su incapacidad para controlarlas, aunque tuvo que reconocer que, en cierto modo, la princesa tuviera razón. No podían continuar indefinidamente con aquella relación clandestina. Era necesario hacerla pública, y afrontar el futuro con confianza, pues no en vano se amaban por encima de todo.

Cuando llegó al lugar de encuentro acostumbrado, la oscuridad pareció hacerse aún más voraz, pues a la ausencia de luna se había unido un espeso manto de nubes que acabaron por ocultar las únicas luces que, desde el firmamento, le acompañaban. Era tan negra la noche, que Nefermaat tuvo que extender sus manos para reconocer el macizo de arbustos de alheña, y así poder situarse entre tan pertinaces tinieblas.

Fue entonces cuando otras manos se unieron a las suyas atrayéndole hacia el pequeño claro formado por los fragantes matorrales, donde fue gentilmente invitado a tumbarse.

—Mi amor —apenas acertó a murmurar el joven, excitado por aquellas suaves manos que parecían dirigirle en la oscuridad.

Mas no hubo respuesta; sólo unos dedos que le empujaban con delicadeza sobre la manta y que, acto seguido, le acariciaron su pecho con una suavidad que le hizo estremecer.

—La diosa en persona me abre hoy las puertas de su sagrado santuario, permitiéndome gozar del privilegio de sus favores —volvió a susurrar Nefermaat, entrecortadamente.

Como en tantas ocasiones, unos dedos sellaron sus labios invitándole al silencio, que él intentó mordisquear agitado. Pero enseguida, éstos se apartaron volviéndole a acariciar el pecho para crear cientos de dibujos imaginarios. Nefermaat sintió como aquellas ilusorias formas representadas sobre su piel encendían su ánimo como nunca

antes Nubjesed había logrado, haciéndole extender los brazos desesperadamente hacia su imaginario cuerpo. Pero nada pudieron atrapar, desapareciendo entre aspavientos descontrolados, en la densidad tenebrosa.

—Chsss —oyó el joven que le siseaban suavemente.

Ante semejante imposición, no cabía más que obedecer, y Nefermaat bajó los brazos rendido, otra vez, ante los poderes sobrenaturales.

A partir de aquel instante todo pareció precipitarse. Los dedos, que tan hábilmente habían zigzagueado sobre su piel, súbitamente se deslizaron audaces por su vientre, desabrochándole el faldellín en un instante. Al quedar libre de él, Nefermaat experimentó un gran alivio al verse libre de la incómoda opresión, a la vez que daba rienda suelta a sus naturales instintos, exponiéndolos sin trabas.

Él a duras penas podía ver nada más aquella noche; la oscuridad tenía manos, y éstas se apoderaron de su virilidad con una determinación que le hizo gemir exacerbado. La diosa le manoseaba, como si quisiera captar a través de su miembro sus sentimientos más íntimos, pues lo apretaba de tal forma que los latidos de su corazón se transmitían por él; su corazón hablaba a través de las venas de su miembro erecto, y la diosa, que lo escuchaba, parecía entender su lenguaje, pues presionaba justo donde debía.

Nunca antes había experimentado Nefermaat tales sensaciones de manos de Nubjesed. Ésta siempre le había transmitido una cálida suavidad que poco tenía que ver con lo que sentía en ese momento y, sin embargo, se notaba conducido por unas manos tan firmes y resueltas que no querría, bajo ningún concepto, ser abandonado por ellas.

Justo cuando sus pensamientos vagaban confusos por aquel mar de contradictorias emociones, Nefermaat sintió cómo aquellas manos dejaban su lugar a un cuerpo que se sentaba sobre él, haciendo que su sofocada virilidad desapareciera en su interior.

No había duda, Hathor, la diosa del amor por excelencia, había decidido tomarle a su servicio, esclavizando sus sentidos a su divina voluntad, para siempre. Allí, sentada a horcajadas sobre su vientre, entre insondables tinieblas, la diosa cabalgaba con la cadencia propia de las bestias desesperadas. Como si su cuerpo fuera el caballo que debiera llevarla al más codiciado pináculo, Nefermaat sentía como unos muslos fuertes como arietes le presionaban las caderas sin la más mínima contemplación. Hathor parecía estar fuera de sí aquella noche, y no había mortal alguno capaz de apaciguarla.

El joven extendió una vez más sus manos hacia el vacío, acariciando aquellos poderosos muslos que le atenazaban por completo. Aunque suaves, los notó vigorosos, algo que le sorprendió pues, que él recordara, Nubjesed los tenía más delgados. Abrió los ojos intentando ver donde apenas se podía, justo cuando su jinete imprimía aún mayor ritmo a su cabalgada. Él rodeó sus caderas, también generosas, advirtiéndole que no eran como las de la mujer que amaba. Un sentimiento

indescriptible se apoderó en ese momento de él por completo. Confuso, y sin saber qué hacer, la angustia vino a él como el viento del desierto, duro y sofocante. Entonces, sin poder impedirlo, su enigmática amazona comenzó a jadear estremecedoramente, llevada por una especie de furioso arrebató, se inclinó hacia delante entre espasmódicas convulsiones y gemidos inconexos que, al momento, no fueron sino gritos que parecieron proceder de sus mismas entrañas.

Cuando aquel cuerpo cayó laxo sobre el suyo, Nefermaat sintió como unos exuberantes senos se aplastaban contra su pecho, claramente agitados por su entrecortada respiración. Al punto los acarició, comprobando cómo, opulentos, se desbordaban por ambos lados al estar estrujados contra él. Justo entonces, una voz todavía jadeante susurró en su oído tiernas palabras de amor. Con manos temblorosas, él alzó aquella cabeza hasta tenerla frente a su mirada, temeroso de conocer su identidad. Mas ésta estaba ya clara en su corazón mucho antes que sus ojos intentaran descubrirla. No era Hathor quien le había seducido aquella noche, sino Neferure.

Los últimos días, Neferure los había pasado muy excitada. El hombre al que amaba, y al que deseaba más que ninguna otra cosa en Egipto, le había declarado su amor, así como la irrefrenable pasión que le consumía.

Durante semanas, un criado le había estado entregando secretos mensajes, en los que Nefermaat le manifestaba su cariño, a la vez que le imploraba su máxima discreción a fin de que su relación llegara a buen puerto. Cada carta había resultado una nueva revelación de sus sentimientos, en la que advertía de los peligros que podía correr si no actuaba con prudencia. La princesa Nubjesed le tenía sometido a un acoso permanente, al que él trataba de resistirse sin llegar a herir su real orgullo. Por ello, le instaba al disimulo cada vez que les viera juntos, suplicándole que no hiciera caso de las apariencias, pues era a ella, Neferure, a quien en realidad amaba.

Neferure contestó a cada una de aquellas cartas con nuevas misivas en las que poco a poco fue abriéndole su corazón, hasta asegurarle que sólo al joven pertenecía.

Luego, el mismo criado se encargaba de llevarlas a su amado médico que, a su vez, volvía a escribir nuevos billetes para ella.

Para Neferure, la espera llegó a transformarse en sufrimiento, pues sus deseos hacían concebir desesperados sueños a su tormentoso temperamento. Soñaba con abrazar a Nefermaat y hacerle suyo hasta la extenuación.

Por fin, una tarde llegó el ansiado momento, pues Neferure recibió una nota de su enamorado en la que le proponía el verse a solas. Al leerla, la muchacha creyó que el corazón se le salía del pecho, y una incontrollable agitación se apoderó de ella por completo. Escribió unas breves líneas en las que daba su conformidad, y envió de vuelta al criado para que las entregara a su amor. Luego esperó con impaciencia la llegada de la noche, y a la hora prevista se marchó.

Todo resultó como en sus mejores fantasías. Cuando Nefermaat apareció, le acarició tal y como había deseado hacerlo en sus solitarias noches, en las que se había autocomplacido con callada desesperación. Aquel ansiado cuerpo por fin era suyo, y

cuando sintió a su amado dentro de sí, toda una tormenta de insatisfechos deseos estalló en su interior, sin que pudiera ejercer el más mínimo control sobre ella. Sentada sobre Nefermaat, Neferure se sintió libre y a la vez inmensamente feliz por haber culminado con éxito todas sus esperanzas.

Mas luego algo ocurrió, algo difícil de explicar, pero que ella percibió claramente. Justo después de alcanzar un orgasmo que por momentos pareció interminable, aquel cuerpo sobre el que se había transportado a paraísos para ella desconocidos, la había rechazado sin motivo aparente, pero a la vez sin equívocos. Mientras, tendida sobre él, intentaba normalizar su respiración, notó como unas manos torpes e insensibles le palpaban los pechos con nerviosismo, en un aparente intento de reconocer a quién pertenecían. En ese momento tuvo la amarga sensación de ser repudiada, y también la de no haber sido sino una extraña sobre aquel cuerpo; entonces, escuchó su voz por primera vez.

—Neferure, ¿eres tú?

Ella creyó que las entrañas se le abrían, produciéndole el mayor de los tormentos.

—¿Quién si no?, amor mío —contestó temerosa—. Estoy aquí, tal y como quedamos.

—¿Quedar, dices? Divinidades de las horas nocturnas^[115], ¿qué tipo de burla es ésta? —preguntó Nefermaat, deshaciéndose del amoroso abrazo.

—¿Burla? Espero que no —dijo ella incorporándose—. Esta misma tarde me enviaste aviso para esta cita, ¿acaso lo niegas?

—Claro que lo niego. Jamás te he mandado ningún aviso.

—¿Niegas también el haberme enviado tus cartas, declarándome tu amor? —preguntó Neferure, claramente encendida.

—¿Mi amor?

Justo entonces, los arbustos se movieron, y alguien se abrió paso a través de ellos aproximándose a los dos amantes. Éstos miraron expectantes, tratando de adivinar su identidad, y al punto su voz les hizo estremecer.

—¡Perros! ¡Debería mandar azotaros aquí mismo!

Era Nubjesed.



El desgarrador lamento de Nubjesed permanecería en el corazón de Nefermaat durante toda su vida. Aquella imprecación significó algo más que un simple juramento; fue el testimonio de la desesperación manifestada por un alma desolada. En un instante, todo cambiaba; súbitamente, como por ensalmo.

A la hora acostumbrada, la princesa se había dirigido a su lugar de encuentro. Iba feliz, como casi siempre que esperaba ver a Nefermaat, pensando en el mejor modo de llevar a cabo sus proyectos. Éstos irían siempre unidos al *sunu*, pues su amor por él era su verdadera referencia. Conocedora de la integridad de su amado, sabía que necesitaría tiempo para moldearlo convenientemente, pero eran jóvenes, y si algo poseían era aquello; toda una vida por delante para alcanzar juntos sus metas. Éstas, que duda cabe, se habían convertido en una especie de obsesión para ella que, en ocasiones, incluso llegaban a ofuscarla. Pero estaba convencida de que su obcecación era consecuencia de su propia consciencia. Conocía perfectamente a su familia, y creía tener una noción clara de la situación. Bajo su punto de vista, ninguno de sus familiares poseía merecimientos para desposarla, y mucho menos capacidad para gobernar su sagrada tierra. Era necesario obrar con cautela, y esperar pacientemente a que llegara el momento oportuno; para entonces, ella y su amado médico estarían situados adecuadamente para poder dar el paso definitivo. Estaba segura de su audacia, y también de que algún día sería reina de Egipto.

Mientras toda aquella plétora de pensamientos atiborraba su corazón, sus pies le llevaban mecánicamente por el camino que ordinariamente utilizaba. Iba tan absorta en sus emociones, que apenas reparó en la oscuridad de la noche, y mucho menos en el cielo encapotado que acrecentaba la voracidad de las tinieblas que la rodeaban.

Próxima ya a los arbustos de alheña, la princesa regresó de su ilusorio viaje por el incierto mundo de las expectativas. Unos sonidos inusuales, procedentes de los cercanos matorrales, le ayudaron a tomar plena conciencia de la realidad. En un principio, Nubjesed tomó aquella especie de susurros como un gesto de su amado hacia ella, reclamándola a su lado, pero según se acercó al lugar, los vagos rumores se convirtieron en presagios de tormento para un alma antes feliz, y ahora a punto de sumirse en el abatimiento.

Los susurros se transformaron en gemidos; gemidos propios de quien disfruta de

los placeres del amor. Esto llenó a Nubjesed de malos presentimientos, e intentó al momento adivinar quién los profería. Pero la oscuridad se lo impidió, lo que la obligó a agudizar el oído a fin de averiguarlo.

Durante largos minutos asistió impertérrita a la cacofonía de jadeos y gozosos lamentos proferidos por una mujer. Daba pequeños grititos, a la vez que quejumbrosos sonidos, mientras su respiración le llegaba totalmente desacompasada. También pudo percibir claramente el roce de los cuerpos, y el característico sonido de quien embiste a su amado. Cuando tras larga cabalgada, por fin llegó al éxtasis final, la princesa pudo imaginarse como aquel cuerpo se desvanecía sobre el de su amante, mientras ligeros estertores llegaban claramente a sus oídos, como si se tratara de una bestia herida.

Luego vino un pequeño revuelo de murmullos y cuerpos que se agitan, y enseguida, diáfana, le llegó la voz de Neferure.

A Nubjesed el corazón le dio un vuelco. Neferure era la amante que había estado escuchando y, al instante, sintió repugnancia, pues aborrecía a la joven. También escuchó la voz de su acompañante aunque, tan débil, que le fue imposible acertar su identidad. Después, ambos enamorados parecieron conversar, mas sólo pudo oír con claridad las palabras de ella.

—¿Quién si no?, amor mío. Estoy aquí, tal y como quedamos.

La princesa notó cómo su pulso se aceleraba y las palmas de sus manos se humedecían; pero siguió escuchando con atención.

Oyó cómo Neferure se levantaba y cómo hacía referencia a unas cartas en las que le declaraban amor. Luego, su acompañante pareció incorporarse, y entonces llegó claramente su voz por primera vez; la voz del ser que amaba sobre todas las cosas.

La frase fue escueta, pero dentro de su desesperación, a la princesa le pareció que era más de lo que podía soportar.

Nefermaat había pronunciado «mi amor»; las palabras que sólo ella debía recibir y que, sin embargo, eran destinadas a la detestable Neferure. Su amor, el hombre por cuya integridad ella habría apostado su vida, le había engañado vilmente con una vulgar advenediza; se habían refocilado juntos, dándole placer hasta hacerla gemir como una mujerzuela; la muy zorra.

Tal ataque de indignación dio paso, casi de inmediato, a otro sentimiento mucho más avieso. Ella, la nieta del faraón, no podía ser engañada de semejante forma; nadie se reiría de ella.

Fue entonces cuando lo peor de su orgulloso carácter se desbordó incontenible, como le ocurriera al Nilo durante sus crecidas. Sin poder soportarlo más, salió de entre los arbustos profiriendo insultos y amenazas.

Al ver lo que ocurría, Nefermaat deseó ser tragado por Nut, y encaminarse al Mundo Inferior, pues hubiera preferido acompañar a Ra gustoso en su viaje nocturno rodeado de peligros, antes que permanecer allí en semejantes circunstancias.

Para hacer aún más penosa su situación, los dioses parecieron confabularse cual si

quisieran regocijarse de su desgracia, haciendo que el cielo se despejara de sus nubes para permitir a la luna, que comenzaba a salir por el horizonte, iluminar la escena con su pálida luz.

A Nefermaat no le cupo duda que, aquella noche, los dioses estelares se deleitaron como nunca, recreándose en la escena. Desnudo, junto a Neferure, observó petrificado cómo Nubjesed les imprecaba hecha una furia, escupiendo por su boca lo peor de sí misma. A él poco se le ocurrió decir, pues en verdad que se hallaba tan sorprendido como la princesa. ¿Qué suerte de hechizo era aquél? ¿Qué tipo de engaño se había obrado en su persona? Imposible saberlo, pues su corazón no era capaz de discurrir tales enigmas, y mucho menos en aquel momento.

Miró el cuerpo desnudo de Neferure, a su lado, y tomó conciencia de su propia desnudez. Su miembro, todavía hinchado, colgaba aún húmedo del goce que había procurado a la joven; era el principal artífice de aquel embrollo, sin tener culpa ninguna.

Intentó serenarse, adoptando su actitud habitual, pero dio igual. El dios Hapy había desbordado ya sus aguas y a él no le quedaba sino empezar a nadar.

Nubjesed se adelantó hacia ellos y, tras apartar despectivamente a Neferure con un empujón, propinó a Nefermaat una sonora bofetada, mientras le miraba a los ojos con inusitado odio. El joven tuvo la certeza de que aquella mirada no podía pertenecer a la mujer que amaba, pues era imposible para alguien que quisiera mirar de aquella forma. El escozor del bofetón pasó pronto; sin embargo, aquella mirada siempre la recordaría.

Después, la princesa se separó un poco y les observó un instante.

—Sabed que lo que habéis hecho nunca lo olvidaré. Desde este momento sois mis enemigos; guardaos pues de mí, y tened bien presente una cosa, algún día seré reina. Cuando llegue ese tiempo, no habrá lugar en Egipto donde podáis esconderos de mí; entonces sufriréis.

Neferure se cubrió el rostro con las manos, prorrumpiendo en sollozos, mientras Nefermaat miraba a la princesa muy serio.

—Tu furia te impide razonar. Hemos sido víctimas de un engaño. Esto no es...

—¿Lo que parece? —interrumpió Nubjesed con arrogancia—. Nunca pronuncies esa frase, Nefermaat; tú no.

Acto seguido, la princesa dio media vuelta desapareciendo de nuevo por entre los arbustos.

Neferure paró en sus sollozos, y como reparando en su desnudez, asió sus prendas estrujándolas contra su pecho mientras se tapaba. Luego miró a Nefermaat, iracunda, mientras le dirigía todo tipo de improperios.

—Tiene razón tu hermanastro al aborrecerte —dijo aproximándose—. Eres maldito entre tu familia, y yo también te maldigo. Sí, te maldigo a ti y a tu progenie por veinte generaciones.

Después le escupió a la cara, y salió corriendo con las prendas entre sus manos,

sollozando de nuevo.

Nefermaat dejó que la saliva corriera por su rostro. Para él no era sino el resultado de una lógica frustración; la impotencia de creer haber sido utilizado por medio de los sentimientos. Se sentó unos instantes intentando pensar con claridad. Todo había resultado confuso, pero a la vez estudiado. Que aquellos hechos habían sido urdidos por alguien estaba claro para él, aunque continuara sin comprender la necesidad de utilizar a las personas por medio de sus emociones. Él no era enemigo de nadie, y no obstante había quien no pensaba así.

Suspiró mientras se vestía. Se sentía tan abrumado que no sabía qué camino debía tomar. Múltiples recuerdos se agolparon sin querer en su corazón, produciéndole una indescriptible congoja. Las imágenes de su vida pasada entre las paredes del templo le crearon un nudo en la garganta. Vio con nitidez la cara del viejo decano, todo bondad y sabiduría, y pensó que quizá nunca debiera haber salido de allí. Puede que ése fuera el lugar que le correspondiera y que, sin embargo, él había terminado por despreciar llevado por su inmodestia. Su ansia, aunque fuera por el conocimiento, había tenido consecuencias, pues todo en la vida sigue su curso.

Su corazón se encontraba deshecho; probablemente para siempre, y eso era algo con lo que debería aprender a vivir. Él seguiría amando a Nubjesed sin poder implorar su perdón, puesto que nada había que perdonar. Sus caminos se habían separado aquella noche de la peor manera posible y, no obstante, continuaba queriéndola. Siempre le quedaría la esperanza de que los dioses, magnánimos, arrojaran algún día luz sobre semejante ignominia, y se supiese la verdad. Entonces recordó los consejos que tantas veces le habían dado al llegar a Tebas. Él creía haberlos cumplido, y haberse conducido con prudencia, mas esa noche los hechos demostraban que no había sido así, y ahora de nada valía lamentarse. Ya no había posibilidad de vuelta atrás; su paso por el Templo de Sejmet formaba parte de su pasado. Ahora era el médico de la corte; ése era su lugar, y a él se debía. Se juró entonces permanecer fiel a las antiguas enseñanzas y cumplir el *maat*; sólo así su corazón hallaría la serenidad perdida, pues ése era el único camino para encontrar la verdadera justicia.

Su humor cambió por completo volviendo a recuperar el gesto adusto y algo taciturno de antaño, su singular hermetismo y ese aire misterioso tan natural en él regresaron otra vez del recóndito lugar en el que su corazón los había olvidado. Éste se había abierto de tal manera a causa de su felicidad pasada, que había optado por desechar tales posturas, pues el corazón feliz no piensa sino en sonreír. Ahora todo era diferente. Nefermaat llamaba de nuevo a sus antiguos acompañantes con la imperiosa urgencia que le dictaba la necesidad. Él los precisaba más que nunca, a fin de protegerse tras sus invisibles murallas, ya que sólo así se sentiría seguro.

Tras rescatar su olvidada personalidad, la vida de Nefermaat volvió a la monotonía de antaño. El joven se refugió en su trabajo atendiendo a sus enfermos con mayor diligencia todavía. No vivía más que para eso, y toda la corte se daba cuenta

de ello.

Justo por aquellos días tuvo lugar la boda de su amigo Paneb. Aunque con indisimulada desgana, Nefermaat no tuvo más remedio que asistir a ella, pues Paneb no se merecía ser el blanco de sus frustraciones. La celebración se celebró en los jardines de la suntuosa residencia del novio, y a ella fueron invitados la práctica totalidad de las principales familias de Tebas, así como las autoridades. Nefermaat temió por un momento encontrarse con Nubjesed, pero la princesa declinó la invitación, según parece por encontrarse indispuesta.

Nefermaat vagó solitario por los jardines, con pocos ánimos y deseoso de regresar a sus aposentos cuanto antes. Por ello, a la menor oportunidad, llevó a Paneb a un aparte para despedirse.

—¿Ya te marchas? Pero si la fiesta no ha hecho sino comenzar.

—Lo sé, amigo mío. Mas no tengo el ánimo para celebraciones.

Paneb enarcó una de sus cejas.

—¿Nubjesed?

Nefermaat asintió, apesadumbrado.

—Bueno, no te preocupes, seguro que es un enfado sin importancia.

—Me temo que no sea así, querido amigo. La verdad es que me encuentro desolado.

—¡Vaya! —exclamó Paneb—. Cuánto lo siento. ¿Por eso no ha venido Nubjesed?

—Supongo que sí. Tampoco era cosa de amargarte la boda —reconoció Nefermaat, compungido.

—Pero... ¿qué ha ocurrido?

—Algo que no hubiera podido imaginar ni en mis peores pesadillas —respondió Nefermaat, apesadumbrado.

—Bueno, para ti dispongo de todo el tiempo que necesites, aunque sea el día de mi boda. Cuéntame, amigo mío; quizá pueda ayudarte.

Con los ojos velados por la emoción, Nefermaat le relató lo sucedido, sin omitir ningún detalle. Al terminar, Paneb le miraba con incredulidad.

—¡Ammit me devore si alguna vez escuché algo parecido! —exclamó sorprendido.

—Es terrible, ¿verdad?

—¿Terrible? Me dejas estupefacto. Una mente capaz de urdir algo parecido no puede ser humana.

—Desgraciadamente, es tan humana como la tuya o la mía.

—Absolutamente perversa, diría yo —apostilló Paneb—. Y dime, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé. Dudo que la princesa quiera escuchar; no olvides que lo presencié todo.

—Menuda situación; y además con Neferure, a quien, como bien sabes, la princesa aborrece.

Nefermaat puso cara de resignación.

—Como ves, no está en mi mano el poder solucionarlo.

Hubo unos instantes de silencio entre ambos amigos, durante los cuales Paneb pareció reflexionar.

—Desde luego en estos momentos no te serviría de nada el intentar verla; los dos conocemos a Nubjosed lo suficiente como para saber que tan siquiera te escucharía.

Nefermaat asintió, cabizbajo.

—Es hermosa como pocas —reconoció Paneb—, pero también tiene sus defectos. Sabes mejor que nadie, amigo mío, que en ocasiones la soberbia se apodera de ella más de lo que sería deseable, y que el rencor anida con facilidad en su corazón.

—No puedo hacer sino aceptar la situación —indicó Nefermaat, encogiéndose de hombros—. Quizás algún día se pueda aclarar lo que ocurrió.

—Quizá... Pero hasta que llegue ese momento, no quiero verte triste; alegre pues esa cara. Un hombre tan fiel cumplidor del *maat* como tú, no debe temerle a nada. Tarde o temprano los dioses pondrán luz sobre el asunto, además, no olvides que Sejmet vela por ti.

—Poco tiene que ver la diosa en esto, y tampoco conviene inmiscuir la —aseguró Nefermaat, convencido.

—Sí que estás desalentado, amigo mío. En fin, veré qué puedo hacer.

Nefermaat levantó su vista, iluminándose su rostro con la esperanza.

—Intentaré ver a la princesa; como sabes, siempre hemos mantenido una buena relación; quizá pueda hacer algo aunque, como comprenderás, he de ser extremadamente prudente.

—Claro... —apenas musitó Nefermaat.

—Bueno, viejo amigo, entre tanto olvídate cuanto puedas de la cuestión, ya que no conseguirás sino amargarte. Seamos optimistas, pues a la larga la verdad acaba triunfando.

Nefermaat asintió mientras daba a su amigo unas cariñosas palmaditas en el hombro.

—Ahora debo dejarte, pues no quisiera que mi solícita esposa se sintiera desatendida el día de su boda. Espero tener buenas noticias dentro de poco —señaló Paneb, mientras se despedían—, y sobre todo no pierdas la fe.

Nefermaat le observó alejarse entre los grupos de invitados que le felicitaban, deseándole toda suerte de venturas. Paneb se las merecía, sin duda, y en ese momento se alegró de haber acudido a la celebración de su enlace. Era un buen amigo, y estaba seguro de que haría todo cuanto estuviera en su mano para ayudarle.

Deambuló después durante un tiempo de acá para allá, hasta que sintió la necesidad de marcharse. Tenía la sensación de ser un extraño entre toda aquella gente, y eso era algo que difícilmente soportaba. Por eso abandonó la fiesta igual que como llegó a ella; con discreción.

La vida seguía para él, y como bien había apuntado Paneb, el tiempo pondría las

cosas en su sitio, o al menos, ésa era su más íntima esperanza.

Una mañana fue a visitar al príncipe Amonhirkopshep para quitarle el yeso del brazo. La evolución del estado del príncipe, en general, había sido buena, aunque una de las heridas se infectara y Nefermaat tuviera que tratarla con levadura de pan fermentada. Este remedio, como de costumbre, dio buenos resultados y la enmohecida^[116] levadura curó, finalmente, la herida del príncipe.

Éste se encontraba en los jardines de palacio, cómodamente sentado a la sombra, cuando vio venir a Nefermaat.

—Confío en que por fin Sejmet tenga a bien el liberarme de mi yugo —exclamó levantando su brazo.

Nefermaat le saludó con respeto, esbozando una media sonrisa.

—¿Por fin la diosa ha decidido ser benevolente conmigo? —preguntó el príncipe, mientras observaba al joven preparar su instrumental.

—Ella se encuentra satisfecha por tu recuperación —contestó el médico, mirándole un instante a los ojos.

—¿De veras?

—Claro. Ella misma me lo ha confiado. Recuerda que soy su hijo predilecto —continuó Nefermaat, a la vez que cogía unas tenazas.

El príncipe lanzó una carcajada.

—He de reconocer que me agrada tu compañía. Entiendo que la Poderosa^[117] vele por ti, y hasta que te quiera.

El médico hizo un leve gesto de agradecimiento.

—Al menos ha de existir algún dios que nos proteja, cuando el resto parece habernos abandonado —continuó Amonhirkopshep.

Nefermaat le miró, endureciendo un poco el gesto.

—No me mires así, hombre. De una u otra forma, a todos nos abandona alguna divinidad de vez en cuando. Forma parte de la vida.

El joven apretó las mandíbulas, pensando en el alcance de aquellas palabras y, conociendo la mordacidad del príncipe, consideró su doble sentido.

—No quiero parecerte más irónico de lo que, en realidad, soy —apuntó el príncipe, leyéndole el pensamiento—. Quitémosle importancia al asunto; te invito a beber.

—Gracias, príncipe, pero ya sabes que no bebo.

—Brindemos por mi recuperación. Después de semejante caída me parece un milagro que hoy me haya repuesto del todo. Vamos, bebe; el vino es excelente.

—Lo supongo —fue la escueta respuesta del joven, mientras alzaba una mano en señal de rechazo.

—Si no quieres beber a mi salud, al menos hazlo a la de Sesostris. Lo de él sí ha sido un prodigio.

—He de reconocer que hasta a mí me causa asombro —observó Nefermaat—. Nunca vi semejante capacidad de recuperación.

—Ni nadie —intervino el príncipe, lacónico—. Ese hombre tiene el poder natural de las bestias. Su nervudo cuerpo posee una fuerza difícil de imaginar; ahora tú eres para él como un dios.

El joven volvió a sonreír a medias, mientras empezaba a cortar la escayola.

—Él venera a Set, pues no en vano le gusta el desierto, aunque a ti también te ha incluido en su panteón.

—En una cosa tienes razón, príncipe. Es dueño de una gran fortaleza, y su cráneo parece duro como el granito rojo de Asuán; te lo puedo asegurar.

El príncipe rió con ganas.

—¿Te he contado alguna vez que habla con los animales? —preguntó el príncipe, inclinándose levemente hacia delante.

—Bueno, tú hablas con los caballos, así que...

—No es comparable —interrumpió Amonhirkopshep—. Los caballos están un peldaño por encima de los humanos, y para ellos no reviste ninguna dificultad el entendernos. Yo me refiero a las alimañas, a las bestias del desierto; él habla con ellas, y éstas le escuchan.

—¿Y qué les dice?

—No tengo ni idea —contestó el príncipe, encogiéndose de hombros—. Les habla en la lengua de las tribus del desierto, ¿sabes? Cada vez que cobra una pieza durante una cacería, celebra una especie de ritual en su honor. Asombroso.

Nefermaat terminó de quitar el *imru*, y el brazo del príncipe quedó libre.

—¡Loada sea Anat! —exclamó, jubiloso.

El joven examinó el antebrazo y asintió complacido.

—Parece que está perfectamente, aunque deberás llevarlo en cabestrillo durante unos días, y hacer ejercicios para volver a fortalecerlo.

El príncipe exhibió su sonrisa más cautivadora, mientras se tocaba el brazo, luego miró al joven y le puso su mano sobre un hombro.

—Nefermaat, lejos está de mí el hacer chanzas o burlas sobre tu persona, aunque sí te advierto que tu reserva no evitará que los demás se enteren. Recuerda que en Medinet Habu todo se acaba sabiendo.

Nefermaat le miró de forma enigmática.

—No necesitas que te cuente lo que ya conoces, príncipe.

—No pretendo que lo hagas, ni me interesan los detalles; pero seguro que eres consciente de que habéis sido utilizados.

Ahora, la mirada del joven se tornó ansiosa.

—Eso es algo que me sobrepasa —murmuró, quedamente—. No tengo otro camino más que el de la resignación.

—Pero tú la quieres, ¿no es así?

—No puedes imaginarte cuánto.

—Parece que Renenutet os ha jugado una mala pasada, ¿eh? Nunca sabemos lo que nos tiene reservado; está en su propia esencia. En cualquier caso, en cuestiones

de amor no hay que perder la esperanza.

Nefermaat le miró expectante.

—No es que yo sepa mucho —prosiguió el príncipe—. Pero según parece, Nubjesed está de un humor terrible; sumamente irritable, según me han contado; y eso ya es algo.

Ahora, el joven pareció sorprendido.

—Claro, hombre. Si no tuvieras un lugar en su corazón, no estaría tan enfadada.

Nefermaat se acarició la barbilla, pensativo.

—¿Quién habrá podido urdir algo así? —preguntó al fin.

—En eso no puedo ayudarte, y es posible, incluso, que nunca llegue a saberse.

Nefermaat bajó su vista en silencio, mientras terminaba de recoger su instrumental.

—Yo que tú no me preocuparía tanto —continuó el príncipe—. Como bien has apuntado, esto es algo que te sobrepasa, y la vida continúa.

Se hizo un incómodo silencio, sólo roto por los breves sorbos que el príncipe volvió a dar de su copa.

—Si no deseas nada más de mí, debo marcharme, príncipe. He de atender a otros pacientes —dijo Nefermaat.

—Por supuesto; no seré yo quien acapare tu magia. Mas si te esperas un instante, te presentaré a una persona interesante —indicó el príncipe, haciendo una leve seña con la mano.

En un acto reflejo, Nefermaat volvió su cabeza en aquella dirección, distinguiendo a un hombre que se les aproximaba. Éste era alto y delgado, y caminaba portando un elaborado cayado, con la parsimonia propia de aquél al que poco le resta por conseguir. Vestido con una túnica de un blanco immaculado, y completamente tonsurado, aquel hombre parecía dar vida a las imágenes de los antiguos sacerdotes que una vez fueran grabadas en los muros de los santuarios. Nefermaat reconoció en él, al instante, ese sello indeleble que sólo se adquiere en los templos, y el porte de quien se sabe poderoso.

—Sé bienvenido, Ramesenajt —exclamó el príncipe, alzando su copa—. Amón, el Oculto, te envía en buena hora.

El interfecto hizo una leve inclinación con la cabeza, mientras tomaba asiento en la silla que Amonhirkopshep le ofrecía solícito.

—Al fin Anat ha escuchado mis preces —continuó el príncipe, mostrándole el brazo—. Hoy ha sido liberado de su opresivo confinamiento.

El recién llegado observó un instante el brazo del príncipe, y acto seguido miró a Nefermaat.

—¡Oh!, discúlpame; qué distraído soy —se apresuró a decir el príncipe—. ¿Conoces a Nefermaat?

—Sólo por algunas referencias —se limitó a contestar Ramesenajt, en tanto seguía mirando al joven.

—Pues es el artífice de que mi maltrecho antebrazo por fin recupere su vigor. Un juego de niños si lo comparamos con la intervención de Sesostris.

Luego, volviendo su vista de nuevo hacia el médico, le hizo un gesto significativo.

—Muchacho, te presento al muy noble Ramesenajt. Es hermano del Primer Servidor de Amón, Usimarenajt, hombre santo donde los haya, y por el cual siento el más sincero afecto.

Nefermaat hizo un leve movimiento de salutación. Como todo el mundo en Tebas, él ya había oído hablar de aquel hombre, que no sólo era conocido por ser hermano del Primer Profeta de Amón, sino también por las enormes riquezas que poseía, así como por su extensa red de influencias, que hacían que nada de lo que ocurriera en Tebas le fuera desconocido.

El joven pensó un instante en ello, y no pudo evitar el experimentar cierta desazón. Al ser hermano de Usimarenajt era, a su vez, tío abuelo de Neferure, lo cual no representaba un hecho demasiado tranquilizador, dadas las circunstancias. Si el príncipe conocía lo ocurrido, no le cabía duda que aquel hombre también lo sabía.

Nefermaat cruzó su mirada con él, y durante unos momentos ambos se escrutaron; al joven, la cara de Ramesenajt no le impresionó en absoluto. Él conocía ese rostro por haberlo visto repetido a diario, durante su larga permanencia en el Templo. Era el mismo gesto hermético e indescifrable que, durante años, había apreciado en otros hombres y que él mismo había acabado por adoptar de la forma más natural. Así pues, el inexpresivo rostro de Ramesenajt no representaba más que su tarjeta de visita, y su indiferencia ante todo aquello que escuchaba no era sino una apariencia con la que ocultar sus íntimas emociones; unas emociones que, sin embargo, se intuían a través de la mirada, pues sus ojos brillaban, en ocasiones, con inusitado fulgor.

Aquellos breves instantes fueron más que suficientes para que ambos se presentaran y sacaran sus conclusiones; luego Ramesenajt se dirigió al príncipe.

—Me es muy grato el ver cómo en la quietud de nuestros templos se sigue iniciando a nuestros jóvenes en los antiguos misterios.

A Nefermaat no le sorprendieron los pausados ademanes de Ramesenajt al hablar, ni su tono de voz, que le pareció meliflúo.

—Te aseguro que Nefermaat ha resultado ser un alumno aventajado —replicó el príncipe.

—En una disciplina tan complicada como la que debe desarrollar un *ueb*, es verdaderamente meritorio —dijo Ramesenajt, volviendo a mirar al médico.

—Sois muy amable, y agradezco vuestras palabras, más de sobra conocéis la dificultad que entraña el profundizar en el conocimiento. Fui instruido por hombres sabios para ser fiel al *maat* y a la diosa Sejmet; ése es el único camino que deseo seguir.

—Loable camino el que has elegido —apuntó Ramesenajt, mirándole de nuevo

fijamente a los ojos—, pero a su vez plagado de obstáculos que con frecuencia nos resultan infranqueables, como sin duda ya conoces.

El joven le mantuvo la mirada mientras asentía.

—No seré yo el que los ponga, noble Ramesenajt —dijo el médico, quedamente.

Aquél hizo un leve movimiento de aquiescencia con sus manos, al tiempo que se volvía hacia el príncipe.

—Creo que Nefermaat debería haber nacido mil años atrás —intervino el príncipe, gozoso—. Es demasiado místico para los tiempos que corren; pocos hombres encontrará en el camino que desea recorrer.

Ramesenajt no dijo nada, observando cómo el joven recogía la bolsa con su instrumental.

—Ha sido agradable a mi corazón el haber tenido la oportunidad de poder saludarte, noble Ramesenajt. Con sumo placer continuaría en vuestra compañía pero, como el príncipe ya conoce, debo seguir con mi labor en otro lugar.

Amonhirkopshep hizo un ademán con la mano.

—Que Sejmet te siga iluminando.

—Que Amón y Anat queden con vosotros —contestó el joven despidiéndose, para abandonar seguidamente el lugar.

Ramesenajt le observó pensativo mientras se alejaba. Luego reanudó su conversación con el príncipe; tenían mucho de lo que hablar.



La noche cayó sobre Egipto cubriéndolo por completo con la más oscura de sus túnicas. Nut había decidido engalanarse con sus más tenebrosas prendas para celebrar la luna nueva. A la diosa le gustaba sobremanera aquella fase lunar, pues durante ella podía exhibir sin intromisiones su espléndida belleza. Eran noches de celebración en la bóveda celeste, a las que todas las estrellas, sin excepción, estaban invitadas. Nut las animaba, gozosa, a participar de tan festivo acto para que así hicieran gala de sus infinitos fulgores, allá donde se encontraran. Los luceros, eufóricos ante semejante conmemoración, se entregaban a ella sin ambages, liberando su propia naturaleza, desparramándola en forma de incontables lucecillas sobre el sagrado vientre de la diosa.

No obstante, aquella noche Shu, el que está vacío^[118], había decidido manifestar a la diosa su ancestral inquina. El dios del aire, creado por la envidia del padre Ra para así separar a Nut, el cielo, de su amado esposo Geb, la tierra, había determinado que éste no pudiera disfrutar de los majestuosos encantos de su esposa. Para ello, Shu había requerido solícito la ayuda de su divina consorte, Tefnut, la humedad, para juntos confabularse envolviendo la tierra con espesos velos, a fin de ocultar tan sublime magnificencia.

Tan apasionado fue el abrazo de Shu con Tefnut, que el Valle se cubrió de una espesa capa de niebla, como nunca se recordaba haber visto. Ra se sintió dichoso pues, en aquella hora, nadie en la tierra podía embelesarse con la visión del cielo de Egipto.

Bajo estas condiciones, la vida en el valle del Nilo pareció detenerse. El más opresivo de los silencios cayó como una invisible losa sobre Kemet, haciéndole parecer extrañamente irreal. Era como si el tiempo se hubiera detenido durante interminables instantes, eliminando todo vestigio de existencia. Aquella noche, el País de la Tierra Negra no era más que un fantasmagórico espectro atenazado por espesos bancos de niebla, que parecían amordazarlo; hasta Hapy, el dios del río, estaba callado, pues ni tan siquiera el rumor de sus aguas se escuchaba.

Era el momento idóneo para que los hombres conspiraran contra el orden establecido un lejano día por los dioses. Sólo en una noche semejante se podía fraguar la peor de las traiciones, aquella que atentaba contra la misma esencia del

país, desvirtuando su propia naturaleza; un hecho impensable y que parecía tan irreal como el paisaje de Egipto en aquella hora.

Uno tras otro, los encapuchados fueron llegando al lugar convenido. Éste era un viejo caserón, casi olvidado, situado junto a la orilla oriental del Nilo, muy apartado de los caminos que llevaban a Tebas, y al que sólo se podía acceder por el río. Su elección había sido cuidadosamente meditada, dentro del mayor de los secretos, pues no en vano en ella se había de decidir el futuro de Egipto.

Uno a uno los botes fueron surgiendo de entre la niebla, como genios procedentes del Amenti. Llegaron de todas las direcciones, y tras atracar sus pequeñas embarcaciones en la orilla, sus ocupantes desaparecieron como ánimas errantes hacia el interior de la casa.

A la tenue luz de las bujías, los encapuchados se sentaron en círculo, en el más absoluto silencio. Eran once, y las lamparillas crearon con sus figuras espectrales ilusiones que acabaron por desaparecer devoradas por la brumosa atmósfera.

Uno de ellos se levantó y observó a los demás unos instantes. La pálida luz se proyectó difusa sobre su cuerpo, creando en él una suerte de aura que le hizo asemejar a una aparición; mas su voz, resultó ser humana.

—Ésta será la última cita —dijo con gravedad—, pues el momento se acerca. Ya no hay posibilidad de volverse atrás, por lo que desde este instante dependeremos los unos de los otros. Cada uno de nosotros tiene una misión concreta que cumplir, que a todos atañe; es pues conveniente que nos mostremos, descubriendo así nuestros rostros.

Con gesto mecánico, los allí presentes se despojaron de sus capuchones. Acto seguido se miraron con timidez y cierta curiosidad, aunque sus voces ya hubieran sido reconocidas en anteriores encuentros.

—Todos vosotros me conocéis —prosiguió—. Mi nombre es Pabakamana, encargado de las despensas reales en el harén, y confidente de la reina Tiy. Soy el vínculo que os une a ella y el responsable de transmitir os sus designios.

Los reunidos permanecieron en silencio.

—Durante mucho tiempo hemos estado planeando nuestra estrategia minuciosamente. Ahora, el plan se encuentra listo para ser ejecutado; no podemos demorarlo, o correremos el riesgo de fracasar —advirtió Pabakamana—. Como podéis observar, todos los presentes ostentan funciones de la máxima importancia, siendo, además, personas de confianza del dios.

Los miembros del grupo se miraron entre sí, asintiendo entre murmullos.

—Quién puede haber más allegado al faraón que Maiaria, su copero, o Huy, el superintendente de su ganado, o Messui y Shotmaadje, sus escribas reales, o incluso Panouk y Pentau, los dos administradores del harén real —señaló el despensero—. Y, sin embargo —continuó éste—, como podéis ver, no son los únicos, pues entre nosotros se encuentra el muy noble Pairy, superintendente del tesoro real, Prekamenef, mago de la corte, y el general Pasay^[119]. Todos unidos debemos llevar a

buen fin nuestra empresa. Si actuamos con celeridad, en sólo una noche podemos tomar el poder. Muchos son los que aguardan para seguirnos; todo está preparado.

—¿Y el rey? —preguntó Pairy.

—El dios debe ser eliminado en el harén. Ésa será la señal para la revuelta armada. El príncipe Ramsés también morirá.

—¿Con cuántas fuerzas cuenta el general? —preguntó uno de los escribas.

—Con las suficientes —se apresuró a contestar Pasay—. Mis hombres no estarán solos, pues el comandante Bonemuese y sus batallones de *kushitas* nos ayudarán.

Todos asintieron dando su aprobación.

—Hay algo que me preocupa —observó Huy—. ¿Habéis pensado en la naturaleza divina del faraón? Tras la celebración de la Bella Fiesta del Valle, el dios regresará con sus poderes regenerados por el propio Amón, puede que sea necesario algo más que las intrigas de sus concubinas para acabar con él.

—Es por eso por lo que contaremos con la ayuda de Prekamenef. Él es el más poderoso mago de Egipto, un *heka* que además contará con la ayuda de nuestros dos escribas reales para poder leer todos sus conjuros y sortilegios. Con la magia de Prekamenef, el dios no tendrá salvación —concluyó el despensero—. Pairy, el superintendente, les proporcionará los pases para que puedan acceder libremente al interior del harén.

—Sólo hace falta decidir cuándo actuaremos —dijo el general.

—En este asunto, el tiempo corre en nuestra contra. Corremos el riesgo de ser descubiertos en cualquier momento, o incluso que el faraón fallezca prematuramente; nada hay seguro, además, cualquier hecho sin aparente importancia puede entrañar sus riesgos —apuntó de nuevo el despensero—. Recordad, si no, lo que ocurrió hace poco con la princesa Nubjesed.

El comentario creó murmullos entre los presentes.

—Estuvieron a punto de poner en peligro el plan, sin pretenderlo —comentó el general con cierta jocosidad—. Algo tan simple como el amor entre dos jóvenes pudo haber dado al traste con todo.

—Bueno, habréis de reconocer que la reina manejó bien los hilos —recalcó el despensero—. Pero no debemos tentar a la suerte más de lo necesario.

Los juramentados volvieron a asentir.

—Por ello, la fecha está fijada. Como sabéis muy bien, con el próximo plenilunio dará comienzo nuestra sagrada Fiesta del Valle; ésa será la señal, pues la noche siguiente a su conclusión, actuaremos. Tendremos, por tanto, una doble celebración, ya que tras la festividad, un nuevo dios se alzará en Egipto; nuestro señor Pentaure, el verdadero primogénito y único merecedor de portar la doble corona. Él se encuentra presto para tomar el poder desde la sombra; nosotros somos sus servidores y él nos colmará de parabienes —aseguró Pabakamana.

Aquellas palabras originaron un cierto revuelo.

—Hay algo más —interrumpió Pabakamana—. Somos conscientes del peligro

que corremos. Si fuéramos descubiertos o fracasáramos, lo pagaríamos con nuestra vida. Por ello hemos de extremar nuestra cautela. Pensad que poseemos todos los triunfos —continuó, esbozando una sonrisa—, pues si el plan se tuerce, aún dispondremos de una última baza, y ésta será infalible.

El pequeño cónclave aprobó aquellas palabras con satisfacción, mientras dirigían sus miradas hacia la misma persona; éste no era otro que Iroy.

Reclinado en su sillón favorito, Paneb vagabundeaba entre sus pensamientos. Éstos distaban mucho de ser inocuos, pues trataban de considerar cada paso, y las consecuencias que acarrearían. Los tiempos habían cambiado. Lejos quedaba el Egipto de sus antepasados, en el que la vida diaria era plácida y carente de sobresaltos. En aquellos lejanos días, uno podía sentarse tranquilamente a ver pasar la vida mientras se honraba a los dioses, rodeados de quietud y sin apenas preocupaciones.

Poco se parecía ese mundo al que le había tocado vivir. El antiguo ritmo sosegado y aún exánime de la sociedad egipcia era ahora bien diferente. Algo se movía en Kemet con un impulso que se le antojaba imparable. El poder se diversificaba, y el futuro ya no era predecible; sólo los que consiguieran adaptarse a la nueva situación mantendrían sus privilegios. Pero para ello no había más remedio que formar parte del juego; una compleja partida entre poderosas fuerzas, cuyo tablero no era otro que el País de las Dos Tierras.

Absorto como se encontraba, en tan profundas disquisiciones, no se percató de la presencia de su invitado hasta que éste se encontró prácticamente a su lado. Ello le hizo sentir un pequeño sobresalto, aunque al momento se sobrepusiera, justo para invitarle a tomar asiento.

Paneb miró fijamente a su visitante durante más tiempo del que requería la mera formalidad. Nunca le había agradado y, no obstante, necesitaba su concurso; pues no dejaba de ser una ficha del gran juego. Paneb suspiró, entrelazando sus manos para llevárselas después hasta los labios, en actitud pensativa. El hombre que tenía enfrente debía ser colocado correctamente dentro del tablero, aunque no le fuera simpático y se llamara Kenamun.

—Te agradezco que hayas venido, Kenamun.

Éste hizo un ademán con su mano, a modo de saludo.

—Sé que eres una persona muy ocupada, por ello doy un doble valor a tu visita —apuntó Paneb con cortesía.

—Así es; aunque no puedo ignorar las llamadas de los viejos amigos —dijo Kenamun haciendo una mueca—. Por cierto, ¿cómo se encuentra tu noble esposa?

—Magníficamente, viejo amigo. Ella es para mí fuente de toda felicidad; te aconsejo que tomes esposa, Kenamun.

Éste se movió incómodo en su silla, pero no dijo nada.

—Sé que tus grandes responsabilidades apenas te permiten pensar en otra cosa que no sea el servicio a Amón —observó Paneb, mientras le ofrecía vino.

—Sin duda el Oculto absorbe todo mi tiempo —contestó Kenamun, rechazando la copa con un gesto—. Pero a él me debo.

—Es bueno servir a los dioses, pues gratifican nuestro espíritu y nos conceden conocimiento. No hay nada mejor que llegar a comprender sus más profundos misterios; aquellos reservados sólo para los elegidos.

Kenamun le miró con aquel gesto desagradable que le era tan natural.

—Tú formas parte del alto clero —contestó con suavidad—, nadie mejor que tú para saberlo.

—En efecto —dijo Paneb, sonriendo—. Es por eso que te digo que los templos siempre ansían encontrar hombres capaces en los que confiar sus secretos, y que además defiendan sus intereses.

Kenamun le miró astutamente.

—Yo ya defiendiendo sus intereses.

—Claro, claro. Aunque no me negarás que, en alguna ocasión, has pensado en la posibilidad de llegar a formar parte de su alto clero —indicó Paneb—. Algo muy natural dada tu competencia.

—Los sueños no suelen concretarse con facilidad —contestó Kenamun, lacónico.

—Esa es una gran verdad, pues todo tiene su precio. Sin embargo, a veces los dioses nos facilitan opciones para conseguirlos, aunque es necesario que estemos dispuestos a cogerlas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kenamun ladinamente.

—Tú mejor que nadie sabes a lo que me refiero —contestó Paneb secamente—. No te he pedido que vengas para explicártelo, sino para proponerte algo.

De nuevo Kenamun se limitó a mover sus manos, invitando a Paneb a continuar.

—Como comentaste antes muy oportunamente —dijo Paneb, mientras escanciaba vino en una copa—, yo formo parte del alto clero. Soy Segundo Profeta de Montu, un dios que no es seguido por multitudes, pero que ha sido venerado desde tiempos inmemoriales por nuestra realeza, ya que él les proporciona la fuerza para derrotar a los enemigos de Egipto en la batalla. Además es muy antiguo, y durante siglos fue el patrono de Tebas, señoreando en Karnak hasta que llegó Amón para usurparle su dominio.

Paneb se detuvo unos instantes para beber de su copa, en tanto miraba a su interlocutor.

—Pues como te decía —prosiguió Paneb, chasqueando la lengua con deleite—, el ser Segundo Servidor de Montu, tras mi venerado padre, me proporciona el privilegio de estar en contacto íntimo con el dios, por lo que puedo escuchar sus consejos, y él mis plegarias. Y créeme, me orienta a menudo en el camino correcto que he de seguir. Él me habla, ¿sabes?, y como está en místico contacto con otros dioses, me cuenta cosas sorprendentes.

Kenamun le observó muy serio.

—Figúrate que, la otra tarde, estuviste en boca de mi adorado dios.

Ahora Kenamun abrió los ojos desmesuradamente.

—Sí, sí; créeme. Montu es así, muy generoso con quien le sirve bien. Por eso fue condescendiente conmigo, y me dijo que el dios Amón se encontraba muy satisfecho contigo.

Kenamun hizo un gesto de extrañeza, moviendo ligeramente los labios, como en un balbuceo.

—Esa misma cara de sorpresa puse yo —continuó Paneb—, y como no daba crédito a lo que había oído, rogué al divino Montu que me lo confirmara; y así lo hizo. Me aseguró que el Oculto se hallaba contentísimo con tu labor desarrollada, y que era consciente de las grandes aptitudes que atesorabas para alcanzar logros mayores. ¡Imagínate la impresión que me llevé!

—¿Adónde quieres llegar a parar? —interrumpió Kenamun, desabrido.

—Ya te lo dije antes. A veces los dioses nos facilitan la posibilidad de lograr nuestros sueños y, en confianza, creo que Montu es proclive a interceder a tu favor ante el Señor de Karnak. Es tu oportunidad, Kenamun, porque supongo que tendrás un sueño, ¿verdad?

Kenamun se frotó las manos con nerviosismo, en tanto obsequiaba a su amigo con una de sus torvas miradas.

—Los dioses conocen nuestros sueños —declaró seguidamente—. Poco necesita Montu que yo se los cuente.

—En efecto, él es muy sabio y por tanto los conoce. Mas como seguramente adivinarás, también es muy puntilloso, como ocurre con el resto de los dioses de nuestro panteón; él escucha nuestras peticiones, pero a cambio también demanda sacrificios; eso sí, si nos concede un deseo no podemos negarle una ofrenda. ¿Estarías tú dispuesto a ofrecerla?

Kenamun se acarició la barbilla.

—Hay precios que quizá nunca pudiera pagar —señaló, desconfiadamente.

—Eso debes decidirlo tú. Tanto tú como los dioses conocéis tus ambiciones, y yo tengo la llave que les daría cumplimiento. Además, se da la circunstancia que esa llave representa, en cierta forma, tu anhelo máximo.

Las palabras de Paneb hicieron que Kenamun mascullara un juramento mientras se levantaba. Su cara se puso roja, como presa de un ataque de ira contenida, y sus ojos se convirtieron en dos encendidos carboncillos.

—De nada sirve que adoptes esa actitud; debes serenarte, pues estoy seguro de que Amón no lo aprueba en absoluto.

Pero Kenamun ardía en su interior como si fuera devorado por las llamas. Intuía quién era la llave a la que se refería Paneb, y ello le reconcomía las entrañas.

—¿Y bien? —inquirió Paneb.

—Difícilmente puedo hablar de saldar una deuda que aún no ha sido contraída —respondió Kenamun, exasperado.

—Estoy convencido de que la contraerías con gusto; además no se trata de una

deuda, sino de una mujer; y muy hermosa, por cierto. Seguro que sabes a quién me refiero, ¿verdad?

Los labios de Kenamun volvieron a moverse temblorosos sin atreverse a proferir aquel nombre.

—Dime, Kenamun. ¿Qué serías capaz de hacer por ella?

El interpelado dejó vagar su mirada por el suelo y luego, como presa de la desesperación, cogió su cabeza entre las manos, mientras musitaba frases inconexas.

—El dios te propone que seas señor de esa mujer, hasta que Osiris te llame ante su tribunal para rendir cuentas —aseguró Paneb.

Kenamun volvió a mirarle, como lo haría una fiera acorralada. Ni en el peor de sus sueños podía haberse imaginado una cosa así y, sin embargo... Mas al cabo, consiguió serenarse, e incluso ordenar en parte sus pensamientos. Neferure representaba mucho más que un deseo; era toda una obsesión.

—¿Es Neferure la mujer que el dios me ofrece? —se atrevió a preguntar por fin.

—Tú lo has dicho. ¿Qué harías por conseguirla?

—¿No pretenderás que acabe con la vida de alguien? —preguntó Kenamun, sobresaltado.

—Nada repugna tanto a la vista de los dioses como la sangre derramada entre los hombres. Jamás osarían demandarte semejante atrocidad —respondió Paneb, molesto.

Kenamun se tranquilizó, y pareció pensativo.

—Tienes que comprender —prosiguió Paneb— que conseguir una mujer como ésa no será tarea fácil ni para el mismo Montu. Tú conoces de sobra las dificultades.

—¿Qué garantías me ofreces? ¿Cómo puedo estar seguro de que ella no me rechazará?

—¿Garantías? Todas. Recuerda que Montu en persona se ocuparía del asunto. Ella se doblegará ante ti; ya lo verás.

Kenamun pareció dudar un momento.

—Piénsalo, Kenamun. Con Neferure no sólo conseguirías hacer realidad un deseo, también te abriría nuevos caminos.

Kenamun le observó con atención.

—Montu sólo desea de ti una ofrenda. Después que se la satisfagas se sentirá complacido y nunca te volverá a pedir nada más.

Kenamun se rascó la cabeza.

—De acuerdo —suspiró al momento—. Haré lo que el dios me pida; pero Neferure me pertenecerá para siempre.

—Convenido.

—Bien. ¿Qué tengo que hacer?

La ciudad de Tebas ardía en fiestas. La noche del plenilunio del décimo mes del año dictaba el comienzo de la festividad más antigua de las celebradas en la ciudad; la Bella Fiesta del Valle. Aquella noche, los sacerdotes velaban en el santuario donde

se encontraba la barca del dios Amón, cantando loas al «señor de los dioses» en una vigilia cargada de misticismo, esperando la llegada del nuevo día, y con ello el comienzo de la celebración.

La Bella Fiesta del Valle, o *pa heb nefer n painet*, daba nombre al mes en que se celebraba, Paeninet, «el de la Fiesta del Valle» (abril), y era fundamentalmente una fiesta de los muertos en la cual se honraba su memoria. Durante ella, los ciudadanos visitaban las tumbas de sus seres queridos, embelleciéndolas con flores y ofrendas de todo tipo. Se trataba de una celebración alegre, pues los familiares y amigos se reunían en los patios de los sepulcros para comer, beber y disfrutar de todo lo que la vida de este mundo podía ofrecerles.

Era una festividad muy arraigada, pues ya se celebraba mil años atrás durante el reinado del dios Mentuhotep II.

Por ello, no era de extrañar el enorme gentío que, con las primeras luces de la jornada en la que daba comienzo la conmemoración, se apiñaba alrededor del Templo de Karnak. Justo al alba de ese día, los servidores del Oculto colocaban la naos en la que se hallaba su estatua sobre su sagrada barca, iniciando su marcha desde las oscuras profundidades del templo. Transportada por cuatro sacerdotes denominados «padres divinos», y acompañados por el Primer Profeta, que encabezaba la comitiva, la divina embarcación se ponía en movimiento a hombros de sus piadosos servidores mostrando toda su magnificencia, pues estaba tallada en la más rica madera de cedro, a la vez que revestida de plata y el más purísimo oro. Era la nave de Amón y, como tal, su proa y su popa hacían referencia a este hecho, pues en ellas se habían esculpido sendas cabezas de carnero; su símbolo divino. El dios Amón navegaba así en su barca, oculto dentro de la fastuosa naos y rodeado de preciosas esfinges que le rendían pleitesía.

Cuando, por fin, las tinieblas dejaban acariciarse por la tímida claridad que apenas se adivinaba en la gran sala hipóstila, el dios se reunía con las barcas que transportaban a su divina esposa Mut, y a su hijo Jonsu para, juntos, dirigirse en solemne procesión hacia el atrio donde el faraón se les unía. Desde allí, el cortejo encabezado por Ramsés III salía del recinto amurallado del templo, encaminándose hacia el cercano embarcadero donde se encontraba atracada la gran barca fluvial de Amón. Su apariencia era similar en riqueza y opulencia a la transportada por los sacerdotes pues, como ésta, también estaba fabricada del más precioso cedro del Líbano, y el más finísimo oro y la plata más pura la adornaban por doquier. Los mejores orfebres de Egipto habían cubierto con sus filigranas las delgadas planchas de tan nobles metales, dando a la nave un aspecto grandioso.

La comitiva se detenía ante ella, e iban embarcando en su interior las pequeñas barcas procesionales, junto a sus servidores. Luego, remolcada por la nave del rey, *Userhat*^[120] que era como se llamaba la embarcación de Amón, salía al Nilo para atravesarlo rumbo a su orilla oeste.

Un convoy de naves esperaban ansiosas la aparición del barco del dios para

lanzarle sus maromas, y halarle hasta la orilla opuesta, mientras una multitud enfervorizada cruzaba el río en infinidad de embarcaciones, acompañando a aquella flota con su música y sus cánticos.

Cuando por fin las barcas llegaban a la orilla occidental, éstas eran recibidas por el clamor de una multitud que ya las esperaba. El barco de Amón navegaba entonces por uno de los canales que salían desde el río, para dirigirse hacia su primera parada, «el castillo de millones de años del gran Seti I»; su templo funerario. Allí, el visir y todos los altos funcionarios daban la bienvenida a los dioses, y se unían a la procesión de éstos hasta el interior del templo. El patio de éste se encontraba lleno de un gentío que portaba las más variadas ofrendas. La multitud porfiaba por cubrir la barca sagrada con sus ramos de flores, para así santificarlos y depositarlos después en las tumbas de sus seres queridos. Tras atravesar aquella marea humana, la comitiva se perdía en el interior de la sala hipóstila del templo, donde la barca del dios quedaba depositada, cerrándose seguidamente las puertas de acceso para sumir así el lugar en la penumbra.

Ese era el momento en el que se sacaba la imagen de Amón del interior de su naos, para colocarla en una capilla cercana. Seguidamente, una estatua del difunto faraón Seti I era llevada a su vez a esa misma capilla para situarla junto a la de Amón. Entonces, dos sacerdotes disfrazados cual si fueran los dioses Thot y Horus bautizaban aquellas figuras con agua bendita, haciendo posible que ambas imágenes fueran una sola y que, por tanto, el difunto faraón Seti I y el dios Amón tuvieran la misma esencia divina. Con esta liturgia se cumplían los antiguos ritos de regeneración y del nuevo renacimiento del rey. Otra vez se había obrado el milagro, y el gran Seti había sido divinizado de nuevo; era el momento en el que, cumplida su mística misión, Amón era devuelto al interior de la naos, sobre su barca, abandonando seguidamente el templo, transportado por sus «padres divinos» para embarcar en el sagrado navío que, anclado en el canal, le guardaba.

El santuario quedaba entonces repleto de todas las ofrendas y donaciones que los devotos fieles habían depositado en él con fervor. Bueyes, aves, frutas, verduras...; todo quedaba apilado en el gran patio del templo como una palpable demostración de la generosidad del pueblo para con sus dioses. Cuando, tras finalizar sus enfervorecidos cánticos, la muchedumbre abandonaba el sagrado recinto, éste quedaba convertido en una especie de glorioso ferial abarrotado de dádivas. Dádivas que, seguidamente, eran repartidas a todos los servidores, desde el primero de sus sacerdotes hasta el último de sus trabajadores, por estricto orden jerárquico.

Este mismo ceremonial era repetido en los demás templos funerarios, que los grandes faraones se habían hecho levantar en el margen occidental de Tebas. La barca de Amón los visitaría todos, para renovar la esencia divina de los dioses que un día gobernaron en Kemet. En todos ellos sería recibido por una entusiasta multitud anhelante de bendiciones y, asimismo, quedaría patente la magnanimidad del pueblo al abastecerlos por completo. Era la Bella Fiesta del Valle, y en ella Amón anunciaba

a Egipto la paz divina; él, que era más grande que ningún otro dios.

Nefermaat, como la totalidad de funcionarios que servían a Ramsés III, se hallaba en Medinet Habu esperando la llegada de la sagrada comitiva. El Oculto también visitaría el templo funerario del único dios vivo sobre la tierra de Egipto. Desde el palacio anexo al santuario, los dignatarios habían ido llegando durante toda la jornada hasta ocupar sus hermosos patios. Todo el recinto se encontraba engalanado, preparado para la ocasión en la que el faraón entraría en su propio santuario acompañando al dios Amón. En las profundidades del templo se fundirían ambos en un mágico ritual, tras el cual Ramsés III se mostraría ante sus súbditos rebosante de majestad y gloria.

Nefermaat ocupaba su lugar junto al acceso a la sala hipóstila. Desde allí, el médico había estado observando a la familia real que, en su totalidad, se hallaba reunida en los lugares de privilegio. Su corazón se aceleró al ver a Nubjesed. Estaba tan hermosa, que creyó sentir que las fuerzas le abandonaban al pensar que ya no le pertenecía. Intentó apartar su vista de ella, pero una y otra vez sus ojos volvieron a buscarla en un acto que acabó por antojársele como desesperado. Ella, sin embargo, apenas dio muestras de interés por él, pues ni tan siquiera movió su cabeza para mirarle; aunque el joven estuviera seguro de que le había visto.

Para Nefermaat, tan señalado acto no significó sino una prueba más que le mandaban los dioses a fin de mortificarle. Durante todo el ceremonial, el joven estuvo tentado de abandonar su autocontrol para correr en busca de su amada, y decirle cuánto la quería. Jurarle delante del padre Amón que todo había sido una farsa; que un inimaginable enredo les había separado de la manera más vil.

Mas sus pies apenas se movieron, y Nefermaat permaneció en su sitio como una estatua más, de las muchas que adornaban el grandioso templo, presenciando hipnotizado la liturgia sin tener ninguna conciencia de cuanto ocurría; su corazón estaba junto a la princesa, pues lo demás no le interesaba. Por ello, cuando los sagrados misterios finalizaron y el faraón se mostró ante los allí reunidos desde «la ventana de las apariciones», irradiando su divina gloria recién regenerada por el mismo Amón, el joven fue de nuevo consciente de la realidad que le rodeaba, y del lugar que le correspondía.

Cuando todo terminó y la multitud se disolvió alegre entre alborozados cánticos, Nefermaat todavía permaneció durante un tiempo en el mismo sitio, extrañamente ausente. Nubjesed había estado muy próxima, y a la vez manifiestamente lejana. Su corazón había llamado a su puerta desesperadamente, pero la princesa le había ignorado; ni un mínimo gesto, ni tan siquiera una esquiva mirada, habían salido de ella; sólo la más absoluta indiferencia. Cuando los servidores del templo le hicieron ver que era el último que quedaba por abandonar el recinto sagrado, Nefermaat había comprendido, por fin, lo lejanos que verdaderamente se encontraban el uno del otro. La realidad y la ficción habían acabado por unirse, y todo formaba ya parte de un sueño.

Aquella noche, Nefermaat decidió pasarla como la mayoría de sus paisanos, recorriendo la necrópolis. El dios Amón había regresado a su embarcación para descansar en ella hasta la llegada del alba, rodeado por sus fieles sacerdotes que harían guardia, solicitando sus favores con sus rezos. Mientras, las puertas de los templos se cerrarían, y sus servidores se dirigirían a las tumbas a ofrecer sus dones.

Nefermaat se quedó sorprendido al comprobar el espíritu festivo con que se vivía aquella conmemoración. Por todas partes se escuchaba la música y los cánticos que invitaban a gozar de todo lo bueno que la vida podía proporcionar.

Él no tenía familiares a los que visitar, pues de su difunta madre nunca se encontró el cuerpo, no pudiendo darle sepultura. Por eso, recorrió los cementerios, sin rumbo, mezclándose con los innumerables grupos que celebraban espléndidos banquetes en los atrios de las tumbas de sus seres queridos. El vino corría por doquier, y conjuntos de bailarinas, tan sólo ataviadas con collares, danzaban desnudas en las entradas de los sepulcros con movimientos licenciosos, que bien podían hacer parecer a la festividad de los muertos como orgiástica.

Aunque se abstuviera de beber vino, el joven aceptó participar de toda aquella alegría, y disfrutar de la maravillosa música que los artistas regalaron a sus oídos. Sus versos llenaron la habitual quietud de la necrópolis tebana con sus estrofas cargadas de invitación a la vida.

—Haz crecer tu belleza y no dejes que tu corazón se entristezca... —escuchaba Nefermaat, emocionado—. Festeja pues el hermoso día, no te canses de hacerlo.

La gente asentía gozosa al oír aquellos cánticos, riendo y danzando con renovados ánimos, al ritmo de los crótalos y los tambores. En esos instantes, eran plenamente conscientes de los sutiles lazos que unían la vida con la muerte; siempre acechante. En el interior de las hermosas tumbas homenajeaban a sus muertos, aferrándose a su vez a la vida que, algún día, ellos también perderían. Por eso, todos asentían cuando escuchaban el antiguo canto que tan bien conocían.

—¡Piensa que nadie puede llevar sus cosas consigo, y que ninguno de los que están muertos ha vuelto jamás^[121]!

El cielo nocturno ya empezaba a clarear, cuando Nefermaat regresó a sus habitaciones. Lo hizo con renovado ánimo y alegría de espíritu, pues su recorrido aquella noche le había llenado de optimismo. La vida era un bien tan preciado que poco derecho tenía el hombre en malgastarlo. Representaba un supremo don conferido por los dioses, que en ningún caso debía desaprovechar. Los artistas tenían razón al cantárselo a los altos cerros de la necrópolis; nada es tan importante como la vida, pues todo lo que ocurre alrededor de ella no son más que circunstancias.

Se tumbó plácidamente sobre su áspera estera, mientras a sus oídos llegaban los lejanos cánticos que anunciaban la reanudación de las ceremonias del día anterior. La barca de Amón se ponía de nuevo en movimiento para visitar el resto de templos funerarios, en medio del fervor popular. Cuando hubiera finalizado su sagrado recorrido, se dirigiría en solemne procesión al *Djeser-Djeseru-Amon*, «el más santo

templo de Amón^[122]». La comitiva atravesaría su valle sagrado, reservado únicamente para el paso de las procesiones, hasta llegar al imponente santuario. En su interior, la barca de Amón descansaría durante varios días y noches, envuelto en el más profundo misticismo. Sus sacerdotes velarían por el dios durante todo el día celebrando sus cánticos, y por la noche realizando sus misteriosos rezos a la luz de las antorchas, que situarían alrededor de la sagrada nave.

Por la mañana las apagarían con aguamaniles llenos de leche y, al llegar el momento apropiado, regresarían de nuevo a Karnak, atravesando las sagradas aguas del Nilo en su majestuosa nave, rodeados de una pléyade de embarcaciones que le rendirían pleitesía acompañándola hasta los muelles del templo. El dios, junto a su divina esposa Mut y su hijo Jonsu, se sumergiría otra vez en las profundidades de su misterioso mundo, guardado por el cielo inquebrantable de sus profetas; aquéllos a los que sólo les era confiada su voluntad.



La acostumbrada quietud volvió a señorear en la vida diaria tebana. Con la estación de Shemu ya iniciada, los agricultores recorrían los campos inspeccionando las cosechas que, a no mucho tardar, serían recogidas. Hapy, el dios del Nilo, contemplaba satisfecho cómo las barcas de los pescadores faenaban en sus sagradas aguas abasteciéndose de su milenaria generosidad. Los albañiles, carpinteros y artesanos se aplicaban en su rutina diaria dichosos de poder ofrecer lo mejor de su trabajo a Kemet y sus dioses. Jueces, médicos, escribas, comerciantes... Tebas entera volvía a sus ancestrales quehaceres después de haber celebrado la decana de sus fiestas.

La orilla occidental volvió a impregnarse con sus tradicionales sabores de paz y misticismo. Los templos allí erigidos, celosos de su intimidad, otra vez se encerraron en sí mismos, siendo tan sólo accesibles a los puros de espíritu; aquellos que mantenían su servicio diario.

Los caminos que se adentraban en el desierto recuperaron su soledad habitual, aventurándose hasta los confines de la más yerma de las tierras; allí donde sólo las bestias o el iracundo Set pueden habitar. Incluso la sagrada necrópolis, en cuyos farallones resonara la desmedida euforia de los hombres, recobró su legendario sosiego, permitiendo de nuevo que el silencio se adueñara del lugar, para que Meret-Seger, «la que Ama el Silencio», retornara a su reino como diosa de la necrópolis tebana. Desde su trono elevado sobre la más alta de las cimas (El-Qurm) velaría, como de costumbre, por todos los que allí reposaban, y en particular por sus dilectos hijos que un día gobernaron Egipto y que descansaban sepultados en el Ta-Sejet-Áat, «la gran pradera», más conocido como el Valle de los Reyes.

Todo volvía a ser como había sido; como si el tiempo no tuviera importancia. Para un pueblo como aquél, para el que mil años apenas significaban un suspiro, aferrarse a las antiguas tradiciones era el único modo de mantener su identidad en un mundo que cambiaba, amenazando con devorarlo todo. Sin embargo, ni las milenarias culturas están libres de la codicia de los hombres. Nada pueden hacer los dioses ante ello más que observar horrorizados el incansable empeño de los humanos por destruir lo que tanto esfuerzo costó erigir. Las ancestrales enseñanzas dadas por los divinos padres a los habitantes del Valle del Nilo corrían peligro de caer en el

olvido, víctima de la ambición desmedida y la traición. Los que una vez no fueran más que ignorantes, se creían ahora tan poderosos como para desafiar al propio *maat*; la esencia misma de Kemet.

La tarde caía con rapidez sobre el palacio del dios. Los reflejos del divino Ra, que se ponía por *detrás* de las montañas de la necrópolis, daban un aspecto ilusorio a éstas al ribetearlas con una luz anaranjada, que realzaba sus contornos como si tuvieran vida propia. Hacia el este, sus faldas daban cobijo a las primeras sombras que ya iniciaban su infatigable paseo camino del río, prestas a cubrir todo Egipto. Era un hermoso atardecer, digno del mes de Paeninet (abril) en el que se encontraban, en el que la tierra, generosa, empezaba a dar sus frutos esparciendo sus olores por todo el Valle; pero, sin embargo, algo parecía empañarlo.

Nefermaat percibió aquella sensación al mirar desde una de las ventanas de sus aposentos. ¿Sería el extraño silencio que se respiraba en Medinet Habu? ¿O la absoluta calma que parecía reinar en el templo, en el que tan siquiera se movía una brizna de aire?

El joven se encogió inconscientemente de hombros, mientras volvía al interior de la habitación; su ánimo no se encontraba para tales disquisiciones, y además tenía que preparar un compuesto para tratar a varios pacientes aquejados de catarro, por lo que se puso a hacer sus mezclas, tal y como solía.

Como con frecuencia le ocurriera cuando estaba trabajando, Nefermaat perdió por completo la noción del tiempo; por ello no se sorprendió al comprobar que era ya noche cerrada cuando escuchó ruido de carreras en el patio, y cierto alboroto. Curioso, se asomó a una ventana escrutando en la oscuridad, mas no observó nada extraño, regresando al punto para continuar con su labor. Se hallaba mezclando miel y aloe, cuando alguien llamó a la puerta. Durante unos instantes prosiguió enfrascado en su tarea, añadiendo la mirra y el *stibium*, mas ante la insistencia de los golpes, decidió ir a abrir, pensando que quizás hubiera alguna urgencia que necesitara de su presencia.

—Abre, Nefermaat —oyó que le decían desde el otro lado de la puerta—. Soy tu hermano.

—¡Kenamun! —exclamó Nefermaat extrañado, mientras abría la puerta—. ¿Qué haces aquí? ¿Te ocurre algo? —Kenamun entró envuelto en una frazada, como alma que lleva el diablo.

—¿Que si me ocurre algo? —preguntó con voz fatigada, en tanto tomaba aliento—. ¿Acaso *no* sabes lo que ha pasado?

—No —contestó Nefermaat con ingenuidad, mientras ofrecía agua a su hermano.

—Gracias —dijo éste, bebiéndose la copa casi de un trago, mientras se sentaba—. Perdona mi sofoco, pero he venido hasta aquí para saber si te encontrabas bien.

—Pues ya ves que me encuentro perfectamente —indicó Nefermaat, sin comprender nada.

—Ha habido un levantamiento en palacio —se apresuró a continuar Kenamun—.

Han intentado asesinar al dios.

Nefermaat arrugó su frente, sorprendido.

—Así es, hermano. Me encontraba en los aposentos de nuestro padre, el muy noble Hóri, cuando, de repente, escuchamos en los pasillos ruido de lucha y una gran confusión que parecía venir desde el harén. Oímos gritos de alarma, y al asomarnos a la ventana vimos a un nutrido grupo de soldados que, se dirigía hacia allí a toda prisa.

—¡No es posible! Pero... ¿dices que han querido matar al faraón?

—Así es, pero no se sabe a ciencia cierta si lo han conseguido. Hay una gran confusión en palacio, aunque parece ser que los insurrectos están siendo apresados.

—Entonces, debo acudir a los aposentos reales —anunció Nefermaat, haciendo ademán de marcharse.

—De ninguna manera —señaló Kenamun, sujetándole por el brazo—. ¿Estás loco? Si intentas ver al dios, los *medjays* podrían tomarte por uno de los rebeldes, y tu vida correría peligro. Debes permanecer aquí hasta que la situación se calme. Si el faraón necesita de tus servicios, te mandará llamar.

Nefermaat dudó unos instantes, y luego asintió convencido.

—No salgas hasta que todo se aclare —manifestó Kenamun, autoritario—. ¿Me lo prometes?

Nefermaat le miró agradecido, experimentando un sentimiento totalmente desconocido hacia su hermano.

—Gracias, Kenamun —dijo, emocionado—. Te prometo que no me moveré de aquí.

Kenamun se levantó, y le dio un fuerte apretón en los brazos.

—Cuídate hermano, yo debo regresar con mi madre. Está muy asustada.

Nefermaat aprobó con un gesto las palabras de Kenamun, en tanto le abría la puerta. Luego, Kenamun salió tan aprisa como había entrado, y al poco el ruido de sus pasos se apagó por el final del pasillo.

Nefermaat permaneció unos minutos junto a la puerta. Estaba perplejo ante lo que le había contado su hermanastro, y aún mucho más por el hecho de que éste le hubiera avisado; jamás hubiera pensado que algo así pudiera ocurrir. Ello le hizo sentir un cierto regusto de culpabilidad, pues quizá se hubiera equivocado y no conociera realmente a su hermano. Esta posibilidad le hizo concebir esperanzas respecto al futuro de su relación, lo cual le satisfizo.

El inconfundible sonido de pisadas producidas por pies descalzos en el enlosado suelo vino a sacarle de su ensimismamiento. Parecían de varias personas y llegaban apresuradas, como si tuvieran prisa por alcanzar su meta. Los pasos se detuvieron junto a su puerta que, acto seguido, fue golpeada con estrépito.

—Abrid en nombre del faraón —anunció alguien desde el otro lado.

Nefermaat dio un respingo, sobresaltándose inconscientemente.

—Abrid o tiraremos la puerta abajo —volvió a repetir la misma voz, mientras la puerta era aporreada.

Nefermaat salió de su estupor, y se apresuró a abrirla. Un grupo de hombres armados entraron entonces en sus aposentos, empujándole sin miramientos; eran *medjays*.

—Tenemos informes que aseguran que aquí se ocultan insurrectos —profirió uno de ellos, con muy malos modos.

—¿Insurrectos? Sin duda os equivocáis de lugar; soy Nefermaat, *sunu* de la corte, y éstas son mis dependencias privadas...

—Sé muy bien quién eres —interrumpió el que parecía estar al mando del grupo—, aunque eso no tenga importancia para mí. Mi nombre es Sabuf, estoy al cargo de la policía de palacio, y tengo orden de encontrar hasta el último de los perros que esta noche se han sublevado contra el dios.

Nefermaat hizo un ademán con sus brazos, dando a entender que no sabía nada del asunto.

—Tenemos indicios para creer que no es como aseguras —apuntó Sabuf.

Nefermaat se le encaró con su semblante más serio.

—No me gusta tu tono. Te repito que éstas son mis habitaciones; lo único que encontraréis aquí son remedios para curar las enfermedades —recalcó el médico, algo irritado.

—Eso serán mis *medjays* los que lo determinen —indicó el jefe, haciendo una señal a sus hombres para que registraran las dependencias—. Y ahora dime, ¿dónde has estado esta noche?

Nefermaat se sintió ofendido.

—¡Esto es absurdo! —exclamó exasperado.

Sabuf le miró con desdén.

—No creo haberte escuchado responder a mi pregunta; te la formularé otra vez. ¿Dónde has estado esta noche?

—No me he movido de este lugar —subrayó el joven, ocultando a duras penas su irritación.

En ese momento se escuchó el ruido de un recipiente al romperse.

—¡Cómo os atrevéis! —gritó Nefermaat, perdiendo la calma, mientras se dirigía a ver qué había ocurrido.

Sabuf le aferró de un brazo, sujetándole con una fuerza sorprendente.

—¿Tienes algún testigo que lo acredite? —le preguntó con suavidad.

A Nefermaat no le gustó nada el cariz que estaba tomando el asunto.

—Sí, lo tengo —dijo tratando de tranquilizarse, mientras se soltaba de la mano—. El noble Kenamun, mi hermano, estuvo aquí.

—¿Kenamun? Ya veo —comentó el *medjay* con una sonrisa—. Es extraño, pues le hemos encontrado en las dependencias de sus padres, y según parece no se ha movido de allí.

—Te digo que esta noche vino a verme; podéis preguntárselo...

En ese momento, uno de los *medjays* llamó a su jefe.

—Sabuf, ven; mira lo que hemos encontrado.

Sabuf, seguido por Nefermaat, se precipitó a la habitación contigua. Allí, uno de sus hombres mantenía una figura entre sus manos.

Sabuf la examinó un momento con el semblante demudado.

—¡Isis nos guarde con su magia! —musitó, como para sí—. ¿Dónde lo has encontrado? —preguntó a continuación.

—Estaba en esa silla, oculta bajo la frazada.

—¿Qué es lo que habéis encontrado? —interrumpió Nefermaat, nuevamente acalorado—. ¿Qué tipo de broma es ésta?

—¿Broma? —inquirió el oficial, volviéndose hacia él—. Eso es algo que vas a tener que explicarnos tú; prendedle —ordenó Sabuf.

Al instante, Nefermaat se vio rodeado por los *medjays*, que le asieron con firmeza.

—¡Esto es un atropello! —protestó el médico con vehemencia—. ¿Qué suerte de farsa estáis representando?

El oficial se acercó a él, y le miró gélidamente a los ojos.

—No creo que esto sea ninguna farsa —aseguró mientras le mostraba la figura.

Nefermaat abrió desmesuradamente los ojos, horrorizado ante lo que estaba viendo. En una de sus manos, Sabuf sujetaba una figurilla de cera; ésta representaba al faraón ciñendo la doble corona, y estaba atravesada por alfileres.

—Magia negra —masculló Sabuf con desprecio—. Poco de farsa hay en esto.

El resto de los *medjays* se miraron atemorizados.

—¿De dónde ha salido esta estatuilla? ¿Yo...?

—Sabes de sobra de dónde salió —le cortó autoritario el oficial—. Tú mismo la escondiste en la silla, bajo la frazada.

Nefermaat miró hacia el pequeño sillón, y enseguida reconoció el manto que su hermanastro llevaba puesto aquella noche. Luego recordó que Kenamun había permanecido sentado en aquella silla, dejando olvidada su capa cuando se marchó.

El joven médico sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. ¡No era posible!; mas, sin embargo...

—A nadie se le escapa que eres dueño de misteriosos poderes —oyó que le decían—. Andas en oscuros tratos con Sejmet, diosa por la que no siento más que recelo. Te has convertido en un *heka*, un mago poderoso capaz, con sus sortilegios, de horadar la divina naturaleza del faraón para poder hacerle vulnerable ante los hombres.

—¡Eres un embaucador! —bramó Nefermaat sin poder contenerse—. Vosotros mismos debéis haber colocado la figura en la silla. Cómo osáis acusarme de algo tan monstruoso.

—¡Lleváosle! —gritó el oficial, fuera de sí.

—¡Esto es una ignominia, contraria a nuestras más sagradas leyes! —clamó Nefermaat, forcejeando con los guardias.

Éstos se le echaron encima, intentando inmovilizarle, pero el joven, invadido por una creciente cólera, parecía poseído por una fuerza extraordinaria, pues se deshizo de los *medjays*, que apenas pudieron sujetarle.

—¡Está poseído por la diosa! —gritó uno de ellos—. La cólera de Sejmet está en él.

Nefermaat era incapaz de escuchar nada. Resueltamente, se revolvía contra aquellos hombres que habían venido a visitarle en busca de su dignidad. En aquel momento, se sentía como si todos los agravios sufridos se hubieran desbocado al unísono, reclamando una satisfacción; dando lugar a una ira que nunca imaginó poseer. Era una pugna en la que los fantasmas del pasado combatían junto a él como furias desbocadas.

No obstante, todo acabó en un instante. En medio de tal confusión, Nefermaat apenas lo vio venir; sólo cuando lo tuvo encima se percató de que la lucha se terminaba. El puño de Sabuf se estrelló en su cara con tal potencia que el joven creyó haber sido golpeado por alguna maza de hierro. Cuando se derrumbó como un guiñapo, vio cómo el suelo se cubría con su sangre, a la vez que sentía el extraño regusto de ésta en su garganta. Durante escasos segundos, tuvo tiempo de pensar que quizá le habían roto la nariz, mas al punto su consciencia escapó, y todo se volvió tan oscuro como el tenebroso Mundo Inferior.

Lo primero que vio Nefermaat al abrir sus ojos fue el difuso techo de oscura piedra que parecía gravitar sobre él amenazante. Parpadeó repetidamente, intentando fijar adecuadamente aquella imagen, pero fue incapaz; el techo poseía sus propias leyes, y éstas hacíanle parecer caprichosamente ilusorio entre la penumbra que le envolvía. El joven se notó mareado y, casi de inmediato, experimentó tal dolor de cabeza que creyó que infinitos genios maléficos se habían instalado en ella para hacerle víctima de sus más perversos desmanes; luego, se sintió desagradablemente congestionado, e instintivamente se llevó una de sus manos a la nariz.

—Será mejor que no la toques, por ahora —dijo una voz, en tanto le sujetaban la mano.

Nefermaat se mostró sorprendido, pero enseguida obedeció, intentando recuperar su plena conciencia.

—A pesar de todo, has tenido suerte —oyó que le decían—, pues los huesos de tu nariz no parecen estar rotos.

El joven se pasó la lengua entre sus resecos labios, considerando aquellas palabras.

—Las fosas nasales están limpias de residuos de sangre, pero he tenido que taponártelas con lino impregnado en aceite.

Nefermaat hizo un leve gesto aprobatorio, mientras parecía recobrar poco a poco el discernimiento. La nariz, sangre... Extrañas imágenes desfilaban inciertas por su corazón. Escenas tumultuosas que iban y venían, en las que se veía a sí mismo peleando contra otros hombres, con un ardor inusitado; impropio de quien ha sido

instruido para llegar a ser santo. La visión de una silla sobre la que había una frazada tomó cuerpo con nitidez cada vez mayor. Cerca de ella, alguien le mostraba una figurilla, abominable donde las hubiese, imputándole terribles acusaciones. Luego, tras la reyerta, aquel mismo hombre descargaba sobre él su furia enviándole a la oscuridad más absoluta.

—Dadas las circunstancias, aquí poco más puedo hacer por ti, aunque dentro de unos días te sentirás mejor.

Ahora, Nefermaat reconoció aquella voz; era cálida, y al punto se sintió reconfortado.

—Iroy —dijo el joven, incorporándose—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos?

—En la antesala del tribunal de Osiris —contestó el viejo médico, con pesar.

Nefermaat reparó entonces en el lugar en el que se encontraban; una amplia estancia, lóbrega e inhóspita, pobremente iluminada a través de una pequeña claraboya enrejada. El suelo, como el jergón de piedra sobre el que se hallaba, estaba cubierto de paja, y en los muros, multitud de frases grabadas daban testimonio de los desgraciados a quienes aquellas paredes habían custodiado.

El joven oyó toses, advirtiendo con ello que otras personas se encontraban también allí. A la débil luz que entraba por el ventanuco, pudo reconocer a Maiaria, el copero real, a Pairy, el superintendente del tesoro, y a Prekamenef, el mago de la corte. Esto le hizo volver su confundida mirada hacia Iroy, que asintió resignado.

—Lo extraño no es que nos veas aquí, sino el que tú nos acompañes —dijo Iroy, consternado.

—Desde mi llegada a Medinet Habu no he sido más que el blanco de insidias y maquinaciones. Sólo puedo dar fe de sus funestas consecuencias —aseguró el joven, abatido—. No sé qué oculto motivo me ha podido traer a este lugar.

Iroy miró el tragaluz, suspirando.

—Al menos podrás contarme lo que ocurrió —le animó el viejo, con un ademán—. Quizá pueda poner un poco de luz en tu corazón.

Nefermaat le miró vivamente un instante, y luego desvió su vista hacia el techo, como ordenando sus pensamientos. Acto seguido, volvió a mirar a su venerable amigo, y le contó cuanto pasó.

—Jamás hubiera osado levantar mi mano contra el faraón —aseguró el joven, al terminar su relato.

—Lo sé. Sin embargo, hay quien ha creído conveniente que lo pareciera —apuntó el viejo médico, con tristeza.

Nefermaat abrió los ojos asombrado.

—Pero ¿por qué? —se lamentó el joven.

—Sin pretenderlo has entrado a formar parte de un juego del que ni siquiera conoces las reglas —dijo Iroy, encogiéndose de hombros.

—Y tú, Iroy, ¿las conoces? ¿Cómo es posible que...?

—¿Que me encuentre aquí? —le interrumpió, sonriendo amargamente—. Yo

formo parte destacada de ese juego.

Nefermaat le miró con incredulidad.

—Me temo que así sea, amigo mío. Es hora que sepas la verdad.

Iroy explicó a su joven amigo cuanto ocurrió; sus reuniones secretas, así como los pormenores de una trama en la que estaban involucrados altos dignatarios y oficiales, y cuyo vértice lo formaban nada menos que la reina Tiy y el príncipe Pentaure. Nefermaat escuchó asombrado los detalles del plan, comprendiendo la magnitud del embrollo en el que se hallaba metido.

—Pero... según parece, fracasasteis —balbuceó el joven, al acabar de escuchar el relato—. ¿O acaso llegasteis a consumir el magnicidio?

Iroy negó con su cabeza.

—El faraón se encuentra vivo, aunque desconozco en qué condiciones. Él se encontraba jugando al *ente* con sus concubinas cuando se produjo el levantamiento en el harén, pero pudo escapar de allí, aunque posiblemente se encuentre malherido; nadie lo sabe con seguridad.

Nefermaat estaba perplejo.

—Todo salió mal —continuó Iroy—. Ahora está claro que conocían nuestro plan, y nos estaban esperando. Sólo así puede explicarse el que nos detuvieran con tanta rapidez.

—¿Y tú? No puedo imaginarte alzándote contra el dios.

—Como los demás, yo formaba parte del complot, y además, destacada; el último eslabón, por si algo fallaba. Si el dios lograba escapar con vida, yo debía ocuparme de él, incluso administrándole algún veneno, si así era necesario.

—Todavía no entiendo. ¿Qué motivos te empujaron a implicarte en algo semejante? —observó el joven.

—Podría estar horas hablándote de ellos pues, durante años, el faraón me los ha dado casi a diario. ¿Recuerdas el trato que nos dispensó en cierta ocasión?

Nefermaat le miró en silencio.

—Aquello no fue más que un pálido reflejo del despotismo del que solía hacer gala. Es increíble que un gran rey, como él, haya podido llegar a olvidarse de su pueblo de la forma que él lo ha hecho. Egipto no podía continuar por ese camino; necesitaba urgentemente un nuevo dios dispuesto a variar el curso de una nave que hace aguas por todas partes.

—¿Y el príncipe Ramsés? Él es su heredero, y...

—El príncipe Ramsés no es más que una oscura sombra de su padre. Aun sin gobernar, ha sido capaz de granjearse demasiados enemigos.

—Pero es el heredero. A nadie más que a él corresponde llevar, algún día, la doble corona.

—Sobre eso podríamos hablar sin llegar a ponernos nunca de acuerdo. Por lo que a mí respecta, la reina Tiy tiene tantos derechos como Tety, la difunta madre del príncipe Ramsés, para que uno de sus hijos ocupe el trono. El príncipe Pentaure es su

primogénito, y en mi opinión sería un faraón mucho más idóneo que su hermanastro. En él habíamos depositado nuestras esperanzas, pero en esta ocasión, los dioses no parecen habernos resultado propicios.

—Hay algo que no comprendo —señaló el joven—. Si, como aseguras, el faraón conocía vuestros planes, ¿por qué no intervino con anterioridad? De esa forma no hubiera corrido el riesgo de resultar herido.

—Je, je. Esa es una buena pregunta, y en ella se encuentra la clave de todo este asunto; yo también he venido haciéndomela durante toda la noche, y he llegado a la conclusión de que el dios no lo sabía.

—¿Que no lo sabía?

—En efecto. Tanto él, como nosotros, hemos sido hábilmente utilizados.

—¿Utilizados? ¿Por quién? —preguntó el joven, asombrado.

—Esa cuestión no la puedo responder con seguridad. Ocultos bajo espesos velos se encuentran poderes que te serían imposibles de imaginar.

Nefermaat no pudo ocultar su desconcierto.

—Estoy convencido de que fueran quienes fuesen, conocían nuestras intenciones desde el primer momento; en cierto modo no han hecho sino jugar con nosotros.

—Pero el dios ha resultado herido; quién sabe si de gravedad.

—Ese detalle es muy interesante, y nos indica que su muerte quizá fuera deseada. ¿Quién querría algo así?, te preguntarás. Entrar en tales averiguaciones nos llevaría, indefectiblemente, al movedizo terreno de la suposición; aunque puestos a ello, se me ocurra algún nombre.

Nefermaat continuó con el mismo semblante de perplejidad.

—¿Quién sería el mayor beneficiado en las condiciones actuales? Indudablemente, el príncipe Ramsés —aseguró Iroy—. Su situación política es delicada pues, como te dije antes, tiene enemigos incluso entre sus propios hermanos. Lleva diez años esperando sentarse en el trono, y aunque sea Generalísimo de los ejércitos, su posición no es todo lo sólida que desearía; el tiempo actúa en su contra. Está impaciente porque Osiris llame a su augusto padre para sentarse así en el trono de Egipto; estoy seguro de ello.

El joven se acarició la barbilla, pensativo.

—Claro que éstas no dejan de ser meras conjeturas de un viejo, y probablemente nunca sepamos la verdad.

—Sigo sin entender cuál es mi papel en todo esto —indicó Nefermaat.

—Es obvio que resultas molesto, y han aprovechado la ocasión para eliminarte; aunque he de reconocer que en esto yo también tengo parte de culpa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el joven extrañado.

—Debía haberte advertido con anterioridad sobre el terreno que pisabas. Tú mismo has podido comprobar las consecuencias.

Nefermaat se quedó atónito.

—¿Te refieres a Nubjesed?

—Así es. Sin proponérselo interferisteis en nuestro complot, y lo último que Tiy deseaba era tener un problema añadido. La princesa posee sangre real por línea directa, y por lo tanto podía legitimar en el trono a quien se casase con ella. Vuestro amor trascendió mucho más allá de lo que hubiera dictado la prudencia, y ello creó cierta intranquilidad.

El joven escuchaba, encendido.

—Convendrás conmigo que fuisteis poco discretos —continuó Iroy, al ver la cara que ponía su amigo—. ¿De verdad pensasteis que nadie se enteraría? Debisteis ser más precavidos.

—Nunca pensé que pudieras hablarme así.

Iroy le miró, adivinando en su rostro la ira contenida.

—Tienes razón —dijo al fin, moviendo la cabeza consternado—. No hay sentimiento como el del amor, y nada tan deleznable como utilizarlo para fines tan bajos como los nuestros. Sé que mis manos se ensuciaron con ello, pero nada podía hacer. Si te hubiera advertido, podríamos haber sido descubiertos; aunque, como ves, al final de poco haya servido.

Nefermaat puso las manos sobre su dolorida cabeza, mientras clavaba su vista en el suelo.

—Siento que haya ocurrido todo esto —continuó el viejo, entristecido—. Siempre te quise como a un hijo y, aunque no me creas, nunca hubiera permitido que te ocurriera nada malo.

—Toda mi vida confié en ti —intervino el joven, con los ojos velados por las lágrimas—. Hubiera hecho lo que me pidieras.

—Lo sé, Nefermaat. Créeme si te digo que me siento más culpable de ello que del hecho de estar aquí.

Las lágrimas resbalaron por el rostro del joven, en silencio.

—No te traje a la corte para esto —dijo Iroy, conmovido—. Nunca pensé que éstas pudieran ser las consecuencias.

—Debí quedarme en Menfis —respondió Nefermaat, mirándole fijamente—, junto al viejo decano; fuera de los muros del templo no he encontrado más que traición y perfidia.

Iroy asintió, compungido.

—No tienes culpa de nada y, sin embargo... Mas escúchame, Nefermaat. Ninguno de nosotros te ha implicado en la conjura; debes tener eso bien claro. Tú no debes correr nuestra misma suerte.

El joven, que parecía haber recobrado la calma, le miró con incredulidad.

—Este no es momento de engaños. Dentro de poco, Temsep^[123] me juzgará, y mi alma irá a parar directamente a las fauces de Ammit, La Devoradora. Pero tú has de salir con bien; Maat te ayudará.

—No se me ocurre cómo —suspiró Nefermaat—. Ni siquiera sé qué hacía aquella figura en mi habitación.

—Alguien la puso allí.

El joven asintió, calladamente.

—Dices que sólo Kenamun y los guardias estuvieron aquella noche en tus habitaciones, ¿no es así?

—Así es.

—Hum. Pues la cosa está clara. Cualquiera de los *medjays* pudo haberla colocado en la silla, aunque hay algo que...

—Me resisto a sospechar que mi propio hermano hubiera sido capaz de algo así.

—Ciertamente iría contra natura; pero hay un pequeño detalle que, al menos, deberías considerar. ¿No te parece extraño que se dejara olvidada su frazada en la misma silla en la que los guardias encontraran la figurilla?

Nefermaat levantó una ceja, perplejo.

—Quizá sea una casualidad —pareció reflexionar, Iroy—, pero...

—No comprendo qué ganaría mi hermano con eso —intervino el joven, molesto.

—Eso nosotros no lo sabemos. En cualquier caso, lo más importante para ti es poder demostrar tu inocencia; debes salir con vida de aquí, y quizás algún día puedas conocer toda la verdad.

Durante los siguientes días, Nefermaat pareció sumido en una profunda depresión. Un mundo artero, para el que no estaba preparado, le había engullido de la manera más vil, despojándole de todo cuanto amaba, e incluso de su propia dignidad. Ahora era un reo, y como tal se encontraba recluido junto con otros como él, a la espera de recibir la ira del faraón. Sobre éste poco se sabía, aunque parecía encontrarse con vida, pues según se decía, él mismo había elegido los jueces que se encargarían de juzgar el caso.

Iroy se ocupó de él lo mejor que pudo, aunque para el alivio del alma sus remedios no fueran los más adecuados. Sin embargo, sí consiguió que, al menos, el joven tomara bocado, algo sin duda meritorio, pues la comida que les servían era poco menos que infecta. Los guardias que se la traían hacían particular hincapié en ello, a la vez que les trataban con escarnio, llegando incluso a hacer mofa de sus nombres cambiándolos de forma ingeniosa. Así, al principal aliado de la reina Tiy, Pabakamana, cuyo nombre significa «sirviente de Amón», le pusieron Paibakamana que quiere decir «sirviente ciego de Amón»; a Maiaria, nombre que quiere decir «creyente de Ra», le llamaron Mastesuria, o lo que es lo mismo, «Ra le odia»; a Huy, el superintendente del ganado, el nombre se lo cambiaron por Panhuyboni, «este diablo Huy»; y así a la mayoría de los condenados, aunque hubiera alguno que no lo necesitara por poseer ya de por sí un nombre gracioso, como era el caso de Pasay, o lo que es lo mismo, «el calvo^[124]».

Ignorantes de toda noticia que les comunicara con el exterior, y objeto de constantes burlas por parte de sus guardianes, los presos llegaron a aborrecer aquel lugar como a ningún otro. Para la mayoría de ellos resultaba preferible enfrentarse a su sombrío futuro que permanecer allí durante más tiempo. En el interior de

semejante antro, aquellos hombres se sentían desposeídos de su alma, como entes errantes que vagaran a través de ilusorios planos; allí dentro, les hacían tomar conciencia de lo que realmente ya eran; nada.

Por fin, una mañana, vinieron a recordarles que en realidad existían. Un grupo de *medjays* se personó en la celda originando un gran alboroto, pues se abrieron paso hasta su interior repartiendo latigazos a todo aquel que encontraron a su paso.

—Bien, perros —gritó uno de los *medjays*, adelantándose—. Seguro que os acordáis de mí; soy Sabuf, jefe de la policía de palacio, y responsable de vuestra captura. Ya habéis pasado demasiado tiempo holgazaneando entre estas paredes; ha llegado el momento que rindáis cuentas por vuestra traición.

Con ambos puños sobre sus caderas, Sabuf paseó su mirada desafiante por entre los atemorizados reos.

—Si por mí hubiera sido —continuó con desprecio—, ya os hubiera hecho empalar a todos, pero los dioses primigenios os otorgaron la gracia de nacer en un país civilizado, y por lo tanto el derecho a tener un juicio justo; algo que, en mi opinión, no merecéis. Mas no perdáis cuidado, pues estoy convencido de que se hará justicia, e iréis a visitar a nuestra amantísima Ammit; según me han dicho, ella os espera con los brazos abiertos.

El grupo de *medjays* lanzó una carcajada ante la ocurrencia, que Sabuf se apresuró a acallar, levantando una de sus manos.

—Va siendo hora que afrontéis vuestras responsabilidades —dijo el *medjay*, con gravedad—. Cinco de vosotros deberéis acompañarnos de inmediato, a fin de dejaros preparados para presentaros adecuadamente ante el tribunal.

Aquellas palabras provocaron grandes risotadas entre sus hombres que, esta vez, Sabuf no se molestó en silenciar.

—Ahora os diremos los nombres de los agraciados —indicó Sabuf, muy serio—. Os prometo que los recomendaremos encarecidamente al divino Anubis.

Los guardias volvieron a reír estrepitosamente, en tanto el jefe *medjay* anunciaba los nombres en voz alta. Al oírlos, los interpelados salieron uno a uno. Paibakamana, Pentau, Mastesuria, Panouk y Pairy se adelantaron cabizbajos.

—Ellos serán los primeros —subrayó Sabuf, con desdén—, pero no temáis; no nos olvidaremos de vosotros.

Acto seguido, los encausados fueron sacados de la celda a empujones, con indisimulada brutalidad. Los *medjays* reían escandalosamente, pues es bien sabido el goce que produce entre algunos hombres la desgracia de otros.

—La muerte será una liberación para ellos —se lamentó en voz baja Iroy, mientras las risotadas, quejidos y restallar de látigos se escuchaban cada vez más lejanos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nefermaat.

—Que el veredicto supondrá una liberación. Antes de presentarse ante el tribunal, esos desgraciados sufrirán un largo interrogatorio.

El joven puso cara de espanto.

—¿Los torturarán?

—Lo usual, por un intento de crimen de Estado como éste, calculo que recibirán entre cien y doscientos bastonazos; eso les soltará la lengua, sin lugar a dudas.

Nefermaat miró al viejo, boquiabierto.

—Así es; significa el peor trance de todos, aunque te aseguro que, por lo que a mí respecta, se los pueden ahorrar. Pienso firmar la declaración que me pongan delante. Ya que he de morir, al menos quisiera hacerlo con todos mis huesos en su sitio.

El joven resopló ante lo que se le venía encima.

—No debes preocuparte ahora por eso. Estoy seguro de que te juzgarán en último lugar, y para entonces el tribunal se habrá dado cuenta de que nada tienes que ver en esta tragedia.

El viejo Iroy no se equivocó en sus estimaciones. Los primeros acusados fueron interrogados antes del juicio, con el celo habitual; casi doscientos bastonazos recibieron cada uno. Ello les hizo presentarse ante el tribunal con las carnes tumefactas y laceraciones múltiples, aunque esto no impresionara en absoluto a los jueces.

La Corte de Justicia, el *hut-ur*, estaba compuesta para la ocasión por seis magistrados. Ramsés III había dictaminado que, de los doce jueces por él elegidos, sólo seis dictaran sentencia en cada vista, de tal suerte que éstos fueran cambiando en los siguientes procesos para que no coincidieran nunca los mismos. Ello causó cierto estupor, pues evidenciaba claramente la desconfianza que el faraón parecía sentir por sus jueces. Desconfianza que, dicho sea de paso, quedó plenamente justificada ante determinados hechos ocurridos posteriormente.

El juicio de los primeros encausados resultó todo lo rápido que cabía presumir. Los delitos eran de tal magnitud, y su participación en ellos tan flagrante, que nadie se extrañó al escuchar del Alto Tribunal las palabras con las que declaraban su culpabilidad.

—¡Los dioses del país abominan de ti! ¡Ellos son los que dictan sentencia^[125]!

Este veredicto era el esperado, aunque no así la forma en que debía cumplirse, y que dejó aterrorizados a los culpables, pues la justicia del faraón condenaba a aquellos hombres a ser quemados vivos. Además, la sentencia debería ser cumplida de inmediato.

Para tal fin, se habían fabricado varios hornos en una de las explanadas situadas junto al recinto de Medinet Habu. Allí, en presencia del pueblo, los reos fueron incinerados entre horribles gritos de agonía. Luego, cuando finalmente sus cuerpos se encontraron totalmente calcinados, sus verdugos recogieron sus restos depositándolos en arpilleras, que unos asnos se encargaron de transportar a fin de esparcir su contenido por los caminos de Egipto; tal fue el terrible veredicto del dios^[126].

La noticia de tan pavoroso escarmiento corrió por todo el país, llevado por las mismas aguas del Nilo; incluso en el interior de su hacinamiento supieron, los

arrestados, de ella; lo cual, como era lógico y natural, produjo gran espanto a la vez que aflojó algunos vientres. Los propios carceleros se encargaron de notificarles tan esperanzadoras noticias, en tanto se regocijaban de su devastadora acogida.

—Id pensando en quiénes seréis los siguientes —gritaban de vez en cuando.

Nefermaat, ante el cariz que tomaba el asunto, miraba angustiada a su viejo protector sin atreverse a decir una palabra. Un castigo como aquél era algo que iba más allá de su propia imaginación.

Iroy trató de calmarle, haciéndole ver que semejante escarmiento no buscaba sino el que no volviera a repetirse algo parecido.

—El dios no castigará a todos por igual, y mucho menos a los miembros de su familia —dijo el viejo, convencido.

—¿Y qué será de nosotros?

—A mí, confío que me permitan quitarme la vida; en cuanto a ti, espero y deseo que nada; aunque, como te dije, es Maat quien tiene la última palabra.

El joven pareció reflexionar sobre aquellas palabras, y no volvió a abrir la boca durante el resto de la noche. Si era Maat la que había de decidir su inocencia, ésta estaba clara, pero por desgracia eran hombres los que formaban el tribunal y no dioses, y su justicia en nada se parecía. Por ello decidió encomendarse a Sejmet, la de la terrible cólera. Ella era temida por los hombres, más que ningún otro dios, y por eso trataban de apaciguarla, a fin de guardarse de su ira.

Si el joven era hijo predilecto de la diosa leona, ésta le protegería.

Próximos al alba, hubo ruido de puertas que se abrían y fuertes pisadas. Varios hombres con antorchas se situaron en el centro de la sala, y uno de ellos empezó a llamar a los reclusos.

—Es Naneu, el jefe superior de policía —comentó Iroy al joven, en voz baja—. Van a dividirnos, lo cual es una buena señal para ti; debes mantener la esperanza.

Tal y como había predicho Iroy, Naneu dividió a los acusados formando tres grupos.

—Aquí nos separamos —dijo Iroy con voz trémula—. Pero siempre velaré por ti; no lo olvides.

Ambos amigos se abrazaron entre contenidos sollozos. Antes de separarse, el viejo médico apenas acertó a musitar unas palabras.

—Perdóname, hijo mío.

Luego, unas manos vinieron a separarles, llevándose a Iroy a empujones.

Aquella madrugada, veintiún hombres salieron de la celda, repartidos en tres filas con destinos diferentes, pues ocuparían distintos calabozos en función de su implicación en la revuelta. Tras el interrogatorio a los primeros ajusticiados, la policía tenía ya clara cuál era la participación de cada imputado. Todos serían juzgados por la responsabilidad de sus actos.

Sin embargo, hubo quien pareció ser olvidado, como si en verdad no existiera, pues su nombre no fue pronunciado, ni su presencia requerida. Ignorado, como el

más humilde de los parias, Nefermaat permaneció donde estaba, sentado sobre el frío jergón de piedra cubierto de paja, viendo cómo uno tras otro, sus compañeros de desgracia desfilaban ante su vista camino de su incierto sino.

La lóbrega mazmorra quedó entonces silenciosa como una mastaba. El joven pensó en ello, y en la absoluta soledad en la que se encontraba. Ni un ruido, ni tan siquiera el producido por los guardias que, desde el otro lado de los pardos muros, le custodiaban; no se oía nada. ¿Habría sido abandonado a su suerte? ¿O quizá le tenían reservado un trato especial a manos del verdugo? Sonrió para sus adentros ante tales cuestiones, pues bien sabía él lo poco olvidadizos que resultaban sus paisanos, así como lo metódico de sus pautas; si se encontraba allí solo, era porque así lo habían decidido.

Durante dos días, Nefermaat tuvo tiempo más que suficiente para conjeturar acerca de su situación, y reflexionar sobre su vaga fortuna. Su total aislamiento le ofreció la posibilidad de hacerlo, a la vez que le ayudó a serenar su maltrecho ánimo, llegando al convencimiento de que, con la ayuda de Sejmet, saldría con bien de aquel embrollo. Todos los días, alguien le introducía una escudilla con comida en la celda, con lo que, de alguna manera, había quien se preocupaba por él; además, su nariz se encontraba mucho mejor, lo cual no dejaba de significar una buena noticia.

La noche del segundo día, Nefermaat dormitaba en una especie de duermevela, cuando el quejumbroso sonido de los goznes de la puerta al abrirse le hizo incorporarse en su duro jergón. Apenas le había dado tiempo a frotarse los ojos, cuando una figura encapuchada entró en la lóbrega mazmorra, con una lámpara entre las manos. El silencioso visitante hizo un inequívoco gesto, ordenando al carcelero, que le acompañaba, que saliera y cerrara la puerta; luego se aproximó lentamente hasta detenerse ante él.

—Sejmet continúa velando por ti, Nefermaat —dijo el extraño, descubriéndose.

—¡Príncipe Amonhirkopshep! —exclamó Nefermaat, sin poder reprimir su sorpresa.

—Chsss... —replicó el príncipe, poniendo un dedo sobre sus labios—. Preferiría mantener esta visita lo más en secreto posible.

—Lo siento, príncipe Amonhirkopshep, pero al verte no he podido reprimir la emoción —dijo el joven, ahora casi en susurros.

El príncipe asintió, mientras se sentaba en el duro banco, poniendo la lámpara entre ambos.

—Nada de Amonhirkopshep; hoy, más que nunca, soy el príncipe Amón —indicó con una extraña mueca—. Me temo que no tienes a nadie más que se interese por ti.

Nefermaat le miró angustiada.

—El lugar no podría ser más apropiado para alimentar esa mirada —aseguró el príncipe, mientras echaba un vistazo en rededor—. Parece que nos hallemos en las mismas puertas de la entrada al Mundo Inferior.

—Me temo que la puerta que he de traspasar sea todavía mucho peor —se

lamentó el joven—. Si Maat, la diosa de la justicia, no lo remedia, será Osiris el que me reciba a no mucho tardar.

—Reconozco que cuando me enteré que habías sido arrestado, apenas di crédito a la noticia.

—Sabes que sería incapaz de levantar mi mano contra nadie, y mucho menos contra el dios —murmuró el *sunu* con cierta desesperación—. No conozco el motivo, pero he vuelto a ser utilizado de la manera más vil que...

El príncipe alzó una de sus manos, interrumpiéndole.

—Quisiera que me contaras lo que ocurrió.

Nefermaat asintió emocionado, y con voz algo trémula relató al príncipe lo acontecido. Éste escuchó en silencio, sin perder detalle. Al terminar se acarició la barbilla, pensativo.

—Tal y como lo cuentas parece que Renenutet te haya gastado la peor de sus bromas; sólo así puede comprenderse semejante enredo. La diosa del destino suele ser aficionada a ellas durante el transcurso de nuestra vida, aunque he de reconocer que contigo esta vez se ha superado.

—La diosa parece que tiene especial interés, últimamente, en escarnecerme.

—Ha debido encariñarse contigo —dijo el príncipe, sin poder evitar hacer un chiste.

A Nefermaat, el comentario no le hizo ninguna gracia.

—No te enfades —se apresuró a decir Amonhirkopshep—. A veces es mejor quitar dramatismo a estas cuestiones. Los dos sabemos que han sido los hombres los que te han traído hasta aquí.

—Entonces... ¿Crees en mi inocencia?

El príncipe movió la cabeza afirmativamente.

—No puede ser de otra forma —aseguró en voz baja—. Según mis noticias, fue la reina Tiy quien urdió la intriga que tuvo como resultado tu ruptura con Nubjesed. Hubiera sido imposible que algo así ocurriera, en caso de que hubieras formado parte de su complot contra el faraón.

El semblante de Nefermaat se iluminó esperanzado.

—Creo en tu inocencia, Nefermaat, aunque poco puedo hacer para liberarte. Los mismos que te han traído hasta aquí no permitirían que lo hiciera. Para ello, primero sería necesario desenmascararlos.

El joven pareció consternado.

—¿Quién crees que pudo haber puesto aquella figura en la habitación? —preguntó el joven, con la vista clavada en el suelo.

—Cualquiera; incluso tu propio hermano. Mas ésa no es la cuestión, puesto que fuera quien fuese lo hizo cumpliendo un dictamen. Escucha, Nefermaat —continuó el príncipe con voz grave—, ha ocurrido algo de gran importancia, que sin duda ignoras, y que viene a complicar aún más las cosas; un hecho terrible, como ningún otro.

Al joven se le demudó el rostro.

—De una u otra forma, los sublevados consiguieron sus propósitos; mi augusto padre ha muerto.

Nefermaat creyó que el suelo se abría bajo sus pies, y que el más oscuro de los vacíos tiraba tenazmente de sus piernas para engullirle.

—Apenas unos días después, el halcón voló para reunirse con los dioses estelares; su viejo corazón no pudo soportar tanta insidia. Ahora, un nuevo dios gobierna esta tierra, con el nombre de Hekamare-Setepen-Amun^[127], aunque anda anunciándose, pomposamente, con el sobrenombre de «el Legítimo» —dijo el príncipe arrastrando las palabras sin ocultar su desprecio—. Está dispuesto a que la posteridad no tenga duda sobre eso. El mismo día en que murió el faraón^[128], mi divino hermano, el príncipe Ramsés, tomó el poder del país de Kemet. ¡Gloria al nuevo dios, Ramsés IV! Vida, fuerza y estabilidad le sean dadas.

Nefermaat miró al príncipe, boquiabierto.

—Entonces, ¿a los cargos de alta traición, el tribunal habrá decidido el de magnicidio? —aventuró el joven.

—Han actuado con la máxima severidad —replicó el príncipe—. Sin querer resultarte malévolo, te diré que se han construido unos hornos en las afueras de Medinet Habu, donde arrojan vivos a los condenados; te aseguro que el olor a carne quemada ha llegado a ser insoportable.

—Dime, ¿sabes algo de Iroy? ¿Qué suerte ha corrido? —preguntó el joven, angustiado.

—Dentro de lo malo, no le fue mal, puesto que se libró de acabar chamuscado. Los jueces le concedieron la licencia de quitarse la vida; aunque como es bien sabido en estos casos, no se permitió que se le sepultara en su tumba; su cuerpo fue enterrado, para así «oler la tierra para siempre».

Nefermaat puso la cara entre sus manos, para apenas ahogar sus sollozos.

—Sé que le querías pero, como comprenderás, su castigo era inevitable —apuntó el príncipe, sin apenas énfasis.

El joven hizo un gesto de consternación.

—Las condenas han sido ejemplares —continuó Amonhirkopshep—. De los veintisiete hombres implicados, diecisiete fueron mandados a los hornos, y al resto se le permitió el suicidio. Entre estos últimos se encontraba el principal cabecilla, mi hermanastro, el príncipe Pentaure, pues tampoco es conveniente quemar en público a los vástagos de la realeza. El príncipe se suicidó en la misma sala de justicia, delante del tribunal.

—¿Y la reina? —preguntó Nefermaat, arrepintiéndose casi al momento de haberlo hecho.

—Ja, ja —rió el príncipe, socarronamente—. Antes de morir, mi padre dictaminó que las sentencias a la reina Tiy y a las otras cinco concubinas que actuaron como cómplices no fueran divulgadas; nadie en Egipto debía conocerlas. Sin embargo, ya

sabes cuáles suelen ser las penas que se imponen a las mujeres envueltas en intrigas y actos de magia como éste.

—«La prueba de las Aguas» —musitó Nefermaat.

—Así es. No me extrañaría que les hayan obligado a atravesar el Nilo a nado, con el río repleto de cocodrilos; sería lo usual^[129]. En cualquier caso, como te dije antes, eso nunca se sabrá.

—Entonces, todos los arrestados han muerto.

—Sí, y te aseguro que hay quien ha intentado por todos los medios salvarse de la ejecución, llegando incluso a sobornar a alguno de los jueces para conseguirlo. Como te lo cuento —aseguró el príncipe, al ver la cara de perplejidad de su joven amigo—. El general Pasay y varios de los inculpados compraron a Mai y a Pabasa, dos de los magistrados que les tenían que juzgar, a fin de que les absolvieran. Para ponerse en contacto con ellos utilizaron, nada menos, que al jefe de la policía del Estado, Naneu, al que también corrompieron. Éste obró con gran habilidad, cerrando el trato con los jueces, pero al final fueron descubiertos. Imagínate el escándalo que se organizó.

—¿Y qué ocurrió?

—Que ambos jueces, y el jefe de la policía, fueron arrestados y acusados de colaborar con los insurrectos. A Pasay y sus cómplices les permitieron suicidarse; en cuanto a Mai, Pabasa y Naneu, sus bienes fueron confiscados, siendo condenados a mutilación. Les cortaron la nariz y las orejas^[130]. Supongo que, a no mucho tardar, optarán por suicidarse, pues no creo que estén dispuestos a pasear su culpabilidad por todo Egipto durante el resto de sus días. En fin —suspiró el príncipe—. Mi difunto padre no anduvo descaminado al elegir jueces diferentes para cada vista; demostró una gran sabiduría al no confiar en ellos. El nuevo faraón se enfureció de tal manera al conocer la tentativa de soborno, que no quiso ni oír hablar de clemencia alguna para con los acusados. En cierto modo es lógico, pues no podemos olvidar que él también era uno de los objetivos de la revuelta.

—El panorama no puede ser más oscuro para mí. Estoy abandonado a mi suerte.

—Ya te advertí que pocos amigos te quedan. Nadie quiere oír tu nombre, y mucho menos mentarlo. Tus antiguos compañeros huyen de tu memoria como si de la misma serpiente Apofis se tratara; incluso tus padres abominan de ti.

Nefermaat sonrió sarcásticamente.

—Supongo que es algo que no te coge por sorpresa; así que no te extrañará saber que tu padre, el ilustre Hori, te haya desheredado, y asegure que siempre desconfió de ti, y que el hecho de no mantener ninguna relación estaba más que fundado. Como comprenderás, Mutenuia no hace más que recordarle que ella leyó la infamia en tu corazón desde el mismo momento en que te conoció.

—¿Y mi hermanastro? —preguntó el joven, con cierta incertidumbre.

—No sé nada de él pues, últimamente, apenas se le ve fuera de los dominios del Templo de Karnak. De quien sí puedo hablarte es de Nubjesed.

Al oír aquello, Nefermaat no pudo ocultar su ansiedad.

—Según tengo entendido se encuentra en un estado de histeria tal, que es rehuida hasta por sus propias camareras; parece que apenas prueba bocado, y se pasa el día en un puro llanto.

—¡Sejmet nos proteja! —exclamó el *sunu* con desesperación.

—Escúchame con atención —dijo el príncipe, bajando aún un poco más la voz—. Ésta será la última noche que pasarás aquí. Mañana serás llevado ante el Gran Tribunal, que te juzgará.

Nefermaat se recostó contra el muro, con evidente laxitud.

—Entre los jueces habrá dos viejos conocidos tuyos, a los que un día aliviaste sus males. Uno es Kadendenna, y el otro es Parenuta, el heraldo real; él ha sido designado como primer magistrado en el juicio de mañana.

—¿Qué quieres decir?

—Ambos jueces son personas honorables. He hablado con ellos, y con exquisito tacto les comuniqué mi convencimiento sobre tu inocencia.

—¿Intercediste por mí? —preguntó el joven, asombrado.

—En cierto modo, aunque en estas cuestiones conviene ser muy prudente, pues siempre se corre el riesgo de conseguir el efecto contrario. De cualquier modo, sé que durante los interrogatorios nadie parece haberte inculpado, lo que nos da ciertas esperanzas.

—Es más de lo que puedo esperar —exclamó Nefermaat, alborozado—. Siempre estaré en deuda contigo.

—Siento no poder asegurar tu libertad —observó el príncipe—, pero quizá salves la vida; confiemos en Maat más que nunca.

Nefermaat no pudo reprimir un gesto de cariño, y apretó con efusión ambos brazos al príncipe.

—Por cierto —apuntó éste, levantándose—. La fractura parece haber soldado bien; incluso he recuperado la fuerza habitual en mi brazo. He de dar loas por ello; Anat y yo te estamos agradecidos, aunque el que te lo estará eternamente es Sesostris, pues se encuentra perfectamente; como si nada le hubiera pasado.

Nefermaat se levantó también para despedirse.

—Conserva la esperanza y mantente firme —le aconsejó el príncipe, casi desde la puerta—. Eres el último por juzgar, y recuerda que ninguno de los condenados te ha implicado.

Todo ocurrió tal y como el príncipe le había dicho. Muy de mañana, unos guardias se personaron en la celda para sacarle de muy malas maneras. Le ataron los codos a la espalda y se lo llevaron a empujones hasta otra solitaria mazmorra, donde le esperaban varios hombres.

—He aquí al último de los traidores. ¿Te acuerdas de mí?

Nefermaat le reconoció al instante, pues aquel hombre no era otro que Sabuf, el jefe *medjay* que le arrestó.

—Te acuerdas de mí, ¿eh? Je, je, je. Parece que ya no tienes los humos de la primera vez.

Nefermaat sintió que se enervaba, pero al punto se controló.

—Conmigo es mejor que guardes tu ira —dijo el *medjay*, perspicaz—. Haces bien en sujetarte, ¿sabes? —continuó, mientras fustigaba el aire con una vara—. Me han encomendado la misión de prepararte adecuadamente para el juicio. Debes presentarte ante el tribunal como el perro que eres; sumiso y obediente. Nos ahorrarías tiempo y esfuerzo si firmaras tu declaración de culpabilidad. No olvides que yo mismo, Sabuf, fui el que encontré la estatuilla en tus habitaciones.

Nefermaat le miró sin dejar traslucir ninguna emoción.

—¿Firmarás la declaración?

El joven médico desvió su cabeza hacia otro lado.

—Bien, habrá que ayudarte a soltar la lengua —subrayó Sabuf, en tanto hacía una seña a los otros hombres.

Nefermaat oyó un silbido, y acto seguido se encogió instintivamente. Justo en ese momento, una vara le golpeó en los riñones, obligándole a doblarse por el dolor. Aquello fue sólo un aviso pues, de inmediato, una verdadera lluvia de golpes cayó sobre él, desde todas las direcciones, transformando el silbido de las varas en los acordes macabros de la tortura.

—No le deis en el rostro —oyó Nefermaat decir a alguien, entre la sibilante tempestad que se abatió sobre él.

Cuando la tormenta paró, el joven se hallaba tendido en el suelo, hecho un ovillo, con el cuerpo cubierto de verdugones.

—¿Estás ya dispuesto a declarar tu culpabilidad? —le dijo una voz, claramente

alterada por el esfuerzo.

El joven apenas pudo reprimir sus lastimeros quejidos.

—¿No? Está bien —dijo Sabuf, respirando entrecortadamente—. ¡Ahora sólo en las piernas! —ordenó a sus hombres, mientras se incorporaba.

De nuevo los agudos ecos de las silbantes varas resonaron en la celda con sus peores arpegios. El mismo Set parecía estar al frente de tan infernal orquesta cabalgando entre sus notas, pues era tal la furia de los golpes, que bien hubiera podido asegurarse que el iracundo dios de los desiertos mordía en cada uno de ellos.

Cuando aquel siniestro grupo finalizó su interpretación, Nefermaat temblaba convulsivamente, sin poder controlar sus movimientos.

—Si continuamos, le vamos a matar —indicó uno de los guardias.

Sabuf se agachó junto al joven, que se retorció en el suelo.

—Hoy estás de suerte. Si por mí fuera, te mataría a palos aquí mismo, pero mis hombres tienen razón; debes comparecer al juicio con vida, aunque luego sean ellos quienes se encarguen de ti —dijo lanzando una risotada—. Reanimadle y dejadle lo más presentable que podáis —ordenó Sabuf, mientras abandonaba el calabozo—. Que vean el esmerado trato que dispensamos a los traidores —se oyó que decía entre carcajadas, por el pasillo.

Nefermaat tuvo que ser llevado a la Gran Corte de Justicia entre dos hombres. Como no podía mantenerse en pie, le pusieron de rodillas en el suelo, justo enfrente del tribunal. Éste se hallaba representado por los seis magistrados elegidos para tal fin, y por un número de escribas que Nefermaat no fue capaz de determinar, responsables de tomar nota de todo cuanto allí aconteciera.

La vista tenía lugar en un gran patio porticado con enormes columnas papiroiformes; un marco, sin lugar a dudas, grandioso, que a Nefermaat le pareció excesivo dada su propia insignificancia. El joven sentía terribles dolores por todo el cuerpo pero, no obstante, fue capaz de mantener la mirada a los miembros del tribunal. Como bien le había predicho el príncipe, al frente de aquél se encontraba Parenuta, el heraldo real, a quien una vez curara de unas graves quemaduras en un brazo; inconscientemente, Parenuta se cubrió con su manga el brazo dañado, al comprobar que el acusado le miraba fijamente.

Nefermaat también reconoció a su viejo paciente, Kadendenna, que tan a menudo había ido a visitarle, aquejado de su pertinaz estreñimiento y constantes indigestiones. Al cruzar sus miradas, el joven pudo leer en él una indisimulada compasión, así como un cierto aire compungido.

Un suave ademán del heraldo real hizo que Nefermaat desviara su vista, justo para observar como uno de los funcionarios se situaba frente al tribunal. Ante éste, desenrolló un papiro y comenzó a enumerar los cargos contra él. El joven apenas los entendió, pues era tal el dolor que sentía en sus piernas, que tenía que hacer ímprobos esfuerzos por mantener la consciencia y no derrumbarse sobre el suelo de piedra; sin embargo, fue capaz de escuchar sus últimas palabras.

—... e incitar a las hostilidades para crear una rebelión contra su señor.

Dicho aquello, el funcionario volvió a enrollar el papiro y se marchó.

—¿Qué tienes que decir? —le preguntó uno de los jueces llamado Maharbaal, al que el joven conocía de vista.

—Ante el Gran Tribunal proclamo mi inocencia —dijo Nefermaat, sobreponiéndose al dolor.

—¿Acaso niegas los cargos que hay contra ti? —preguntó otro de los jueces.

—Los niego. Pongo a Maat por testigo.

—Dejemos a Maat de momento —se apresuró a decir otro de los magistrados—. Tenemos una figura representativa del difunto dios, llena de alfileres, que se encontró en tus dependencias; ¿acaso lo niegas?

—No sé cómo pudo llegar esa figura a mis habitaciones. Jamás la había visto con anterioridad.

—¿Estás sugiriéndonos que alguien la puso allí sin tu conocimiento?

—No lo sugiero; lo afirmo.

—No pretenderás que creamos que los mismos guardias que la encontraron fueron los que la colocaron allí, ¿verdad?

—No estoy aquí para acusar a nadie —dijo el joven, haciendo una extraña mueca ante el insufrible dolor que padecía—. Quien lo hiciera, sin duda consiguió su propósito.

—Ese razonamiento es poco convincente.

—El honorable tribunal sabe que me dedico a aliviar los males ajenos, no a producirlos. ¿Qué interés podría tener en levantar mi mano contra el faraón?

—A esa pregunta deberías contestar tú —apuntó otro de los jueces.

Nefermaat permaneció unos instantes en silencio, mientras a duras penas podía reprimir otro gesto de dolor.

—Nada sé de conjuras ni levantamientos. Nunca tuve tratos con los rebeldes y...

—¿Ah, no? —interrumpió el magistrado—. Todos los aquí presentes conocemos la gran amistad que te unía con Iroy.

El joven se dio cuenta de que su alegato no llevaba el camino correcto.

—Él fue como un padre para mí, y durante muchos años veló por mi persona; nunca hubiera permitido el verme envuelto en una traición semejante —replicó con serenidad.

Durante unos momentos el tribunal permaneció en silencio.

—Iroy reconoció su culpabilidad, así como su connivencia con el mago de la corte para hacer magia negra —indicó otro de los miembros del tribunal—. Ambos poseían figuras como la que te encontraron.

—Yo no soy un mago que adore al dios Heka. Mi diosa es Sejmet, y en sus más sagrados misterios fui instruido por hombres sabios y honorables. Soy fiel cumplidor de sus preceptos, así como del *maat*, cuyo camino procuro seguir.

—Sabemos muy bien quién es tu diosa tutelar, pero eso no te exime de ninguna

sospecha. Puedes leer los textos mágicos con facilidad, pues no en vano eres un *ueb*.

—Cualquiera de los funcionarios que se encuentran hoy ante este alto tribunal podría hacerlo.

—Sí, pero olvidas que fue a ti a quien se le encontró la figura.

Nefermaatladeó ligeramente su cabeza y, durante breves momentos, observó a los magistrados con su acostumbrado gesto inescrutable.

—Yo no uso la magia para sanar; utilizo esto —declaró mostrando sus manos.

—Esas no son más que palabras. Es bien sabido que los sacerdotes *ueb* utilizan la magia que Sejmet les proporciona para combatir a los genios maléficos causantes de las enfermedades —aseguró Maharbaal convencido, mirando a sus colegas.

—Hay entre el alto tribunal quien sabe de lo que hablo. Ellos conocen los medios que empleo —replicó el joven.

El heraldo real se removió incómodo en su silla; entonces, Kadendenna tomó la palabra.

—Todos sabemos que eres un buen *sunu*, Nefermaat —expresó con solemnidad—. Incluso hay quien asegura que eres magnífico; pero no es ésa la cuestión por la que se te juzga. Un hecho terrible ha tenido lugar en Egipto y, lamentablemente, estás inmiscuido en él. Es cierto que ninguno de los rebeldes te ha reconocido como cómplice de la conjura, no obstante, el haberse descubierto una figura como ésa en tu poder plantea inevitables dudas que no parece seas capaz de resolver.

Nefermaat vio cómo el tribunal en pleno asentía ante estas palabras, y supo, al instante, que la sentencia ya estaba tomada; luego miró con cierta dureza a su antiguo paciente, que apartó su vista azorado.

Durante unos minutos, los magistrados cuchichearon entre sí, mirando de soslayo al acusado, disimuladamente. El joven respiró profundamente, sobreponiéndose a su dolor, haciendo acopio de fuerzas para recibir un veredicto que se le antojaba desfavorable; al ver levantarse al presidente del tribunal, se encomendó a Sejmet.

—El Gran Tribunal ha escuchado tus palabras y tiene decidido su fallo —anunció Parenuta, con voz algo forzada—. Este tribunal no posee pruebas concluyentes que demuestren que Nefermaat, médico de la corte, se haya levantado contra su señor, participando de la trama más vil que haya conocido nunca el país de Kemet. Por ello, su vida le será perdonada. Sin embargo, existen indicios que hacen a este tribunal sospechar sobre el uso de oscuras prácticas de magia negra en contra de la persona del difunto faraón. Prácticas abominables que, de por sí, merecen un castigo ejemplar ante los ojos del pueblo de Egipto; Maat nos dicta cuál es el verdadero camino.

Acto seguido, el joven *sunu* escuchó las temidas palabras.

—Los dioses del país abominan de ti. Ellos son los que dictan sentencia. Te condenan a trabajar en las minas de oro del valle de Rohenu^[131] hasta que Osiris te reclame a la Sala de las Dos Verdades para que saldes cuentas con los dioses. Todos tus bienes te serán confiscados, y tu nombre borrado para siempre de nuestros anales, como si nunca hubieras existido. No volverás a ser mencionado jamás, y tu *ba* vagará

perdida por toda la eternidad entre insufribles lamentos. Tal es la voluntad de Maat, y la de nuestro dios Hekamare-Setepen-Amun (Ramsés IV), fuerza, estabilidad y vida le sean dadas. Que así se cumpla.

Nefermaat permaneció particularmente sereno, mientras el heraldo real le condenaba de por vida. Le observó detenidamente, y pudo comprobar como aquel hombre hizo lo posible por rehuir su mirada al dictar la sentencia. Al terminar de hacerlo se sentó de nuevo, para apenas separar la vista de sus pies. La gran ignominia se había consumado.

Nefermaat sintió como unas manos le cogían por ambos brazos y le sacaban de la Gran Corte de Justicia de la misma forma que le habían llevado hasta allí; a rastras. Luego, fue encerrado en una sucia mazmorra repleta de lo más granado de entre los criminales tebanos; allí fue bienvenido, pues se alegraron mucho de ver como un sacerdote *ueb* bajaba hasta el Amenti, para convertirse en un paria como ellos. Ahora, era el médico de los desheredados.



Si había un lugar en el país de Kemet donde podía habitar la gran serpiente Apofis, lejos de su reino en el inframundo, ése era la «montaña de oro» del valle de Rohenu. Nefermaat, al menos, estaba convencido de ello, pues nunca imaginó que un paraje así pudiera existir en Egipto. La gran serpiente, encarnación de las más tenebrosas tinieblas y de la no-existencia, se le hacía patente a cada minuto de la miserable vida que llevaba, recordándole que para su pueblo él ya no existía.

Su viaje hasta aquel olvidado rincón le había resultado tan penoso como cupiera imaginar. Una mañana, casi de madrugada, le sacaron a empellones de la celda, junto con el resto de sus infelices compañeros, para ponerles en camino hacia su desventurado destino.

Justo al salir de la mazmorra, Nefermaat tuvo un encuentro inesperado. Una altísima figura, que se encontraba recostada contra la pared, se enderezó y, tras departir brevemente con los guardias, se le acercó. Mientras se aproximaba, el joven supo enseguida que se trataba de Sesostris.

—Nada de saludos efusivos —advirtió el nubio al llegar junto al joven—. Sólo nos permitirán hablar un momento.

—¡Sesostris! —balbuceó Nefermaat, sin poder ocultar su sorpresa.

—Escucha. El lugar al que te llevan está en los dominios de Set, el dios del caos. En él se rinde vasallaje a la muerte con asiduidad. Sólo la cobra y el escorpión habitan allí, y las bestias del desierto serán tus nuevos vecinos. Para sobrevivir tendrás que adaptarte a las duras condiciones que te esperan, sólo si tu corazón es fuerte lo soportarás.

Nefermaat hizo un ademán de resignación.

—Mantente vivo y no pierdas la esperanza —le dijo en un susurro Sesostris, mientras ponía las manos en sus hombros.

Se oyeron voces, y varios de los guardias hicieron restallar sus látigos.

—Recuérdalo —repitió el nubio, en tanto se apartaba de él—. Ten esperanza y, sobre todo, mantente vivo.

Aún pensaba en aquellas palabras, cuando Nefermaat recibió el primer latigazo. Las hojas de palma con las que estaba fabricado el flagelo se adhirieron a su espalda, lacerándola sin compasión.

—¡A la fila, perro! —le gritaron, mientras se retorció de dolor.

Nefermaat ocupó su lugar en la línea, en tanto observaba a aquella altísima figura alejarse. A su manera, Sesostris le transmitía su gratitud y preocupación por su persona, y ello le emocionó vivamente; nunca olvidaría sus frases de aliento.

Mientras realizaban la primera etapa de su triste viaje, el joven tuvo tiempo más que sobrado para comprender cuál era su lamentable realidad y, así, para cuando llegaron a la cercana ciudad de Coptos, Nefermaat tenía el convencimiento de que, en aquel momento más que nunca, dependía de la benevolencia de los dioses.

Durante los tres días que tardaron en recorrer los dos mil *khets* (cien kilómetros) que separaban Coptos de su nuevo hogar, Nefermaat se encomendó a diario a Sejmet implorando su poder. Sólo la diosa leona podía proporcionarle la fortaleza que, sin duda, necesitaría, pues en aquellas duras jornadas Nefermaat pudo hacerse una idea aproximada de lo que le esperaba.

El valle de Rohenu era una antiquísima ruta natural que unía la ciudad de Coptos con el puerto de Quseir, en el mar Rojo, por donde, desde tiempos inmemoriales, transitaban las caravanas cargadas de las más ricas mercaderías que entraban o salían hacia oriente. Era un territorio montañoso cubierto por numerosos valles de altos y escarpados picos, que terminaban por unirse con las áridas arenas del desierto situadas en las regiones del sur. Un paraje inhóspito pero que, sin embargo, se encontraba repleto de recursos minerales, que los egipcios llevaban explotando desde casi el comienzo de su civilización.

El valle se hallaba tachonado de estelas conmemorativas de las numerosas expediciones que, durante mil quinientos años, los faraones habían organizado para extraer su riqueza. De las canteras sacaban el *bekhen*, la grauvaca, un tipo de piedra, generalmente de color negro con oscuros matices verdosos, que era muy apreciada para la construcción de monumentos, sobre todo estatuas y sarcófagos, debido al aspecto homogéneo y liso que solía presentar esta piedra por su fina granulometría. Nefermaat se quedó admirado al ver las oscuras montañas rocosas cubiertas por enormes bloques erráticos de grauvaca, desprendidos del substrato original debido a las numerosas grietas de la roca.

Desde sus laderas, cientos de hombres las desplazaban colina abajo a través de rampas, o incluso dejándolas caer por la pendiente. Una vez en el camino, los bloques eran tallados *in situ* o transportados hasta la cercana ciudad de Coptos, para ser allí trabajados.

Un verdadero ejército de picapedreros, maestros canteros, escultores, o simples peones, trabajaban en aquel valle esforzándose en extraer de sus canteras los mejores bloques, para crear después con ellos las obras más sublimes. Era el amor por el trabajo bien hecho; por la búsqueda del mejor bloque, o por la perfección en el difícil arte de esculpirlo. Todos, sin excepción, se sentían parte del resultado final, dando lo mejor de sí mismos para que su obra fuera digna de erigirse en el interior de los templos, o en el palacio del faraón. Eran hombres libres, contratados para trabajar por

un salario, para los que suponía todo un orgullo el poder extraer de aquella tierra los enormes bloques de piedra, que luego cobrarían vida engrandeciéndose así, aún más, a su glorioso país.

Al cruzarse con ellos, Nefermaat no pudo reprimir cierta emoción. Pensó que, no hacía mucho, él también había sido libre como ellos, y había tratado de honrar a los dioses ofreciéndoles su labor diaria. Aquellos hombres formaban parte del milenarismo sistema sustentado en las antiguas tradiciones y las más arraigadas costumbres; el mismo que había decidido prescindir de él, quitándole hasta su nombre.

Un grupo de un centenar de obreros pasó a su lado. Iban cantando, mientras arrastraban una estatua sedente de respetables proporciones. Les miraron de reojo, apenas sin prestarles atención, concentrados en su labor. Uno de los capataces que les acompañaba hizo un comentario jocoso sobre aquel pelotón de parias que arrastraba sus pies por el polvoriento camino, con los codos atados a la espalda y una larga soga uniéndolos sus cuellos. Los obreros rieron la gracia, y hubo incluso quien llegó a escupir con desprecio en el suelo.

—Disfrutad del paseo; ya no volveréis a pasar más por aquí —gritó uno de ellos.

La advertencia creó gran regocijo, y algún que otro chiste más.

—Queda poco para que lleguéis a vuestra nueva residencia. En las minas os sentiréis más cómodos que en la mejor de las Casas de la Cerveza —volvieron a gritarles.

Aunque nunca hubiera visitado una Casa de la Cerveza, Nefermaat no tuvo más remedio que reconocer, que aquel comentario tenía su gracia. Consciente o inconscientemente, los hombres pueden sentir, en determinadas ocasiones, un malsano alborozo por las desgracias ajenas. Para aquellos obreros que, cubiertos de sudor, arrastraban la pétrea imagen a través del desértico valle, la visión de otros hombres, aún más desgraciados que ellos, les producía un indudable gozo, difícil de explicar, pero al que sus almas se aferraban como a un vago espejismo de su propia esperanza; su vida distaba mucho de ser la mejor, aunque ellos mismos la hubieran elegido.

Por fin, al atardecer de la tercera jornada de viaje, los reos llegaron a su destino. El lugar era tan desangelado como el resto del valle que habían recorrido, aunque las montañas que lo rodeaban ya no fueran oscuras sino ligeramente rojizas, y con algunas quebradas que, saliendo del propio Rohenu, parecían rodearlas hasta alcanzar otros valles próximos. La zona, ya amenazada por las sombras del inminente crepúsculo, exhibía su yerma belleza por medio de los juegos de luces, que Atum enviaba antes de traspasar las puertas del Mundo Inferior. El contacto de sus últimos rayos sobre las rocosas cumbres creaba dorados destellos que venían a morir, irremisiblemente, a los pies de las colinas.

A Nefermaat, el paraje le pareció hostil y absolutamente desolador; muy apropiado, sin duda, para cumplir el perenne castigo al que había sido condenado.

Justo al pie de aquellos farallones, el joven pudo observar un pequeño poblado de

miseras casas de adobe, que parecía extenderse junto al camino por el que se aproximaban, y más allá, se adivinaba el templo erigido en honor de Min, el dios de Coptos, que también era soberano de aquel agreste valle; un grupo de hombres les esperaba junto a los barracones.

—¡Bienvenidos, cabrones! —exclamó un hombre más bien rechoncho, que parecía no tener cuello—. Aquí os sentiréis como en casa.

Los guardias que le rodeaban estallaron en carcajadas.

—Poneos en fila, que os vea —ordenó de nuevo aquel hombre, en tanto se ajustaba la peluca—. Hum, valiente caterva de rufianes me han mandado; la flor y nata del Alto Egipto tiene a bien venir a visitarnos. ¿Qué os parece muchachos? —continuó, volviéndose hacia los guardias.

Éstos volvieron a lanzar otra risotada.

—Bien —interrumpió, haciendo un ademán con la mano para que se callaran—. Antes que nada me presentaré. Mi nombre es Sutehneb^[132], y soy el superintendente encargado de la explotación de estas minas —explicó, señalando con un leve gesto a las montañas que les rodeaban—. Soy devoto servidor del dios Set, señor del caos, y por ello mi nombre hace referencia a él. Recordadlo bien, puesto que aquí yo soy mucho más que la autoridad; en este lugar soy dios. Desde este momento vuestras vidas me pertenecen, y puedo disponer de ellas a mi antojo. Habéis sido condenados como los peores criminales, y sólo si resultáis de alguna utilidad, viviréis. Yo seré quien decida esto, por supuesto, y sólo el que, con su trabajo, se haga merecedor a su sustento, lo obtendrá. Debéis haceros a la idea que vuestro futuro acaba en este mismo instante, pues para el país de Kemet ya estáis muertos. A partir de hoy dad gracias por cada día que veáis amanecer, pues puede que sea el último.

Nefermaat escuchó imperturbable la perorata de aquel hombre. La impresión que le causaron sus palabras fue la esperada, dadas las circunstancias, aunque sí pudo adivinar en ellas que el superintendente no fanfarroneaba al asegurar que era el dueño de sus vidas. Se sonrió en su interior al oír su nombre, Sutehneb, pues era extremadamente pomposo, lo cual hablaba bien a las claras acerca de la personalidad de tan grotesco personaje. Aquél parecía ser su reino, y los cortesanos que le rendían pleitesía aparentaban ser dignos vasallos de su señor, pues todos los guardias que le acompañaban tenían un aspecto verdaderamente siniestro; incluso un escriba, situado junto a él, lucía el más adusto de los gestos; muy desagradable, sin duda.

—Ahora, veamos qué tenemos aquí —oyó Nefermaat que decía el superintendente.

Uno de los guardianes que les había custodiado le hizo entrega de un papiro que de inmediato entregó al escriba. Éste, a una orden suya, comenzó a leer los nombres de los condenados. Cuando llegó a Nefermaat, se quedó perplejo.

—¿Qué sucede? —preguntó Sutehneb.

—Parece que uno de los reos no tiene nombre —contestó el escriba, arqueando una de sus cejas.

—¿Cómo puede ser eso posible? —inquirió de nuevo el superintendente, malhumorado.

—Sencillamente, los dioses se lo han quitado —respondió el escriba, esbozando una sonrisa—. Sus crímenes le han hecho merecedor de ello.

—¿De quién se trata? —preguntó el superintendente—. ¿Quién de vosotros es ese sujeto?

Sutemheb paseó su mirada por el grupo, con curiosidad.

—Yo soy quien buscas —replicó Nefermaat, comprendiendo que no tenía sentido ocultar su identidad.

—Vaya, vaya —observó el superintendente, forzando una sonrisa—. El dios nos ha mandado a un *nunas*, alguien que nunca existió. ¿Qué clase de crimen has cometido?

—Ninguno —contestó el joven, lacónico.

Sutemheb frunció el ceño, dándole dos sonoros bofetones.

—Cuando te dirijas a mí, lo harás con el debido respeto; ¿comprendes, perro?

—Perfectamente, superintendente —respondió Nefermaat, apenas sin inmutarse.

—Eso está mejor; se nota que tienes buenos modales. Desatadle —ordenó a sus hombres.

Éstos le quitaron las ligaduras de los codos, y enseguida el joven se los frotó con alivio.

—Ahora muéstrame tus manos.

Nefermaat miró al superintendente un instante, extendiendo después sus manos. Le pareció un individuo de aspecto desagradable, con una cara ancha, de amplios mofletes, dominada por dos pequeños ojillos de aspecto porcino, que se movían a uno y otro lado con suma viveza, hablando claramente sobre la naturaleza ladina de aquel hombre. Su nariz parecía no existir, pues había sido rota hacía ya muchos años, quedando definitivamente aplastada contra su cara, de forma grotesca. Mas si había algo verdaderamente repulsivo en el rostro de Sutemheb era la boca, pues ésta más parecía un acceso al mundo tenebroso que otra cosa. Grande, sucia y desdentada, propagaba un olor nauseabundo a todo aquel que se le acercara, amenazando con su repugnante hálito la integridad del propio *ka* del desventurado incauto.

Bajo tan repelente oquedad, se extendía lo que en su día fuera un mentón, y que ahora no era sino espléndida papada, tan generosa, que daba la impresión de sustituir al inexistente cuello, cayendo libremente hasta el comienzo del torso. El resto de su persona tampoco le ayudaba demasiado, pues era de pequeña estatura y barriga prominente, con unos pechos que le colgaban más flácidos de lo deseable, y de los que aseguraba sentirse orgulloso.

Sin embargo, sus brazos eran poderosos, y sus manos fuertes y desproporcionadamente grandes, con aspecto de haber realizado, durante años, un arduo trabajo.

Nefermaat notó como el superintendente observaba con interés las suyas.

—Manos delicadas —apuntó Sutehheb, sonriendo—. Como las de una princesa; muy adecuadas para trabajar en las minas.

Los guardias volvieron a reír la gracia.

—Cuando tenías nombre debiste ser una persona principal. Las causas por las que te encuentras aquí no me interesan, pues pronto morirás. Ningún condenado resiste en este lugar más de dos años —gritó para que lo oyera el resto de los prisioneros—. Pero mientras llega ese momento, haremos de ti un hombre; te aseguro que te presentarás ante el tribunal de Osiris con las manos propias de un varón que se precie.

Otra vez los guardianes celebraron la ocurrencia con risotadas.

—¡Escuchadme bien! —exclamó Sutehheb, con voz poderosa—. Esta noche dormiréis al raso. Cuando despunte el alba deberéis estar listos para comenzar vuestro trabajo. Mis capataces os dirigirán convenientemente; ellos tienen mi consentimiento para conseguir lo mejor de vosotros. Recordad que sólo sobreviviréis si me sois útiles.

Luego dio una orden, y el grupo se puso en movimiento hacia el interior del campamento. Allí, otros desgraciados como ellos les dieron una triste acogida de reveladoras miradas cargadas de desesperanza.

—Bienvenidos al reino de las sombras, hermanos —dijeron.

Tumbado bajo una vieja manta de lana, Nefermaat contemplaba la bóveda celeste. Sus ojos la recorrieron, una y otra vez, en busca de alguna revelación que acaso los dioses estelares estuvieran dispuestos a darle; mas no encontró ninguna. El cielo estaba tan hermoso aquella noche, que era imposible adivinar en él respuesta alguna para tanta insidia. Nut parecía abstraída en otros menesteres ordenando, como siempre, los astros que tachonaban su vientre de infinitas luces que llenaban de vida su divino cuerpo.

Puso ambas manos bajo su cuello, y se abandonó extasiado ante tanta fastuosidad. La noche era particularmente oscura, y ello le hizo imaginarse espacios insondables que iban incluso más allá del cuerpo de la diosa.

Suspiró complacido por cuanto veía, mas enseguida la habitual aflicción volvió a hacer acto de presencia en su corazón para mortificarle inmisericordemente; cuitas que se le antojaban eternas, y sin posibilidad alguna de explicación. Se había formulado tantas veces las mismas preguntas durante los últimos días, que ya no representaban para él más que una parte de su pasado, que había quedado abandonado junto con su propio nombre. Pensó en ello una vez más, justo para sentir cómo las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos. Para alguien como él, educado durante años en el cumplimiento de las sagradas leyes, el perder su nombre representaba el peor de los castigos que podía recibir; incluso peor que la muerte. Simplemente habían decidido condenarle para toda la eternidad, impidiendo a su *ba* el descanso eterno.

Había tratado de hacerse a la idea, aunque al poco acabara abandonando tal intento, pues simplemente le resultaba imposible. Nefermaat había desaparecido;

ahora era *nunas*, el que no existe.

Con la congoja atenazándole la garganta volvió a escrutar el inmenso cielo. A través de sus acuosos ojos le pareció que los luceros centelleaban con renovado fulgor; más brillantes que nunca. Por un momento pensó en que quizás Isis, la gran madre, lloraba por la desgracia de su hijo, y por la gran infamia que en él se había cometido. Las lágrimas de Isis llenaban el cielo de titilantes lucecillas derramadas por su hijo Nefermaat, al cual los hombres habían condenado.

Una lluvia de estrellas fugaces hízole parpadear conmovido, reconsiderando al instante la dimensión de cuanto veía. En todo el firmamento, hasta donde su vista alcanzaba, las estrellas refulgían más y más, haciéndole creer, al instante, que no era sólo Isis la que lloraba, sino todos los dioses de Egipto ante los terribles pecados que sus hijos cometían en su nombre. El pueblo que una vez eligieron, mostrándole el camino de su sabiduría, les había abandonado; ya no necesitaban de ellos, pues habían convertido al país de Kemet en una tierra hueca, corrompida por la ambición.

Nefermaat volvió a parpadear ensimismado; sin duda, aquél era el llanto de los dioses.

Sus hermanos en la desgracia no habrían podido definir mejor aquel lugar. Mientras golpeaba con su martillo de dolerita la dorada veta, pensaba en lo acertado de aquel nombre; el reino de las sombras. La mina en la que se encontraba trabajando era un yacimiento conocido como la «montaña de oro», una de las pocas explotaciones de este mineral que todavía quedaban en la zona. Se trataban de vetas de cuarzo aurífero, compuesto por cuatro quintas partes de oro y una quinta parte de plata; materiales preciosos, muy apreciados en Kemet, que tras su extracción serían llevados a la ciudad de Coptos donde, después de haber sido fundidos, sus reputados orfebres crearían joyas de belleza sin igual; dignas de reyes y princesas, e incluso de los mismos dioses.

Desde los lejanos tiempos de la VI Dinastía, los faraones egipcios habían venido realizando prospecciones de este metal por todo el Rohenu y demás valles próximos. Más de mil años de incesante trabajo que, a la postre, había terminado casi por agotar las canteras. La «montaña de oro» representaba uno de los últimos filones de oro que aún quedaba en aquellos valles, y era de una riqueza excepcional.

Para trabajar en ella, los obreros se introducían en angostos túneles excavados en el interior de la montaña, siguiendo las vetas del preciado mineral. Eran tan estrechas las galerías, que sólo un hombre reptando podía pasar por ellas. Éstas minaban por completo la cantera, llegando a tener, en ocasiones, hasta cuatro *khets* (doscientos metros) de longitud. Para poder respirar en el interior de tales galerías, se habían realizado grandes perforaciones de diferentes diámetros en diversas caras de la montaña, para permitir así que el aire fluyera por el interior de la mina.

La labor de los desdichados hombres que trabajaban allí dentro no podía ser más penosa. Apenas sin sitio para moverse, se limitaban a golpear las vetas con sus martillos, allá donde aquéllas les llevaran. Cuando se descubría una, se la seguía en la

dirección que fuese por lo que, en ocasiones, aquellos túneles se convertían en oscuros pozos de una profundidad insondable. A la débil luz de sus lamparillas, los reos trabajaban desde el amanecer hasta el anochecer, sacando esquirlas a una roca que, tarde o temprano, acababa por devorarlos. Las tortuosas galerías, dada su estrechez, jamás se entibaban, por lo que eran habituales los desprendimientos, que siempre acababan por sepultar a algún minero.

Nefermaat sabía todo esto, pues había estado a punto de quedar atrapado, en varias ocasiones, en el interior de aquellos túneles. Su vida dependía de los dioses, y de su atención al golpear el filón; por ello, al menor indicio de agrietamiento, retrocedía tan rápido como el estrecho pasillo le permitía; y así, después de varios meses trabajando en semejantes condiciones, el joven había llegado a desarrollar un sexto sentido capaz de prevenirle del peligro inminente.

Al día siguiente de su llegada, le despojaron de lo poco que tenía. Él, como el resto de sus compañeros de infortunio, fue desposeído hasta de sus ropas, pues según declaró Sutmehb, nada necesitaban poseer allí, salvo los martillos de dolerita que los capataces les proporcionaban cada día. El pequeño colgante de Sejmet, que años atrás le regalara el viejo decano, fue a parar a manos del superintendente, lo que produjo a éste un gran regocijo.

—Mis manos son ahora las adecuadas para poseer esta delicadeza —oyó Nefermaat que le decían.

A causa de su desnudez, Nefermaat llegó a tener el cuerpo lleno de laceraciones, e incluso podría decirse que desollado. Su incesante ir y venir por los rocosos túneles, arrastrando su cuerpo desnudo en pos de las valiosas vetas, le había acabado produciendo todas aquellas magulladuras y llagas, y en cuanto a su espíritu, bien podría asegurarse que no se encontraba mucho mejor, ya que su alma parecía tan maltrecha como todo lo demás, pues compartía la angustia de aquel cuerpo permanentemente atrapado en el interior de la tierra.

El corazón de Nefermaat se había convertido en un autómata, incapaz de considerar otro sentimiento que no fuera el de la supervivencia. Cada mañana se introducía en el vientre de Geb, la tierra, con el único propósito de salir con vida al atardecer. Picaba y picaba la piedra sin otro pensamiento que no fuera ése, atento a cualquier signo que supusiera una amenaza. En ocasiones, escuchaba los alaridos de algún desgraciado al ser sepultado por las rocas; luego, de nuevo el espeso silencio que siempre le acompañaba, hasta que otra vez la galería volvía a llenarse con los ecos de los martillazos.

Cuando poco antes del crepúsculo abandonaba al fin el interior de la montaña, iba a presentarse, junto con el resto de los condenados, ante los capataces, con todo el material extraído durante la jornada. Éstos les solían azotar si consideraban que no habían sido productivos, y les exploraban para cerciorarse que no ocultaban ninguna pepita del oro extraído. Los guardias conocían muy bien las artimañas empleadas por algunos convictos para esconder las preciosas pepitas ya que, en ocasiones, éstos

llegaban a tragárselas para intentar recuperarlas posteriormente al defecar. Por ello, si alguien levantaba sospechas, los guardianes le obligaban a remover sus excrementos hasta cerciorarse de la vacuidad de su inmundado contenido.

Después de terminar con tales reconocimientos, eran devueltos al campamento donde les servían la habitual escudilla de insípidas lentejas y, en ocasiones, alguna hogaza de pan con gorgojos. Luego, arrastrando sus pestilentes mantas, se retiraban a descansar al interior de los barracones de adobe, o simplemente dormían a la intemperie, pues aun hacinados los cautivos no cabían en su totalidad dentro de los míseros albergues de arcilla. Nefermaat prefería permanecer al raso para así respirar, al menos, el fresco aire de la noche, lejos de las opresivas paredes y techos; aquellos momentos eran los más cercanos a la ilusoria libertad, y durante ellos trataba de convencerse de la necesidad de mantenerse vivo, recordando así los consejos que una vez le diera Sesostris.

Ésa era la vida que llevaba Nefermaat, y la que le esperaba hasta que fuera requerido por los dioses para rendir cuentas, por lo que, al cabo de un tiempo, dejó de torturarse con vanas esperanzas y entelequias, pues nunca saldría de aquel lugar con vida. Ello le hizo sumirse en un estado de confusión, en el que incluso dejó de llevar la cuenta de los meses pasados, y hasta del día en que vivía; simplemente, no había diferencia entre ellos y, así, transcurrió el tiempo.

Sutemheb se pasaba la lengua por sus descarnadas encías mientras mantenía su mirada fija en la cercana ventana. A través de ella, podía observar la carretera que transitaba por el valle uniendo el puerto de Quseir y Coptos. Por ésta, un grupo de trabajadores que transportaba grandes bloques de piedra se cruzaba con una de las usuales caravanas que se dirigía hacia el mar Rojo.

Por unos instantes, el superintendente permaneció absorto, observando la nube de polvo que levantaban unos y otros, pero enseguida pestañeó rascando su afeitada cabeza, pues tenía un pequeño problema. Su secretario, un escriba convicto que había tomado a su servicio hacía muchos años, había pasado a mejor vida, dejándole huérfano de alguien que pudiera llevar sus negocios. El difunto escriba había resultado, después de tanto tiempo, un ejemplo de discreción, hecho por el cual Sutemheb había lamentado su muerte. Para un hombre como el superintendente, que no sabía leer ni escribir, una pérdida semejante suponía un inconveniente de consideración; sobre todo si quería continuar con sus ocultas actividades. Debía encontrar lo antes posible alguien que le sustituyera y eso, en un campamento de presidiarios, no era tan sencillo.

La historia de Sutemheb era la de un hombre que había permanecido entre duros bloques de piedra toda su vida. Aunque siempre hubiera sido un hombre libre, había comenzado a trabajar siendo aún muy joven como picapedrero en las canteras de grauvaca de aquel mismo valle. Éste fue el principio de lo que, finalmente, se convertiría en una carrera en la que pasaría por los más diversos empleos. Así, además de picapedrero, devastó bloques de piedra, los extrajo de la roca con cuñas de

madera, y los arrastró por los polvorientos caminos durante años. Luego, un buen día, se convirtió en capataz, descubriendo entonces que poseía cualidades innatas para dirigir a los hombres; mas Sutmehb era de naturaleza cruel, y su corazón era tan duro como la misma piedra que tantas veces había trabajado. Ello dio lugar a reyertas y altercados, incluso con otros capataces, que le reportaron, a la postre, el que una noche le aplastaran la nariz con un pedrusco, salvando la vida casi de milagro. Su nariz quedó maltrecha para siempre, pero su corazón se endureció aún más, no descansando hasta ver saldadas sus cuentas. Tras meses de convalecencia, Sutmehb logró regresar a su anterior trabajo y, una vez allí, sació su sed de venganza, acabando con la vida de sus antiguos agresores.

Aquel hecho causó un gran revuelo, y durante mucho tiempo los *medjays* estuvieron investigando el caso, pero al final no pudieron encontrar pruebas que inculparan al capataz, y el asunto tuvo que cerrarse.

Después de este suceso, Sutmehb fue trasladado al noreste, a las minas de galena de Gabel-El-Zeit; un lugar terrible, donde los hombres morían a diario tratando de extraer plata de las entrañas rocosas. Allí, el capataz dio muestras de su capacidad para dirigir a los obreros en busca de los mejores filones, llegando a vanagloriarse ante los demás, asegurando que era capaz de olerlos. Su fama terminó por trascender, y por fin un día fue nombrado superintendente de las minas de oro de Rohenu. Los dioses parecían premiarle por toda una vida de abnegada dedicación, y él pronto les demostró que no se habían equivocado pues, al poco, el yacimiento aumentó su rendimiento de manera sorprendente.

En poco tiempo, Sutmehb se convirtió en todo un personaje. Su explotación parecía producir oro incesantemente, y eso era todo cuanto interesaba. Poco importaban los métodos utilizados para ello, o los hombres que murieran; al fin y al cabo eran criminales, y para dirigirlos el Estado parecía disponer del hombre perfecto.

Sutmehb descubrió pronto su poder. Él era el señor de la «montaña de oro», y mientras ésta continuara reportando beneficios, él podría hacer y deshacer a su antojo. Decidió entonces que sus años de duras fatigas habían acabado para siempre; ahora era un superintendente, y había llegado el momento de asegurarse su vejez. Para un hombre que, como él, conocía el oficio mejor que nadie, no fue difícil elaborar un plan a largo plazo que le proporcionara lo que quería. Así, ideó una sencilla estratagema con la que, además, no podrían incriminarle. Cada día, uno de los trabajadores le entregaba una pepita de oro extraída de sus propias heces, después de habérsela tragado. Este era un truco conocido por cualquier capataz, pero Sutmehb lo dispuso todo de tal forma que el infeliz reo no fuera molestado durante su deyección. A cambio, el superintendente le concedía algunas mejoras en su lamentable existencia, aumentándole su ración de comida, e incluso permitiéndole ese día beber cerveza. Sutmehb aseguraba que el beneficiado era el mejor trabajador de aquella jornada, y que merecía cierta recompensa por ello. Luego, pasados unos

meses, se desembarazaba de los obreros, reemplazándolos por otros que cumplieran la misma función.

Aquella pepita diaria, con los años, llegó a convertirse en una fortuna, y Sutmehb tuvo que empezar a pensar qué hacer con ella. Tener tanto oro encima podría resultar peligroso, sobre todo porque diariamente un escriba de la Administración tomaba nota de hasta el último *quite* de mineral que se extraía. Éstos eran muy astutos, y si llegaban a descubrirle, el que acabaría trabajando en el interior de la mina sería él. Por ello, era especialmente escrupuloso con las cuentas del Estado, no cometiendo jamás la más mínima irregularidad.

Cierta tarde alguien vino a poner luz a su inquietud, solucionando su problema. Un nuevo grupo de convictos se presentó en el campamento, hallándose entre ellos un escriba del catastro tebano, que había sido condenado por intentar estafar nada menos que al mismísimo clero de Amón. Aquel hombre suponía el mejor regalo que Set, el dios al que el superintendente veneraba, podía hacerle en su vida; por ello, le captó de inmediato, liberándole de todo trabajo físico a cambio de sus conocimientos. Con él, Sutmehb invirtió sabiamente, ya que le llevó las cuentas de tal modo que al poco el superintendente no tuvo de qué preocuparse.

A partir de ese momento, Sutmehb determinó que no se privaría de nada. Todos los días disfrutaba de los mejores manjares de los que se podía disponer en un lugar como aquél. Las caravanas que, a menudo, pasaban junto a su campamento, le suministraban todo aquello que necesitaba, incluido el vino, al que era tan aficionado. Fue por eso que, a no mucho tardar, Sutmehb comenzó a engordar de forma alarmante, hasta convertirse en un individuo obeso, de mórbidas carnes.

Sutmehb consideró que aquél era un signo de opulencia, y decidió hacer todo lo posible por conservarlo; había llegado el momento de que todo el mundo lo respetara, y nada como la riqueza para conseguirlo.

Así, gracias a los sabios consejos del escriba, Sutmehb invirtió su riqueza, discreta pero adecuadamente. Compró tierras y ganado, arrendándolos después, consiguiendo cada año pingües beneficios. Un hombre de su posición debía poseer, además, una casa que estuviera a su altura, por lo que adquirió un pequeño palacete junto al Nilo, en las afueras de Coptos, perteneciente a una antigua familia de la nobleza local venida a menos. Era una villa amplia y muy hermosa, y desde sus terrazas podía contemplarse al río fluir perezosamente. Ése era el lugar elegido para su merecido retiro y, a menudo, Sutmehb se imaginaba sentado en alguno de sus miradores, observando embelesado el atardecer sobre las cercanas aguas que se deslizaban entre suaves murmullos, por aquel vergel de verdor exuberante. Añoraba ese color, y se prometía que, una vez saliera de aquella mina, jamás volvería a ver el desierto.

Cada tres o cuatro meses, solía hacer un viaje a la ciudad de Coptos para comprobar el estado de su hacienda y hacer nuevas inversiones. En una capital como aquella, que era un emporio comercial, en la que se hallaban los mejores joyeros del

país, no le fue difícil trabar contacto con determinados orfebres capaces de apreciar su valioso género. Como enclave de paso obligado para todas las caravanas que partían hacia oriente, los joyeros hacían buenos negocios con los mercaderes, que conocían el enorme valor de aquellas piezas. Con el gran número de transacciones que a diario se realizaban, era el lugar idóneo para no levantar sospechas, si se actuaba con discreción; y eso fue exactamente lo que el superintendente hizo durante años.

Sutemheb suspiró contrariado mientras volvía a observar la carretera. Había decidido que aquél sería el último año que pasaría en la «montaña de oro», y justo cuando más lo necesitaba, había fallecido su escriba. Era necesario no dejar ningún cabo suelto antes de marcharse, así como sacar un buen rendimiento a la mina durante aquel año; para ello, le urgía un nuevo escriba. Durante un tiempo, había estado dando vueltas al asunto, intentando adivinar si entre los presidiarios hubiera alguno que pudiera servirle, pero no resolvió nada; el no saber leer le impedía poder consultar los archivos de los convictos, y no quería levantar sospechas pidiendo al escriba de la Administración que le averiguara el nombre que buscaba.

Todo parecía estar en su contra hasta que una noche, mientras revolvía en el interior de un cofre, encontró algo que llamó su atención. Era una fina cadena de oro de la que pendía una pequeña figura de la diosa Sejmet. Como el resto de objetos que se hallaban en aquel arcón, formaba parte de los enseres personales que requisaba a los reos y que siempre guardaba por si pudiera obtener de ellos algún beneficio. Aquella figurilla le pareció interesante puesto que, como bien sabía, la diosa era tenida como patrona de los médicos, existiendo por tanto la posibilidad de que el propietario de aquel colgante en realidad lo fuese. Quizá tuviera un *sunu* cavando en los túneles de la montaña, lo cual podría solucionar su problema, pues los médicos sabían leer y escribir.

Fue entonces cuando le vino a la memoria la imagen de uno de los presos al que había mirado sus suaves manos; era una escena sumamente vaga e intemporal, pero estaba convencido de que no formaba parte de un sueño. Se animó ante tal eventualidad, aunque enseguida le asaltara la duda de que, quizás, el dueño de la joya estuviera ya muerto; sólo había una forma de averiguarlo, y Sutemheb sabía cuál era.

El superintendente reunió a todos los prisioneros antes de ir a trabajar. Les habló con un tono más cordial que el de costumbre, preguntándoles quién de ellos era el dueño de aquel colgante. Como esperaba, ninguno de los obreros abrió la boca por miedo a alguna oculta represalia. Él les aseguró que nada malo le ocurriría al propietario de la figura, jurándolo por Set e incluso por Min, que no en vano era el señor del desierto oriental, donde se hallaban.

—Soy gran devoto de la diosa —exclamó Sutemheb, señalando la figurita— y quiero que el portador de esta imagen sea tratado con benevolencia.

Aquellas palabras hicieron que los cautivos se miraran unos a otros con desconfianza, pues no las creyeron.

—Os aseguro que nada malo espera a quien demuestre ser su dueño —repitió el superintendente.

Los reos parecieron considerar la situación, pues se oyeron algunos comentarios, y enseguida alguien manifestó que le pertenecía.

—Ese colgante era de mi propiedad —afirmó un hombrecillo, con voz chillona—. Lo juro por Bes.

Una carcajada general recibió semejante aseveración, pues el manifestante, un asaltante de caminos, había sido un contumaz borrachín, blasfemo e irreverente para con los dioses; un verdadero bribón, en suma.

Uno de los guardias le dio un puntapié en las posaderas.

—Ya veo, ya veo —replicó el superintendente con una media sonrisa—. Para que veáis que mis palabras son ciertas, no haré azotar a este hombre como se merece. ¿Y bien?

De nuevo el silencio recorrió las filas de los trabajadores.

Nefermaat observó al superintendente con atención. Sus palabras no habían causado en él ningún efecto, aunque no hubiera ocurrido lo mismo con el colgante. Al verlo de nuevo, sintió una irreprimible emoción que a duras penas pudo contener. Aquella figurita representaba tanto para él, que le hubiera sido imposible no conmoverse. Al verla en manos de aquel hombre, pensó que era imposible encontrar una mayor impiedad.

No creía ni una palabra de las que había proferido el superintendente, e ignoraba el porqué de su interés en averiguar a quién pertenecía la figura. Sin embargo, estaba convencido de que algo oscuro anidaba en el interior de Sutehheb, y que sería más prudente mantener su reserva.

—Es una pena —oyó que decía el superintendente—. Una reliquia como ésta...

Sutehheb dejó en suspenso sus palabras, en tanto movía la figura pendularmente. Nefermaat tragó saliva con dificultad.

—No escondo fines perversos que podáis temer por esta causa. Os repito que agradeceré largamente el hecho de que el hombre que busco se muestre ante nosotros.

Nefermaat no pudo evitar sonreírse. El escuchar a Sutehheb hablar acerca de la ausencia de fines perversos era algo, cuando menos, cómico.

Él, que a diario mandaba a la muerte a sus obreros sin el más mínimo escrúpulo, hablaba públicamente de favores y agradecimientos; incluso generosos.

—Está bien. Si no sale el antiguo poseedor de este colgante, me veré obligado a desembarazarme de él, pues ya no me será útil.

El joven cambió su gesto al oír aquello.

—Esta misma tarde lo venderé a la primera caravana que pase camino del puerto de Quseir —aseguró Sutehheb.

Nefermaat apretó sus dientes, exasperado.

—Imaginaos algo tan hermoso yendo a parar a manos impías en algún país lejano.

El joven médico clavó su mirada en aquel individuo, que le estaba chantajeando de la manera más descarada.

—Puede incluso que hasta lleguen a fundirlo —exclamó con evidente teatralidad.

Para Nefermaat, aquella escena dejaba de tener sentido. El mero hecho de escuchar tan burda coacción, le pareció en sí algo detestable. El colgante que el superintendente mantenía entre sus manos provenía del hombre más santo que hubiera conocido nunca; un sabio entre los sabios, cuya memoria pisoteaba vilmente el más vulgar de los hombres.

Comprendió entonces que no tenía elección y que, como en otras ocasiones, debía ponerse de nuevo en manos de la diosa; Sejmet proveería.

—Yo soy ése al que buscas —anunció el joven.

Sutemheb se volvió presto hacia él, examinándole con atención. Luego se aproximó sonriente.

—Bien —dijo, lacónico.

Así fue como Nefermaat entró al servicio de tan distinguido personaje. El cambio, indudablemente, supuso un gran alivio para su maltrecho cuerpo, aunque no para su mente. Pronto descubrió el tipo de individuo que era Sutemheb; zafio, cruel y, a menudo, brutal. Esto no le sorprendió en absoluto, aunque no por ello dejara de hacérsele difícil el tener que soportarle a diario. Mas este suplicio le reportó otros beneficios, pues comenzó a disfrutar de una comida decente, e incluso pudo bañarse y asearse conforme a sus gustos, afeitándose por completo. Aunque pareciera imposible, en un lugar tan inhóspito como aquél llovía con cierta frecuencia, por lo que no escaseaba el agua, hallándose ésta almacenada en una serie de estanques escalonados situados entre las paredes rocosas de varias quebradas. Dichas presas, utilizadas ya hacía más de mil años por la expedición del faraón Merire, daban agua, no sólo a los trabajadores del valle, sino también a los nómadas que por allí se aventuraban, y a los animales del desierto, como por ejemplo a los *oryx*, que abundaban particularmente en aquella zona.

El trabajo que tuvo que desarrollar para pagar tales prebendas apenas le resultó complicado, pues tan sólo debía limitarse a llevar la contabilidad del superintendente, haciéndole un cálculo lo más exacto posible de los beneficios que debían reportarle sus posesiones, así como sus oscuros negocios. Enseguida supo de los robos sistemáticos que el superintendente perpetraba a diario, así como de las bolsas repletas de pepitas de oro que Sutemheb guardaba en un hueco, hábilmente cubierto por tablones, que había excavado bajo su camastro. Allí las ocultaba durante meses, hasta que viajaba de nuevo a Coptos para invertirlas adecuadamente.

Nefermaat se abstuvo de hacer ninguna pregunta, comprendiendo las consecuencias que podía ocasionarle la más mínima indiscreción.

Por su parte, Sutemheb estaba encantado con su nuevo secretario, ya que era diligente, ordenado y sumamente callado, y además manejaba con maestría los números de sus cuentas, pareciendo inteligente; justo lo que necesitaba. Con el paso

del tiempo, Sutmehb descubrió que aquel joven atesoraba también otras virtudes. Como muy bien había sospechado, resultó que en el pasado su ayudante había sido médico, lo cual le pareció un verdadero regalo de los dioses, del que incluso pensó sacar partido.

Mas al poco recapacitó, desechando tales ideas, imaginando los problemas que podían causarle. Si algo debía evitar, ahora que se encontraba próximo a su retiro, era llamar la atención.

Para Nefermaat, la explotación a la que era sometido le resultaba indiferente. Entre picar piedras en el interior de la mina y sus nuevos cometidos, la elección era fácil de imaginar; no tenía el más mínimo interés por acumular riquezas, y menos en un paraje como la «montaña de oro». Sin embargo, de una u otra forma, obtuvo cierto provecho, ya que el superintendente le proporcionó lino con el que cubrirse, evitando así el contacto con la impura lana que tanto aborrecían los sacerdotes, permitiéndole, incluso, aplicarse una lavativa de vez en cuando.

Las cosas marchaban a pedir de boca para el superintendente, hasta que un día una inesperada visita vino a cambiarlo todo.

Justo se cumplía el primer año de la subida al trono del actual dios Hekamare-Setepen-Amun (Ramsés IV), cuando éste decidió honrar a los dioses con la erección de nuevos monumentos que rivalizaran en grandiosidad con los levantados por el Gran Ramsés, hacía un siglo. Para ello, ideó una colosal expedición al Rohenu en busca de la apreciada piedra *be-khen* (grauvaca), y todo el oro que necesitara a fin de cumplir su megalómano proyecto. La empresa se dividiría en varias fases, siendo la primera la de localizar las canteras capaces de proporcionar el mineral necesario, para posteriormente enviar al grueso de los expedicionarios a extraerlo. Al frente de esta primera misión de reconocimiento, el faraón nombró al Sumo Sacerdote de Horus e Isis, y a Turo, Primer Profeta de Montu, quien se hizo acompañar por su hijo Paneb, el Segundo de los Servidores, algo que suponía un gran honor.

Al mando de cuatrocientos hombres, recorrieron el valle tomando muestras del material, y haciendo cálculos de cada yacimiento de grauvasa. Cuando una parte de la misión se personó en la «montaña de oro», Sutmehb les estaba esperando.

Al mando del grupo se encontraba Paneb, y al verle el superintendente le dio la bienvenida, solícito. El Segundo Profeta apenas hizo caso de las palabras de cortesía de su anfitrión, tratándole con absoluta displicencia. Se limitó a echar un vistazo a la mina, y a pedir un informe detallado de la producción de ésta. Los escribas que le acompañaban anotaron todo cuanto escuchaban y así, al terminar la inspección, habían recabado varios rollos de papiro llenos de anotaciones.

Sutmehb sudaba de lo lindo, mientras daba vueltas alrededor del comisionado, explicándole esto y aquello. No le gustaban en absoluto aquel tipo de visitas, pues sabía por experiencia que al final siempre traían complicaciones.

Cuando el grupo terminó de examinar la cantera, Paneb solicitó ver los registros oficiales que Sutmehb guardaba en su oficina. El superintendente notó como el

sudor frío se apoderaba de él, pero haciendo una forzada mueca les invitó a entrar con diligencia; adentro, Nefermaat repasaba un balance.

—¡Fuera de aquí! —bramó el superintendente, temiendo que estuviera escribiendo algo que pudiera comprometerle—. Ya te avisaré cuando te necesite.

Nefermaat le miró sorprendido, ante semejantes modales, mas al ver entrar a Paneb, junto al resto de su séquito, su sorpresa fue aún mayor, quedándose por un momento petrificado.

—¿Es que no me has oído? —volvió a gritarle Sutehheb, señalándole con un dedo la salida.

—Veo que eres de verbo amable —intervino Paneb, suavemente—. ¿Es acaso tu esclavo?

Sutehheb tragó saliva, visiblemente azorado.

—No, bueno... —balbuceó con dificultad—. Es uno de los reos...

—¿Cómo? —interrumpió de nuevo Paneb—. ¿Un reo dices? Pensé que los condenados se limitaban a cumplir su pena en el interior de la mina.

El superintendente creyó que la tierra se abría bajo sus pies.

—Y así es, divino padre —dijo Sutehheb, con nerviosismo—. Él es un obrero más, que a veces me ayuda en las labores administrativas.

—Creí que para eso tenías a los escribas de la Administración —apuntó de nuevo Paneb.

—Claro, pero te aseguro que en una prospección tan grande como ésta, todas las ayudas son pocas.

Paneb asintió lentamente, mientras observaba cómo Nef er-maat hacía ademán de salir.

—Quiero que se quede —ordenó el sacerdote, mirando al superintendente—. ¿Cómo se llama? —preguntó a continuación.

Durante unos instantes se hizo el silencio.

—¡Vamos, di tu nombre al sagrado Profeta! —rugió el superintendente.

Nefermaat pestañeó, mirando a unos y otros antes de contestar.

—Mi nombre es Nunas, noble sacerdote —dijo con tono tranquilo.

Paneb le miró fijamente, volviendo a asentir.

—Bien, Nunas, toma asiento en tanto el honorable superintendente nos muestra lo que deseamos ver —indicó, haciendo un gesto con su mano.

Sutehheb se congestionó por la ira, y acto seguido se dispuso a enseñar a los escribas la documentación que le pedían; mientras, los que fueran viejos amigos no dejaban de mirarse en silencio.

—Todo parece encontrarse en orden, tal y como nos lo dijo el superintendente —aseguró un escriba tras haber inspeccionado los archivos.

—Entonces, en este lugar se cumple la ley con pulcritud, ¿no es así? —inquirió Paneb.

—No hay superintendente en todo Kemet que ponga más celo en ello —intervino

Sutemheb, casi atropellándose.

Los escribas miraron al Segundo Profeta de Montu, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Me alegro que así sea, superintendente, pues el dios me ha hecho responsable de una sagrada misión, que sólo puede ser cumplida dentro del *maat*. ¿Comprendes?

Sutemheb asintió mecánicamente.

—Bien, en ese caso te rogaría que me dejaras a solas con este presidiario; ¿crees que sería posible?

—Claro, claro —volvió a balbucear Sutemheb, dirigiéndose hacia la puerta.

Tras él, el resto de la comitiva abandonó la oficina.

Hubo unos segundos en los que ambos amigos volvieron a mantenerse la mirada, silenciosos; luego, Paneb hizo un gesto con sus manos.

—No pensé encontrarte aquí —dijo a continuación.

—¿Ah, no? ¿Y dónde pensabas que me encontraba?

—Francamente, creí que habías sido devorado por Ammit hacía tiempo.

Nefermaat rió quedamente.

—Poco te preocupó mi suerte en su día, Paneb.

—¿Y qué pensabas? ¿Que iba a ir a visitarte a la celda, corriendo el riesgo de que me incriminaran?

—Ningún juez en Egipto condena la amistad; ¿o acaso tenías algo que temer?

—Las cosas no son tan sencillas como tú las ves. Ya te advertí un día que extremaras tu prudencia, pero no me hiciste caso.

—¿Acaso crees que fui capaz de atentar contra el faraón?

Ambos jóvenes se mantuvieron la mirada.

—Sé que no eres un asesino; aunque mi opinión poco valor tenga ahora. Estabas condenado de antemano.

—¿De antemano? ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Quién me ha condenado?

—Demasiadas preguntas, para las que no tengo respuestas. No sé quién ha podido fraguar tu destino, aunque has de reconocer que participaste en un juego, cuando menos, peligroso.

—¿Un juego? Mi amor por Nubjesed no fue ningún juego, Paneb. Pero si tú pensaste que lo era, ¿por qué no me advertiste? Que yo recuerde, siempre me animaste a ello; incluso te ofreciste a interceder por mí ante ella.

—Yo nada podía hacer, pero no quería que te afligieras.

—Entonces me mentiste. ¿Qué clase de amigo eras?

—Verdaderamente eres un ingenuo, Nefermaat. ¿De verdad crees en la amistad?

Nefermaat abrió sus ojos, atónito.

—No me mires así, hombre. Me estoy refiriendo a la auténtica amistad, a aquella que es inquebrantable. ¿Crees que existe?

—Hasta este momento, sí.

—Eres un candido, no tienes remedio; en realidad siempre lo fuiste. ¿Piensas

verdaderamente que alguien puede anteponer la amistad a intereses que van más allá de nuestra propia capacidad de decisión?

—La amistad no tiene por qué entrar en conflicto con nuestros intereses — contestó Nefermaat con frialdad.

—Lo siento, amigo, pero te engañas a ti mismo. Eres un ciego entre una jauría de chacales. La supervivencia está por encima de cualquier cuestión; quien no vele por sí mismo hoy en Egipto, está perdido. Es necesario adaptarse para poder seguir adelante. El culto a Montu, que mi honorable padre me legará, debe ser mantenido y defendido a cualquier precio, para que a su vez yo se lo legue a mis descendientes, y éstos a los suyos.

—Hablas de los dioses como si su culto no fuera más que una mercadería — respondió el médico, con sequedad.

—No es eso exactamente, aunque se le podría parecer. Los tiempos de los antiguos dioses que hace más de mil años construyeran las pirámides, nada tienen que ver con éstos. Hoy, el país de Kemet se encuentra a las puertas de una nueva era; los cambios ya son irreversibles, a pesar de que tú no los veas. ¿Sabías que ya tengo un primogénito?

Nefermaat permaneció en silencio.

—Él está por encima de cualquier amistad que pueda tener. Velaré por sus intereses a costa de lo que sea; obviamente, el conseguir influencias tiene un precio, como todo en la vida.

—Debe ser terrible vivir así.

—Yo diría que lo verdaderamente terrible es tu situación, no la mía. Estoy aquí como comisionado por orden del faraón, un gran honor al que debo corresponder; tú, en cambio, te encuentras en este lugar para ver el final de tus días, pues me temo que nunca salgas de aquí. ¿Sabías que el dios prepara una gran expedición para extraer toda la riqueza posible a estas montañas?

Nefermaat continuó mirándole en silencio.

—Claro, cómo ibas a saberlo —dijo Paneb, esbozando una media sonrisa—. El faraón se ha propuesto engrandecer aún más a Kemet y a sus templos, ¿sabes? Se rumorea que más de ocho mil hombres serán enviados para trabajar en las canteras^[133], lo cual no está nada mal, aunque no pueda compararse con la misión que organizara Kheperkare, Sesostris I, hace ochocientos años. Según dicen, en el año treinta y ocho de su reinado trajo a este lugar a casi dieciocho mil hombres; un verdadero ejército, sin duda. En este mismo valle dejó una estela conmemorativa, detallando tales hechos, aunque supongo que no la habrás podido leer.

El joven *sunu* mantuvo su habitual gesto de total hermetismo.

—Te aseguro que no me agrada verte aquí —dijo Paneb, levantándose—. Mas, por otra parte, nada puedo hacer por ti; mis propósitos se encuentran lejos de tu persona.

Nefermaat apenas se inmutó, permaneciendo sentado.

—Formas parte de un drama que sólo acabará el día en que mueras; adiós, Nefermaat.

El médico vio cómo su antiguo amigo le daba la espalda, y desaparecía después tras la puerta de la triste oficina. Afuera, el superintendente le esperaba ansioso, y durante unos momentos pareció departir con él; seguidamente, Paneb y su ilustre comitiva se perdieron por el polvoriento camino.



Sutemheb llevaba lo suficiente en la vida para saber que el terreno que pisaba se había vuelto particularmente peligroso. La visita de aquel sacerdote de Montu le había llenado de zozobra, complicándole la existencia. Estaba convencido de que aquel individuo había sospechado algo, y el hecho de que conociera a su secretario había venido a empeorar aún más las cosas. Odiaba a aquellos jovencitos cuya privilegiada ascendencia les hacía acaparar puestos de privilegio, inalcanzables para los demás. Si por él fuera, los mandaría azotar a todos; pero también sabía que no le quedaba más remedio que aceptar la situación, y evitar cualquier tipo de inconveniente. Pensó en ello durante un tiempo, llegando a la conclusión de que lo mejor sería finalizar con sus habituales prácticas y dar por terminados sus negocios en la mina. Además debía desembarazarse cuanto antes de su secretario, pues aparte de ya no necesitarle, intuía que podría crearle problemas. Aquel joven había resultado ser una persona de cierta importancia, y su permanencia en la «montaña de oro» podría resultarle peligrosa.

El superintendente volvió a enviar al joven médico al interior de los túneles, dando órdenes a sus capataces para que le colocaran en las galerías más peligrosas, y le dieran el peor trato posible; algo que cumplieron rigurosamente, con sumo placer.

A Nefermaat, el cambio le resultó algo esperado e incluso lógico. Dada la situación, el superintendente trataba de proteger sus intereses, y él debía ser sacrificado por ello. Su nuevo cometido no podía ser más azaroso, pues le habían sepultado en los túneles más profundos de la montaña, donde hasta el aire le faltaba. Allí dentro, incluso el eco de los martillazos podía originar un derrumbe.

Su conversación con Paneb no había sino aumentado su escepticismo sobre todo cuanto le rodeaba, llegando a aceptar que quizás el final, en el interior de alguna de aquellas angostas galerías, fuera la mejor solución para él. Sin embargo, sobrevivió.

Un atardecer, mientras regresaba de su infernal labor en la mina, vio como un grupo de nuevos reclusos se encontraba formado ante el superintendente que, como de costumbre, les obsequiaba con sus desagradables palabras de bienvenida. Aquello no resultaba nada extraordinario, pues regularmente nuevos prisioneros llegaban al campamento para reemplazar a los que iban muriendo; sin embargo, una figura de entre aquel grupo llamó la atención de Nefermaat. Era muy alta y nervuda, y al

instante el joven supo de quién se trataba, sintiendo como su corazón se aceleraba.

«¿Cómo es posible?», se preguntaba el joven en tanto se aproximaba al nuevo pelotón de infelices. ¿Qué nueva sorpresa le preparaba la caprichosa Renenutet?

Se situó en una de las veredas que bajaban de la cantera, desde donde pudo observar discretamente la escena. El superintendente gesticulaba mientras contaba al grupo las excelencias de su nuevo hogar, aunque apenas pudiera escucharle. Vio como Sutehneb se situaba frente a aquella enorme figura, a la que apenas llegaba al ombligo, y le gritaba fuera de sí. El gigante pareció no inmutarse, moviendo su cabeza distraídamente hacia donde el joven se encontraba. Entonces, Nefermaat pudo divisar claramente su rostro; era Sesostris.

—Sesostris —musitó Nefermaat, asombrado.

Luego contempló como Sutehneb levantaba uno de sus puños amenazantes, y golpeaba repetidamente al nubio en el estómago; mas éste continuó impertérrito, mirando acá y allá como si nada ocurriese. Fue en ese momento cuando varios de los guardias acudieron a la llamada del superintendente, y comenzaron a fustigar a Sesostris con sus látigos de palma. Cuando, sudorosos, dejaron de azotar al reo, éste continuaba en el mismo sitio como si nada hubiera pasado. Sutehneb volvió a escenificar sus amenazas con los brazos, y acto seguido dio por concluido el recibimiento; entonces, Nefermaat bajó al campamento.

El encuentro con Sesostris supuso para Nefermaat la mayor alegría en mucho tiempo, y no precisamente por el hecho de que pudiese compartir con él sus padecimientos.

Cuando se saludaron, no pudo dejar de ocultar su alegría, así como el asombro que le causaba el verle allí. Sesostris, como de costumbre, se limitó a hacer una de sus muecas, que podía significar cualquier cosa pero que Nefermaat interpretó como de satisfacción. Eran tantas las preguntas que tenía que formularle, que el joven prefirió esperar a estar tumbado bajo las estrellas para hacerlo.

—Se me hace difícil creer que estés aquí —susurró Nefermaat al nubio.

Éste permanecía echado boca arriba, contemplando el cielo, en silencio.

—Un hombre como tú, amado por el príncipe —volvió a susurrar el joven, esperando que le dieran alguna respuesta.

Pero el nubio continuó callado, y Nefermaat dejó de mirarle, sabedor de lo poco locuaz que era aquel hombre.

—Maté a un hombre —murmuró por fin Sesostris.

Nefermaat se incorporó levemente para observarle.

—Reventó a mi perra de una patada, y yo le saqué las tripas —continuó el nubio sin dejar de mirar al cielo.

El joven volvió a acostarse de lado, en tanto le examinaba perplejo.

—Tú le conocías —aseguró el gigante.

Nefermaat volvió a incorporarse, sorprendido.

—Era un buen amigo tuyo —prosiguió Sesostris con ironía—. Se llamaba Sabuf,

¿le recuerdas?

—Imposible olvidar su nombre —dijo Nefermaat, desconcertado—. Él fue quien me detuvo, y el que posteriormente me... interrogó.

—Pues ya no volverá a hacerlo, el último golpe que dio lo recibió mi pobre perra.

—Pero... ¿y el príncipe? Seguro que él abogará por ti y...

—Le quité la vida delante de testigos; durante una partida de *senet*. Estábamos jugando junto con otros *medjays* en uno de los patios de palacio, y Sabuf llevaba perdiendo toda la tarde. Era un hombre iracundo, y después que el dios le hubiera nombrado jefe de toda la policía, su cólera se desataba aún con más facilidad. Así que, tras uno de sus arrebatos por perder una partida, se levantó y pateó a mi perra, que echada dormía a mis pies, matándola del golpe.

Nefermaat vio cómo una lágrima se deslizaba por la mejilla del nubio.

—Al ver los ojos del animal mirándome agonizantes sin comprender, me levanté y rajé con mi cuchillo la barriga de aquel canalla, de arriba abajo.

El joven observó atónito cómo Sesostris se limpiaba las lágrimas con el dorso de su manaza.

—Después me detuvieron, y luego me juzgaron para condenarme a este lugar.

—Pero... ¿y el príncipe? ¿No intercedió por ti?

—Estoy seguro que sí; de otra manera ahora me encontraría junto a mi animal, en el más allá.

—Entiendo... —balbuceó el joven.

—Han cambiado mi pena de muerte por esta otra que, a fin de cuentas, lleva al mismo sitio.

Nefermaat asintió en silencio.

—Me sorprende que continúes aún con vida después de un año —indicó Sesostris, volviendo su cara hacia el joven.

—Parece que Sejmet ha velado por mí, aunque he de decirte que recuerdo tus palabras cada día; ellas me han dado ánimo para aguantar.

—Ya no tendrás que aguantar mucho más —sentenció el nubio.

—¿Qué quieres decir?

—No he venido aquí para quedarme —dijo Sesostris, adoptando una de sus extrañas muecas.

Nefermaat se incorporó un poco más.

—Es imposible salir de aquí. Hay guardias por todos los lados, y además estamos rodeados de desierto.

Sesostris sonrió, mostrando su blanca dentadura.

—Saldremos de este lugar. He venido a buscarte.

Nefermaat nunca supo el motivo por el cual Sutehneb se ensañó con Sesostris, pues ni tan siquiera este último se lo confió. ¿Sería el desprecio que el nubio demostraba hacia el superintendente? ¿O acaso el hecho de que los castigos que le infligían no parecían afectarle? No cabían más que conjeturas sobre el particular, pero

el caso era que Sutehheb parecía odiarle irremisiblemente.

En el campamento, su presencia llenaba la cantera de miradas y comentarios, y su portentosa figura daba la sensación de ser la dueña de aquel lugar; por encima de guardias o supervisores. Era tal el magnetismo del nubio, que hasta los perros que vigilaban, junto a los guardianes, acudían a saludarle moviendo alegremente sus rabos. Sesostris, al verlos, se detenía a acariciarlos e incluso hablaba con ellos, y éstos parecían comprenderle.

Sin embargo, el trabajo del gigante era, con mucho, el peor que se pudiera desear, puesto que Sutehheb había dispuesto que el reo fuera enviado a excavar en uno de los pozos en los que se había encontrado un filón. Trabajar allí dentro era algo inhumano; de una dureza difícil de imaginar. A fin de seguir la veta apropiadamente, suspendían por los pies a Sesostris con una soga, para que picara la piedra cabeza abajo y poder así abrir la galería, allá donde el filón le llevara.

Nadie entendía cómo al final de la jornada el nubio continuaba con vida; pero así era. Al atardecer, el hombre del desierto regresaba tranquilamente al campamento, sin decir una palabra.

Por la noche, mientras, admirado, Nefermaat se interesaba por él, el nubio escrutaba el cielo, en silencio, volviéndose luego hacia el joven para mirarle fijamente. Luego, y apenas en un susurro, le decía.

—Ya queda poco.

Una madrugada, justo antes del alba, Sesostris despertó a su amigo preguntándole cómo era la casa en la que dormía el superintendente. Nefermaat se sorprendió por la pregunta, pero al momento le explicó su situación, dándole detalles de todo cuanto allí había. El nubio apenas se inmutó al saber que, bajo el camastro, Sutehheb había excavado un pequeño foso donde guardaba el producto de sus robos. Cuando el joven terminó con sus explicaciones, el nubio se limitó a ponerle una de sus enormes manos sobre el hombro, y a decirle muy quedamente:

—Estate preparado; esta noche nos vamos.

Nefermaat anduvo todo el día presa de una excitación incontenible. En las profundidades de la tierra golpeó con más cuidado que nunca las vetas de cuarzo aurífero, pensando con cada martillazo en la posibilidad de que al día siguiente ya no se encontrara allí; por eso, al llegar el ansiado atardecer y regresar de nuevo al campamento, apenas pudo probar bocado, observando con nerviosismo cuanto le rodeaba; pero todo estaba en calma, como si se tratara de un anochecer cualquiera.

Buscó a Sesostris con la mirada, pero no le encontró, lo cual le hizo aumentar aún más su agitación.

—Todavía se encuentra en el pozo —le dijo un preso sentado a su lado, mientras apuraba su escudilla—. El jefe parece que quiere acabar con él cuanto antes, je, je.

Nefermaat observó cómo su compañero rebañaba el plato con verdadera ansia, y luego miró inconscientemente hacia la montaña. Parecía solitaria y, sin embargo, todavía no había devuelto a uno de sus hijos.

La noche cayó oscura como pocas sobre el valle de Rohenu. Bajo su raída manta, Nefermaat pugnaba por descifrar las tinieblas que le rodeaban, en un intento vano de leer en ellas lo que no podía. Inquieto, como nunca, el joven atisbaba inútilmente en busca de algún indicio que le indicara dónde se hallaba Sesostris; mas le fue imposible, pues las sombras le resultaron tan compactas como la roca que golpeaba a diario. Por ello, terminó por tumbarse, resignado, acabando por cerrar los ojos en una especie de duermevela. Los sueños se sucedieron entonces, cortos y delirantes, contagiados sin duda de la intranquilidad de su espíritu. Despertaba y volvía a dormirse con temor y desasosiego, incapaz de discernir entre el sueño y la realidad. Por este motivo, cuando aquella mano le tapó la boca, no supo si se encontraba en las profundidades de su letargo o estaba consciente.

—Chsss... —oyó que le chistaban muy suavemente.

Los ojos del joven se abrieron desmesuradamente, justo para comprobar que la mano que le atenazaba era tan real como la figura que, inclinada sobre él, le invitaba a guardar silencio; era Sesostris.

Nefermaat se incorporó desconcertado, mirando al nubio con ansiedad. Éste quitó la manaza de su boca, y con un dedo le indicó que guardara silencio. Acto seguido, le dio un zurrón y un pequeño odre que aún chorreaba agua.

—No bebas hasta que yo te lo diga —le susurró al oído.

Luego buscó en otra bolsa, sacando un pequeño colgante que entregó al joven.

—La diosa ha vuelto a ti —volvió a susurrar, haciendo una extraña mueca.

Nefermaat vio con emoción que se trataba de su vieja figura. Como bien había dicho su amigo, Sejmet volvía a él, y ello le reconfortó, pues era una prueba inequívoca de que la diosa no le había abandonado. Después volvió a mirar a Sesostris, y vio como se colgaba otras dos bolsas sobre los hombros.

—Sígueme y no te separes de mí; disponemos de cinco horas hasta que lo descubran.

El joven se puso en pie siguiendo a Sesostris, tal y como le había dicho y, al poco, ambos desaparecieron sigilosamente entre las sombras.



A la mañana siguiente hubo un gran revuelo en el campamento. Al formar a los presos para hacer el recuento diario, los guardias comprobaron que faltaban dos de los reos. Buscaron por todos lados antes de informar de ello al superintendente, pues sabían que éste les haría responsables de la desaparición, castigándoles duramente; mas no encontraron ni rastro de ellos. Fueron pues, apesadumbrados, a la casa de Sutmehb para darle cuenta de lo que había sucedido, pero tras llamar insistentemente a la puerta, nadie les contestó. Extrañados, abrieron el pestillo y entraron al interior, llamando a voces al superintendente, pero, extrañamente, éste no respondió. Se aproximaron entonces a la puerta del dormitorio, comprobando que se hallaba entreabierta, y volvieron a llamar a Sutmehb. Al no recibir ninguna respuesta, los capataces se miraron temerosos durante breves momentos; luego, uno de ellos empujó suavemente la portezuela hasta que ésta quedó completamente abierta, y lo que vieron les llenó de espanto. Colgado de una viga del techo, Sutmehb se balanceaba muerto.

Enseguida el nerviosismo y la confusión se apoderaron de los guardias. Descolgaron el cuerpo sin vida del superintendente, cuya cara mostraba un rictus espantoso. Había sido ahorcado con uno de los largos látigos de palma trenzada, que ellos mismos acostumbraban a usar, y enseguida el capataz jefe sintió un escalofrío que le recorrió por completo.

Miraron por la habitación buscando alguna prueba más que pudiera delatar al asesino, pero el habitáculo se encontraba en perfecto orden, no habiendo huellas de hurto o de violencia en su interior.

Avisaron a la máxima autoridad del valle, que poco después se personó en el lugar de los hechos. Impresionado, pidió un informe de los dos fugados, a la vez que mandaba registrar de nuevo la habitación, con más detenimiento. Acto seguido, formó una partida para dar caza a los escapados.

—Uno de los fugados es Sesostris —le advirtió el capataz jefe—. Es un auténtico hombre del desierto; no será fácil encontrarle.

—Ya veremos. Removeremos todo el reino de Set, si es necesario, para encontrarlos; si han sido ellos los asesinos, nunca hallarán descanso.

Después dio orden a los *medjays* para que siguieran su rastro, allá a donde les

llevara.

—No regreséis sin ellos —les advirtió, amenazadoramente.

Los *medjays*, y sus perros, buscaron infructuosamente durante toda la jornada algún rastro que les indicara la dirección que habían tomado los presos, pero al atardecer tuvieron que desistir, y desplegarse en parejas por todas las direcciones. Aquellos hombres se habían llevado sus mantas consigo, y los perros no tenían un rastro claro al que seguir, lo cual dificultaría todavía más su búsqueda.

—Si se han internado en el desierto del sur, las inmensas dunas se los tragarán, y puede que no encontremos tan siquiera sus cuerpos —dijo el jefe de los *medjays*, antes de ponerse en camino.

La noticia no gustó nada al inspector jefe de las explotaciones del Rohenu, pero le gustó aún menos el descubrimiento que hicieron sus escribas. Éstos encontraron la contabilidad privada del superintendente con todas las irregularidades que había cometido durante años.

Boquiabierto, el inspector mandó revisar la casa en busca de algún escondrijo, y al apartar el camastro descubrieron los tablones que cubrían el pequeño foso; el interior se encontraba lleno de bolsas, repletas de pepitas de oro.

Aquello significó un gran escándalo, pues ponía en entredicho la propia integridad del sistema. La sombra de la corrupción planeó no solamente por la «montaña de oro», sino por todas las excavaciones del valle. Sobre todo, cuando se enteraron que el superintendente llevaba muchos años robando a las arcas del Estado. Por ello, las máximas autoridades de la explotación del valle llegaron a la conclusión que, presa de un insoportable remordimiento, Sutmehb había decidido quitarse la vida ante la magnitud de sus pecados; Maat, la diosa de la justicia, había castigado sus malas acciones con su invisible mano.

Todos los bienes que tan fraudulentamente había acaparado Sutmehb le fueron confiscados, y los orfebres que habían negociado con él, detenidos. Al final, el superintendente no pudo disfrutar de sus anheladas puestas de sol junto al Nilo, pues su cuerpo fue enterrado entre las ardientes arenas del desierto, que tanto odiaba.

Sentados al pie de unos farallones, los dos hombres observaban el atardecer. Habían estado caminando durante todo el día a través de infernales pistas de arena y piedras, a un ritmo considerable, sin apenas detenerse para descansar. Horas y horas de dura caminata por el fantasmagórico paisaje situado al sur del desierto oriental. Allí, las inacabables extensiones de arena se veían salpicadas por las irregulares elevaciones montañosas, que creaban caprichosos valles donde sólo habitaba el silencio; parajes de desconcertante belleza que terminaban por perderse allá en el lejano sur, en los océanos del desierto de Nubia.

Ahora, aquellos hombres contemplaban arrobados los juegos de luces y los refulgentes reflejos que el sol creaba sobre las rocas de las escarpadas laderas. Aquellos últimos rayos ofrecían sus postreras caricias a las ardientes arenas, matizándolas con ilusorios colores que, a su vez, originaban verdaderos espejismos

de engañosas apariencias.

Observaron hechizados cómo Atum, el sol del atardecer, era devorado finalmente por la divina Nut, muy lejos, al oeste; luego, el más alto de los dos pareció salir de su embeleso y comenzó a revolver en el interior de una de las bolsas, mientras el otro, más joven, se masajeaba los pies.

—Descansaremos por unas horas antes de reanudar la marcha —dijo Sesostris, sacando unos dátiles del zurrón.

—Tengo los pies molidos —se quejó el otro.

—Deberás continuar, aunque te los despellejes; sólo los que saben sufrir pueden vencer al desierto. Toma, cómetelos.

Nefermaat cogió los dátiles que su compañero le ofrecía, y los comió con fruición; después le miró suplicante, señalando el odre que contenía el agua.

—Tardaremos aún un día en encontrar agua; toda la que ahorremos hoy nos dará la vida mañana —advirtió el nubio, ofreciéndole un poco de queso—. Si seguimos caminando como hoy, dentro de tres días habremos llegado a nuestro destino.

Nefermaat le observó muy serio mientras devoraba el queso, pues hasta aquel instante no tenía ni idea del lugar adonde se dirigían.

—Nos encaminamos a Neheb —explicó Sesostris, que pareció haberle leído el pensamiento.

—¿Neheb? ¿La capital del nomo Teb, el Santuario?

El nubio asintió en silencio.

—Pero, ese lugar se encuentra a cincuenta *iterus* (cien kilómetros) al sur de Tebas...

—No pensarías que íbamos a ir a hacer una visita a los sacerdotes de Karnak, ¿verdad? —observó Sesostris, jocosamente, en tanto comía un dátil.

Nefermaat se recostó sobre sus codos.

—En realidad poco importa dónde vayamos; no conozco ningún lugar donde esconderme.

—¿Esconderte? No puedes permanecer escondido toda tu vida —apuntó Sesostris.

—¿Qué quieres decir?

—Tendrás que salir de Egipto; sólo así garantizarás tu libertad.

Nefermaat movió la cabeza, desalentado.

—¿Y adónde iré?

—Eso deberás decidirlo tú; en el lugar al que me dirijo no sobrevivirías.

El joven se incorporó para dar un pequeño sorbo de agua.

—Entonces, ¿por qué dirigimos a Neheb?

—Se encuentra lo suficientemente alejado de Tebas como para que no levantemos sospechas. Nadie nos buscará allí, de momento. Es un puerto desde el cual podrás embarcar rumbo al Delta en alguna de las gabarras que comercian con las ciudades del norte.

—Pero...

—No tienes más opciones, Nefermaat —cortó el nubio, alzando una de sus manos—, recuerda que lo importante es estar vivo.

El joven pareció considerar aquellas palabras.

—Todavía no comprendo cómo los perros no nos delataron —dijo Nefermaat, haciendo un gesto de incredulidad.

Sesostris le miró con una de sus habituales muecas.

—Hablé con ellos antes de partir —observó al fin, enigmático.

El joven le observó boquiabierto durante unos instantes.

—¿Qué posibilidades tenemos de llegar a Neheb? —preguntó acto seguido, mirando al nubio.

—Les llevamos mucha ventaja, y en esta zona las pistas se pierden con facilidad.

—Pero los *medjays* son excelentes rastreadores; tienen fama de acabar por dar caza siempre a sus presas.

—El tiempo corre a nuestro favor. Ellos no saben qué ruta elegimos, por lo que tendrán que dispersarse; además dudo mucho que hayan iniciado nuestra búsqueda antes de esta tarde —concluyó Sesostris con una sonrisa malévola.

El joven arrugó su frente, intrigado.

—¿Qué ocurrió en la cabaña del superintendente? —inquirió el joven, mostrando su colgante al nubio.

—Sutemheb tomó el camino que había estado labrándose durante toda su vida. Ahora se encuentra donde debe —dijo el gigante, sin dejar traslucir ninguna emoción.

Nefermaat le miró boquiabierto.

—No preguntes lo que no quieres escuchar —continuó el nubio—. Tenemos casi un día de ventaja sobre nuestros perseguidores; sólo si ocurre algún imprevisto nos atraparán. Ahora debes dormir un rato y procura no moverte mucho, pues las serpientes podrían acurrucarse al calor de tu cuerpo y si se sienten amenazadas te picarán.

El joven se cubrió con su raída manta lo mejor que pudo, y se hizo un ovillo pensando en la advertencia de su compañero; la noche se presentaba tan fría que Nefermaat apenas se movió de su sitio; eso sí, aunque durmiera más bien poco.

Era todavía noche cerrada cuando Sesostris le llamó para iniciar la marcha. Volvieron a comer dátiles, y luego colgaron su pequeña impedimenta al hombro.

—Al menos el queso y los dátiles que tomé a Sutemheb son excelentes —comentó el nubio, tras enterrar los huesos.

Nefermaat no contestó, fijándose intrigado en la otra bolsa que llevaba Sesostris, y de la que no se separaba; mas no le preguntó nada.

Durante toda la jornada los dos hombres atravesaron desérticos parajes similares a los del día anterior. A mediodía, pararon a la sombra de una elevación rocosa para descansar y protegerse del ardiente sol africano.

—Cuando empiece a caer el sol, continuaremos —comentó Sesostris.

Nefermaat apenas se inmutó, pues se encontraba desfallecido.

—Toma —dijo el nubio, ofreciéndole otro dátil—. Te darán energía.

El joven lo comió con desgana, e inconscientemente cogió el odre de agua.

—Sólo queda para hoy —intervino el nubio, arrebatándoselo—. Mañana hemos de encontrar agua.

Nefermaat tragó saliva a duras penas, pues ésta le pareció tan sólida que hasta le raspó la garganta. Miró en rededor, y se preguntó si su amigo no se estaría burlando de él, pues viendo aquel paisaje se le antojaba imposible que pudiera haber agua en ninguna parte.

—La encontraremos —le susurró Sesostris, dándole una palmadita en el hombro.

Nefermaat nunca pudo comprender cómo el nubio fue capaz de hallar agua en medio de semejante mar de arena, pero al verle hacer un gesto con la mano, indicándole la situación exacta del preciado líquido, no pudo sino maravillarse.

Sesostris comenzó a excavar con ambas manos, y al poco apareció el sello de lo que parecía una enorme tinaja enterrada por completo bajo la arena.

—Las usan los *medjays* y las tribus del desierto; hay muchas diseminadas por este lugar, se utilizan en caso de necesidad —dijo señalando la tinaja—. Te sorprenderás al ver lo fresca que está.

El joven bebió con fruición el agua que le ofrecía su amigo. Después llenaron el odre, y volvieron a tapar la tina con cuidado.

—Ya queda poco —explicó Sesostris, señalando hacia el horizonte—. Mañana estaremos en Neheb.

La ciudad de Neheb^[134] era tan antigua como el propio país, pues sus orígenes se remontaban cinco mil años en el tiempo, casi en el principio. Ya en el período Predinástico, y durante las primeras dinastías, esta ciudad, situada en la orilla oriental del Nilo, fue un asentamiento muy importante que terminó por ser elegida como capital del nomo III del Alto Egipto, suplantando a Nejen, la anterior capital, situada justo enfrente, en la otra orilla del río.

Neheb pertenecía al territorio administrado por el virrey de Kush, y en ella se rendía culto a la diosa buitre Nejbet, la diosa tutelar de los faraones junto con Wadjet, la diosa cobra del Bajo Egipto. Ambas adornaban la cabeza del Horus viviente formando el *ureus*, la diadema de los reyes del país de Kemet. Por ello, los grandes faraones de la XVIII Dinastía la honraron, edificando templos en su honor o ampliando los que ya estaban erigidos, siendo Tutmosis III y Amenhotep II sus mayores benefactores.

Su situación geográfica hacía de ella que fuera un puerto fluvial de gran importancia, al que arribaban las mercancías distribuidas desde la no muy lejana^[135] Suenet, Asuán. Desde la ciudad de Neheb se abastecía a la más meridional de Asuán, de lo que fundamentalmente carecía, alimentos. A cambio, se beneficiaba del floreciente comercio que ésta le proporcionaba, así como de su extraordinaria riqueza mineral.

En la ciudad abundaban las etnias de piel oscura, venidas del lejano Kush, que establecidas desde hacía siglos convivían con la autóctona en paz. El propio Sesostris tenía amigos que vivían allí; por eso, al avistar la ciudad, sonrió a su joven compañero de fuga mientras señalaba con un dedo.

—Nejeb, la ciudad de la «diosa blanca». Esta noche estarás a salvo; ahora debes aguardar aquí.

—¿No puedo ir contigo? —preguntó Nefermaat, sorprendido.

—Aunque la noticia de nuestra huida todavía no habrá llegado, es mejor que no nos vean juntos. Aquí conozco a quien puede ayudarnos, pero debo ir solo; confía en mí.

Nefermaat le miró con gratitud.

—Confío en ti más que en ninguna otra persona —dijo, sonriéndole.

—No te muevas de este lugar —ordenó el nubio señalándole una pequeña oquedad entre unas rocas cercanas—. Volveré al atardecer.

El joven asintió, acomodándose lo mejor que pudo en aquella pequeña cueva natural. Sesostris le dio unas palmaditas y, tras dejarle el odre de agua, se marchó.

Nefermaat pasó el resto del día luchando por no dormirse, mas estaba tan cansado que acabó por caer en un profundo sueño como no recordaba haber tenido nunca.

Cuando le despertaron, se sintió sorprendido por haber dormido de aquella manera, pero no había duda, el crepúsculo se encontraba cercano y Sesostris estaba allí para recordárselo.

—Te he traído ropa decente. Debemos enterrar las mantas y tu raído *kilt* —dijo el nubio, apremiándole.

Nefermaat se restregó los ojos en tanto se incorporaba.

—Todo está dispuesto para que salgas esta misma noche. Es preciso apresurarse.

El *sunu* se abstuvo de hacer preguntas y enterró sus prendas con cuidado, tal y como le había dicho Sesostris. Luego se puso la túnica de lino que éste le ofrecía.

—Tu aspecto está ahora más acorde con tu rango —aseguró satisfecho el gigantesco nubio.

Nefermaat sonrió, señalándole el faldellín.

—Para alguien como yo, el faldellín es más de lo que necesito.

—No habría prendas suficientes para vestir un corazón tan grande como el tuyo —manifestó Nefermaat.

Ambos se miraron un momento, y Sesostris le devolvió la sonrisa.

—Mi deuda contigo todavía no está saldada; démonos prisa —apremió Sesostris.

Los dos hombres cubrieron la corta distancia que les separaba de la ciudad, acompañados de los postreros rayos de un sol que caminaba con paso firme hacia el inframundo. Así, cuando llegaron a los muelles del puerto fluvial, las sombras ya lo devoraban todo.

—Ése es tu barco —dijo Sesostris, señalando una de las gabarras atracada—. Sale esta misma noche hacia Menfis; es lo mejor que he podido conseguir. Conozco al

capitán; es un tipo arisco, pero no te hará preguntas y además podrás confiar en él.

—Pero ¿cómo le pagaré? —preguntó Nefermaat, confundido.

—Ya lo he hecho por ti —respondió el nubio, ofreciéndole una de las bolsas que llevaba siempre colgadas y que tanto habían despertado la curiosidad del joven.

—Pero... —balbuceó Nefermaat, mientras la cogía y miraba en su interior.

Su cara pareció iluminarse en la oscuridad.

—¡Es una de las bolsas de Sutehheb! —exclamó, asombrado.

Sesostris asintió, sonriendo.

—No puedo aceptar esto; no me pertenece —indicó el joven, devolviéndoselo.

—Es tuyo —insistió Sesostris, mostrándole las palmas de sus manos.

—Este oro ha sido robado y...

—Como ha sido robado tu nombre, ¿no es así? —interrumpió el nubio—. Incluso aseguran que tu alma también está perdida, aunque eso sea imposible, pues ningún hombre tiene poder sobre ella. Escucha —continuó bajando la voz—. No hay oro suficiente para pagar la injusticia que Egipto ha hecho contigo. Este oro te pertenece más que a nadie; además, tómalo como un regalo que te hago.

Nefermaat, desconcertado, observó la bolsa, algo molesto.

—Es lo mínimo que mereces, créeme —subrayó Sesostris—. Lo necesitarás para emprender una nueva vida; allá donde Sejmet te lleve. La lengua del oro es conocida por todos los pueblos. Con eso —continuó, señalando la bolsa—, podrás vivir el resto de tus días sin sobresaltos.

—Pero... ¿y tú? —preguntó el joven, visiblemente azorado.

—Mis pies me llevarán al sur; tienen natural querencia por esas latitudes, ¿sabes? A donde me dirijo no necesitaré oro.

Nefermaat no pudo reprimir abrazarse con el gigante.

—Dices que aún tienes una deuda conmigo, pero yo te aseguro que me siento abrumado por tanta generosidad.

—Aquí nos separamos, noble *ueh* —dijo Sesostris, señalando la cicatriz de su cráneo—. Pero yo te adelanto que volveremos a vernos.

Nefermaat movió la cabeza emocionado, tratando de no velar sus ojos con las lágrimas.

—Nos veremos de nuevo —repitió, dándole la espalda al joven—. Entonces, saldará definitivamente mi deuda contigo.

Nefermaat observó como el hombre del desierto desaparecía en la noche, cual si fuera una sombra más que formara parte de ella. Sesostris, del que nadie conocía su verdadero nombre, había resultado ser el único amigo que tenía. Ello le hizo pensar un momento, y enseguida su rostro se iluminó por la esperanza. No era cierto, aún le quedaba otro amigo. Iría a Bubastis en busca de Anón.



Multitud de recuerdos asaltaban el corazón de Nefermaat mientras paseaba por las calles de Bubastis. Sin pretenderlo, la ciudad formaba ya parte indeleble de su vida; un pasado que le parecía extrañamente lejano y que, no obstante, hacía sólo tres años que había acontecido.

«Tres años», pensó el joven.

Apenas un suspiro que parecía haber tenido lugar en un tiempo lejano.

Poco tenía que ver el joven *ueb* que un día llegara por primera vez desde Menfis con el que arribaba ahora, como prófugo de la justicia, pues aquellas dos personas procedían de mundos diferentes.

Nefermaat dejó que el sol de la mañana resbalara por su rostro, entrecerrando levemente los ojos para poder disfrutarlo. Aquellos suaves rayos le vivificaron, a la vez que le insuflaron renovados ánimos y esperanza. La luz, que aquella mañana Ra desparramaba por los parques y avenidas de Per-Bastet, era en sí misma una invitación para abandonarse al optimismo, así como una oportunidad de poder disfrutar del don que el rey de los dioses regalaba generosamente a la ciudad.

Los jardines, de umbríos palmerales, envolvían con su frescor a todo aquel que se aventurase en ellos, obsequiándoles con sus más sutiles perfumes; ofrendas misteriosas de una tierra que no tenía parangón, pues parecía señalada por manos sobrenaturales y fecundada por la propia voluntad divina. Al verse rodeado de tales bendiciones, Nefermaat olvidó por unos instantes sus pasados sinsabores, embriagándose con aquellos dones que siempre había gustado recibir.

Mientras disfrutaba de tan singulares sensaciones, su corazón se ensombreció de repente ante el hecho de tener que abandonar aquella tierra para siempre. Hacía tiempo que había dejado de ser uno de sus hijos, e incluso había perdido su nombre; había sido declarado un criminal, y simplemente ya no tenía cabida en Egipto.

Su viaje hasta Bubastis había resultado tediosamente tranquilo. Acomodado entre unos fardos, Nefermaat había pasado los diez días de navegación que tardaron en llegar a Menfis entre dudas y reflexiones sobre lo que sería de su vida. Dadas las circunstancias, poco pudo aclarar, aunque al menos el capitán resultó ser un tipo introvertido, que apenas le molestó; tal y como le predijo Sesostris. Cuando desembarcó en el puerto de Menfis, se despidió de él con un leve movimiento de

cabeza, para enseguida volver a embarcarse rumbo a Bubastis. Ahora que paseaba por sus calles, cayó en la cuenta de que ni tan siquiera conocía su nombre.

Sus pasos le llevaron hasta la residencia de Anón. Como el joven no deseaba comprometerle, evitó llamar a su puerta, apostándose en las proximidades para poder vigilar discretamente la casa. Ésta continuaba tal y como la recordaba, y los hermosos jardines que la rodeaban, tan cuidados como antaño. Observó con atención a todos los que entraron o salieron de ella, reconociendo a algunos de los viejos criados, mas el babilonio no hizo acto de presencia. Durante un tiempo estuvo pensando en la posibilidad de que quizá pudiera ver a Atet, lo cual le produjo una malsana curiosidad que no fue capaz de reprimir. Recordaba a la muchacha como garante de las más oscuras inclinaciones por las que, él mismo, había llegado a sentirse atrapado; mas ahora que la joven debía haber dado a luz, pensó en el tipo de mujer en que se habría convertido. ¿Mantendría su anterior espíritu independiente? ¿O por el contrario se habría transformado en una madre ejemplar?

Nefermaat no tuvo forma de saberlo, puesto que Atet no apareció.

Al atardecer, por fin su espera se vio recompensada, pues al final de la avenida Nefermaat pudo reconocer la inconfundible figura de Anón. El babilonio se aproximaba con sus andares característicos, y tan desastrado como de costumbre; venía solo, y en un par de ocasiones dio un leve traspié, lo cual hizo pensar al joven en la posibilidad de que estuviera borracho. El viejo maestro parecía absorto en quién sabe qué pensamientos, y no reparó en la figura que se le acercaba.

—A veces los dioses nos propician buenos encuentros —dijo Nefermaat, ya casi junto a su amigo.

Anón dio un pequeño brinco, sobresaltado, y enseguida abrió sus ojos de par en par.

—¡Bes bendito! —exclamó, dándose una palmada en los muslos—. ¿Tu voz es real, o es producto de alguno de mis delirios debido a los efectos del vino de los oasis que me acabo de tomar?

—Puede que te resulte una aparición, Anón, pero en esta ocasión te aseguro que soy real.

El babilonio se abrazó al joven sin poder reprimir su alegría.

—Mis plegarias han sido escuchadas, y por fin vuelvo a verte. Pero déjame que te examine; estás todavía más delgado que cuando te fuiste y en tu rostro hay signos de cansancio, ¿o son de sufrimiento?

Nefermaat hizo un leve movimiento con su cabeza.

—Me temo que sea tal como dices. Desde que salí de tu casa, mi vida ha resultado, cuando menos, azarosa.

Ahora fue Anón el que asintió.

—Escúchame Anón, no quisiera que mi visita te causara problemas. Puede resultar peligroso el que te vean junto a mí —indicó el joven con cierta ansiedad.

—Hum; será mejor que entremos en mi casa —señaló el babilonio—. La calle no

es un lugar seguro.

—Pero... alguno de tus criados podría...

—No digas sandeces —cortó el viejo médico, mientras le cogía de un brazo—. Vayamos dentro.

Ambos hombres entraron en la magnífica villa y caminaron por el espléndido jardín hasta llegar al pequeño muelle situado en su parte trasera. Allí se sentaron, y observaron el lento fluir de las aguas del río.

—Cuando me enteré de la noticia me negué a darle crédito —dijo Anón, sin apartar su mirada de la corriente.

—Incluso para mí, estando tan cerca de Iroy, lo fue; lo malo es que me hicieron formar parte de ella.

—Como bien sabes, nunca he tenido demasiado apego por vuestras tradiciones —continuó Anón—. Para mí, Iroy estaba por encima de ellas. Supongo que tendría sus motivos para hacer lo que hizo.

—Parecía resentido mientras permanecí junto a él en prisión, aunque puedo asegurarte que en ningún caso, arrepentido.

—En Bubastis todos nos llevamos una sorpresa, pues como bien sabes él era de aquí. Luego nos enteramos de que tú también habías sido implicado, aunque al parecer no te habían condenado a muerte; después no volvimos a saber nada más.

—Nunca debí haber abandonado el Templo de Sejmet —apuntó el joven, pesaroso.

—¿Qué dices? —exclamó Anón con uno de sus aspavientos—. Entonces te habrías perdido la aventura de la vida.

—Sólo desventuras he visto desde que me fui de aquí.

—Eso lo dices ahora porque aún estás afectado por cuanto te ocurrió. Pero con el tiempo lo verás de otra forma.

Nefermaat miró de soslayo a su amigo.

—Ni tan siquiera sé si existe un futuro para mí.

—Lo hay, aunque probablemente no como esperabas; de cualquier forma eso nos ocurre a la mayoría.

El joven suspiró, recostándose sobre sus codos.

—Ya que te preocupa tu futuro podríamos hablar primero de tu pasado; a veces van extrañamente unidos. Quizá puedas contarme lo que ocurrió.

Nefermaat pareció perder su mirada en algún lugar del río, abstrayéndose durante unos instantes de todo lo demás; luego volvió a mirar al viejo médico, y le relató lo acaecido.

—¡Marduk^[136] me fulmine si no es la mejor historia que he escuchado en mi vida! —exclamó Anón, rascándose la cabeza, al finalizar el joven su narración.

Nefermaat frunció un poco el gesto.

—Es verdaderamente prodigioso, créeme —enfaticó el babilonio—. Salir con vida de semejante enredo resulta poco menos que milagroso. Deberías estar dando

loas a los dioses en los que tanto crees durante toda tu vida.

El joven hizo un mohín de disgusto ante la consabida irreverencia del babilonio.

—Lo digo en serio —aseguró Anón con gran teatralidad—. La intriga en que te has visto involucrado más bien parece urdida por demonios que por hombres; es asombroso.

—Yo más bien diría que es frustrante —se lamentó el joven—. A nadie puedo recurrir para proclamar mi inocencia; no tengo otro camino más que abandonar Egipto.

—En eso siento tener que darte la razón —indicó el babilonio, acariciándose la barba—. Aquí ya no puedes estar; los *medjays* te buscarán por todo el país hasta que te encuentren o se convenzan que has muerto.

—Debo marcharme cuanto antes; aunque, francamente, no sé adonde ir —observó el joven.

—Una vez lejos de Egipto estarás a salvo. Para la policía será como si hubieras dejado de existir, y al cabo de unos años nadie se acordará de ti.

Nefermaat se pasó ambas manos por la cabeza, consternado.

—Por el momento, aquí te encontrarás a salvo —señaló Anón—. Tardarán meses en venir a buscarte a mi casa, y para entonces tú ya te encontrarás muy lejos.

—Si me quedo en tu casa estarás comprometido; antes o después, alguien podría delatarte.

—Procuraremos ser discretos —apuntó el babilonio, que parecía querer dar el tema por zanjado—. Te esconderás en tu antiguo cuarto durante unos días, hasta que encontremos un barco que te saque de la ciudad.

Nefermaat miró inconscientemente hacia el pequeño edificio que había ocupado años atrás, y luego su semblante se llenó de agradecimiento.

—¿Y tu esposa? A ella no le gustará tenerme aquí.

—Entonces no se lo diremos; últimamente apenas sale de sus habitaciones, ¿sabes?

—¿Acaso se encuentra enferma? —preguntó el joven, intrigado.

—Su cuerpo se halla perfectamente sano, aunque me temo que no ocurra lo mismo con su alma. Desde la marcha de su hija, se encuentra sumida en una profunda depresión.

—¿Atet se ha ido?

—¿Cómo? ¿No estás enterado?

Nefermaat negó con la cabeza.

—Claro, era imposible que lo supieras; las minas no es el lugar más idóneo para recibir cartas. Te escribí una, bastante larga, por cierto, en la que te relataba los hechos.

El joven abrió los brazos manifestando su ignorancia.

—Como ya te conté con anterioridad, mi hijastra se quedó embarazada.

—Lo recuerdo —le confirmó el joven.

—Pues como te reseñaba en el papiro, a partir de aquel momento Atet se volvió más esquiva y enigmática que nunca, pues desaparecía misteriosamente, a veces durante semanas, sin que ni su madre ni yo supiéramos nada de ella. Ya te dije que más parecía una gata callejera, de las que tanto abundan en Bubastis, que una joven encinta. Su madre le ofreció su ayuda, pero ella no quiso saber nada, no permitiendo que yo la auscultase, lo cual me produjo un cierto pesar —subrayó el babilonio con una mirada maliciosa—. Cuando su madre, la noble dama Iay, le preguntaba por la identidad del padre, ella entrecerraba sus ojos tal y como hacen a veces los felinos, y se marchaba sin decir absolutamente nada.

—¿Y ni tan siquiera sospecháis de alguien? —preguntó Nefermaat con candidez.

—¿Sospechar? Bueno, yo podría sospechar de todo Bubastis, pues no sé si quedará en la ciudad algún varón que se precie que no haya yacido con ella —aseguró Anón con mirada encendida.

—Exageras; como siempre que hablas de ella. ¿No será que siempre te fue esquiva? —preguntó el joven, divertido.

—La muy putilla disfrutaba provocándome; y tú lo sabes —se quejó Anón, molesto—. Lo que hubiera dado por recibir sus caricias —suspiró, relamiéndose.

—Tu lascivia no tiene solución.

—Ni medida —afirmó el babilonio con rotundidad—. Sólo mi afición al vino puede compararse. Últimamente es de los pocos amigos que me quedan.

—Esa amistad es poco de fiar.

—Puede, pero al menos me da satisfacciones. Claro que, un abstemio como tú es imposible que lo comprenda.

Nefermaat hizo un gesto de desgana con la mano, y desvió de nuevo su mirada hacia el río.

—Sigues tan santurrón como de costumbre; me temo que seas un caso perdido.

El joven volvió a mirarle sin inmutarse.

—En fin, como te decía —prosiguió Anón—, no hubo forma de enterarse de quién era el padre de la criatura, y a partir de ese momento mi esposa entró en un estado de decaimiento tal, que acabó llevándola a la postración; una catástrofe. Y la cosa empeoró según se acercó el momento del parto, pues Atet se volvió todavía más huraña, e incluso irascible; como si fuera una gata, vamos.

Ahora Nefermaat le escuchaba con atención.

—En realidad nunca supimos dónde dio a luz al chiquillo, ni tampoco el día exacto, ya que cuando regresó a casa de nuevo, el niño ya tenía varios días. A pesar de todo, a mi esposa se le quitaron todos los males al ver a su nieto, volviendo a comportarse como antes, lo cual agradecí sinceramente, pues llevaba sin cohabitar con ella desde tiempos inmemoriales —dijo el babilonio con su acostumbrada exageración.

Nefermaat lanzó una pequeña carcajada, en tanto el babilonio le miraba aviesamente.

—Sí, sí; no te rías. Tú no sabes el sufrimiento que eso supone para un hombre como yo; pero al fin Bes pareció hacerse cargo de mi desesperación, pues acabó iluminando el corazón de mi melancólica esposa. Al recobrar su habitual alegría, ella pareció bien dispuesta, lo cual aproveché para resarcirme, pues tenía el presentimiento que, a no mucho tardar, ella podría volver a las andadas; como en realidad así sucedió.

—Me sorprendes, Anón. Tú devoto de los dioses.

—Sólo de Bes, ¿eh? Es el único con sensibilidad suficiente como para poder comprenderme.

—Ya. Bueno, ¿y qué ocurrió después?

—Ocurrió lo que tenía que ocurrir; un alma tan oscura como la de Atet no podía llevar una vida como la de cualquier otra madre. Un buen día dijo que éste no era un lugar adecuado para ella ni para su pequeño, y que había decidido marcharse. ¡Imagínate la que se organizó! —exclamó Anón, dándose una palmada en la frente—. A mi noble esposa le dio tal ataque que se quedó muda durante una semana; como si los más malignos súcubos del inframundo se hubieran apoderado de ella. Pero Atet no sintió ninguna compasión; había decidido irse, y vaya si lo hizo.

—¿Se fue sola, con el niño? —preguntó el joven, asombrado.

—No; sola no se fue. Engatusó a un viejo comerciante fenicio inmensamente rico y...

—¿Se marchó con un viejo comerciante? —interrumpió Nefermaat, perplejo.

—Sí, un tal Abibal. Posee minas de cobre en la isla de Ala-shia (Chipre), y además es dueño de una enorme flota que comercia por todo el litoral oriental del Gran Verde. Pertenece a una aristocrática familia de Tiro; yo mismo les presenté.

Nefermaat enarcó una de sus cejas.

—Abibal es un antiguo paciente. Siempre que viene a Egipto a hacer algún negocio aprovecha para que le trate sus problemas de erección. Es un caso perdido, pero el hombre parece tener una fe ciega en mis remedios, e incluso me asegura que le hacen efecto, aunque yo no le creo. En cualquier caso, le receto raíces de mandrágora maceradas en vinagre, que como tú bien sabes son un buen afrodisíaco, y el hombre se va tan contento. La última vez que estuvo aquí vio a Atet unos instantes, y se quedó prendado de ella como un chiquillo. Luego la joven se encargó de enredarle como sólo ella es capaz de hacer. ¡El viejo se volvió loco! —exclamó el babilonio—. Incluso llegó a asegurarme que había recuperado sus antiguas erecciones.

—Pero ¿ella le quiere? —preguntó el joven con ingenuidad.

Anón lanzó una estrepitosa carcajada.

—¿Quererle? ¿Olvidas que ese hermoso monstruo carece de corazón?

—¿Entonces...?

—Es imposible que trate de explicarte los motivos que le hacen comportarse así. A veces dudo que hasta ella misma los conozca. Figúrate que el tal Abibal podría ser

su abuelo, y como te dije antes, es impotente. Sí, sí, impotente —continuó Anón, al ver la cara que ponía Nefermaat—; sin remisión; por mucha mandrágora que tome.

—Lo que me cuentas es imposible de comprender —intervino el joven—. Debe haber alguna explicación para todo ello.

—Pues ya me dirás cuál —dijo Anón con sorna—. Lo único cierto de todo esto era que Abibal babeaba como un viejo macho cabrío en cuanto la veía, ofreciéndole toda su fortuna si se casaba con él.

—¿Y ella aceptó?

—Ya la conoces; Atet siempre ha sido imprevisible. ¿Quién hubiera podido pensar que lo haría? Parecía tenerlo totalmente decidido, pues le dijo que sí, al momento. A una mujer como ella no creo que el pobre Abibal le dure mucho; estoy seguro de que algún día la veré regresar a Bubastis junto a su hijo Hemón, convertida en dueña de las rutas del cobre.

Al oír aquel nombre, Nefermaat dio un respingo.

—¿Cómo has dicho que se llama el niño?

—Hemón. Un nombre poco habitual, pero qué quieres; parecía tenerlo decidido desde hacía tiempo.

Nefermaat se puso lívido, y enseguida se sintió desfallecer.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Anón alarmado, al ver la cara de su amigo.

—¡Sejmet me proteja! —exclamó el joven, adoptando un extraño rictus—. ¿Cuánto hace que nació la criatura?

—Algo más de un año. Si no recuerdo mal fue en el primer mes de Shemu.

Nefermaat se echó las manos a la cabeza, desesperado.

—¿Podrías decirme qué demonios te pasa? —inquirió el babilonio, sorprendido.

—No es posible —balbuceó el joven.

—¿A qué te refieres?

Nefermaat miró alelado al viejo médico; y éste frunció el ceño.

—¿No estarás insinuando que...?

El joven asintió, sin poder articular palabra.

—¡Marduk nos ampare! —juró Anón, llevándose ambas manos a la cabeza—. ¿Has sido tú?

Nefermaat continuó mirándole con la boca abierta.

—Pero... ¿cómo puedes estar seguro? Es imposible saberlo con certeza.

El joven movió la cabeza, turbado, y acto seguido le contó la vieja historia de Atet y Nefermaat.

—No le hubiera puesto ese nombre si el hijo no fuera mío —concluyó Nefermaat.

—Siempre sospeché que habíais sido amantes; pero esto no me lo esperaba —apuntó el babilonio dando un resoplido.

—Parece que Renenutet tiene especial interés en complicar mi existencia.

—Deja a los dioses en paz; tú fuiste el que yaciste con ella —intervino Anón con desagrado.

Durante unos instantes, ambos permanecieron en silencio.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —preguntó el babilonio.

—Debo ir en su busca.

—¿Estás loco? Atet se marchó con otro hombre.

—Recorreré el Gran Verde entero si es preciso, hasta que los encuentre.

—Pero...

—¿No te das cuenta, Anón? —inquirió Nefermaat, perdiendo un poco su compostura—. A su manera, Atet me ha dejado un mensaje.

—Perdona, amigo, pero no te comprendo.

—De alguna forma, ella intuía que podría escapar a mi desgracia, y esperaba que algún día la siguiese. Sabía que en cuanto escuchara el nombre del niño, lo comprendería.

—¿Y por qué no ha permanecido aquí esperándote?

—No hay ciudad en Egipto donde me puedan esperar. Siempre seré un proscrito, Anón, y en cierto modo mi hijo también lo será. ¿Te imaginas un niño egipcio a cuyo padre le han despojado del nombre? Quizá tú no lo comprendas, pero ella sí. Sabe que si alguna vez volvemos a encontrarnos, *será* lejos de aquí. A su modo, ella también se ha visto obligada a huir del país de Kemet.

Anón se rascaba la cabeza sin entender muy bien todo aquello.

—Creo que la sobrevaloras —dijo al fin—. Yo no estaría tan seguro de sus intenciones.

—Sus intenciones siempre han sido un misterio para los hombres, pero con ella está mi hijo, ¿comprendes? Tengo que encontrarles.

—Pero ¿entonces, tú la quieres? —preguntó Anón, convencido.

El joven negó con la cabeza.

—Me temo que mi corazón pertenece a otra mujer. No ha habido un solo día en el que no haya recordado a Nubjesed; aunque supiera que nuestro amor era imposible.

El babilonio se encogió de hombros.

—Supongo que tienes razón. Ya que has de huir de Egipto, poco importa que vayas a un lugar o a otro —indicó, mirándole con condescendencia—. Mas si pretendes pasar el resto de tu vida junto a Atet, te auguro un mal futuro; cuando menos, tormentoso.

—Te repito que no quiero a esa mujer; pero mi hijo no tiene la culpa. Él es lo más importante.

Anón se le acercó, y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Creo que debemos buscar un barco que te lleve a Tiro lo antes posible.

Nefermaat nunca pensó que el Gran Verde fuera un lugar tan inhóspito, ni que un hombre tan delgado como él pudiera vomitar tanto. Ahora entendía por qué su pueblo odiaba aquel mar, asegurando que sólo Set podía habitar en él. El oleaje, que parecía zarandear a su antojo la embarcación en la que se encontraba, le hacía comprender hasta qué punto se hallaba a merced de él. Ante semejante poder, el hombre era aún

mucho más insignificante que en tierra firme; una menudencia que osaba desafiar peligros que le sobrepasaban.

El *kebenit*^[137] subía y bajaba cabalgando sobre las olas, a la vez que parecía contonearse. Aquel movimiento era el más desagradable para el joven, y el que le obligaba a dirigirse constantemente a la borda para vomitar. En realidad, poco o nada le quedaba por arrojar, así que los vómitos acabaron por convertirse en angustia.

—Come todo lo que puedas —le decían los marineros, entre risas—. Es mejor que tengas algo en el estómago que devolver, hasta que te acostumbres.

Nefermaat apenas les escuchaba, pues se sentía tan mal que optó por tumbarse en el suelo de la cabina, como si fuera un animal abandonado.

Sin embargo, el joven acabó por acostumbrarse a tan desagradable movimiento, y pasados unos días se sintió mejor, e incluso hasta pudo pensar.

El barco en el que navegaba era uno de tantos mercantes fenicios que cubrían las rutas del Mediterráneo. De figura redondeada, como era usual en los barcos utilizados para fines comerciales, y con un prótomo de caballo en la proa, estaba construido con planchas de madera de ciprés, y había sido calafateado con pez y estopa, y recubierto con láminas de plomo. Un único mástil de cedro, y una vela de lino, era todo cuanto necesitaba para desafiar a los mares, pues sus tripulantes poseían una gran pericia al haber desarrollado la capacidad de calcular su posición, durante la noche, observando las estrellas; *Hwab*^[138], la estrella fenicia, era su referente.

Había llegado a Menfis cargado de madera de cedro del Líbano, y regresaba a Tiro con las bodegas repletas de papiros y cuerdas hechas con este mismo material, que alcanzarían en el mercado un precio elevadísimo. Su dotación, compuesta por dieciocho marineros, un piloto y el *capitán*, se frotaban las manos ante las buenas perspectivas de negocio que les reportarían ambos viajes. Después de un invierno anclado en el puerto, la navegación había sido abierta de nuevo para aprovechar la bonanza que el mar solía mostrar entre marzo y octubre.

La elección de aquel barco para realizar su viaje había sido determinada por el azar. Tras la conversación que el joven y Anón habían mantenido en el pequeño malecón de la casa de este último, la decisión de abandonar el país lo antes posible estaba tomada. Aquella misma noche, la fortuna quiso que aquel navío hiciera una pequeña escala en Bubastis, antes de proseguir su periplo hacia Tiro, y que su capitán aceptara a un pasajero entre su carga. Nefermaat se embarcó en él, con una mezcla de pesadumbre y esperanza.

—No pierdas el ánimo —le dijo Anón, mientras le abrazaba al despedirse—. Piensa que lo mejor está por llegar.

Esta vez, el joven no había podido reprimir las lágrimas, pues probablemente nunca volvería a ver a su maestro.

Antes de abandonar la villa del babilonio, éste le recomendó que dejara parte del oro allí.

—Entiérralo donde desees —le aconsejó Anón—. Estoy convencido de que algún

día regresarás a Egipto, y entonces podrás recuperarlo. Sería peligroso que anduvieras con todo este oro por países extraños. Es preferible que no se lo muestres nunca a nadie. ¿Comprendes?

—En algún momento deberé hacer uso de él.

—Procura ser prudente; toma —dijo entregándole varios brazaletes de lapislázuli ribeteados con oro—. Con esto te sobraré para llegar donde deseas. Ya me pagarás cuando volvamos a vernos.

Nefermaat guardó las joyas en su pequeña bolsa, y después se abrazó con Anón.

—No olvides que posees un don que será reconocido allá donde vayas. Da igual el lugar al que te dirijas, pues siempre habrá alguien que necesitará de tus servicios —aseguró el babilonio—. Esto te será de mayor utilidad que todo el oro que posees —dijo finalmente, entregándole un hatillo.

—Pero... ¡si es tu instrumental médico! —exclamó Nefermaat, al contemplar el contenido.

—Yo ya poseo suficiente cantidad y, sin embargo, a ti te serán de gran utilidad. Así tendrás un recuerdo mío; parte de mi persona está en ellos —indicó señalándolos.

—Los guardaré como mi bien máspreciado —dijo el joven, emocionado—. Siempre que los tenga entre mis manos, me acordaré de ti.

—Estoy seguro de que harás un buen uso de ellos —observó Anón, mientras el joven subía a bordo de la nave.

Cuando por fin soltaron amarras y la nave empezó a deslizarse perezosamente por la suave corriente, Nefermaat agitó su mano despidiéndose.

—Si la encuentras espero que consigas meterla en vereda —oyó que le gritaba Anón desde la orilla.

Luego, la embarcación se adentró en la noche, río abajo, camino del tenebroso mar.

Aquella sería la última vez que el joven vería a su maestro, pues Renenutet, siempre caprichosa, así lo había dispuesto.

La brisa impregnada con los olores del mar recorría la cubierta del barco, hinchando la vela rectangular con su suave aliento. La nave surcaba las bonancibles aguas, mientras los marineros inspeccionaban el aparejo, y el piloto la gobernaba con maestría. El sol de la primavera había decidido acompañarles obstinadamente durante toda la travesía, alegrando sus corazones a la vez que les mostraba el inmenso azul del cielo del Mediterráneo. Ni una sola nube en el horizonte amenazaba tan espléndido regalo, y Nefermaat libre al fin de angustias y mareos pudo también disfrutar de él, maravillándose de todo cuanto le ofrecía.

Con los ojos entrecerrados, dejaba que los suaves rayos le acariciaran en tanto se sumía en sus pensamientos. Para un egipcio como él, educado en los más estrictos convencionalismos, el abandonar su tierra para siempre significaba un hecho difícil de digerir. El Nefermaat que un día naciera en Tebas, del vientre de la muy noble Tetisheru, ya no existía, pues había quedado olvidado en algún lugar del país de

Kemet.

Mientras disfrutaba del sol de la mañana, pensó en lo distinta que habría resultado su vida si su madre no hubiera sido llamada ante Osiris prematuramente. Mas Renenutet, aquella que determina la fortuna de la persona junto con Shai, Mesjenet, y Shepset, dioses que de una u otra forma actúan sobre el destino del individuo, parecía tener trazado el suyo ya desde su nacimiento.

Su vida hasta aquel instante quedaba definitivamente apartada, en un plano inaccesible para él, y lo único que le unía a ella debía encontrarlo en algún punto de la costa bañada por aquellas aguas. Era curioso que alguien como Atet significara el único nexo de unión entre su pasado y él. La joven era todo lo que le quedaba de su anterior existencia; y más ahora que guardaba algo que también le pertenecía. El reflexionar sobre ello le llenaba el corazón de ilusión y a la vez de zozobra, pues se daba cuenta de la dificultad que entrañaría el poder ejercer sus derechos como padre. Quizá Renenutet le tuviera reservado aún más sorpresas, aunque a él ya no le importara; cuando son pocos los pilares a los que aferrarse, la vida cobra una nueva dimensión, y para Nefermaat, la suya parecía comenzar ahora.

Se levantó y caminó por la cubierta de boj chipriota hacia la popa de la nave. En ella, un enorme friso en forma de cola de pez se elevaba airoso, adornando graciosamente el perfil de la embarcación. Más allá, la estela creada en las aguas tras el paso de la nave se difuminaba, burbujeante, en la indeterminable distancia.

Nefermaat la contempló con curiosidad durante unos instantes, imaginando que aquella estela llegara hasta el mismo Egipto, y que con ella su nombre flotara sobre el oleaje como el último vestigio de su existencia. Así, el nombre de Nefermaat quedaba como un mero rastro tras su paso sobre las aguas, para acabar siendo engullido por éstas para siempre.

A partir de ese momento, su identidad poco importaba.



Desde la terraza, Atet observaba el atardecer. Sentada en uno de sus lujosos divanes, la joven contemplaba cómo el sol se ponía en el horizonte cubriendo de tonos rojizos las dispersas nubes que porfiaban en ocultarlo. Junto a ella, su pequeño la miraba con los ojos muy abiertos, mientras restos de papilla cubrían por completo su boquita.

Ella desvió su mirada hacia el niño y le sonrió satisfecha, en tanto le daba otra cucharada de cereales con leche. El chiquillo, encantado, se la comió con deleite, dando unas palmaditas de contento a la espera de recibir una nueva cucharada.

Atet, complacida, le hizo unos mimitos a la vez que le limpiaba los labios con dulzura.

—Por hoy ya es suficiente, chiquitín, o engordarás más de la cuenta —dijo con suavidad, poniendo el plato sobre la mesa.

El niño protestó balbuceando algunos sonidos, y enseguida se puso a jugar con un pequeño caballo de madera.

Su madre se reclinó gozosa, volviendo a perder su mirada en la hermosa puesta de sol. Se dejó llevar entonces por el placer que le reportaba la bellísima vista a la que tenía acceso desde su privilegiada situación, entrecerrando durante unos instantes sus ojos con deleite.

Estaban a mediados de junio, y en aquellas fechas el Mediterráneo parecía ofrecer lo mejor de sí mismo, brindando todo un espectáculo de luz y sensaciones, difíciles de describir, que rebosaban vida, así como la percepción de que todo, allí, estaba por empezar; de que un nuevo mundo estaba a punto de abrir sus puertas al hombre, y que esas puertas no eran sino aquel mar, cuyos confines era imposible de alcanzar con la vista. Confines que, sin embargo, algún día quedarían unidos, concibiendo un auténtico crisol de pueblos y culturas que serían gloria del género humano. Una sensibilidad, como la que atesoraba Atet, fue capaz de darse cuenta de todo aquello, comprendiendo que el mundo no sólo se limitaba al país de Kemet.

Suspiró al pensar en su tierra. Allí estarían en el mes de Mesore, el cuarto de la estación de Shemu, e imaginó al instante a los miles de agricultores que habían estado cuidando los campos durante todo el año, afanándose ahora en la tarea de recolectarlos, antes que llegara la crecida. Era época de recoger los frutos del trabajo y, por tanto, las tierras de Egipto se llenarían de cánticos y alabanzas a los dioses, al

haber permitido, una vez más, cumplir con el ciclo de la vida; el orden natural impuesto en el principio de los tiempos que se cerraba, otro año más, para volver a iniciarse de nuevo cuando el Nilo inundara los campos con sus divinas aguas repletas de vida.

La joven reflexionó sobre aquello, sorprendiéndose al comprobar que no sentía nostalgia alguna. Se sentía feliz allí, en Sidón, y su vida anterior no representaba sino un camino que había precisado recorrer para alcanzar su posición actual. Hacía tres años que había abandonado Bubastis y, no obstante, le parecía un hecho tan lejano que había terminado por convertirse en difuso.

Podría asegurarse que su vida durante aquellos años había tenido de todo, menos quietud. Al embarcarse con su flamante marido rumbo a las costas de Fenicia, Atet se encaminaba a un escenario bien distinto del que estaba acostumbrada a vivir. Un mundo de hombres, traiciones y engaños, por el que se sintió fascinada, y del que estaba dispuesta a participar.

Su marido, Abibal, era un hombre inmensamente rico que pertenecía a una de las familias más poderosas de Tiro, el nuevo emporio comercial creado en la costa cananea, cuyo puerto parecía crecer imparablemente.

El poder en Tiro, como en el resto de las ciudades-estado fenicias, lo ostentaban las familias aristocráticas, que formaban una verdadera oligarquía, con la que controlaban no sólo el poder político, sino también el religioso y, por supuesto, el económico. Los grandes armadores y comerciantes pertenecían, por lo general, a dichas familias, que detentaban la mayor parte de las riquezas que sus fabulosos negocios les reportaban.

Después de toda una vida realizándolas, Abibal había conseguido tal cantidad de concesiones, derechos de rutas, e intereses comerciales, que bien podría asegurarse que no existía ciudad en el mundo conocido con la que no mantuviera algún tipo de transacción.

En un momento en el que el Mediterráneo oriental se encontraba convulsionado por la aparición de los Pueblos del Mar, Abibal había resultado ser extremadamente perspicaz, viendo claramente el profundo cambio que se avecinaba para todos los pueblos del litoral, así como la necesidad de implantar los pilares que garantizarían un sólido futuro para los intereses familiares.

La mayoría de las civilizaciones conocidas habían sido arrasadas por aquella horda migratoria de pueblos indoeuropeos, sumiéndolas en un caos que había derivado en la más oscura de las edades. En un mar infestado de piratas, y con muchos de estos países sin leyes, apenas con precarios órdenes establecidos, Abibal estableció un verdadero imperio, difícil de imaginar, siendo su flota de tal magnitud, que llegó a contratar barcos corsarios para que protegieran sus singladuras.

Los dioses habían bendecido a aquel hombre con un inusual don de gentes, dotándole de una natural simpatía y una capacidad negociadora fuera de lo común. Como, además, Abibal era de naturaleza astuta, conseguía sus propósitos siempre que

se lo proponía.

Así fue como se hizo con el mayor de los bocados a los que todo comerciante podía aspirar; el control del negocio del cobre. Para ello, creó una pequeña factoría en Kitión, en el sudoeste de Alashia (Chipre), la mayor productora de este metal, creando acuerdos muy ventajosos con el gobierno local que le aseguraron el monopolio de su tráfico durante cincuenta años.

Sin embargo, todos sus éxitos en los negocios no se vieron correspondidos en el amor, pues la plena dedicación a su trabajo le hizo olvidarse de él, y cuando el hombre se olvida del amor, éste suele responderle mortificándole doblemente. Por ello, Abibal llegó a edad avanzada sin haberse casado nunca, y sin tener descendencia; algo que un día pareció pesarle amargamente, sumiéndole en una desconsolada melancolía.

Mas Baal Malage y Baal Safón^[139], los dioses que durante toda su vida le habían protegido y escuchado sus preces e invocaciones, atendieron de nuevo sus súplicas cruzando en su camino a la criatura más hermosa con la que pudiera soñar. Cuando Abibal conoció a Atet, su melancolía se transformó en ilusión y, a su pesar, en una irrefrenable pasión; y todo como por ensalmo.

La joven enajenó sus pensamientos en tan poco tiempo, que decidió ofrecerle todo lo que había tardado años en conseguir si accedía a convertirse en su esposa.

Atet rió halagada, como sólo ella sabía hacerlo, regalándole una de sus subyugadoras miradas que tan bien administraba, y que casi le hizo enloquecer.

Sin poder articular palabra, el viejo comerciante se limitó a mirarle fascinado, como si enfrente tuviera a la mismísima Astarté.

Sin embargo, la joven pareció considerar la propuesta, algo que un astuto comerciante como Abibal supo adivinar, y si la decisión dependía de llegar a un acuerdo, entonces nadie como él para conseguirlo; y así ocurrió. Para su sorpresa, aquella joven criatura de excelsas formas se avino a convertirse en su esposa..., eso sí, bajo ciertas condiciones. Sobre este particular, Atet le fue sincera, advirtiéndole de su tortuosa naturaleza y de los oscuros caminos que le gustaba transitar; nunca renunciaría a ellos, y tampoco a su libertad, aunque prometía no ridiculizarle en público. Abibal, que era un hombre razonable, estuvo de acuerdo, pues era plenamente consciente de que una diosa como aquélla no podía ser adorada por un solo devoto, y mucho menos por uno tan viejo como él. El solo hecho de poder ser acariciado por aquellos ojos que parecían turquesas, o el simple tacto de sus manos, le parecían la última recompensa que Baal estaba dispuesto a ofrecerle en su, ya de por sí, venturosa vida.

Se establecieron en Tiro, la ciudad donde Abibal residía, en un palacio que el fenicio se había hecho construir hacía años, y en el que vivieron rodeados de todo el lujo que sólo un hombre como aquél podía permitirse. Allí permanecieron durante un tiempo, hasta que el pequeño Hemón cumplió su primer año, preocupados en el bienestar de la criatura y en consolidar las bases del lazo que les unía. Atet se

comportó como una esposa ejemplar, dedicándose únicamente a su familia, y al conocimiento de los negocios de su marido, que por dote también le pertenecían. Abibal le explicó todos los pormenores de sus empresas, percatándose la joven, al momento, de la complejidad que suponía el dirigir las. Una mujer tan inteligente como ella fue consciente, enseguida, de su incapacidad para gobernar semejante nave, así como los problemas que podía causarle el hacerlo.

Lógicamente, Abibal no era el único dueño de tan colosal fortuna. Su aristocrática familia había respaldado durante muchos años su empresa, obteniendo por ello pingües beneficios. Ellos tenían participaciones en algunos mercados, y utilizaban su poder político para conseguir ventajosos acuerdos. El hecho, por tanto, que el viejo comerciante no hubiera tenido descendencia, no significaba que su negocio fuera a perderse a su muerte. Una legión de sobrinos esperaba ansiosa el momento en que su tío pasara a mejor vida, para repartirse el pastel de la forma que más conviniera a la familia.

Atet tuvo perfecta constancia de ello, el mismo día que celebró sus esponsales. Las miradas, más o menos aviesas, que algunos de los familiares invitados le regalaron, le hizo tomar plena consciencia del problema. Los motivos por los que había abandonado su país no eran, en absoluto, económicos, mas tenía la voluntad de abrir nuevos horizontes para ella y para su hijo, libres de disputas con jaurías de lobos.

Decidió pues asegurar su posición para el futuro, utilizando para ello las artes que atesoraba. Abibal estuvo encantado con ello, pues fue objeto de las atenciones de su diosa, hasta que ésta se apoderó por completo de su alma. El hecho de que Abibal tuviera problemas de impotencia no fue óbice para que la joven le llevara hasta el paroxismo. El verle sufrir por no conseguir una erección le producía una malsana satisfacción, devolviéndola a los profundos abismos por donde solía deambular antaño. Tal y como le había ocurrido también con otros hombres, el viejo comerciante se convirtió en esclavo de su voluntad y de sus hábiles caricias; como si fuera un pobre perro abandonado.

Abibal, incapaz de negarle nada, accedió a su deseo de visitar la isla de Alashia cuando un día su diosa se lo pidió entre mohines. Si su esposa quería ir a Chipre, él la acompañaría encantado.

Así, una mañana de verano se embarcaron junto con el pequeño Hemón rumbo a Kitión, en la costa sudoeste de la isla. Atet quedó fascinada por la belleza de ésta, y sugirió a su pródigo esposo el quedarse allí todo el verano. Durante las hermosas noches que pasarían en su residencia, frente a la bahía, la joven le auguraba las más encendidas caricias que pudiera desear, por lo que Abibal consintió encantado.

Circunnavegaron la isla en su lujoso barco, disfrutando del espléndido tiempo que los dioses le regalaron. Atet se interesó por poblaciones como Enkomi o Kalavassos, con las que Egipto llevaba comerciando desde hacía siglos. El gran Amenhotep III, mucho tiempo atrás, había estrechado sus lazos de amistad con el rey de Alashia,

llegando a llamarle hermano, y creando una alianza contra los hititas, su enemigo común. Eran épocas de abundancia, y el cobre producido en la isla salía en enormes cantidades con destino a Egipto; su primer consumidor. Por ello, se crearon asentamientos egipcios en algunas localidades que prosperaron con el comercio durante años. Luego, llegaron tiempos convulsos que azotaron al Mediterráneo oriental sin piedad; culturas enteras que desaparecieron para siempre, y que apenas legaron los restos de su grandeza destruida. Alashia no fue una excepción, y durante muchos años la oscuridad se abatió sobre ella. Se crearon entonces asentamientos en diferentes puntos de la isla, que amurallaron sus ciudades para protegerse de los ataques invasores. Poderosos comerciantes se unieron para salvaguardar sus intereses en estratégicos enclaves como Enkomi o Kitión, donde crearon gobiernos que trajeron una gran prosperidad. Kitión fue protegida por ciclópeas murallas, y la abundancia fue generosa con ella, señalándola con su caprichoso dedo; y así, desde su puerto, naves cargadas de rico cobre surcaron el mar conocido, abasteciendo a pueblos y hombres de tanpreciado metal.

Atet percibía todo lo que aquel emporio industrial representaba. Un poder que sobrepasaba fronteras y que iba más allá de lo que cualquier rey pudiera poseer. Intuía que se forjaban las bases de un nuevo orden cuyo alcance se le escapaba, pero que vendría a sustituir, sin duda, a las antiguas civilizaciones.

Durante aquellos meses, Atet registró a su nombre la parte del negocio que le correspondía, firmando en Kitión los documentos que así lo acreditaban. Abibal le cedió el cincuenta por ciento de la concesión para comerciar con el cobre, a la vez que le mostró los yacimientos próximos de donde se extraía. Una vez que la joven tuvo todo en orden, se abandonó a la fragante atmósfera que Kitión le regalaba.

La joven se aficionó a dar paseos por la playa, y a bañarse en las saladas aguas junto a su pequeño. La sensación de aquéllas en su desnudo cuerpo le resultó particularmente gratificante, abandonándose en ocasiones, durante horas, a sus refrescantes caricias.

El viejo comerciante perdió la medida, implorando constantemente los juegos y caricias de su esposa. Ésta disfrutaba paseándose desnuda por la residencia, provocando incesantemente a su marido, que caía rendido a sus pies en cuanto se lo proponía. Abibal gemía de desesperación cuando en el lecho Atet le acariciaba sabiamente, no deseando nada más que el poder permanecer el resto de sus días así.

Pero repentinamente, una noche, su vida se apagó. El abuso que cometía diariamente con el consumo de la mandrágora, para conseguir sus erecciones, pareció provocarle un colapso, pues Abibal amaneció muerto.

A la joven no le extrañó en absoluto, pues conocía sus excesos; sin embargo, la pérdida de su marido le obligó a obrar con celeridad, pues intuyó que sin su protección su vida y la de su hijo no valían un *quite*. Por ello, tras las exequias, vendió la residencia de Kitión y embarcó antes de que los puertos se cerraran por la llegada del otoño. Su destino fue Sidón, una antigua ciudad del litoral fenicio, que

había mantenido estrechos vínculos con el país de Kemet desde hacía siglos, y en donde existía una importante colonia egipcia. Sidón era un puerto comercial de primera magnitud, que rivalizaba con Tiro en encarnizada competencia por controlar las rutas del Mediterráneo.

Era el lugar idóneo para verse libre de cualquier amenaza de su familia política, así que, una mañana, puso rumbo a su hermoso puerto en compañía de su pequeño Hemón.

Una vez en Sidón, Atet adquirió una magnífica villa en el lujoso barrio de «los Cielos Magníficos^[140]», comprando esclavos para su servicio, y contratando a un mayordomo para que le llevara el gobierno de la casa. Luego se hizo rodear de los más refinados lujos y comodidades, a la vez que concertó una cita con el naviero más poderoso de la ciudad.

Cuando Tabnit vio a la joven y se enteró de la proposición que ésta venía a hacerle, se quedó asombrado. Al principio no dio crédito a lo que escuchaba, pero Atet le mostró la documentación que llevaba preparada y Tabnit no tuvo más remedio que mirar boquiabierto a la hermosísima dama.

Que una mujer como aquélla viniera a ofrecerle la posibilidad de participar en semejante negocio, no recordaba que hubiera ocurrido nunca en los anales de la larga historia de su familia y, sin embargo, así era.

Observó largamente a aquella beldad, con las palmas de sus manos juntas, bajo su nariz. Como cualquier hombre de negocios de su país conocía las grandes dificultades que entrañaba el ambiente en el que se movía. Era un mundo de hombres, hostil y a veces sin más ley que la de la propia fuerza, y en el que indefectiblemente el más débil acababa por ser devorado.

Obviamente, aquella hermosa dama se encontraba en apuros, pues por ese motivo había venido a visitarle. Le ofrecía la posibilidad de participar en la concesión sobre el comercio del cobre, que su difunto marido le había dejado. A cambio de cederle la explotación, la joven recibiría la mitad de los beneficios que reportara el negocio, y una pequeña participación en su empresa.

Tabnit no pudo sino sonreír ante tal ofrecimiento; tanto por lo inesperado como por lo apetecible. Conocía de sobra la dimensión del negocio que le planteaban, y los enormes beneficios que Abibal le había sacado anualmente. Tabnit poseía una infraestructura adecuada para hacerse cargo de la empresa, y aquella bella joven parecía saberlo. Pensó en ello un momento, y en la inteligencia que la dama demostraba al hacer algo así. Una mujer como ella no duraría mucho tiempo con vida si intentara disputar el negocio a la familia de Abibal, por eso prefería renunciar a la mitad de sus ganancias, y a cambio estar bajo el manto protector que él le proporcionaría. Con los fabulosos dividendos que le reportaría su parte, podría vivir rodeada de lujos el resto de su vida, sin preocuparse por su porvenir o el de su hijo. Era un negocio justo para ambas partes, y Tabnit aceptó las condiciones. A partir de aquel instante, Atet entraba a formar parte de su emporio familiar, y estaría bajo su

amparo.

Atet suspiró al recordar todo aquello, mientras Set, desde las profundidades del Gran Verde, comenzaba a tragarse el disco solar. La servidumbre se afanaba en encender las lámparas de la casa, y en el aire se respiraba una quietud cargada de aromas que invitaba a disfrutarlos. Ella era una nueva Atet, y el universo al que había accedido, un lugar insospechado, imposible de imaginar tan sólo tres años atrás. Llevaba un año en aquella casa, libre de las tradiciones y convencionalismos que le asfixiaban en Bubastis, y tan sólo preocupada en cuidar adecuadamente de su hijo. Vivir allí había resultado para ella una especie de liberación de una identidad que, durante toda su vida, le había resultado ajena.

Su madre, la noble Iay, había tenido que hacer frente a su propia existencia de la manera que ella más aborrecía; sometiéndose por completo a un hombre. Para una mujer de su espíritu aquello representaba la peor de las desgracias. Ella había nacido para dominar, no para ser dominada. A menudo había pensado en ello, y en lo distinta que era de su madre, así como en la posibilidad de que se pareciera a su padre. Éste representaba el gran enigma de su vida, pues lo único que conocía de él es que era natural de Menfis. Iay nunca había querido hablarle de él, en un absurdo intento de mantenerlo en el olvido.

¿Quizás era ése el motivo de su extraña relación con los hombres? ¿O era simplemente su naturaleza la que le empujaba, en ocasiones, hacia sus perversas inclinaciones?

Tales dilemas eran imposibles de ser contestados con certeza. Atet tenía a los hombres como a seres sin voluntad, capaces de arrastrarse ante el deseo, si la mujer adecuada les invitaba a ello. Todos los que había conocido habrían estado dispuestos a bajar a los mismos infiernos, si así se lo hubiera pedido. Infiernos que ella también conocía, pues se sabía capaz de las pasiones más bajas. El ver a un hombre implorando que le proporcionara el medio de descender hasta ellos, era algo que le producía un goce que iba mucho más allá de lo meramente físico, satisfaciéndola por completo.

En Sidón, Atet vivía totalmente al margen de ellos, pues los esclavos que la cuidaban en su casa nunca poseerían la libertad de elegir; éstos se hallaban sujetos a su voluntad, y ella les respetaba.

Atet volvió la mirada hacia su hijo, y vio que éste se había quedado dormido con uno de los gatitos entre las manos. Su devoción por Bastet era lo único que parecía no haber olvidado de su tierra. En Sidón se le rendía culto en un pequeño santuario, y ella misma le había dedicado una capilla en su casa. Los gatos, que tanto le gustaban, eran sus más reverenciados huéspedes, y ella mantenía una particular relación con ellos.

Observó al niño con embeleso, y enseguida sintió un extraño desasosiego. Llevaba todo el día con él en el estómago, como si de un inquietante presentimiento se tratara, sin poder sustraerse de él.

Miró de nuevo al lejano horizonte; en él, el sol se apagaba, no quedando del astro más que una tenue franja rojiza, apenas asomándose sobre el mar. Sus pensamientos fueron en busca de la noticia que, aquella misma mañana, una de sus doncellas le había comentado admirada. Se decía que del país de los faraones había llegado un hombre capaz de obrar milagros; un médico que parecía ungido por los dioses.



Meditabundo, Nefermaat recorría las estrechas callejuelas de Sidón, camino de la residencia de Atet. Su paso, apresurado, resonaba en las desgastadas losetas con un rumor sordo cuyo apagado eco acababa por languidecerse, perdiéndose entre las bocacalles. Aquella noche, el plenilunio se alzaba esplendoroso acariciando la ciudad y sus barrios con un velo incorpóreo, imposible de ser tejido por las humanas manos. El reflejo de la luna se colaba entre las apretadas callejas, iluminando recónditos rincones, a la vez que creaba una espectral pátina sobre las milenarias piedras.

Para Nefermaat aquello carecía de importancia, pues sus pensamientos eran tan contradictorios, y su humor tan quebradizo, que poco le interesaban los reflejos de la noche. Mientras transitaba por los estrechos callejones, recordaba el azaroso camino que había tenido que recorrer para llegar hasta allí; dos años de búsqueda infructuosa a través de mares hostiles y lejanos pueblos.

Durante todo ese tiempo, Nefermaat había perseguido una sombra; un sueño que desaparecía súbitamente cada vez que alcanzaba su destino, para acabar presentándose nuevamente vivido, empujándole a continuar en pos de su ilusoria estela.

Sus pasos le habían llevado a Tiro, donde buscó inútilmente a su sueño hasta descubrir que ya no se hallaba allí. Tiempo perdido que no hizo sino aumentar su desesperanza, y sembrar de desaliento su maltrecha alma. Se sentía tan extraño en aquella ciudad, que para él fue un consuelo dejarla, aunque fuera para ir aún más lejos; allá a la isla de Chipre.

En ella oyó hablar de su onírico anhelo, pues una hermosísima dama había permanecido en la isla en compañía de su esposo y su pequeño hijo durante el verano. En Kitión, Nefermaat se enteró de que aquella mujer enviudó repentinamente, abandonando posteriormente Chipre tras el funeral de su marido.

Nefermaat maldijo de nuevo al destino, que otra vez volvía a reírse de su desdicha. El otoño se había echado ya sobre el Gran Verde, y todos los puertos permanecerían cerrados hasta que la primavera trajera otra vez el buen tiempo. Así, no tuvo más remedio que permanecer durante más de seis meses encerrado en aquella isla, que para él casi representaba el final de la tierra. Cuan diferente le pareció, entonces, la soledad que siempre había gustado de disfrutar de aquella otra que ahora

le embargaba. Ésta poco tenía que ver, pues aprisionaba su alma, su misma esencia; lejos de su tierra y olvidado por todos, se sintió un paria entre los parias. Ni el desarrollo de su trabajo durante aquel invierno vino a paliar su desesperanza, y así, cuando la primavera por fin se anunció, Nefermaat tenía el corazón tan cargado de oscuras aflicciones que le pesaba como si estuviera fabricado con granito de Asuán.

Tardó varios meses en encontrar un barco que le llevara a Sidón, el lugar donde, al parecer, se habían dirigido sus ansiados ensueños; demasiado tiempo para alguien que, como él, ha de encontrar su lugar. Mas cuando una mañana se hizo a la mar en Kitión, el hilo de la quimérica esperanza que todo hombre posee, aún en los peores momentos, prendió otra vez en él, reconfortándole.

En Sidón, el joven médico sintió que su ánimo se recobraba. La nueva visión del puerto, construido por su pueblo muchos siglos atrás, le emocionó. El puerto egipcio, situado al sudoeste de la ciudad, era lugar de atraque de todos los barcos que, procedentes de Kemet, arribaban a la ciudad cargados de todo cuanto aquella tierra exportaba.

Al escuchar de nuevo su lengua en el puerto, Nefermaat experimentó una *alegría*, que hizo que sus ojos, otra vez, brillaran exultantes. Le gustaba aquel lugar y, como al poco descubriría, en él las gentes del país del Nilo eran bien recibidas y hasta tratadas con consideración.

El joven decidió instalarse en la ciudad, al menos hasta que supiera con certeza el paradero de Atet. Por ello, adquirió una casa pequeña, pero bien situada, que además de cobijarle le sirvió como dispensario desde donde poder ejercer su profesión. Para alguien tan poco amante de los lujos como él, la vivienda resultaba suficiente, pues Nefermaat continuaba manteniendo sus antiguas costumbres adquiridas en la sobriedad de los templos, no necesitando demasiado para vivir.

Enseguida, su nombre se hizo muy popular en el barrio, pues los médicos egipcios eran muy reconocidos allá donde fuesen. Como las enfermedades que sufría la mayoría de sus vecinos eran similares a las de las gentes de su país, le fue fácil tratarlas, pues en los mercados podía encontrar todo aquello que precisaba para preparar pócimas, ungüentos o cualquier otro remedio que necesitase. Además, sus honorarios eran muy asequibles, por lo que las loas y alabanzas a su persona no se hicieron esperar, pues el pueblo, aunque sea humilde, sabe reconocer la verdadera generosidad.

Sin embargo, a Atet parecía habérsela tragado la tierra. Nadie de entre el vecindario había oído hablar de ella, y mucho menos conocían su paradero; por lo que la zozobra volvió a hacer mella en el joven. Debía averiguar cuanto antes qué había sido de ella y, si era necesario, recorrer todo el mundo conocido para encontrarla; algo a lo que se hallaba dispuesto.

Pero un día, la suerte que tan esquiva le había resultado siempre vino a cambiar su sino, y Renenutet le envió su gracia por primera vez en mucho tiempo. Alguien se personó en su casa requiriéndole con urgencia para tratar a su señor de un mal

terrible; propio de entes malignos.

Nefermaat, en un principio, le miró sorprendido, pues sabía la facilidad con que la gente exageraba las dolencias que desconocía, pero al comprobar el nerviosismo de aquel hombre, decidió acompañarle a casa de su afligido amo.

—Sabemos que fuiste un *ueb* —le decía angustiado, por el camino—. Sólo tú le puedes curar.

El joven se quedó perplejo ante aquellas palabras, pues nada había en él que pudiera hacer pensar semejante idea. Desde que abandonara Egipto, hacía ya más de dos años, había guardado luto, por lo cual se había dejado crecer el pelo y la barba, como solía ser costumbre entre los egipcios cuando se encontraban lejos de su país.

Nefermaat se limitó a acariciarse su recortada barba, a la vez que echaba disimuladas ojeadas a su acompañante, al que parecían perseguir los demonios, pues más que caminar parecía trotar.

Cuando por fin llegaron a la casa, el médico tuvo que detenerse un instante para recuperar el aliento, ya que tras semejante correteo su túnica estaba empapada por el sudor, y su boca tan seca como cabía imaginar.

—Debemos apresurarnos —le imploró otro de los criados que había acudido a recibirle—. El señor tiene una mueca endemoniada.

Nefermaat atravesó los patios de la espléndida mansión en la que se hallaba, verdaderamente intrigado por la naturaleza del mal que debería tratar. Siempre había sido poco proclive a entes y súcubos, y mucho menos a las enfermedades demoníacas, así que, cuando por fin llegó ante el paciente y vio el grotesco rictus de su cara, pudo respirar tranquilo, y hasta sonreírse para sí mismo.

El enfermo resultó ser Tabnit, el poderoso naviero del que el joven había oído hablar en alguna ocasión. Cuando se inclinó sobre él para examinarle, los ojos del comerciante le miraron angustiados mientras de su boca abierta salían lastimeros sonidos guturales.

Acto seguido, Nefermaat se incorporó.

—He aquí una enfermedad que puedo tratar —dijo el médico con suavidad.

Tabnit movió sus ojos con incertidumbre, sin saber lo que el *sunu* quería decir.

—¿Tiene solución? —preguntó un mayordomo, que aguardaba solícito junto a ellos.

El naviero se volvió hacia él, abriendo los ojos horrorizado, mientras soportaba a duras penas el terrible dolor.

—Tu señor tiene un *wenej* en la mandíbula; por eso no puede cerrar la boca. Su mandíbula está dislocada —aseguró el médico, mientras le señalaba una palangana—. Llénala con agua limpia, a fin de que purifique mis manos

El perplejo mayordomo hizo lo que le pedían, y cuando el médico terminó de lavarse le ofreció una toalla de blanco lino para que se secara; luego, observó al *sunu* sin perder detalle.

Seguidamente, el sirviente vio al médico egipcio inclinarse sobre su señor, y

cómo colocaba varios de sus dedos en la parte trasera de su mandíbula, bajo la articulación, y los dos pulgares bajo la barbilla; después, con gran habilidad, aquel egipcio maniobró hasta que, con un movimiento seco sonó un chasquido, y las mandíbulas volvieron a quedar en su lugar correctamente.

De inmediato, el paciente notó un gran alivio, relajándose por completo.

—¡Echmún bendito^[141]! —exclamó el mayordomo, boquiabierto.

Tabnit se incorporó ligeramente, tocándose el maxilar con la mano. Todo parecía haber vuelto a su sitio, y con una facilidad sorprendente.

—El problema puede volver a repetirse —dijo Nefermaat, mirándole seriamente—. Sería conveniente que no hicieras movimientos bruscos, y que durmieras con un vendaje que mantuviera la posición de tus mandíbulas lo más centrada posible.

—Es cierto lo que habíamos oído de ti —alabó el criado con teatralidad—. Conoces hasta los secretos más ocultos.

Nefermaat enarcó una de sus cejas mientras movía su cabeza desaprobadoramente, pues aquélla había sido una operación que cualquier *sunu*, en Egipto, hubiera realizado con éxito. Pero él sabía lo inútil que le sería el proclamarlo, y lo dados que eran a la exageración los enfermos cuando se curaban, así que optó por volver a lavarse las manos y a secarse con parsimonia.

El naviero quedó tan impresionado por el resultado de la intervención, que le prometió agradecimiento eterno, asegurándole que seguiría sus prescripciones, y que en lo sucesivo requeriría siempre sus servicios. Como además era un hombre generoso, pagó con esplendidez al joven, prometiéndole que haría por él cualquier cosa que estuviera en su mano.

Aquello hizo recapacitar un instante a Nefermaat, que acto seguido le habló sobre su infructuosa búsqueda con la esperanza de que quizá Tabnit hubiera oído algo acerca de ella. El comerciante gesticuló con sus brazos, satisfecho de poder informarle sobre Atet, pues no sólo la conocía, sino que además tenían ciertos intereses comunes.

—La encontrarás en «los Cielos Magníficos» —le confirmó al despedirse, dándole una cariñosa palmada en la espalda.

Nefermaat recorrió con ansiedad aquel barrio, hasta dar con la casa que Atet habitaba. No se sorprendió, en absoluto, al comprobar la fastuosidad que parecía envolverla, aunque sí por el hecho de que no le recibieran.

Durante varios días acudió a su puerta solicitando ver a la señora, pero la respuesta siempre era la misma: «La señora se encuentra muy ocupada».

Nefermaat les advirtió que llamaría cada día a su puerta hasta que la dama le recibiera, aunque pasaran años; a lo que, muy sucintamente, el criado le aseguró que así se lo haría saber a su ama.

Por fin, una mañana, su insistencia se vio recompensada, pues al llegar a la casa el mayordomo le prometió que aquel día la señora le recibiría, aunque para ello debería esperar hasta la noche, ya que sólo entonces podría verle.

Nefermaat se despidió dando gracias por fin a los dioses, aunque ciertamente malhumorado ante el caprichoso comportamiento de Atet. En el fondo no le extrañaba nada, aunque había alimentado la esperanza de que la joven hubiera cambiado algo en ese sentido. Durante todo el día estuvo particularmente intranquilo, despistado, y hasta olvidadizo, al encontrarse sus pensamientos en otra parte, ya que aquella noche por fin podría ver a su hijo.

Por todo ello no pudo evitar que, mientras caminaba bajo la luz de la luna por las viejas calles de Sidón, su corazón se hallara repleto de conjeturas e incertidumbre ante una situación que se le antojaba, cuando menos, frágil.

Cuando la residencia de Atet surgió por fin ante él, la ansiedad de todos aquellos años vino a agolparse tumultuosamente en su estómago, creándole una sensación desagradable. Para él fue un alivio entrar en la villa, y acceder a la enorme terraza desde la que se podía ver el mar. Apoyada en una de sus balaustradas, Atet le aguardaba, y al verla de nuevo Nefermaat olvidó al instante su desazón.

Al oír sus pasos, Atet se volvió hacia él, y sonriéndole se le aproximó.

—¿Eres tú, Nefermaat? —preguntó riendo suavemente, a la vez que le ofrecía sus manos.

Al coger aquellas manos, Nefermaat aspiró su suave perfume, moviendo la nariz imperceptiblemente.

—Es *sonter*, el perfume que se hizo célebre en Byblos hace ya milenios —dijo Atet, con perspicacia.

—Esencia de terebinto —intervino el joven, apretando aquellas manos a modo de saludo.

—Así es, aunque mi perfume contiene algún ingrediente más —recalcó ella, mirándole acariciadoramente—. Pero dime, ¿qué ha sido del Nefermaat que yo conocí? Vienes a visitarme convertido en un habitante de Retenu (Canaán); podrías pasar por fenicio.

Nefermaat la observó en silencio, soltándose suavemente de sus manos.

—No puedo olvidar el lugar del que procedo —dijo escuetamente.

—Ya me imagino que estás de luto —apuntó Atet, ofreciéndole una silla para que se sentara—. ¿Piensas observarlo siempre?

—Me temo que no pueda hacer otra cosa.

Atet rió seductoramente.

—Había olvidado que ya no eres querido en Kemet, y créeme que me siento sorprendida de verte aquí.

Nefermaat clavó su mirada en ella, manteniendo su habitual calma. La joven estaba mucho más hermosa que la última vez que la viera, hacía ya tres años. Sus formas eran ahora más rotundas, y su rostro, aunque joven, poseía cierta madurez que lo hacía aún más bello, dejando adivinar en él el fuerte carácter que poseía la dama. Ésta llevaba un elegante vestido de asillas, algo vaporoso, que se ajustaba a su cuerpo dejando presentir cada curva tras él; a Nefermaat le pareció que estaba radiante, y que

la maternidad le había hecho aumentar su belleza.

—No creo que estés al corriente de mis relaciones con Kemet —observó Nefermaat, ladeando ligeramente la cabeza—. En todo caso, he seguido tus pasos, tal y como esperabas.

Atet levantó su rostro, riendo con ganas.

—El Nefermaat que conocí no era tan presuntuoso. No hay duda que la corte del dios te hizo cambiar. ¿Qué te hace pensar que yo deseara que me siguieras?

—Nuestro hijo...

—¿Nuestro hijo? —cortó la joven, volviendo a reír—. ¿Qué te hace suponer que mi hijo es también el tuyo?

—Escucha, Atet —intervino el joven, perdiendo un poco la compostura—. Llevo dos años siguiendo vuestros pasos por los más recónditos lugares, y no pienses que voy a aceptar participar de tus habituales juegos.

—No sé a qué juegos te refieres.

—Tú pusiste al niño por nombre Hemón, tal y como me dijiste que harías si alguna vez tenías un hijo mío.

—¿De verdad? No lo recuerdo. El hecho de que hace más de mil años una pareja que se llamaba como nosotros tuviera un hijo con ese nombre, no significa nada.

—No intentes reírte de mí, Atet.

La joven miró complacida a Nefermaat. Al verle otra vez después de tanto tiempo, se sorprendió con su nuevo aspecto, tan diferente del que tuviera años atrás en Bubastis. Hubo de reconocer que la barba le sentaba bien, y que el cabello, ondulado y largo, que le caía formando bucles hasta los hombros, como lo llevaban los hombres del Egeo, le daba un aire sumamente atractivo. Parecía otro Nefermaat; sin embargo, sus ojos seguían cargados con aquella misteriosa luz que siempre habían poseído. El hermetismo de su mirada poco había cambiado, pues nunca le abandonaría. Para una egipcia como ella, el significado de todo aquello se perdía en las ocultas salas del templo donde el joven había permanecido durante tanto tiempo. Atet sabía muy bien que, en el fondo de aquella mirada, además de una cierta santidad había sufrimiento; lo había leído hacía años, y lo volvía a leer ahora, con más claridad si cabe. El joven *ueb* había padecido los rigores de la vida, y eso quedaría grabado en la luz de su mirada para siempre. Todo esto estimuló íntimamente a Atet, haciéndole disfrutar al verle perder su circunspección.

—Me gusta el nombre de Hemón —dijo al fin, sonriéndole—. Ése es el único motivo.

Nefermaat inclinó su cuerpo hacia delante, endureciendo su semblante.

—No conseguirás engañarme; todo coincide. Tuvimos relaciones justo en la época en que le concebiste.

—¿Tienes idea de los hombres con los que me acosté durante aquella Fiesta de la Embriaguez? —inquirió Atet, resaltando cada una de sus palabras.

El joven entrecerró los ojos, apretando sus mandíbulas.

—Te sorprendería, querido Nefermaat, el conocer el número de mis amantes; hasta yo he perdido la cuenta.

Nefermaat entrelazó sus dedos, cerrando un instante sus ojos.

—¿Sabes? —dijo Atet, echando hacia atrás su cabeza voluptuosamente—. En cierto modo tienes razón, pues ni yo misma sé quién es el padre de Hemón.

Nefermaat volvió a abrir los ojos, suplicándole.

—Al menos permíteme verle...

—Imposible —cortó la joven—. El niño está durmiendo; quizá lo veas en otro momento.

—Estoy convencido de ello —observó Nefermaat, recuperando en parte su aplomo—. Aunque tarde años en hacerlo, Atet.

Atet le acarició con sus hermosos ojos verdes.

—Aunque poco me importa, te confesaré que, últimamente, he decidido averiguar quién es el padre de Hemón, pues cuando éste sea mayor habré de darle algún nombre si me lo pregunta.

Nefermaat se reclinó con cierta languidez, negando con su cabeza.

—Te repito que tus juegos no me interesan —dijo con cierto sarcasmo.

—¿Ah, no? No fuiste de la misma opinión en otro tiempo —subrayó la joven, abriendo más sus ojos—. Si quieres volver a poner los pies en esta casa, tendrás que participar en ellos de nuevo.

—¿Qué es lo que tramas, Atet?

La joven rió cantarínamente.

—¿Sabías que quiero rendir culto a Astarté en su templo? —preguntó maliciosamente.

Nefermaat la miró sorprendido.

—Así es. Quiero que la diosa me ayude a averiguar el nombre que ando buscando. A cambio, me prostituiré para ella.

Nefermaat se levantó escandalizado.

—No te incomodes, querido. La prostitución sagrada supone un gran honor para cualquier virgen en Sidón. Sé que por esta ofrenda, Astarté me revelará lo que deseo, y como te dije antes, tú deberás participar.

Nefermaat no daba crédito a lo que escuchaba.

—Te olvidas que, aunque haya perdido mi nombre, continúo llevando a Maat en mi corazón —indicó el joven, con sorprendente serenidad.

—Maat no hizo demasiado por ti cuando te condenaron —respondió Atet al instante—. Pero quizá pueda hacerlo Astarté.

Ambos jóvenes se miraron en silencio durante unos instantes.

—Un día me ofreciste tu celibato en el Templo de Bastet, ¿recuerdas? —inquirió Atet—. En esta ocasión seré yo la que me ofrezca a ti en el Templo de Astarté, y tú deberás pagarme lo que deseas por ello. Yo se lo ofreceré a la diosa y su oráculo me dirá lo que quiero saber.

—Los caminos por los que discurre tu *ba* son demasiado oscuros para mí — aseguró Nefermaat, negando con su cabeza.

—Si quieres ver a Hemón tendrás que hacer lo que te digo. ¿Acaso no te parezco deseable?

El joven se aproximó a la balaustrada, agarrándose con fuerza.

—Hay algo más que debes saber, Nefermaat. Una vez que esté en el templo debo ofrecerte al primer extranjero que me lo demande, sin poder negarme a ello. Deberás estar esperándome cuando yo llegue, pues si no, jamás verás a mi hijo. ¿Has comprendido?

—Nunca podré comprenderte —dijo Nefermaat, volviéndose hacia ella.

—Si haces lo que te pido, podrás visitar a Hemón cuantas veces quieras.

Nefermaat desvió su mirada hacia otro lado.

—Mañana, al anochecer, deberás estar aguardándome junto a la entrada del templo. Te conviene ser puntual pues, si no te encuentro allí, me entregaré a otro hombre.

El joven volvió a mirarla con fulgor.

—Me ha agradado mucho tu visita, Nefermaat. Ahora, si me disculpas, quiero ir a descansar.

Tal y como habían convenido, Nefermaat acudió al atardecer al Templo de Astarté. Después de pensarlo durante todo el día decidió llegar con la suficiente antelación, para evitar posibles contratiempos, pues imaginó que el santuario se encontraría muy concurrido, como en realidad ocurrió.

Ciertamente, aquella cita le parecía un escalón más en el interminable edificio que la injusticia había construido para él. Atet le sometía a su capricho, sin tan siquiera asegurarle si con ello conocería la verdad sobre su paternidad; así, de nuevo los escabrosos senderos de antaño le abrían sus puertas, invitándole a recorrerlos, aun contra su voluntad.

Recapacitó unos instantes mientras las últimas luces del atardecer se despedían de la ciudad. Su corazón no sentía nada por Atet, siendo sus propias esencias vitales tan diferentes que su antagonismo les hacía imposible el poder mantener ninguna relación. Sin embargo, Hemón les unía como un nexo imposible de evitar, y que sería necesario aceptar durante toda la vida. Estaba convencido de que el niño era su hijo, y por él se hallaba decidido a doblegarse hasta donde fuera necesario.

Antorchas, teas, y pebeteros ardían hacía tiempo cuando Atet llegó al santuario. Era ya noche cerrada, y Nefermaat esperaba pacientemente sentado en las viejas escalinatas, mientras los hombres entraban y salían del lugar, con la satisfacción en el rostro, después de haber saciado sus apetitos.

Al pasar junto a él, le miraban haciéndole comentarios obscenos, o cualquier gesto procaz que se les ocurriese. Según le decían, debía darse prisa, o sólo copularía con las mujeres menos agraciadas.

Cuando Atet subió por la escalinata que daba acceso a la entrada del templo, los

hombres que merodeaban por los alrededores se relamieron ante la vista de semejante beldad, apresurándose a seguirla; mas enseguida, la joven se detuvo ante Nefermaat, ofreciéndosele a la vista de todos los presentes, que optaron por esperar para mejor ocasión.

Cogidos de la mano, ambos jóvenes entraron en el santuario de la diosa.

El culto a Astarté era seguido no sólo en Sidón, donde era la divinidad principal, sino en la mayor parte del mundo conocido. Astarté tenía un carácter muy variable, ya que además de ser adorada como diosa del amor y la fecundidad, podía ser invocada como patrona de los navegantes, «Astarté del Mar», diosa de la caza, e incluso como deidad guerrera, «Astarté del Combate». En Egipto se convirtió en la diosa encargada de proteger al rey en las batallas, así como a los caballos y a los carros de guerra, asociándola con Anat.

Su veneración estaba por tanto generalizada, y sus ritos eran practicados por sus fieles con devoción. El de la prostitución sagrada era uno de ellos, y se practicaba en muchos de los santuarios que la diosa tenía repartidos por todo el litoral mediterráneo. Según este ceremonial, todas las mujeres devotas de su culto debían ir, una vez en su vida, a su templo a fin de yacer con algún extranjero. Una vez en el interior del santuario tomaban asiento en el recinto sagrado de la diosa, y esperaban a que un extraño las eligiera para copular. A cambio, éste debía ofrecerle algún tipo de valor, bien fueran joyas o alhajas, que ellas obsequiaban a su vez a la diosa, adquiriendo entonces la ofrenda un carácter sagrado.

Nefermaat conocía muy bien este tipo de rito pues, no en vano, algunas sacerdotisas de Bastet en Bubastis lo seguían; mas lo que nunca pudo imaginar es que un santuario dedicado a una diosa pudiera albergar a tal número de acolitas.

Cuando ambos jóvenes entraron en el edificio se quedaron asombrados por la cantidad de hombres y mujeres que iban y venían desde el recinto sagrado a la luz de las antorchas. Tras atravesar patios y jardines, accedieron al santuario encontrándose con una gran sala llena de cordeles que delimitaban los pasillos por los que los hombres debían dirigirse para hacer su elección. Entre estos pasillos, las mujeres aguardaban sentadas para ser escogidas, y poder hacer así su ofrenda a la diosa. Ninguna podía salir del recinto hasta que cumpliera con el rito sagrado, por lo que, en ocasiones, las que eran menos agraciadas podían permanecer varios años esperando poder satisfacerlo.

Atet se situó en su lugar, y puso sobre su cabeza una corona formada con una cinta con la que reclamaba su derecho a ser elegida. Nefermaat, justo enfrente, se apresuró a escogerla antes de que se le adelantaran.

—Yo te reclamo en nombre de la diosa Astarté —dijo, lanzando una pulsera de lapislázuli sobre el regazo de la joven.

Ésta le sonrió maliciosamente, y le tomó de la mano para dirigirse hacia una de las capillas anexas.

Para Nefermaat, aquel ceremonial significó una vergonzosa réplica de aquel otro

que hacía años había mantenido también con la joven en el Templo de Bastet. En nada se parecieron salvo en el frenético ardor que Atet volvió a demostrarle, y que le llevó, a pesar de su inicial reticencia, a una desenfrenada carrera en la que participó desbocado y sin gobierno; tal y como la joven quería.

Mas su *ka* se mantuvo libre, pues a diferencia de lo que ocurriera en el pasado, su fuerza vital no fue absorbida por Atet. Sólo su cuerpo se hallaba unido a ella, ya que su corazón se encontraba lejos.

Para alguien como Atet, aquello no pasó desapercibido. Advirtió al instante que Nefermaat ya no se entregaba a ella por completo como antaño, y eso la llevó hacia un paroxismo difícil de imaginar. Desde que se casara hacía más de tres años no había vuelto a tener relaciones con ningún hombre, salvo las sórdidas insatisfacciones con su difunto marido. El cuerpo sano y fuerte de Nefermaat le producía toda una oleada de tumultuosos deseos, que acudían al unísono ante la llamada de su propia naturaleza. Cuando se introdujo aquel miembro enhiesto se encontraba tan mojada, que apenas pudo contener sus gemidos al ser llevada por unos instintos que eran como un mar embravecido, imposibles de sujetar. El placer se desbordó en ella, como el Nilo en su crecida anual, imparable y generoso; sin embargo, sólo era eso; placer.

El alma de aquel joven ya no le pertenecía, y aunque continuara moviendo su cuerpo sobre el de él, sabía que el *ba* de Nefermaat se encontraba muy lejos de allí. Aquello le produjo una sensación nueva que desconocía por completo. Era la primera vez que un hombre no se entregaba a sus propósitos; a sus pasiones más íntimas. Siempre se sometían a ella, implorando quedar esclavizados a su voluntad; mas ahora...

Atet se inclinó sobre el cuerpo de Nefermaat, todavía jadeante, besando sus labios mientras le miraba. Se sintió desconcertada, pues ella estaba interesada en las almas y aquélla ya no era suya; por eso, cuando se incorporó para vestirse de nuevo con su blanca túnica, por primera vez no supo qué decir. Luego, cogió aquel brazalete con el que Nefermaat la había comprado, y fue junto a la estatua de la diosa para ofrecérselo.

Nefermaat había asistido como obligado amante a aquella representación. Para alguien, como él, para quien el sexo no representaba un fin en sí mismo, el copular con Atet sólo había significado una fugaz rememoración de unos tiempos que ya nada tenían que ver con él. La última vez que había hecho el amor, las consecuencias le habían empujado hacia la entrada a un camino que había terminado por llevarle a la perdición. Después de tanto tiempo, el acto con la joven le había producido emociones encontradas. Su cuerpo continuaba siendo hermoso, y tan deseable como se pudiera soñar, pues en verdad que podría pasar por el de una diosa.

Aún excitado por sus caricias, sus pensamientos le llevaron lejos, muy lejos; allá junto a las riberas de su añorado Nilo. Pensó en Nubjesed y, cuando cerró sus ojos, imaginó que era con ella con quien yacía junto a los perfumados arbustos de alheña. Había sido algo irremediable, y al finalizar no se sintió culpable de ello pues el

corazón es dueño de su verdad. Por eso, cuando Atet se inclinó para besarle los labios y le miró, pudo leer cuanto su alma guardaba; algo desolador para ella, sin duda, como lo supone cualquier fracaso al alcanzar nuestros propósitos.

Nefermaat se vistió, y se dirigió hacia la puerta del santuario.

En las habitaciones laterales, las parejas entraban y salían en un flujo constante de fervor sexual. Gritos, gemidos, y algún que otro juramento podían escucharse al pasar junto a ellas, mientras que en el centro de la enorme sala, las mujeres esperaban pacientemente.

Ya fuera del santuario, el joven respiró con satisfacción el aire del exterior, y miró hacia atrás con desencanto; entre las iluminadas sombras vio a Atet aproximarse. Sin decir una palabra, ambos bajaron las escalinatas rodeados de grupos de hombres y mujeres que llegaban o se iban. Cuando salieron a la calle, una litera esperaba a la joven.

—La diosa no ha sabido contestar a mi pregunta —dijo Atet volviéndose hacia él.

Nefermaat le miró a los ojos con firmeza, y ella desvió enseguida su vista hacia el suelo.

—Ven a mi casa cuando lo desees —añadió sin poder ocultar su turbación.

Después tomó asiento en la litera, y tras correr las cortinillas, desapareció.



A través de los vaporosos visillos, Atet observaba cómo Nefermaat contaba cuentos a su hijo. Como todas las tardes, el médico se sentaba con el pequeño Hemón y le hablaba de la tierra de sus antepasados, relatándole historias milenarias de dioses y hombres, tal y como habían hecho con él cuando era niño. Ella escuchaba emocionada la lengua de su país natal, que en labios del chiquillo adquiriría una gracia que la enternecía, y que le hacía evocar un pasado que creía olvidado. Le gustaba que su hijo hablara la lengua de Kemet, aunque ella estuviera decidida a no regresar jamás.

Desde que se vieran aquella noche en el Templo de Astarté, su relación con Nefermaat había cambiado diametralmente. Tras su ingrata experiencia en el santuario de la diosa, un agobiante sentimiento de culpabilidad se había adueñado de ella durante días, haciéndola padecer terriblemente. Por primera vez en su vida se había sentido sucia, adquiriendo plena conciencia de una parte de sí misma que ya no le gustaba. Admitir la existencia de semejantes fantasmas, simplemente le horrorizó, sobre todo por el hecho de llevar conviviendo con ellos toda su vida, sin haberse percatado con anterioridad.

Había manejado de la manera más caprichosa a Nefermaat, tal y como estaba acostumbrada a hacerlo siempre con quien se le antojaba. La parte más tenebrosa de su propia naturaleza le demandaba satisfacer sus inclinaciones con aquellas prácticas. Quería poseer, necesitaba poseer la misma esencia vital del individuo, aunque para ello tuviera que arrastrarlo hasta los mismos infiernos. De la manera más vil, Atet había intentado jugar con los sentimientos más puros que una persona podía poseer; el amor por un hijo. Había conseguido que un hombre íntegro, como Nefermaat, se viera empujado contra su voluntad a practicar ceremonias que ella sabía eran humillantes para su persona; y todo, por jugar egoístamente con la ambigüedad de su paternidad.

Todavía se le saltaban las lágrimas al pensar en ello. Consciente de su propia indignidad, apenas fue capaz de mirarle a los ojos cuando le dijo que aquel niño era su hijo, tal y como él suponía. Ella le había abierto la puerta de una posibilidad, al haber bautizado a Hemón con aquel nombre, y Nefermaat había ido en su busca sin dudarle un instante.

Después de aquel momento, Atet evitó ser vista por el médico egipcio. Siempre solía observarle discretamente desde algún lugar de la casa, jugando con su hijo o enseñándole los primeros símbolos de la escritura jeroglífica. Pronto descubrió que Hemón sentía adoración por su padre, escuchando con atención todo lo que éste le contaba, con los ojos muy abiertos. Hacíale mil preguntas sobre el misterioso país donde había nacido, con la fascinación propia de un niño de su edad. Cuando al llegar la noche Nefermaat se despedía de él deseándole felices sueños, el chiquillo le hacía prometer que le visitaría el siguiente día; que nunca dejaría de hacerlo. Luego, Nefermaat se marchaba, dejándola sumida en una desoladora melancolía contra la que se veía incapaz de luchar; y así, afligida, se iba a descansar.

Los años pasaron, y para Nefermaat la vida se circunscribió a su trabajo, y a las tardes que pasaba junto a su hijo. Era muy querido por los vecinos de su barrio, y su reputación como médico llegó a ser tal, que hombres poderosos de lejanas ciudades suplicaban su presencia para dar solución a sus males. Pero su lugar estaba en Sidón, cerca de Hemón, del que ya no quería separarse.

Un día, un barco procedente de Menfis trajo la noticia de que un nuevo dios se sentaba en el trono de Egipto.

Tras seis años de reinado, Hekamare-Setepen-Amun, Ramsés IV, había sido llamado a la Sala de las Dos Verdades, a fin de que su alma fuera pesada ante el tribunal de Osiris. Nefermaat se sorprendió por la noticia, pues el faraón tenía poco más de cuarenta años; mas no pudo enterarse de cuál había sido el motivo de su muerte. Lo que no le sorprendió, en absoluto, fue el nombre de su sucesor, pues no era otro que su hijo Amonhirkopshep, el cual eligió entronizarse con el nombre de Usi-Maa-Re, o lo que es lo mismo, «Poderosa es la justicia de Ra». Sería conocido como Ramsés V, y Nefermaat recordó al instante los problemas de salud que padecía el nuevo dios cuando era príncipe. En aquel tiempo, Egipto no era lugar apropiado para los débiles, y de inmediato le auguró un reinado incierto.

Conforme su hijo iba creciendo, su relación se iba estrechando aún más. Con casi siete años, Hemón ya era capaz de comprender muchas de las cosas que le explicaba su padre, al cual idolatraba como a un dios. Fue en ese momento cuando el niño comenzó a requerir con más insistencia a su padre.

—¿Por qué te tienes que ir cada noche? —le preguntaba siempre, antes de acostarse.

—Debo dormir en otro lugar, para así poder ayudar a los enfermos —solía contestarle Nefermaat con un nudo en la garganta.

—Pero tu lugar es éste —aseguraba el chiquillo, enfurruñado—. Quédate.

Para Atet, aquello se convirtió en un problema, pues Hemón comenzó a hacerle preguntas sobre por qué no dormía su padre en casa, o cuál era el motivo por el que ellos nunca estaban juntos.

—Tu padre debe sacrificarse por los demás, ¿comprendes? —le decía Atet, sin mucho convencimiento.

El pequeño ponía un gesto de disgusto, y le hacía prometer que dentro de poco los tres estarían siempre juntos.

Por eso, una noche, tras acostar a su hijo, pidió a Nefermaat que se quedara un momento, y le habló del asunto.

—Tarde o temprano tenía que ocurrir —dijo Nefermaat—. Sin sus padres, cualquier niño se encuentra perdido.

—Sobre eso quería hablarte —apuntó Atet.

Nefermaat la observó con gravedad.

—Creo que deberías quedarte a vivir en esta casa; por lo menos durante un tiempo; hasta que Hemón sea más mayor.

Nefermaat negó con su cabeza.

—Mi mundo se halla lejos de tu casa; sólo mi hijo me ata a ella.

Atet se inclinó hacia delante, mirándole suplicante.

—Tu lugar está junto a Hemón. Es a partir de ahora cuando más te necesitará. Por él recorriste el Gran Verde; él es tu bien máspreciado.

—Así es; por eso no deseo que la situación se complique —dijo mirándola, significativamente.

—No te la complicaré. La casa es grande; podrás dormir en el otro extremo sin ser molestado.

—Te olvidas de que mucha gente espera mi ayuda a diario. En ocasiones soy despertado a media noche por alguien que me necesita urgentemente.

—Te prometo que aquí podrás hacer lo mismo. Mi casa estará abierta para quien te requiera, Nefermaat.

Éste se levantó para marcharse.

—Hazlo por él —dijo Atet, señalando la habitación del chiquillo.

El médico la examinó un momento fijamente.

—Lo pensaré —convino, mientras le daba la espalda. Luego se marchó.

Al día siguiente, Nefermaat se presentó con una pequeña bolsa donde llevaba parte de sus pocas pertenencias. Tal y como le había asegurado Atet, se instaló en una tranquila habitación en donde colocó sus enseres, y extendió su esterilla para dormir. Allí se retiraba, tras acostar a su hijo, levantándose al alba para ir a su dispensario. Atet cumplió con su palabra, no interfiriendo en su vida y comportándose atentamente. Ambos compartieron más tiempo juntos en compañía de Hemón, que se sintió radiante al verlos a diario junto a él.

Así pasaron los meses, y luego los años; uno tras otro, y casi sin sentir. El niño creció feliz, y al llegar a la edad de diez años, se convirtió en un chico responsable y sumamente despierto, en cuyo rostro ya se atisbaban algunos de los hermosos rasgos que había heredado de su madre.

Una tarde de verano, Nefermaat le enseñaba la forma verbal *sdm.f*. El pequeño le escuchaba con atención, tratando de entender lo que su padre quería decirle, cuando a éste le vino a la memoria la época en la que él lo estudió. Recordó el *kap* en el

palacio de Pi-Ramsés, y cómo Hesy, el viejo y paciente profesor, trataba de hacerse entender entre la turba de pequeños canallas que asistían a su clase. El príncipe Amonhirkopshep, Paneb, Nubjesed...; sus amigos. Se sonrió para sus adentros al recordar sus travesuras de chiquillos, y cómo el tiempo es capaz de hacer desaparecer los valores de la amistad desinteresada al llegar a la madurez. Suspiró complacido al ver a Hemón intentando comprender lo que le explicaban, con la misma cara de duda que toda su clase puso en su día.

Cuando el niño se despidió para irse a dormir, Nefermaat experimentó una sensación de bienestar como nunca antes había percibido. Se sintió contento consigo mismo, con la vida que llevaba, con su trabajo, con las esperanzas que albergaba en su hijo. Debía dar gracias a los dioses por ello, pues aunque su senda había sido difícil de recorrer, finalmente ésta le había llevado a un lugar donde se encontraba en paz. Una paz sustentada por lo cotidiano, que le ayudaba a sobreponerse de las profundas heridas que albergaba su corazón, y que parecían imposibles del restañar. Aquel delicioso anochecer le hizo comprender que, por extraño que en ocasiones resulte nuestro destino, éste puede sorprendernos de forma inesperada.

Nunca hubiera podido disfrutar de aquel bienestar si Renenutet no le hubiera hecho padecer penurias.

Los criados encendieron las lámparas de la terraza y los mecheros típicos de Chipre que colgaban de las paredes. Con todas aquellas lucecitas encendidas, y la luna saliendo sobre el horizonte en el mar, Nefermaat se estiró, abandonándose por completo durante unos momentos.

Enseguida, un ruido de pisadas le hizo regresar de su abstracción, justo para ver como Atet entraba en la terraza y se dirigía hacia una de las doncellas, a quien parecía estar dando instrucciones. La observó desde su posición con atención, pensando un momento en ella. Reconoció que le había sorprendido, pues durante todos aquellos años se había conducido con una discreción y amabilidad que en nada hacía recordar a la joven que tratara años atrás. No se le conocían escándalos, y durante unos instantes se preguntó si habría tenido algún amante, aunque esto no fuera de su incumbencia. Ella parecía entregada a su hijo y al gobierno de sus intereses; y a él le pareció encomiable.

Distraída, como parecía, Nefermaat se fijó en su figura. Aunque todavía joven, Atet se había convertido en una mujer de sugestiva belleza. El exotismo de su rostro parecía haberse serenado con la llegada de la plenitud, reafirmando sus hermosos rasgos en los que se seguía leyendo su natural determinación. Aquellos ojos verdes, seductores donde los hubiera, habían ganado en profundidad con el paso del tiempo; la fuerza que da la aventura de la vida cuando uno decide vivirla, y que en Atet hacía que su mirada fuera capaz de desarmar a cualquiera. Al verla gesticular mientras hablaba, Nefermaat recorrió su figura reconociendo la plenitud de formas que atesoraba; hasta alguien tan poco proclive a los excesos carnales como él era capaz de percibir el poder que aquel cuerpo encerraba. Todo en Atet parecía tener su justa

medida, como si en realidad hubiera sido cincelada por el mejor escultor de Egipto.

Al despedir a la criada, sus miradas se encontraron un momento, pero enseguida Nefermaat la apartó, disimulando así el que la hubiera estado observando. Ella se le acercó sonriendo.

—Sólo por disfrutar de todo esto merece la pena vivir aquí —dijo, señalando el mar, sobre cuyas aguas rielaba una luna esplendorosa.

Nefermaat asintió, notando al instante el acostumbrado perfume de terebinto que ella utilizaba. Era tan poderosamente sensual que tenía la facultad de hacer abandonarse a sus sentidos.

—Estoy contenta de que te encuentres con nosotros. Todas las noches le doy gracias a Bastet por haberte permitido encontrarnos.

—Tú me dejaste el mensaje —contestó él, mirándole a los ojos—. Sabías que alguna vez Anón me lo diría.

Atet le sonrió de nuevo.

—Jamás pensé que fuera capaz de vivir así; con un hijo, y un hombre que, en cierto modo, me es ajeno. Sin embargo, debo reconocer que tu presencia me llena de serenidad.

—La serenidad te la das tú misma —dijo Nefermaat con suavidad—. Has cambiado de caminos, y éstos son mejores para tu alma.

—Viniendo de ti, tus palabras son un halago —exclamó, riendo como acostumbraba—. Ven, acompáñame a la balaustrada —le invitó, tendiéndole la mano.

Nefermaat la cogió, levantándose con cierta reticencia, pero el suave contacto de aquella piel hizo que se dejara llevar.

Juntos observaron durante un rato la bahía, y el inmenso mar que se perdía en el horizonte. Luego, sin soltarle la mano, Atet se volvió hacia él, acariciándole con su mirada.

Nefermaat quedó frente a ella, sintiendo como su poder le avasallaba. La fragancia que emanaba de aquel cuerpo creaba una sutil atmósfera que invitaba a perder los sentidos, abotargando la voluntad veladamente. Era como si el corazón cabalgase sobre efluvios divinos, incorpóreos pero a la vez poseedores de un poder que parecía sobrenatural.

Ella le habló con su mirada sin despegar los labios, y Nefermaat fue perfectamente capaz de leer cuanto le decía.

«Tú eres el padre de mi hijo, mi hombre, el único por el que he sentido respeto; dueño de valores que me sobrepasan, y que yo no supe ver. Desde hace años desespere, anhelando conseguir tu amor. Por las noches mi cama te aguarda en vano, pues sé que no te merezco. Sin embargo, sueño con el día en qué vengas a mí de nuevo y compruebes que, poco queda ya en mí de la joven que en un tiempo te hizo sufrir».

Nefermaat se vio atravesado por aquellos ojos suplicantes que le hablaban desde lo más profundo del corazón, sintiendo como, otra vez, flaqueaba ante ella. Atet era

pura magia con forma corpórea, una tentación para cualquier hombre que tuviera alma, aunque estuviera condenada, ante la que parecía imposible no claudicar. En aquel momento no era su sin par hermosura la que le acosaba junto a la balaustrada, sino una arrolladora fuerza interior que le sorprendió por completo, y que era todavía mucho más irresistible; entonces, Nefermaat volvió a sentirse perdido.

De nuevo la historia se repetía. Otra vez su voluntad saltaba en pedazos ante una personalidad que le superaba, y que se alzaba amenazante, recordándole antiguas desdichas. Su corazón le advirtió de ello conminándole a salir de allí de inmediato, maldiciendo la hora en la que accedió a quedarse en aquella casa; pero sus pies no se movieron. Incapaz de dar un solo paso, Nefermaat vio como Atet se le acercaba levantando ligeramente su barbilla hasta que sus rostros quedaron apenas separados. Su esencia le embriagaba de tal manera, que parecía envolverle con invisibles lazos que iban mucho más allá de cualquier entendimiento.

El aire que separaba sus labios se convirtió entonces en una barrera que se le antojaba insoportable; volátil, pero a la vez desafiante, permitía a sus miradas hablarse con desesperación, mientras sus cuerpos apenas se movían; hasta que, sin saber cómo, en un segundo se quebró en múltiples pedazos.

Sus bocas se unieron frenéticas con un ímpetu sorprendente, que evidenciaba cuan necesitados se hallaban los dos de cariño. Sus fuerzas vitales volvían a encontrarse después de tantos años, en un beso largo y apasionado como nunca antes recordaban haber experimentado. Al separar sus labios se miraron tiernamente, y ella le sonrió; luego, cogidos de la mano, desaparecieron en el interior de la casa.

Aquella noche se amaron hasta la extenuación. Por primera vez en su vida, Atet abría su corazón, dando salida a emociones que ella misma ignoraba que existieran. Ya no eran los tortuosos caminos que había acostumbrado a transitar los que se le ofrecían, sino otros bien distintos, llenos de amor y ternura. Por fin, ella se entregaba a un hombre, colmando su cuerpo y hasta su alma de una felicidad que no podía compararse con ninguna experiencia pasada. Sus labios hablaron de amor, una palabra que su corazón nunca había pensado, y sus ojos se humedecieron cuando ambos cuerpos fueron sólo uno, desbordándose finalmente mientras lloraba sobre el hombre al que quería. Lágrimas que parecían liberarla finalmente de los brazos de la oscuridad, redimiéndola por completo.

Cuando, aún sin separarse, cayeron rendidos en un profundo sueño, la luna les dio las buenas noches, llenando con su pálido reflejo la habitación donde los amantes dormían. Aah^[142], «el Señor del Cielo», «el Hacedor de Eternidad», estaba satisfecho.

Por primera vez, Nefermaat llevaba la vida que se le presuponía a un padre de familia. Su relación con Atet era buena, y él mismo se daba cuenta de que los sentimientos de ella para con él eran auténticos; sin embargo, sus siniestras sombras seguían amarrándole aún a su pasado, evitando que su corazón pudiera compartir el amor de Atet.

Una noche, mientras yacía en la cama junto a ella, Atet se acurrucó entre sus brazos y comenzó a realizar distraídos dibujos sobre su pecho. En la lejanía, se escuchaba el anuncio de la tormenta.

Nefermaat llevaba varios días comportándose de forma extraña. Parecía especialmente taciturno, y contestaba sucintamente sobre cualquier cuestión que le preguntaran. Atet pensó que quizá tuviera algún problema, pero prefirió no agobiarle con preguntas que, posiblemente, él no quisiera responder. Ahora, mientras acariciaba su piel con delicadeza, tuvo el presentimiento que amenazantes sombras se cernían sobre el ánimo de Nefermaat.

Ella se apretó un poco más junto a él, besándole en la mejilla, y le dijo al oído cuánto le quería; luego le animó a que le contase lo que le ocurría.

—No es nada importante —contestó él, sin inmutarse.

—¿Acaso estás arrepentido de haber vuelto conmigo?

Nefermaat se volvió un momento hacia ella.

—¿Cómo has podido pensar eso?

Luego, tumbándose de nuevo boca arriba, suspiró como lamentándose. En la distancia, un trueno avisó que la tormenta se aproximaba.

—Hace unos días llegó hasta mí una noticia que me llenó de inquietud —dijo al fin Nefermaat.

Ella se incorporó un poco.

—¿Y qué noticia es ésa?

—De nuevo hay otro dios en el trono de Egipto —apuntó él con gravedad.

—¿Otro faraón? No me había enterado —dijo Atet, sorprendida—. En cualquier caso, no sé por qué te preocupas por ello; viviendo aquí, nos es lo mismo quien gobierne.

—Las cosas no son tan sencillas para mí. El nuevo faraón es el príncipe Amonhirkopshep, uno de los hijos de Ramsés III al que traté personalmente.

—¿Conociste al nuevo Señor de las Dos Tierras? —preguntó Atet, interesada.

—Desde que yo era un niño. De pequeño le llamábamos el príncipe Amón; ya sabes, por la complicación que tiene su nombre. Siempre me demostró un gran afecto.

Ella le miró con atención.

—Como médico de la corte tuve buena relación con él, e incluso le traté una fractura en un brazo.

Atet elevó sus cejas, sorprendida.

—Se cayó de su carro. Al príncipe le gustaban mucho los caballos. Siento por él un sincero agradecimiento, pues fue el único que intercedió por mí para evitar mi muerte. En cierto modo, gracias a él hoy estamos juntos.

Atet se apoyó sobre un codo, intrigada.

—Nunca hemos hablado de ello —dijo ella, mirándole fijamente—, pero me gustaría compartir contigo cuanto te ocurrió. Tu corazón está lleno de aflicción y

nunca conocerá el descanso hasta que lo alivies. Si confías en mí, me gustaría que me lo contaras.

Nefermaat puso ambas manos bajo su nuca, en tanto los primeros goterones de lluvia caían sobre la terraza; entonces relató a Atet su desventurada historia.

Ella le escuchó atónita hablar de su relación con la princesa, y cómo fue utilizado como parte de una intriga de la que ignoraba su existencia. Cuando le habló del juicio, y la pena a la que le condenaron, Atet se sintió fascinada.

—¡Te quitaron el nombre! —exclamó, horrorizada.

—Me quitaron mucho más que eso —observó Nefermaat, apenado.

Luego le contó el resto del relato; su paso por la «montaña de oro», su vida, y la azarosa búsqueda de su hijo. Cuando terminó, ella le miraba boquiabierta.

—¿Comprendes ahora mi ansiedad? —le preguntó Nefermaat.

—Deseas volver a Egipto —sentenció ella, muy seria.

—¡Tengo que volver! ¿No lo comprendes? El nuevo dios ha decretado una amnistía al subir al trono. Debo verle lo antes posible. Él puede devolverme mi nombre.

Atet se incorporó totalmente para verle mejor.

—También quieres regresar por ella, ¿no es así?

Nefermaat la miró angustiada.

—Ella no quiso escucharme; nunca me perdonó. Hace ya tanto tiempo de ello, que su recuerdo no es más que un sueño.

—En eso te equivocas, Nefermaat. Es mucho más que eso; es una pesadilla.

—Todos tenemos viejos fantasmas que nos abruman. A veces no podemos desprendernos de ellos, y no nos queda sino el aprender a sobrellevarlos de la mejor forma posible.

—Tus sombras son muy diferentes —intervino Atet, algo alterada—. Esa mujer es la dueña de tu corazón.

—Mi corazón está atormentado, pero ignoro quién es su dueño —protestó Nefermaat, al que el tono de Atet no le había gustado nada—. Ni yo mismo sé separar la ilusión de la realidad.

Atet se levantó irritada.

—Abandonas de nuevo a tu hijo, por saber qué ha sido de ella —exclamó ahora irritada.

—Fui educado en nuestra tierra con arreglo a sus más rancias tradiciones, Atet. Sabes muy bien lo que significa ser despojado de tu identidad. Nuestro propio hijo sufriría algún día por ello. El nuevo faraón sabe que soy inocente y me lo restituirá.

Atet puso la cara entre sus manos.

—Te volverán a detener —dijo con desesperación.

Nefermaat negó con la cabeza.

—He de regresar. Allí están todas las respuestas.

—¡Hazlo al menos por tu hijo! ¡No vayas! —exclamó Atet, cerrando sus puños

con rabia.

—Por él lo hago. Debo aliviar mi alma de una vez para siempre.

Atet se vistió con un chal, sin poder ocultar su despecho.

—Espero que limpies tus miserias —le dijo con dureza—. Si no es así, nunca regreses.

Acto seguido salió de la habitación hecha una furia.

Afuera, llovía torrencialmente.

A los pocos días, Nefermaat se embarcó en un mercante propiedad de Tabnit, que se dirigía a Menfis con cargamento diverso.

Hasta ese momento, Atet había evitado su presencia, y sólo se pudo despedir de su hijo, que se abrazó a sus piernas pidiéndole que se quedara.

—Volveré muy pronto —le aseguró, acariciándole el cabello—. Pórtate bien y obedece a tu madre en todo lo que te diga.

Luego, Nefermaat abandonó la casa, y a la mañana siguiente se dirigió al puerto egipcio de la ciudad, para tomar el barco.

El capitán, un hombre de mediana edad, rechoncho y con la cara curtida, le esperaba con impaciencia, pues quería aprovechar la marea para hacerse a la mar cuanto antes. Le dio una Calurosa bienvenida, pues Tabnit le había advertido para que el viajero fuera tratado como si fuera un príncipe. Assaf, que era como se llamaba el capitán, le aseguró que el viaje resultaría placentero, ofreciéndole el mejor camarote de que disponía.

Aquella mañana, el puerto de Sidón bullía de actividad, y en el dique donde se encontraba atracado el barco, un nutrido grupo de personas se agolpaban ofreciendo sus últimas mercancías, antes de iniciar el viaje, o simplemente se despedían.

En el muelle, los marineros se abrazaban a sus familiares, prometiéndoles que regresarían sanos y salvos; habían hecho ofrendas a «Astarté del Mar», y la diosa les protegería.

Nefermaat miró con ansiedad, buscando a Atet y Hemón entre el bullicio, pero no les encontró; ella se había despedido de él aquella noche en el dormitorio, y no le extrañó no verla.

La nave soltó amarras, separándose del dique con un sonido quejumbroso, mientras los tripulantes atendían a la maniobra.

Lentamente, el barco se apartó del muelle, y al poco comenzó a deslizarse suavemente por las tranquilas aguas del puerto.

Nefermaat miró, una vez más, hacia el malecón, escudriñando inconscientemente entre la gente. El corazón le dio un brinco al ver como dos figuras corrían apresuradamente, y se abrían paso entre los presentes. Al momento sacaron unos pañuelos y empezaron a agitarlos frenéticamente. Nefermaat les reconoció de inmediato, y con gran emoción les respondió, moviendo sus brazos impetuosamente.

El puerto se fue alejando, y cuando la nave salió por fin a mar abierto, Nefermaat observó como aquellas dos figuras permanecían todavía en el muelle, despidiéndose

de él con sus lienzos; eran Atet y Hemón, que le deseaban un buen viaje.



Nefermaat entrecerraba con placer sus ojos mientras disfrutaba de las esencias de Egipto. Los olores, los colores, e incluso los sabores del frugal almuerzo que había tomado, le invitaban a abandonarse con la satisfacción propia de quien se siente en casa. Después de tanto tiempo, sus sentidos se atiborraban de cuanto su amada tierra le ofrecía, disfrutando hasta cada brizna de aire que respiraba. Éste venía a él como el más preciado elixir, empapado en milenios de grandeza. Diez años lejos del País de la Tierra Negra no eran nada comparados con los dos mil que llevaba aquel valle dando cobijo a su pueblo, y, sin embargo, a Nefermaat le parecía que había estado siglos alejado de ella. Ahora que por fin había regresado, quería volver a embriagarse con su esencia inigualable, que él podía captar en cada rincón de aquella tierra, llenándole de emoción.

Tras navegar por el Gran Verde, el navío fenicio arribó a Peru-Nefer, el puerto de Menfis, sin ninguna novedad. Allí, Nefermaat cogió un pequeño barco fluvial que se dirigía a Tebas, en el que se acomodó lo mejor posible, junto con varios pasajeros más. Ahora que se encontraba otra vez en su amada tierra, decidió quitarse el luto que había llevado por ella todos aquellos años, afeitándose por completo su cuerpo. Al hacerlo, se sintió purificado de nuevo, animándose a vestirse con los atuendos que antaño acostumbraba a llevar. Una túnica de inmaculado lino, unas sandalias de palma, blancas, y su pequeña imagen de Sejmet colgada de su cuello.

Era verano, y la estación de Akhet se hallaba en su apogeo. El Nilo bajaba turbio, como correspondía en aquella época, cargado de munificencia. Recordó que la anterior vez que navegó río arriba, también se encontraban en el periodo de la inundación, como si Hapy, el dios que señoreaba en aquellas aguas, quisiera darle su bendición asegurándole que siempre dispondría de abundancia. Pensó en Iroy, que le acompañó durante aquella travesía, y también en lo que le esperaba en la ciudad del dios Amón, sintiéndose por ello vagamente esperanzado, aunque le resultara incierto.

Cuando llegó a Tebas, se encontró con que ésta se hallaba de celebración. Estaban en la primera semana de Hathor, el tercer mes de la inundación, y en ella se iniciaba la más importante festividad anual; la Bella Fiesta de Opet.

Sin pretenderlo, Nefermaat había desembarcado en el puerto de Tebas el día en que se iniciaban las celebraciones, y la ciudad le recibió engalanada, como solía

vestirse para la ocasión.

Como también ocurriera con motivo de la Bella Fiesta del Valle, la segunda en importancia de la ciudad, la Bella Fiesta de Opet comenzaba con la visita del faraón al Templo de Karnak, *Ipet-Sut*, «la más venerada de las plazas^[143]», antes que saliera el sol. A esa hora rendía homenaje al dios Amón tras ser purificado con anterioridad, en cuatro ocasiones, con agua bendita.

Oficiando los mismos ritos que se empleaban durante la Bella Fiesta del Valle, el cortejo divino salía del templo para embarcar la nave sagrada del dios Amón en su embarcación fluvial, *Userhat*. Su celestial esposa Mut, y su hijo Jonsu, se le unían desde sus templos anexos, embarcándose a su vez en sus respectivas naves para acompañar al Oculto río arriba, hasta el templo de Luxor, *Ipet-Reset*, el «castillo del sur^[144]».

Una espectacular flota, a cuya cabeza iba la embarcación real, acompañaba a la tríada divina hasta el mismo embarcadero del templo, y durante el trayecto la música y la alegría se apoderaban del aire de *Waset*, «el cetro», la ciudad santa de Amón.

Nefermaat se apresuró a fin de encontrar un buen sitio desde donde poder ver la ceremonia. Para ello se dirigió al Templo de Luxor, accediendo a él por la puerta occidental, la que daba al Nilo, que era por donde entraría la solemne comitiva; el pueblo ingresaría al santuario por la entrada oriental, permaneciendo en una explanada desde donde verían entrar el cortejo. Al reconocerle con su atuendo sacerdotal, Nefermaat tuvo el paso franco, situándose junto a la gran columnata que daba acceso al patio que, en su día, mandara construir Amenhotep III. Desde allí podría observar la procesión discretamente.

Sonaron las trompetas que advertían de la llegada de los poderes de Egipto, y el primer patio, abarrotado por la muchedumbre, se convirtió en un clamor.

Nefermaat sintió una gran emoción cuando vio entrar al faraón al frente de la comitiva, precediendo al resto de sacerdotes y a las barcas sagradas. Los altares y kioscos que llenaban el recorrido desde la orilla del río hasta el interior del templo se encontraban abarrotados de ofrendas y alimentos, como nunca antes se había visto, mientras el gentío gritaba enfervorecido ante tanta fastuosidad, observando la llegada del dios.

Nefermaat tuvo que reconocer que el nuevo faraón lucía magnífico. Neb Maat Re-Meri Amun, «Señor de la Justicia es Ra, amado de Amón», nombre con el que había sido coronado Ramsés VI, avanzaba espléndido, esparciendo su majestad por doquier como auténtica reencarnación de Horus. Pasó no muy lejos de donde el médico se encontraba, y éste pudo verle el rostro con claridad. El dios mantenía su buen aspecto de siempre, y sus ojos brillaban con su característico fulgor, no parando de moverse de un lado a otro, sin perder detalle de todo cuanto pasaba.

Por un momento sus miradas se cruzaron, y Nefermaat tuvo la sensación de que Ramsés le había visto. Mas su paso solemne le llevó hacia la gran sala hipóstila, que se lo tragó, desapareciendo de su vista.

Nefermaat se quedó un instante absorto, pensando en el fugaz encuentro de sus miradas, pero el resto de la comitiva avanzaba ya tras los pasos del señor de las Dos Tierras, y el médico salió de sus reflexiones para concentrarse en ella.

Ahora era el Primer Profeta de Amón el que pasaba al frente de la procesión, y Nefermaat reconoció en él a Ramesenajt, el hombre al que una vez vio en compañía del actual faraón en los jardines de palacio mientras trataba su brazo fracturado. Al parecer, Ramesenajt había sustituido a su hermano Usimarenajt, lo cual no le sorprendió en absoluto.

Después del Sumo Sacerdote venía el resto del alto clero. El Segundo, Tercero y Cuarto Profetas caminaban pomposamente sabedores del enorme poder que detentaban.

Nefermaat los examinó un momento pensativo, pero enseguida reparó en la figura que, un poco más atrás, les seguía. Al verla, Nefermaat no pudo disimular un gesto de sorpresa; era su hermanastro.

Kenamun desfilaba exhibiendo todos los atributos de su privilegiada posición. Además de Inspector Jefe de Escribas de los Dominios de Amón, llevaba los distintivos que le reconocían como Jefe de la Mesa de Ofrendas y Puro de Manos, lo cual le facultaba como oficiante en algunos rituales. Nefermaat se quedó atónito, pues sólo los cuatro Profetas y los Padres del dios, *iti-neter*, ostentaban más poder que él dentro de Karnak. Su sueño de formar parte del alto clero de Amón se había realizado.

Sin embargo, su aspecto no resultaba tan atractivo. Había engordado más de lo deseable, mostrando una prominente barriga que le caía laxa sobre su cintura, y un rostro que parecía prematuramente envejecido; su gesto era tan desagradable como de costumbre.

Pasó junto a él con la mirada al frente, perdida en quién sabe qué pensamientos. Al verle tan cercano, Nefermaat experimentó una desagradable sensación en el estómago. Viejos presentimientos que nunca quiso considerar aparecieron súbitamente con más insistencia que nunca.

Mas la comitiva continuó su marcha, y Kenamun desapareció en el interior de la gran columnata, siguiendo a los sacerdotes y a la barca sagrada de Amón. Tras él, el clero de Mut y el de Jonsu hicieron acto de presencia con sus respectivas embarcaciones sagradas, entre cánticos y alabanzas. La familia del Oculto acudía junta al interior del templo para llevar a cabo el rito del renacimiento divino; la fiesta del jubileo real.

Cerraban el majestuoso séquito los altos funcionarios y los notables, con sus impecables vestimentas plisadas y sus pelucas trenzadas, así como una representación de otros cleros con sus sumos sacerdotes a la cabeza. Ellos también querían unirse a tan solemne festividad, dejando constancia de la importancia que para todo Egipto tenía la celebración de los sagrados misterios.

Se extrañó de no distinguir entre ellos a su padre. El Mayordomo Real era una

figura de primer orden, y el no verle allí le hizo conferir los más sombríos presagios.

Por segunda vez en aquella mañana, Nefermaat volvió a sorprenderse cuando reconoció a Paneb entre aquella representación. Caminaba tan digno como cabía suponer, pues su elevado rango así se lo demandaba. El que un día fuera su amigo se había convertido en Primer Profeta de Montu, tal como él había vaticinado que ocurriría en múltiples ocasiones. Él debía suceder a su padre en el cargo, y así había sido; el difunto Turo había asegurado la continuidad de su estirpe al frente del clero del dios guerrero tebano.

Como todos los que le precedían, Paneb también se perdió por entre la gran columnata hacia el Patio de Amenhotep III. Desde allí vería cómo las naves sagradas de la tríada tebana se introducían en el interior de sus capillas, tras atravesar el atrio hipóstilo. Después comenzaría un complejo ritual en el que el faraón y el dios Amón se unirían místicamente, alcanzando aquél el reconocimiento divino. El faraón era así regenerado y confirmado como verdadero rey de Egipto, asegurando la prosperidad para sus vasallos durante el siguiente año. Amón, su divino padre, le legitimaba de esta forma en el poder^[145].

Para el resto del pueblo, la ceremonia acababa allí. Magnetizados ante tanta fastuosidad, la muchedumbre abandonaba el patio porticado en el que se encontraba, para salir del templo y continuar celebrando la festividad durante los siguientes veinticuatro días^[146]. La abundancia correría por las calles de *Waset*, pues el faraón les había garantizado prosperidad durante todo el año.

Nefermaat se unió al gentío, saliendo del templo enfrascado en confusas disquisiciones. Tan sólo minutos antes había presenciado los prolegómenos de la fiesta tebana por antonomasia, siendo testigo de la inmutabilidad de los tiempos. Todo se había desarrollado con arreglo a lo esperado, como viniera ocurriendo desde hacía siglos. El rito permanecía inmutable, y los protagonistas, en cierta forma, también. Como actores directos de los fastos se hallaban muchos de los que habían compartido con él las antiguas enseñanzas en el *kap*. Los que fueran niños habían crecido, y tomaban ahora el relevo de los poderes que, de una u otra manera, gobernaban el país de Kemet. La historia siempre era la misma, los hombres se renovaban para seguir manteniendo la misma política de siempre. Las dinastías familiares intentaban perpetuarse en el poder para mantener sus prebendas durante generaciones. Para ello se preparaban desde la infancia, defendiendo sus parcelas privilegiadas a costa de lo que fuera. Los Meribast, los Bakenjons, Paneb, y hasta su propio hermanastro, eran una prueba de ello. Ellos garantizaban el futuro de su linaje, y sus propios hijos se hallarían ya en las escuelas, aprendiendo juntos cómo poder continuar aquella política hasta el final de los tiempos; si era posible.

Mientras se sentaba a la sombra en la orilla del Nilo, Nefermaat comprendió cuán lejos se encontraba de tales expectativas. Era un islote en un mar de ambiciones, colocado erróneamente por Knum^[147], el alfarero, cuando le parió su madre. Poco o nada tenía que ver con sus antiguos compañeros de colegio y, sin embargo, estaba

convencido de que amaba a su tierra tanto o más que ellos. Entonces se sintió extraño, como si el Egipto en el que creía hubiera muerto ya hacía demasiados años; el tiempo de los grandes faraones quedaba atrás, muy lejos, entre las brumas milenarias de su propia civilización.

Cuando Ra-Horakhty se elevaba poderoso sobre el azul cielo tebano, Nefermaat abandonó el margen del río, y se mezcló otra vez con la muchedumbre que abarrotaba calles y plazas, jubiloso, entre cánticos y danzas. En cualquier esquina podía escucharse el redoble de los tambores que los nubios tocaban con su habitual maestría. Ritmos venidos de las mismas profundidades del continente, que hermosas bailarinas acompañaban con sus danzas, mientras hacían sonar sistros y crótalos. Comida, bebida en abundancia, rodeados del mayor de los espíritus festivos, y de una desbordante alegría. ¡Gloria a ti, Amón, rey de los dioses! ¡Tú eres el verdadero poder sobre la tierra!

Al doblar una esquina, alguien le sujetó del brazo. Nefermaat se volvió presto, y su rostro no pudo reprimir un gesto de satisfacción.

—¡Sesostris! —exclamó, alborozado.

—Tal y como supuse llevaste a buen fin tu empresa —contestó éste, sonriendo.

—¡Menuda sorpresa! Pero dime, ¿cómo es posible que...?

—Como tú, yo también honro a los dioses y festejo la gloria del faraón.

—Te imaginaba lejos, escondido entre las arenas del inhóspito desierto a las que tienes el don de dominar. Veo que tu cabeza aún se encuentra sobre los hombros.

—Y más dura que nunca —dijo golpeándosela con los nudillos—. Como corresponde a los hombres del lejano sur.

Nefermaat le sonrió asintiendo, visiblemente emocionado.

—Pero deja que te vea —indicó mirándole de arriba abajo—. Antes eras un reo, y ahora te has convertido en jefe de los *medjays*.

—Gracias a la infinita misericordia del faraón —dijo con gravedad—. Como te dije, el hueso que me trepanaste me confirió suerte. Ahora soy el jefe de la policía.

—¡Cuánta alegría! —apuntó el médico—. Pero cuéntame, ¿cómo es posible que...?

—El dios quiere verte —le interrumpió el nubio, cambiando de conversación—. Te espera desde hace tiempo.

El sol de la tarde creaba sombras cada vez más alargadas en los patios de Medinet Habu. Mientras los cruzaba, Nefermaat evocaba multitud de recuerdos que le transportaban a un pasado que le resultaba extrañamente lejano. Los largos pasillos, las espaciosas salas, los hermosos jardines; todo permanecía tal y como lo recordaba; como si en realidad el tiempo no hubiera pasado.

Acompañado por Sesostris, caminó por los corredores del palacio de Ramsés hacia las dependencias reales, con el ánimo inquieto y un creciente desasosiego que pareció aumentar a cada paso que daba. No se sentía a gusto entre aquellas paredes, mudos testigos de insidias y traiciones que habían marcado su vida para siempre, sin

la menor remisión.

Sus pies parecían pesar más de lo acostumbrado, y sus pensamientos iban dirigidos hacia la memoria de su padre. Según le había comunicado Sesostris, el noble Hori había fallecido hacía ya algunos años, y su viuda, Mutenuia, se había ido a vivir con su hermanastro. Nefermaat confirmaba así sus temores, sintiendo verdadera tristeza al enterarse, aunque su padre hubiera muerto para él hacía ya demasiado tiempo. El tribunal de Osiris habría escuchado sus tribulaciones, y sólo deseaba que los dioses hubieran sido indulgentes con sus actos, para que su alma no hubiese acabado finalmente en poder de La Devoradora.

Por fin las galerías acabaron, y los dos hombres llegaron a las dependencias del dios. Un mayordomo les acompañó hasta una de las salas, invitándoles a entrar; dentro, Ramsés VI aguardaba.

Nefermaat vio cómo el dios permanecía con ambas manos a la espalda, mientras miraba a través de los visillos que daban a un jardín. Al oír las pisadas sobre el enlosado se volvió presto, regalándoles una de sus habituales sonrisas.

—Sejmet te ha sido propicia, tal y como esperaba —dijo mientras se acercaba con una copa en la mano.

Nefermaat se postró ante él, implorando el perdón de sus culpas.

—Aquí no son necesarios los protocolos —advirtió, mientras hacía una señal a Sesostris para que les dejara solos—. Prefiero que tomes asiento.

Nefermaat se sentó donde el dios le invitaba, mientras éste lo hacía en una silla de tijera, situándose frente a él.

—¡Gloria al país de Kemet! —exclamó, alzando su copa con uno de sus característicos gestos burlones—. Todo lo que ocurre en nuestra tierra todavía tiene repercusiones en el exterior. Fuera donde estuvieses, la noticia de mi subida al trono llegó a ti.

—Así es, mi señor. Hasta Sidón llegó la noticia; fue allí donde me enteré.

—Sidón; vaya. Sejmet te llevó lejos para mantenerte a salvo de la justicia del faraón, ¿no es así? Al menos es un lugar donde nuestros viejos intereses echaron raíces; hay egipcios que viven allí.

Nefermaat asintió.

—Los barcos llevan regularmente a la ciudad noticias procedentes de nuestra tierra, mi señor. Gracias a ellos supe que un nuevo dios se alzaba en Egipto; cuando me enteré de que se trataba de ti, sentí una inmensa alegría.

El faraón pareció satisfecho por aquellas palabras.

—¡Brindemos por ello! —exclamó alzando su copa—. ¿O acaso sigues siendo abstemio?

—Me temo que no tengo solución —contestó el médico, asintiendo.

—No importa; yo la apuraré por ti —apuntó el dios bebiendo el contenido de un trago—. ¿Sabes? —continuó, chasqueando la lengua con deleite—. Al fin estoy en el lugar que me corresponde, aunque para ello haya tenido que esperar durante diez

años.

Nefermaat permaneció en silencio.

—Supongo que estarás enterado de la muerte de tu padre —dijo, mientras se servía más vino—. Al parecer, un día amaneció sin vida en su lecho, sin signos que evidenciaran violencia. Los magos aseguraron que el soplo de la muerte había debido penetrar por su oído izquierdo mientras dormía. No puedo darte muchos detalles, porque me encontraba lejos, en Pi-Ramsés.

Nefermaat volvió a asentir en silencio.

—Tu madrastra se fue a vivir con Kenamun —confirmó el rey, mientras le miraba por encima de la copa—. Su alma se sentirá como en casa —continuó, mordaz.

Acto seguido dejó la copa sobre una pequeña mesa, y observó al médico con complacencia.

—A pesar de tus desventuras tienes buen aspecto, de lo cual me alegro; siempre me resultaste simpático. Por cierto, mi brazo no volvió a resentirse nunca —dijo, mostrándolo ufano.

El *sunu* continuó prudentemente callado.

—Hace algún tiempo que te esperaba —continuó el faraón, tras dar un pequeño sorbo a su copa—. Sabía que vendrías a invocar mi gracia.

—Nadie mejor que vuestra majestad conoce mi inocencia —dijo Nefermaat con mirada suplicante.

—Te reitero que no son necesarios los formalismos —indicó Ramsés levantando una mano—; aunque ya no sea el príncipe Amón.

—¡Nunca levanté mi mano contra el dios! —exclamó Nefermaat con cierta vehemencia—. Ni estuvo en mi ánimo el hacerlo.

—El príncipe Amonhirkopshep sabía todo eso; mas ocurre que ahora esa persona ya no existe, pues ha cambiado su nombre por el de Neb Maat Re-Meri Amun, convirtiéndose en dios. ¿Comprendes?

Nefermaat le miró perplejo.

—Los intereses de Egipto están por encima de los de los hombres —^prosiguió el faraón—, y como Horas viviente, he de velar por ellos.

—Nunca he ido contra los intereses de mi tierra —se apresuró a decir Nefermaat.

—¿De veras?

Nefermaat se quedó estupefacto.

—No me mires así —indicó el dios, haciendo un aspaviento—. Si he accedido a recibirte se debe a que, en cierto modo, me encuentro en deuda contigo.

El médico no salía de su asombro.

—Has regresado a Egipto no sólo en busca de mi perdón, sino también de respuestas —continuó el rey—. El hecho de que Kemet haya olvidado tu nombre no es el único motivo que te preocupa; lo peor es no saber el porqué.

—¿Acaso tú las conoces? —preguntó el *sunu*, levantando una de sus cejas.

El faraón rió quedamente.

—La mayoría de los hombres pasan por la historia sin llegar a formar parte de ella —dijo a continuación—. Al poco, sus nombres son olvidados, tal como si nunca hubieran existido. Otros forman parte de ella, aun a su pesar, e incluso sin saberlo hacen posible el que sólo unos pocos alcancemos la gloria.

Ahora fue Nefermaat el que rió.

—En mi caso, creo formar parte de la mayoría.

—¿Estás seguro? —inquirió el rey, clavando su mirada en él—. Como te dije antes, tengo una deuda pendiente contigo. Egipto no fue justo con su hijo más honesto. Pero aquello fue necesario para ayudar a que hoy me sienta sobre el trono del País de las Dos Tierras.

Nefermaat no pudo ocultar su confusión.

—A menudo la vida es injusta hasta para los príncipes —subrayó Ramsés—. No eres el único que lo ha padecido. ¿Imaginas lo que he tenido que soportar viendo como un bastardo ocupaba el lugar que, por derecho, me correspondía? ¿Sabes lo que padecía cada vez que debía postrarme ante él? Yo, primogénito del dios y su Gran Esposa Real, doblegándome ante el hijo de una reina menor ya fallecida, y que encima tuvo la desfachatez de proclamarse como «único y legal heredero». Por si fuera poco el oprobio que me vi obligado a soportar, tuve que aguantar también la humillación de ver a mi sobrino Amonhirkopshep convertido en Horus viviente, al suceder a mi hermano. ¿Te imaginas lo que sentí cuando presencié cómo le coronaban?

Nefermaat le observó en silencio.

—Sería imposible —prosiguió el dios con dureza—. Su manifiesta incapacidad nos llevó al borde de la guerra civil; incluso las tribus libias se envalentonaron, volviendo a amenazar nuestras fronteras. Ramsés V era una persona enferma, como tú bien sabes, incapaz de tener descendencia. Ni la dama Henotuati, ni la señora Tauerettenru, sus dos esposas, pudieron darle ningún hijo. Al final, tras cuatro años de reinado, Osiris le llamó prematuramente ante su tribunal, al morir de viruela. Sin duda que Renenutet puede resultar caprichosa con nuestro destino, aunque a veces éste presente sus imperfecciones.

El sacerdote *ueb* atendía, boquiabierto, a la perorata del faraón.

—Renenutet resulta una chapucera en más ocasiones de las deseadas; y si no, mírate a ti mismo —prosiguió el rey—. Conmigo intentó hacer algo parecido, pero yo utilicé el plan que la diosa me tenía preparado, para readecuarlo a los intereses de Egipto.

—¿Te estás refiriendo a los tuyos? —inquirió Nefermaat sin poder contenerse.

—Bueno, ahora ambos son lo mismo —aseguró Ramsés, escanciándose otra copa—. Debí asegurarme de que así fuera, aunque para ello hayan sido necesarios casi diez años.

Nefermaat apenas podía creer lo que escuchaba, sintiendo como la indignación crecía en su interior.

—¿Quieres decir que has estado intrigando durante todo ese tiempo? —se atrevió a preguntar con frialdad.

Ramsés VI se llevó la copa a sus labios sin dejar de mirarle.

—¿Te refieres a estos últimos diez años? No, querido *sunu*. Un príncipe, en Egipto, intriga desde que tiene uso de razón; le va la vida en ello.

—¿Entonces? ¿El complot para acabar con la vida de tu augusto padre...?

—Si te refieres al hecho de que yo tuviera que ver algo en ello, entonces te equivocas. Nunca hubiera osado levantar mi espada contra el último de los grandes faraones que ha tenido esta tierra; sin embargo, te confiaré que estaba enterado de la conjura.

A Nefermaat se le revolvió el estómago.

—Ya te lo adelanté el día que nos vimos en el calabozo. ¿Acaso piensas que una reina del harén puede quitar el poder al dios de Kemet, así, sin más? —interrogó el faraón, haciendo un gesto cómico—. Yo estaba al corriente, como también lo estaba mi difunto hermanastro y otros muchos notables.

—¿Y cómo permitisteis que sucediera? —interrumpió Nefermaat, controlando a duras penas su rabia.

—Mi ilustre hermano estaba deseando subir al trono lo antes posible. Sabía que mis derechos estaban por encima de los suyos, y no podía confiarse. Seguramente vio una buena ocasión para poder ceñirse, por fin, la doble corona. Así que, dejó que todo siguiera su curso para sacar el mejor partido de ello. La prueba de que conocía lo que se estaba tramando es que los *medjays* se hallaban preparados para intervenir y desbaratar el golpe.

—Pero ¿y tú?

—¿Yo? Obviamente estaba prevenido desde mucho tiempo atrás, aunque en ningún caso debiera aparentarlo; la vida de mi hermanastro estaba amenazada y, si hubiera triunfado el complot, habría tenido un pretexto magnífico para reclamar mis derechos.

Nefermaat movió su cabeza con pesar.

—En el fondo, vosotros también formasteis parte de la rebelión —musitó éste, cariacontecido.

—Te repito que sentía el mayor de los respetos por mi augusto padre, a pesar de no elegirme como su sucesor —dijo el rey seriamente—. Simplemente traté de situarme adecuadamente. Mi hermano Ramsés era Generalísimo de los ejércitos, y en política, contra eso no se puede luchar, sobre todo si ya se ejerce el poder, veladamente, desde una corregencia. Durante sus últimos años, mi padre sólo estaba interesado en las concubinas del harén.

Nefermaat parpadeó, recordando que él mismo tuvo aquella impresión cuando una vez le visitara en compañía de Iroy.

—Mi momento no había llegado todavía; pero debía prepararme para ello. Era necesario granjearme el apoyo de determinadas fuerzas que, a cambio, algún día se

verían recompensadas, fortaleciendo su poder. La mayoría de los altos cargos actuales del clero y la Administración ya eran, hace diez años, personas de mi confianza. Ellos me ayudarían a recuperar lo que me pertenecía, y yo les recompensaría largamente. Te aseguro que es una tarea ardua, pues requiere paciencia y mucha prudencia.

A Nefermaat le vino a la memoria la tarde en la que Ramesenajt y el entonces príncipe se vieron en los jardines de palacio.

—Ramesenajt... —murmuró casi sin darse cuenta.

—No hace falta que te hable del enorme poder que posee. Él es mi mayor valedor; sé muy bien que, sin su beneplácito, yo no reinaría. Fue necesario que sustituyese a su hermano, el viejo Usimarenajt. Era un hombre de otra época, que no tenía cabida en los planes futuros. Nadie puede ya oponerse al poder del Templo de Amón, créeme, es preferible, ser su aliado e intentar llevar una política... digamos que de cooperación.

—Entonces, todo el alto clero de los panteones egipcios cuenta con tu alianza —masculló el médico, apenas sin alzar la voz.

—De una u otra forma —confirmó el rey, tranquilamente.

—¡Paneb! —exclamó Nefermaat, con la mirada perdida.

—Tiene una astucia excepcional —aseguró Ramsés, soltando una risita—. Tuvo una idea clara de la situación desde el primer momento. Él se puso a mi servicio hace más de diez años, y ahora es el Primer Profeta de Montu; un dios que me es muy querido. Te aseguro que miembros de algunas de las más poderosas familias de Tebas deseaban acabar con el linaje de Turo, para hacerse cargo del culto al dios guerrero.

—Admito que todo lo que me cuentas me resulta lo más parecido a un vulgar mercado. Poco tengo yo que ver con semejantes ferias, y no obstante me adjudicasteis un papel que representar en el drama.

—Fuiste tú mismo el que se empeñó en participar. Muchos te advirtieron para que extremaras la prudencia; pero no hiciste caso. Sin duda el amor no atiende a semejantes razones.

—Es un sentimiento que nace del corazón —dijo el médico con la voz alterada—. No existen las imprudencias cuando se entrega lo mejor de uno mismo.

El faraón lanzó una carcajada.

—¿De verdad pensaste que podrías casarte con Nubjesed? —inquirió, irónico.

Nefermaat sintió como la sangre se agolpaba repentinamente en su cabeza.

—Si lo hubieras hecho podrías haberte convertido en faraón. ¿Te imaginas? Una persona como tú habría representado un peligro demasiado grande. Representas a la misma esencia de esta tierra; estoy convencido de que el clero te hubiera apoyado.

—Entonces... Fuiste tú quien tramó la insidia contra mí.

—En realidad no, aunque tengo que reconocer que colaboré. La reina Tiy era lo suficientemente avispada para darse cuenta de que debía quitarte de en medio cuanto antes. Ella lo urdió todo, haciendo pensar a Neferure que tú la amabas; así creó el enredo.

Nefermaat miraba al rey, boquiabierto.

—Después aproveché la situación para eliminarte definitivamente; un aspirante al trono, no deseado, ya era bastante para mí.

—Yo confié en ti —se lamentó Nefermaat, mesándose los cabellos.

—Te vuelvo a reiterar mis simpatías; créeme —aseguró Ramsés con una sonrisa—. Aquello no era nada personal, pero debes convenir conmigo en que los intereses por el trono de Egipto se encuentran por encima de cualquier otra consideración.

—En ese caso, ¿fuiste tú quien colocó la figurilla de cera en mi habitación?

—Más bien yo hice que la pusieran.

Nefermaat se reclinó lentamente en su silla, observando con frialdad al faraón.

—Siempre has albergado dudas sobre quién fue el autor de aquello, ¿no es así? No estoy seguro de que quieras escuchar su nombre.

Nefermaat dedicó al rey una de sus enigmáticas miradas.

—Tú acabas de decírmelo —afirmó al fin—. Fue Kenamun.

—Te garantizo que él nunca supo que fui yo el que dio la orden de poner la figura en tus aposentos. De hecho, no creo haber intercambiado con tu hermanastro más que unas pocas frases en mi vida. Él se limitó, con gusto, a hacer lo que Paneb le indicó; el odio de tu hermano hacia ti va más allá de lo racional.

—¿Paneb? —preguntó el médico, incrédulo.

Ramsés asintió con la cabeza.

—Ya te dije que está a mi servicio desde hace mucho tiempo; siempre ha sabido lo que le interesaba.

Nefermaat movía sus ojos de derecha a izquierda, en tanto trataba de poner orden en sus pensamientos.

—Pero mi hermanastro..., poco tiene que ver en esto.

—Seguro que durante la celebración de la Fiesta de Opet habrás tenido oportunidad de verle. Ha conseguido privilegios dentro de los «dominios de Amón», aunque él aspire a mucho más. Todo ello tiene un precio, que él estuvo dispuesto a pagar al correr el riesgo de colocar la figura en tu habitación. A cambio recibió lo que quería: Neferure.

—¿Neferure? ¿Mi hermano se casó con Neferure?

—Hace exactamente nueve años. Él estaba loco por ella, como tú bien sabes, y además sabía que la joven era la llave que le abriría cuantas puertas necesitara. Kenamun siempre fue ambicioso.

Nefermaat se tocó la frente, mientras intentaba colocar las piezas de aquel rompecabezas.

—En confianza te diré que no son felices. Tu hermanastro continúa con sus sórdidas aficiones, y no hay noche que no se ausente de casa. En Karnak, estas inclinaciones no gustan demasiado.

—Tramaste un plan propio del mismo Set —dijo Nefermaat sin hacer apenas caso al último comentario de Ramsés.

—Tampoco conviene exagerar —indicó éste con una sonrisa—. Luego, ya sabes lo que ocurrió.

—Sin embargo, me libraste de una condena a muerte —objetó el *sunu*, tratando de comprender.

—Hubiera sido indigno ajusticiar al único cumplidor del *maat* que había en palacio, ¿no te parece? Jamás hubiese permitido tal cosa; aunque tu condena era inevitable.

—La cantera de la «montaña de oro» —recordó Nefermaat—. Sólo las bestias pueden sobrevivir allí.

—Lo sé, si bien has de reconocer que tú te adaptaste bastante bien, aunque al final tuviera que acudir en tu ayuda —aseguró el faraón, divertido.

—¿Sesostris? —preguntó Nefermaat, incrédulo.

Ramsés rió con suavidad.

—Es imposible. Nadie puede sufrir semejante vida por...

—Sesostris sí puede —cortó el faraón, lacónico—. Nada es imposible para él.

—¿Mandaste a Sesostris a las minas?

—Así es; aunque él lo ignore. No me extrañó lo que ocurrió con su perra. Digamos que me procuró un doble provecho con lo que hizo. Sabuf, el jefe de policía, se estaba convirtiendo en un problema. Era extremadamente ambicioso, y además conocía demasiados detalles. Supongo que te alegrarías de su pérdida, después de la paliza que te dio —concluyó con evidente cinismo.

Nefermaat no podía creer cuanto escuchaba.

—Gracias a mis súplicas conseguí que los jueces enviaran al nubio a la «montaña de oro». Antes de su salida, le rogué que cuidara de ti, asegurándole que, si escapabais, yo le protegería hasta que pudiera regresar de nuevo; luego ya sabes lo que ocurrió. Sesostris es mi más fiel servidor; ahora es el nuevo jefe de los *medjays*.

—¡Enviaste a Sesostris para que me sacara de allí! —exclamó el *sunu*.

—En tus circunstancias, no creo que hubieras durado mucho más.

—Hay algo que no entiendo —dijo Nefermaat, acariciándose la barbilla—. ¿Hiciste todo aquello por remordimiento?

—Tantas insidias juntas eran demasiadas para un *ba* tan justo como el tuyo, ¿no te parece? Sobre todo cuando resultaban inmerecidas. Nunca te deseé mal alguno aunque, como comprenderás, no podía permitir que te interpusieras en mi camino; sólo se trataba de eso. En el fondo te protegí.

—¿Esperabas que regresara algún día para contarme todo esto?

—En efecto. Quería que lo supieras de mis labios, pues no pretendo más engaños contigo. Cuando llegue el momento de la psicostasia^[148], los cuarenta y dos dioses no podrán imputarme el que no te contara la verdad.

—¿Y si no hubiera regresado jamás?

—Sabes que eso no habría sido posible. Existen razones poderosas que te obligaban a hacerlo; ¿me equivoco?

Nefermaat le mantuvo la mirada.

—Estoy convencido de que una sombra ha prevalecido sobre las demás, afligiendo a tu corazón durante todos estos años. Sólo regresando podías intentar disiparla.

—Nubjesed —dijo Nefermaat, con voz trémula.

Ramsés asintió, mientras le hacía una señal para que se acercara al ventanal que daba al jardín.

—Mira —dijo con un gesto, invitándole a que se asomara.

Nefermaat se acercó para observar a través de los visillos. En el frondoso parque, cuatro chiquillos jugaban felices causando gran alboroto.

—Ése es el mayor —dijo el faraón, señalando hacia un niño que debía tener ocho o nueve años—. Se llama Hamun Nutehekaon^[149]; y algún día será dios de esta tierra —afirmó con orgullo—. Los otros dos niños que ves peleándose en la hierba son Panebenkemyt y Amonhirkopshep —añadió con orgullo—. Como comprenderás, no iba a permitir que mi complicado nombre se perdiera para siempre —concluyó, riendo.

Nefermaat observó a los pequeños jugando despreocupadamente, reparando al poco en la figura de una mujer que se hallaba de espaldas, sosteniendo una niña entre sus brazos.

—He ahí mi perdición —indicó Ramsés, señalando a la chiquilla—. Se llama Isis; en honor a su abuela.

El médico la observó con interés en tanto la dama que la sujetaba la alzaba, haciéndola blanco de sus mimos. Durante unos instantes, la chiquilla sonrió complacida; luego, la mujer la colocó en su cuna.

—Es su madre; la Gran Esposa Real —confirmó el faraón.

Nefermaat asintió, continuando con la mirada clavada en ella sin perder detalle. Había algo en aquella mujer que le resultaba familiar, aunque desde su posición no fuera capaz de reconocerla. Entonces, la dama se giró de improviso mostrando su hermoso rostro; era Nubjesed.

—¡Nubjesed! —exclamó Nefermaat, ahogadamente—. Ella es...

—La reina de Egipto —intervino Ramsés, afirmando con su cabeza—. Nació para convertirse en eso; como tú bien sabes. Ahora ocupa el lugar que le corresponde.

Nefermaat se apartó de la ventana temeroso, como si hubiera sido testigo del más abyecto de los crímenes. El amor de su vida jugaba, junto a sus hijos, en los jardines reales, aparentemente dichosa.

El médico no pudo reprimir el impulso de volver a mirar a través de los visillos. Nubjesed sonreía feliz, mientras sus hijos acudían a abrazarla efusivamente, dándole muestras de su cariño. A Nefermaat le pareció que Nubjesed estaba tan bella como antaño.

—¿Esto también formó parte del engaño? —preguntó Nefermaat, sin poder ocultar su decepción.

—En absoluto. Te aseguro que, *a priori*, ella no entraba en mis planes, aunque no puedo negar lo acertado de mi elección.

Nefermaat se apartó definitivamente de la ventana, para volver a sentarse. Se sintió irremediablemente descompuesto, y al punto cerró sus ojos durante unos momentos. ¿Qué tipo de broma era aquélla? ¿Qué suerte de burla había decidido hacer Renenutet con su vida? No era posible que el destino se regodeara de semejante forma del alma de un hombre. La mujer que un día atara su corazón para siempre era la esposa de aquel que le había traído desgracias sin cuento. Durante todos aquellos años lejos de Egipto, Nubjesed había continuado siendo señora de sus sentimientos, ahogando a su alma en una permanente angustia, debido a sus anhelos por volver a amarla. Su rostro parecía haber sido grabado a fuego en lo más profundo de su ser, torturándole inmisericorde, sin poder apartarla de sus pensamientos. Mientras, ella había tomado esposo, y había formado una familia; muy lejos de todo cuanto, en su día, soñaron los dos jóvenes ilusionados, pues finalmente sólo de eso se había tratado; de una ilusión.

En su desengaño, oyó la voz del faraón que le hablaba.

—Estás pálido. Bebe un poco de vino, te aliviará.

Nefermaat abrió sus ojos, volviendo poco a poco a la normalidad. El faraón, en pie frente a él, le ofrecía su copa. El médico la rechazó con un ligero ademán.

Ramsés se encogió de hombros.

—Supongo que durante un tiempo te quiso realmente —escuchó al fin—. Sé que padeció tras vuestra ruptura, aunque ella se diera cuenta, enseguida, de quién era y dónde estaba tu lugar. El proceso en el que te viste envuelto resultó definitivo, pues se sintió horrorizada ante lo que escuchó sobre ti.

Nefermaat hizo una mueca sardónica.

—¿No esperarías que hubiera ido a verte a la cárcel? Nadie en su lugar lo hubiera hecho —aseguró el rey, categórico.

—Yo sí —contestó Nefermaat, serenamente.

El rey sonrió con displicencia.

—Claro, olvidé que fuiste educado en el recto camino del *maat*. En fin —dijo Ramsés suspirando—. Creo que ya conoces todo lo que ocurrió; sólo resta una cosa por hacer.

Nefermaat alzó su vista hacia el faraón, presintiendo que su propia esencia iba a ser pisoteada por última vez. Implorar el perdón a quien le había llevado a aquella situación, le resultaba la última de las indignidades a la que debía someterse.

El faraón leyó en su mirada.

—Hay hombres que nacen fuera de su tiempo —dijo, levantándose y dando unas palmadas—. Tú hubieras sido feliz hace mil años.

Nefermaat miró al rey con el más hermético de los gestos, sin dejar traslucir sus emociones, mientras un escriba entraba en la sala disponiéndose a copiar cuanto el dios le dictara.

El faraón le miró significativamente, y el escriba se dispuso a escribir.

—Yo, «el ordenador de las cosas creadas, el que fuerza las leyes, grande del palacio de Amón, el que propicia a los dioses, rey del Alto y Bajo Egipto, hijo de Ra», dispongo que aquel que un día se llamara Nefermaat, de quien los dioses abominaron condenándole a vagar sin identidad hasta el final de los tiempos, sea eximido de sus culpas, recuperando el nombre que una vez perdiera, para así poder ser recordado. Ésta es mi voluntad.

Acto seguido, el escriba enrolló el papiro saliendo de la sala con presteza. Nefermaat continuaba con su rostro convertido en una máscara.

—Soy un hombre justo. Lo que hice tuvo su motivo, y ahora todo queda reparado —dijo el faraón, levantando su barbilla, altivamente—. Sin embargo, el escuchar cuanto te he contado tiene un precio, que has de pagar —continuó el faraón.

Ambos hombres se mantuvieron la mirada unos instantes.

—Dispones de un mes para abandonar Egipto.

Nefermaat apenas se inmutó al escuchar aquellas palabras, limitándose a levantarse de su asiento,

—Adiós, Nefermaat. Ésta es la última vez que nos vemos —indicó el faraón, despidiéndole—. Tienes un mes para salir de Kemet; no lo olvides.

Sentado junto al embarcadero, Nefermaat observaba en la distancia la casa de su hermano. Durante todo el día había estado deambulando por los alrededores con la esperanza de verle, aunque fuera por unos instantes. Aun después de lo ocurrido, se le hacía difícil creer que Kenamun hubiera sido capaz de traicionarle como lo hizo, por grande que fuera el resentimiento que albergara contra él.

Sin embargo, así había sido.

Estuvo durante todo el día tentado de abandonar Tebas y dejar que sus vidas llevaran sus respectivos cursos. En realidad así había ocurrido siempre, pues hubiera sido imposible esperar otra forma de relación entre ambos. Pero al menos, Nefermaat deseaba ver la cara de su hermano cuando se pusiera frente a él. Quería mirarle a los ojos y entender el porqué de su odio, o su profundo rencor; algo que iba mucho más allá de su entendimiento.

Después de todo un día de espera, le había sido imposible ver a Kenamun, aunque sí pudo distinguir a su esposa, y también a su madre. Ésta, pasó fugazmente en una litera muy cerca de él, con aspecto decrepito y la mirada acerada de siempre. Le pareció consumida, recordándole a los cuerpos deshidratados que preparaban los embalsamadores. A Neferure la contempló con algo más de detenimiento, aunque no por ello le causara una mejor impresión. Había engordado mucho, y sus antaño rotundas formas se habían desbaratado de manera sorprendente, desparramándose por aquí y por allá, como blanda mantequilla. Su rostro no le iba a la zaga pues, gordezuelo, brillaba particularmente grasiento, y con un color algo macilento. Sólo sus ademanes parecían ser los mismos, pues como pudo comprobar trató a sus criados de la peor manera que cupiera imaginar. Sus gracias de años atrás le habían

abandonado, y sólo parecía poseer infelicidad.

Nefermaat pensó en aquello mientras aguardaba. Toda una vida de recuerdos que repasó casi sin pretenderlo. Sentado junto al río era imposible no hacerlo, pues la hermosa luz del atardecer creaba un irreal reflejo sobre las aguas cargadas de limo; el milenarismo alimento que la crecida proporcionaba a aquella tierra.

Al caer la noche, Nefermaat pensó en retirarse. La oscuridad era tan grande y su ánimo estaba tan quebrado que se sintió a disgusto en aquel lugar. El río bajaba tan crecido que el nivel del agua llegaba hasta el mismo borde del pequeño malecón, amenazando con anegarle como, sin duda, ocurriría en ocasiones. Junto a él, una pequeña barca se balanceaba caprichosamente, sujeta al dique por una maroma. Era la embarcación que solía utilizar su hermanastro para desplazarse. Al parecer, últimamente frecuentaba un nuevo local en la cercana población de Madu, que le proporcionaba todo lo necesario para satisfacer sus apetitos. Hacía mucho tiempo que a Kenamun su mujer ya no le interesaba, habiendo regresado a sus antiguas y particulares aficiones.

Nefermaat vio como las luces de la villa de su hermano se apagaban y como, al poco tiempo, el silencio se hacía dueño absoluto de ella. La atmósfera se volvió entonces extrañamente pesada, casi fantasmagórica, pues las espesas sombras que le rodeaban parecían haber cobrado vida, sojuzgando el lugar a sus inexorables leyes. Infinitas manos que tejían etéreos velos sobre la tierra de Egipto, haciendo que el mismo aire se volviera impenetrable, incluso para los sonidos propios de aquel paraje. Aquella noche, hasta el Nilo callaba.

Nefermaat se sintió desagradablemente incómodo en semejante ambiente, estremeciéndose levemente. Aquél era un lugar más apropiado para súcubos y genios que para hombres, bien pudiéndosele comparar con la antesala que conducía al inframundo.

Pero entonces, súbitamente, todo aquello se desvaneció, pues el vacío que parecía devorar la tierra entera se esfumó, permitiendo a las formas corpóreas manifestarse, surgiendo desde sus insondables profundidades. Desde la cercana casa, una luz se abría paso entre las tinieblas, dirigiéndose justo hacia donde Nefermaat se encontraba.

Cuando la lamparilla llegó al malecón, Nefermaat se incorporó lentamente. La luz avanzó sobre el pequeño dique de madera esparciendo su difusa claridad, iluminándolo vagamente. La oscuridad era tan grande que devoraba el tenue resplandor de aquella bujía casi al instante, como si estuviera más hambrienta que nunca. Sin embargo, aquella lucecilla continuó avanzando lentamente y, al poco, permitió a Nefermaat contemplar la figura que la transportaba, recortándola como si fuera un espectro; era Kenamun.

Si a Nefermaat la imagen de su hermanastro le sobresaltó, a éste la suya le pareció un ánima condenada surgida del Amenti, pues apenas pudo ahogar un juramento del susto que se llevó.

—¿Qué tipo de encantamiento es éste? —inquirió, acercándose un poco para verle mejor.

—Es el regreso de lo inesperado —contestó Nefermaat, fríamente.

—¡No puede ser! —exclamó Kenamun, con voz trémula—. Tú ya ni tan siquiera tienes nombre. Es como si nunca hubieras existido.

—He vuelto del lugar al que me mandasteis, para recuperarlo de nuevo —dijo el médico misteriosamente.

Kenamun dio un paso atrás.

—Es el alma de un condenado la que me cierra el camino —aseguró éste, moviendo la cabeza; como intentando convencerse de ello.

—Soy tan real como las intrigas que urdisteis contra mí —apuntó Nefermaat, adelantándose hacia su hermano—. Tócame; estoy vivo.

Kenamun extendió un brazo en un acto reflejo, hasta que las yemas de sus dedos tocaron a su hermano.

—¡Es imposible! —volvió a jurar, retirando al instante la mano, como si se hubiese quemado—. ¿Cómo es que estás aquí? Deberías haber muerto.

—El divino faraón ha sido misericordioso. Ahora vuelvo a llamarme Nefermaat.

—¿Y qué es lo que pretendes? ¿Qué quieres de mí?

—Escuchar de tus labios por qué me traicionaste. Saber qué te hice para merecer tu odio.

Kenamun soltó un exabrupto.

—Me llevaría horas hacerlo. Tu propia esencia ha intentado devorarme casi desde que nací.

Nefermaat se aproximó más a él, hasta que la lamparilla iluminó ambos rostros con claridad.

—Tú siempre fuiste el justo, el sensato, el sabelotodo que aguantaba las injusticias con resignación; incluso el desprecio de su propia familia. Resultabas insufrible; el pretender hacernos ver lo injustos que éramos contigo resultaba mucho más de lo que yo podía aguantar. Tu actitud no me ha traído más que complicaciones —indicó Kenamun, claramente despechado.

—Nunca interferiré en tu vida —dijo Nefermaat sin inmutarse.

—¿Ah, no? —intervino su hermanastro mirándole con desprecio—. Yo diría que no hiciste otra cosa que eso. Aun cuando permaneciste en el Templo de Sejmet tuve que sufrir tu recuerdo. Eras la referencia con la que me comparaban en la corte a diario. Llegué a detestarte, ¿sabes?

—Tú ya me detestabas antes de marcharme a Menfis —aseguró Nefermaat con tranquilidad—. Aunque nunca te creí capaz de condenarme como lo hiciste.

—Me resultas patético. Si pudiera, volvería a repetir lo que hice hace diez años, aunque en esta ocasión me aseguraría de que no regresaras jamás.

—Tu odio va mucho más allá de lo racional.

—En eso tienes razón, hermano; llega hasta el mismísimo infierno, que es el lugar

al que te mandaría. Allí no hay sitio para tu hipócrita santurronería.

Nefermaat le miró fijamente, manteniendo la calma.

—Si te lo permitieran aceptarías toda la gloria que hay sobre la tierra; eso sí, siempre bajo el manto de humildad que tan hábilmente aprendiste a tejer. Imaginaos, oh, dioses, a un hombre que es capaz de engañar a una princesa de Egipto, refocilándose después con la mujer que equivocadamente le amaba. Nunca se vio nada semejante en Kemet.

—Vosotros habéis mostrado cosas peores —intervino Nefermaat—. Paneb, tú... Títeres sin escrúpulos en manos de poderes que vosotros mismos codiciáis. Tu ambición es desmedida, Kenamun.

Éste gruñó, encarándose a su hermano.

—¿Cómo te atreves? Tú que no respetas ni los sentimientos ajenos. Crees que el mundo se rige por leyes que sólo tú conoces y cumples. Si has venido para averiguar la verdad de lo que ocurrió aquella noche en tus aposentos de palacio, ya lo sabes. Sí, fui yo el que colocó la figurita sobre tu silla, y por Set te juro, que con gusto lo volvería a hacer.

—Tu odio hacia mí no es sino el resultado de tus temores. Toda tu vida has tenido miedo de mirar en tu interior y encontrarte con la realidad.

Kenamun soltó un bufido, dando un manotazo a su hermano.

—¡Apártate! —exclamó con rabia.

Nefermaat le sujetó por el brazo.

—¿Vas a continuar huyendo de ti mismo toda la vida? Tu corazón se encuentra carcomido por el odio. Pregúntale; él te dirá quién eres realmente.

Al escuchar aquellas palabras, Kenamun entró en un estado de enajenación difícil de explicar. Fue como si todos los rencores acumulados contra su hermano se presentaran al unísono, demandando una satisfacción, pues sólo así pudo entenderse lo que ocurrió.

Kenamun se abalanzó sobre su hermanastro, lanzándole golpes a diestro y siniestro con furia desatada. Éste, sorprendido ante aquella reacción, cayó al suelo cubriéndose como pudo de los puñetazos que Kenamun le propinaba. La lamparilla rodó sobre el pequeño malecón, iluminando una escena que parecía sacada de la peor de las pesadillas. Sobre Nefermaat, Kenamun daba rienda suelta a su propia naturaleza, golpeándole una y otra vez.

El médico se quedó sorprendido por la fuerza de aquel corpachón que apenas le dejaba moverse, e intentó zafarse de él asiéndole por la túnica. Entonces, Kenamun pareció tomar nuevos bríos, pues le agarró con ambas manos por el cuello apretando con todas sus fuerzas.

Nefermaat sintió como se ahogaba, y como aquel energúmeno intentaba realmente matarle. Era algo que se escapaba de su comprensión, pero mientras trataba de librarse de la presión, leyó claramente en el rostro de su hermanastro que éste estaba decidido a ello.

Realizando un esfuerzo denodado se encomendó a la poderosa Sejmet y, haciendo acopio de sus fuerzas, propinó con ambas manos tal golpe sobre los oídos de su hermanastro que éste soltó al instante la presa, lanzando un alarido que hubiese hecho palidecer al propio «golpeador de aguas^[150]», aquel que juzga los gritos y escándalos causados por el difunto cuando se presenta ante el Tribunal de Osiris.

Nefermaat se incorporó un poco, entre toses, intentando recuperar la respiración, en tanto escuchaba los lastimeros gemidos de Kenamun. Trató de levantarse pero, al elevar la vista, vio como su hermano se plantaba de nuevo ante él, blandiendo algo en una mano.

Nefermaat palideció al reconocer un cuchillo de cobre.

—¡Estás loco! —exclamó, sin poder dar crédito a lo que veía.

—¡No! —aseguró Kenamun con el rostro congestionado por la ira—. ¡Tú ya estás muerto!

Dicho esto, Kenamun alzó el puñal con ambas manos dispuesto a asestar el golpe definitivo sobre su hermano. Éste vio como la hoja dorada reflejaba la tenue luz de la débil lamparilla situada en el suelo, muy cerca de ambos. En ese momento, justo cuando el cuchillo comenzaba a caer sobre él, una mano surgió de las aguas, atenazando uno de los pies de Kenamun. Éste soltó un grito de sorpresa, volviéndose de inmediato, justo para ver como alguien se aferraba a su pie, arrastrándolo por el suelo del malecón. Sobresaltado, Kenamun perdió su puñal, mas enseguida trató de soltarse de aquella mano que le atenazaba. Luchó y pateó, intentando resistirse con todas sus fuerzas; mas todo fue inútil, la mano siguió arrastrándolo hasta el mismo borde del dique, precipitándole después hacia el río. Kenamun lanzó un grito desgarrador mientras su cuerpo caía al Nilo; luego se oyó claramente un ahogado estertor bajo las aguas, y acto seguido, otra vez el silencio; tal y como ocurriera antes que Kenamun llegara.

Nefermaat se levantó, aún maltrecho, impresionado por cuanto había ocurrido. Con paso vacilante se aproximó al borde del malecón, con la lamparilla entre las manos, intentando arrojar algo de luz sobre lo que todavía no comprendía. En ese momento, alguien surgió de las profundidades, subiéndose al dique y quedando frente a Nefermaat. Era un hombre enorme, y su oscura piel chorreaba agua sobre el embarcadero.

—¡Sesostris! —exclamó Nefermaat, asombrado.

El nubio le miró en silencio mientras su poderoso cuerpo brillaba bajo el débil reflejo del pequeño candil.

—Hapy se lo tragó —dijo, haciendo un gesto con su mano hacia el río—. Así también alimentará a las tierras de Egipto.

Nefermaat le miró boquiabierto, sin encontrar ninguna palabra que decirle. Después observó cómo Sesostris se acercaba a la barca amarrada y, tras liberarla, subía a ella apartándose del atracadero. Antes de desaparecer entre las sombras, miró un instante a Nefermaat que, en pie sobre el malecón, continuaba alumbrándole.

—Ahora sí he saldado mi cuenta contigo —dijo el nubio, esbozando una sonrisa. Luego, su figura se desvaneció en las tinieblas.

Nefermaat disfrutaba de la luz del Mediterráneo. Sentado en la toldilla del mercante, dejaba que el sol de finales del verano le acariciara con sus reconfortantes rayos, como si fuera la mayor de las bendiciones. El barco navegaba suavemente por las tranquilas aguas, haciendo que la travesía le resultara, en verdad, deliciosa.

La brisa salina, que antaño le pareciera tan desagradable y cargada de malos presagios, era ahora como un bálsamo mágico creado por las mismas manos de Thot; el dios que todo lo conoce.

Entrecerró sus ojos, consciente por primera vez del auténtico valor de cuanto le rodeaba. Se sentía feliz y especialmente eufórico; algo que le era desconocido, convencido de que su espíritu se hallaba por fin libre de sombras y malas influencias. Era como si hubiera vuelto a nacer; o al menos eso le parecía.

Había abandonado Egipto con la certeza de que nada le retenía allí. Su amada tierra había terminado por transformarse en un lugar en el que ya no tenía cabida. Simplemente se había convertido en un extraño entre su gente, tal y como si fuese un intruso.

Antes de alcanzar el Gran Verde, se había detenido en Bubastis, la ciudad de la diosa gata, que tanto significado había tenido en su vida. Una vez allí, había ido a visitar a Anón, pero al llegar a su espléndida villa se encontró con que, en ésta, sólo vivían algunos criados. Al verle, éstos le saludaron amablemente pues le recordaban, informándole de que el babilonio hacía varios años que se había marchado.

—¿Se fue de Bubastis? —preguntó Nefermaat, sorprendido.

Los criados asintieron.

—Regresó a Babilonia. Según nos dijo, quería pasar allí sus últimos años. Había enviudado hacía tiempo, y la soledad acabó por abrumarle.

—Entonces, ¿murió la dama Iay?

—Se la llevó una «lesión devoradora^[151]»; el señor lloró mucho su pérdida.

Nefermaat movió su cabeza apesadumbrado, mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Nos dejó riquezas suficientes para mantener la casa. Él estaba convencido de que, algún día, alguien de su familia volvería. Nos dejó esto por si regresabas.

Nefermaat cogió el papiro que le ofrecían y lo desenrolló, leyéndolo con emoción. Era un documento por el cual Anón entregaba la propiedad de aquella casa a Atet y Nefermaat, por partes iguales. Según aseguraba, ninguno de los dos había sido hijo natural suyo aunque, a la postre, los acogiera a los dos. Luego se despedía con su habitual sensiblería, asegurándole que el oro continuaba enterrado donde lo dejaron, lo cual hizo que Nefermaat derramara alguna lágrima al enrollar de nuevo el papiro.

Nefermaat suspiró al recordar aquel hecho, entrecerrando los ojos para protegerlos del sol. El viejo Anón había sido fiel a sí mismo hasta el final,

demostrando la inmensa humanidad que atesoraba, supliendo con creces los «pequeños vicios» a los que era incapaz de resistirse. A él le debía gran parte de lo que era, y siempre estaría en su corazón.

Se incorporó perezosamente, caminando hacia la popa. Nefermaat se asomó por la borda, justo para ver la pequeña estela que el barco dejaba sobre las aguas. Al instante le vino a la memoria la misma escena que en su día viviera diez años atrás. Su nombre se deslizaba entonces sobre las olas, perdido para siempre por la injusticia de los hombres, para acabar siendo devorado por las profundidades. Sonrió al pensar en ello, observando de nuevo la huella que el navío dejaba en el oleaje. Era nítida, y ningún hombre se podía leer en ella, pues nadie lo pierde dos veces. Él había recuperado el suyo aunque, ahora, estuviera convencido de que poca importancia tenía. Su azarosa vida le había demostrado que una persona es mucho más que un nombre pues, en definitiva, éstos son puestos o arrebatados por los hombres, y nunca por los dioses.

Su mirada se perdió en la distancia, hacia donde suponía que se encontraba Egipto. La milenaria tierra donde un día naciera le decía adiós, acaso para siempre. Sus sagrados misterios y la profunda sabiduría recogida durante siglos no habían bastado para que, finalmente, los hombres se acabaran corrompiendo, absorbidos por la ambición y el ansia de poder; como en cualquier otro lugar. En el país de Kemet, los dioses ya sólo eran de piedra.

Sin pretenderlo recordó a Medunefer, el viejo decano, y las enigmáticas palabras que una vez le dijera en el templo. Ahora las comprendía perfectamente, advirtiendo la sabiduría que encerraban. Inconscientemente se llevó una mano hacia la figura que le regalara, y que siempre había pendido de su cuello; la diosa había resultado ser su más fiel compañera, demostrándole una inclinación que nada tenía que ver con su fama de sanguinaria. Sejmet había sido como la más dulce de las madres, quizá porque él nunca conociera a la suya.

Sus pensamientos volvieron a la nave que navegaba con rumbo a Sidón. Allí estaba su hogar, aunque él no hubiera sido capaz de entenderlo con anterioridad. Hemón, Atet...; ellos formaban ya parte indeleble de su persona. Atet le había demostrado que las bajas pasiones no son sino fantasías capaces de desaparecer cuando el verdadero amor se presenta en todo su esplendor. Ella así se lo había confirmado, resultando, finalmente, poseer una grandeza mayor que la de la más hermosa princesa de Egipto.

El corazón de Nefermaat, antes ciego, ahora veía con claridad, sin sombras que le velaran ni aflicciones que le impidieran amarla para siempre.

Él la haría feliz; estaba seguro.



La conspiración del harén es uno de los episodios más singulares de la historia del Antiguo Egipto. Arropados por las brumas de tres milenios, los hechos han llegado hasta nosotros a través de diversos papiros (Harris, Rollin, Rifaud, judicial de Turín, etc.), en los que se detallan los pormenores del proceso celebrado contra los involucrados en la conjura, así como las sentencias y ejecución de las penas. El autor se ha atendido, rigurosamente, al marco histórico en el que se desarrolló el complot de la reina Tiy, describiendo la causa y los veredictos lo más fielmente posible. Todos los personajes envueltos en la conspiración son auténticos, tal y como se cuenta en esta obra.

El faraón Ramsés III falleció durante el proceso iniciado contra los insurrectos, no sabiéndose con certeza cuál fue la causa de su muerte, aunque parece obvio que, de alguna forma, los hechos acaecidos influyeron en ella.

Sin lugar a dudas, es evidente que una reina menor, como era Tiy, no podía tener capacidad suficiente como para dar un golpe de Estado como aquél, a no ser que fuerzas poderosas le invitaran a hacerlo desde la sombra. Los tres mil años transcurridos desde aquellos acontecimientos han cubierto de dudas las posibles ramificaciones de aquel complot, aunque es fácil adivinar que dichas conexiones iban mucho más allá de los encausados.

En cuanto al papel desarrollado por el futuro Ramsés IV durante la revuelta, algunos investigadores creen en la posibilidad de que el príncipe Ramsés estuviera informado del complot, utilizándolo en su beneficio. La mala relación que éste tenía con sus hermanos podría justificar plenamente dicha actitud.

Existen serias dudas sobre la identidad de la madre de Ramsés IV. Algunos investigadores aseguran que era hijo de la Gran Esposa Real, Isis, y otros que lo era de Tety. El autor de esta obra se inclina por esta última posibilidad, que daría sentido a la actuación del príncipe durante la trama. Sólo así podría entenderse el afán de Ramsés IV, al proclamarse faraón, por inscribir su nombre junto a los títulos de «el Único» o «el Legal», lo cual hace pensar que no era hijo de la Gran Esposa Real, Isis. Nunca en la historia del Antiguo Egipto un faraón se hizo proclamar con semejantes títulos.

Esto también explicaría el odio exacerbado que su hermano, el príncipe

Amonhirkopshep, futuro Ramsés VI, sentía por él, y que le llevó a perseguir su memoria al ascender finalmente al trono de Egipto.

En cualquier caso, el autor ha intentado novelar de la forma más rigurosamente posible aquellos hechos, procurando hacer comprensible al lector un periodo particularmente interesante de la historia del Antiguo Egipto, sin pretender con ello crear una teoría histórica. Simplemente, es su opinión.

Agradecimientos

Quisiera expresar públicamente mi agradecimiento a Iberia, mi querida compañía, desde el primero al último de sus trabajadores, por la generosidad demostrada hacia mi persona, al darme todo tipo de facilidades para poder llevar a cabo la creación de esta obra. Serían necesarias varias páginas para poder transcribir los nombres de todos los que, de una u otra forma, me han brindado su apoyo para llevar a buen puerto la finalización de este libro, por ello espero que sepan perdonarme al hacer un reconocimiento general hacia ellos.

También quisiera hacer una mención especial al Servicio Médico de Iberia, por sus inestimables consejos a la hora de tratar algunas de las enfermedades que se describen en la obra, así como al doctor A. Fuentes, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, por sus magistrales explicaciones sobre la cirugía en la antigüedad, y en particular sobre las trepanaciones.

Asimismo, no puedo dejar de mencionar la Fundación Arqueológica Clos por su desinteresada ayuda, al permitirme utilizar su magnífica biblioteca y brindarme su colaboración en todo aquello que necesitase.

Por último me gustaría dedicar unas líneas a mis queridos compañeros pilotos, agradeciéndoles sus constantes palabras de ánimo a fin de que esta obra viera la luz.

Muchas gracias a todos.

FIN



ANTONIO CABANAS (Las Palmas, España 1959). Piloto de transporte de línea aérea, Cabanas ejerció su profesión como comandante en la compañía Iberia, en la que voló durante 36 años, recorriendo los cinco continentes.

Gran humanista y apasionado de la cultura del Antiguo Egipto, de la que es un profundo conocedor, dedica gran parte de su tiempo a investigar y escribir acerca de ella. Ha realizado estudios de egiptología así como de lengua egipcia y escritura jeroglífica, y desde 1990 es miembro de la Asociación Española de Egiptología.

Autor de los bestsellers: *El ladrón de tumbas*, *La conjura del faraón*, *Los Secretos de Osiris*, *El Sueño Milenario*, *El Hijo del Desierto*, *El Secreto del Nilo* y *El Camino de los Dioses*, con los que ha alcanzado un gran éxito de crítica y público. Sus obras han sido traducidas a varios idiomas.

Notas

[1] Academias donde los príncipes y los hijos de las familias poderosas eran educados. <<

[2] Thot fue el dios que inventó la escritura y las ciencias conocidas por el hombre. Fue considerado mago y era patrono de los escribas. Se le representó como un hombre con cabeza de ibis. <<

[3] Sejmet, diosa con cabeza de leona. Era hija de Ra, esposa de Ptah y madre de Nefertem. Fue muy venerada en Menfis durante el Imperio Nuevo. En ella se acumulaban poderes benéficos junto con fuerzas destructivas. Era diosa de la guerra y tenía fama de sanguinaria cuando se encolerizaba. Se decía que era la causante de las enfermedades y las epidemias, siendo patrona de los médicos. <<

[4] Su nombre significaba: «Poderosas son la verdad y la justicia de Ra, el amado de Amón». <<

[5] Hijo de Osiris e Isis, Horus era el dios que simbolizaba la realeza. Los faraones eran tenidos como una encarnación de él. <<

[6] Osiris, dios de diversas identificaciones, era el Soberano del Más Allá. Hijo de Geb y Nut, era hermano y esposo de Isis y padre de Horus. Los antiguos egipcios llamaban dios a su faraón. <<

[7] Los antiguos egipcios llamaban dios a su faraón. <<

[8] Dios guerrero del nomo (provincia) tebano que se caracterizaba por su gran fuerza, con la que sometía a los enemigos de Egipto. <<

[9] Así llamaban los egipcios a su país. Significa «la tierra negra» en referencia al color de la tierra al ser anegada por el limo que arrastraba el Nilo durante la inundación. <<

[10] Otra de las formas con que los antiguos egipcios denominaban a su país. <<

[11] El Amenti era una de las muchas formas con que los egipcios designaban al mundo de los muertos. <<

[12] Los escribas, antes de ponerse a escribir, hacían este ritual en honor al gran sabio Imhotep. <<

[13] Eran mujeres que formaban parte del clero de la diosa Mut, esposa del dios Amón y madre de Jonsu. <<

[14] En el Antiguo Egipto el nombre del niño lo elegía la madre y el de la niña el padre. <<

[15] Nefermaat fue un príncipe de la IV Dinastía. Fue visir del faraón Snofru y padre de Hemón, constructor de la Gran Pirámide. <<

[16] «Castillo de millones de años» (templo funerario) de Ramsés III situado en la orilla occidental de Tebas. Junto a él poseía un palacio. <<

[17] Dios que representaba la fertilidad y que era responsable de la crecida del Nilo.

<<

[18] Dios cocodrilo con múltiples aspectos venerado en el Antiguo Egipto desde las primeras dinastías. <<

[19] Dios del Antiguo Egipto, hijo de Geb y Nut y hermano de Osiris, Isis y Neftis, del que también era esposo, y a quien, entre diversos aspectos, se le representaba como dios del desierto. <<

[20] Nombre con el que los antiguos egipcios denominaban al mar Mediterráneo. Lo llamaban Wdy Wr. <<

[21] Diosa representada como una mujer con cabeza de vaca que, entre sus muchas representaciones, simbolizaba a la diosa de la belleza y el amor. <<

[22] Diosa con cuerpo de mujer y cabeza de cobra que controlaba el destino de toda la humanidad y el sino de cada uno. <<

[23] Así llamaban los antiguos egipcios al alma. <<

[24] Dios que simbolizaba la fecundidad del suelo. Era el heraldo del dios Ptah. Para su encarnación terrestre se buscaba un toro que debía tener veintinueve marcas muy concretas en su cuerpo. <<

[25] Diosa creadora a la que el pueblo se encomendaba para que sus rezos fueran escuchados. <<

[26] Los antiguos egipcios creían que los puerros potenciaban la virilidad y que la lechuga producía semen, ya que, al machacarla salía un líquido blanquecino. <<

[27] Pensaban que con este tipo de dátil podían quedarse embarazadas. <<

[28] Así era como los antiguos egipcios llamaban al lugar donde las mujeres daban a luz. Éstos solían encontrarse en las azoteas o en los jardines. <<

[29] Diosa que se ocupaba del niño dentro del claustro materno, y también al nacer. <<

[30] El *ka* es la fuerza vital del individuo. <<

[31] Los antiguos egipcios creían que el cuerpo se hallaba repleto de canales llamados *metu*, que comunicaban todos los órganos entre sí. Por ellos circulaban todo tipo de fluidos. <<

[32] Fue Sumo Sacerdote de Heliópolis, médico y arquitecto. Él construyó la pirámide escalonada; la primera erigida en Egipto. <<

[33] Recordad que así se le llamaba al faraón. <<

[34] Dios enano, deforme y grotesco relacionado con la música, la alegría y la embriaguez. Fue un genio simpático que tuvo una gran devoción en Egipto. <<

[35] Para los antiguos egipcios, Ra-Horakhty representaba el sol del mediodía, Ra-Khepri el sol de la mañana, y Atum el de la tarde. <<

[36] Diosa guerrera que protegía a los carros de guerra y a los caballos durante las batallas. <<

[37] El codo egipcio medía aproximadamente 53 centímetros. <<

[38] Significa «el cetro» y era el nombre con el que los antiguos egipcios llamaban a la ciudad de Tebas. <<

[39] Representación de la cobra que los faraones llevaban en sus tocados. <<

[40] Corona osiríaca formada por un manajo de papiro con dos plumas a ambos lados que descansaban sobre una base formada por dos cuernos de carnero. <<

[41] Recordar que era el dios del Nilo. <<

[42] Así llamaban los antiguos egipcios a los Sumos Sacerdotes. <<

[43] Osiris presidía el tribunal donde se juzgaban los pecados del difunto. <<

[44] El jeroglífico de «médico» se representa con un hombre con una flecha en su mano. <<

[45] Octubre-noviembre. <<

[46] Hijo del dios Ptah y de la diosa Sejmet. Su nombre se traduciría como «el Loto».

<<

[47] Sacerdotes Lectores encargados de leer los textos sagrados. <<

[48] Así llamaban a los escultores. <<

[49] Recordad que eran las Casas de la Vida. <<

[50] Limpieza de boca y de dientes. <<

[51] Diosa representada como una mujer con un escorpión en la cabeza. Su nombre significa «la que facilita la respiración en la garganta». Era una deidad protectora que podía curar las picaduras venenosas. <<

[52] Médicos que utilizaban la magia para sanar. Se les llamaba así porque rendían culto a un dios menor que llevaba el mismo nombre, y que personificaba el poder de la magia. <<

[53] *Semsa* significa «el más viejo». <<

[54] Se colocaba un collar *Usej* sobre el pecho y un *Menhat* sobre la espalda, así como cetros *Heka*, *Was* y el látigo *Mejej* para combatir a los malos espíritus. <<

[55] Se llamaba *Peru-Nefer*, y significaba «buen viaje». <<

[56] El *imru* es un mineral que no ha podido ser identificado. Se hace referencia a él en siete casos de fracturas en el papiro médico Edwin Smith. ** Era un licor de elevada graduación. <<

[57] Era un licor de elevada graduación. <<

[58] Esta enfermedad se llama *dracunculiasis* y viene producida por el verme de Guinea. Éste posee un ciclo vital en el que utiliza dos huéspedes; los humanos y unos diminutos crustáceos llamados cíclopes. Al beber agua contaminada con estos cíclopes, el hombre se infecta. Posteriormente, cuando la hembra pone los huevos en el agua e incuba, las larvas resultantes infectan a los cíclopes, que inician de nuevo el proceso al ser bebido por el hombre. Los médicos egipcios sospechaban que el agua estancada era la causante de esta enfermedad. <<

[59] La malaquita se usaba contra las enfermedades de los ojos, quemaduras y heridas. El componente principal de este mineral es el hidróxido de carbono cúprico que previene contra la bacteria *Staphylococcus aureus*. <<

[60] Con este nombre los antiguos egipcios denominaban a sus provincias. <<

[61] Los antiguos egipcios no conocían el dinero, por lo que las transacciones se hacían por medio de intercambios. Para ello utilizaban un valor de referencia en forma de peso, el *deben*, con lo que cada artículo tenía su precio en *deben*. A su vez, el *deben* se subdividía en *quites*. El peso del *deben* varió a través de la historia de Egipto; mas en la época de Ramsés III su relación de peso era como sigue:

1 quite = 9 grs; 10 quites = 90 grs; 1 deben =10 quites.

A su vez, el deben podía ser de oro, plata o cobre. <<

[62] Un *seshat* equivalía a 2735 m. El *seskat* también fue conocido con el nombre de *arura* <<

[63] Recordad que así era como llamaban al alma. <<

[64] Así era como los antiguos egipcios denominaban al aborto. Éste estaba prohibido.

<<

[65] Neoplasias producidas por tumores malignos. <<

[66] El *aan* era la esquistosomiasis o bilharziosis. Es una infección que se contrae al sumergirse en el agua infectada por la *carcariae*, un gusano que sale de un caracol, y que puede nadar en el agua. Al contacto con el ser humano penetra a través de la piel llegando a las venas. Después de aparearse, los vermes se dirigen a la vejiga y al recto, donde depositan sus huevos causando úlceras. Posteriormente los huevos llegan a la orina, junto a la sangre, y al ser expulsados en el agua eclosionan liberando miracidios que nadan buscando de nuevo a su huésped, el caracol, para comenzar otra vez el proceso. Aún hoy en Egipto, cerca del 12% de la población se encuentra infectada. <<

[67] La galena, sulfuro natural de plomo, puede presentar impurezas de antimonio en poca cantidad. Hoy en día se utiliza el antimonio para tratar esta enfermedad. <<

[68] Literalmente significa «alguien que sabe de los toros». <<

[69] Su *mastaba* (tumba) está en Meidum, y a ella pertenece la famosa pintura del desfile de las ocas. <<

[70] Madre de Osiris, Isis, Set y Neftis. Esta diosa representaba la bóveda celeste, y aparece representada, a menudo, con sus brazos sobre oriente y sus pies sobre occidente, y el cuerpo repleto de estrellas. <<

[71] Así llamaban los antiguos egipcios a los vinos del Delta. ** Así denominaban a la bodega. *** Con ese nombre llamaban los antiguos egipcios a la ciudad de Heliópolis. <<

[72] Este caso está totalmente documentado en el papiro E. Smith, y perteneció a un paciente que desarrolló el tétanos. <<

[73] Se cree que era el cáncer. <<

[74] Todos ellos eran tipos de cuchillos utilizados como instrumental quirúrgico. <<

[75] Con este nombre designaban los antiguos egipcios a un determinado conjunto de dioses creadores que fueron conocidos como «los Padres y Madres que Crearon la Luz». <<

[76] Así se denominaba en el Antiguo Egipto a la sala donde se efectuaba el juicio del alma del difunto. <<

[77] Diosa monstruosa con cabeza de cocodrilo, parte delantera de león y trasera de hipopótamo, que se encontraba presente en la sala del juicio final, donde se pesaba el alma del difunto. En uno de los platos de la balanza se colocaba el corazón, y en el otro la pluma de la diosa de la justicia Maat. Si el corazón pesaba más que la pluma el difunto era condenado y Ammit le devoraba. Por ello era denominada «La Devoradora de los Muertos». <<

[78] El papiro Ebers 854 hace referencia a ellos, y es tentador pensar que se refieren a la arteria hepática, venas hepática y portal y el conducto biliar. <<

[79] Es lo que significa su nombre. <<

[80] Eran tabernas donde también se podía disfrutar de la compañía de mujeres. <<

[81] Esta leyenda se la conoce como el mito de la «Diosa Lejana». <<

[82] Nombre con el que los antiguos egipcios solían llamar al paraíso. <<

[83] Era una prenda similar al taparrabos. <<

[84] Así es como se extraen hoy en día los opiáceos. <<

[85] Se refiere a la membrana duramadre. <<

[86] Al llevar más de tres días muerto, la sangre se desnaturaliza. A partir del sexto día, el cadáver se descompone y se pueden producir infecciones. <<

[87] Con frecuencia, en este tipo de intervenciones la prótesis suele ser rechazada al poco tiempo. Sin embargo, debemos pensar que para la mentalidad de aquella época, el que un paciente sobreviviera a una intervención semejante, aunque sólo fuera por unos días, suponía un logro excepcional. <<

[88] Haciendo referencia a la pareja que llevaba sus mismos nombres y que vivió mil años atrás. En aquellos tiempos, Nefermaat y Atet tuvieron varios hijos, uno de los cuales llevó por nombre Hemón. Fue visir durante los lejanos tiempos del rey Keops, y asimismo se encargó de construir su Gran Pirámide. <<

[89] Una de las curiosas especialidades que poseía la medicina egipcia. <<

[90] Sistema utilizado por los antiguos egipcios para medir el nivel de las aguas. En Elefantina había que bajar noventa escalones para alcanzar el nivel del río. En las paredes existían marcas grabadas separadas 2,33 pulgadas con las cuales los egipcios sabían cuál sería el nivel de la crecida. <<

[91] Era una comunidad de obreros que vivían autónomamente encargados de la importante misión de la excavación y construcción de las tumbas reales. Su emplazamiento estaba situado en la actual Deir-el-Medina. <<

[92] Primeros de enero. <<

[93] Así se llama el templo funerario de Ramsés II. <<

[94] Era la fiesta del jubileo en el que se celebraban los treinta años de reinado. Con él se le restituía al rey el vigor, en una ceremonia de marcado carácter mágico. <<

[95] Seni fue un pintor que vivió durante la VI Dinastía. <<

[96] Durante los desórdenes acaecidos al final de la XX Dinastía, la población llegó a refugiarse en el interior de aquellas murallas. El muro exterior, de 4 metros de altura, resultó inexpugnable. <<

[97] Significa «Divina Adoratriz». <<

[98] Recordad que es la esquistosomiasis. <<

[99] La digital o escila es una planta utilizada hasta bien entrado el siglo xx por los médicos para regular el ritmo cardíaco. <<

[100] De la corteza de sauce se extrae el ácido salicílico y el ácido acetilsalicílico, más vulgarmente conocido como aspirina. Sus propiedades analgésicas y antiinflamatorias eran bien conocidas por los antiguos médicos egipcios. <<

[101] Pieza típica de tela con la que se cubrían los egipcios la cabeza. <<

[102] Así es como llamaban, en ocasiones, a los embalsamadores. <<

[103] Epíteto utilizado en la mayor parte de las titulaturas reales con el que se hacía referencia al gran poder procreador del faraón. <<

[104] Recordad que era el dios de la música. <<

[105] De las nueces de acacia se extrae el ácido tánico. Este ácido es muy adecuado para curar las quemaduras, y ha sido empleado durante mucho tiempo por los médicos contemporáneos. <<

[106] Con este símil, los antiguos egipcios hacían referencia a la muerte del faraón. <<

[107] Es el nombre con el que se denominaba al harén y significa «el lugar de reclusión». <<

[108] Este título existía tal y como aquí se cuenta. <<

[109] Casi 2,20 metros de estatura. <<

[110] Casi 2,40 metros de estatura. <<

[111] Este faraón de la XI Dinastía fue un gran aficionado a los perros. <<

[112] Era una onomatopeya egipcia que significaba «crepitar». <<

[113] A las fracturas simples, los antiguos egipcios las llamaban *sedj*, y a las múltiples *pesen*. <<

[114] La miel (*bit*) era muy empleada por los médicos egipcios. Hoy S6 sabe que posee poderosas propiedades antibacterianas, así como fungicidas gracias a su poder osmótico. <<

[115] Eran doce diosas que representaban cada hora de la noche. <<

[116] Los antibióticos actuales fueron descubiertos en algunas especies de mohos, y las levaduras son hongos unicelulares. <<

[117] Recordar que, con este nombre, era también conocida la diosa Sejmet. <<

[118] Shu significa «estar vacío». <<

[119] Todos estos personajes existieron tal y como se cuenta aquí, siendo sus nombres verdaderos. <<

[120] *Userhat* significa «la proa de Amón es poderosa». <<

[121] Estas estrofas forman parte de un antiquísimo canto, de la época del rey Antef.

<<

[122] El Templo de Deir-el-Bahari. <<

[123] Temsep era uno de los cuarenta y dos dioses que formaban el tribunal de Osiris. Él era el encargado de juzgar las conjuras contra el rey. <<

[124] Todos estos cambios de nombres son auténticos, y ocurrieron realmente, tal y como se explica. <<

[125] Éstas eran las palabras con las que se declaraba culpable a alguien en el Antiguo Egipto. <<

[126] Esta ejecución de la sentencia ocurrió tal y como se cuenta aquí. <<

[127] Significa Soberano de Justicia como Ra-Elegido de Amón. <<

[128] Ramsés III murió el día 15 del mes de Paeninet, 18 de abril, tras treinta y dos años de gobierno. <<

[129] En eso consistía «la prueba de las Aguas». Si la acusada lograba ganar la otra orilla, se le absolvía de toda culpa. <<

[130] Estos hechos ocurrieron realmente tal y como aquí se cuentan. <<

[131] Nombre que los antiguos egipcios daban al actual Wadi-Hamamat. <<

[132] Significa «el dios Set está en fiesta». <<

[133] En el tercer año de su reinado, Ramsés IV mandó 8362 hombres al Wadi-Hamamat en busca de minerales y buena piedra para levantar monumentos. <<

[134] Es la actual El-Kab. <<

[135] Precisamente, el nombre de Suenet significa «comercio». <<

[136] «El Gran Señor» era el dios supremo de los babilonios. <<

[137] La palabra *kebenit* viene de Keben (Byblos). Así llamaban los antiguos egipcios a los barcos que iban por el mar. <<

[138] La estrella polar. <<

[139] Baal Malage era un dios protector de las travesías marítimas, y Baal Safón era el dios tutelar de los navíos, dentro de la mitología fenicia. <<

[140] Este barrio existió realmente, tal y como aquí se cuenta. <<

[141] Uno de los principales dioses del panteón de Sidón. <<

[142] Dios que representa a la luna como satélite. Solía identificársele con Jonsu y Thot. <<

[143] Es lo que significa Ipet-Sut, al que nosotros llamamos Karnak. <<

[144] Así lo llamaban los antiguos egipcios. <<

[145] Al menos durante el primer año de reinado, los faraones debían participar personalmente en esta celebración, puesto que con ella confirmaban su naturaleza divina al ser reconocidos como hijos de Amón. <<

[146] La duración de esta fiesta fue aumentando a través de los años. En tiempos de Hatsepsut duraba 11 días, con Ramsés II, 15, y durante la época de la XX Dinastía, 24. Posteriormente se llegaron a los 27. <<

[147] Knum, dios creador que, con su torno de alfarero, moldea a los hombres para introducirlos después en el claustro materno mediante el semen. <<

[148] El pesaje del alma. <<

[149] Significa «padre Amón, dios, soberano de Heliópolis». <<

[150] El «golpeador de aguas» era uno de los cuarenta y dos dioses encargados de juzgar los crímenes del difunto ante Osiris. <<

[151] Recordad que era un tumor maligno. <<